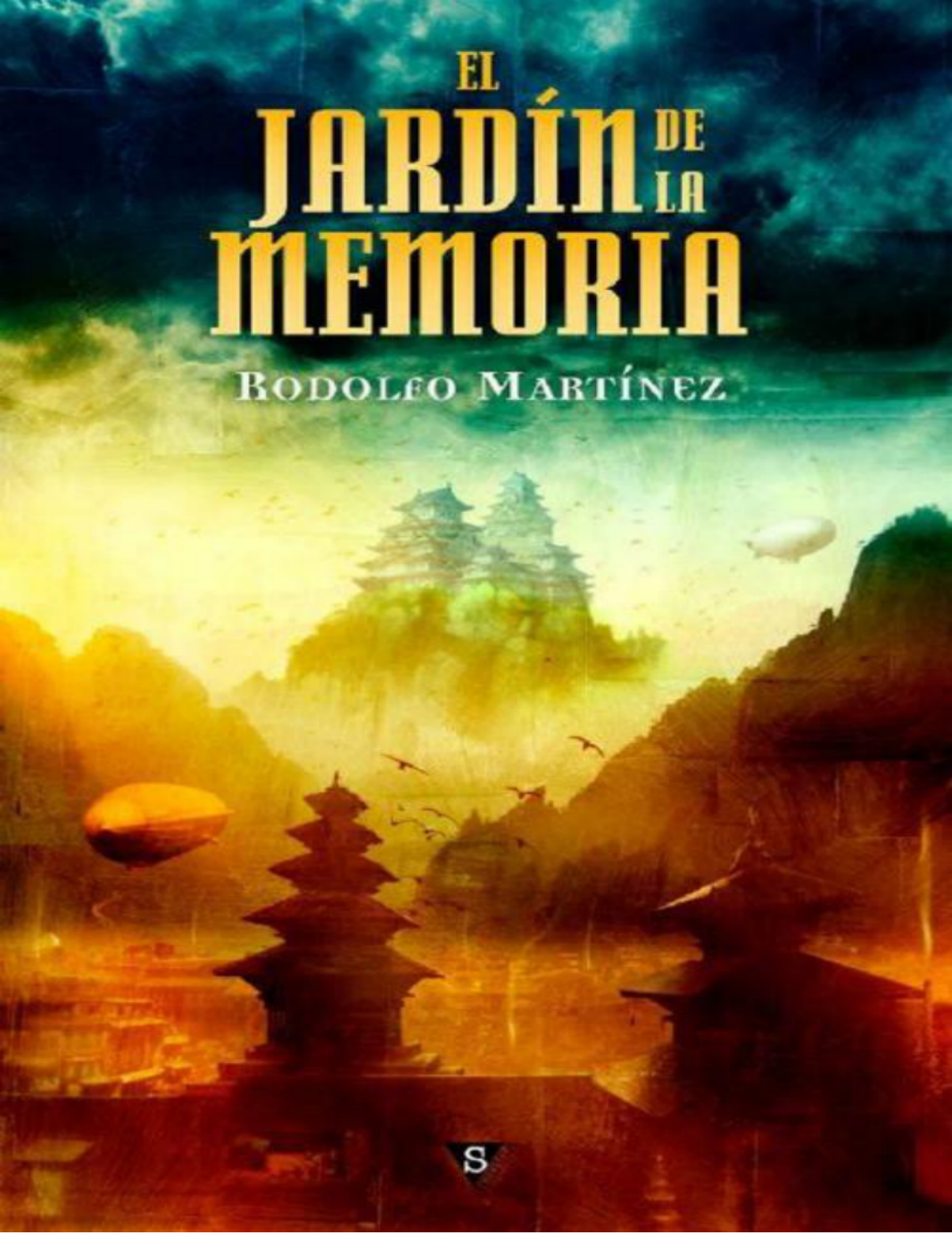
EL JARDÍN DE LA MEMORIA

RODOLFO MARTÍNEZ



EL JARDÍN DE LA MEMORIA

RODOLFO MARTÍNEZ

Copyright © 2011, Rodolfo Martínez

Primera edición: Octubre, 2011
Primera edición en ebook: Enero, 2012
Segunda edición en ebook: Setiembre, 2012

Ilustración de portada: © 2011, AlejandroTerán Diseño de cubierta: Alejandro Terán
Mapas: Rodolfo Martínez

SPORTULA

www.sportula.es
www.eladeptodelareina.com
info@sportularium.com

Este libro es para tu disfrute personal. Nada te impide volver a venderlo ni compartirlo con otras personas, por supuesto, y nada podemos hacer para evitarlo. Sin embargo, si el libro te ha gustado, crees que merece la pena y que el autor debe ser compensado recomiéndales a tus amigos que lo compren. Al fin y al cabo, no es que tenga un precio exageradamente alto,

¿verdad?

La Reina de Alboné acude a Honoi, para asistir a la coronación del nuevo Emperador de las islas. Entre el séquito que la acompaña se encuentra Yáxtor Brandan, adepto empírico a su servicio, su más leal (y letal) súbdito.

Yáxtor llegará a tiempo para desenmascarar una conjura que podría haber acabado con la vida del Emperador de Honoi. Mientras acompaña al Cortejo de la Memoria intentará dar con las raíces del peligro, siempre con su misterioso pasado llamando a las puertas de su mente. Entretanto, un futuro que no puede prever irá desplegándose ante sus ojos.

El Jardín de la Memoria prosigue la peripecia de *El adepto de la Reina,* la novela donde por primera vez Yáxtor Brandan se presentó al público. Como la anterior, se trata de una historia trepidante, llena de peligros y amenazas, donde personajes que no son lo que parecen (y que se deslizan a menudo por una peligrosa cuerda floja moral) luchan por mantener el mundo tal como lo conocen mientras éste se empeña en cambiar.

Un libro muy recomendable para los amantes de la aventura sin complejos y para los que disfruten de las sagas que se enriquecen con cada libro. Ya estoy deseando leer el siguiente.

Santiago Eximeno

El Jardín de la Memoria *ofrece una impresionante aventura, una inteligente intriga, un sangriento viaje, un autor explorando las fronteras del mundo que ha creado, expandiéndolo y demostrando que las posibilidades pueden dar mucho de sí. Al final, eso sí, tan solo me queda una duda realmente importante: ¿para cuándo la próxima entrega,* La sombra del adepto*?*

Santiago Gª Solans

Sigue la peripecia de Yáxtor Brandan, adepto empírico al servicio de la Reina de Alboné en:

El adepto de la Reina

Primera novela de la saga, donde Yáxtor es presentado al público por primera vez. Disponible en rústica y en ebook.

El Jardín de la Memoria

Segunda novela de la saga, en la que Yáxtor acompaña a su Reina a la coronación del Emperador de Honoi.

Disponible en rústica y en ebook

«Embrión»

Relato corto en el que se narra parte de la infancia de Yáxtor.

Ebook gratuito

«Amistad»

Relato corto en el que se narra la primera misión conjunta de Yáxtor y Fléiter.

Ebook gratuito

Y próximamente

La sombra del adepto

Tercera novela de la saga.

Contenido

Prólogo
Primera Parte: Atarasu
Segunda Parte: Imarasu
Tercera Parte: Utarasu
Epílogo

Apéndices
- Las máscaras del drama
- Glosario de términos honoyeses
- Glosario de lugares y alianzas
- Cronología de Érvinder
- Mapas
  - Alboné
  - Honoi
  - Continente Occidental
  - Continente Primigenio

Agradecimientos

Sobre el autor

Sportula

Para Felicidad

Tanaka: Do you like Japanese sake, Mr. Bond, or would you prefer vodka martini?

James: Oh no, I like sake. Especially when it's served at the correct temperature, 98.4 degrees Fahrenheit, like this is.

Tanaka: For a European, you are exceptionally cultivated.

Roald Dahl, ***You Only Live Twice*** (a partir de la novela de Ian Fleming)

Prólogo

La percepción define la realidad.

—Tairuname Isu doh Tairunabe

Dasaraki Odetora no habría reconocido ante nadie que se aburría. Especialmente, ante sí mismo.

Cada paso que daba era igual que el anterior, indistinguible del siguiente. Su postura de vigilancia era perfecta. Una mano alrededor de la empuñadura de la espada, en un gesto tan natural como ensayado, la otra mano sujetando como con descuido la larga lanza; la espalda, recta; el rostro, alerta; todo su cuerpo convertido en un mecanismo de precisión sin más propósito que estar preparado para la llegada de lo imprevisible.

Pero se aburría.

Era su tercera noche de vigilia. Al día siguiente lo relevarían y, tras unas horas de descanso, sería investido formalmente como sedotadejochi del cuarto escuadrón de los Intgze de Ioh Node. Un honor para alguien tan joven.

Y se aburría.

Se podría haber relajado un poco. Detenerse, tal vez bostezar. Apoyar la espalda contra una de las columnas. Acercarse a las lindes del bosqueoscuro y jugar a ver formas reconocibles entre las sombras. Nadie lo vigilaba, estaba seguro. Nadie lo observaba. Podía relajarse.

Pero no lo haría.

Y el tiempo seguía pasando. Y seguía aburriéndose.

Pensó en su hermana, Itasu. Hacía un año que había sido trasladada a la capital, para incorporarse al servicio personal del Hijo del Origen como tadejochi de los Intgze Carmesí; apenas habían tenido tiempo para despedirse y la echaba de menos. El traslado había

sido un honor, sin duda, aunque no precisamente inesperado. Que antes o después Dasaraki Itasu iba a ser llamada a Kyono-jo era indudable, y la única cuestión había sido cuándo.

Demasiado pronto, se dijo Odetora.

Llegó al final de su ronda, esperó un segundo y dio media vuelta.

Volverían a verse, sin duda. Y no dudaba de que, tarde o temprano, su hermana regresaría para ocupar su lugar entre los grandes caudillos de los Ingtze, quién sabe si como miembro del Consejo de los Siete.

Al fin y al cabo era la mejor. Lo mejor que había dado su familia en más de catorce generaciones de Intgze al servicio de Honoi. La mejor luchadora, la estudiante más despierta, la exploradora más tenaz, la cazadora más implacable, la estratega más brillante, la lengua más afilada…

Y la hermana más cariñosa, severa, irritante, confiable, risueña, rigurosa, amable, leal e inflexible que un hombre pudiera tener.

Se permitió el asomo de una sonrisa. El gesto desapareció de su rostro de inmediato.

Siguió caminando.

Otra ronda. Otra más. Una última noche antes de convertirse en sedotadejochi.

Y a partir de ahí… quién sabía.

Un paso. Otro. Otro más.

Aburrimiento. Expectación.

Un nuevo paso. Un giro. Menos de un segundo inmóvil, la vista clavada al frente, los sentidos alerta. Empezar otra vez. Un paso. Otro…

Lentamente, las horas iban transcurriendo. Poco a poco, la última vigilia se acercaba a su final.

El bosqueoscuro a su derecha. La Puerta Que No Debe Ser Abierta a su izquierda. Llegar al final. Dar media vuelta. Esperar. El bosqueoscuro a su izquierda, la Puerta Que No Debe Ser Abierta a su derecha. Un paso, otro…

Casi amanecía. Casi llegaba el momento.

Y, de pronto, con un crujido que tenía algo de lamento, un sonido quejumbroso y sordo, la Puerta Que No Debe Ser Abierta empezó a abrirse.

Odetora se detuvo, incapaz de creer lo que oía, lo que estaba viendo. Fue menos de un instante y enseguida sus reflejos bien entrenados tomaron el control de su cuerpo y se lanzó hacia la alarma.

Tres toques. Rápidos, concretos.

Luego se giró hacia la puerta. Era absurdo. No podía ser. Una broma que alguien le estaba gastando, una broma en su última noche.

Sólo que poco a poco, de un modo tan lento como inexorable, la puerta se estaba abriendo.

Ridículo. Aquello no había pasado en…

Se dio cuenta de que no estaba solo. Sintió a sus compañeros a su alrededor y no tardó en divisar al tadejochi de su compañía. Odetora contuvo un suspiro de alivio y ocupó su lugar entre sus hermanos y hermanas.

Con rapidez, el tadejochi se hizo cargo de la situación, dio las órdenes pertinentes y dispuso a los Intgze alrededor de la puerta. Ésta seguía abriéndose, tan lentamente como al principio.

El tadejochi comprobó una última vez la posición de sus tropas. Todos estaban en su sitio, dispuestos, preparados. Asintió.

—¡Ahora! —gritó.

Todos empujaron, cada uno de ellos haciendo presión en un punto concreto y determinado de la puerta, poniendo en práctica lo que sus cuerpos habían aprendido durante miles de horas de entrenamiento para algo que habían considerado imposible que llegara a ocurrir. Durante lo que pareció un tiempo interminable, sus esfuerzos no se vieron compensados por el éxito. Luego, la puerta se detuvo y, poco a poco, empezó a cerrarse.

Odetora parpadeó y, por un instante, se vio asaltado por el vértigo. Había visto… Nada; no había visto nada, se dijo mientras seguía empujando.

La puerta terminó de cerrarse. El tadejochi apoyó su lanza contra ella y murmuró una palabra impronunciable tan antigua como el mundo. Se oyó un sonido sordo, lejano y definitivo.

—Ya está —dijo el tadejochi.

Parecía agotado. Miró a su alrededor y trató de sonreír.

—De lo que son capaces algunos con tal de no cumplir completa su vigilia.

Odetora intentó seguir la broma pero no se le ocurrió nada que decir, así que se limitó a enarcar una ceja y encogerse de hombros.

—Bien —dijo el tadejochi—. Ya casi ha amanecido. Será mejor que…

Algo enorme, pesado y sombrío se arrastraba desde el bosqueoscuro, y todos se volvieron hacia el origen del sonido. No pudieron ver nada. Poco más que una sombra escurridiza, un truco de la luz, tal vez una mala pasada de unos ojos cansados. Sólo que algo seguía arrastrándose desde el bosqueoscuro, y cada vez estaba más cerca.

Salió de pronto a la luz, como si hubiera tomado forma en aquel mismo momento. Era grande, tan enorme que su cabeza ridícula y pálida sobrepasaba las copas de los árboles más altos. Su cuerpo era poco más que un pellejo vacío; sus manos, dos manojos de garras y

cuchillas. En sus ojos no había más que vacío, y su respiración olía a muerte y olvido.

El tadejochi meneó la cabeza.

—Un garunde —murmuró—. Debe de haberse colado antes de que cerrásemos la puerta.

Odetora asintió, recordando el momento de vértigo que había sentido mientras empujaba.

El tadejochi tomó aire.

—¡Otsata, ve a por ayuda! ¡Trae a todos los que puedas! ¡Los demás, seguidme!

La aludida echó a correr. El garunde agitó la cabeza. Casi parecía perplejo. El tadejochi y sus Intgze no le dieron tiempo a procesar lo que pasaba. Mientras Otsata desaparecía en la lejanía, se lanzaron todos contra el monstruo.

Odetora pensó que no estaba mal como bautismo de fuego para un sedotadejochi. Esbozó una sonrisa fiera, desenvainó la espada, invocó su poder y se lanzó al ataque.

Primera Parte
Atarasu

Supón que los demás son, por lo menos, tan susceptibles como tú mismo y actúa en consecuencia. De este modo es menos probable que los ofendas.

—Orston Velhas

El cortejo de la Reina de Alboné cruzaba las calles de Kyono-jo.

Qérlex Targerian, Maestro de Artífices y Adepto Empírico Supremo, iba con la Reina en el carruaje real. La escolta, desplegada a su alrededor, mantenía con aplomo su pose imperturbable, aunque el capitán Arstin Penjándel no se quitaba de encima la idea de que todo aquello era una farsa ensayada sin convicción y que todos cuantos contemplaban el paso del cortejo se estaban dando cuenta.

Penjándel cabalgaba al frente como correspondía a su rango, incómodo en su uniforme de gala, aunque ni la mitad de incómodo de lo que se sentía como capitán.

La calle por la que pasaban era amplia, abierta, flanqueada por edificios bajos de grandes balcones y tejados curvos. La gente se arremolinaba a su alrededor de un modo tranquilo y ordenado que no parecía natural. Tenían aspecto de sentirse más curiosos que impresionados ante el cortejo.

¿Por qué estoy aquí?, se preguntaba el capitán.

Bueno, la respuesta era sencilla. Estaba siendo castigado. Estar al frente de aquella misión era su castigo por haber tenido éxito.

Contuvo un suspiro y pensó en Fléiter Praghem, y en lo ocurrido seis meses atrás en el bosqueoscuro de Quitán. Praghem los había salvado a todos, había descubierto cómo neutralizar los peligros del bosqueoscuro y poner a salvo su corazón. Él se había limitado a seguirlo y hacer todo cuanto el occidental le dijera. No había habido nada de extraordinario en aquello; puro sentido común, en realidad. Autopreservación, el deseo de seguir con vida. Nada más.

Pero, al parecer, sobrevivir tenía cierto mérito. El suficiente para que alguien se fijara en él, lo considerara un joven oficial emprendedor y decidiera promocionarlo. De teniente había ascendido

rápidamente a capitán. De estar destacado en una oscura base del sur de Alboné había pasado a la capital y al Regimiento Real. Y, cuando la Reina aceptó la invitación del emperador de Honoi para asistir a la coronación de su sucesor, fue su nombre el que surgió para estar al frente de la escolta que debía llevar la monarca.

Pero no al frente, en realidad, se dijo.

O sí, pensó después. Precisamente al frente, atrayendo todas las miradas, haciendo de pararrayos para posibles locos o fanáticos mientras en las sombras, oculto en la retaguardia, alguien hacía el verdadero trabajo.

El capitán Penjándel sabía que Yáxtor Brandan, adepto empírico al servicio de Su Majestad, no andaba muy lejos. Los había acompañado durante todo el viaje y había representado el papel de secretario del viejo Qérlex con convicción y bastante eficacia. Luego, en el momento en que habían desembarcado en Honoi, el adepto había desaparecido, tragado por las sombras.

Pero Penjándel sabía que estaba por allí. Cerca. Vigilante.

La calle giraba hacia la izquierda y, con el talón, le indicó el camino a su montura. Absorto en sus pensamientos, tardó en darse cuenta de que los edificios que flanqueaban la marcha desaparecían, y que el cortejo recorría ahora una gigantesca avenida que moría a los pies de una escalera casi interminable.

La escalera ascendía por una loma empinada y se detenía ante la puerta abierta del edificio más extraño que el capitán había visto en su vida. Medio palacio, medio fortaleza, solitario y hosco, dominaba todo el paisaje como un monarca sobre sus súbditos.

Cierto que el palacio real en Lambodonas también dominaba la ciudad que se extendía bajo él. Pero no estaba separado de ella como éste. El palacio de la reina de Alboné era parte de la ciudad; la parte más importante, quizá; la parte que gobernaba y vigilaba el resto, sin duda. Un hermano mayor, tal vez, o un padre benevolente que velaba por sus hijos. Pero un miembro de la familia en cualquier caso.

Por el contrario, aquel edificio no parecía guardar ninguna relación con la ciudad que lo rodeaba. No sólo por el enorme espacio vacío que flanqueaba todo su perímetro, sino por su aspecto severo, distante, completamente apartado.

Penjándel se encogió de hombros.

Otro sitio. Nuevas costumbres, se dijo.

Con paso vacilante, el mendigo dejaba atrás las calles principales de la ciudad y se internaba en los callejones cada vez más estrechos a

medida que se acercaban al río. Parecía caminar al azar, como si no supiese adónde se dirigía, apoyado en un báculo nudoso y gastado, e iba cubierto de harapos. De vez en cuando se detenía, tomaba aire trabajosamente y miraba a su alrededor.

Su rostro permanecía bajo las sombras de la capucha andrajosa con la que se cubría la cabeza. Sus manos estaban llenas de pústulas. Su espalda, encorvada.

Nada había en él que llamase especialmente la atención. Y así debía ser.

Se detuvo un momento junto a un puesto de comida callejera, extrajo unas monedas de entre sus ropas y pidió un bol de arroz y algo de pescado. Lo comió allí mismo, de pie, en apariencia indiferente a cuanto pasaba a su alrededor. Luego, al cabo de un rato, siguió su camino.

Las calles se estrechaban cada vez más. Pronto, el mendigo fue una figura solitaria que recorría de forma vacilante un laberinto angosto e incomprensible.

Estaban cerca, se dijo. Casi al borde del río, a juzgar por el sonido.

Se detuvo unos instantes ante una bifurcación, lo pensó unos segundos y tomó el ramal de la izquierda.

Empezaba a anochecer. Un ave nocturna ululó a lo lejos. El arrullo del río era claramente perceptible al frente.

De pronto, el callejón por el que caminaba desembocó en una breve explanada de piedra que, a los pocos metros, descendía empinada hacia el río. A su derecha había un edificio cochambroso y, al otro lado, lo que parecía un almacén.

Se detuvo y tomó aliento. Arrastró sus pies trabajosamente, miró de nuevo a su alrededor y, tras encogerse de hombros, apoyó la espalda en una pared y se deslizó hacia el suelo. Allí, aferrado a su báculo, se arrebujó en sus andrajos y, en apariencia, se quedó dormido.

Por un momento, Qérlex había pensado que realmente tendrían que subir aquella escalera interminable. Sin una sola palabra, la Reina lo había contemplado con reproche, como recriminándole que no hubiera anticipado aquella excentricidad de sus anfitriones, mientras él miraba a su alrededor tratando de dar con una salida digna.

Ésta apareció casi enseguida, en la figura de un funcionario de palacio que se aproximó a ellos muy despacio, se inclinó con ceremonia y luego empezó a hablar con rapidez en su idioma. Qérlex

agradeció mentalmente el trabajo de sus artífices, activó los mensajeros de traducción que se había inoculado al iniciar el viaje y dijo, en perfecto honoyés:

—Mi reina y yo te damos las gracias, honorable funcionario. Y nos preguntamos, con todo el respeto, cuál es el mejor medio para entrar en el palacio.

Por un instante, el funcionario pareció sorprendido. Se recuperó enseguida y su rostro volvió a su pose de imperturbable cortesía. Sin embargo, era evidente que no le gustaba nada haber sido pillado por sorpresa.

¿Por qué?, se preguntó Qérlex. *¿Acaso es tan imbécil que cree que íbamos a venir aquí sin saber el idioma?*

Y enseguida comprendió que sí, que habían esperado precisamente aquello. Que habían esperado que se comportasen como bárbaros torpes e ignorantes, dándoles así la oportunidad de demostrar su superioridad y de mostrarse magnánimos ante ellos. Sin duda el funcionario había contado con que Qérlex frunciese el ceño y pidiera disculpas en albonés por no haberle entendido.

Las palabras del funcionario, cuando éste hubo recuperado la compostura, confirmaron las sospechas del Adepto Supremo.

—Hablaremos en tu idioma —dijo en albonés con un ligerísimo acento—. Es lo menos que podemos hacer por huéspedes tan honorables.

Y si somos tan honorables, ¿por qué no has hablado en albonés desde el principio?

Pero el rostro de Qérlex permaneció imperturbable mientras le daba las gracias al funcionario.

—Los suplicantes deben subir las escaleras —añadió éste—. Pero, por supuesto, no esperamos de nuestros huéspedes tal sacrificio. Vuestra escolta encontrará un camino que la llevará al interior del palacio. —Con una mano señaló a su derecha, la izquierda de Qérlex —. En cuanto a vosotros, será para mí un honor guiaros, si me lo permitís.

No era el momento de vacilar, así que Qérlex asintió y luego llamó al capitán de la escolta. Complacido, vio cómo Penjándel dirigía su montura sin apenas moverse, con un par de expertos movimientos de sus rodillas.

—¿Adepto Supremo?

—Tus hombres serán guiados al interior del palacio. Tú vendrás con nosotros.

Hubo un instante mínimo de vacilación. Luego, Penjándel descabalgó y le hizo una seña a uno de sus hombres para que se hiciera cargo del caballo.

—Por supuesto, Adepto Supremo.

Qérlex se volvió al funcionario y le dijo, en honoyés:

—Guíanos, por favor. Estaremos encantados de seguirte.

No había mirado a la Reina una sola vez. Sólo ahora, mientras la ayudaba a descender del carruaje, cruzó su mirada con la de aquella niña inquietante. Ella no dijo nada, pero asintió de un modo casi imperceptible y Qérlex supo que aprobaba cuanto había hecho.

Se permitió relajarse. No mucho, sin embargo.

Una puerta se abrió junto al mendigo dormido. Dos hombres asomaron por ella. Uno era grande, hosco, de mirada brutal y ademanes bruscos. El otro, pequeño, sonriente y de maneras casi delicadas. Juntos, parecían la parodia de un arquetipo.

—¿Mañana, entonces? —preguntó el más alto.

El pequeño asintió.

—Mañana. No tenía sentido intentar nada esta tarde. Al fin y al cabo, esa perra no es el premio mayor. No merece la pena arriesgarse por ella.

El otro asintió.

Ambos dieron un paso al exterior y, enmarcados en el recuadro de luz que salía por la puerta, parecieron más que nunca una caricatura.

—Será mejor que nos separemos —dijo el más pequeño.

El mayor asintió con un gruñido.

Algunos hombres más salieron por la puerta y los miraron, como esperando órdenes.

—Mañana —dijo el pequeño—. En el lugar de siempre. Ya sabéis la hora.

Hubo un breve murmullo y luego un asentimiento general. De pronto, alguien se apartó del grupo y dio un par de pasos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

El hombre alto miró en la dirección que señalaba. Se encogió de hombros.

—Un mendigo. Qué importa.

—¿Que ha venido a dormir justo a nuestra puerta? —preguntó el pequeño—. Qué conveniente casualidad. Si es que lo es.

—¿Una casualidad? —preguntó el alto.

—Conveniente —respondió su compañero.

El alto se rascó la cabeza, no muy seguro de haber comprendido. Su amigo se encogió de hombros y luego, con un par de gestos, envió a algunos hombres hacia donde dormía el mendigo. No llegó ninguno.

Algo saltó hacia ellos desde el tejado.

Algo trazó un arco de brillo metálico en la penumbra.

Los dos hombres se detuvieron de repente, como dos títeres a los que acaban de cortar los hilos. Parecieron sorprendidos durante un instante interminable, y luego no parecieron más que un par de cuerpos sin vida a los que les faltaba la cabeza y que se desplomaban con desgana en el suelo.

Las cabezas rodaron hacia el grupo que estaba parado ante la puerta.

—¿Quién…?

Una figura salió a la luz. Era una mujer con una larga melena de color naranja intenso y un brillo divertido en los ojos. Vestía una túnica gris de mangas amplias y pantalones anchos del mismo color. Sostenía una espada en la mano derecha y lo hacía como con desgana, de un modo casi indiferente.

—Parece que he encontrado lo que buscaba —dijo, sonriente. Su voz sonaba casi infantil, y había un claro asomo de burla en ella.

Lo que siguió después fue tan breve como sangriento. La mujer parecía estar en todas partes a la vez, y la espada que empuñaba se había convertido en un resplandor letal. Antes de que hubieran comprendido lo que ocurría, casi todos los hombres habían muerto.

Sólo el pequeño seguía en pie cuando ella terminó, con la espalda contra la pared y tratando de no demostrar el miedo que sentía. No tuvo mucho éxito.

—Hola, rata —dijo ella mientras echaba a andar en su dirección —. Parece que has estado ocupado.

—No he… hecho… nada —dijo él.

Miraba a los lados, buscando una salida, pero resultaba evidente que no había ninguna.

—No, claro que no. Ni lo harás. Nos ocuparemos de ello.

—No puedes…

—Puedo hacer lo que quiera, rata.

El hombre guardó silencio. Intentaba pensar de prisa, buscaba algún modo de escabullirse de aquella situación imposible.

Me quiere vivo, pensó. *O ya estaría muerto.*

Eso ya era algo. Una posibilidad, al menos.

—Podemos hablar —dijo—. Negociar. Seguro que hay algo que yo puedo…

—Seguro que lo hay, rata. Y vas a dármelo ahora mismo.

—Por supuesto, estaré…

—Ah, cállate.

Hizo girar la espada de modo que la hoja apuntase hacia el suelo. Con una sonrisa, alzó las manos sobre su cabeza. Dio un salto casi imposible y, al caer, hundió la espada hasta la empuñadura en el cráneo del hombre a la vez que gritaba algo incomprensible.

Permaneció así largo rato, con los ojos cerrados y sujetando la espada con ambas manos mientras el cuerpo de su presa, atravesado cuan largo era, se retorcía de un modo espasmódico. Al fin, con un suspiro, abrió los ojos y desclavó el arma.

Sonrió. Había algo inquietantemente ingenuo en aquella sonrisa.

—Bien —dijo—. Muy bien.

Miró a la espada y acentuó su sonrisa.

—Buen trabajo, hermanita.

Limpió el filo en las ropas del muerto y luego envainó. Alzó la vista y contempló la luna indiferente en lo alto. Sonrió otra vez.

No se había equivocado. Claro que casi nunca lo hacía. Seguir a aquellas ratas había merecido la pena, después de todo.

Frunció el ceño de pronto, al recordar al mendigo dormido. Se volvió hacia donde había estado, pero ya no había rastro de él.

Aunque, en realidad…

Sí que quedaba un rastro. Tenues, casi imperceptibles, los últimos restos de sus hermanitos aún flotaban en el aire.

Sonrió una vez más, casi con glotonería.

No lo olvidaría.

Alguien le preguntó una vez a mi madre por qué, cada vez que alguien a su alrededor cometía una torpeza con ella, era ella la que se disculpaba con el culpable.

«¿Cómo podría sino hacer que vean lo que han hecho?», respondió mi madre.

Confieso que a mí se me ocurren unas cuantas alternativas. Aunque, bien es cierto, ninguna tan dolorosa.

—Tairuname Isu doh Tairunabe

La Reina no estaba contenta. Frase que, como poco, era un eufemismo.

Qérlex Targerian llevaba poco más de seis meses como Adepto Empírico Supremo. Seis meses en los que su contacto con aquella niña irritable había ido volviéndose cada vez más frecuente. Sin embargo, eso no había hecho que la conociera mejor.

Aunque, desde otro punto de vista, ya la conocía. Al fin y al cabo era la Reina. La misma Reina una y otra vez, pasando a través de las Transiciones sin perder ni la memoria ni la personalidad. Y, al mismo tiempo, no lo era. Cada encarnación era sutilmente distinta de la anterior; cada… huésped aportaba algo de su personalidad a la monarca.

Como Maestro de Artífices apenas había tratado a la Reina, ni en su anterior encarnación ni en ésta. Pero, desde que Orston había sido ascendido a Regente y él había tenido que tomar su puesto al frente de los adeptos empíricos, las cosas habían cambiado.

Y no precisamente para mejor, pensaba a menudo.

Sí, se las había apañado más o menos para continuar siendo Maestro de Artífices y compaginar su actividad en el taller con sus obligaciones como Adepto Supremo. Pero las cosas ya no eran como antes. Algo se había perdido. Incluso cuando estaba en el taller, enfrascado en una tarea delicada, modificando mensajeros para que activaran un nuevo juguete o hicieran cosas impensables, ya no era como antes.

Contempló a la Reina. No; no estaba contenta.

Yo tampoco, se dijo.

Estaba en el último lugar del mundo en el que quería estar. Y todo porque la Reina y el Regente no podían abandonar el Palacio a la vez, así que cuando ésta salía, era el Adepto Supremo quien la acompañaba como jefe de su séquito y primero de sus servidores.

Orston Velhas se había quedado en Lambodonas, ocupándose del día a día y cuidando de que nada le pasara a la carneútil real. Y, seguramente, riéndose entre dientes del papel que le había tocado representar a su antiguo subordinado.

Miró a la Reina una vez más, sólo para decirse de nuevo que no estaba contenta.

En los últimos meses había crecido a un ritmo escalofriante. Estaba dejando de ser una niña para convertirse en una adolescente espigada y huesuda que no tardaría en transformarse en una mujer. Cambiaba casi de un día para otro y, a veces, Qérlex se preguntaba si sería capaz de reconocerla a la mañana siguiente.

Sí; la reconocería, claro que sí. Su gesto hosco y el brillo frío y altivo de sus ojos seguían siempre allí, sin importar lo que cambiara el resto de su cuerpo.

—¿Hay noticias de Yáxtor? —preguntó ella de repente.

—Me temo que aún no, Majestad —respondió el Adepto Supremo—. Quería explorar la ciudad por su cuenta antes de reunirse con nosotros.

—Esperamos que no haga ninguna estupidez.

—Yáxtor no es de ésos, mi Reina.

No, no era de ésos. ¿Y qué era exactamente? Desde el punto de vista que le interesaba a la Reina y a sus adeptos empíricos, una máquina perfecta a su servicio, totalmente entregada a la causa y mortalmente eficaz. Desde otros ángulos, un ser incompleto. Y, seguramente, un monstruo.

La Reina lo miraba sin decir nada y, al cabo de un rato, asintió con una sonrisa medio esbozada en el rostro.

¿Tan transparente soy que esta niña puede leerme sin dificultad?

Y, casi a continuación:

No es una niña.

Trató de aparentar una tranquilidad que estaba lejos de sentir y dijo:

—No creo que tarde mucho, mi Reina.

—¿Pretendían atentar contra la Reina de Alboné?

Dasaraki Itasu tomo aire lentamente y asintió muy despacio. Como siempre, todo su cuerpo estaba alerta en presencia de su

comandante, como si su vida dependiera de ello.

—Más bien pensaban usarla como excusa. Como un medio de llegar al Hijo del Origen. Los detalles son confusos. La mente del terrorista no estaba muy bien organizada. —Se encogió de hombros, molesta consigo misma por su falta de precisión—. Mis hermanitos hicieron cuanto pudieron, udotadejochi.

La comandante Renyokiru sonrió con benevolencia.

—Estoy segura, Itasu. Has hecho un trabajo impecable, como siempre.

A pesar de las palabras de su comandante, Dasaraki no se relajó.

—Hay algo más.

—Claro. ¿Cuándo no?

—Un mendigo dormía junto al lugar donde se reunían los terroristas. Sólo que… Bueno, no era un mendigo. Nadie con ese nivel de hermanitos en su cuerpo acaba convertido en un mendigo; quizá acabe muerto, pero no pidiendo limosna por las calles. Huyó mientras me encargaba de esa escoria. Fue rápido. Y muy silencioso.

—¿Uno de los nuestros? —preguntó la comandante—. ¿Un soldado de algún otro regimiento investigando lo mismo que tú? ¿Tal vez un mercenario contratado por alguien de la corte o uno de los señores de las provincias?

Dasaraki lo pensó unos instantes.

—No lo creo. Se había tomado muchas molestias para ocultar su origen, pero lo que percibí era… ajeno.

—¿Un extranjero?

—Eso creo, udotadejochi.

—Hmmm. Interesante.

La comandante sonrió y luego despidió a su capitana con un gesto lánguido de la mano.

Dasaraki no se hizo de rogar. Se inclinó ante su superior, retrocedió un par de pasos y abandonó la habitación.

A solas, la comandante Renyokiru Mizuni se asomó a la ventana y dejó vagar la vista por los tejados del palacio del Hijo del Origen. La luna, alta en el cielo, iluminaba con intensidad el paisaje, y a su luz fría todo parecía irreal y cercano al mismo tiempo.

De pronto, percibió un movimiento a su derecha. Se giró rápidamente, pero lo único que pudo ver fue una sombra escabulléndose por un tejadillo en dirección al pabellón de huéspedes.

Estaba casi segura de saber de qué se trataba, pero nunca estaba de más tomar precauciones.

Abandonó la ventana y llamó a Dasaraki.

Arstin Penjándel entró en el pequeño cuarto que le habían asignado y desde el que se podía controlar casi sin dificultad el patio de armas del pabellón donde se había instalado la legación de Alboné.

En el interior, sentado junto a la chimenea, lo esperaba un hombre andrajoso que fumaba con parsimonia en una larga pipa de brezo y alzó la vista al oírlo entrar.

—¿Qué…?

—La noche no siempre muere con dignidad —dijo el mendigo, mientras dejaba escapar un aro de humo.

Arstin tardó unos instantes en reaccionar ante la contraseña.

—¿Adepto Brandan? —consiguió decir.

El hombre asintió.

Arstin se acercó y tomó asiento frente a él. El disfraz del adepto era impecable, sin duda. No sólo parecía un hombre avejentado y casi sin fuerzas sino que sus facciones eran inequívocamente honoyesas. Aunque…

Sí; era difícil ocultar aquella mirada. Los ojos que lo observaban no tenían el color del acero, pero eran igual de fríos.

—Necesito unos minutos —dijo Yáxtor Brandan.

¿Unos minutos? Al principio, Arstin no comprendió de qué le estaba hablando. Frente a él, Brandan terminó de fumar y vació la pipa en la chimenea.

—Claro —dijo al fin, mientras el adepto finalizaba la limpieza de su pipa—. Debe ser difícil.

—Ni te lo imaginas.

Luego, el adepto permaneció inmóvil y en silencio, y Arstin no se atrevió a interrumpirle. Yáxtor había usado sus mensajeros para que cambiaran su apariencia física. Un truco común, si lo único que querías era alterar un poco tu aspecto. Un control medianamente eficaz de tus propios mensajeros, o una dosis de ellos fabricados por encargo, podían ocuparse de ello.

Pero Arstin sabía que Yáxtor había modificado su cuerpo hasta tal punto que, a todos los efectos, era un anciano mendigo honoyés. Ninguna exploración detectaría otra cosa.

Lo que eso implicaba…

Yáxtor gruñó. Su cuerpo se encogió.

Incómodo, Arstin se incorporó y echó a andar hacia la ventana del cuarto. En el patio, sus hombres montaban guardia con tranquila eficacia. Sobre ellos, la luna recorría el cielo de un modo que, sin saber por qué, encontró lánguido.

Es este maldito país, se dijo. *Te hace tener ideas como ésa.*

Un nuevo gruñido. Un pataleo, tal vez. Arstin no se atrevió a volver la cabeza. ¿Un gemido? Imperturbable, Arstin Penjándel siguió mirando por la ventana.

Al fondo del patio algo atrajo su atención. Sombras. Movimiento. ¿Qué…? Alguien se acercaba a la puerta.

Giró la vista para decirle a Yáxtor que iba a ver qué ocurría. Se lo pensó mejor, apretó la mandíbula y salió al patio.

Dos de sus hombres se habían puesto de tal modo que impedían el paso a quienquiera que estuviera tratando de entrar. Un tercero recorría el patio, seguramente buscándolo.

—Capitán…

—Sí, lo veo. Vuelve a tu puesto.

El hombre se cuadró y obedeció la orden.

Había dos mujeres en la entrada. Y no estaban solas. Arstin no tardó en darse cuenta de que aquellas dos no eran más que la avanzadilla, las representantes de un grupo bastante numeroso que esperaba detrás, entre las sombras.

Una de las mujeres era pequeña, de aspecto tranquilo y expresión resignada. Su pelo negro estaba dividido en dos amplios mechones que, bajo su barbilla, se juntaban en una trenza que le llegaba casi a la cintura. Tras ella había una mujer alta, con expresión impaciente y un sorprendente pelo naranja.

Arstin se inclinó tal como le habían enseñado a hacer y pronunció el saludo protocolario que había estudiado.

—Buenas noches, honorables visitantes, ¿en qué podemos ayudaros?

La mujer más adelantada asintió de forma imperceptible.

—Buenas noches —dijo. Su voz parecía hecha de pura tranquilidad—. Creemos que alguien se ha introducido a hurtadillas en vuestro pabellón. Podría ser peligroso.

Dejó en el aire la petición para entrar a investigar. No era necesaria. Cualquier persona civilizada se daría cuenta.

Seguro.

Arstin tragó saliva.

—Gracias por el aviso. Pondré a mis hombres a registrar el lugar enseguida. —Dudó unos instantes—. ¿Algo más?

La mujer no se inmutó.

—Nosotros conocemos el lugar mejor que vosotros —dijo—. Tal vez mi gente podría encargarse de esa tarea de un modo más eficaz. No pretendo ofender.

—No lo has hecho —dijo una nueva voz.

Arstin se volvió para ver cómo Yáxtor, ya recuperado su aspecto habitual, se acercaba hacia ellos. Vestía una túnica de adepto que Arstin no sabía de dónde había sacado, y aparentaba una tranquilidad que, por lo que el capitán sabía, bien podía ser auténtica.

Sin embargo, cuando pasó junto a él, a Arstin no se le escapó la ligera capa de sudor en el nacimiento de su cuero cabelludo, ni la

implacable deliberación que había en sus movimientos. Yáxtor aún no se había recuperado del todo de su transformación. En realidad, si lo que Arstin sabía era cierto, el adepto tenía que estar agotado y dolorido.

Sin prestarle atención, Yáxtor se inclinó ante la mujer morena. El capitán vio que la mujer del pelo naranja reconocía al adepto, o creía hacerlo. Hizo un ademán de dirigirse a su superiora pero ésta, con un gesto mínimo y delicado de la mano, la detuvo.

—Soy Yáxtor Brandan, adepto empírico al servicio de Su Majestad, la Reina de Alboné —dijo, en un honoyés perfecto—. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

La reverencia con que la mujer obsequió a Yáxtor fue larga y en absoluto forzada.

—Soy Renyokiru Mizuni, udotadejochi del batallón Ingtze Carmesí.

—Es un placer, tzaru-Renyokiru. Como te ha explicado el capitán Penjándel, podemos ocuparnos de esto nosotros mismos. Aunque agradecemos el honor que nos hacéis al ofrecer vuestra ayuda, ésta no es necesaria. Gracias, cuánto lo siento.

La mujer del pelo naranja estaba haciendo verdaderos esfuerzos para contenerse. Su superior permanecía totalmente tranquila; a su rostro asomaba algo casi indefinible, tal vez el rastro fugaz de una sonrisa que no iba a formarse.

Arstin oyó ruidos a su espalda. Se volvió y vio que la Reina salía de sus aposentos y se acercaba, flanqueada por sus guardias. Se maldijo en silencio por haber permitido que la cosa llegara tan lejos. Debería haberse encargado de todo. La Reina no tendría por qué haberse enterado.

Maldita sea la Teja y su puñetero géiser, masculló para sí, remedando uno de los juramentos favoritos de su amigo Fléiter Praghem.

Luego se inclinó ante la Reina, igual que estaba haciendo Yáxtor.

Y, para su sorpresa, vio cómo la mujer en la puerta hincaba una rodilla en tierra y humillaba la cabeza.

Renyokiru extendió los brazos a los lados y abrió las manos, mientras decía:

—Te pido perdón, Aruboné tzaru-Kyono. Siento haber roto tu armonía. Me disculpo por haber perturbado tu sueño y tu tranquilidad por una minucia. Estamos a tu servicio.

A sus espaldas, su lugarteniente había hincado también la rodilla en tierra. Arstin estaba casi seguro de que la tropa que esperaba más allá de la puerta, entre las sombras, había hecho otro tanto.

La Reina frunció el ceño. Miró a Yáxtor con algo que casi era reproche.

—Tonterías, niña, no nos has perturbado —dijo. Era incongruente oírla llamar «niña» a alguien que le sacaba casi una cabeza—. Aún no dormíamos. Y parece que esta noche tardaremos en hacerlo, ¿verdad, Yáxtor?

—Mi Reina, le estaba explicando a la comandante…

—Sí, sí; seguro que le estabas dando una explicación excelente. —Hablaba con el adepto como quien se dirige a una mascota—. Y seguro que ella ha fingido creerla y estaba a punto de proponer una alternativa a esta situación. ¿No es así?

La comandante alzó la vista. Otra vez parecía a punto de sonreír.

—No es necesario —dijo—. Hemos cometido un error. Creímos ver, pero sin duda no vimos. Perdónanos de nuevo, tzaru-Kyono. Somos torpes. Pero intentamos servir de la mejor manera posible.

La Reina frunció el ceño. Yáxtor empezó a hablar:

—Creo que lo que la comandante quiere decir….

—Querido, sabemos perfectamente lo que la comandante quiere decir. Ahora, guarda silencio.

Yáxtor humilló la cabeza, mientras la Reina se dirigía a Renyokiru.

—No ha habido daño ni torpeza alguna —dijo—. Al menos por vuestra parte —añadió mirando de reojo al adepto—. Informaremos a quien sea necesario de que habéis cumplido eficazmente con vuestro trabajo. —Hizo una pausa y tomó aire—. Y ahora, si todo está en orden, creo que es mejor que demos por terminada la noche.

Renyokiru asintió. La Reina sonrió con dureza, dio media vuelta y abandonó el patio con su escolta. Sólo entonces Renyokiru se puso en pie. Su lugarteniente la imitó un instante después.

—La luna casi ha dejado el cielo —dijo Renyokiru—. Es mejor que cada uno vuelva a sus asuntos.

Inclinó la cabeza, dio media vuelta y se internó entre las sombras, seguida de su subalterna.

Sólo entonces Yáxtor se relajo y permitió que los demás vieran lo cansado que estaba.

—Será mejor que me vaya a dormir —dijo—. Mañana me espera un día bastante duro.

Seguro que sí, pensó Arstin. La Reina no olvidaba con facilidad, y si Yáxtor había sido visto por los guardias honoyeses al entrar en el pabellón, como parecía indicar la visita, la monarca de Alboné no iba a dejar que el adepto lo olvidara.

—Buenas noches, adepto Brandan.

Yáxtor respondió con un gruñido.

Tairunabe gobernó durante doscientos años. Después, cansada, miró a su alrededor y vio cuanto le quedaba por hacer.

«Demasiado», dijo. «O quizá demasiado poco.»

Su hijo Tairuname Isu la encontró vagando por el Patio Prohibido, aparentemente sin rumbo fijo, y le preguntó qué le ocurría.

«Nada», respondió. «Y tal vez sea ése el problema. Ya apenas me pasa nada digno de mención. Todo lo que tengo es pasado.»

«¿Qué harás entonces?», preguntó Tairuname.

«Si la memoria es cuanto tengo, lo único que me queda es cuidar de ella.»

Tairuname no comprendió.

«Este mundo es tuyo», dijo ella. «Cuida bien de él. Tengo que plantar un jardín.»

«¿Dónde?»

«Eso, hijo mío, será interesante averiguarlo. Aunque, si lo piensas un poco, sólo hay un lugar posible.»

Al día siguiente, Tairunabe había desaparecido del palacio. Nadie volvió a verla nunca. Y pasó mucho tiempo antes de que Tairuname comprendiera sus últimas palabras.

—La crónica de los días.

El sueño se había repetido con pequeñas variaciones durante los últimos meses. Al despertar, Yáxtor no siempre lo recordaba. Y algunos días tenía la sensación, nítida y sorprendentemente descorazonadora, de no haberlo soñado la noche anterior.

Era una secuencia breve. Poco más que una viñeta, en realidad.

Un pozo.

Un hombre joven, que era él, aunque no del todo.

Y una mujer. Poco más que una niña.

Ella se acercaba al pozo y permitía que él la ayudase a sacar agua. Luego sonreía, dejaba caer el cántaro al suelo y, por más que se esforzase, Yáxtor no era capaz de oír cómo se rompía. Sabía que se había roto, sin embargo; pero era algo que había pasado lejos, muy lejos, en otro mundo.

Así que la mujer se acercaba a él y se pegaba a su cuerpo. Lo miraba con ojos que no paraban de sonreír. Era una sonrisa

enigmática, como si ella supiese algo de él que el resto del mundo desconocía. Le decía algo. Yáxtor nunca recordaba qué era.

A veces él se encogía de hombros. Otras, simplemente la abrazaba. Pero casi siempre respondía:

—No estás hecha para durar.

No había reproche en sus palabras. Y su tono no era muy distinto del de una declaración de amor.

Al oírlas, ella sonreía y se pegaba más contra él.

«Lo sé. Aprovéchalo.»

—Esto no es real.

«¿Lo es tu futuro?»

Yáxtor nunca conseguía responder, porque en ese momento ella apretaba su boca contra la de él. Nunca había probado nada tan delicioso. Sospechaba que no volvería a probarlo.

«No eres tú», decía ella, entonces, separándose.

Él no respondía.

«Ya no.»

A su alrededor caía la noche. De pronto, estaba solo. Y, desde el pozo, una voz lejana lo llamaba.

A veces despertaba en aquel momento. Otras, no lo recordaba. Pero en algunas ocasiones, Yáxtor se lanzaba al pozo. En lugar de caer, sin embargo, sólo conseguía que el fondo se alejase cada vez más de él. La voz seguía llamándolo, pero se iba volviendo más lejana, más débil, hasta que finalmente desaparecía, y Yáxtor se descubría en medio de una isla a punto de hundirse en el océano.

A sus pies había un charco de sangre. Arrodillada a su lado, una mujer de gesto desafiante, pelo rubio y corto que insistía en poner las manos de él alrededor de su cuello y lo obligaba a apretar.

Luego… no había nada.

Aquella mañana no fue muy distinta a tantas otras. Despertó con los últimos rescoldos del sueño aún en la cabeza, miró a su alrededor y olisqueó el aire.

Lo había sentido desde el momento mismo en que habían atracado en Honoi. Yáxtor había convivido con los mensajeros toda su vida, como la mayor parte de los habitantes del Continente Primigenio, y apenas notaba ya su presencia, igual que uno no piensa en el aire salvo cuando se está ahogando.

Pero aquello era distinto. El país entero estaba saturado de ellos. Y, al contrario de lo que ocurría en otros lugares, siempre estaban activos. Los sentía a su alrededor, inquietos, veloces, casi frenéticos,

yendo y viniendo de un lado a otro.

Era… extraño. No necesariamente incómodo, pero sí sorprendente.

Llevaba un par de días respirándolos, tratando de asimilarlos en su organismo, intentando que se mezclaran con sus propios mensajeros. Para su sorpresa, su éxito había sido limitado.

Poco a poco iba lográndolo. Pero era como tener que reaprender una habilidad que siempre había dado por supuesta, como si se hubiese olvidado de parpadear o de cómo se caminaba. Fascinante, a ratos. Frustrante, la mayor parte del tiempo.

Miró por la ventana. Acababa de amanecer.

Se lavó, se vistió y salió al pasillo. Un guardia se cuadró a su paso y él lo saludó con una inclinación de cabeza.

Salió al patio y descubrió a Qérlex Targerian sentado en un banco, con el rostro vuelto hacia el sol matinal y los ojos cerrados. Se acercó a él en silencio.

—Parece ser que anoche hiciste un trabajo chapucero.

Yáxtor se detuvo. Qérlex abrió los ojos y se volvió hacia él.

—Te detectaron cuando volvías al pabellón, ¿no?

El viejo tenía razón. Aquello no debería haber pasado jamás. Pensó de nuevo en los extraños mensajeros de aquel lugar, en el modo en que estaban vivos y activos. Incómodo, se encogió de hombros.

—No del todo —dijo—. Vieron a alguien, pero…

—Sí; no pudieron identificarte. Pero sabían que eras tú.

Yáxtor frunció el ceño y pensó en la mujer del pelo naranja. Ella lo había reconocido cuando salió al patio a hablar con su comandante. Aquella mujer…

—Debió de captar mis mensajeros.

Qérlex asintió.

—Seguro que han estado haciendo cosas extrañas desde que llegamos.

—Algo así.

—Te costará un poco, pero te adaptarás. Tranquilo. Ahora, debería echarte un buen rapapolvo y ponerte en tu sitio por haber sido tan arrogante ayer por la noche. Pero los dos sabemos que eso no serviría para nada, ¿verdad?

—Seguramente no, Adepto Supremo.

Qérlex espantó con la mano las palabras de Yáxtor.

—Al cuerno con los títulos, muchacho. Soy Adepto Supremo sólo hasta que encuentre a alguien lo bastante imbécil para querer sustituirme.

—Pero hasta entonces, lo eres.

Qérlex no respondió.

—Bueno, iré a despertar a la Reina —dijo, al cabo de un rato—.

Hoy nos espera un día bastante agitado. Y tú —añadió mientras se incorporaba— será mejor que te pongas algo un poco más formal. La Reina quiere que formes parte de su escolta personal; tú y el capitán, concretamente.

—¿Nadie más?

—Protocolo, muchacho. Sólo dos acompañantes.

Yáxtor no preguntó por qué él. Qérlex no se ofreció a explicárselo. Con un paso cansino que los dos sabían fingido, el Adepto Supremo empezó a subir las escaleras en dirección al pabellón donde se alojaban.

Se detuvo de pronto en el último escalón, se volvió hacia Yáxtor y miró de nuevo hacia el cielo. Tomó aire y fue como si lo paladeara.

—No sentía esto desde el final de la guerra, muchacho. —Señaló a su alrededor con un gesto—. Están por todas partes y, al contrario que los nuestros, no son criaturas pasivas esperando a que alguien los convoque con una palabra impronunciable. Están activos. Están casi… vivos. No puedes simplemente ordenarles que hagan lo que quieras. Tienes que convencerlos, manipularlos, llevarlos a tu terreno. —Tomó aire otra vez—. Y la Bomba de Malas Noticias casi acaba con todo esto. Idiotas.

Dio media vuelta y entró en el pabellón.

Un grupo de Intgze vino a buscarlos dos horas más tarde. A Yáxtor no le sorprendió descubrir que su escolta estaba comandada por la mujer del pelo naranja.

Era alta, casi tanto como él. Y la sorprendente melena le llegaba a la cintura. A pesar del gesto crispado de su mandíbula y del modo en que se esforzaba en parecer hosca, Yáxtor se dio cuenta de que el suyo era un rostro concebido para la risa. Había algo en sus ojos que no terminaba de estar nunca serio por completo. La túnica gris realzaba, más que ocultaba, dos pechos de considerables dimensiones, de los que su dueña no parecía ni en exceso orgullosa ni en absoluto avergonzada.

Yáxtor fue obsequiado con un examen tan detenido como el que él acababa de dedicar a la mujer. Ella no se molestó en disimular su escrutinio y, al cabo de un rato, dejó escapar un gruñido que parecía vagamente aprobador.

¿Por qué no?, se dijo Yáxtor. Estaba allí para trabajar, para cuidar de que nada le pasase a la Reina y para obtener cualquier información que pudiera serle útil a su monarca. Eso no implicaba que no pudiera disfrutar en el proceso.

Además… En aquellos momentos, los Intgze ocupaban un terreno indefinido en su mente. Ni enemigos ni aliados, sino algo intermedio que se decidiría con el tiempo. Como adepto al servicio de la Reina, era su deber aprender cuanto pudiera de ellos. De sus modos, sus costumbres, sus habilidades. De la forma en que peleaban, cómo se relacionaban…

—Tzaru-Dasaraki —dijo cuando juzgó que el examen había terminado—, ¿me permites unas palabras?

La Reina lo miró con el ceño fruncido y él intentó tranquilizarla con la mirada. Su éxito fue moderado, pero de momento ella le dejó hacer.

Dasaraki se hizo a un lado e invitó a Yáxtor con un gesto a hacer lo mismo. Dejaron que la Reina, Arstin y su escolta se adelantaran unos pasos y luego echaron a andar tras el grupo.

Yáxtor recordó de nuevo el modo en que ella había hundido su espada hasta la empuñadura en la cabeza de aquel hombre. La forma en que había cerrado los ojos y alzado la cabeza mientras el cuerpo ensartado temblaba y se retorcía. En aquel momento no había sido capaz de recordar dónde había visto algo parecido y ahora, mientras él y Dasaraki caminaban tras la escolta, cayó en la cuenta. Era como una araña devorando una mosca, vaciándola de sus fluidos y dejando sólo un cascarón vacío.

No había sido un acto de crueldad gratuita, comprendió de repente. Aquel acto había tenido un propósito. Recordó de nuevo la expresión del rostro de la mujer: concentrado, sonriente a veces, asintiendo de vez en cuando, como si algo o alguien le estuviera hablando.

Y quizá había sido eso precisamente.

—¿En qué puedo serte útil? —dijo ella de pronto, sacándole de sus pensamientos.

—Ayer tuve el placer de contemplar tu técnica de combate —respondió Yáxtor—. Y parece que todo lo que he oído de los Ingtze es cierto.

Ella contuvo una sonrisa y aceptó la tácita confirmación de que Yáxtor era el mendigo de la noche anterior.

—Eso depende de lo que hayas oído —dijo.

En realidad, pensó Yáxtor mientras llenaba su pipa, sabía poco de los Intgze. Honoi había sido un misterio para el resto del mundo hasta la Guerra del Martillo y, aunque las cosas habían cambiado en los últimos treinta años, había mucho que seguía siendo desconocido. Como adepto empírico había tenido acceso a información con la que otros no contaban, pero incluso ésta era escasa, fragmentada y no demasiado fiable.

Sin embargo, no le costó mucho improvisar un cumplido:

—Que son rápidos y letales. —Dudó un momento, recordando de nuevo la expresión de Dasaraki la noche anterior—. Y que hablan con sus espadas.

Ella hizo un gesto hacia su arma. La llevaba a su espalda, un poco por debajo de la cintura y casi completamente horizontal.

—A veces son nuestras hermanitas las que nos hablan. Aunque —añadió con una sonrisa feroz— no es hablar lo que mejor hacen.

Despacio, midiendo cada palabra, Yáxtor dijo:

—Tuve la oportunidad de verlo. Perdona si en algún momento parezco entrometido o maleducado. No es mi intención. Pero vuestro país está lleno de cosas sorprendentes.

Ella se encogió de hombros mientras Yáxtor encendía el tabaco con una palabra impronunciable mascullada a media voz.

—Como todos, supongo —dijo la mujer.

—Eso es cierto. Sin embargo…

Dasaraki asintió.

—Claro. Es lo mismo que os fascina a todos la primera vez que venís. Aquí los hermanitos están vivos y despiertos. Activos continuamente. Por lo que he oído, en otras partes del mundo no es así.

¿Hermanitos? *Claro, los mensajeros*, se dijo Yáxtor. Interesante: las espadas eran sus hermanitas y los mensajeros, sus hermanitos. Y, si lo que sospechaba de las espadas era cierto, eso tenía mucho más sentido de lo que parecía a primera vista.

—En efecto. Normalmente los mensajeros simplemente… están. Aquellos que pueden, los usan. Y los que no, compran mensajeros adiestrados para su uso personal. Pero aquí… casi parece que tuvieran voluntad propia.

—¿Propia? —Dasaraki pareció encontrar divertida la palabra—. Yo no diría tanto. Pero sin duda hay una voluntad detrás de ellos. Lo que no significa que no los podamos usar como vosotros, para nuestros propios fines.

—De eso estoy seguro.

Dasaraki abrió la boca, la cerró y permaneció unos segundos en silencio. Terminó asintiendo como para sí misma, y cuando volvió a mirar a Yáxtor, había un brillo juguetón en su mirada.

—De lo que no estoy segura es de que esto fuera lo que querías preguntar, cuánto lo siento —dijo.

Cierto que el comportamiento de Yáxtor no había sido precisamente sutil, pero no pudo evitar preguntarse por qué de pronto ella había decidido abandonar la ficción de que estaban manteniendo una conversación trivial y sin propósito alguno.

¿Es tan directa como parece? Sí; seguramente sí.

—¿Qué podría ser, entonces? —preguntó.

—Tal vez quieres saber cómo puedo estar tan segura de que fuiste tú quien se coló anoche en vuestro pabellón, o de que eras el mendigo que dormitaba junto a esas ratas. —Dudó unos instantes—. O tal vez lo que te interesa es averiguar cómo es que estas dos —se llevó la mano a los pechos— se sostienen sin ningún problema y sin ninguna ayuda aparente. Aún estoy tratando de decidirlo.

Lo miró de nuevo a los ojos. Él no rehuyó su mirada.

—Bueno —dijo Yáxtor—. Sea lo que sea lo que quiero saber, diría que la respuesta a ambas preguntas es la misma y está por todas partes.

Dasaraki sonrió. Yáxtor aspiró una bocanada de humo.

—Muy perspicaz —dijo ella.

—Tengo mis momentos —respondió él.

Caminaron en silencio un rato. Luego, ella le miró otra vez. Algo juguetón, casi burlón, brillaba en sus ojos.

Somos la suma de lo que odiamos tanto como de lo que queremos.

—Próxtor Brandan

Una vez, mucho tiempo atrás, se había llamado Elshnor. Pero eso había sido en otra vida. En otro cuerpo.

Ahora era la Reina de Alboné. Y, una vez más, su cuerpo se desarrollaba con rapidez, intentando dejar atrás una adolescencia turbulenta y agitada lo más rápido posible.

Seis meses antes era una niña que aún no sabía realmente lo que le esperaba. Era una anciana que estaba muriendo. Era, ¿por qué no?, la carneútil que unía a las dos, que traspasaba los recuerdos de la anciana a la mente de la niña y realizaba el milagro de que la Reina fuera siempre la misma.

No del todo.

Nunca la misma por completo.

Pero sí.

Lo suficiente.

O quizá demasiado.

El capitán Penjándel iba a su lado, incómodo en su uniforme de gala, inconsciente de lo atractivos que resultaban tanto su nerviosismo como su rígido sentido del deber. Yáxtor se había rezagado del grupo y hablaba con la jefa de la escolta.

Y a su alrededor, el aire estaba lleno de sonidos nuevos y olores desconocidos.

Basta.

Era la Reina de Alboné, al fin y al cabo. Ni una niña ni una anciana, sino las dos, y todas las demás que había habido antes que ella. Y no había ido a Honoi para disfrutar de las flores y las fragancias, de los sonidos y los colores, ni siquiera de la ridícula apostura de algunos hombres. Estaba allí por un motivo claro y preciso y no debía desviarse ni un solo paso de su camino.

El futuro de Alboné dependía de ello.

Como siempre.

Yáxtor seguía hablando con la mujer del pelo naranja. Verlos juntos hizo que algo cálido subiera por su vientre. Tragó saliva e intentó dominar sus impulsos.

Maldito cuerpo, se dijo. *¿Tenía que llegar justo ahora a la adolescencia?*

En realidad, sí. Le gustase o no, su cuerpo tenía exactamente la edad precisa para hacer lo que había venido a hacer.

Al fin llegaron a su destino. Cruzaron una puerta al otro lado de un pequeño puente y se encontraron en un jardín enorme que parecía la miniatura de un bosque. Todo había sido dispuesto con un cuidado exquisito, con una paciencia infinita para que pareciera natural: los pinos enanos, los minúsculos arroyos, las rocas que simulaban montañas lejanas…

La escolta los dejó una vez pasada la puerta. Excepto la mujer del pelo naranja que, tras dar algunas órdenes a sus hombres, siguió hablando con Yáxtor. La Reina contuvo una sonrisa. El ritual de cortejo entre los dos era más que evidente, y no precisamente sutil. Seguramente, Yáxtor estaba empleándose a fondo, usando sus mensajeros de la forma brutal y eficaz que lo caracterizaba. Aquella niña iba a tener una noche movida, eso estaba claro.

—Aruboné tzaru-Kyono —dijo la mujer volviéndose a ella—, si me lo permites será un placer mostrarte los mejores lugares para el espectáculo.

—Por supuesto —respondió, como si fuera evidente que eso mismo y no otra cosa era lo que esperaba de ella.

Orston y Qérlex, cada uno en su papel, la habían adiestrado a fondo sobre el protocolo honoyés. Los mensajeros educativos también habían ayudado. La chica le había sido asignada como acompañante personal, un privilegio del que pocos mandatarios extranjeros gozaban aquellos días. La Reina se preguntó si la mujer no se habría presentado voluntaria para el puesto tras la pasada noche.

Tomó aire y trató de no hacer caso de su cuerpo.

Maldita adolescencia, pensó una vez más.

—Guíanos, por favor —dijo.

Con un gesto de la mano, Dasaraki les indicó el camino. Con ella delante y Yáxtor y Arstin a los lados, la Reina no tardó en darse cuenta de la atención que estaba despertando.

Al fin se detuvieron, bastante cerca del escenario (parecía una

meseta natural reducida de tamaño un millón de veces) y ligeramente a un lado. El suelo se elevaba con suavidad, formando una pequeña loma sobre la que había extendidas varias telas. Cerca, dos criados esperaban sumisos, con varias cestas en las manos.

—Ah, Majestad, al fin nos conocemos.

Un hombrecillo ligeramente rechoncho, tocado con un enorme sombrero y vestido como un granjero el día de la feria, se acercaba ella. Aquel rostro le era familiar a la Reina y no tardó en encajarlo en un cargo.

—Ah, Coordinador Electo —dijo, inclinando apenas la cabeza; sólo lo suficiente para no ser del todo descortés.

—Álbar, por favor. Sólo Álbar, Majestad. Un simple ciudadano de la Confederación Occidental. O lo seré dentro de unos años, en cuanto se termine este condenado suplicio.

La Reina se dio cuenta de la forma rígida, envarada, en que su escolta miraba al Coordinador Occidental. Sin duda el hombre se había saltado todos los protocolos para ir a saludarla. Típico.

—Esperamos que eso sea pronto —dijo, sin el menor asomo de ironía en la voz.

—No tanto como me gustaría, Majestad, créeme. —Hizo un amplio ademán con el que abarcó cuanto les rodeaba—. ¿Y qué te parece todo esto? Regio, ¿no? Colosal.

Alguien venía hacia ellos. Vestía el mismo tipo de túnica que su escolta y era evidente que no estaba muy contento, pese a que intentaba aparentar lo contrario. Se detuvo junto a ellos con una sonrisa petrificada en el rostro, realizó una reverencia totalmente abyecta y dijo:

—Ah, Coordinador, cuánto lo siento, debo haberme explicado de un modo totalmente inadecuado. Soy el más torpe de los hombres, perdóname.

El líder de la Confederación Occidental lo miró como si no supiese de qué estaba hablando.

—Venga, hombre, ¿de qué vas? Por el Valle de la Teja, si me habéis atendido a cuerpo de rey. Cuando vuelva a Washorya me va a costar lo mío acostumbrarme a mi vieja cama, je jé. No hay motivo para disculparse, venga.

—Cuánto lo siento, pero lo hay. He sido negligente en mis funciones y no he sabido…

—Pero, narices, campeón, que lo has hecho de maravilla.

La Reina dudó entre si debía intervenir o no. Por una parte estaba disfrutando de los aires de palurdo impresionado del Coordinador; aires que, estaba segura, eran tan falsos como su sonrisa llena de dientes. Sin embargo, toda aquella pantomima le estaba causando una vergüenza innecesaria a una persona que no hacía más

que cumplir con su trabajo de la forma más diligente posible.

«La forma en que tratamos a nuestros sirvientes nos define.»

No recordaba quién había dicho aquello. Quizá ella misma, mucho tiempo atrás.

—Perdona, Coordinador —dijo, como si todo aquello no tuviera ninguna importancia—, creemos que lo que nuestro amigo quiere decirte es que no ha debido de explicarte bien cómo funciona aquí el protocolo. Sin duda por eso, para venir a saludarnos, has abandonado el lugar que te han asignado.

El Coordinador se quitó el sombrero y se rascó la nuca. La Reina pensó que sólo le faltaba una brizna de yerba en la comisura de sus labios para que el retrato estuviera completo.

—Ahora que lo dices… Es posible que me dijera algo sobre el tema. No sé, todas estas cosas de la realeza me vienen un poco grandes. Vaya.

Se volvió a su escolta, que aún seguía con la cabeza humillada.

—Venga, amigo, volvamos a nuestro sitio y pelillos a la mar. No hay daño en el rebaño, ¿verdad?, como decimos por mi tierra. Un placer hablar contigo, Majestad, espero que tengamos otra oportunidad.

La Reina asintió sin decir nada. El Coordinador dio media vuelta y regresó a su sitio, seguido de un agradecido escolta.

Sintió que alguien se le acercaba. Era la mujer del pelo naranja.

—Gracias, Aruboné tzaru-Kyono —dijo.

—No hay de qué, niña —respondió la Reina mientras se sentaba en una de las telas extendidas en el suelo.

Poco a poco, los distintos invitados fueron sentándose en sus lugares asignados.

La Reina era consciente de la presencia de Yáxtor y Arstin tras ella y, algo más apartada, su escolta. Estuvo tentada de pedirles que se sentaran y mandar al cuerno el protocolo por una vez.

No. Estás aquí para lo que estás, se dijo una vez más.

Le hizo un gesto a uno de los criados y éste se acercó y le mostró el contenido de la cesta. La Reina tomó una golosina y la paladeó con cuidado. Era… sorprendente. Tan sutil como un dulce de Ashgramor y, al mismo tiempo, con un toque final de amargura que, en cierta manera, completaba el dulce.

Probó dos o tres más, todas distintas, y luego despidió al criado con un gesto de la mano.

A su alrededor, el aire bullía de conversaciones. Los extranjeros

murmuraban entre sí y señalaban admirados a un lado y a otro. Los honoyeses intercambiaban frases cortas en tono imperturbable en las que, sin duda, se comentaba el aspecto extraño y los insólitos modales de los invitados bárbaros.

La variedad de telas, tejidos, colores y ornamentos era casi mareante.

No le pasó desapercibido que había un sitio libre. Prácticamente todos los invitados habían llegado, pero justo al otro lado del escenario, en una loma gemela a aquélla en la que estaba, había un lugar vacío.

La mañana iba muriendo lentamente. La hora de la comida no tardaría en llegar.

Se dio cuenta de que, poco a poco, la luz estaba disminuyendo. Al alzar la vista comprobó que, en efecto, el cielo se oscurecía. Sólo en ese momento comprendió que no era el cielo, sólo una ilusión; un efecto de las luces sobre un techo concebido para engañar.

A medida que se oscurecía, fueron apareciendo, aquí y allá, pequeños puntos luminosos que simulaban estrellas.

Y, sobre el escenario, una esfera pálida y plateada fue ganando luminosidad.

La ilusión era casi perfecta.

Pero ella no la estaba disfrutando, pues se dio cuenta de que la otra loma ya no estaba vacía.

Media docena de hombres se arracimaban alrededor de un joven de aspecto cansado que se sentaba, como ella, en una tela extendida en el suelo. Delgado, de gesto alerta y rostro demasiado serio, asentía de vez en cuando a lo que le decían. Llevaba una túnica no muy distinta a la de la mujer que le había servido de escolta; de mejor calidad, un poco más ornamentada, tal vez. Una versión estilizada, sin duda, del uniforme de los Intgze, adaptado para dar una impresión más regia.

La Reina sonrió. No estaba mal. Y quizá…

Pero eso no es importante.

Alguien apareció sobre el escenario y fue recibido por corteses aplausos de las primeras filas. Vestía un traje exageradamente colorido y se maquillaba el rostro de blanco. Hizo una reverencia ridícula que estuvo a punto de dar con él en el suelo y luego se plantó frente a todos con los brazos cruzados:

—El que Va a Ser el Hijo del Origen, dignatarios extranjeros, invitados y cortesanos. —Su voz era ronca, casi hosca y hablaba de un modo entrecortado y, al mismo tiempo, altisonante—. Mañana el manto pasará de lo que Casi No Es a lo que Va a Ser. Y esta mañana el mundo entero se alegra por ello.

Lo cual era una forma bastante tonta de decir que iban a

ofrecerles alguna diversión. Bailes, cantos, tal vez algún número acrobático.

—Es conocido en todo el mundo. Admirado por todos y envidiado por muchos. —El tono había cambiado de repente. Ahora era obsequioso—. También él se regocija por el cambio de mañana. Y nos trae su arte para demostrárnoslo. —Hizo una pausa dramática y, al entender de la Reina, un tanto excesiva—. ¡R'nendo!

¿R'nendo? ¿Quién era R'nendo? Pero al parecer ella era la única que lo desconocía, porque todos a su alrededor aplaudían entusiasmados, incluyendo al joven de la otra loma. Le hizo un gesto a Yáxtor. Éste se acercó y se inclinó hacia ella.

—¿Quién es ese R'nendo?

Yáxtor se encogió de hombros.

—Un trovador occidental. Bastante famoso, Majestad.

—¿Todo este jaleo por un trovador?

—Por lo que mi amigo Fléiter me ha dicho, es digno de verse. Y de oírse.

—Bah.

Yáxtor volvió a su sitio.

Dos carneútiles entraron en el escenario; eran los primeros de su especie que la Reina veía desde que habían llegado a Honoi. Su aspecto era andrógino, aunque había algo de masculino en su lenguaje corporal. Entre ellos avanzaba un hombre de cabello encrespado y ojos ciegos que, sin embargo, caminaba con una seguridad aplastante, como si estuviera seguro de que cualquier obstáculo se apartaría por sí mismo de su camino antes que chocar contra él. Se sentó al borde del escenario y los dos carneútiles tomaron asiento a los lados, un poco más atrás.

Luego apareció lo que parecía una hembra. Formas redondeadas, rostro ovalado, movimientos delicados. Una carneútil pálida, de una belleza casi imposible y mirada inexpresiva, que permaneció de pie, justo tras el hombre.

Dos carneútiles más entraron en escena, con varios instrumentos musicales. Uno de ellos se acercó al hombre y le tendió una guitarra. Éste la tomó como si pudiera verla, ensayó unos acordes y luego empezó a tocar.

La carneútil cantaba. Si es que a lo que hacía con aquella voz de puro cristal podía llamársele cantar. Era un lamento, un grito de dolor insoportable envuelto en una música que no parecía de aquel mundo.

Cantaba en la lengua antigua, muerta mucho tiempo atrás y que sólo se usaba ya en raras ceremonias religiosas o algún arcaico ritual legal.

La canción hablaba de una mujer sentada en medio de ninguna parte, rodeada por sombras que no se atrevían a acercársele. Hablaba

de una mujer que ya no podía llorar, cuya vida estaba llena de promesas que no se iban a cumplir, de libros que nadie escribiría nunca y de noches que jamás terminarían.

La canción seguía un par de estrofas más, todas ellas rezumando la misma desesperación melancólica que la primera. R'nendo seguía tocando la guitarra, los ojos cerrados, la mandíbula apretada y el gesto hosco, totalmente sincronizado con el canto de la carneútil.

O quizá era el revés.

Y de pronto, empezó el estribillo. Fue R'nendo quien lo cantó, con una voz rota, deshecha y casi agotada.

—Todo arde a su alrededor —cantó, como si le costara trabajo.

Sí; todo ardía a su alrededor. El mundo entero gritaba sumido en una rabia absurda que no tenía adónde dirigirse.

La vida se desvanecía desganada entre cenizas humeantes.

El estribillo terminaba y R'nendo unía su voz desgarrada a la voz cristalina de la carneútil. Los dos atacaban juntos la segunda estrofa.

—Camina sin que nadie la vea —cantaron a dúo.

Nadie le prestaba atención, demasiado ocupados en vivir su propia mascarada sin sentido. No eran más que figuras borrosas, marionetas que pasaban a su lado, cuyos ojos estaban vacíos y cuyas vidas nadie viviría jamás.

Y de nuevo el estribillo, ahora cantado por los dos mientras el resto de los carneútiles se unían con sus instrumentos a la guitarra de R'nendo.

De pronto, la canción se perdía en un caos desgarrador, un crescendo desordenado pero extrañamente armónico sobre el que apenas reinaba la voz de la carneútil, a la que la de R'nendo hacía un contrapunto casi agónico.

El final llegaba de un modo abrupto, como si el mundo mismo se hubiera agotado, y la canción moría en un último acorde desesperado de la guitarra. R'nendo agachaba la cabeza y los carneútiles se inclinaban como si se plegasen en el interior de un capullo.

Hubo un momento eterno de silencio.

Y luego, la Reina se descubrió aplaudiendo con entusiasmo, casi con rabia.

Desde la otra loma, el joven la miraba y sonreía.

Con mi sangre me consagro a proteger la memoria de Honoi.
Con mi vida, a cuidar de su jardín.
Con mi honor, a destruir toda amenaza.
Sangre, vida y honor para el hogar de los primeros hombres.
Vida, honor y sangre derramada a su servicio.
Honor, sangre y vida entregada a su memoria.

—El juramento Intgze.

—¡Odetora!

Dasaraki Itasu echó a correr, olvidó toda su dignidad por el camino, saltó sobre su hermano y lo envolvió en un abrazo que estuvo a punto de ahogarlo.

Prolongó la situación un segundo más de lo necesario, lo suficiente para sentir que el cuerpo de su hermano se envaraba y Odetora intentaba no parecer incómodo. Luego, se separó de él y se llevó las manos a las caderas.

—¿Tengo que enterarme por los demás de que mi hermano ha venido a la capital? ¿Tanto te avergüenza tu pobre hermana mayor?

A medias recuperado del abrazo, Odetora sonrió.

—Quería asearme un poco antes de verte —dijo—. Apesto y estoy sudoroso, hermana.

—¡Mi hermano no apestaría aunque hubiera recorrido un millón de pasos a pie! Los Dasaraki olemos de maravilla.

—Sin duda tú sí.

Un brillo burlón bailó en los ojos de Itasu.

—Puedes apostar a que sí. Vamos —lo animó con un gesto de la cabeza—, te llevaré a la casa de baños del escuadrón. Mi hermano no se merece menos.

—Te lo agradezco, hermana.

—Al cuerno con las formalidades. Puede que te hayan ascendido, pero sigo pudiendo zurrarte el trasero con una mano a la

espalda. ¡Vamos!

Odetora la siguió sin rechistar.

Ni siquiera durante el baño Odetora era capaz de relajarse y dejar de comportarse como un Intgze. Mantenía en todo momento la pose y se esforzaba con auténtico empeño en no ser consciente del cuerpo de su hermana. Desde el otro lado de la tina, Itasu se mordía la lengua y dejaba que un comentario sarcástico tras otro fueran muriendo al borde de sus labios.

Itasu cerró los ojos y permitió que el agua caliente la relajara.

—¿Cómo has conseguido que te dejasen venir? —preguntó al cabo de un rato.

Odetora se encogió de hombros.

—No fue difícil. El pelotón de escolta tenía que venir de todas formas para llevar al jardín la memoria del que Va a Dejar de Ser el Hijo del Origen. Soy tu hermano y acabo de ascender a sedotadejochi. No fue difícil —repitió.

Era evidente que no quería hablar de ello. Itasu conocía bien a su hermano; al fin y al cabo, lo había criado prácticamente sola. Y, por su forma de hablar, sabía que ahí había más de lo que le había contado. Pero sabía también que Odetora no le diría nada por mucho que insistiese.

Secretos, se dijo. *A los hombres les encanta esconderse tras ellos.*

Y a las mujeres también, añadió. O quizá no era eso exactamente. Tal vez en su caso no era ocultarse sino… Ah, a Otrolugar con ello. Estaba demasiado a gusto para ponerse a pensar.

—Me hubiera gustado asistir a tu ceremonia —dijo.

—Lo sé. —Odetora sonrió—. Y no nos habría venido mal que hubieras andado por allí. Aunque nos las apañamos bastante bien nosotros solos.

Itasu asintió. Acababa de enterarse hacía unos minutos: la Puerta Que No Debe Ser Abierta había estado a punto de abrirse y un garunde había logrado colarse desde Otrolugar.

—¿Fue durante tu ceremonia? —preguntó.

—Peor aún. Durante mi vigilia. Casi al acabarla.

—Así que estabas allí cuando…

Odetora asintió.

—Como bautismo de fuego no estuvo mal —dijo.

Otra vez aquella sensación de que ocultaba algo. ¿Había sido la batalla peor de lo que les habían contado? ¿Había hecho Odetora…? No, imposible. Hubiera pasado lo que hubiera pasado, su hermano se

habría comportado de forma honorable e irreprochable. Pensar cualquier otra cosa era absurdo.

Así que dijo:

—Seguro que no. —Y añadió, repitiendo casi las mismas palabras de unas horas antes—: Pero no olvides que aún puedo zurrarte el trasero con una mano atada a la espalda.

Vio cómo Odetora se sonrojaba.

—Como si pudiera olvidarlo —dijo.

El silencio volvió a caer entre los dos. El agua se estaba entibiando, pero aún estaba lo bastante caliente para que no les apeteciera salir.

—Se dice que te has fijado en uno de los extranjeros —dijo Odetora de pronto.

Itasu parpadeó.

—¿Se dice? ¿Quién lo dice?

—No sé. Todos. Nadie. Ya sabes cómo son los rumores.

—Ya.

—¿Es cierto?

—Es posible. ¿Y qué importa si es así?

Odetora dudo unos instantes.

—Perdóname, hermana. No soy quién para decir nada. Eres el cabeza de nuestra familia y nunca se me ocurriría…

—Basta, Odetora. Di lo que tengas que decir.

—Claro, cuánto lo siento. Es sólo que… ¿Te parece apropiado?

—¿Apropiado? ¿Para qué? ¿Para presentarlo ante al clan, para llevarlo de paseo, para darle un buen revolcón? Bueno, lo último espero averiguarlo pronto. En cuanto a lo demás…

—Eres una Dasaraki —dijo Odetora. Y terminó la frase de forma abrupta, incapaz de decir todo lo que le pasaba por la cabeza.

—No, hermanito. No soy una Dasaraki. Soy *la* Dasaraki. Y te aseguro que soy plenamente consciente de mis deberes y mis obligaciones. No necesito que me las recuerdes.

—Perdóname…

—Te perdonaré cuando me hayas dejado decir todo lo que tengo que decir. —¿Por qué estaba tan furiosa?—. Soy tadejochi de los Intgze. Soy lugarteniente de la mejor comandante que jamás hemos tenido y, seguramente, jamás tendremos. Sirvo directamente al Hijo del Origen. Soy la cabeza del clan Dasaraki. Hago todo lo que debo hacer y lo hago gustosa. Eso no significa que deba hacerlo con cara fúnebre o que no pueda divertirme cuándo y con quién me apetece.

Maldita sea, ¿por qué me estoy justificando?

—Perdóname, hermana, claro que estás en tu derecho. No pretendía… Disculpa que haya quebrado tu armonía.

—Al cuerno, Odetora. —Tomó aire y trató de tranquilizarse. De

pronto, el baño ya no le parecía un lugar agradable. Durante unos segundos se limitó a respirar, intentando buscar un centro de tranquilidad que insistía en eludirla—. No importa —consiguió decir al cabo de un rato—. Sé que sólo dices lo que dices porque te preocupas por mí. Y eso te honra.

—Mis palabras han sido totalmente inconvenientes.

En contra de todo lo que sentía, Itasu se las apañó para sonreír.

—Claro que sí. Pero no vamos a dejar que eso nos arruine el día.

Dio un manotazo contra el agua. Odetora no se apartó a tiempo, pero Itasu no pudo evitar la sensación de que no lo había hecho porque no había querido.

—Venga, hermanito —dijo, mientras salía del baño y él fingía de nuevo no notar su cuerpo—. Tenemos mucho con lo que ponernos al día.

No estoy haciendo nada malo, pensó. *Entonces, ¿por qué me he puesto así?*

El resto del día transcurrió sin incidentes.

Odetora, siempre en su estilo formal, le contó varios chismes de su regimiento. Ella le habló de la ceremonia de aquella mañana y la actuación de R'nendo. Aunque no le dijo nada del modo en que la canción del ciego la había afectado, ni de cómo la forma en que se coordinaban él y su grupo de carneútiles la había llenado de una impaciencia que había estado a punto de no poder dominar.

Durante la actuación, había mirado hacia Yáxtor un par de veces, y una de ellas, él le devolvió la mirada. Por un instante, aquellos ojos color acero, implacables, fríos, habían parecido los de un enemigo. Luego, él sonrió, aunque sus ojos no perdieron del todo la distancia, y ella sintió que algo cálido le subía por el vientre. Estaba claro lo que los dos querían y, en cierto modo absurdo y sin sentido, la canción parecía estar hablando de ello.

A Odetora sólo le contó, sin embargo, que R'nendo era tan bueno como todo el mundo decía y valía la pena hasta la última moneda que cobraba por actuar.

—No entiendo esa fascinación por lo extranjero —dijo él, con el ceño fruncido—. Desde la guerra parece que nada es bueno si no viene de fuera.

Itasu, que había esperado exactamente esas palabras, le lanzó una sonrisa llena de burla que su hermano no pudo aguantar mucho tiempo.

Era tan fácil volver a comportarse como niños. Pero ya no lo

eran.

Por la tarde se lo presentó a su comandante. Impresionado por estar en presencia de la más famosa udotadejochi de todos los Intgze, Odetora apenas fue capaz de articular una palabra.

Fue más él mismo en el patio, cuando participó en el entrenamiento de la compañía y demostró que no había perdido nada de la velocidad y precisión que Itasu recordaba. Al contrario, los últimos meses parecían haberle sentado de maravilla, y Odetora era ahora un arma tan afilada como su propia espada.

No, ya no somos niños, se dijo.

Y aquello la llenó repentinamente de una intensa nostalgia de la que sólo pudo librarse lanzándoles pullas a sus Intgze y comportándose como la mujer alocada, casquivana y letalmente peligrosa que todos creían que era.

Si Odetora estaba escandalizado por la forma en que confraternizaba con sus subordinados, no dijo nada. Tampoco es que hiciera falta.

Desde el porche, con los brazos metidos en las mangas de la túnica, completamente inmóvil, la comandante Renyokiru lo contemplaba todo en silencio. Sus labios sonreían de un modo apenas perceptible. Sus ojos oscuros y tranquilos eran un enigma, como siempre.

Librarse de su hermano por la noche le costó más de lo que había pensado.

Librarse de su propio malhumor fue incluso más difícil.

Mientras esperaba, sentada sobre los talones, las manos en las caderas y el rostro totalmente vacío de emoción, no dejaba de darle vueltas a lo ocurrido en la casa de baños.

¿Por qué había reaccionado así a las palabras de Odetora? Al fin y al cabo, estaba acostumbrada a que los demás la juzgasen de acuerdo a sus propios prejuicios y llegasen a conclusiones equivocadas. ¿Era porque aquella vez se había tratado de su hermano? No lo creía. Odetora siempre había sido un fanático de las normas, las regulaciones y los protocolos, y todo lo que no estuviera recogido en los libros adecuados no existía para él. Su reacción ante la idea de que su hermana pudiera tener algo que ver con un extranjero había sido inevitable. Esperada.

Maldita sea, ella la había esperado. No la pilló por sorpresa.

Entonces, ¿por qué había reaccionado justificándose, dando unas explicaciones que nadie necesitaba y que ella no tenía por qué dar?

¿Por qué se había enfadado?

Lentamente, tomó aire. Más allá de la ventana, una nube ocultó la luna y la habitación, a la única luz de una vela, se convirtió en el paisaje de un sueño.

No estaba haciendo nada malo.

Pero, si era así, ¿por qué se molestaba tan siquiera en negar que estuviera haciendo algo malo?

Masculló una maldición.

No estaba haciendo nada malo, se repitió. Ella era su única dueña. Y una vez satisfechas las obligaciones de su clan y de los Intgze, tenía derecho a hacer lo que quisiera. Tan sencillo como eso, y al cuerno los demás. Y su hermano. Especialmente su hermano.

Tomó aire una vez más. Intentó dejar la mente vacía. Poco a poco lo fue consiguiendo.

Al cabo de un rato oyó un ruido en el pasillo. Contuvo una sonrisa.

El panel se hizo a un lado prácticamente sin ruido. El condenado era bueno, sin duda.

Alzó la vista.

Yáxtor la contemplaba, detenido en el umbral.

Lentamente, haciendo que cada movimiento fuera algo medido y deliberado, Itasu se puso en pie.

—Te has tomado tu tiempo —dijo, pero no había reproche alguno en su voz.

Él se encogió de hombros.

—He venido en cuanto he podido.

Aún seguía en el umbral, como si no se atreviera a cruzarlo.

—¿Qué esperas, una invitación formal? Entra y cierra. —Frunció el ceño—. ¿Eres de los ruidosos? No, da igual, no respondas; creo que no tardaré en averiguarlo.

Él hizo como ella le había pedido. Entró en la habitación y se detuvo junto a la mujer. Medían casi lo mismo. En los ojos de Itasu brillaba algo travieso. En los de Yáxtor, una determinación fría y distante.

La primera vez que un niño comprende que hay cosas que no puede hacer es, seguramente, el momento más traumático de su vida. En ese instante, en el momento mismo en que oye su primer «no» y se da cuenta de que de verdad no puede salirse con la suya, todo su universo se viene abajo. Todo cuanto creía saber sobre cómo funcionan las cosas deja de pronto de tener el menor sentido.

Aprende, claro. Y ese «no» se convierte únicamente en un primer paso de muchos.

De hecho, podemos definir el resto de la vida como un combate continuo. Un intento constante de tantear los límites y de ver hasta dónde podemos llegar saliéndonos con la nuestra.

Son los muros contra los que chocamos y las puertas que encontramos los que terminan definiendo cómo vamos a ser.

—La Reina de Alboné, en su decimotercera encarnación

¿Por qué había ido precisamente a aquel lugar?

El almacén parecía abandonado y no quedaba el menor rastro de sangre que indicara lo que había ocurrido allí la pasada noche. El río fluía con parsimonia algo más allá del terraplén de piedras que lo canalizaba.

¿Por qué allí? ¿Por qué precisamente allí?

Desde el tejado del almacén, Yáxtor se encogió de hombros. En cuclillas, mientras cargaba la pipa, contemplaba los alrededores con una indiferencia helada que apenas conseguía disimular su rabia.

Maldita…

Siempre hay una primera vez para todo, solía decir el viejo Qérlex cuando no era más que uno de sus preceptores.

Quizá fuese cierto, pero eso no lo hacía sentirse mejor.

Había conseguido dormirse, pese a todo. Y, de nuevo, había soñado con Ámber. Pero, por primera vez, el sueño había sido significativamente distinto de los anteriores.

Ella aún sacaba agua del pozo. Él todavía se acercaba a ella. Pero la conversación que habían mantenido no pudo haber sido más diferente.

«No es culpa suya», le había dicho Ámber.

Y luego, cuando él había intentado acariciarla, ella se había echado hacia atrás; no como si temiese su contacto, sino…

«No lo es», había repetido.

—No me importa —había respondido él, con una voz fría que parecía un arma a punto de ser disparada.

Ámber había sonreído. Una sonrisa triste que Yáxtor no recordaba.

«Lo sé, mi amor», le había dicho. «No te importa. Como siempre, sólo importas tú y el resto del mundo es irrelevante. Lo sé muy bien.»

—Eso no es cierto —había mentido él, consciente de la mentira y consciente también de que ella no le creía.

La sonrisa de Ámber se había acentuado. La tristeza en su rostro se había convertido en algo pesado, oscuro.

«¿No? ¿De verdad crees que eres lo que eres sólo por lo que ellos te hicieron? ¿En serio?»

Había meneado la cabeza, para luego mirar al pozo.

«No es culpa suya. Tampoco tuya, en realidad. Pero eso no te importa. Lo único que te importa ahora es tu orgullo herido, y que la harás pagar por ello. Como siempre.»

Aquellas palabras se habían abierto camino dentro de su pecho como una espada. Afiladas, frías, resbaladizas. Él había meneado la cabeza.

—No —había conseguido decir.

Pero no había servido de nada, porque sabía que tenía razón; y ella sabía que él lo sabía. Con una última sonrisa triste, Ámber había dado media vuelta y había desaparecido.

Yáxtor había despertado. Había mirado a su alrededor. Y, antes de que supiera muy bien lo que estaba haciendo, había empezado a vestirse.

Y allí estaba ahora, en cuclillas sobre el tejado de un almacén abandonado, fumando con rabia mientras el río pasaba indiferente bajo él.

No me importa, se repitió.

¿Qué hago aquí? ¿Por qué aquí?, se dijo de nuevo.

No había respuesta. Ninguna que él quisiera escuchar en aquellos momentos, al menos.

De pronto, se dio cuenta de que no estaba solo. Se giró con rapidez y nunca pareció tanto como en esos momentos un gato acorralado.

—Sí, pensaba que eras tú —dijo Itasu desde el otro extremo del tejado.

Al verla, todo lo que había ocurrido aquella noche volvió a su memoria y entonces comprendió que nunca se había ido de ella.

La risa. Lo peor había sido la risa que había visto bailando en los ojos de la mujer.

Siempre hay una primera vez para todo, repetía el viejo Qérlex en

lo más hondo de su mente.

La rabia, escalando sus tripas.

—Preferiría estar solo —consiguió decir.

Ella asintió.

—No pretendía molestarte. —De pronto, pareció como si le costase trabajo encontrar lo que quería decir—. Mi reacción fue… algo desproporcionada, quizá.

Su reacción. La risa en sus ojos. La sorpresa, primero, ante el modo torpe en que Yáxtor se comportaba con ella. ¿Cómo era posible? Y luego, de repente, la comprensión.

Yáxtor tenía la escena grabada a fuego en su mente.

El modo en que ella había asentido. La forma en que había paladeado el aire a su alrededor.

Y luego, la risa bailando en sus ojos.

Siempre hay una primera vez para todo.

Pero no para él, se decía una y otra vez. No para él. Para él no debería haber habido una primera vez. Las leyes del universo deberían haber hecho una excepción con él. Las cosas tendrían que haber sido distintas. La noche tendría que haber terminado entre gemidos y jadeos. Tendría que haber concluido con una mirada triunfal en sus ojos mientras se derramaba dentro de ella, no con la risa bailando en los de la mujer.

—Vete —dijo.

Itasu lo pensó unos instantes. Comprendió que en aquel momento no estaba frente a un ser humano, sino ante un animal herido que la hacía directamente responsable de sus cicatrices. Y comprendió, también, que no le importaba.

—Si prefieres quedarte ahí, lamiendo tus heridas… —dijo, encogiéndose de hombros.

Yáxtor se movió hacia ella, tan rápido que Itasu casi no pudo reaccionar.

Casi.

Retrocedió un paso y desenvainó su espada.

—Comprendo que ahora mismo no ves las cosas con claridad —dijo, totalmente alerta—. Entiendo que lo de esta noche no te había pasado nunca, que tus hermanitos… tus mensajeros siempre habían hecho el trabajo por ti. Lo siento, pero no es mi problema. No vuelvas a amenazarme.

Yáxtor tomó aire. Cerró los ojos. Su cuerpo se relajó poco a poco. Itasu, sin embargo, siguió alerta.

—No me importan ni tu comprensión ni tu… simpatía —dijo Yáxtor al cabo de un rato—. Te pedí que me dejases solo.

—Como quieras —respondió ella—. Lástima —añadió mientras se iba—. Con un poco de paciencia…

Saltó del tejado y, casi antes de que sus pies tocaran el suelo, estaba corriendo hacia el palacio.

Yáxtor la vio irse, fundirse con las sombras de la noche, hasta que lo único que quedó visible de ella fue un manchón anaranjado que se empequeñecía con rapidez.

Siempre hay una primera vez para todo.

Al cuerno con eso. No para él.

Saltó del tejado por el extremo opuesto al que lo había hecho Itasu. Descendió el terraplén y se arrodilló a la orilla del río. Introdujo la cabeza bajo la superficie.

El agua fría fue como una bendición. Como una bofetada liberadora.

Sacó la cabeza y miró a su alrededor. Debería volver al palacio.

Aún no.

Se tumbó cuan largo era y dejó que su mirada se perdiera en el cielo nocturno.

Habrá otras oportunidades, se dijo. *Aprenderé.*

Y luego:

Y ella lo lamentará.

Itasu se quitó la ropa, se tumbó sobre su esterilla y apoyó la cabeza en la pequeña almohada.

Idiota, se dijo. *Tendría que haber sido un poco más delicada.*

Pero, ¿cómo se podría haber imaginado lo torpe que era Yáxtor, lo poco que conocía del modo adecuado de darle placer a una compañera de almohada, lo inexperto que resultaba cada vez que la tocaba, la besaba o intentaba acariciarla? Era impensable.

Y, al comprenderlo, cuando se había dado cuenta de que nunca había necesitado aprender todas esas cosas porque sus mensajeros siempre habían hecho el trabajo por él, le costó aguantar la risa.

Había percibido entonces que el aire estaba lleno de ellos, revoloteando a su alrededor, intentando entrar en ella y obligarla a sentir lo que su dueño quería que sintiera.

Pero aquella vez no iba a ser así.

Bueno, se dijo con un encogimiento de hombros. No era culpa suya. Si sus hermanitos eran más fuertes que los mensajeros de Yáxtor, peor para él. Y si su reacción era enfurruñarse como un niño herido en su orgullo, no era su problema.

O eso esperaba.

¿Realmente nunca había necesitado depender de sí mismo antes, nunca había estado en una situación que los mensajeros no pudieran

solucionar por él?

Había oído hablar de Yáxtor, por supuesto. Desde que se había sabido que la Reina de Alboné asistiría a la coronación, se había tomado la molestia de informarse sobre su posible escolta.

Le había sido descrito como un hombre de recursos, como una herramienta afilada y despiadada al servicio de su Reina. Aquello le había gustado. Aquella entrega total a un propósito era algo que podía comprender y con lo que podía sentirse identificada, así que no había sido extraño que se hubiese sentido atraída por Yáxtor desde un principio, y menos después de haberlo visto en acción.

Y todo para…

A veces Odetora tenía razón. Estaba demasiado acostumbrada a pensar deprisa y a reaccionar más deprisa aún. Quién sabe, si hubiera sido un poco más discreta, algo más sutil…

Quizá ahora estaría disfrutando de otro tipo de placeres.

Por qué no. Enseñarle. Conducirlo por nuevos caminos y, en el proceso, disfrutar ambos.

Y en lugar de eso, lo había humillado. Algo que, a juzgar por su reacción, ni le había pasado a menudo ni encajaba demasiado bien.

Se encogió de hombros otra vez.

Peor para él.

Desde niña, había disfrutado con el control de sus hermanitos. Había aprendido de un modo instintivo a controlarlos y a hacer uso de ellos. Y no había tardado en darse cuenta de que lo que para ella era absurdamente fácil, a los demás les costaba semanas de esfuerzo y concentración.

Pero nunca he sido tan tonta, se dijo.

Jamás había dependido de sus hermanitos hasta ese extremo. Porque si algo le habían enseñado era que, por buena que fuera, era cuestión de tiempo que se encontrase con alguien mejor.

Y, por lo visto, eso era exactamente lo que le había pasado a Yáxtor, se dijo con una sonrisa socarrona.

Aunque era una lástima. Podrían haber…

Con ese pensamiento se fue quedando dormida.

Tairunabe salió del Lugar del Origen con su hijo Tairuname en brazos, un bebé llorón que no podía pensar en nada que no fuera el pecho de su madre.

Mientras lo amamantaba, esperó.

Y esperó.

Y siguió esperando.

Su paciencia tuvo recompensa. Otros hombres y mujeres empezaron a salir del Lugar del Origen y, al ver a Tairunabe ante ellos, se inclinaban y la reconocían como su superior. Luego, como ella, esperaban.

Al fin dejaron de esperar.

«¿Qué hacemos ahora, Hija del Origen?»

Tairunabe miró a su hijo, glotón y exigente. Contempló a los que se habían reunido a su alrededor. Examinó la tierra en la que estaban, ardiente, seca y sin vida. Por último, se volvió hacia la superficie lisa y metálica del Lugar del Origen.

«Buscaremos un sitio. Un sitio donde establecernos y al que podamos llamar nuestro.»

«Y tú nos guiarás».

Tairunabe se encogió de hombros. Se apartó el manto a un lado y dejó que Tairuname se alimentara.

«Si no hay más remedio…»

—La crónica de los días

La invitación para pasear por los jardines del Hijo del Origen llegó a primera hora de la mañana. Fue entregada por un alto funcionario honoyés que permaneció impertérrito mientras el guardia iba a buscar al capitán y éste a despertar al Adepto Supremo. Sólo entonces sacó de sus amplias mangas un sobre encerado y se lo tendió a Qérlex con una reverencia.

Éste lo tomó, le devolvió el gesto al funcionario y lo abrió sin más ceremonias. Lo único que reveló lo escandalizado que se sentía el funcionario ante ese comportamiento fue un ligerísimo alzamiento de cejas.

Qérlex leyó la invitación (o, para ser más exactos, sus mensajeros tradujeron visualmente la compleja escritura honoyesa a algo inteligible), se inclinó ante el funcionario y dijo:

—La Reina de Alboné está encantada de aceptar la amable invitación del Que Va a Ser el Hijo del Origen. Estará allí, con su escolta, a la hora señalada.

Ante «su escolta» el funcionario enarcó de nuevo una ceja.

—Cuánto lo siento —dijo, en un tono que rozaba la abyección—. Pero la invitación es a título personal. Un error, sin duda no he sabido transmitirlo adecuadamente. Estoy desolado.

—En absoluto. Seguro que el error ha sido mío y me disculpo por ello —dijo Qérlex, en el mismo tono. Para su sorpresa, descubrió que disfrutaba con aquella pantomima—. La escolta se limitará a acompañar a la Reina hasta el jardín, naturalmente. —Dijo la última palabra en un tono que daba a entender que sólo un ignorante o un bárbaro podría haber pensado otra cosa.

—Naturalmente —repitió el funcionario, saboreando la palabra y la humillación que la acompañaba—. Transmitiré la aceptación al Que Va a Ser el Hijo del Origen. Gracias.

Hubo una nueva inclinación a la que Qérlex respondió de igual modo, y el funcionario y su séquito abandonaron el pabellón.

A solas, Qérlex volvió a repasar la invitación. La había estado esperando, en realidad, y entraba dentro de lo que ambos gobiernos habían pactado tiempo atrás.

Política, se dijo. *Quién la entiende.*

Sólo que como Adepto Supremo, ahora era parte de su mundo. No tanto como lo era del de Orston, el anterior Adepto Empírico Supremo y actual Regente de Alboné, pero sí lo suficiente. Más que suficiente de hecho.

Tomó aire. Necesitaba hacer algo con las manos. Fabricar algo, escudriñar algo, descubrir cómo y de qué manera funcionaba algo. Lo que fuera. En lugar de eso, dio media vuelta, subió las escaleras y se dirigió hacia los aposentos de la Reina.

Flanqueada por Yáxtor y el capitán Penjándel, la Reina se presentó en el jardín a la hora acordada. Dos Intgze guardaban la entrada y se inclinaron abyectamente en su presencia.

El Que Iba a Ser el Hijo del Origen llegó poco después, acompañado de la comandante Renyokiru y la capitana Dasaraki. La Reina fue consciente del intercambio de miradas entre Yáxtor y esta última, y no tardó en relacionarla con el mal humor del que su adepto había hecho gala toda la mañana.

¿Se le ha escapado una presa a Yáxtor?

Si era así, la chica valía la pena, sin la menor duda. En todos los sentidos.

Pero no tenía tiempo para ocuparse de eso en aquellos momentos. Antes habría sido distinto, claro. Antes, cuando aún no era

la Reina, cuando aún no llevaba en su cabeza la amalgama de recuerdos y personalidades de todas sus antecesoras, cuando no era más que una niña que disfrutaba como tal de las aventuras y andanzas de Yáxtor Brandan, el mejor adepto empírico de Alboné, veloz, eficaz, mortal y atractivo como sólo puede serlo el personaje de un cuento.

Claro que eso es lo que era para mí. Miró a Yáxtor. *Y aún lo sigue siendo, en cierta forma, para una parte de nosotras. Lo será siempre, supongo.*

Apartó aquellos pensamientos a un lado y enfocó su atención en el joven al que flanqueaban las dos mujeres. Había una cierta simetría irónica en la situación. Ella, acompañada de dos machos. Él, de dos hembras. ¿Casualidad? Y aun siendo pura coincidencia, ¿significaba algo?

—Aruboné tzaru-Kyono —dijo el joven—. Es un placer que hayas aceptado nuestra invitación.

—Fue un placer aceptarla.

—El manto pasará a mis hombros este atardecer. Y a partir de ese momento, ambos estaremos demasiado atareados con los asuntos de estado. Me pareció apropiado tener un pequeño instante para nosotros solos.

Ella asintió.

No es más que un niño, se dijo. *Pero no lo parece.*

Tampoco ella lo parecía, claro. Sólo que ella no era una niña.

Lo soy a veces, se dijo, pensando en sí misma en primera persona, algo que en muy pocas ocasiones se permitía. *Cuando puedo.*

Pero él… No tendría más de trece años y se comportaba con la solemnidad de un adulto que ha vivido y visto demasiado. Su actitud ni siquiera parecía forzada. Cada uno de sus gestos y palabras eran naturales, inevitables. Lo habían educado así, seguramente, desde el mismo día de su nacimiento.

—Si quieres acompañarme —dijo él, interrumpiendo sus pensamientos—, estaré encantado de mostrarte el jardín.

—Guíanos, por favor.

Él asintió y, con un gesto, le franqueó el paso. Los dos guardias se hicieron a un lado y volvieron a ocupar su lugar una vez hubieron pasado.

Dejadas al margen, sin nada que hacer, las dos escoltas se observaban la una a la otra.

Arstin Penjándel intentaba aparentar una tranquilidad que estaba lejos de sentir. La Reina era su responsabilidad, al fin y al cabo, y no le gustaba nada la idea de dejarla sola con un desconocido, por mucho que ese desconocido fuera a convertirse en el Emperador de Honoi dentro de pocas horas. Bueno, se dijo, en emperador y en algo más, si había entendido la mitad de lo que había escuchado en los

últimos días.

Yáxtor no pensaba en la Reina. No del todo, al menos. Una parte de su atención siempre estaba centrada en su monarca, lista para saltar al menor indicio de peligro. Pero la mayoría de sus pensamientos se dirigían a la mujer de pelo naranja, maneras desenvueltas y pecho exuberante que tenía enfrente. La deseaba. El fracaso de la noche anterior sólo había acentuado tal deseo, y verla lo hacía sentirse como un adicto que ha pasado demasiado tiempo sin su dosis.

Y, al mismo tiempo, una diminuta parte de él mantenía las distancias en todo momento, contemplaba la situación con frialdad y se preguntaba cómo sacar provecho de todo aquello. Había mucho de sí mismo que Yáxtor desconocía, muchas zonas de su memoria que no estaba seguro de que fueran realmente suyas. ¿Cuánto de lo que creía recordar era real? ¿Qué parte le habían implantado Orston y Qérlex al reconstruirlo? En cuanto a sus recuerdos originales, aquellos que había recuperado seis meses atrás, ¿de verdad eran sus recuerdos?

Pero aquello no importaba. No ahora. En una u otra versión de sí mismo, Yáxtor había sido siempre una criatura devorada por la curiosidad, por el deseo de aprender. Para sí mismo o para su Reina, eso no importaba. E Itasu era una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla. Ella sabía cosas que él ignoraba; cosas sobre cómo funcionaban allí los mensajeros, de qué modo controlarlos, cómo hacer que trabajaran para él. Así que ocultaría su rabia, la encerraría allí donde no molestase… al menos de momento.

Ella no lo miraba. No de un modo directo. Sin embargo, estaba pendiente de él. Intentaba descifrar su lenguaje corporal, averiguar qué pasaba por su cabeza y, sobre todo, buscaba una forma de propiciar un nuevo acercamiento que no acabase en un desastre como el de la noche anterior. Lo curioso es que no sabía por qué. No era propio de ella malgastar el tiempo de ese modo. Si el asunto con Yáxtor no había funcionado, no importaba gran cosa; siempre habría otros peces en el mar. Tal vez el guapo y nervioso capitán. Por qué no. Sin embargo, pese a todo, algo la hacía volver a Yáxtor y a la idea de intentarlo de nuevo. No sabía por qué, y eso la hacía sentirse incómoda.

Actuar primero y pensar después, ése había sido siempre su lema. Y, como la mayoría de los lemas, era sólo una verdad a medias. Se había entrenado a sí misma para reaccionar en un parpadeo, en el espacio entre dos latidos de corazón; se había enseñado a ver lo que la rodeaba de un vistazo, descubrir las conexiones entre los distintos elementos de su entorno sin apenas ser consciente de ello y tomar la decisión adecuada en una fracción de segundo.

Y había algo en Yáxtor que la hacía dudar. No sabía lo que era, y

no saberlo la hacía sentirse como si llevase todo el día caminando de puntillas sobre tizones ardientes. Lo curioso es que no era una sensación del todo desagradable. Y resultaba sorprendentemente estimulante.

En cuanto a la comandante Renyokiru, era difícil saber qué pensaba. Pero sin duda no se le escapaba nada de cuanto ocurría a su alrededor.

La Reina y el futuro Emperador no hablaron gran cosa al principio. Recorrían el jardín en silencio y se tomaban su tiempo. A veces, él se detenía y, con un gesto mínimo, le señalaba éste o aquel detalle. Ella lo contemplaba, asentía y seguían caminando.

—En realidad, esto no es más que una copia, apagada y sin brillo —dijo él de repente—. Un indicio de la realidad, no la realidad misma.

La Reina frunció el ceño. Una parte de ella se estaba impacientando y no deseaba más que terminar la visita, volver a su pabellón y acabar con todo aquello de una vez. Otra, sin embargo, disfrutaba de cada gesto, cada paso, cada palabra.

Debería haber ganado la estadista, debería haberse impuesto la memoria de cientos de Reinas. Pero fue la niña la que venció.

—No lo entendemos —dijo.

Y, con esas palabras, fue como si estuviera conjurando todo el pasado que llevaba a cuestas.

Él sonrió y, al hacerlo, pareció repentinamente tímido.

—El jardinero que trazó los planos del jardín pretendía recordar otro. Su obra fue un intento de rememorar con sus pobres recursos un jardín más grande, más complejo y más vivo. No un montón de plantas dispuestas de un modo armonioso, sino algo más, algo mejor. Murió sin haber tenido éxito. Y ninguno de sus sucesores, me temo, lo tendrá tampoco.

La Reina, sin comprender del todo, dijo:

—Si esto sólo es una pálida copia, nos preguntamos cómo será el original.

—Sólo unos pocos lo han visto. Aquellos que lo guardan y lo protegen. Yo, algún día, moraré en él, igual que lo hicieron mis antecesores.

¿Le estaba hablando de religión? No había estudiado en detalle las creencias honoyesas antes del viaje. Como casi todos en Érvinder, sin duda seguían alguna versión del Libro del Origen, pero desconocía qué peculiaridades habría en sus creencias concretas. Se arriesgó, sin

embargo, a decir:

—¿Hablas del lugar al que vamos al morir?

Él sonrió.

—En cierto modo —dijo—. Aunque creo que no de la manera en que estás pensando, si me perdonas mi atrevimiento. Hablo del Jardín de la Memoria. Ioh Node. El lugar en el que se guardan los recuerdos de algunos de nosotros.

No acababa de entenderlo, pero sin duda se refería a un lugar físico, no a algún reino místico del más allá, lo que no sabía si la tranquilizaba o la hacía sentirse más inquieta. En silencio, maldijo a su Regente por no haberla puesto en antecedentes sobre aquello. Aunque, se dijo, quizá Orston no lo había sabido tampoco.

—Tú tienes tu propio Jardín de la Memoria, en cierto modo —dijo él—. Si lo que me han contado es cierto, guardas los recuerdos de todas tus antecesoras.

La Reina asintió. Luego, repentinamente, negó con la cabeza.

—Es algo más complicado. Somos ellas.

Él se llevó una mano a la barbilla y lo pensó unos instantes.

—Comprendo. Somos lo que recordamos. Así que eres siempre la misma. Sólo que cambias con cada nueva mujer que se añade a la mezcla. Eres tú misma y también eres todas ellas. Siempre igual. Siempre distinta. Tiene que ser… difícil.

—A veces. Sobre todo al principio. —Iba a dar el tema por zanjado, pero de pronto se descubrió hablando sin parar—. Encontrar un yo en la vorágine del nosotros a veces es casi imposible. Es como estar perdida dentro de tu propio cuerpo. Todo es extraño, todo es nuevo, y al mismo tiempo, cuanto te rodea es familiar y conocido. Pero cambia. Cambiamos.

Se detuvo de pronto, confusa consigo misma. Vio que él la miraba con interés.

—Lo sentimos —dijo—. Nos hemos dejado llevar. Nunca hablamos de esas cosas.

Él humilló la cabeza.

—Lo lamento si he roto tu armonía interior. No era mi intención. Me temo que aún soy muy ignorante.

Pero ella se dio cuenta de que no hablaba en serio, no del todo. En el fondo de sus ojos había una burla secreta y bien intencionada que estuvo a punto de provocarle una sonrisa.

—Eres interesante —dijo.

—Tú también lo eres —respondió él.

—Eso no siempre es bueno.

—Pero no será aburrido.

—A veces el aburrimiento puede ser una bendición.

Esta vez los dos sonrieron sin molestarse en ocultarlo.

No es más que un niño, dijo una voz vieja y cínica dentro de ella. *Un niño que está jugando y que no sabe realmente lo que le espera.*

También lo soy yo, se respondió. *Lo era. Lo seguimos siendo. A veces.*

—¿Crees que esto funcionará? —preguntó él de repente.

Al principio, ella no supo de qué hablaba.

—Nuestro Regente y tu Chambelán creen que sí —dijo al cabo de un rato—. La alianza será beneficiosa para los dos reinos. Y, al fin y al cabo, vuestro sistema de sucesión es tan singular, a su manera, como el nuestro. Y, eso dice Orston, ambos son compatibles.

Él asintió.

—Sí, lo sé. Seguro que funcionará. Pero, ¿crees que *esto* funcionará?

Lo pensó unos instantes.

Eso no importa, se oyó pensar.

Quizá. Tal vez no importaba. O, al menos, no lo suficiente para que representara una diferencia en lo que iba a suceder. Pero, en otro sentido, sí que importaba. Y comprendió en ese momento que había estado dándole vueltas a la cuestión durante todo el viaje, sin atreverse a pensar en ella del todo, pero sin que abandonase nunca sus pensamientos.

—No lo sabemos —dijo—. Pero creemos que será interesante averiguarlo.

El arte de gobernar consiste en saber lo que no puedes hacer, más que lo que puedes. Esa obviedad, que cualquier niño de pecho sería capaz de deducir por sí mismo, ha sido sistemáticamente ignorada por la mayoría de los gobernantes de Érvinder a lo largo de la historia.

Y sin embargo, de algún modo, aquí seguimos. Y de algún modo, nos las apañamos.

El cómo es un misterio.

—Orston Velhas

La tarde iba muriendo lentamente. Siguiendo el mismo ritmo, las luces se encendían poco a poco en la sala de audiencias. Los invitados y dignatarios extranjeros ocupaban su lugar en las tribunas. Y sobre ellos, en las gradas, el pueblo esperaba entre comentarios y risas.

Itasu comprobó que su hermano había conseguido un buen sitio, se acomodó la túnica de gala y se ajustó la espada.

—Tranquila, hermanita —susurró—. Hoy no tendrás que trabajar. Relájate.

Tardaría en olvidar aquellas palabras.

Qérlex se sentaba junto a la Reina y era consciente en todo momento de la presencia de Yáxtor Brandan y el capitán Penjándel, de pie tras ellos. Un poco a su izquierda estaba el Coordinador Electo de la Confederación Occidental, que no paraba de parlotear a diestro y siniestro y lucía con orgullo un traje estrafalario que habría sido difícil de pasar por alto hasta para un ciego. Al ver al Adepto Supremo, el Coordinador se volvió a él con una sonrisa y lo saludó con la mano. Qérlex le devolvió el saludo con un gesto de la cabeza y enseguida apartó la vista.

—Es bueno, ¿verdad?

Se volvió hacia la Reina sorprendido.

—Me temo que no te entiendo, Majestad.

—El colonial —dijo ella—. Es bueno. Representa a la perfección su papel de palurdo igualitario. Tanto que casi estamos tentadas de pensar que se lo cree.

—Es posible, Majestad.

—Es un hombre peligroso, Qérlex.

—Me temo que lo encuentro simplemente ridículo.

—Precisamente por eso es peligroso. Es astuto y está hambriento de poder. Tras su disfraz no hay más que ambición y triquiñuelas.

Qérlex asintió.

La Reina estuvo a punto de añadir algo más, pero guardó silencio.

Es un adepto empírico, se dijo. *Debería poder ver tras los disfraces de la gente.*

No era la primera vez que se preguntaba si Orston Velhas, su Regente, habría cometido un error al nombrar a Qérlex Targerian como sucesor al frente de los Adeptos Empíricos.

O quizá el error fue mío.

Orston había sido, al fin y al cabo, uno de los Adeptos Empíricos Supremos más eficientes que recordaba. Y los recordaba a todos. Cuando su Regente anterior le pidió acabar con su vida, había parecido la elección obvia para sustituirlo. Y, cuando Orston sugirió a Qérlex como su relevo al frente de los Adeptos Empíricos, la Reina lo había encontrado adecuado.

Sin embargo…

Con disimulo, estudió al viejo Maestro de Artífices. Quizá el cargo le venía grande, se dijo. Tal vez fuera de su taller, de su pequeño universo lleno de mensajeros y de herramientas que los manipulaban, no fuera más que un pez en tierra firme, una criatura desorientada y boqueante que no sabía qué hacer.

Si es así, hay que encontrarle un sustituto.

Tarea que no era precisamente fácil. Los Adeptos Empíricos estaban al servicio de la Reina, pero su organización interna era intocable. La autoridad real podía, en todo caso, aconsejar, sugerir, intentar convencer, pero más allá de eso, tenía las manos atadas.

Aunque quizá el propio Qérlex sea mi mejor aliado para eso, pensó.

Se dio cuenta de que las luces del largo pasillo que conducía a los dos tronos estaban empezando a perder fuerza. Sobre ella, en las gradas del pueblo, los murmullos cesaron de repente y se oyó un redoble de tambor lejano.

Los Intgze que escoltaban al emperador recorrían el largo pasillo como si nada más existiera en el mundo. Con una calma antinatural y el rostro completamente impasible, iban desplazándose paso a paso, rodeando el elevado palanquín en el que viajaba el Hijo del Origen.

El rostro alzado hacia lo alto. La mano en la empuñadura de su

espada. Un paso casi imperceptible. Una pausa que era como un espejismo. Un nuevo paso.

El tambor, aún lejano, iba aumentando poco a poco su cadencia, y con ella los pasos de la escolta.

El emperador, con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia el cielo, parecía la estatua de un dios muy viejo. Sobre sus hombros caía un manto marrón que le cubría casi todo el cuerpo y cuya textura recordaba la corteza de un árbol.

El tambor, más cercano ahora, redobló su ritmo. La escolta aceleró el paso. La impaciencia de la multitud que los observaba era algo casi físico, palpable.

De pronto, la comitiva se detuvo ante las escaleras que daban a los dos tronos. Aquel espacio, hasta entonces a oscuras, se fue iluminando poco a poco. En el trono más bajo se sentaba una figura; pequeña, casi encorvada. El trono más alto estaba vacío. Tras ambos sitiales, la pared estaba cubierta de varias panoplias en las que se arracimaban las armas más diversas: espadas, dagas, lanzas, alabardas, picas, machetes. No parecían elementos ceremoniales o decorativos; en cierto modo, allí estaban fuera de lugar. Su sitio era un campo de batalla, no el salón de un trono.

Todos pudieron ver la figura delgada y altiva del Chambelán, con un brazo extendido al frente y la palma de la mano como si estuviera impidiendo el paso a algo o alguien.

—¿Quién eres y a qué has venido? —preguntó.

El emperador, sobre su palanquín, abrió los ojos y se puso de pie.

—Soy el Hijo del Origen, Tairuname, el Que Gobierna en Honoi, Honoi tzaru-Kyono. Y he venido a descansar por fin. —Su voz sonaba rota, apagada.

El chambelán bajó el brazo.

—Si ése es tu deseo, no te detendremos. Sube y encuentra el descanso que buscas.

Despacio, como si cada movimiento estuviera a punto de ser el último, el emperador descendió del palanquín. Subió los cuatro escalones y se detuvo en lo alto. Tomó aire y miró a su alrededor.

—¿Quién se sienta en el segundo trono? —preguntó.

—El que Va a Ser el Hijo del Origen —respondió el chambelán —. Su nombre dejará de importar y tú recuperarás el tuyo.

—Que así sea.

Siguió andando y se detuvo junto al trono vacío. Se giró entonces y, durante un tiempo interminable, contempló lo que había a su alrededor.

—Mi madre me espera en su jardín —dijo—. Ella apacentará mis sueños y velará mis pesadillas.

—Que así sea —repitió el chambelán.

Dos Intgze salieron detrás del trono vacío y, con un cuidado infinito, tomaron el manto que cubría al emperador. Éste contuvo una mueca de dolor mientras el manto le era retirado y su piel quedaba expuesta por primera vez en muchos años. Una piel rosada, suave, delicada como la de un bebé.

Al terminar, el Emperador suspiró.

Y entonces se desató el infierno.

Desde un extremo del salón, a un lado de la plataforma con los tronos, Itasu contemplaba la ceremonia, absorta en cada gesto y cada palabra. Era la primera ceremonia de transferencia a la que asistía, y era muy poco probable que viviese para ver otra, si todo iba bien.

A su lado, ligeramente adelantada, la comandante Renyokiru tampoco se perdía nada de lo que ocurría pero, al contrario que su subordinada, no encontraba nada fascinante en todo aquello. Era algo que debía hacerse, nada más. Y habría sido mejor, se decía, una ceremonia privada.

Sin embargo, la tradición mandaba otra cosa. Y ella, como comandante del batallón Intgze Carmesí, asignado al Hijo del Origen, estaba atada a la tradición más que nadie.

Contempló el pelotón que esperaba justo enfrente, al otro lado de la plataforma. Pequeños, pulcros y silenciosos, aguardarían a que todo hubiera terminado y luego llevarían la perla de memoria del Emperador al jardín, allí donde pertenecía. Ella podía haber sido uno de ellos; haber pasado toda su vida en Utarasu, dedicada a la protección de Ioh Node, sin saber del mundo más que lo que le contaran los ocasionales visitantes.

Y lo había rechazado… ¿por qué? Por más que lo intentaba en esos momentos no conseguía recordarlo.

Reprimió una sonrisa de reproche hacia sí misma.

Tonta, se dijo.

Seguramente, se respondió.

Dos de sus hombres salieron de detrás del trono y, con delicadeza, arrancaron el manto del cuerpo del Emperador. Vio el alivio que éste sentía al librarse de la carga y no se le escapó el modo en que la figura sentada en el trono más bajo tragaba saliva.

Pobre.

Luego, otra cosa captó su atención. Frente a ella, al otro lado del salón, los Intgze de Ioh Node se intercambiaron una mirada y luego se palparon el pecho. Uno de ellos asintió y todos los demás lo imitaron.

Frunció el ceño.

¿Qué…?

Lo supo de repente, con una certeza letal.

—¡Dasaraki, protege a los Hijos del Origen! —gritó; desenvainó sus dos espadas cortas y saltó hacia delante a una velocidad que nadie que no la conociera habría esperado de ella.

Itasu no se hizo de rogar. Sin comprender aún lo que pasaba, dio una orden a sus soldados, desenfundó su espada y siguió a su comandante.

Los Intgze del jardín entraron en la sala en ese momento, con las espadas en alto y algo frío brillando en los ojos.

Itasu no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, pero eran evidentes sus intenciones.

Dio un salto, dejó escapar un grito y cortó una cabeza.

En las gradas hubo un suspiro colectivo de perplejidad.

Los Intgze de Ioh Node eran rápidos, silenciosos y cada vez estaba más claro lo que querían. Itasu formó dos círculos con sus soldados, defendiendo al Emperador que estaba a punto de dejar de serlo y al que lo sería en breve, que se había incorporado de un salto al ver lo que ocurría.

Los atacantes se detuvieron. Rodearon a los defensores. Sin duda debían saber que estaban perdidos. Los rápidos reflejos de la comandante habían hecho que la sorpresa, la baza fundamental en su ataque, no les sirviera para nada.

Itasu se alegró una vez más de servir a las órdenes de Renyokiru y sonrió de un modo feroz.

Los atacantes se tomaron de las manos. Sus cuerpos se sacudieron, como si algo en su interior intentara salir. De pronto, sus cabezas se partieron en dos y los cuerpos se desinflaron como pellejos, dejando ver lo que había bajo ellos.

—Intgze —murmuró una de aquellas cosas—. Intgze. Matar —añadió con una sonrisa vacía.

Eran parodias, muñecos retorcidos que no deberían haberse mantenido en pie ni un segundo. Pieles oscuras, ojos rojos, el cuerpo demasiado articulado. Demasiados dedos. Demasiados dientes en aquellas bocas sin labios. Todos ellos tenían lo que parecía un mordisco enorme en lo que, en una persona, habría sido el hombro derecho. Algo se agitaba en el hueco, algo afilado de color hueso y movimientos ávidos.

—Matar —dijeron todos al unísono—. Comer.

Oruntarui, comprendió Itasu de repente. ¿Cómo habían podido llegar hasta Kyono-jo? Era impos…

—¡Itasu, mantente atenta! Ya habrá tiempo para pensar más tarde.

Sin mirar a su comandante, asintió y se concentró en las criaturas que había frente a ellas. Se notaba deliciosamente viva, llena de rabia y exultante como nunca se había sentido.

Si te pillara ahora, sabrías lo que es bueno, adepto, pensó de pronto, sin poder evitarlo.

Sonrió feroz, alegre. En sus manos, la espada temblaba de anticipación y casi la pudo sentir rogándole que la liberara y la dejase fundirse con ella.

Todavía no, hermanita, respondió. *Todavía no.*

Quizá Qérlex no fuera más que un viejo artífice, pero sabía muy bien cuál era su deber y tenía aún más claras sus prioridades.

—¡Brandan, Penjándel, proteged a la Reina! —gritó en cuanto se dio cuenta de que el salón del trono acababa de convertirse en el escenario de una lucha a muerte.

Ninguno de los dos se hizo de rogar y Yáxtor ganó al capitán sólo por una fracción de segundo. Tomó a la Reina entre sus brazos y, de un solo vistazo, supo el camino que tenía que seguir para sacarla de allí.

—No, espera —dijo ella de pronto.

—Mi Reina, no tenemos tiempo para…

—Al muchacho, Yáxtor, protege al muchacho.

La miró a los ojos y vio que no iba a ceder. Masculló una maldición, le pasó la Reina a un perplejo capitán Penjándel y luego, de un salto, se lanzó al pasillo y echó a correr en dirección a los tronos.

Subió las escaleras de una zancada, se inclinó para recoger la espada de un muerto y, sin aminorar la velocidad, se incorporó a la batalla.

Era como un baile. Un baile letal y desorganizado en el que el menor traspié tenía como consecuencia la muerte.

Un tajo a un lado, girar hacia el otro, agacharse, recoger una nueva espada, alzarse con ambas manos en alto, cortar una cabeza, retirarse…

Vio a Itasu no muy lejos de donde él estaba y no pudo por menos que admirar el estilo de la mujer. Era como una furia de cabello naranja, tan veloz como él mismo y no menos letal. Se dio cuenta de que estaba riéndose, de que cada tajo que lanzaba iba precedido de una carcajada feroz.

A su lado, la comandante parecía un mar de serenidad en medio del caos de sangre y metal en que se había convertido el salón del

trono. Sus movimientos eran tranquilos, medidos, precisos, como si tuviera miedo de malgastarlos.

Pero no era menos eficaz que Itasu o él mismo. Y sus ojos no perdieron la expresión de serenidad ni un solo momento.

De pronto, Yáxtor sintió algo que no estuvo muy seguro de identificar. Algo que era excitación, que parecía deseo, pero que no era ninguna de las dos cosas. Sin dejar de moverse, de fintar y atacar contempló admirado a las dos mujeres, masculló una nueva maldición y, saltando por encima de una de aquellas cosas grises y deformes, se situó junto a ellas.

Itasu lo vio por el rabillo del ojo. Lanzó una estocada al frente, rió de un modo escandaloso y dijo:

—¡Eh, esta función no es apta para invitados!

Yáxtor se encogió de hombros, esquivó un ataque y giró sobre sí mismo. Su espalda quedó apoyada firmemente contra la de la mujer.

—No seas avariciosa. Seguro que hay diversión suficiente para todos —dijo, con voz fría y totalmente controlada.

La comandante los contempló, intercambió una mirada con Itasu y asintió.

—De acuerdo —dijo ésta—. Veamos lo que sabes hacer.

Espalda contra espalda, los dos se convirtieron en un único animal que repartía la muerte a su alrededor.

—¿Qué son estas cosas? —preguntó Yáxtor entre estocada y estocada.

Fue la comandante quien le respondió:

—Los llamamos oruntarui. Los que han sido mordidos por la oscuridad. Creemos que fueron humanos. Pero ya no lo son.

—Eso es evidente. —Golpeó con un codo a Itasu—. ¡Agáchate!

Ella no se hizo de rogar. Algo afilado cortó un mechón de su pelo y se clavó en uno de los tronos.

—Son duros, los condenados.

A aquellas alturas del combate, ninguno de los atacantes estaba ileso. Sangraban por más de una docena de heridas; una sangre espesa, de un rojo tan profundo que casi parecía negra. Pero la mayoría seguía en pie, si bien cada vez se movía con más dificultad.

Los defensores, sin embargo, iban menguando lentamente. Algo más de media docena de hombres y mujeres yacían en el suelo, muertos o gravemente heridos. Pero el cordón alrededor de los dos emperadores seguía intacto.

Esquivar, atacar, engañar, ofrecer un blanco y hurtarlo en el último momento, cortar un brazo, una pierna una cabeza…

—¿Te cansas, pequeño?

—Tanto como tú.

Itasu sonrió y, de pronto, su espada se trabó en el hueco

irregular que parecía un mordisco en el hombro de su atacante. Forcejeó intentando sacarla, pero era como si se hubiera quedado pegada.

—Maldita sea.

Había algo en aquella mordedura. Como… dientes. Habían hecho presa en su espada y no la soltaban.

Bueno, ya lo veremos.

Estaba a punto de invocar la fusión con su arma cuando la cabeza del oruntaru se separó de su cuerpo.

—Ten cuidado —dijo la comandante Renyokiru, las dos espadas en alto y una sonrisa fugaz en el rostro.

—Lo tendré.

El resto fue casi aburrido.

Los oruntarui eran cada vez más lentos y torpes y, aunque matarlos no resultaba fácil, era cuestión de paciencia y de no cometer errores estúpidos. El último de ellos perdió la cabeza algunos minutos más tarde, y la batalla llegó a su fin.

Itasu jadeaba, igual que Yáxtor tras ella. Ambos dieron media vuelta y se miraron. Los dos estaban agotados, pero lo que brillaba en sus ojos no era el deseo de descansar… todavía.

La comandante se acomodó el manto, limpió sus espadas con un trozo de tela y las envainó. Miró a su alrededor y contó rápidamente las bajas.

Demasiados, se dijo.

Siempre eran demasiados.

En las gradas, cabezas cautelosas se alzaron y contemplaron lo que ocurría. En las tribunas de invitados, la Reina de Alboné era, junto con el Coordinador Occidental, uno de los pocos gobernantes extranjeros que no habían huido.

Alguien subía las escaleras hacia ellos.

Itasu se volvió y contuvo una sonrisa al reconocer a su hermano.

—Me temo que te has perdido toda la diversión, Odetora.

Echó a andar hacia él, pero Yáxtor la detuvo agarrándola por el brazo.

—No.

Ella lo miró ceñuda.

—Es mi hermano —dijo.

—No lo es —dijo él con firmeza, con una convicción que tuvo la virtud de detener a Itasu en seco.

Lo miró a los ojos. Él asintió.

Aquel maldito país y sus mensajeros demasiado activos podían haberlo desorientado, pero después de haber pasado los últimos diez minutos peleando con aquellas cosas podía reconocer su olor en cualquier sitio. Y lo que subía hacia ellos, fuese lo que fuese, no era el

hermano de nadie. De nadie humano, al menos.

—No lo es —repitió.

—Estás loco —dijo ella.

Pero no se movió. Y su voz había sonado carente de convicción.

—¿Odetora? —preguntó.

Éste asintió, pero fue como si en vez de cuello hubiera tenido un resorte. Itasu se mordió el labio.

No.

Odetora se detuvo en lo alto de la escalera. Se llevó las manos al rostro y se arrancó la cara como quien se libra de una máscara. Algo pálido y frío salió del hueco y, mientras el cuerpo de lo que había sido Odetora se desplomaba en un coágulo informe de piel, reveló su auténtica naturaleza.

Alto, tanto que casi rozaba el elevado techo. Con un cuerpo hecho de sombra y miedo que era como colgajo ondeando al viento y una cabeza pálida y ridícula que estaba llena de hambre y dolor. Un gemido lastimero se escapaba de alguna parte de su cuerpo. Sus manos, desproporcionadas, con demasiados dedos, eran un caos de garras y hojas de metal.

—Un garunde —dijo la comandante. Y, por primera vez, su rostro perdió la expresión serena que siempre la acompañaba—. Un garunde —repitió, incrédula—. Aquí, en Kyono-jo.

De un movimiento, aquella cosa barrió el espacio ante ella. El aire mismo parecía quejarse a su paso, gritar de dolor, retorcerse y huir. Vivos y muertos fueron echados a un lado, basura en mitad de un huracán.

Yáxtor sintió que algo lo zarandeaba por todas partes, lo lanzaba lejos y se olvidaba de él. Cayó sobre uno de los tronos y, al hacerlo, oyó crujir su hombro.

Contuvo un grito de dolor y rodó sobre su cuerpo. La pared lo detuvo con un nuevo crujido. Apretó la mandíbula.

No tenía armas. Aquella cosa se las había arrancado de un manotazo antes de lanzarlo a lo lejos. Al otro extremo de la sala, Itasu y la comandante trataban de ponerse en pie, al igual que el resto de los Intgze supervivientes.

Pero todos estaban demasiado lejos.

El viejo emperador, medio arrodillado en el suelo, luchaba por incorporarse. Su respiración era un jadeo entrecortado. Un poco más allá, el muchacho que tenía que haberlo sucedido se mantenía milagrosamente en pie y contemplaba aquel absurdo lleno de hambre que avanzaba hacia él.

Ninguno de los Intgze llegaría a tiempo, comprendió Yáxtor. No para evitar lo que estaba claro que iba a pasar.

Apoyándose contra la pared consiguió incorporarse y, al hacerlo,

su espalda tropezó con una de las panoplias que la adornaban. Se volvió. Su mano se posó en la empuñadura de una espada vieja, desgastada por años innumerables.

No servirá de nada, se dijo.

«Protege al muchacho», había dicho la Reina.

Tomó aire y se dio cuenta de lo cansado que estaba. Su hombro izquierdo aullaba de dolor y algo no estaba del todo bien en sus piernas. Sus costillas… Al cuerno con sus costillas, al cuerno con todo.

«Protege al muchacho.»

Desenvainó la espada, la sostuvo en alto y apenas tuvo tiempo de sorprenderse ante lo bien que encajaba la empuñadura en su mano. Tomó aire y apretó la mandíbula.

Saltó sobre el trono, lo usó como trampolín y se lanzó hacia el garunde, gritando algo que no tenía ningún sentido.

La cosa ni siquiera se volvió, totalmente concentrada en el futuro emperador. Yáxtor cayó sobre ella y sintió cómo su piel le quemaba como nada lo había quemado antes. Apretó la mandíbula, alzó la espada y la clavó en aquel pellejo gris bajo el que no parecía haber nada.

La criatura reaccionó. Se dio media vuelta y, al hacerlo, tiró a Yáxtor al suelo. Éste cayó sobre su espalda, rodó sobre sí mismo y contuvo un jadeo de dolor cuando su hombro destrozado dio contra el suelo.

El garunde lo miraba. O lo habría mirado de haber tenido unos ojos dignos de ese nombre. Su boca empezó a abrirse y un punto rojo y lejano apareció en ella.

Mierda.

«Protege al muchacho.»

Se puso en pie y cada gesto le pareció el último. Sujetó la espada con las dos manos, echó a correr y saltó hacia el garunde. El punto rojo iba haciéndose cada vez mayor y Yáxtor comprendió que no tenía mucho tiempo. Que quizá incluso llegase tarde.

Clavó la espada lo más profundamente que pudo en aquella boca fría y hambrienta, y sintió que algo le atravesaba todo el cuerpo, lo volvía del revés y lo recomponía de nuevo de una forma errada y torcida.

A su alrededor, el mundo dejó de tener importancia. Todo empezó a perder consistencia. Pero no soltó la espada.

Anochecía. Anochecía para siempre. Y parecía que no iba a amanecer de nuevo nunca más.

Gritó.

Y luego, todo desapareció.

Cuando un Intgze elige su arma, está eligiendo un modo de vida, una manera concreta de mirar el mundo y una forma precisa de dirigir sus pasos hacia el futuro.

Pero ¿es el Intgze el que elige el arma, o es ella la que lo elige a él? Una vez que entra en la sala y las hermanitas empiezan a eclosionar, ¿pueden suceder las cosas de un modo distinto a como lo hacen? ¿Están ya marcados desde el inicio el hombre y la espada, destinados a encontrarse y compartir su vida lo quieran o no?¿Existe la posibilidad de elección?

No tenemos respuesta a esas preguntas. Pero ¿acaso la necesitamos?

—El camino de la espada

Orston Velhas, regente de Alboné, habría preferido ser pisoteado, troceado, vuelto a recomponer y pisoteado y troceado de nuevo antes que hablar otra vez con el representante del emperador honoyés.

Toga Toshune era altivo, arrogante y profundamente irritante. Tanto que a veces el Regente echaba de menos a Qérlex, que había sido una espina clavada en su culo desde que tenía memoria. Al menos el viejo artífice tenía algo que se parecía vagamente al sentido del humor.

Bueno, él había propuesto aquella alianza, después de todo. Así que tenía cierto sentido que él tuviera que cargar con las consecuencias.

—¿Estás seguro que es buena idea? —le había preguntado la Reina tres meses atrás, cuando le había sugerido la posibilidad.

—Es… práctica, Majestad. Y los Adeptos Empíricos somos, por encima de todo, prácticos.

La Reina había fruncido el ceño. El desarrollo de su cuerpo estaba acelerándose por aquella época y atravesaba una pubertad bastante turbulenta.

—Los adeptos son, por encima de todo, nuestros —había respondido—. Y tú ya no eres uno de ellos.

—Una vez Adepto Empírico… —Y se había encogido de hombros.

Pero la idea le había gustado a la Reina. También a ella le parecía práctica. Existían riesgos, claro, pero los posibles beneficios

hacían que mereciese la pena.

Eso había pensado él. Hasta que el representante del emperador de Honoi llegó a Alboné.

Era sumamente educado, eso sin duda. Pero no hacía falta ser muy listo para ver que bajo todas aquellas capas de imperturbable cortesía había un orgullo sin límites y una arrogancia a prueba de bomba.

Lo estaba esperando en el jardín, como los últimos días, justo en el extremo en que el muro se abría, como si un gigante le hubiera dado un bocado, y se podía contemplar toda Lambodonas, desparramada perezosamente bajo el palacio.

Sólo que Toga no estaba mirando hacia la ciudad. En lugar de eso, se entretenía dando órdenes a los dos carneútiles que había adquirido poco después de llegar.

Como siempre, Velhas intentó que el desagrado que sentía no fuera evidente. Como siempre, no estuvo seguro de haber tenido éxito.

—Toga tzaru-Shono —dijo, al llegar a su altura—, buenos días.

Toga se giró y se inclinó ceremoniosamente mientras le devolvía el saludo.

—Ah, Regente, un día magnífico. El clima de tu pequeña isla es delicioso, sin duda.

Pequeña isla, un cuerno, se dijo Velhas. Las tres islas principales de Honoi habrían cabido en una esquina de Alboné y nadie las habría notado. Sin embargo, mantuvo el gesto impertérrito e intercambió varias frases, tan vacías como corteses, con Toga.

Éste no dejaba de manipular a sus carneútiles. Haz esto, haz lo otro. Gírate así. Muévete hacia tu compañero.

Velhas se preguntó qué cosas les ordenaría por la noche, en la soledad de sus aposentos. No era ningún puritano y sabía que los carneútiles se usaban a menudo para el sexo, pero había algo en las maneras de Toga que hacía que fuera distinto. Era como un niño en un hormiguero, investigando qué ocurría si ponía una lupa encima. O como un artífice enfrascado en el trabajo, se dijo, descubriendo los secretos de una maquinaria desconocida.

Máquinas. Eso es. Para él los carneútiles no son más que máquinas.

Sabía que en Honoi no los usaban, a pesar de que presumían de tener el más poderoso de los bosqueoscuros en su isla del sur. Y, si había un bosqueoscuro, por fuerza tenía que haber carneútiles, al fin y al cabo eran su fruto natural.

Así pues…, o los honoyeses mentían, o lo que hacían con los carneútiles era su secreto mejor guardado.

No tenía tiempo para eso. Maldita sea. Desagradable y arrogante, Toga era también un negociador implacable, y no cedía una pizca de terreno antes de haber obtenido lo que deseaba. Así que

necesitaba estar totalmente alerta y centrado.

Lamentó de nuevo haberle sugerido la alianza a la Reina. Tomó aire y, en un tono lo más cortés posible, dio inicio a las negociaciones de aquel día.

Una hora más tarde, la conversación se vio interrumpida por la llegada de un guardia. Nervioso, se detuvo a dos pasos de ambos hombres y esperó a que tomaran nota de su presencia.

Velhas frunció el ceño. Había dado instrucciones precisas de que nadie los molestara durante las negociaciones. Así que tenía que ser algo importante. Mejor que lo fuera.

—¿Qué ocurre, teniente?

—Un mensaje, Regente. Del Adepto Supremo.

No añadió nada más. Velhas dudó un instante. Qérlex, por irritante que pudiera ser a veces, no lo molestaría por una minucia.

—Cuánto lo siento, tzaru-Shono. Lamento que nos hayan interrumpido de este modo. Sin embargo, me temo que no puedo negarme…

Con un elegante gesto de la mano, Toga le quitó importancia al asunto.

—Por supuesto, Regente. El gobierno tiene ciertas servidumbres; es algo que en mi familia sabemos muy bien. Seguiremos mañana, si te parece.

—Gracias.

Inclinó la cabeza y siguió al guardia en dirección al interior del palacio. Luego, a solas en sus aposentos, pronunció la palabra impronunciable que activaría el espejo de comunicaciones. Los mensajeros establecieron un vínculo con el otro lado y enseguida el rostro arrugado de Qérlex estuvo frente a él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Velhas.

El viejo no perdió el tiempo en pullas o chascarrillos. Fue directo al grano.

—Hubo un ataque durante la coronación, Orston.

—¿La Reina…?

—Está perfectamente. Aunque insistió en quedarse y presenciarlo todo. Maldita chiquilla…

No es ninguna chiquilla, se dijo Velhas de un modo automático. Aunque en cierto modo sí que lo era. Su cuerpo era el de una adolescente, al fin y al cabo, con todas la complicaciones que eso acarreaba.

—Parece ser que era un intento de impedir la sucesión y, de

paso, interrumpir la línea del trono. Si hubieran tenido éxito, no sé qué habría pasado.

—Deduzco que fallaron.

—Tan despierto como siempre, Orston. Sí, fallaron. El muchacho se encargo de ello.

Yáxtor.

—Así que no fue tan mala idea hacerlo ir con vosotros.

—Para el emperador de Honoi no, no fue mala idea en absoluto. Para él mismo…

—¿Qué ha pasado?

—Ojalá lo supiera. No sé qué es lo que había allí, pero era enorme, estaba hambriento y era poderoso. Yáxtor le hizo frente y lo destruyó. Pero el chico no salió muy bien parado.

—¿Vivirá?

Qérlex dudó unos instantes.

—No lo sé. De tratarse de otro, habría dicho que no. Pero es Yáxtor.

Velhas asintió.

—Mantenme al corriente de su estado. Y ahora, dame un informe lo más detallado posible. Tendré que informar al representante del emperador.

A Qérlex no se le pasó por alto el tono en que el Regente había pronunciado la última frase.

—Veo que os lleváis bien.

—Al cuerno, Qérlex. El informe.

—Oigo y obedezco, Regente.

Salió unos momentos de la imagen y, cuando volvió llevaba con él un fajo de papeles.

—Tomé unas cuantas notas justo después de todo el asunto. Te las transcribo.

Velhas asintió.

Más tarde, mientras daba cuenta del almuerzo, Orston Velhas se preguntaba qué debía hacer. ¿Informaba a Toga de lo que había pasado o esperaba? Decidió hacer lo primero. Sin duda el enviado del emperador tenía sus propios medios de averiguarlo; era mejor contárselo.

Bien, un asunto más resuelto.

Y, gracias a Yáxtor, todo había salido bien. De momento.

O no tan bien. Conocía a Qérlex desde hacía mucho tiempo. Sabía interpretar sus gestos y miradas. El viejo no estaba muy seguro

de que Yáxtor saliera de aquélla.

Una pena, se dijo. *Pero todas las armas acaban rompiéndose tarde o temprano. Incluso las mejores*.

Dejó de pensar en aquello y siguió ocupándose de los asuntos del gobierno. Cuanto antes volviera la Reina, con o sin alianza, antes podría relajarse.

Ah, pero ¿sabes cómo?, oyó decir a un socarrón e imaginario Qérlex.

Maldito viejo.

La Bomba de Malas Noticias estuvo a punto de destruirnos. Y, sin duda, nos dejó tocados como nación. Hizo algo más que destruir todos los hermanitos en Kyono-jo y sus alrededores. Nos mostró lo indefensos que estábamos, lo frágil que era nuestro modo de vida y lo sencillo que resultaba desmontar el castillo de naipes en el que vivíamos.

Nos hemos recuperado, dicen.

¿Lo hemos hecho?

Mantenemos nuestras tradiciones. Los Intgze siguen cuidando de nuestro emperador y aún custodian el Jardín de la Memoria y la Puerta Que No Debe Ser Abierta. Nos protegen de los monstruos y cuidan el sueño de nuestros muertos.

Sin embargo, ¿es eso suficiente?

Tras la Bomba, fue como si despertásemos de un sueño. Un sueño lleno de certezas y confianza para abrir los ojos a un mundo de incertidumbre y niebla.

Ya no somos los mismos que antes de la guerra, eso es un hecho. La cuestión es cuánto tiempo tardaremos en darnos cuenta.

—Daranu Sore, *Pensamientos en la niebla*

El paso del manto tuvo lugar aquella misma noche, en una ceremonia íntima a la que sólo acudieron los más altos funcionarios de palacio y, en una excepción sin precedentes, la Reina de Alboné.

El acto debería haber sido largo, lleno de complejos rituales y a la vista de todo el pueblo. En lugar de eso fue rápido, sencillo y sin apenas espectadores. El viejo emperador se acercó al nuevo y señaló el manto parduzco que yacía entre ambos. Éste asintió y se puso de rodillas, mientras dos Intgze cogían el manto y se lo ponían sobre los hombros.

El rostro del joven se crispó en una mueca de dolor y luego, prácticamente sin transición, se relajó y permaneció sereno, casi indiferente, como si las cosas de aquel mundo hubieran dejado de afectarle.

El viejo emperador dejó caer su cuerpo cansado sobre el que había sido su trono hasta entonces. Su piel ya no era lisa y sonrosada como la de un niño; estaba cubierta de arrugas y se oscurecía casi a cada segundo. Empezaba a parecer más la corteza de un árbol que una

piel humana.

Sentado en el trono asintió una última vez y luego cerró los ojos.

Los Guardianes de la Memoria no se hicieron esperar. Sus dedos, largos y hábiles, manejaron con precisión los instrumentos adecuados y abrieron la cabeza del emperador moribundo. Mientras este exhalaba sus últimas bocanadas de aire, extendieron sobre la herida una delgadísima película de color marrón, que conectaron a varios tubos que terminaban en una caja negra y sin adornos.

Luego, esperaron.

El emperador respiró una vez más. Otra. Y, a mitad de una nueva bocanada, su pecho quedó inmóvil y su corazón dejó de latir.

Los Guardianes de la Memoria aún esperaron un poco más. Luego, retiraron la delgada oblea marrón de la cabeza abierta y se inclinaron hacia el nuevo Emperador.

—Está hecho, Honorable Hijo del Origen. Su lugar es tu lugar.

El nuevo Emperador asintió y, con un gesto, ordenó a los dos Intgze que le habían colocado el manto que retiraran el cadáver. Estos así lo hicieron, con cuidado y reverencia. Mientras sacaban el cuerpo de la sala, el Emperador ocupó su trono y, como si fuera la primera vez, miró a su alrededor.

Su rostro, inexpresivo, no cambió mientras sus ojos recorrían, uno por uno, a todos los ocupantes de la sala. Sólo cuando su mirada se cruzó con la de la Reina de Alboné pareció alterar su expresión, y fue un cambio tan ligero que sólo ella lo notó.

—Soy Tairuname Honoi tzaru-Kyono. No tengo más nombre que ése. Que mi antecesor recupere el que tuvo —dijo.

Era la primera orden de su reinado, la misma que habían dado todos sus predecesores hasta llegar al primero, Tairuname Isu doh Tairunabe, salido con su madre del Lugar del Origen. Debería haberse dado en público, y el pueblo tendría que haberlo vitoreado al oírla. En lugar de eso, los funcionarios imperiales se limitaron a asentir en silencio.

—Ahora —añadió al cabo de un rato—, nos dejaréis a solas a la Reina y a mí.

Los cortesanos se miraron entre sí, murmuraron, parecieron a punto de protestar.

—Lo haréis ahora o mis Intgze se encargarán de que lo hagáis —dijo el Emperador, sin que su voz se alterara lo más mínimo—. Ya.

Todos se inclinaron y abandonaron el salón del trono.

El Emperador se puso en pie y se acercó a la Reina. Caminaba de un modo extraño, casi como si estuviera aprendiendo a hacerlo sobre la marcha.

—No es así como tendría que haber sido —dijo—. Pero así es como ha sido.

Ella se encogió de hombros.

—Somos lo que somos, no lo que nos gustaría ser —respondió.

El joven sonrió.

—Pero no siempre lo recordamos. Pasea conmigo, por favor. Visitaste antes mi jardín cuando todavía no era mío. Hazlo ahora.

De lo que hablaron durante aquel paseo, nadie sabe gran cosa.

¿Le contó él lo que significaba realmente el paso del manto? ¿Le habló del conocimiento acumulado de cientos de Emperadores que ahora estaba alrededor de su cuerpo, listo para saltar a su mente cuando lo necesitase? ¿Le explicó el modo en que aquel manto de aspecto vegetal lo separaba del mundo, haciendo que sus percepciones se volvieran distantes?

¿Le habló ella de lo que significaba pasar de un cuerpo a otro, cambiando un poco cada vez en el proceso? ¿Le dijo que a veces tenía la sensación de no ser más que un espejismo? ¿Le contó que en ocasiones el «nosotras» con el que se identificaba a sí misma le parecía poco más que una ilusión, una farsa?

Es probable que se dijeran todo eso. Y también bastante más.

Más tarde, la Reina pasó a visitar a los heridos.

La comandante Renyokiru no había sufrido más que unos cuantos arañazos y algunos golpes y, tras una cura de urgencia, parecía totalmente recuperada, igual de serena que siempre. Hacía guardia a la entrada de la sala de curación y reposo, pendiente de cada movimiento de sus Intgze, de cada queja en su sueño y cada lamento de su cuerpo.

Al ver a la Reina, la saludó con una inclinación de cabeza y ésta le devolvió el gesto.

—¿Cómo están?

—Algunos no pasarán de esta noche. Otros vivirán, aunque quizá habrían preferido la muerte. Unos pocos se recuperarán.

—¿La capitana?

Renyokiru asintió.

—Recibió un buen golpe. Pero nada de lo que sus hermanitos no puedan ocuparse. Las otras heridas… no sé.

Dasaraki Itasu descansaba en un lecho, no muy lejos de las dos

mujeres. Tenía el brazo entablillado y su pecho subía y bajaba de un modo regular.

—¿Era su hermano el que…?

—Lo había sido —respondió la comandante—. Ella lo crió y ella lo animó a convertirse en Intgze.

—Es dura.

—Y muy frágil.

Ahora fue la Reina quien asintió.

El silencio cayó entre las dos mujeres. Ambas contemplaban la sala, cada una sumida en sus pensamientos. Al fondo, alguien gimió y un enfermero se acercó al lecho.

—¿Tu hombre? —preguntó de pronto la comandante.

—No lo sabemos. Sigue vivo, de momento, y Qérlex piensa que las posibilidades son buenas. Todo depende de él.

—Nos salvó a todos.

La Reina sonrió de un modo tenso.

—No esperábamos menos de él —dijo.

Su voz sonó dura, tal vez más de lo que había pretendido.

—Claro, cuánto lo siento, no quise dar a entender…

—No te preocupes, niña, no implicábamos nada inapropiado por tu parte. Nos limitábamos a enunciar un hecho. Yáxtor es nuestro y nunca nos ha defraudado. Esperamos que no lo haga ahora, porque lo necesitaremos en el futuro.

Renyokiru no dijo nada. Ser llamada «niña» por alguien a quien le triplicaba la edad con creces ya era bastante desconcertante. Pero oírla hablar con esa frialdad del adepto Brandan tuvo el efecto contrario: la ilusión de que estaba ante una adolescente se desvaneció sin dejar rastro.

Lo que tenía ante ella era una mujer. Tan vieja, quizá, como lo sería la propia Tairunabe de estar aún con vida. Una mujer dura que llevaba gobernando sobre su pueblo tanto tiempo que ni las más antiguas leyendas concebían un momento en que hubiera sido distinto.

Pero también es una niña, se dijo.

Lo era. A veces.

—Dijiste antes que Itasu era fuerte. Y lo es. Pero tu Brandan parece serlo incluso más.

—Debería serlo. Ya lo veremos. —De pronto, pareció impaciente —. Buenas noches.

Una niña caprichosa, pensó Renyokiru mientras la veía irse. *Impaciente y demasiado acostumbrada a que todos salten con que sólo de una orden.*

Entró en la sala y comprobó cada uno de los lechos. Allí donde podía ayudar, actuaba. Donde no había nada que hacer, intentaba

aliviar un poco el sufrimiento. Donde éste ya había acabado, llamaba a los enfermeros para que se ocuparan del cuerpo y retiraran el recolector. Se había asegurado de que todos los moribundos dispusieran de uno. Al fin y al cabo, habían dado la vida por Honoi y por el Emperador, y todos ellos merecían una segunda oportunidad en el Jardín de la Memoria.

Regresó a la puerta y vio que Itasu estaba despierta. Se rascaba el brazo entablillado y miraba a su alrededor con un fastidio que ocultaba otras emociones mucho peores.

—Me siento inútil aquí tumbada, udotadejochi —dijo cuando la comandante se detuvo junto a su cama—. El brazo no se va a curar más rápido por pasar aquí la noche.

—Pero tú tal vez sí —dijo ella.

Renyokiru siguió sin dificultad los pensamientos de Itasu, la discusión que mantuvo consigo misma, los mil argumentos que ensayó y el modo en que se dio finalmente por vencida, justo antes de decir:

—Está bien, udotadejochi. Lamento haberte molestado.

—Nunca lo haces, tzaru-Dasaraki. Date prisa en recuperarte, te necesitamos.

Abandonó la sala. Caminó unos pasos por el pasillo y se detuvo frente al amplio ventanal por el que la se colaba la luz fría y espectral de la luna.

Itasu era a veces tan transparente… Una criatura concebida para la acción, para el momento. Impaciente, caprichosa y, al mismo tiempo, tenaz. Rápida y afilada en el combate. Alborotadora e incansable en el amor. Compleja en su sencillez; sencilla en su complejidad.

No le había mentido al decirle que la necesitaban. Pero no se estaba refiriendo a los Intgze cuando se lo dijo. Necesitaba a Itasu a su lado, ayudándola con su sola presencia, haciéndola recordar una y otra vez por qué la vida merecía la pena y de qué modo había que vivirla.

Sonrió abiertamente, ahora que el único testigo de su sonrisa era la lejana luna.

La Reina de Alboné era una mujer vieja y dura y parecía una niña. Itasu parecía una mujer exuberante y en el fondo nunca había dejado de ser una niña.

¿Y ella? ¿Qué era ella?

Se encogió de hombros y dejó de sonreír.

Ya habría tiempo para decidirlo, se dijo, como se decía siempre. O quizá no. Pero, en cualquier caso, no sería aquella noche.

Pensó de nuevo en la Reina de Alboné y en el modo en que había hablado de Brandan, como si no fuera más que una herramienta eficaz de la que se esperaba lo imposible día sí y día también.

Luego pensó en el propio Brandan. En la frialdad y eficacia con que lo hacía todo. En el rencor apenas reprimido con el que había mirado a Itasu a la puerta del jardín; un rencor que era casi tan fuerte como el deseo que sentía hacia ella.

Y sus… mensajeros, como los llamaban los extranjeros. Sus hermanitos. Renyokiru nunca había visto tal concentración de hermanitos en alguien que no fuera un Intgze. E incluso comparado con la mayoría de ellos, Brandan se salía de la escala. Lo había sentido en cuanto posó la vista en él, a las puertas del pabellón de invitados, y se había dado cuenta enseguida del modo férreo y tenaz en que Yáxtor los controlaba, como si llevara haciéndolo toda su vida, como si ya hubiera nacido así. También vio cómo dependía de ellos y no tardó en comprender el problema que eso podía llegar a suponer.

Se volvió y vio cómo se abría una puerta al fondo del pasillo. La Reina salía del cuarto donde estaba Brandan. Las miradas de las dos mujeres se cruzaron en el pasillo en sombras y luego la Reina siguió su camino.

Renyokiru regresó a la sala donde yacían los Intgze. Itasu se había dormido de nuevo, pero su sueño no parecía demasiado apacible. La comandante se sentó junto a su capitana y le tomó una mano entre las suyas. Permaneció así toda la noche y, cuando el turno de mañana relevó a los enfermeros de la noche, se concedió un breve descanso que consistió en un baño rápido y un desayuno más rápido todavía.

Enseguida estuvo de vuelta. Justo a tiempo para ver a una Itasu decidida a levantarse de la cama aunque para ello tuviera que convencer a golpes a todos sus enfermeros. Se detuvo al ver a su comandante, y a ésta no se le escapó la mirada desvalida de la otra mujer.

—Dejadla —dijo—. Si puede levantarse, es libre para irse.

Cuando una abeja va de flor en flor y recoge néctar, ¿le importa acaso que esté esparciendo polen y que sean sus actos los causantes de que las plantas de las que se alimenta no se extingan? ¿Piensa en ello tan siquiera?

Y, cuando los mensajeros se esparcen por el mundo, se agrupan, salen de los bosqueoscuros y llenan cada rincón del mundo, ¿acaso les importa que los podamos usar en nuestro beneficio, que hayamos construido lo que somos a su alrededor, que nuestras ciudades y nuestros medios de comunicación no funcionen sin ellos? ¿Piensan en nosotros, son conscientes de nuestra existencia o no somos más que un accidente, un efecto colateral en el que ni siquiera reparan?

—Fléiter Praghem

Estaban solos, junto al pozo, y la noche caía más rápidamente que otras veces. Sin embargo, nunca terminaba de llegar.

Ámber se pegaba al cuerpo de Yáxtor. La tibieza de su piel era como un refugio, como un lugar secreto que no quería abandonar jamás. Luego, ella alzaba la vista y le miraba, como había hecho siempre.

Sólo que esta vez no decía nada, y él se daba cuenta de que no estaban solos. A lo lejos, al fondo, entre los edificios de aspecto siniestro que rodeaban la plaza (pero, ¿siempre habían parecido siniestros?) había alguien. Apenas una figura borrosa, poco más que el rastro de una sombra con forma humana.

Pero estaba allí y los vigilaba.

—No me iré —decía él.

«Claro que lo harás. Ya lo has hecho», respondía Ámber.

Yáxtor se negaba a entender las palabras de ella. Se negaba a mirarse en el charco de agua que se desparramaba alrededor de los restos de la vasija. Lo que asomaba en su reflejo era… la locura, el dolor, tal vez la muerte.

«No, ésa no es tu salida», dijo ella. «Rechazaste esa opción hace tiempo, mi monstruo.»

—No te entiendo.

«No me mientas. Esa no fue tu salida. Eres lo que eres, mi amor. Lo has sido siempre.»

La noche seguía acercándose, cada vez más rápido y cada vez más lejana. Yáxtor recordaba un salón. Una figura humana que se balanceaba, ahorcada con sus propias tripas. Algo que se quemaba en la chimenea. El olor de la grasa chisporroteante. Aquellos bracitos… los pequeños muslos…

—No.

«Sí. Te aferras a ese momento», dijo ella. «Pero en realidad sabes que no es cierto, que eso no te hizo ser lo que eres, sólo permitió que tomaras el control de ti mismo.»

—No.

Ámber sonrió Yáxtor nunca había visto nada tan triste, tan lleno de dolor y resignación, como aquella sonrisa.

«¿Crees que yo no lo sabía? ¿Que me engañaba a mí misma? ¿Que no te conocía bien?»

—Mejor que nadie —reconoció a regañadientes.

«Entonces créeme cuando te digo que lo que eres ahora ya lo eras antes. Sólo que no lo sabías. O quizá sí. Tal vez, simplemente, no pensabas en ello.»

Estuvo a punto de decir «no» una vez más. Ella le puso la mano en los labios y detuvo la palabra con la yema de los dedos.

«No es culpa tuya. Además, no es una cuestión de culpas. La culpa es para los débiles y tú no lo eres. Yo nunca me habría enamorado de un hombre débil.»

Parecía casi rabiosa, como si la actitud de Yáxtor estuviera poniendo a prueba su paciencia.

A lo lejos, la figura entre las sombras se movía. Más cerca unas veces, más lejos otras. Yáxtor no lograba verla bien. Pero seguía allí, pendiente de cada palabra que decían.

«¿Qué tienes en la mano?», preguntaba Ámber de repente.

Yáxtor bajaba la vista. En su mano no había nada. Y sin embargo, sentía que Ámber tenía razón. Estaba sujetando algo. Algo viejo que había dormido con un sueño intranquilo los últimos diez mil años y que ahora estaba empezando a despertar.

—No lo sé —dijo.

«Averígualo». Miró hacia el cielo, que se seguía oscureciendo cada vez más rápido, atrapado en una noche que no terminaba de llegar nunca. «Y tienes que volver, querido. Tienes cosas que hacer.»

—No quiero.

Ámber chasqueó los labios, impaciente.

«Sí quieres. Claro que quieres. Ah, mi amor, mi hermoso monstruo, mi niño malcriado, claro que quieres. Es tu lugar.»

—Pero…

De nuevo sus dedos contra la boca de él.

«No lo digas. Sabes que sería mentira. O no. Pero tampoco es

verdad, no lo suficiente, al menos. Ahora, vete.»

El sanador le tomó el pulso, comprobó sus instrumentos y luego se encogió de hombros, perplejo. Se volvió hacia el viejo artífice que esperaba su dictamen.

—Parece estar recuperándose, Adepto Supremo —dijo—. Confieso que no sé muy bien cómo. Nada de lo que he intentado en las últimas horas ha tenido el menor efecto. Sin embargo, sus heridas se curan. Y su mente, hasta donde he podido comprobarlo, está intacta.

Qérlex frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué no se despierta?

—Cualquier cosa que dijera en estos momentos sería poco más que una conjetura, me temo.

—Adelante —dijo Qérlex—. Conjetura para mí.

—Creo que es una forma de protección. Sus… mensajeros —dijo, buscando durante unos instantes la palabra que usaban los extranjeros— lo mantienen en ese estado mientras se ocupan de las heridas de su cuerpo. Despertará cuando acaben. Eso creo.

Qérlex asintió.

—Lo que no comprendo —siguió el sanador— es que parece tener más mensajeros que hace unas horas. Sé que es imposible, pero casi parece que su cuerpo los esté produciendo. —Sonrió, incómodo—. Una estupidez, lo sé, discúlpame.

—Claro, no te preocupes; estoy seguro de que haces todo lo que puedes.

El sanador asintió, agradecido. Qérlex dudó unos momentos y luego señaló la mano derecha de Yáxtor, aún aferrada a la espada que había utilizado para enfrentarse al garunde.

—¿No podemos quitársela?

El sanador meneó la cabeza.

—Lo hemos intentado —dijo—, pero se aferra a ella con todas sus fuerzas. —Se encogió de hombros—. Un reflejo, seguramente. Cuando despierte, él mismo la soltará.

Qérlex frunció el ceño. No le gustaba aquella espada. Estaba hecha de un metal oscuro, casi negro, que lanzaba reflejos malévolos a la luz amarillenta de la habitación. Después de lo que había pasado debería ser un trozo de metal retorcido, calcinado, no permanecer orgullosa y sin una melladura, como si acabase de ser forjada. Claro que, se dijo, Yáxtor tendría que haberse convertido en sopa de carne y sin embargo había salido ileso. Bueno, más o menos.

—Ahora, si me disculpas, me gustaría ver a los otros pacientes

—dijo el sanador, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos.

Con una inclinación de cabeza, dejó la habitación. A solas, Qérlex contempló el cuerpo de Yáxtor en silencio mientras recordaba las palabras perplejas del otro hombre.

¿Producir sus propios mensajeros? Absurdo, ¿verdad? Al fin y al cabo, era aceptado por todos que los mensajeros sólo eran producidos por los bosqueoscuros y sus frutos, los carneútiles. Los humanos podían utilizarlos, integrarlos dentro de sus cuerpos, robarlos, acumularlos, manipularlos, darles órdenes, pero jamás producirlos.

Sí, se dijo, eso era lo que sabía todo el mundo.

Claro que lo que sabía todo el mundo no valía nada cuando se trataba de Yáxtor.

Maldijo entre dientes y se sentó junto a la cama.

Condenado Próxtor, ojalá supiéramos lo que hiciste.

Luego se dijo que tal vez era mejor no tener la menor idea de lo que Próxtor Brandan le había hecho a su hijo. La ignorancia quizá fuera una bendición en ese caso.

—Venga, muchacho, despierta —susurró con afecto, en un tono que jamás habría empleado de haber estado Yáxtor consciente—. Despierta.

Bajo los párpados, los ojos de Yáxtor giraron. Aparte de eso, las palabras del Adepto Supremo no causaron ninguna reacción.

—Tómate tu tiempo —añadió—. No es que nos vayamos a ir a ninguna parte, de momento.

Dasurame Togoichi, Primer Chambelán del Hijo del Origen, siempre se encontraba incómodo cuando hablaba con Toga Toshune. Sabía que buena parte de eso se debía a sus prejuicios, pero eso no hacía que el sentimiento desapareciera.

Al fin y al cabo, hacía poco más de cien años, el Shono gobernaba toda Honoi en nombre del Hijo del Origen y, aunque el cargo llevaba un siglo integrado en el esquema imperial como consejero y primer súbdito, no dejaba de ser una excrecencia molesta que no terminaba de encajar del todo y rompía la armonía que tantos siglos de esfuerzos pacientes habían ido creado alrededor del Emperador.

Dos burocracias distintas, dos sistemas diferentes de entender el gobierno y la administración se habían visto obligados a fusionarse bajo el mandato del Hijo del Origen. Y más de cien años después, la integración no se había producido completamente.

Pero era algo más. Al fin y al cabo, Dasurame había tratado con

otros Shonoi. El padre de Toshune, sin ir más lejos. Y, de algún modo, se las habían apañado para llevarse razonablemente bien y colaborar juntos de una forma más o menos eficaz.

Toshune era un caso muy distinto. Dasurame no sabía decir de qué manera. Pero cada vez que se enfrentaba a aquellos ojos que apenas parpadeaban y a aquel amasijo de gestos corteses y ceremoniosos, tenía la sensación de estar frente a una serpiente.

No soy un ratón de campo, se dijo.

Uno de sus subordinados se acercó para informarle de que el espejo de comunicaciones estaba listo. Tomó aire, se ajustó las ropas y aspiró el perfume de jazmín que llevaba concentrado en el pañuelo. Guardó éste entre los pliegues de su manto y se acercó al espejo.

—Ah, tzaru-Shono —saludó—. Un placer hablar contigo. Espero que todo esté yendo bien por tu lado.

Toga Toshune sonrió.

—Confieso que mejor de lo que esperaba, tzaru-Dasurame. El Regente de Alboné es una persona de lo más razonable. Confío en que alcanzaremos un acuerdo definitivo en pocos días. ¿Cómo van las cosas por Kyono-jo?

La pregunta, absurda en sí misma, había sido lanzada con un tono de total seriedad, sin el menor asomo de ironía. Dasurame respondió en el mismo tono:

—Todo lo bien que podría esperarse después de lo que ha ocurrido, tzaru-Shono. Sobre todo si tenemos en cuenta que la línea de sucesión ha estado a punto de ser interrumpida e incluso que el mismísimo manto podría haber quedado destruido.

—Cierto. No alcanzo a concebir qué habría pasado de haberse producido algo tan terrible. —Toga hizo una pausa—. Creo que uno de los extranjeros tuvo un papel destacado en evitar el desastre —añadió al cabo de un rato.

Sin una sola palabra de reproche, Toga acababa de arreglárselas para acusar a Dasurame de incompetencia en su servicio al Emperador. El chambelán permaneció impertérrito.

—Así es. Un miembro de la escolta de la Reina de Alboné. Su intervención fue fundamental.

—¿Y cómo se encuentra ese esforzado héroe?

—Vivo. Pero no sabemos en qué estado exactamente. Quizá se recupere. Tal vez nunca despierte.

Toga miró unos instantes a su espalda. Cuando se volvió de nuevo al espejo de comunicaciones fruncía el ceño.

—Cuánto lo siento. Distracciones domésticas —dijo, mientras volvía a su habitual expresión jovial—. Espero que se recupere, tzaru-Dasurame. Merece ser honrado por lo que ha hecho. Mantenme informado de todo lo que ocurra, por favor.

El chambelán quedó en hacerlo así y, poco después, cortó la comunicación.

¿En qué estaba metido Toga? Durante toda la conversación había parecido distraído, como si su atención estuviera dividida. ¿A qué jugaba? ¿Era tal vez un nuevo modo de desconcertarlo, otra de sus ridículas intrigas que nunca llegaban a ninguna parte?

Dasurame no tenía tiempo para averiguarlo. Había demasiadas cosas que hacer. Y, como siempre, tenía que encargarse él mismo de que todas se hicieran.

«No estamos solos», decía Ámber.

—Lo sé —respondía Yáxtor.

«Pero, sea lo que sea, si está aquí es porque lo has traído tú, amor mío.»

Yáxtor fruncía el ceño y contemplaba una vez más aquella noche apresurada que no terminaba de llegar nunca.

—¿Por qué dices eso?

«¿No es obvio?»

Lo era, pero no quería pensar en ello. No ahora. Tal vez nunca.

«Pero tienes que volver, mi monstruo. Tienes que regresar.»

—Más tarde —dijo él, sonriendo como sabía que a ella le gustaba.

«Puede que no haya un más tarde.»

Yáxtor se encogió de hombros.

—Siempre lo hay.

Los carneútiles son la base de buena parte de la economía en todo el Continente Primigenio. Son nuestra mano de obra y, en casi todos los sentidos, funcionan como una extensión de nuestro propio cuerpo. Esa idea tiene una derivación ciertamente pintoresca cuando se piensa en su uso como compañeros sexuales; practicar el sexo con un carneútil no deja de ser una elaborada forma de masturbación. Si bien es cierto que los cínicos dirán que cualquier interacción sexual entre dos o más individuos, sean de la especie que sean, no deja de ser en el fondo una elaborada forma de masturbación.

Pero me estoy yendo del tema, sospecho, a juzgar por vuestros rostros.

Decía que son la base de nuestra economía. Y de mucho más. Es cierto que los bosqueoscuros están continuamente soltando mensajeros al aire, pero en cantidades ínfimas. Son los carneútiles quienes crean la mayoría de los que usamos. Es en el interior de sus cuerpos anaranjados donde se producen y desde donde son lanzados al mundo para que nosotros los usemos.

Como decía, en todas partes.

Con dos excepciones muy notables.

Una es el Continente Occidental, donde no hay bosqueoscuros y, por tanto, tampoco existen los carneútiles. Los importan, los compran y los usan, pero hace tiempo que han aprendido a no depender de ellos. El motivo es obvio: si su economía dependiese de los carneútiles, dependería de nosotros. Y no quieren eso; quién puede culparlos. Usan los mensajeros (al fin y al cabo, Érvinder entero está lleno de ellos, aunque su concentración en Occidente sea sensiblemente menor) y manejan los carneútiles, pero han aprendido a no depender demasiado ni de unos ni de los otros.

Lo cual trae derivaciones interesantes que quizá exploremos otro día.

El otro lugar es Honoi. Sabemos que en el archipiélago hay, al menos, un bosqueoscuro importante, seguramente en su isla más meridional. Si hay bosqueoscuros, éstos dan sus frutos. Y el fruto de un bosqueoscuro son los carneútiles.

Pero no los encontraremos en ninguna de las islas.

Entonces, ¿qué uso le dan los honoyeses a los frutos de los bosqueoscuros? ¿O se limitan, sin más a dejarlos madurar y morir en sus lindes? Eso último, la verdad, me resulta difícil de creer.

—Orston Velhas.

Los siguientes días no sucedió gran cosa. Al menos, ésa sería la sensación que tendrían todos los involucrados tiempo después, cuando pensasen en ello.

Yáxtor seguía en coma, agarrado a la espada.

Los heridos se curaron o murieron.

Los invitados extranjeros empezaron a volver a sus casas.

La Reina paseaba con el Emperador.

Los funcionarios imperiales intentaban que todo siguiera en su sitio y trataban de averiguar qué había pasado.

No había comunicación alguna con Utarasu. Aquello en sí mismo no era ninguna novedad. Tradicionalmente, no había comunicación entre la isla del sur y la del norte. A veces, los Intgze de Utarasu enviaban un mensajero al norte, o desde Kyono-jo se mandaba un emisario al sur. Pero fuera de eso, ambas islas permanecían totalmente aisladas una de otra.

Llegar a Utarasu no era fácil: para hacerlo, había que cruzar Imarasu, la isla central. No había portales o espejos de comunicaciones que facilitaran el viaje o la obtención de información. Así había sido siempre y nadie concebía que fuese de otra forma.

Así que la orden que dio el Emperador se consideró sin precedentes; y, en muchos aspectos, fue un escándalo. Decidió enviar un destacamento de sus mejores hombres a bordo de un aerobajel, uno de los últimos modelos recién comprados a los occidentales.

Sus instrucciones eran precisas. Debían desembarcar en silencio y de noche, averiguar qué había pasado y volver para contarlo. El comandante tenía permiso para ejercitar su discreción dentro de ciertos ámbitos. Por ejemplo, si consideraba que parte de sus hombres podía quedarse, estaba autorizado a establecer una base con algunos y enviar de vuelta en el aerobajel al resto.

Y si todo estaba en orden, se podía poner en marcha la segunda parte del plan. Algo que no iba a sentar muy bien en la Corte, pero que sentaría incluso peor entre el Consejo de los Siete que tomaba las decisiones en Utarasu.

Muchas cejas se alzaron ante la orden del Hijo del Origen, pero nadie protestó por mucho que se apartase de las tradiciones. Al fin y al cabo, quien así había hablado era el descendiente directo de Tairuname Isu doh Tairunabe. Si él mandaba, al resto del mundo sólo le cabía obedecer.

Así que se preparó el aerobajel, los hombres subieron a su panza y el aparato se soltó de la torre de amarre y navegó perezoso por los cielos. Hacia el sur, siempre hacia el sur.

Dasaraki Itasu se ejercitaba a solas en el pequeño gimnasio anexo a

sus dependencias de capitán. Luchaba con los maniquíes de combate como si la vida le fuera en ello. Castigaba su cuerpo como si éste la hubiera traicionado.

Y todas las noches, extenuada, se tumbaba en la esterilla de dormir y no lograba conciliar el sueño.

La mañana la sorprendía despierta, con la mente perdida en lugares a los que no quería ir y el corazón en un puño que cada vez apretaba con más fuerza.

Odetora, murmuraba mientras se ponía en pie y se vestía.

Luego, salía al patio, pasaba revista a la compañía, dirigía sus ejercicios. Pensaba en el aerobajel que se dirigía hacia el sur. Se preguntaba qué noticias traería. Temía que no averiguasen nada; pero le causaba más miedo aún lo que pudieran averiguar.

Nadie decía nada. La comandante la observaba a veces, en silencio. Y los Intgze se preguntaban dónde estaba su capitana, quién era aquella mujer sombría de pelo naranja que ahora los dirigía, qué había pasado con su risa explosiva que espantaba a los pájaros, por qué habían desaparecido sus chistes groseros, sus pullas afiladas, sus comentarios hirientes.

Pero nadie decía nada. Los soldados, porque no era su misión preguntar. Y porque tenían miedo.

En cuanto a la comandante…

Renyokiru observaba atentamente a su capitana y se limitaba a esperar. No podía hacer mucho más al respecto.

Yáxtor seguía abrazado a Ámber mientras a su alrededor la noche se acercaba cada vez más y no se decidía a llegar nunca.

A veces, distinguía a lo lejos la figura entre las sombras. De algún modo, la encontraba familiar.

Ámber insistía en decirle que volviera. Él seguía negándose. Sabía que, tarde o temprano, haría lo que ella le pedía. Pero todavía no.

Aún no.

El Emperador invitó a la Reina a pasear por el Patio Prohibido. Esta vez, los funcionarios y cortesanos llegaron al borde mismo del murmullo, pero no se atrevieron a pasar de allí.

La Reina, como hacía todas las mañanas, visitó a Yáxtor acompañada del capitán Penjándel. Se había negado a llevar más

escolta.

El funcionario elegido para llevarle la invitación la encontró saliendo del cuarto del adepto. Nervioso, tratando de no parecerlo, le transmitió los deseos del Emperador.

—¿Ahora? —preguntó la Reina.

—Si le viene bien a tu Majestad…

Lo pensó unos instantes.

—Iremos —dijo.

El funcionario la guió a ella y a su ceñudo capitán a la antesala del patio, donde los esperaba el Emperador.

—¿Cómo está Yáxtor? —preguntó éste tras el inevitable intercambio de saludos y cortesías.

—Sin cambios —respondió la Reina—. Tus sanadores aseguran que está mejor, que su cuerpo se recupera y que, tarde o temprano, su mente volverá con nosotros.

—Eso son buenas noticias —dijo el Emperador.

En los últimos días, el rugoso manto que le cubría el cuerpo parecía habérsele pegado a la piel. La Reina había visto cómo, a veces, una mueca involuntaria de dolor asomaba a su rostro, como si algo inesperado acabara de pincharlo en sitio especialmente sensible. Luego, sus facciones se relajaban de nuevo y seguía la conversación allí donde la había dejado.

—Tengo algo que mostrarte. Creo que lo encontrarás interesante.

—Estamos seguras.

Hizo un gesto al capitán Penjándel de que la esperase allí. Se dio cuenta de que no le gustaba dejarla sola, especialmente tras lo ocurrido durante la coronación. El capitán obedeció, por supuesto, aunque lo hizo a regañadientes.

Luego, del brazo del Emperador, salió al patio.

Boquiabierta, se volvió hacia el joven que la acompañaba.

—¿Qué…?

Él sonreía, complacido, pero no respondió.

¿Dónde estaban, qué era aquello, a qué lugar imposible la había llevado?

Llamarlo patio era un mal chiste. Estaba en un extremo de un interminable espacio circular, bordeado por una línea de setos cuidadosamente ornamentados. Un camino de grava guiaba sus pasos hacia una loma baja y ancha.

Y sobre ella…

Sobre ella, hasta la misma luz era distinta.

Era más… real.

En el centro de la loma se alzaba solitario un árbol gigantesco. Su tronco se elevaba desafiante al cielo y, a muchos metros de altura,

su copa se abría en una profusión interminable de ramas que se bifurcaban una y otra vez y se mezclaban unas con otras, creando un laberinto confuso y mareante que la Reina no podía dejar de contemplar.

El Emperador y ella eran como dos hormigas al pie de aquel hermoso monstruo, de aquel gigante que no parecía pertenecer al mundo. De aquel…

De pronto comprendió.

—Es un arbolmundo —dijo, incrédula.

El Emperador asintió.

—Un arbolmundo completamente maduro —añadió la Reina, aún sin creérselo—. Y fuera de un bosqueoscuro.

Con un gesto, el Emperador la invitó a acercarse. Recorrieron el sendero de grava y, a medida que se acercaban, todo a su alrededor se volvió más nítido, más preciso. Las cosas tenían de pronto una textura más real, una consistencia más auténtica.

—¿Cómo es posible?

Él no respondió. Siguieron caminando.

La Reina no tardó en ver que la corteza de aquel gigante no estaba intacta. Aquí y allá le habían sido arrancados grandes parches rectangulares. Algunos sin duda eran antiguos, a juzgar por el color oscuro de la madera que asomaba. Otros parecían más recientes.

Al fin llegaron junto al árbol. Temerosa, anhelante, como si realmente fuese la niña que parecía, acercó una mano a la superficie del árbol. La apartó casi al instante.

—Está… frío —dijo.

El Emperador asintió.

—Está muerto. Lleva muerto desde la guerra.

Sin comprender del todo, la Reina alzó la vista. A cientos de metros de ellos, la brisa agitaba unas ramas desnudas, sin hojas, unas ramas de las que nunca volvería a pender un fruto.

—Muerto —murmuró.

Tocó de nuevo la corteza del árbol. Sí, conocía aquella textura; tibia, no fría como la superficie que estaba tocando, pero la misma. Se fijó de nuevo en los parches arrancados y contempló el manto del emperador unos instantes.

Él asintió.

—El arbolmundo es la clave de nuestro sistema de sucesión —dijo él—. El manto hecho con su corteza nos da… bueno, lo que nos da. Permite que los conocimientos del Hijo del Origen no mueran con él. Y algunas cosas más.

—Y el que tú llevas es el último.

Él sonrió, travieso.

—Por algún tiempo, quizá. Ven.

La tomó de la mano y dieron la vuelta al enorme tronco. Al otro lado, medio a la sombra de su padre, había un retoño. Medía tal vez tres metros de alto y no era más grueso que el cuerpo de un hombre adulto.

—Vuestra Bomba de Malas Noticias mató al viejo arbolmundo. —La Reina estuvo a punto de decir que no era su Bomba de Malas Noticias, que había sido cosa de los occidentales, pero guardó silencio —. Cuando destruyó todos los mensajeros de Kyono-jo, lo destruyó también a él. Mi antecesor lo sintió desde donde estaba, oculto y a salvo. Su mente no volvió a ser la misma desde aquel día.

La Reina asintió. En los últimos treinta años, el Emperador de Honoi se había hecho famoso por su excentricidad y su comportamiento errático. Si los rumores eran ciertos, en los últimos tiempos ni siquiera había gobernado él mismo el país, sino su Chambelán y, en menor medida, el Shono.

—La corteza del arbolmundo es su mente, en cierta forma. —Meneó la cabeza y asintió, como si alguien acabara de pillarlo en una inexactitud y le estuviera corrigiendo—. O tal vez debería decir que es su sistema nervioso. Quizá ésa sea una comparación más adecuada. Lo comparte con nosotros, deja que almacenemos en él lo que sabemos y nos ayuda a pensar más rápido, de una forma más eficaz. Pero eso tiene un precio.

—Un vínculo —dijo ella.

Él asintió.

—Cuando el árbol murió, el anterior Hijo del Origen estuvo a punto de morir. Durante días, deseó haberlo hecho, no sólo por lo que había sentido en el momento de la destrucción del arbolmundo, sino por las noticias que sus subordinados le trajeron de la ciudad.

Giró la cabeza de un modo extraño, como si alguien le estuviera contando algo al oído.

—Todos los mensajeros de Kyono-jo y sus alrededores habían sido destruidos. ¿Comprendes lo que eso significa?

Claro que lo comprendía. Sin mensajeros, la vida era posible pero difícilmente deseable. Sin mensajeros, la civilización no podía seguir adelante. Sin mensajeros, las enfermedades no se curaban, las luces no alumbraban, los vehículos no se movían. Sin mensajeros volvían a ser simples animales, monos sin pelo en las ruinas de una civilización que ya no comprendían y que eran incapaces de reconstruir. Incluso los occidentales, que se jactaban de no depender de los bosqueoscuros, lo tendrían difícil para que las cosas funcionasen en su parte del mundo. Convivir con un número limitado de mensajeros, no depender por completo de su uso, era una cosa; que desaparecieran totalmente, otra bien distinta.

Había estado a punto de pasar en Alboné, recordó. Los Espectros

habían robado un racimo de Bombas de Malas Noticias y habían estado a punto de usarlas. No sólo en las ciudades, sino en los bosqueoscuros, donde se producían los mensajeros. Habían estado a punto de destruir todo cuanto les rodeaba, todo lo que tenía algún significado, todo lo que…

—Comprendo —dijo simplemente.

—No es extraño que mi antecesor se volviera un poco… excéntrico. Y esto nos dejó heridos como pueblo. Reconstruirnos ha sido un trabajo muy duro. Y no estoy seguro de que lo hayamos hecho bien. —Se encogió de hombros—. Lo hemos hecho como hemos podido, que es como se suelen hacer las cosas, supongo.

Ella se maravilló de nuevo de la madurez con la que él enfocaba las cosas. Una madurez que no le había sido transmitida por la corteza que ahora envolvía su cuerpo, aunque sin duda ésta la había afinado. Él ya era así antes.

El Emperador señaló el retoño de arbolmundo.

—Lo hicimos traer de Utarasu, igual que en su día trajimos al padre. No estábamos seguros de que arraigase, pero hemos sido afortunados. Me gusta pensar que eso significa que seguiremos adelante. Ya no seremos del todo como éramos, pero seremos algo.

Ella se giró y contempló una vez más el gigante muerto. Un arbolmundo. A su manera, un rey. Un rey muerto.

—Hemos intentado plantarlos fuera de los bosqueoscuros —dijo la Reina en voz baja—. Nunca hemos tenido éxito.

Tras ella, él se encogió de hombros.

—Nosotros tampoco —dijo—. Sólo aquí. Y sólo porque Tairunabe le hizo algo a la tierra en este lugar. A veces, algunos emperadores ambiciosos han intentado criarlos en otros lugares. Siempre han fracasado.

Le hizo un gesto y se sentó junto al árbol muerto, con la espalda apoyada en el tronco frío. Tras unos instantes de vacilación, le Reina lo imitó.

—No exagero si te dijo que, de haber tenido éxito el garunde y los oruntarui, nos habrían destruido. El manto no puede mantenerse mucho tiempo sin un anfitrión. Y, si nos hubieran matado a mí y al anterior Hijo del Origen, no habría habido tiempo para buscar un candidato adecuado antes de que… Bueno, antes de que fuese demasiado tarde. El retoño es aún muy joven, todavía no nos puede dar su corteza. Así que aunque hubiéramos querido partir de cero, iniciar una nueva dinastía como diríais vosotros, habría pasado demasiado tiempo hasta que eso fuese posible.

La Reina asintió. Con cuidado, se acomodó al lado del Emperador.

—Tenemos una gran deuda con vosotros. Especialmente con tu

hombre, Yáxtor. Y hemos pasado los últimos días pensando en cómo saldarla.

La miraba de un modo extraño, casi travieso.

—Y has dado con un modo —dijo ella.

Él asintió.

—A muchos no les gustará. Seré criticado y puede que se empiece a dudar de la conveniencia de mi elección para llevar el manto del Hijo del Origen. —Sonrió con picardía—. En realidad, estoy seguro de que algunos ya lo piensan, a la luz de las órdenes que he dado en los últimos días. Pero no importa. Iniciará un camino. Ya veremos adónde lleva.

Los días siguieron pasando.

Itasu volvió a sonreír. Aunque no lo hacía tan a menudo como antes. Y, si bien poco a poco fue de nuevo la mujer expansiva y vital que sus Intgze conocían, había algo en sus ojos que antes no estaba allí. Una sombra. Un reflejo de algo frío y oscuro.

Los funcionarios murmuraron. Los cortesanos se adaptaron a su nuevo Emperador.

Parte del destacamento que se había enviado a Utarasu volvió en el aerobajel. Las noticias que traía eran, como poco, sorprendentes. El Emperador ordenó entonces que se iniciara la segunda parte del plan. Los funcionarios volvieron a murmurar.

Casi todos los invitados extranjeros habían vuelto a sus lugares de origen. Sin embargo, el Coordinador Electo de la Confederación Occidental se las apañaba un día tras otro para encontrar alguna excusa para seguir allí.

La Reina y el Emperador seguían paseando, cada uno fascinado, en cierta manera, con el otro; cada uno aprendiendo a conocer nuevas formas de ser singular. Lo que estaba creciendo entre los dos no se parecía al amor, salvo quizá al de esos matrimonios viejos en el que las palabras se vuelven innecesarias y una mirada o un alzamiento de cejas son suficientes para comunicar cualquier cosa.

Un día, Yáxtor Brandan abrió los ojos y miró a su alrededor.

Sin dolor, la vida es un absurdo. Sin cambios, carece de sentido. Sin rupturas, no es más que una sucesión de tiempo que no vale la pena.

Es el martillo golpeando contra el yunque el que da la forma a la espada. Sin esos golpes, no es más que un trozo de metal caliente.

¿Importa quién es el martillo y quién el yunque? ¿Importa acaso quién golpea y quién es el golpeado, en tanto ambos existan? La pasada guerra es una prueba evidente de ello: de sus cenizas salió un mundo más desconfiado, pero también más vital y más dinámico.

Lo único que hacemos es mecer el barco. Quizá nos arriesguemos a hacerlo zozobrar, pero el riesgo merece la pena. Incluso aunque seamos nosotros quienes, al final, acabemos en el agua.

—El Número Dos de los Espectros (atribuido)

La imagen que le devolvía el espejo no parecía real. Era él, sin duda. Algo encorvado, más delgado, más pálido. Pero Yáxtor Brandan, al fin y al cabo.

Y sin embargo… algo no era del todo correcto.

No eran sólo las ropas extrañas. Estaba acostumbrado a vestir la indumentaria del lugar, allí donde fuera, y la amplia túnica y los pantalones anchos resultaban sorprendentemente cómodos, por otro lado.

Sonrió a su reflejo.

Me he convertido en un hombre gris, pensó.

Grises sus ropas. Un toque de gris en su cabello que unas semanas antes no había estado allí. Un brillo gris que no recordaba en sus ojos color acero.

Y gris, la vaina vacía que pendía de su costado izquierdo. Al parecer era un guerrero sin espada.

Se contempló de nuevo en el espejo. Era él. Claro que era él. Quién más podría haber sido. Sin embargo…

La puerta se abrió y un hombre menudo y emperifollado entró en la habitación.

—Ah, adepto —dijo, tras una profunda reverencia—, veo que has sabido vestirte tú mismo.

Yáxtor contuvo una réplica mordaz y se limitó a asentir.

—Bien. La ceremonia empezará en breve. Si me permites una última recapitulación sobre cómo debes proceder…

A regañadientes, Yáxtor se lo permitió. Con gesto impertérrito, le oyó explicar de nuevo al Chambelán cómo sería escoltado al salón del trono, de qué modo tenía que subir las escaleras y cuándo debía arrodillarse ante el emperador.

—Lo he comprendido, gracias —dijo, cuando el otro hombre terminó sus detalladas explicaciones.

—En unos minutos, un representante de los Intgze vendrá a buscarte, adepto.

—Estaré preparado.

Una nueva inclinación y el hombre lo dejó solo. Desde el espejo, un Yáxtor que no era del todo como debía ser le lanzó una sonrisa irónica.

Alzó el brazo izquierdo y contuvo un quejido. Su hombro aún no había curado por completo, pero estaba en ello. Dio un par de pasos. Sentía los pies tiernos, frágiles, como si nunca los hubiera usado para caminar.

«¿Qué día es?» había preguntado al despertar, la noche anterior.

Se lo dijeron. Dos semanas. Habían transcurrido dos semanas desde la coronación. Dos semanas que, para él, habían sido un único atardecer interminable, esperando continuamente una noche que no llegaba nunca mientras hablaba con una mujer muerta a la que un día había amado. Él u otro Yáxtor, no estaba del todo seguro.

Y la figura entre las sombras…

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Una melena anaranjada se abrió paso al interior de la habitación. Dasaraki Itasu se detuvo a dos pasos del umbral y contempló a Yáxtor con aprobación. Él hizo otro tanto con ella. A su pesar, Itasu sonrió.

—¿Apruebo tu examen, adepto? —preguntó.

—Eso depende de si yo apruebo el tuyo —respondió Yáxtor.

Itasu dudó unos instantes.

—Bueno, tus calificaciones en la primera prueba práctica no fueron sobresalientes —dijo, midiendo con sumo cuidado cada palabra —. Pero a la vista de lo ocurrido quizá merezcas una nueva oportunidad.

No se le escapó el modo en que los ojos de Yáxtor se volvieron dos piedras frías y grises, a pesar de la sonrisa con la que el adepto respondía a sus palabras. Fingía seguir la broma, pero estaba lejos de hacerlo. Itasu decidió que no sería buena idea darle la espalda.

—El Hijo del Origen espera que lo honres con tu presencia —

dijo, repentinamente seria.

—Entonces, será mejor que no hagamos esperar a tan ilustre personaje.

Ella frunció el ceño. ¿Se estaba burlando? Decidió que sí, al menos un poco; sólo lo suficiente para no cruzar las fronteras de la descortesía. Aquello le gustó.

Pero no te relajes, se dijo. *No le des la espalda.*

El cortejo de Intgze avanzaba por el pasillo que llevaba al trono, de un modo no muy distinto a como lo había hecho dos semanas atrás aunque, al contrario que el difunto emperador, Yáxtor se movía por sus propios medios

Apenas había público que presenciase la escena. Sólo los funcionarios y cortesanos de más confianza y una reducida representación de los Intgze.

Y dos curiosas excepciones.

La figura de la Reina de Alboné se había convertido en algo casi familiar para los cortesanos en los últimos días. A solas o en compañía del emperador, había sido habitual verla por el palacio. Su presencia en la ceremonia era algo poco menos que inevitable: no sólo por su futura condición, sino porque Yáxtor era uno de sus hombres.

El individuo de gesto despreocupado que había junto a ella, sin embargo, era otra cosa. De algún modo, el Coordinador de la Confederación Occidental se las había apañado, no sólo para seguir por allí todo aquel tiempo, sino para ser invitado a la ceremonia que iba a tener lugar.

La Reina lo contemplaba casi con admiración. También con disgusto.

La comitiva llegó junto a las escaleras. Con un gesto, Itasu le indicó a Yáxtor que avanzase. Éste, tal como le había explicado el chambelán, ascendió despacio, deteniéndose unos segundos en cada escalón.

Se sentía fuera de lugar. Era una sensación familiar, en cierto modo. Al fin y al cabo, no pertenecía por completo a sitio alguno y en todas partes, salvo en su pequeña propiedad en las tierras altas, era un extranjero. Pero al mismo tiempo era una sensación extraña, porque siempre se las había apañado para encontrase cómodo en cualquier lugar y allí no lo conseguía.

Miró de nuevo la vaina vacía que pendía a su izquierda. Gris como sus ropas, con pequeños toques de negro y plata. Vacía como si esperase… ¿qué?

Llegó a lo alto y se detuvo.

Renyokiru Mizuni lo estaba esperando. Serena, como siempre, con las manos metidas en las mangas de su amplia túnica gris, el rostro en calma y la larga trenza que le enmarcaba el rostro y, desde su barbilla, descendía por un cuerpo que era un misterio y moría ligeramente por debajo de su cintura. Inclinó la cabeza en dirección a Yáxtor y éste le devolvió el saludo.

Luego, se hizo a un lado. Yáxtor echó a andar.

El emperador se sentaba en el trono más alto. Yáxtor recorrió la distancia que los separaba y, a dos pasos de él, se detuvo e hincó la rodilla en tierra.

Durante unos segundos, el tiempo no pareció transcurrir.

Luego, el emperador se puso en pie y se acercó a Yáxtor.

—Hace dos semanas estuviste a punto de morir a mi servicio y al de tu Reina —dijo. Su voz era la de un muchacho y al mismo tiempo no lo era. No como la voz de la Reina, donde la niña que parecía y la anciana que era en realidad convivían sin contradicción aparente, sino como algo indeciso, como si su voz aún no estuviera del todo segura de a quién pertenecía—. ¿Y quién puede asegurar que no lo hiciste? Para el mundo estuviste muerto. Para todos, no existías. Estabas sin estar, en un mundo de sombras que sólo tú conoces.

Yáxtor contuvo un estremecimiento. Sombras, se dijo; sombras de aspecto humano que se escondían en la distancia mientras él hablaba con Ámber.

—Hoy renaces —dijo el Emperador—. Vuelves al mundo de los vivos y es justo que recibas un nuevo nombre. Alza la vista.

Yáxtor obedeció.

—Aquí, en Honoi, la primera tierra de los primeros hombres, eres ahora Burandano Yakisetoru y como tal serás conocido a partir de hoy. Levántate.

Yáxtor así lo hizo.

—Te nombramos sedotadejochi de los Intgze Carmesí. Y, como tal, estarás a nuestro servicio personal.

—¿Aceptas? —preguntó el Chambelán.

¿Qué debía decir? Le habían explicado que no debía rechazar ninguno de los honores que el Emperador tuviera a bien concederle. Sin embargo, lo que aquel muchacho le estaba pidiendo…

Tomó aire y miró a su alrededor.

—Si mi Reina está de acuerdo —dijo.

Hubo un murmullo de incredulidad. Los cortesanos y funcionarios se miraron unos a otros y se maravillaron del atrevimiento del bárbaro. El Emperador se limitó a sonreír y preguntó:

—¿Qué dices tú, mi Reina? ¿Accedes a que tu adepto sea también mi Intgze?

—Aceptamos que sea ambas cosas —dijo la Reina.

—Tu Reina está de acuerdo, Burandano Yakisetoru. ¿Qué dices?

Yáxtor inclinó la cabeza.

—Acepto.

El Emperador extendió una mano. Alguien depositó algo en ella.

—Con esta espada te enfrentaste al garunde. Fue con ella con la que impediste que soltara su vacío ardiente. Entre todas las que había a su alrededor, tu brazo eligió ésta para defenderme. Ahora te la damos para que sigas defendiéndonos.

Le tendía una espada; un sable en realidad, de empuñadura larga, un solo filo y hoja ligeramente curvada. El metal era oscuro, casi negro, y el puño estaba cubierto de una escritura que Yáxtor no comprendía.

—Tómala.

Así lo hizo. La tomó con ambas manos y, llevado por un impulso que no entendió del todo, la alzó. El metal oscuro robó un brillo de la luz, y Yáxtor recordó entonces el tacto cálido y reconfortante de la empuñadura. Sí; él ya había blandido aquella espada. Su mano se había cerrado alrededor de la empuñadura y la había sostenido antes.

Bajó el sable y, con un gesto fluido, lo envainó. La hoja encajó en la vaina como si no pudiera ser de otro modo. Luego, improvisando, retrocedió dos pasos caminando hacia atrás y se inclinó ante el emperador.

—*Ashita oguemo, Tairuname Honoi tzaru-Kyono*. Mi espada y mi brazo están a tu servicio.

Yáxtor no supo exactamente de dónde salían aquellas palabras, pero todos parecieron encontrarlas apropiadas.

El Emperador asintió, sonriente, y luego regresó al trono.

Mientras Yáxtor retrocedía de vuelta a las escaleras no se le escapó el comentario del Coordinador Occidental:

—Una ceremonia de lo más pintoresca —dijo, en un susurro atronador que todos fingieron no haber oído.

Reunido con sus consejeros más íntimos, el Emperador analizó aquella noche lo ocurrido en Utarasu.

Parte del grupo enviado a la isla había vuelto el día anterior. Las noticias que traían habían resultado desconcertantes.

En apariencia, todo era normal en Utarasu. Las guarniciones de Intgze custodiaban el Jardín de la Memoria como si nada extraño hubiera ocurrido.

De hecho, tal como ellos lo veían, no había ocurrido nada fuera

de lo normal.

Semanas atrás, el mensajero del norte les había informado de que se avecinaba la ceremonia de sucesión, así que habían preparado y enviado un destacamento a través de Utokaru, la puerta sur, para hacerse cargo de la memoria del emperador e iniciar con ella el Cortejo de la Memoria. No habían vuelto a saber nada de ellos, pero tampoco lo habían esperado: no dejaba de ser un viaje de pura rutina, como tantos otros.

Además de tomar los recuerdos del anterior emperador, los Intgze procedente de Ioh Node debían informar al nuevo de lo ocurrido una semana atrás, cuando la Puerta Que No Debe Ser Abierta casi se había abierto y un par de garundei se habían colado por ella. La batalla había sido larga y sangrienta, pero las dos criaturas habían sido exterminadas y la puerta se había mantenido cerrada.

Que la Puerta Que No Debe Ser Abierta estuviera a punto de abrirse era un hecho lo bastante insólito y preocupante para informar de ello al norte. Y más teniendo en cuenta que había tenido lugar cerca del momento de cambio entre los dos emperadores.

Así, los Intgze de Ioh Node habían abandonado su isla y nadie en Utarasu volvió a saber de ellos. Tampoco lo esperaban hasta pasadas unas semanas.

Así que su sorpresa al ver un aerobajel sobre la isla del sur había sido considerable. Y las noticias de lo ocurrido en el salón del trono les habían inquietado profundamente. De forma concienzuda, habían revisado las distintas puertas, las salas de control del Jardín de la Memoria y los accesos a él.

Todo parecía estar en orden.

Lo que les podía haber ocurrido a los Intgze enviados a la capital durante su viaje era un misterio.

Así pues, todo parecía estar bajo control. O lo habría estado de no haber sido porque un grupo de oruntarui acompañados de un garunde habían estado a punto de acabar con el emperador mientras vestían los cuerpos y las mentes de los Intgze desaparecidos.

—¿Qué hacemos?

Los consejeros, tomados de improviso ante una pregunta tan directa, vacilaron en responder. El anterior Emperador solía acercarse a los asuntos de un modo más oblicuo, pero era evidente que éste tenía sus propias ideas al respecto.

Al final, fue el Chambelán quien habló por todos.

—No hay mucho que podamos hacer, de momento. Más allá de mantenernos alertas y asegurarnos de que todo está como debe. Y, sobre todo, descubrir cómo pudieron escapar los oruntarui y el garunde. Sea como sea, sólo pudieron salir de Utarasu. Algo tuvo que fallar en la vigilancia.

—Los Intgze no descuidan sus deberes —dijo la comandante Renyokiru—. No es nuestro estilo.

No había el menor asomo de reproche en sus palabras. Como siempre, hablaba de un modo tranquilo y relajado.

—Cuánto lo siento, nunca quise dar a entender lo contrario —se disculpó el Chambelán pese a todo—. Pero es evidente que algo ocurrió. Los oruntarui escaparon; y con ellos, un garunde. Mataron a todos nuestros hombres y poseyeron sus pieles y sus mentes, y lo hicieron de un modo tan perfecto que nadie los detectó hasta que ellos mismos decidieron abandonar su disfraz. No estoy intentando repartir culpas, sólo averiguar qué ocurrió.

El Emperador asintió.

—Tienes razón, tzaru-Dasurame. No podemos arriesgarnos a que algo así se repita.

Miró a su derecha, a las dos figuras que se sentaban entre las sombras. Una permanecía totalmente inmóvil, la otra parecía incapaz de dejar de moverse.

—La sugerencia del chambelán me parece un buen punto de partida —siguió diciendo—. Ya hemos tomado medidas al respecto: el aislamiento entre Utarasu y Atarasu debe terminar. —Alzó una mano, interrumpiendo los murmullos antes de que empezaran—. Conozco la tradición tan bien como vosotros, pero ésta no debe interponerse en el camino de la supervivencia. Utarasu seguirá funcionando como siempre ha hecho, pero ahora habrá un aerobajel permanentemente estacionado sobre ella, y el Consejo de los Siete tendrá un espejo de comunicaciones con el que podrá hablar con el aerobajel. Ellos, a su vez, nos transmitirán a nosotros la información. Y, por supuesto, funcionará también a la inversa.

Los cortesanos se miraron entre sí. Y, aunque no dijeron nada, era evidente que la decisión no les gustaba. Uno de ellos, se atrevió a dar un paso al frente y decir:

—El Consejo de los Siete…

El Emperador asintió.

—Lo sé. No les gustará la medida. No interferiré en los asuntos de Utarasu más de lo necesario. Pero debemos permanecer comunicados.

El cortesano asintió y ocupó de nuevo su lugar junto a los demás.

—De todas formas, esto no deja de ser un primer paso —dijo el Emperador, cuando vio que los ánimos se habían calmado—. Vamos a enviar un nutrido destacamento de Intgze a Utarasu y creo que la udotadejochi Renyokiru es la persona ideal para dirigirlo. Al fin y al cabo, el anterior Hijo del Origen debe ser llevado al Jardín de la Memoria para su descanso en la otra vida. Aprovecharemos la

situación.

—Pero… —intervino el mismo cortesano de antes—, el Cortejo de la Memoria debe hacerse por tierra. Debe recorrer todo Honoi para que el pueblo lo vea.

—Y así se hará. El cortejo realizará el recorrido tradicional, a través de Imarasu. Y, quién sabe, tal vez durante el viaje descubran algo de lo sucedido. Cuando lleguen a Utarasu me informarán, y decidiremos entonces qué hacer.

Todos encontraron aquello bastante sensato.

—Tzaru-Renyokiru, por favor, me gustaría que empezaras cuanto antes a preparar las cosas. El cortejo debe ponerse en marcha enseguida. Ya ha pasado demasiado tiempo desde la muerte del emperador y muchos se estarán impacientando y preguntándose qué ha ocurrido.

—No son necesarios muchos preparativos. Sé quiénes quiero que vengan conmigo —dijo la comandante—. Me gustaría que Burandano Yakisetoru nos acompañara —añadió, tras una corta pausa.

El emperador asintió, complacido, como si la idea se le hubiera ocurrido a él mismo y le hubiera sugerido a la comandante que la presentase en la reunión.

—Me parece bien. Al fin y al cabo, los destinos de Alboné —pronunció el nombre tal como lo hacían los albonenses, en lugar de usar el «Aruboné» habitual— y de Honoi irán parejos a partir de ahora. Es justo que un hombre que pertenece a ambos mundos esté presente en estos acontecimientos.

No todos eran del mismo parecer que el emperador, eso resultó evidente enseguida, pero nadie dijo nada.

—También he decidido que durante la ausencia de Renyokiru, sean los Intgze restantes más los soldados albonenses los que se encarguen de mi persona.

—Pero…

El hombre que había dicho aquello cerró la boca enseguida, pero ya era demasiado tarde.

—Adelante, por favor, habla.

—La tradición… Sólo los Intgze…

—Las tradiciones cambian, como creo que está quedando claro. Renyokiru, por favor, ocúpate de realizar los arreglos necesarios.

La reunión no se prolongó mucho más. Algunos minutos después, libre ya de sus consejeros, el Emperador se volvió hacia los dos hombres que aguardaban en la penumbra.

—No les he dicho lo de tu trovador. Ya están bastante inquietos. Mejor que lo descubran sobre la marcha.

La figura que no había podido permanecer quieta dio un paso hacia la luz. Álbar, Coordinador Occidental, sonreía como un timador

que acaba de desplumar a un primo.

—R'nendo es de los mejores —dijo—. Te será muy útil, Majestad Imperial.

—Eso espero. Estoy apostando muy fuerte, Álbar. Por ti y por los albonenses.

—Es lo mejor, Majestad —intervino la segunda figura, sin moverse del asiento—. Nuestras dos naciones son demasiado parecidas. Nuestros intereses pueden ser complementarios, y juntos re presentaríamos una influencia nada desdeñable en todos los ámbitos.

—Lo sé muy bien, Adepto Supremo. Vuestros enviados y los de la Confederación Occidental no se han cansado de repetírmelo. A mí y a mi predecesor.

—Y la Confederación, como garante y tutor de Honoi, no puede ver con mejores ojos un pacto así —dijo el Coordinador.

Garante y tutor, pensó el joven emperador. Guardián y carcelero, más bien. Sin embargo, se dijo, estaban en su derecho. Habían ganado la guerra. Y no sólo eso; habían sido lo bastante astutos para mantener el sistema, cambiándolo lo menos posible.

Contempló al Coordinador. Exóticas reacciones se iniciaron en el manto que cubría su cuerpo y una imagen treinta años más joven se superpuso a la del hombre de carne y hueso que estaba frente a él. Con la imagen llegó un tropel de recuerdos.

No estaría hoy aquí de no ser por él, pensó. *Mi predecesor habría muerto de no ser por él.*

O puede que algo peor. Al fin y al cabo, cuando el teniente Álbar y su destacamento encontraron al anterior emperador, era de hecho un prisionero del Consejo Militar del Shono. Ellos lo habían rescatado, lo habían llevado a un lugar seguro y le habían devuelto el poder. Aunque fuera un poder tutelado.

—No somos tus dueños, Majestad Imperial —dijo el Coordinador, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Nunca hemos interferido en vuestros asuntos internos.

—Nunca habéis dejado de hacerlo —replicó el Emperador—. No; no era un reproche —añadió, alzando una mano, antes de que Álbar pudiera protestar—. Lo que habéis hecho ha redundado en nuestro beneficio. Sin duda también en el vuestro.

—Entonces, todos contentos, ¿no es así?

Qérlex se incorporó en ese momento y se acercó a la silla del emperador.

—Somos dos países distintos y separados —dijo—. Eso no cambiará. Pero juntos podemos hacer mucho en beneficio mutuo.

—No necesitáis convencerme; ya lo estaba antes de llevar este manto. Y ahora que sé lo que hay detrás, estoy más convencido aún. Mi pueblo debe cambiar si quiere sobrevivir. Eso es algo que sabemos

desde la guerra. La clave está en hacerlo sin dejar de ser lo que somos. —Se encogió de hombros—. Podemos ayudarnos mutuamente, como hemos hecho desde la guerra. —Contempló el reloj que había en la pared a su izquierda—. Es tarde. Será mejor que nos retiremos.

Qérlex asintió.

—Claro, Majestad Imperial —dijo Álbar. Siempre que pronunciaba aquellas palabras su voz parecía al borde de un chiste, sin decidirse a dar nunca el siguiente paso—. Y será mejor que todos lo hagamos con un ojo abierto.

Qérlex frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Tus adeptos son lo mejor de lo mejor, estoy seguro. Pero mis hombres no se quedan atrás. Y tengo informes bastante desconcertantes de su parte. —Meneó la cabeza—. No; no diré nada más, al menos todavía. Pero creo que pronto tendré información más concreta. Y entonces deberíamos hablar de nuevo.

—Lo haremos —dijo el emperador—. Pero no hoy.

Los dos hombres hicieron una reverencia y dejaron la habitación. Pese a sus palabras, el Emperador no durmió gran cosa aquella noche. Su cabeza estaba llena de ideas, de imágenes, de información.

Parte de lo que pensaba no era nuevo. Otra parte ampliaba lo que ya sabía. Y algunas cosas lo llevaban por senderos que ni siquiera había sabido que estaban allí.

A veces, se miraba en el espejo e insistía en decirse a sí mismo que no era más que un niño jugando con juguetes de adulto.

Claro que, por otra parte, lo había sido siempre, ¿no? Al fin y al cabo, lo habían educado para ello (a él y a media docena de candidatos más), casi desde antes de que empezase a gatear. Habían dado forma cuidadosamente a su mente, a sus hábitos, a sus pensamientos y apetencias, todo ello con el propósito de que un día aceptase sobre sus hombros el manto del Hijo del Origen.

Conversaciones de adulto. Responsabilidades de adulto. Costumbres de adulto. Juegos de adulto.

Ésa había sido su vida desde siempre. Había pensado que, cuando el manto estuviera sobre sus hombros, las cosas cambiarían. Y habían cambiado, pero no como pensaba.

Al fin y al cabo, el manto sólo le daba conocimientos, no experiencia. Seguía sintiendo que era un niño jugando a un juego demasiado complicado. Ahora veía con más claridad algunas cosas; conocía mejor las reglas, tal vez, pero eso sólo servía para hacerlo consciente de lo difícil que era todo, de lo mucho que le sobrepasaban los acontecimientos.

Sin embargo, nadie parecía darse cuenta de ello. Todos actuaban

como si realmente supiera lo que estaba haciendo.

Sonrió.

El manto le daba algo más, después de todo. Autoridad. Para todos, era el Hijo del Origen, incapaz de errar. Si sus decisiones se revelaban como erróneas, absurdas o desastrosas, él nunca cargaría con la culpa ni con sus consecuencias: serían los cortesanos y los funcionarios los responsables. Ellos habrían interpretado de forma equivocada los deseos del Hijo del Origen y, por tanto, ellos eran los culpables del error, no él.

Autoridad sin responsabilidad. Una combinación sumamente peligrosa, se dijo.

Sin embargo, de algún modo, el sistema funcionaba, se corregía a sí mismo. Y los errores, por grandes que fueran, nunca los llevaban al desastre.

Hasta ahora.

A solas en sus aposentos, nadaba en el mar de información del manto de arbolmundo, buscaba experiencias pasadas que le sirvieran de ayuda en la situación actual, se preguntaba cómo sus antecesores se habrían enfrentado a lo que ocurría.

De vez en cuando pensaba en la Reina de Alboné. Se preguntaba cómo sería para ella. Al fin y al cabo, él seguía siendo el mismo que había sido. Quizá no volviera a usar su nombre hasta el día de su muerte, pero no había dejado de ser Akaname Isu.

La Reina, en cambio… A veces, como él mismo, era sólo una niña envuelta en un juego de adultos. Pero luego, la veía cambiar ante sus ojos, transformarse en una criatura anciana y astuta. La muchacha que conocía no desaparecía por completo; seguía allí, perdida en aquella vorágine de recuerdos de vidas pasadas, de personalidades que luchaban por el control del mismo cuerpo.

No tenía derecho a quejarse, se decía entonces. Él seguía siendo él, después de todo. Ella, en cambio…

Hubo una fiesta. A la caída de la noche, se encendieron hogueras y los Intgze festejaron. Los más tradicionalistas miraban al nuevo Intgze con desconfianza; era un bárbaro, al fin y al cabo, pero nadie le disputó abiertamente su derecho a ser uno de ellos. El Hijo del Origen había hablado y su palabra, como siempre, era ley.

Hubo combates simulados. Hubo exhibiciones. Hubo trifulcas de borrachos que degeneraron en peleas reales. En los lugares más alejados hubo otro tipo de actividades.

Al día siguiente, al amanecer, volverían ser compañeros de armas. Oficiales y soldados, subordinados y superiores. Aquella noche

no eran más que hombres y mujeres buscando alivio y placer, luchando contra la soledad o encontrando consuelo.

Una Itasu risueña guió a un Yáxtor tambaleante a sus aposentos. Ninguno de los dos estaba ni la mitad de borracho de lo que aparentaba, y ella se dio cuenta, igual que él notaba que no la había engañado. Los dos, sin embargo, siguieron el juego.

A solas, en la penumbra, Itasu guió a Yáxtor como una maestra paciente. Al principio, él la siguió a regañadientes, el cuerpo tenso, la mandíbula apretada, preguntándose por qué perdía el tiempo con aquello y por qué permitía que ella lo tratase como un niño inexperto.

«Porque lo eres, mi amor», se dijo a sí mismo con la voz de Ámber.

Poco a poco, se fue relajando y al final la noche resultó mucho más satisfactoria de lo que había esperado. Se dejó llevar y permitió que ella lo guiara y, a partir de cierto momento, dejó de pensar y se sumergió sin más preguntas ni dudas en el placer.

Aunque no del todo. Una parte de él (una parte mínima, oscura, agazapada en un rincón de su mente) no dejó de estar alerta en ningún momento; buscaba un signo de burla, tal vez, un mohín de superioridad, un gesto de triunfo.

No encontró ninguno.

Cuando terminaron, agotados y jadeantes, se miraron como si se vieran por primera vez. Cada uno disfrutó de lo que vio en los ojos del otro, pero también se preguntó por lo que no veía. Yacieron juntos, medio abrazados y medio enredados, y el sueño los sorprendió casi a traición poco después.

Itasu no le dio la espalda ni una sola vez.

El mundo ha cambiado, eso es un hecho. También es una tontería porque ¿acaso no está cambiando siempre?

Sólo que esta vez el cambio ha sido lo bastante traumático para ser perceptible a simple vista.

Por primera vez los bosqueoscuros están bajo custodia. Y las tropas que los guardan pertenecen a dos bandos que, en otros ámbitos, siguen empeñados en una sorda y silenciosa lucha a muerte.

Claro que, en este caso, están defendiendo lo único que tienen en común. No son muy distintos de dos adictos asegurándose de que nadie va a destruir la fuente de la que mana su droga.

—Orston Velhas

Fléiter Praghem llevaba varias semanas vigilando a su presa.

Sus hombres vigilaban, para ser más exactos. Él se había limitado a ejercer la mejor de sus habilidades: divertirse de forma pública y notoria y dar la impresión de que no era más que un imbécil acabado que intentaba pasar de la mejor forma posible el tiempo que le quedaba hasta la jubilación. O, en la jerga del negocio, hacer de pararrayos para que nadie se fijara en los verdaderos espías.

Y cuando Fléiter hacía algo, se empleaba a fondo.

De madrugada recibía los informes de sus hombres, analizaba las partes más oscuras de la información que le traían y dirigía sus pasos hacia el lugar correcto.

Y, poco a poco, iba creando un mapa mental cada vez más claro y preciso.

En realidad, se decía, las cosas no podían estar más claras de lo que ya estaban. A aquellas alturas se estaba limitando a atar los últimos cabos y recoger las evidencias finales. Darle suficiente cuerda al pobre tipo para que se ahorcara él mismo.

Si seguía el manual, había llegado el momento de informar a sus superiores y esperar su decisión. Pero si algo sabía Fléiter era cuándo había tiempo para seguir el manual y cuándo no. Y, al fin al cabo, como Jefe del Capítulo de Información de la Confederación Occidental para el Continente Primigenio, tenía la suficiente capacidad de

maniobra para decidir por sí mismo cuándo romper las reglas.

Presentía que aquél era uno de esos casos.

El interior de la tienda estaba fresco, como siempre, sin importar el tiempo que hiciera fuera. Fléiter no era capaz de percibir ninguna intervención de mensajeros, aunque tenía que reconocer que sus percepciones para esos asuntos no eran precisamente las más afinadas del mundo.

Esperó un rato en la acogedora penumbra, apoyado en el bastón de su padre y contemplando con gesto distraído las mercancías expuestas.

—Ah, perdóname —dijo una voz que salía de la trastienda—. A veces estas minucias me ocupan más de lo que resulta aconsejable.

Fléiter se preguntó a qué minucias se estaba refiriendo la voz. ¿Atender a sus necesidades fisiológicas? ¿Regañar al servicio? ¿Tomar al asalto a alguna de sus criadas? Pero se limitó a asentir, como si fuera obvio de qué estaba hablando el hombre gordo que ahora lo miraba tras el mostrador, y dio un par de pasos en su dirección.

—No importa —dijo—. He estado ocupado admirando tu muestrario. Impresionante.

—Bagatelas para turistas —respondió el otro—. Estoy seguro de que un hombre de tus gustos refinados no está buscando retales de telas de colores chillones.

—Quizá sí, quizá no. Eso es algo de lo que merecería la pena hablar más a fondo. —Dudó unos momentos—. Tal vez. Si es que lo que me han contado de Epaydos es cierto.

El comerciante sopesó aquellas palabras.

—Eso me sitúa en desventaja —dijo.

—¿A ti? Me resulta difícil creerlo. Todo el mundo sabe que Epaydos es el comerciante más próspero y astuto de Painé. Y me atrevería a añadir que ambas cosas van de la mano.

La sonrisa de Fléiter fue tan breve como aduladora.

—Si uno hace caso de esas habladurías… —dijo el aludido, encogiéndose de hombros—. No puedo negar que tengo suerte en mis negocios. Lo suficiente para vivir con dignidad.

—No me cabe duda. Y estoy seguro de que no le harás ascos a tener un poco más de suerte.

—Eso depende de qué tengas que ofrecerme.

Fléiter dio un nuevo paso, hasta casi rozar el mostrador. Alzó el bastón y lo dejó caer sobre la superficie de madera.

Epaydos se inclinó sobre el bastón y lo examinó unos instantes.

—Un objeto interesante —dijo, al cabo de un rato—. Si es que a uno le gustan esas minucias. Como objeto de coleccionista quizá pueda tener algún valor.

—Por supuesto, siempre que uno coleccione bastones maestros de bosqueoscuros.

Epaydos se mordió el labio. Entrecerró los ojos y se frotó la mandíbula.

—Si al menos supiera de qué estás hablando…

Fléiter asintió.

—Eres discreto. Eso, supongo, va con el negocio. Quizá no sea el momento ni el lugar para hablar de esas cosas.

—Tienes razón. Tal vez… una cena agradable, íntima… Un entorno más adecuado… Así podrías explicarme en detalle las virtudes de tu mercancía. Y estoy seguro de que acabaremos por llegar a un acuerdo. ¿Esta noche, a las nueve?

Fléiter pareció considerarlo unos segundos.

—Allí estaré —dijo, finalmente, mientras recogía el bastón. No se le escapó el brillo de codicia en los ojos del comerciante.

Epaydos sabía cómo vivir, desde luego. La cena había sido excelente y el lugar no podía ser más acogedor. Los carneútiles que los habían atendido habían resultado tan silenciosos y eficaces que resultaban casi invisibles, como si las viandas y las bebidas se materializaran frente a sus ojos en el momento mismo en que deseaban tomarlas.

Ahora bebían vino especiado de Ashgramor. Una cosecha que Fléiter creía agotada desde hacía años.

—Excelente —dijo, alzando la copa en dirección a su anfitrión.

—Gracias. Tuve mucha suerte al conseguirlo.

—No lo dudo.

Hubo unos momentos de silencio, que cada uno de ellos aprovechó para revisar su estrategia y plantearse el siguiente movimiento.

Fue Epaydos el primero en hablar:

—Tus palabras de esta mañana fueron, como poco, intrigantes. Aunque confieso que no terminé de entenderlas por completo.

Fléiter acarició su bastón. Un torrente de recuerdos acudió a su cabeza; una pesadilla vegetal en la que hombres hechos de yerba, de mirada ausente y sonrisa vacía, caían sobre él desde todas partes.

—¿Seguro que no? —preguntó—. Eso me sorprende. Un hombre como tú debería estar mejor informado.

—Estoy seguro de que no te importará compartir conmigo lo que

sabes. Refrescar mi memoria, por así decir.

—Claro. Qué menos. Retrocedamos… seis meses, si te parece bien. Poco después de la crisis de las Bombas de Malas Noticias. Seguro que recuerdas la paranoia con los bosqueoscuros que asaltó entonces a todo el mundo. Todos acudiendo a sus lindes y recolectando carneútiles sin eclosionar, sin importarles lo inmaduros que estuvieran. La cosecha de ese año no se malogró por los pelos. Y la de todos los siguientes, en realidad.

—¿De veras?

—Vamos, Epaydos, no me obligues a explicarlo todo. Sabes muy bien que los Espectros estuvieron a punto de destruir los bosqueoscuros. Y no eres ningún idiota, así que no ignoras lo que habría pasado entonces.

El comerciante asintió.

—Habría sido terrible —dijo—. Sin bosqueoscuros no hay mensajeros ni carneútiles. Sin ellos, el mundo sería un lugar horrible.

—Como eufemismo no ha estado mal. Ahora, completa la historia por mí.

Epaydos mostró sorpresa. Fléiter estaba seguro de que era fingida.

—¿Cómo puedo hacer eso? —preguntó el comerciante—. Me has contado algo que hasta ahora desconocía.

—¿De veras? Me resulta difícil de creer.

—Claro que sí. ¿Cómo podría un simple comerciante enterarse de cosas tan terribles, de asuntos que, seguro, sólo unos pocos en los lugares de poder conocen? —Dudó unos instantes y tomó un trago de vino. Se pasó la lengua por los labios y siguió hablando—. ¿Cómo podría saber yo que en el corazón de los bosqueoscuros hay una réplica del Lugar del Origen? Y dime, ¿cómo podría tener la menor idea de que un bastón como el que me has enseñado es la clave para abrir el corazón de un bosqueoscuro… o para cerrarlo? No, tales cosas por fuerza escapan a mi ámbito de experiencia. Es imposible que sepa nada de ellas.

—Sí, en efecto, imposible —dijo Fléiter, complacido.

El pececillo había mordido el anzuelo. Ahora llegaba el momento de soltar el sedal y hacerlo sentirse cómodo. Mentalmente, repasó el informe que sus hombres le habían preparado sobre Epaydos. El comerciante era astuto, discreto y no demasiado escrupuloso. Era, también, prudente, y nunca actuaba hasta no estar seguro de que los posibles beneficios superaban los riesgos del negocio. Incluso así, a veces había elegido retirarse de empresas que prometían abundantes ganancias porque no había terminado de verlo del todo claro.

Su instinto tendía a ser certero. Acertaba más veces que las que

se equivocaba.

Fléiter se esforzó en parecer inofensivo, en dejarle claro al comerciante que no representaba ninguna amenaza y que podía haber mucho que ganar en lo que le proponía.

Durante los siguientes minutos se embarcó en una historia bastante absurda en la que explicaba cómo el bastón había caído en sus manos y cómo había averiguado para qué servía. Por supuesto, Epaydos no creyó una sola palabra, pero disfrutó del cuento casi tanto como si fuera una historia real.

Mientras hablaba, Fléiter recordaba lo ocurrido realmente. Como si pudiera olvidarlo. Al fin y al cabo, si estaba vivo, si estaba allí hablando con aquel comerciante, era gracias a su bastón. El bastón de su padre, que había ido pasando de un Praghem a otro durante generaciones. El bastón que lo había salvado cuando, cerca del corazón del bosqueoscuro, los habían atacado los hombres de yerba.

Los Grassin J'mpmensh, tan letales en la realidad como lo habían sido en los cuentos que le contaba su padre antes de acostarse.

Terminó la historia y le ofreció el bastón a Epaydos. Aunque éste lo disimulaba muy bien, era evidente que deseaba poseerlo. Un objeto que podía abrir o cerrar a voluntad el corazón de un bosqueoscuro. Podría pedir por él lo que quisiese.

Podría incluso quedarse con él y, tal vez, utilizarlo algún día. Fléiter lo había estudiado lo suficiente para saber que el comerciante tenía una veta de coleccionismo compulsivo. Había ocasiones en las que Epaydos se arriesgaba de forma absurda y se embarcaba en empresas con pocas probabilidades de éxito cuyas ganancias no parecían justificar el riesgo. Y, a menudo, las mercancías que obtenía en esos negocios nunca salían de su casa. No las vendía, no comerciaba con ellas.

Dejó que examinase el bastón a placer mientras comprobaba la hora. Sí; ya no faltaba mucho. Le había mostrado la zanahoria y, a juzgar por el comportamiento del comerciante, estaba surtiendo efecto. Era el momento de que viese el palo.

—Creo que el año anterior sufriste algunos reveses menores —dijo Fléiter.

Absorto en la contemplación del bastón, Epaydos ni parpadeó.

—Quién no los sufre. Así son las cosas.

—Claro. Aunque en tu caso… perdiste a una de tus mejores clientes, si mal no recuerdo. Era buena. La mejor en lo que hacía, de eso doy fe.

Alertado, el comerciante alzó la vista.

—Me temo que no te sigo.

—Quizá me han informado mal —dijo Fléiter, en un tono indolente—. Creía que tú y Yoranna Lei teníais un acuerdo. A cambio

de un porcentaje, la ponías en contacto con sus empleadores. Un buen acuerdo, me atrevería a decir.

Epaydos no pareció acusar el golpe. Siguió contemplando el bastón como si las palabras de Fléiter no fueran con él.

—Una pieza exquisita —dijo, tras terminar su inspección—. Creo que si estuviera en mi poder, me costaría desprenderme de él por mucho que me pagaran. Y me pagarían mucho, te lo aseguro.

—Siempre que sea auténtico —dijo Fléiter.

Epaydos dudó unos instantes. Luego, sonrió y fue como si una máscara cayera de su rostro. A Fléiter no le gustó mucho ver aquello.

—No me cabe ninguna duda de su autenticidad, comandante Praghem —dijo el comerciante. Su voz había dejado de ser obsequiosa. Hablaba con precisión, como si su misma vida dependiera de encontrar las palabras adecuadas—. Igual que estoy seguro de que lo último que deseas es deshacerte de él. —Se encogió de hombros, sin dejar de mirar a Fléiter—. Lástima.

Fléiter intentó no parecer sorprendido. Tuvo éxito sólo a medias.

—Parece que no he conseguido engañarte durante mucho tiempo —dijo a regañadientes.

Epaydos le devolvió el bastón.

—No te atormentes por ello, comandante —dijo. Sonrió, pero ya no era la sonrisa de un comerciante ansioso por ofrecerle algo a su cliente—. Te aseguro que tu cobertura es impecable y que no has hecho nada para despertar mis sospechas… Ocurre, simplemente, que mi sistema de información es bueno. De los mejores, podría decir. Al fin y al cabo, la información es una de las cosas que compro y vendo. La más difícil de valorar, sin duda, pero la más útil en ciertas circunstancias.

Era bueno, se dijo Fléiter. Y, por mucho que le estuviera diciendo que no había cometido ningún error en su trabajo, en realidad le demostraba con sus palabras todo lo contrario. Había subestimado al comerciante.

—Ya que pareces saber tanto sobre mí, sin duda sabes también qué deseo de ti.

Epaydos se encogió de hombros.

—Es obvio, ¿no? La información es tu negocio tanto como el mío, comandante Praghem. Quizá más. Supongo que eso es lo que esperas obtener de mí.

—¿Y voy a conseguirlo?

—Eso depende del precio.

En ese momento oyeron un tumulto lejano. Algo cayó al suelo. Alguien gritó. Un tropel de pasos vino en su dirección.

—Pasad, chicos, veo que habéis sido tan rápidos como siempre.

El comerciante contempló a los cinco recién llegados con el ceño

fruncido.

—Esto no era necesario, comandante.

—Quizá no —reconoció Fléiter, consciente del error que había cometido—, pero me gusta tener las cosas bajo control. —Se acomodó en los cojines, cada vez más seguro de que había enfocado de forma incorrecta la operación. Sin embargo, no le quedaban más opciones que seguir adelante—. Además, esto puede guardar cierta relación con lo que has dicho. Hablabas de un precio antes de que nos interrumpieran. ¿Qué tal tu vida?

Epaydos tomó aire y miró a su alrededor. Era evidente que no se sentía muy contento.

—Estás aquí porque te he franqueado el paso a mi casa —dijo, al cabo de un rato. Medía cada palabra con extremo cuidado—. Quieres algo que yo tengo. Seguramente tú puedes darme algo que me sea útil. No —añadió, agitando una mano e interrumpiendo a Fléiter—; no vuelvas a hablarme de mi vida. Oh, la valoro, por supuesto que sí. Pero no ganarás nada quitándomela. No obtendrás la información que deseas.

Fléiter masculló una maldición. Mentalmente, repasó los informes que tenía sobre el comerciante y los comparó con el hombre que tenía delante. Comprendió que alguien había metido la pata hasta el fondo.

Por unos momentos sopesó la posibilidad de la tortura, pero la desechó enseguida. Sí, Epaydos hablaría. Todos hablaban, tarde o temprano, pero no podía permitirse el lujo de que fuera tarde. El comerciante era capaz de aguantar lo suficiente para que la información que les diera se convirtiera en inútil.

Mentalmente, tomó nota de hacérselo pagar a quien quiera que hubiese compilado el informe sobre Epaydos. Pero enseguida se olvidó de ello. Tenía cosas más importantes (y urgentes) en las que pensar.

—Tienes razón —reconoció.

Les hizo una seña a sus hombres y éstos desaparecieron tan rápido como habían llegado.

—Hazme una lista de los desperfectos que te hayamos causado, y abonaremos los daños. Y, por favor, acepta mis disculpas por esta… —señaló a su alrededor— chapuza.

Epaydos lo sopesó unos instantes con la mirada. Su cuerpo se relajó poco a poco.

—No te preocupes por los desperfectos, comandante —dijo al fin —. Estoy seguro de que no serán nada importante. Y ahora, si me dices qué deseas de mí, te diré cuál es mi precio y podremos empezar a hablar de un modo civilizado, si estás de acuerdo. Ésas son todas las disculpas que necesito.

Fléiter asintió, sonriente. Le costó trabajo reprimir el deseo de

retorcerle el pescuezo al comerciante.

Un par de horas más tarde habían llegado a un acuerdo sobre el precio. Tras eso, Epaydos empezó a hablar y no se detuvo hasta que todas las preguntas que tenía Fléiter obtuvieron respuesta. No siempre fue una respuesta satisfactoria, pero la realidad rara vez solía serlo.

Fléiter salió de la casa del comerciante al amanecer. Epaydos les había dicho todo cuanto sabía, estaba casi seguro; o al menos, todo lo que estaba dispuesto a decir a cambio del dinero de la Confederación. Suficiente, en cualquier caso, para los propósitos de Fléiter. Tendría que hacer algunas comprobaciones y quizá volviera al día siguiente a contrastar algunos datos, pero no creía que fuera a sacarle nada más de importancia.

Interesante, se dijo. Muy interesante.

El comerciante se había pasado el último mes buscando una mercancía muy precisa y nada fácil de conseguir en los últimos tiempos: embriones inmaduros de carneútiles, lo más inmaduros posible.

Algo que, desde lo ocurrido seis meses atrás, era poco menos que imposible de obtener. Los bosqueoscuros estaban sometidos a un control férreo por las distintas potencias, y el contrabando de embriones de carneútiles se castigaba a menudo con la pena de muerte. O con cosas peores.

Bajo control gubernamental, sólo podían recolectarse embriones en fechas y lugares concretos, siempre bajo supervisión y siempre asegurándose de que estuvieran cercanos a eclosionar.

Decía mucho a favor de Epaydos que se las hubiera apañado para conseguir una docena de ellos. Que no hubiera tardado más de hora y media en traicionar a su cliente también lo decía, en cierta retorcida manera. El comerciante era un superviviente nato, de esos que, en defensa de sus ideales, están dispuestos a dar hasta la vida… excluida ésta. Y si se las apañaba para obtener algún beneficio en el proceso, mucho mejor.

Aunque, siendo justos, Epaydos no había traicionado a nadie. Le había dado a Fléiter información útil, pero ningún nombre. Según afirmaba, porque él mismo lo desconocía. Aquello podía ser cierto o no, pero comprobarlo implicaba tomarse un tiempo del que no disponía y ejercer una presión sobre el comerciante que quizá no fuera recomendable si quería que Epaydos volviera a colaborar con él en el futuro. Al fin y al cabo, pese al traspiés inicial, había plantado las semillas y sabía que el comerciante podría serle útil de nuevo, si no lo

presionaba demasiado.

Doce embriones inmaduros. Tanto, que tenían que haber sido arrancados del árbol. Doce embriones que la eficaz red contratada por Epaydos se las había apañado para recolectar ante las mismísimas narices del ejército conjunto de la Confederación Occidental, los Pueblos del Pacto y el Martillo de Dios.

Doce embriones. Seis para Alboné. Otros seis para Honoi.

Fléiter contempló su bastón. Pensó en su padre. Lo maldijo una vez más y volvió a agradecerle el regalo que le había salvado la vida seis meses atrás.

Luego, sus pensamientos se dirigieron hacia otro lugar.

Ah, Yáxtor, se dijo. *Cómo te las apañas para estar siempre en medio de todo.*

Segunda Parte
Imarasu

Todo viaje tiene un primer paso.

—Marlev Shaspa

La noche antes de partir, Yáxtor soñó de nuevo con Ámber.

El lugar era el mismo. En el cielo, la noche seguía sin llegar. Y a lo lejos, medio oculta en la penumbra, una silueta los contemplaba en silencio.

Y sonreía. Yáxtor no sabía cómo, pero estaba seguro de que sonreía.

Ámber parecía extrañamente pálida. Preocupada. No rehuyó los torpes intentos de él por abrazarla. Cuando la besó, sus labios estaban fríos, casi helados.

—¿Qué pasa?

«Tienes que acabar con esto», dijo ella.

—¿Con qué?

Ámber no respondió. En lugar de eso, miró a su alrededor y Yáxtor vio cómo contenía un escalofrío.

«No estamos solos. Hay alguien más contigo.»

Yáxtor frunció el ceño.

—¿Conmigo? —preguntó extrañado.

«¿Con quién si no? Al fin y al cabo, mi amor, aquí siempre has estado tú solo.»

—¿Y tú?

«Yo no estoy aquí. Ya no, y lo sabes.» Lo miró a los ojos por primera vez y luego asintió en silencio, de forma casi solemne. «Esto eres tú. Todo esto eres tú. Incluso yo.» Sonrió. «Ah, mi monstruo, mi niño malcriado. Eres tú. Quién si no»

Yáxtor, en lugar de responder, miró a su alrededor. La figura entre las sombras parecía ahora más cercana y, sí, estaba sonriendo. Apenas había en ella rasgos que pudiera distinguir; todo cuanto la rodeaba era impreciso, vago, pero había… algo. Una voluntad. Un

deseo.

—Déjalo, no es asunto nuestro —dijo, sin embargo.

«¿De quién si no?»

—Da igual. Éste es nuestro momento, de los dos.

Ella negó con la cabeza.

«Sólo tuyo. Yo no estoy aquí.»

Yáxtor apartó sus palabras de un manotazo. Ella se encogió de hombros. Luego, volvió a mirarlo a los ojos y él sintió vértigo.

«Aprenderás. O no. Pero más vale que lo hagas.»

Él no respondió. Buscó de nuevo sus labios, pero en lugar de eso, se descubrió apoyando la cabeza contra su pecho. Ella acarició su pelo con manos heladas.

«Tienes cosas que hacer.»

—Nada importante —murmuró él—. No aquí. Ahora no.

«Pero tienes que hacerlas. Y tienes que tener la cabeza fría, en su sitio. No debes confundir una negativa con un ataque. No todo gira a tu alrededor, mi monstruo malcriado. El universo no se hizo para ti.»

Él alzó la cabeza. Ámber lo miraba desde un lugar lejano, tranquilo, alzada sobre un pedestal de imperturbabilidad. Había, pese a todo, algo en el fondo de los ojos; un destello de emoción que, sin embargo, no era más que un reflejo.

—¿Cómo puedes ser tan racional? —preguntó él.

«Fácil. Estoy muerta, ¿recuerdas?»

Despertó con esa última frase. Por la ventana se deslizaba un amanecer perezoso y lánguido y, más allá de ella, el mundo entero parecía estar saliendo de una pesadilla.

Se puso en pie y se miró en el espejo. Por primera vez en mucho tiempo, lo que vio en él no terminó de gustarle del todo.

Sin embargo, no le costó mucho apartar aquellos pensamientos molestos. Tenía otras cosas de las que ocuparse.

Estaba a punto de meterse en algo que no comprendía del todo en compañía de personas que no conocía bien. Y ni siquiera sabía por qué lo hacía, más allá del hecho evidente de que la Reina así lo deseaba.

Su pasado, aquellos recuerdos que había recuperado de manos del Número Dos de los Espectros, podía ser real o una patraña más, pero no importaba, se dijo. Era algo muerto. Era… historia. Un cuento. Interesante de repasar de vez en cuando, fascinante de recorrer en ocasiones. Pero no era más que algo que había pasado. A él o a otro Yáxtor; había veces en que no estaba seguro.

El presente era un amasijo de emociones contradictorias. Yáxtor no recordaba haberse sentido así antes. Sus emociones siempre habían estado claras: deseaba algo o necesitaba hacer algo; lo conseguía o no lo conseguía; reaccionaba con júbilo o con frustración. Eso era todo.

Las dudas no existían, no había vacilaciones: todo era claro y preciso. Cuando necesitó a Valquinia para cumplir su misión, no dudó en cambiar los deseos de aquella niña, de atarla a él sexualmente, de convertirla en una adicta a Yáxtor. Tampoco le había causado el menor problema hacer lo mismo con Yoranna; si acaso, un deleite algo mayor ante el desafío que representaba, ante el hecho de que la mujer nunca estaría domada del todo y siempre sería peligrosa.

Pero nada más. Todo había estado siempre claro. El camino que lo guiaba a través del mundo era preciso y sin ambigüedades. Existía para servir a la Reina cuando ésta lo necesitaba; para servirse a sí mismo cuando no. El resto no existía; o, de hacerlo, era irrelevante.

¿Lo era?

Recuperar sus recuerdos robados había sido decepcionante. No había sentido nada distinto en su interior, no había notado ningún cambio. Sí, allí estaban todas aquellas emociones, todo aquel dolor. Y allí estaba Ámber, de vuelta en su memoria; Ámber en sus sueños, llamándole monstruo y amándolo pese a todo.

Pero… nada más. Al menos hasta ahora. Al menos hasta el instante en que había lanzado sus mensajeros contra Dasaraki para atar el deseo de la mujer a su cuerpo y había fracasado. A partir de aquel momento, las cosas habían dejado de estar claras y no comprendía por qué.

Había intentado atarla a su voluntad y había fracasado. Ella se había dado cuenta y se había reído. El camino a partir de ese momento debería haber sido sencillo: contener la frustración, aguantar la rabia, esperar el momento oportuno y entonces obtener la satisfacción que deseaba. En algún momento del futuro, ella se descuidaría, le daría la espalda, dejaría un flanco al descubierto, le mostraría sus puntos vulnerables.

Yáxtor aprovecharía el momento. La haría suya, le haría pagar por su risa. Y luego… Bueno, luego ya no tendría ninguna importancia.

Así debería haber sido. Así intentaba convencerse de que seguía siendo. Pero había algo… distinto.

Por primera vez, el presente no estaba claro. Por primera vez tenía dudas. Por primera vez, cuando miraba a su alrededor o se escudriñaba a sí mismo, lo único que sentía con certeza era confusión.

¿Recuperar sus recuerdos sí lo había cambiado, después de todo? ¿O era otra cosa?

Lentamente, saboreando cada sílaba, dejó escapar un nombre en silencio: Renyokiru Mizuni.

Tan… Tan condenadamente serena, tan precisa en sus movimientos, tan…

Tomó aire.

Volvió a mirarse en el espejo. Sonrió ante las vetas de gris en su pelo, ante la sombra desconocida que había en sus ojos.

¿He cambiado?, se dijo. *¿Para parecerme a quién?*

No había Ámber alguna que le respondiese, pero no le resultaba muy difícil imaginar cuál habría sido su respuesta.

Salieron varias horas más tarde. Una docena de Intgze a caballo, medio centenar de soldados a pie, varios carromatos que, aparentemente, iban vacíos… y R'nendo, el trovador occidental, acompañado de sus carneútiles.

—¿Viene con nosotros? —le preguntó Yáxtor a Itasu.

—Eso parece —dijo ésta, mientras terminaba de subir a su caballo.

Yáxtor la imitó, aunque tuvo que reconocer que lo hizo con mucha menos gracia y fluidez que la mujer.

—El Hijo del Origen ha decidido que es hora de que alguien deje constancia de nuevo de cómo es el Jardín de la Memoria —siguió diciendo ella, mientras guiaba su cabalgadura hacia el inicio de la marcha—. Es algo que ya se ha hecho otras veces. Y quién mejor que R'nendo para que sea el encargado en esta época.

Sin detenerse a ver si Yáxtor la seguía, se situó al frente de los Intgze. No necesitó mirar hacia atrás para ver que él ocupaba el lugar que le correspondía como sedotadejochi, justo detrás de ella.

Aprende rápido, se dijo. Cosa que, pensó con una sonrisa, ya había demostrado la otra noche. Sin duda Yáxtor era un discípulo hábil y deseoso de aprender, y enseñarle se convertía con facilidad en algo tan placentero como natural.

Pero no le des la espalda. Algo que estaba haciendo precisamente en ese instante.

Con ese pensamiento, dio la orden de partida.

La comandante Renyokiru los esperaba a las puertas de la ciudad. Montaba una yegua tan serena como ella misma y parecía estar allí por pura coincidencia, como si su paseo matutino la hubiera llevado por casualidad a aquel lugar.

—¿Todo listo, Itasu?

—Todo listo, comandante.

Renyokiru situó su yegua junto al caballo de su capitana y luego siguieron la marcha.

Yáxtor no tardó en darse cuenta de que los carros no irían vacíos durante mucho tiempo. La comitiva se detenía cada poco. En algunos lugares escogidos y precisos en las ciudades y aldeas por las que pasaban, en ciertas posadas a la vera del camino, en solitarios cruces de caminos junto a los que se alzaban pequeños edificios redondos que nadie visitaba.

El ritual era siempre el mismo. Varios hombres de túnicas anaranjadas saludaban a la comitiva. La comandante intercambiaba algunas palabras con ellos y luego un grupo de soldados entraba en el edificio. Salían enseguida, cargados con varias cajas que procedían a depositar en uno de los carros.

Yáxtor vio que lo hacían con enorme cuidado, casi con reverencia. Aunque se moría de ganas de preguntar, se mantuvo en silencio.

Al atardecer, descansaron a un lado del camino. Dispusieron los carros en círculo, levantaron varias tiendas y encendieron una enorme hoguera en el centro del campamento.

A su alrededor fue como si las diferencias entre todos ellos desaparecieran. Soldados, Intgze o extranjeros, todos parecían iguales a la luz temblorosa de la las llamas. Hasta los carneútiles.

La cena fue ruidosa. Chismes, chistes y bromas corrían con casi tanta abundancia como la comida. Luego, empezó a circular el licor y, con él, las bromas subieron de tono; se intercambiaron miradas, se hicieron preguntas con un gesto que no tardaron en ser respondidas con otro. Las mujeres no eran más tímidas en sus avances que los hombres.

Sólo tres personas permanecían ajenas a todo aquello.

R'nendo, rodeado de sus carneútiles como si fueran una parte más de su cuerpo, comía y bebía en silencio. De vez en cuando asentía y sonreía, algo que tenía la consecuencia de volver más inquietante aún su rostro anguloso y ciego.

La comandante comió poco y bebió aún menos. Se sentaba en el suelo con la misma indiferencia con la que habría estado sentada en el salón más lujoso de un palacio. Apenas hablaba. Asentía de vez en cuando a algún comentario y, a veces, sonreía educadamente.

De algún modo, sin embargo, los dos parecían integrados en el grupo. Distintos del resto, por encima de ellos, tal vez, pero parte de la misma red de sutiles conexiones que se establecían al amor de la

lumbre.

Sólo él, Yáxtor, era el verdadero intruso. El auténtico extranjero.

Cuando despertó la mañana siguiente no recordaba haber soñado nada. Salió a un amanecer frío, se quitó de encima los últimos restos del sueño en un balde de agua casi helada y luego volvió a su tienda y terminó de vestirse.

Como sedotadejochi tenía derecho a una tienda individual. No demasiado grande, pero suficiente para sus necesidades.

Se acomodó la túnica, se ató las sandalias y se ciñó como pudo la amplia faja blanca alrededor de la cintura. Luego tomó la espada que le había regalado el Emperador y se la colocó como había visto hacer a otros Intgze.

La espada.

Era vieja, eso saltaba a la vista. Yáxtor no tenía ni idea de a quién había pertenecido, pero no se trataba de una espada ceremonial. Aquel arma había visto combates, había saboreado la muerte; el modo en que brillaba el metal negro de su hoja, la forma en que su filo, mil veces afilado, estaba lleno de ligerísimas melladuras, la manera en que su mano encajaba alrededor de la empuñadura… Aquella espada había tenido un dueño. Y ese dueño la había usado una y otra vez.

Pero había algo más.

Cada vez que Yáxtor agarraba la empuñadura sentía algo impreciso; una sensación que estaba a punto de resultarle familiar pero se desvanecía antes de poder identificarla.

Salió de la tienda y desayunó junto a un grupo de Intgze que lo contemplaban intrigados. La forma en que algunas mujeres lo miraban era más que evidente y, en otras ocasiones, a Yáxtor no le habría importado probar suerte con alguna de ellas. Insistía en decirse a sí mismo que lo que lo contenía ahora no era miedo al fracaso, sino simple prudencia.

Claro, qué otra cosa.

Seguramente, a aquellas alturas la historia del bárbaro que había salvado al Emperador ya se había extendido por una buena parte de Honoi, así que en aquellos momentos Yáxtor era lo más parecido que había en el grupo a una celebridad.

Bueno, no lo más parecido, se dijo. *Está R'nendo.*

Como invocado por el pensamiento, el trovador se acercó en aquel momento al lugar donde estaba Yáxtor. Como siempre, iba acompañado por uno de sus carneútiles, de aspecto andrógino y frágil; y, también como siempre, caminaba como si pudiera ver

perfectamente todo cuanto le rodeaba.

Se sentó al lado del adepto y bebió una taza de té junto a los rescoldos de la hoguera.

—Somos un grupo variopinto, sin duda.

Yáxtor lo miró, mientras encendía su pipa y tomaba una larga bocanada de humo. El trovador no parecía hablar con nadie en particular. Bebía su té y se tomaba su tiempo en saborear cada trago.

—Puede —dijo el adepto, al cabo de un rato.

—Hmmm. ¿El famoso laconismo albonense? —preguntó R'nendo con una sonrisa—. ¿O a estas alturas ya es el no menos famoso laconismo honoyés?

—Mi laconismo, en todo caso —dijo Yáxtor—. No precisamente famoso.

—Ah, pero te equivocas, adepto. En estos momentos eres una celebridad, al menos aquí. Lo bastante para ponerme celoso, si me preocupase por esas minucias. Echa un vistazo a tu alrededor. Observa cómo te miran, cómo están pendientes de tus gestos, cómo se quedan con cada palabra que dices. Un día podrán contarles a sus nietos que estuvieron con el bárbaro que le salvó la vida al Emperador.

—Pues no van a tener gran cosa que contar.

—Quizá sí, quizá no. El viaje no ha hecho más que empezar, después de todo. Pero, aunque fuera aburrido y rutinario, te aseguro que no lo será cuando ellos lo cuenten. Y lo mejor es que ni siquiera estarán mintiendo. Pase lo que pase, lo recordarán como algo extraordinario y digno de ser contado. Bueno, todo es digno de ser contado, al fin y al cabo, hasta el más trivial de los acontecimientos es extraordinario a su modo.

—¿Seguro?

—Me dedico a contar las cosas de forma que parezcan memorables. Así que sí; diría que todo.

Terminó el té y le pasó la taza vacía al carneútil, quien la guardó entre sus ropas. Se puso de pie y pisoteó el suelo, como si estuviera intentando entrar en calor.

—Ha sido un placer, adepto Brandan.

Yáxtor lo saludó con un gesto de la cabeza al que el trovador correspondió mientras se daba la vuelta y volvía a su tienda, seguido a un par de pasos por el carneútil.

Un tipo curioso, se dijo Yáxtor mientras terminaba la pipa. Luego, ocupado junto con los demás en desmontar el campamento, dejó de pensar en él. En cierto modo, dejó de pensar. Su cuerpo trabajaba, realizaba esta tarea o aquélla, de un modo tan ausente como eficaz, pero él no estaba allí.

Y, al mismo tiempo, lo estaba más de lo que lo había estado hasta aquel momento. Sin ser consciente de ello, sumergido de un

modo casi natural en una de las técnicas de observación más antiguas de los adeptos empíricos, estaba tomando nota de todo cuanto ocurría a su alrededor. Horas más tarde, recuperaría toda esa información y trataría de encontrarle sentido.

Los días siguientes no fueron muy distintos al primero. Cabalgaban casi al paso, lo bastante despacio para que los soldados a pie pudieran seguir su ritmo sin problemas. Se detenían de vez en cuando. Cargaban nuevas cajas en los carromatos.

La primera mañana, Itasu le habló un par de veces y él no se mostró demasiado comunicativo. Aunque había salido hacía rato de su trance de observación, aún veía el resto del mundo desde una cierta distancia.

La mujer reaccionó con confusión a las vagas respuestas de Yáxtor, luego se encogió de hombros y siguió a lo suyo.

Varios días más tarde, el anochecer los sorprendió en las faldas de una loma cubierta por un bosquecillo de coníferas. Un camino lo bastante ancho para que todos pudieran pasar se internaba en la espesura.

—Descansaremos aquí —le dijo Itasu—. Cruzaremos mañana.

Yáxtor asintió. Si sus cálculos eran correctos, estaban llegando a la costa sur de la isla. Seguramente, al día siguiente se harían a la mar para cruzar el estrecho que los separaba de Imarasu, la mayor de las islas del archipiélago. Y por lo que el adepto sabía, la menos poblada.

—Bien —dijo.

Ella lo contempló con interés y, por unos instantes, pareció a punto de añadir algo. Luego sonrió de aquella forma que Yáxtor estaba empezando a conocer —y, a regañadientes, a apreciar— y dio la orden de desmontar.

Odio los tiempos interesantes. Son una jodienda.

—Fléiter Praghem

El compromiso se anunció por la tarde, un día después de que la comitiva con rumbo hacia el Jardín de la Memoria hubiese partido.

En la corte no fue ninguna sorpresa. Al fin y al cabo, el Shono y el Primer Chambelán habían pasado buena parte de los últimos tres meses planeando aquello con el Regente albonense y el Adepto Empírico Supremo. Y por supuesto, el Coordinador de la Confederación Occidental había estado, casi todo aquel tiempo, observando entre bambalinas.

En la ciudad de Kyono-jo las reacciones fueron diversas. Como primera ciudad de Honoi, era también la más sometida a las influencias del resto de los Pueblos del Pacto y, desde la guerra, había ido creciendo una fuerte tendencia a acoger toda novedad extranjera como algo bueno y deseable. Muchos eran los honoyeses que vestían a la moda de Payné, que leían novelas de inacabables sagas familiares al estilo de Aidán o que acudían a conciertos de trovadores occidentales. Eran niños entusiasmados descubriendo juguetes nuevos y, para ellos, saber que la Reina de Alboné iba a casarse con el Hijo del Origen sólo podía ser motivo de regocijo.

Pero, a la vez, una corriente fuertemente tradicionalista había ido ganando adeptos con el tiempo. Eran una minoría, pero activa y muy ruidosa, y no podían estar más en desacuerdo con la idea de que una monarca extranjera pudiera ocupar el trono, aunque fuera como consorte, de Tairuname Isu doh Tairunabe.

La realidad, como sucede a menudo, discurría ajena tanto al entusiasmo como al rechazo. Para la mayoría de los habitantes de Honoi, todo aquello era algo que pasaba muy lejos de sus vidas, allá en la capital. Los grandes señores hacían y deshacían a su antojo, como habían hecho siempre, creaban alianzas y declaraban guerras y

el resto pagaba las guerras con su dinero o su sangre y, a veces, también las alianzas.

Así había sido siempre.

Mientras en Kyono-jo hubiera un Hijo del Origen ocupando el trono, los impuestos no fueran demasiado altos y el gobierno no se metiera en exceso en los asuntos de los demás, el resto podía soportarse.

Y, al fin y al cabo, si en esta vida no te iba como querías, siempre podías tener una segunda oportunidad en el Jardín de la Memoria, si eras afortunado.

Así que la noticia en realidad no alteró gran cosa la vida del país. Causó conmoción y alboroto en la capital y, en menor medida, en varias de las grandes ciudades. Pero el resto de Honoi siguió adelante con su vida y, como mucho, se preguntó cuánto iba a costarle los festejos de la boda imperial.

Para Arstin Penjándel fue un engorro más en una vida que se estaba empezando a llenar de ellos.

Coordinar a sus hombres con los Intgze fue más sencillo de lo que esperaba. Y, de hecho, los pocos problemas que hubo no fueron nunca culpa de los honoyeses, quienes en todo momento hicieron gala de una disciplina al borde de lo imposible y de un afán de colaboración que casi parecía sospechoso.

Pero no; Arstin no tardó en llegar a la conclusión de que, simplemente, eran buenos soldados. Los mejores, tal vez. Entregados por completo a su milicia y al líder al que seguían. Sin dudas ni vacilaciones.

Bastante más disciplinados que sus propios hombres, se decía.

Pero en todo momento se guardó mucho de que sus pensamientos pudieran traicionarlo.

Lo que veían sus soldados era un oficial serio y exigente, cuyo laconismo era igual a la hora de recompensar lo bien hecho que de castigar los errores. Distante pero no altanero.

Eso espero, al menos, se decía.

Fléiter se lo había explicado poco después de que ascendiera. Se había empeñado en que debían celebrarlo y lo había llevado al tugurio más extraño (y, en muchos aspectos, más extraordinario) de toda Lambodonas.

Vino, comida, carneútiles complacientes, espectáculos en los que era difícil decidir qué parte era sexo y cuál violencia…

Arstin había tratado de fingir indiferencia, de aparentar aplomo.

Fléiter, por supuesto, no se había dejado engañar un solo momento.

—Muchacho —le había dicho tras varias copas—, tienes que ajustarte mejor la máscara, o no llegarás muy lejos.

Arstin había fruncido el ceño, aunque en realidad comprendía perfectamente lo que el occidental le estaba diciendo.

—Tu máscara es tu protección. Tu disfraz debe ser tu fortaleza. Y tiene que ser lo bastante bueno para resistir cualquier examen.

—¿Como el tuyo?

—Como el mío.

¿Lo era? Esperaba que sí.

Al menos estaba razonablemente seguro de que engañaba a sus hombres. De que, con su actitud, conseguía transmitirles la confianza que necesitaban. Estaba allí, al mando, sabía lo que hacía y no era arbitrario.

El disfraz funcionaba. Su miedo al fracaso, su incertidumbre ante lo que ocurría, quedaban a salvo tras la máscara.

Al menos, se dijo de nuevo, para sus soldados.

¿Y para los honoyeses?

Tenía sus dudas. Confiaba en que su gestualidad fuera tan extraña para ellos como la suya lo era para él. Pero no estaba seguro. Y, a veces, temía que esa inseguridad traspasase el disfraz.

En la mayoría de las ocasiones estaba demasiado ocupado tratando de hacer que las cosas funcionasen para perder el tiempo en pensar en nada.

Aunque…

Ahí estaba su oficial subalterno, al fin y al cabo. Usaraki Arasume era un Intgze menudo de rostro cordial y maneras expansivas, y el principal motivo por el que su trabajo estaba resultando mucho más sencillo de lo que en principio había pensado. Tenía una forma sorprendente de conseguir que se hicieran las cosas sin molestar apenas a su comandante y sin que pareciera que hubieran supuesto un esfuerzo extraordinario. Resultaba difícil agradecerle su labor a un hombre que ejecutaba las tareas más extraordinarias como si tal cosa.

Usaraki miraba a su superior como si los pensamientos de Arstin estuvieran escritos en su frente. Y sin embargo, eso no le resultaba incómodo. Era inquietante, pero de una manera agradable y casi excitante.

¿Casi?, se preguntaba a sí mismo con una retranca que bien podría haber sido propia de Fléiter.

Generalmente no respondía a la pregunta. Se centraba en sus deberes diarios, orientaba su mente hacia el trabajo y no permitía que nada se interpusiera ante él.

Pero, a veces…

En Lambodonas, la reacción fue mucho menos visible. En apariencia, nada cambió con el anuncio del compromiso de la Reina. La vida siguió y los albonenses se limitaron a enarcar una ceja y encogerse de hombros antes de continuar con sus cosas.

La realidad, por supuesto, era bien distinta.

Fléiter Praghem contemplaba la capital albonense desde lo alto de la torre de atraque de los aerobajeles. Había subido hasta allí para encontrarse con uno de sus agentes, y lo que éste le había dicho no lo había dejado muy tranquilo.

Tenía que bajar, por supuesto. Debía internarse en las catacumbas bajo la torre, meterse en la guarida de los adeptos empíricos y contarle al Regente Velhas todo lo que había averiguado. Sus instrucciones al respecto eran precisas.

Y no podía apetecerle menos.

Lambodonas se extendía bajo él, iluminándose poco a poco con su propia luz a medida que caía la tarde y la noche se acercaba.

Era curioso el modo en que cambiaba entonces la ciudad. Todas lo hacían, por supuesto, pero ninguna otra manifestaba un contraste tan grande como Lambodonas entre su cara diurna y su rostro nocturno.

La dama se convierte en prostituta.

Un pensamiento que, por supuesto, era mejor guardarse para sí. Fléiter reconocía, aunque fuese a regañadientes, que los albonenses no estaban exentos de virtudes. Pero el sentido del humor hacía sí mismos no era una de ellas.

Salvo en el caso de Yáxtor.

Pero Yáxtor era, después de todo, una excepción en muchos sentidos.

La noche cayó por completo. Bajo él, la ciudad parecía una feria. Un carnaval. Un desafío lanzado a la oscuridad. A su alrededor, sin embargo, no había más que sombras. Y, con ellas, los ruidos que a la luz del día no le habrían incomodado se convertían heraldos inquietantes del miedo.

Sólo son sombras.

Pero ese «sólo» era más que suficiente para que Fléiter contuviera un escalofrío y apretase los dientes. Alzó la antorcha que llevaba en la mano, pronunció la palabra de ignición y dio media

vuelta mientras empezaba a chisporrotear y, al fin, se encendía una llama amarillenta y burlona.

Las sombras, inmóviles hasta ese momento, se convirtieron en algo esquivo que bailaba más allá de la luz de la antorcha.

Tonterías. Me estoy haciendo viejo.

Seguramente.

Empezó a descender. No tardó en llegar al pie de la Torre, y allí esperó junto a la pared. Sólo cuando estuvo completamente seguro de que no había nadie más a su alrededor se giró hacia una esquina y, mientras escupía contra la piedra, gruñó la palabra impronunciable que le servía de clave.

Su saliva descendió pared abajo. Su rastro se convirtió en una línea de luz y algo giró sobre sus goznes. La pared se hizo a un lado y Fléiter cruzó el umbral.

Un adepto empírico (un novicio, a juzgar por su edad) lo esperaba al otro lado.

—El Regente te espera —dijo.

Sí; seguro que sí, pensó Fléiter. Y si por él hubiera sido, podría haber seguido esperando unos cuantos años más.

Fingió no notar el tono de reproche del adepto y se limitó a decir:

—Guíame.

El joven dudó unos instantes. Luego dio media vuelta y, sin esperar a ver si Fléiter lo seguía, se internó en el oscuro pasillo.

—Praghem.

—Regente.

Sentados frente a frente en lo que no hacía mucho había sido el despacho de uno de ellos, los dos hombres se miraron en silencio.

—Parece que Qérlex le ha dado un toque… pintoresco al despacho del Adepto Supremo —dijo al fin Fléiter—. Me gusta.

Orston Velhas, Regente de Alboné, se encogió de hombros.

—Siempre es un placer contar con la aprobación de la Confederación Occidental —dijo.

—Bueno, Regente, conozco unos cuantos países que no estarían de acuerdo con lo que acabas de decir. Pero, al fin y al cabo, no soy más que un humilde funcionario al servicio de Washorya. Lejos de mi ánimo llevarte la contraria.

Velhas asintió, como si no fuera consciente del sarcasmo tras las palabras de Fléiter.

—No esperaba menos de ti —dijo.

De pronto se incorporó y caminó en dirección a una de las paredes. En ella había un enorme mapa de Érvinder. En aquel momento permanecía inactivo: no era más que una representación en relieve del mundo. Fléiter sabía que, con la palabra impronunciable adecuada, los mensajeros del mapa le mostrarían casi lo que quisiera y casi en tiempo real: migraciones de rumiantes, pasos de caravanas, situaciones de agentes…

Velhas permaneció largo rato contemplando el mapa. Luego, se volvió hacia Fléiter y espetó:

—¿Y bien?

Sí, se dijo Fléiter. «Y bien.» Sin duda estaban ante un «y bien». Y de los gordos.

—Bueno, Regente, las noticias son frescas y parecen malas —dijo—. Así que posiblemente sean ciertas.

Velhas volvió a sentarse.

—Alguien ha estado traficando con embriones inmaduros de carneútiles —siguió diciendo el agente occidental—. Los ha tratado con un cuidado enorme y les ha procurado las condiciones adecuadas para que permanezcan en buen estado y, sobre todo, que interrumpan su proceso de maduración todo el tiempo que sea necesario.

—Necesario, ¿para qué?

—Ojalá lo supiera. Pero sea lo que sea, tiene que ver con el reciente compromiso de la Reina y con el subsiguiente tratado con Honoi. La mitad de los embriones fueron embarcados rumbo a esta isla y la otra mitad al archipiélago de nuestros buenos amigos. No sé lo que planean hacer con esos embriones, pero parece claro que es algo que debe afectar tanto a Alboné como a Honoi. Y, si me permites que aventure una hipótesis, seguramente es algo que debe ocurrir al mismo tiempo en ambos lugares.

Velhas frunció el ceño.

—No parecen noticias muy frescas —dijo, al cabo de un rato—. No hay nada nuevo respecto a tu mensaje de hace tres días.

—Bueno, Regente, es cierto. No contamos con información adicional. Mis hombres intentan seguir el rastro a los cargamentos de embriones. Y, de momento, no están haciendo un mal trabajo. Al amanecer tendremos localizados a los que están aquí, en Lambodonas. Supuse que querrías saberlo y poner a trabajar a tus hombres en el asunto.

—Eso no es todo.

Fléiter tomó aire. Ahora venía la parte verdaderamente incómoda.

—No, Regente. No lo es. Tengo instrucciones de ofreceros toda mi colaboración en este asunto. Todos los recursos a mi disposición son vuestros. Toda la información con la que contamos os pertenece.

En estos momentos el Capítulo de Información de la Confederación Occidental se ha convertido, por así decir, en una rama de vuestros Adeptos Empíricos. Estamos a tus órdenes.

Velhas asintió, como si no hubiera esperado otra cosa. Fléiter contuvo una maldición.

Condenados albonenses.

Velhas lo miró. Por un instante, el Regente pareció a punto de sonreír.

Sobre ellos, la ciudad de Lambodonas se entregaba a una frenética actividad nocturna. Se cerraban tratos; se iniciaban intrigas; se mataba a gente, se la compraba y se la vendía. En los baños públicos se cruzaban apuestas. En otros lugares, hombres incapaces de hacerse con el control de sus vidas fingían por unas horas que estaban al mando; causaban dolor y recibían placer; ofrecían humillación a cambio de dinero.

Sobre la ciudad, el Palacio de la Reina permanecía en silencio.

El río Lambo se deslizaba perezosamente hacia el mar y las barcazas lo recorrían. Río arriba, río abajo, transportando hombres y mercancías, como mensajeros atareados en el torrente sanguíneo.

En alguna parte, alguien moría. En otra, suplicaba. En muchas, los jadeos y el placer ocultaban por unas horas frustraciones, soledades y mentiras.

Se ponían máscaras. Se arrancaban disfraces.

Vivimos atrapados en una red. Nos rodea por todas partes y, en cierto modo, nos permite ser lo que somos. Nunca pensamos en ella, igual que nunca pensamos en respirar. Sólo cuando hemos estado a punto de ahogarnos somos conscientes de lo dulce que es el sabor del aire.

¿Somos sus dueños o sus prisioneros? ¿La gobernamos o nos gobierna?

¿O ambas cosas son ciertas?

—Próxtor Brandan

Al principio, Yáxtor no comprendió lo que veía.

Desde lo alto de la loma contemplaba cómo ésta descendía hacia una planicie que, varios cientos de metros más allá, se encontraba con el mar.

Y con algo más.

Los mensajeros que había a su alrededor estaban especialmente activos. Casi revoltosos. Y, de algún modo, Yáxtor supo que aquello tenía algo que ver con lo que había en la orilla.

Sólo que… ¿Qué era?

Parecía un arco. Un aro, en realidad, parte de él enterrado en la arena.

¿Una… puerta?

Sintió que alguien se detenía a su lado. Se dio media vuelta y vio que Itasu lo contemplaba con una media sonrisa en el rostro.

—Utekaru —dijo la mujer.

Yáxtor repitió la palabra en voz baja.

Utekaru. «La puerta que comunica». Pero que comunicaba ¿con qué?

Itasu golpeó suavemente a su caballo con los talones y el animal inició el descenso. Tras unos instantes de vacilación, Yáxtor fue tras ella.

Una puerta.

Era enorme, comprendió Yáxtor a medida que se acercaban. Un gigantesco aro que desprendía un brillo metálico a luz de la mañana, con la superficie cubierta de ideogramas que, más que tallados sobre

él, parecían haber salido de su interior.

Ejércitos enteros podían pasar por allí, se dijo.

Pero pasar ¿adónde?

En realidad lo sabía, pero se negaba a aceptarlo.

No tardaron en llegar junto a la puerta. De cerca era incluso más imponente. Un arco gigantesco, un pórtico imposible. Yáxtor alzó la vista y su mirada se perdió en lo alto, intentando descifrar los ideogramas que lo cubrían.

—Utekaru —repitió Itasu.

Yáxtor parpadeó, como si volviera de un lugar lejano.

—¿Vamos a pasar a través de esto? —preguntó al fin.

La mujer asintió.

—Es el modo de cruzar entre cada isla. —Dudó unos instantes, como si no estuviera segura de qué contarle y qué no—. Imarasu… tiene ciertas peculiaridades y no es fácil llegar a ella. Utekaru fue puesto para que pudiéramos cruzar.

—¿Por quién?

Ella se encogió de hombros.

—La versión más extendida es que Tairunabe lo hizo surgir del suelo en su búsqueda del Jardín de la Memoria.

En silencio, Yáxtor hizo que su montura se acercase un poco más al arco. Había algo… No un sonido, pero sí el inicio de uno, el preludio de un zumbido lejano. El caballo se detuvo junto a la puerta y Yáxtor extendió la mano.

El metal estaba tibio. Cálido.

—Como el lugar del origen —dijo, volviendo hacia donde le esperaba Itasu.

—¿En Jarsarén? —preguntó ella.

Yáxtor asintió.

—Parece el mismo material. Metal y, al mismo tiempo, algo que no es metal. Maquinaria pero, de algún modo…

—Viva.

—Quizá.

Itasu sonrió.

—Y está lleno de… hermanitos —dijo Yáxtor tras unos instantes de duda—. De mensajeros. Como si salieran de la puerta. Como si ella los produjera.

—Tu percepción está bien afinada, Yakisetoru.

Estaba a punto de añadir algo más, pero en aquel momento, el resto de la expedición, con Renyokiru a la cabeza, los alcanzó.

—Pasaremos ahora —dijo la comandante—. Cubriréis nuestras espaldas.

El modo en que había pronunciado las palabras y la forma en que Itasu se inclinó al oírlas le dijeron a Yáxtor que sin duda aquello

era parte de un antiguo ritual. Tras unos instantes de vacilación, el adepto imitó a Itasu y fue recompensado por un distante brillo de diversión en los ojos de Renyokiru. Sin saber por qué («ah, pero lo sabes, claro que lo sabes, mi monstruo», dijo una voz dentro de él), aquello le produjo un estremecimiento de placer.

Con un gesto de la cabeza, Itasu le indicó que permaneciera donde estaba. Luego, ella dirigió su montura al otro extremo del portal. Situados de ese modo, dejaron que la expedición se situara en el espacio que se abría entre los dos.

Cuando estuvo segura de que todos ocupaban su lugar, Renyokiru alzó la vista. Apretó los dientes, arrugó la frente y, muy despacio, como si el esfuerzo resultara agotador, pronunció una palabra impronunciable.

Uno de los ideogramas grabados en el arco resplandeció débilmente, respondiendo de ese modo a la palabra. La comandante tomó aire y pronunció otra. Y otra. Y otra más, hasta que nueve palabras impronunciables salieron de sus labios y nueve ideogramas resplandecían en la superficie del arco.

No eran palabras que Yáxtor conociera, pero tampoco lo había esperado. Había ciertas palabras impronunciables universales, capaces de activar los mensajeros en cualquier lugar y en cualquier momento. Pero sabía bien que otras eran específicas de cada zona, o incluso de cada individuo.

Cuando el último de los nueve ideogramas empezó a resplandecer, el zumbido que Yáxtor había estado a punto de oír se convirtió en el algo claro y preciso. No un zumbido, comprendió de repente, sino un tañido, como si alguien golpeara una campana a lo lejos.

El aire en el interior del portal tembló, acompasado al ritmo del sonido. Pareció oscurecerse unos instantes y luego empezó a brillar.

A través del portal ya no se distinguía el otro lado: al mirar, lo único que Yáxtor pudo ver fue un túnel. Brillaba y, al mismo tiempo, parecía acechado por la oscuridad.

A una señal de Renyokiru, la expedición empezó a moverse. Uno tras otro se internaron en el túnel y a los pocos pasos dejaron de ser visibles, como si hubieran desaparecido del mundo.

Itasu y él esperaron a que él último de los Intgze hubiera pasado. Luego, casi a la vez, se acercaron al umbral de la puerta. Ella lo contempló de nuevo con aquella media sonrisa burlona y dirigió su montura hacia el arco. Sin dudar, Yáxtor la imitó.

Junto a él, Itasu era una figura pálida y fantasmal que parecía moverse sólo cuando Yáxtor no miraba. No había continuidad entre cada uno de sus movimientos. La veía con la cabeza ligeramente ladeada, las manos en las riendas, la mandíbula apretada y, al momento siguiente, la cabeza había recuperado su verticalidad, las manos habían variado ligeramente su posición y su mandíbula se relajaba. Pero entre una posición y la otra no había habido transición alguna.

Cuadros. Cuadros puestos en secuencia. Como una linterna cinética que no pudiera alcanzar la velocidad suficiente para crear la ilusión de movimiento.

Más allá de la mujer, la expedición era un manchón claro que se perdía en la distancia.

A su alrededor no había más que oscuridad.

No; ni siquiera eso.

A su alrededor no había nada. Estaban fuera del mundo, atrapados entre un paso y el siguiente.

Aunque…

Se volvió con la sensación nítida y precisa de que alguien lo acechaba. Pero no había nadie. No había nada.

Miró al frente de nuevo. Itasu estaba medio agachada, como si hablase con su caballo.

Y otra vez sintió que alguien acechaba a sus espaldas. Casi pudo verlo por el rabillo del ojo. Una figura menuda de aire regio y andares orgullosos. Un…

Nada. No había nada.

Su montura seguía recorriendo aquel camino en mitad de un lugar que no existía. Itasu aún se movía como si permaneciera inmóvil. El resto del grupo se difuminaba en la distancia. Y alguien… No, nadie; no había nadie.

Maldita sea, muéstrate.

Estuvo a punto de oír una risa burlona, pero fue sólo un eco, un fantasma lejano.

Con una mano en las riendas y la otra en la empuñadura de la espada siguió avanzando. Itasu alzó de pronto la vista, y a Yáxtor le pareció que sonreía.

Su caballo avanzó un poco más.

Y, de pronto, el mundo entero regresó a él: sonidos, olores, luz.

Miró a sus espaldas y vio el portal por el que acababa de salir: una boca negra ribeteada de metal. La oscuridad tembló. Por un instante, Yáxtor creyó ver en ella a alguien que lo contemplaba de forma burlona. Luego, la ilusión se quebró y lo único que había en el perímetro del portal era aire. Más allá se divisaba la costa y, a lo lejos, la isla que acababan de dejar.

—Un buen tránsito —oyó a sus espaldas.

Se volvió. Itasu lo contemplaba, pensativa.

—Un buen tránsito —repitió—. No siempre son tan tranquilos.

Yáxtor asintió, como si comprendiese realmente de qué estaba hablando.

Un tránsito, había dicho ella. Como cruzar un portal abierto por mensajeros. Sólo que cuando hacías eso, saltabas de un lado al otro del mundo sin que el tiempo transcurriese. Dabas un paso y estabas en Alboné; cuando dabas el siguiente te encontrabas en Wahrang.

Esto había sido distinto. Y, al mismo tiempo…

—¿Seguimos? —dijo ella.

Yáxtor asintió. Echó un último vistazo al portal, ahora inactivo, y le indicó el camino a su montura.

La isla en la que ahora se encontraban se llamaba Imarasu y era tan distinta a la que acababan de dejar como dos territorios tan cercanos podían serlo.

El aire, a pesar de la cercanía del mar, estaba reseco, polvoriento. Y el paisaje que se extendía a su alrededor no podía ser más desolado.

Recorrían una amplia carretera medio invadida por el polvo, y a los lados del camino no había más que una planicie interminable interrumpida, aquí y allá, por algún que otro arbusto y un par de árboles retorcidos de aspecto decrépito.

A lo lejos le pareció distinguir lo que, tal vez, podían ser unas montañas.

Pero no era eso lo que ahora mismo inquietaba a Yáxtor.

Apenas había mensajeros en el aire, y éstos parecían agotados, al borde de sus fuerzas. Gastados.

Se dio cuenta de que Itasu lo contemplaba de vez en cuando y no tardó en comprender que la mujer esperaba sus preguntas. Un orgullo terco que él mismo encontró estúpido le hizo continuar en silencio, sin embargo.

Aún no, se dijo. Todavía no. Habría tiempo para preguntar más adelante. De momento, observaría y trataría de sacar sus propias conclusiones.

De pronto, a lo lejos, divisó algo. Una nube de polvo, tal vez. ¿Una tormenta? O quizá un grupo que se les acercaba.

No tardó en comprobar que la última opción era la correcta.

Media docena de jinetes uniformados, dirigidos por un individuo de gesto adusto y ademanes bruscos, casi amenazadores.

Sus ropas habían visto tiempos mejores… hacía mucho. Las

monturas parecían cansadas, derrotadas, pero no tanto como los hombres que las montaban.

La comitiva se detuvo a un gesto de su dirigente y esperaron a que el grupo de Yáxtor se les acercara.

Itasu no tardó en adelantarse y Yáxtor la acompañó. Renyokiru había detenido la expedición y esperaba con paciencia a sus dos lugartenientes.

—¿Darume? —preguntó Itasu.

Renyokiru asintió.

—Eso parece, a juzgar por sus uniformes. —Algo brilló en sus ojos. Desagrado y, al mismo tiempo, resignación—. Por lo que queda de ellos, al menos. Encárgate, Itasu. Yakisetoru, acompáñala.

La mujer no se hizo de rogar. Yáxtor dudó unos segundos, inclinó la cabeza y luego siguió a Itasu en dirección al grupo que los esperaba.

—Dasaraki Itasu, tadejochi de los Intgze Carmesí. En el Cortejo de la Memoria, bajo el mando de Renyokiru Mizuni.

El jefe de los recién llegados respondió con un asentimiento seco a las palabras de Itasu.

—Hadeyumi Iromaro —dijo—. Udotadejochi de Darume. No sabíamos que el Hijo del Origen había iniciado el tránsito. Sed bienvenidos. Lo dispondremos todo.

—*Ashita* —respondió Itasu—. Muy honrados.

—*Ashita nagai*. El honor es nuestro.

Sin esperar respuesta, volvió a calarse el casco que se había quitado y dio una orden a sus hombres. Estos, desganados, descoordinados, dieron media vuelta. Pronto, el grupo no era más que una nube de polvo que se alejaba de ellos.

—¿Quiénes son? —preguntó Yáxtor.

Itasu reprimió una sonrisa. «Ah, ¿así que ahora sí quieres la información que puedo darte?», parecían decir sus ojos.

—La guarnición de Darume. Una fortaleza cercana. Seguramente la veremos al anochecer.

—No parecían en muy buen estado.

—Tú tampoco lo estarías si te hubieran destinado a Imarasu. Que te envíen aquí no suele ser una recompensa por los servicios prestados.

Yáxtor asintió.

—¿Una prisión? —aventuró.

Itasu pareció complacida por su perspicacia.

—Toda la isla, en realidad. No una sola prisión, sino muchas. Y los guardianes son tan cautivos como los prisioneros, de hecho. Pocos salen de Imarasu cuando son enviados aquí.

—¿Tampoco nosotros? —preguntó Yáxtor con un deje socarrón.

Sin embargo, ella no respondió a su chanza.

—Ya veremos —dijo—. Nunca se sabe.

En efecto, al caer la noche vieron la fortaleza que Itasu le había indicado. Entre ellos y las montañas, ahora más cercanas, había una construcción de aspecto macizo y robusto. Muros altos y fuertes (aunque Yáxtor se dio cuenta de que no estaban en muy buen estado) y, en el centro del perímetro, una alta torre.

—Khynai —murmuró.

Itasu lo miró, interrogante.

—He conocido alguna prisión khynaina —dijo Yáxtor—. Con cierto grado de… intimidad, podríamos decir.

No Mo Lou, recordó, donde Tsun Zune había tratado de quebrarlo. Donde Valquinia había sacrificado su belleza (y seguramente su cordura) para que él escapara. Donde Mashrun lo había confundido con su padre y se había negado a hablarle de su pasado.

En silencio, Itasu contemplaba a Yáxtor mientras todos aquellos pensamientos pasaban por la cabeza del adepto.

—Debió de ser una experiencia interesante —dijo, al cabo de un rato.

—Podría vivir sin repetirla —respondió Yáxtor—. Pero si hay que hacerlo… —Se encogió de hombros.

—No creo que la comandante quiera entrar en Darume. Acamparemos cerca. Por la mañana recogeremos nuestro cargamento y seguiremos con el viaje.

Yáxtor asintió.

—Así que los criminales también tienen derecho al Jardín de la Memoria —dijo.

—Claro —respondió ella. Parecía sorprendida—. Nadie lo pierde, haya hecho lo que haya hecho. Al fin y al cabo, ya pagan por sus crímenes en esta vida. No tendría sentido castigarlos también en la siguiente.

—Claro —repitió Yáxtor.

No somos más que una tregua inestable entre una multitud de pequeñas personalidades contradictorias. La ilusión que llamamos «yo» no es otra cosa que un equilibrio precario que cambia continuamente, un cúmulo de alianzas, contraalianzas y traiciones que no se están quietas jamás.

Cuando contemplamos eso desde la suficiente distancia puede parecer que hay una única persona al mando, igual que la superficie pulida de una mesa nos parece un solo objeto continuo hasta que nos acercamos lo suficiente.

¿Cuál es la realidad? ¿La ilusión de unicidad que produce la distancia? ¿La amalgama continuamente cambiante que nos muestra la cercanía?

¿Las dos?

¿Ninguna?

—Tairuname Isu doh Tairunabe

Para R'nendo, el mundo tenía la forma de una red. Una red complicada y llena de ramificaciones que, a veces, no parecía tener ningún sentido.

Los demás lo llamaban ciego.

En realidad veía demasiado. Oía demasiado. Su mundo estaba tan lleno de imágenes, sonidos, sabores, olores y sensaciones que a veces la cabeza estaba a punto de estallarle.

Tenía, al fin y al cabo, cinco cuerpos perfectamente afinados cuyas percepciones le pertenecían.

Podía asistir desde cinco puntos distintos a la misma escena, contemplarla desde todos los ángulos posibles.

¿Le daba eso una visión más clara?

A veces pensaba que no. Otras, que demasiado.

A su alrededor todo estaba entrelazado, conectado. En ocasiones de una forma compleja, retorcida; otras, de un modo tan directo que R'nendo se preguntaba cómo era posible que los demás no lo vieran.

El vínculo de Yáxtor con Dasaraki Itasu, por ejemplo. La mujer se sentía atraída por el adepto y, al mismo tiempo, insistía en mantener una distancia vigilante. En cuanto a él, su atracción no era menor, pero estaba teñida por un rencor sordo y controlado que dirigía todos sus actos hacia ella.

¿Y Renyokiru?

La conexión con las personas bajo su mando era directa, clara, palpable, al igual que la de los Intgze con su comandante. Había un hilo especial entre Renyokiru e Itasu, eso era obvio, pero R'nendo no era capaz de discernir cuál era su naturaleza. ¿Madre e hija? ¿Hermanas? ¿Amantes? ¿Todo ello, tal vez?

Y luego había un hilo extraño. Débil… No; no débil exactamente, sino… discreto. Apenas perceptible, indeciso. Aparecía y desaparecía. Aunque, en realidad, siempre estaba allí aunque no pudiera verlo. Había una conexión que iba de Renyokiru a Yáxtor y R'nendo tampoco estaba seguro de en qué consistía. En cuanto a Yáxtor… Sí; el hilo que los conectaba a ambos fluía en dos direcciones, aunque sospechaba que el adepto ni siquiera era consciente de él.

A su alrededor, el campamento se iba desplegando. Los Intgze montaban las tiendas en silencio y con eficacia, y sus carneútiles echaban una mano allí donde sentían que era necesario. Los Intgze los contemplaban con curiosidad, en algunos casos con desconfianza.

Un lugar extraño aquél. Había un bosqueoscuro. Había mensajeros en el aire. Pero no había el menor rastro de carneútiles. Durante algún tiempo, aquel enigma le había resultado inquietante y, a medida que poco a poco iba descubriendo su significado, R'nendo no se sentía mejor.

¿Cómo habían llegado a aquel estado? ¿Y por qué?

En el centro del anillo de tiendas, alguien encendió una hoguera. Las llamas chisporrotearon. Hombres y mujeres se sentaron a su alrededor. Manos dispuestas empezaron a preparar la cena.

Sólo cuando la comida estuvo lista, R'nendo se incorporó y echó a andar hacia donde estaban los demás. Como siempre, la reacción fue de sorpresa.

No estoy ciego, estuvo a punto de decir. Veo mejor de lo que vosotros veréis jamás.

Pero guardó silencio y se sentó en el lugar que acababan de dejarle libre.

—¿Qué estás haciendo?

Yáxtor no la había oído llegar. Se había pasado los últimos minutos sentado en lo alto de una pequeña loma a un lado del campamento, fumando y contemplando la prisión que había a unos cientos de metros.

Se giró muy despacio.

Renyokiru había subido por el otro lado de la loma y ahora

permanecía quieta a tras él.

—Miro —dijo Yáxtor.

Con las manos metidas en las amplias mangas de su túnica, la comandante asintió como si de verdad la respuesta del adepto hubiera tenido algún sentido y fuera algo más que una chanza vacía.

—¿Qué estás haciendo con mi capitana? —insistió.

Su voz no era hostil ni apremiante. Se limitaba a preguntar, en el mismo tono que podría haber querido saber qué hora era o qué tiempo hacía.

Yáxtor aspiró una bocanada de humo. Miró de nuevo hacia la prisión. Tan parecida a No Mo Lou… Pero no era eso lo que había estado pensando antes de que Renyokiru le interrumpiese.

—Ya sabes lo que hacemos —dijo al fin.

—Sé lo que hacéis. Todo el campamento lo sabe. Seguramente hasta los presos de Darume lo saben. No te he preguntado eso.

Yáxtor tomó aire de nuevo. Con un gesto de la mano le indicó a Renyokiru que tomase asiento a su lado, seguro de que la mujer rehusaría. Para su sorpresa, ella inclinó la cabeza, avanzó un par de pasos y, con dos movimientos fluidos, se sentó junto a él.

Una mujer sorprendente, se dijo el adepto. Todo aquel maldito país era sorprendente a su manera, pero ella era lo más extraordinario de todo. ¿Cómo hacía para mantener la calma? ¿Cómo se las apañaba para que sus movimientos fueran tan precisos? Y sobre todo, ¿cómo se arreglaba para que todo aquello pareciera natural, inevitable?

Quizá porque lo es, se dijo. *Tal vez porque realmente se siente así.*

Abandonó aquellos pensamientos y pensó en la pregunta de Renyokiru.

Sí, ¿qué estaba haciendo con Itasu?

Satisfacer sus deseos, obviamente.

¿Y qué más?

Esperar.

¿A qué?

A que llegase el momento adecuado.

Alzó la vista. La luna salía en aquel momento. El momento adecuado, se dijo. ¿Era eso lo que estaba haciendo, esperar el momento adecuado para… qué? La respuesta, que habría tenido que ser sencilla, inmediata, se negaba a acudir, sin embargo.

Renyokiru lo miraba. Parecía pedirle algo con la vista. Yáxtor, sin entender, frunció el ceño. Ella hizo un gesto y el adepto comprendió de repente. Le alargó la pipa y ella la tomó con sus delicadas manos. Manos pequeñas, casi de niña. Manos suaves, hechas para acariciar. Yáxtor contuvo sus pensamientos y clavó la vista al frente mientras ella aspiraba el humo de la pipa y luego lo dejaba salir con parsimonia. Dos lentas caladas, tres y le devolvió la pipa al

adepto.

Luego, ella también clavó la vista al frente.

—No te voy a permitir que la destruyas —dijo, al cabo de un rato.

Yáxtor se volvió y la miró, sorprendido. Abrió la boca, se lo pensó mejor y decidió que no merecía la pena protestar. Le costó toda su fuerza no apartar la mirada de los ojos de Renyokiru, asaltado por la sensación nítida e inequívoca de que no se le escapaba ni uno solo de sus pensamientos. Y, sin embargo, la sensación no era del todo incómoda.

Me ve, se dijo. *Me ve como soy, sin engaños. Pero no me juzga.*

Sintió un dolor desconocido, casi delicioso.

—Seguro que comprendes por qué —dijo ella—. No eres ningún estúpido. No quiero ganarme tu enemistad. Y no quiero verme forzada a entregarle tu cadáver a tu reina. Pero no voy a permitir que hagas lo que estás planeando.

¿De verdad estoy planeando algo?

Lo pensó. Había salido de la tienda de Itasu demasiado despierto. Cansado, relajado en muchos aspectos, pero con los sentidos demasiado alertas para tumbarse en su esterilla y dormir. Había deambulado sin rumbo fijo; luego, al ver la loma, se había dirigido hacia allá y se había pasado el tiempo mirando hacia la prisión.

Pero no pensando en ella.

Entonces ¿en qué había estado pensando?

No lo recordaba. No por completo. Había dejado libres sus pensamientos. ¿Y adónde habían ido estos?

A lugares oscuros.

Pero que eran suyos, si hacía caso del fantasma de Ámber en sus sueños.

Sí; había estado planeando algo. No sólo aquella noche, sino desde antes. Desde el momento mismo en que se había encontrado a solas con Itasu por primera vez y sus mensajeros no habían sido suficiente para seducirla. Desde el instante en que había visto la expresión de sorpresa en el rostro de la mujer y el brillo de diversión que había asomado después a sus ojos.

Había estado planeando desde entonces.

¿El qué?

La respuesta volvió a esquivarle una vez más.

Miró a Renyokiru. Su rostro seguía en calma. En paz. Y al mirarla, Yáxtor sentía algo extraño; algo que, de algún modo incomprensible, había echado de menos todos aquellos años.

La comandante era una mujer peligrosa. La había visto luchar contra los oruntarui. Era rápida, eficaz, letal. Si en aquel momento hubiera querido acabar con la vida de Yáxtor, éste sabía que tenía

pocas probabilidades de impedirlo. Estaban, por lo menos, igualados en reflejos. Y ella lo sobrepasaba en habilidad. Pero no lo parecía. Lo que estaba proyectando en aquellos momentos no era peligro. No había ninguna amenaza allí. Sólo calma y expectación.

—¿Qué quieres? —preguntó Yáxtor de pronto.

Lentamente, ella se giró y lo miró.

—Quiero que sigas vivo para servir a tu reina. Y que Itasu salga de esto sin ningún daño. —Se encogió de hombros—. Sin ninguno, más allá de los normales que se producen cuando dos personas se dejan llevar por el deseo.

¿Qué podía decirle a eso? Sabía que, racionalmente, ella tenía razón. Era lo correcto. Al fin y al cabo, Itasu no le había hecho nada, más allá de reaccionar con sorpresa y humor ante algo que no se había esperado. Sin embargo… el animal dañino, malcriado y acostumbrado a salirse con la suya que había dentro de él no tenía ningún interés en ser ecuánime, ni mucho menos racional. Había sido ridiculizado. Y no lo permitiría. Así que, ¿qué podía responder a Renyokiru?

¿Y por qué debería responderle nada? ¿Qué importaba lo que ella pensase de él, al fin y al cabo?

Oyó una risa lejana, casi socarrona. Una mujer junto a un pozo. Una noche que no terminaba nunca de llegar.

—Mientras dure esta misión eres mi comandante —dijo, al cabo de un rato. Hablaba despacio, como si le costase articular las palabras —. Los demás Intgze son mis compañeros. No haré nada que ponga en peligro eso.

—Mientras dure la misión —repitió ella.

Yáxtor asintió.

Renyokiru se puso en pie. Al contemplarla desde abajo, Yáxtor notó un nudo en su garganta y se sintió estúpido, infantil.

—Buenas noches —dijo ella.

Él no respondió. Incapaz de moverse, la vio marchar, y sintió que, con cada paso que daba ella, algo se estaba escapando de su vida.

El animal rabioso, por primera vez en varios días, no reaccionó.

R’nendo lo sintió al día siguiente, nada más despertar.

La naturaleza del lazo que unía a Renyokiru con Yáxtor era distinta. Se había fortalecido por ambas partes y, al mismo tiempo, había cambiado con respecto al día anterior.

Se preguntó qué habría pasado.

Se encogió de hombros y se sentó a desayunar en un lugar en el que no molestase mientras los Intgze desmontaban el campamento.

Casi habían terminado cuando vieron venir hacia ellos un grupo

proveniente de la fortaleza. Era el mismo destacamento que el día anterior. Traían con ellos un carro.

R'nendo no necesitaba mirar para saber lo que había en él. Pequeñas esferas cuidadosamente empaquetadas, cada una de ellas con los recuerdos de un individuo almacenados en su interior. Lo que llevaban aquellas esferas eran vidas completas. Personas. Fantasmas, tal vez.

Los Intgze ayudaron a traspasar el contenido del carro a sus propios carromatos. Yáxtor, como uno más, colaboró en la tarea. Itasu, cerca de él, le echaba una mano. A veces, se detenían, se miraban y sonreían.

Se gustaban.

Pero ella seguía sin fiarse de él.

Y él aún estaba lleno de rencor hacia ella.

Según todas la apariencias, los carneútiles piensan, aman y sufren igual que lo hacemos los humanos. «Sólo parecen hacerlo», se suele decir. Sin embargo, eso es lo más que podemos decir de cualquiera que no seamos nosotros: nuestra esposa sólo parece amarnos cuando nos da placer, nuestro hijo sólo parece sufrir cuando se golpea, nuestro consejero sólo parece pensar cuando se enfrasca en su trabajo. Así pues, ¿con qué seguridad somos capaces de afirmar que los carneútiles «sólo» parecen sentir y pensar?

Son, desde cualquier punto de vista que importe, como nosotros.

Su única carencia es la de la voluntad.

Y sin embargo, a veces nos preguntamos si eso es cierto. Si sólo parecen carecer de voluntad por pura comparación. Si mañana desapareciéramos del mundo, ¿encontrarían tal vez los carneútiles eso de lo que ahora creemos que carecen? ¿Serían capaces de crear su propia civilización, sus propias reglas, podrían convertirse en los dueños de sus propias vidas?

Nunca lo sabremos. Mientras estemos aquí, eso será imposible. Y, cuando no estemos, no nos importará lo que ocurra.

—La Reina de Alboné en su decimoquinta encarnación

Había momentos en los que Dasarume Togoichi, primer chambelán del Emperador de Honoi, querría haber nacido campesino y no tener que preocuparse de nada más que de las lluvias, los vientos y los diezmos.

Lo cual, por supuesto, no era cierto. Los Dasarume habían servido al Hijo del Origen desde tiempos inmemoriales y Togoichi no habría cambiado su linaje por el de ningún otro habitante de Honoi.

Sin embargo, a veces...

Tener que nadar entre dos aguas, mantener su país altivo e independiente y, al mismo tiempo, contemporizar con sus aliados ya era bastante malo. Podía hacer frente a la tarea; al fin y al cabo, para eso habían sido educados los chambelanes de la familia Dasarume: para capear el temporal en el exterior y cuidar de que en el interior las cosas se mantuvieran inmóviles. Era una segunda naturaleza para ellos; a veces, Togoichi se decía que, en realidad, era su primera naturaleza. Y la única.

Pero lo menos que podía pedir un buen chambelán mientras se esforzaba en mantener en equilibrio media docena de platos cuyas vueltas no siempre dependían de su voluntad era que en el interior de Honoi las cosas se desarrollasen como debían y los acontecimientos no

se inmiscuyeran en su trabajo más de lo necesario.

El reciente compromiso del Emperador con la Reina de Alboné amenazaba con volver su tarea casi imposible.

Por suerte, sólo casi.

Los aspectos a tratar eran prácticamente interminables. Si en algo estaban de acuerdo ambas partes era en que los dos países debían continuar independientes, aunque compartieran un gobernante común.

Ni siquiera eso, en realidad. La Reina de Alboné no sería más que una consorte del Emperador, igual que éste lo sería de ella. Cada uno de los monarcas seguiría gobernando en su territorio y, más allá de establecer ciertas normas de política exterior común, ambos países seguirían caminos separados. Las burocracias de los dos países seguirían siendo entes distintos y, aparte de establecer ciertos protocolos para el mejor entendimiento entre ellas, nada más cambiaría. Ejércitos y milicias seguirían siendo de cada nación, por más que los intercambios temporales de mandos entre unos y otros pudieran permitirse. A todos los efectos, cada nación se comportaría como lo harían sus monarcas: dos personas distintas, separadas, cada una con sus propias obligaciones y con un territorio común sobre el que construir algo duradero.

Fácil de decir, pero no tanto de llevar a la práctica.

Casi imposible. Pero, se decía de nuevo Togoichi, sólo casi, por suerte.

Podía lidiar con ello. Había sido educado para lidiar con ello. Desde el momento mismo en que los occidentales habían hecho estallar la Bomba de Malas Noticias en Kyono-jo, todos habían comprendido que los tiempos de aislamiento habían terminado para siempre; que Honoi no podía seguir siendo el orgulloso e impasible bastión que hacía y deshacía su propia política y no tenía en cuenta a los demás, como no fuera para gobernar sobre ellos.

Estaban condenados a entenderse con el resto del mundo. A pactar. A buscar aliados. Su padre lo había comprendido enseguida, y el resto de la corte lo comprendió a su vez. Y el adolescente concienzudo y serio que era Togoichi en aquella época no había tardado mucho en entenderlo.

Si Honoi quería sobrevivir y preservar lo que era, debía cambiar. Debía hacerlo lo suficiente para no ser destruida por el mundo, y no tanto que acabara desapareciendo en él.

Desde aquel momento, toda su vida había ido encaminada a eso; a preservar lo irrenunciable del país que amaba mientras cambiaba todo lo demás.

El matrimonio que acababa de convenirse era el paso definitivo en ese camino.

Y debía haber sido el último.

Pero, de algún modo, Togoichi había sabido siempre que estaba lejos de serlo.

Y sabía también quién era el responsable de poner obstáculos en el camino, de hacer que la embarcación zozobrase.

Habían pasado más de cien años desde que los shonoi habían perdido el poder que una vez detentaran. Cien años desde que los Intgze, al grito de «¡sólo el emperador!», habían alzado al país en armas y le habían devuelto el poder al Hijo del Origen.

Pero cien años no era nada. Aunque, para algunos, era demasiado.

El Shono se había integrado en el gobierno del Emperador como uno de los principales consejeros y, durante aquel tiempo, los distintos shonoi habían actuado como súbditos leales.

Actuado, se repetía Togoichi.

¿Habría tomado el anterior emperador las decisiones equivocadas que lo acabaron llevando a alinearse en el bando perdedor en la pasada guerra de no haber sido por el Shono Toga Rafune, sus palabras melifluas, su sonrisa servil y sus ademanes obsequiosos?

Quizá sí, reconocía Togoichi para sí mismo. Pero, sin duda, el Shono se lo había puesto fácil al Hijo del Origen. Lo había ayudado a llegar al lugar donde quería tenerlo y, para cuando el comando occidental irrumpió en la capital, poco antes de lanzar la bomba, el Emperador era virtualmente un prisionero de su corte.

No de todos, pensaba Togoichi con orgullo. Su padre no se había rendido, no había caído bajo el embrujo del Shono, no había cedido.

Sólo que aquello, por sí mismo no había sido suficiente.

Alzó la vista y, por unos instantes, no estuvo seguro de en qué parte del palacio se encontraba. Alarmado, se detuvo, y se preguntó cómo había llegado a aquel extremo. Él no se perdía en el palacio; lo conocía desde niño como la palma de su mano. ¿Tan perturbadores habían sido sus pensamientos que lo habían lanzado a un lugar desconocido?

Tomó aire y trató de serenarse. Mentalmente, recitó el viejo código familiar y, poco a poco, encontró el centro de su serenidad.

Sí; ahora reconocía dónde estaba. Debía tomar el pasillo de la izquierda, subir las escaleras espirales y se encontraría frente al cuarto del capitán extranjero. Penjándel.

Siguió su camino, tratando de no pensar.

—Gracias por venir, chambelán.

Arstin Penjándel se encontraba incómodo en presencia del alto funcionario honoyés y no hacía grandes esfuerzos por ocultarlo. Aquello le gustó a Togoichi. Un hombre sencillo y directo que cumplía sus órdenes y no albergaba planes tortuosos. Ojalá otros fueran como él.

—Sé que no me habrías llamado por una fruslería, capitán —dijo—. Estoy seguro de que tus actuales responsabilidades te mantienen lo bastante ocupado para no perder el tiempo en charlas intrascendentes. Como comandante de nuestras fuerzas unificadas, tendrás trabajo de sobra, puedo figurármelo.

Arstin sonrió con tristeza.

—Así es, chambelán. Pero estoy olvidando las más elementales normas de la cortesía. Siéntate, por favor.

Togoichi agradeció el ofrecimiento del capitán con una inclinación de cabeza y tomó asiento mientras Arstin hacía lo propio.

—He recibido una comunicación de Alboné. No son buenas noticias. —Dudó unos instantes—. En realidad no tengo muy claro qué tipo de noticias son, pero en cualquier caso son importantes.

—Y afectan a nuestros dos países, o no me habrías llamado.

—En efecto. De hecho, el Regente Velhas me ordenó que te pusiera al tanto lo antes posible.

—Pues hagamos entonces que su orden se cumpla, capitán.

Aliviado ante el comportamiento de Togoichi, Arstin se puso un poco más cómodo en su asiento (no demasiado, era un soldado y estaba acostumbrado a no bajar la guardia) y empezó a relatarle lo que el Regente le había contado unas horas atrás.

A medida que el joven capitán proseguía con su historia, a Togoichi le costaba más mantener la calma. Nada se hizo evidente en su rostro, pero era como si sus peores temores se estuvieran convirtiendo en realidad frente a él.

—¿Y dices que la mitad de los frutos han sido enviados a Honoi?

—Así es. No sabemos para qué pueden ser usados, pero...

—Yo sí lo sé. Y creo que tu Regente lo sospecha. Hasta podría aventurar de quién sospecha. —Se llevó la mano a la barbilla y se acarició la larga perilla trenzada—. Tzaru-Velhas es un hombre inteligente, sin duda. En lugar de hacer que tú me contases lo que él creía, ha preferido que lo descubriera por mí mismo.

Arstin volvió a parecer incómodo.

—Me temo que no lo entiendo.

—En estos momentos, no es tu misión entender nada, capitán. Eres un mensajero, y me atrevo a añadir que uno bueno, y la comprensión no era un requisito para que tu mensaje fuera transmitido con fidelidad. Espero que mis palabras no te ofendan.

Arstin negó con la cabeza mientras Togoichi se ponía de pie. El capitán lo imitó.

—Dile a tu Regente que he comprendido el mensaje, que soy consciente de lo peligrosa que es la situación y que tomaremos nuestras medidas desde aquí, igual que esperamos que él tome las suyas en Alboné. Ojalá Renyokiru no estuviera ausente. Nos vendría bien en esta situación —añadió en voz baja tras una pausa reflexiva. Alzó la vista y sonrió—. Dile a tzaru-Velhas que he comprendido lo que sospecha y que no me opongo a que tome las medidas que considere necesarias. Pero, por favor, que sea discreto.

Confuso, Arstin asintió.

—Así lo haré, chambelán.

—Ha sido una charla fructífera, capitán Penjándel. Y, aunque habría preferido que fuera innecesaria, me alegro de haberla tenido. Mañana, seguramente, serás convocado a un consejo. Buenos días.

Sin esperar respuesta, Togoichi se fue, dejando tras de sí a un perplejo Arstin que no paraba de preguntarse qué demonios pasaba.

Así que era eso, se decía algo más tarde el chambelán, a solas en sus aposentos.

Un plan tosco y carente de sutileza. Pero que podía funcionar, y eso era cuanto importaba. Al fin y al cabo eso era lo único que habían respetado los Toga durante su larga y turbulenta historia: el éxito. El éxito redimía, limpiaba, lo volvía todo correcto, hacía desaparecer traiciones y cambiaba la historia.

Y Toga Toshune, como buen hijo de su padre, no se resignaba a ser una figura de importancia menor a la sombra del emperador. Si no podía manipularlo como había hecho su padre (y sin duda Toshune no había tardado en darse cuenta de que el próximo emperador no iba a ser un juguete dócil en sus manos), lo sustituiría por uno que sí estuviera bajo su control.

Carneútiles.

Qué adecuado nombre.

Nacidos en los bosqueoscuros, eclosionaban en manos humanas y se convertían en todo cuanto su dueño deseaba. Los occidentales habían seguido el camino más fácil y los habían convertido en criados, en esclavos con inteligencia pero sin voluntad, en medias personas que vivían para satisfacer los deseos de sus amos.

Togoichi siempre había encontrado más elegante la solución honoyesa. Sí; los carneútiles existían para estar al servicio de los humanos, sin la menor duda, pero no como criados, como

complacientes esclavos o habilidosos juguetes sexuales.

Eran, al fin y al cabo, herramientas. Y en eso los habían convertido siglos de paciente manipulación.

Sonrió.

Herramientas... y algo más. Algo mucho más útil, allá en el sur, en Utarasu. Receptáculos, canales, amplificadores.

Para los extranjeros, Honoi era un misterioso lugar en el que no había el menor indicio de carneútiles.

Pero estaban allí, por supuesto, donde debían estar.

Ah, Toshune, se dijo, haciendo que sus pensamientos volvieran a lo que le había contado el capitán. Toshune, fascinado por las invenciones occidentales mientras fingía encontrarlas repugnantes. Toshune, ambicioso y demasiado convencido de su propia inteligencia. Toshune, que sabía muy bien, por propia experiencia, cómo funcionaba el vínculo entre un hombre y el fruto a punto de eclosionar de los bosqueoscuros. Toshune, que un día había roto su espada frente a sus hermanos de armas y, sin pestañear, había regresado a Kyono-jo, indiferente al vínculo que acababa de destrozar, sordo al murmullo de incredulidad de sus compañeros.

Ni un momento de vacilación, ni una mueca de dolor, ni un instante de pena. Había lanzado los restos desmadejados de su espada a lo lejos, se había encogido de hombros y había abandonado Utarasu, como si todo aquello no fuera con él.

Sí; él siempre había sabido lo peligroso que era Toshune, lo mucho que estaba dispuesto a sacrificar por su ambición.

Y tenía que reconocer que era un buen plan. Podía tener éxito, al fin y al cabo. Y entonces, un carneútil se sentaría en el trono de Honoi y otro en el de Alboné. Y sería la voluntad de Toshune la que dirigiría sus actos.

Orston Velhas lo había desentrañado enseguida, y había confiado en que Togoichi hiciera lo propio.

No le defraudaría.

Tras su entrevista con el chambelán, Arstin no fue capaz de seguir concentrándose en su trabajo. Lo intentó, pero no tardó en descubrir que era inútil.

Asomado a la ventana, contempló el extraño jardín de rocas y arena que había bajo ella. Trató de sujetar sus pensamientos, pero había algo en aquel vacío que, de alguna forma, sintonizaba con su mente, se acoplaba a ella y la dirigía hacia lugares en los que prefería no estar.

O, quizá, en los que querría estar pero no se atrevía.

Se apartó de la ventana y se sentó de nuevo. Tomó un fajo de papeles que esperaban su revisión y, con media maldición, volvió a dejarlos sobre la mesa.

Se incorporó, se armó y abandonó la habitación.

No le costó mucho dar con el jardín. Descubrió que había senderos en él. Caminos apenas trazados en los que casi no reparabas hasta que estabas sobre ellos. Empezó a seguir uno. Dejó a un lado un grupo de rocas que parecían huevos de dragón y ascendió una pequeña loma.

Al llegar a lo alto se encontró a un hombre acuclillado a la orilla del pequeño lago que había al otro lado.

Inmóvil, Arstin se entregó a la contemplación de cuanto le rodeaba. Y, especialmente, del hombre en cuclillas. Usaraki solía ser un torbellino de eficacia y actividad, y verlo ahora totalmente inmóvil resultaba extraño, no del todo correcto. ¿En qué estaba pensando, qué pasaba por su cabeza mientras se perdía en la contemplación de aquel vacío?

Arstin suspiró, sintió un picor en la nariz y, al llevarse allí la mano, descubrió que estaba sangrando.

Muy despacio, sacó un pañuelo y se limpió. La hemorragia cesó enseguida.

De pronto, Usaraki se volvió y, al ver a su comandante, sonrió como si encontrarse allí fuera lo más natural del mundo.

—Lo siento —dijo Arstin, mientras guardaba el pañuelo—. No pretendía entrometerme.

—No lo haces, comandante —respondió Usaraki—. El jardín del vacío no es de mi propiedad. Nos pertenece a todos.

Hablaba en voz baja, y lo hacía con calma.

Indeciso, Arstin dio un paso en su dirección. Su subalterno asintió mientras se incorporaba.

—Un lugar extraño —dijo Arstin cuando llegó a la orilla del lago —. Tan vacío… pero lleno.

—¿Lleno de qué, comandante?

—No lo sé. De lo que traemos con nosotros, tal vez.

Usaraki asintió de nuevo.

—El jardín del vacío es un recipiente —dijo—. Podemos poner en él lo que queramos. Y cuando salgamos de él, todo lo que hayamos puesto se quedará aquí. A salvo.

—¿A salvo?

Usaraki se encogió de hombros y sonrió.

—Todo lo a salvo que puede estar algo en este mundo fugaz. A salvo de ojos y oídos indiscretos. A salvo de nuestro propio pensamiento, que a veces nos traiciona.

Arstin notó la boca repentinamente seca. Se le formó un puño en la boca del estómago y sintió que algo tiraba de él.

—¿Tan transparente soy? —consiguió decir. Le costó hasta la última brizna de autocontrol que la voz no le temblara.

—Para nada, comandante. Tu rostro es a menudo una puerta cerrada. Tal vez demasiado.

¿Y ahora qué?

—¿Y ahora qué? —dijo en voz alta.

Usaraki alzó los brazos. Miró a su alrededor.

—Todo. O nada. Depende.

—¿De qué?

—De ti. De mí. Del resto del mundo, como siempre.

Hemos creado un mundo de bolsillo, un lugar apartado del resto de Érvinder. Un sumidero, una cloaca adonde hemos arrojado la basura y no hemos vuelto a pensar en ella.

Un día, la basura rebosará y nos ahogará a todos.

—El Shono Toga Kaira

«¿Dónde estás, mi monstruo, mi amor? ¿Dónde?»

La voz era un sonsonete molesto en lo más hondo de su cabeza. No tardó en comprender que no hacerle caso era inútil y que seguiría allí, martilleando las mismas palabras una y otra vez, hasta que abriera los ojos. Una cabezonería infantil, sin embargo, le hacía resistirse.

¿Y por qué no? Se estaba tan bien allí... O lo habría estado de no haber sido por la voz.

«No. No es cierto. ¿Dónde estás? Reacciona, mi niño malcriado. No te sobre el tiempo. Dime, ¿dónde estás?»

Así que, finalmente, se rindió y abrió los ojos.

Sólo entonces se dio cuenta de que no sentía su hombro derecho y de que se encontraba tumbado contra un suelo irregular y pedregoso. La luz que llegaba a sus ojos era tenue, casi indecisa, y una brisa fría empezaba a soplar.

Muy despacio, empezó a incorporarse. Miró hacia lo alto.

Se encontraba en el fondo de un empinado barranco y, por lo que parecía, estaba amaneciendo. Se tocó el hombro derecho, aún insensible, y la hinchazón que notó le dijo cuanto necesitaba saber.

Abrió y cerró la mano derecha varias veces. Al hacerlo, notó una molestia lejana.

No estaba roto y, por lo que parecía, sus mensajeros se estaban ocupando rápidamente del golpe.

Asintió y volvió a mirar hacia arriba.

Sí; había caído desde allí, sin la menor duda. Había bajado dando tumbos todo el camino, buscando algún asidero que frenara su descenso. No había tenido mucho éxito.

Una buena caída, se dijo.

Pero, ¿desde dónde?

Se sentó y, al hacerlo, se dio cuenta de que la vaina que pendía a su costado izquierdo estaba vacía. Miró a su alrededor, convencido de que sería inútil y, de pronto, un brillo llamó su atención. A un par de metros, medio oculta tras una roca, encontró la espada. No parecía haber sufrido ningún daño por la caída.

Al tomarla por la empuñadura sintió algo extraño. Algo que era casi familiar, al mismo tiempo.

Meneó la cabeza y miró hacia arriba de nuevo. El sol empezaba a salir entre dos picos lejanos.

Los acontecimientos estaban confusos, pero sabía que no tardarían en aclararse. Tomó aire y lo sintió, como siempre, lleno de aquellos rebeldes mensajeros que poblaban Honoi. Por un instante se sorprendió; en Imarasu apenas había mensajeros, no en cantidades suficientes para serle útiles a nadie. Y luego recordó que, a medida que se habían ido adentrando en las montañas el día anterior, la concentración de hermanitos había ido aumentando hasta niveles casi normales.

Bueno, no puedo quedarme aquí toda la vida.

Flexionó el hombro derecho, que comenzaba a hormiguearle de un modo familiar. Sí; estaba recuperado. Lo suficiente, al menos.

Despacio, vigilando cada movimiento, empezó a ascender por la empinada ladera. Poco a poco, a medida que se acostumbraba a aquel ritmo cansino, dejó de pensar en lo que hacía y permitió que su cuerpo tomara sus propias decisiones.

Con la vista clavada en lo alto, sopesando el terreno con las manos y afianzándose a él con los pies, siguió ascendiendo mientras, paso a paso, su memoria iba volviéndose cada vez más nítida.

Los días habían transcurrido con tranquilidad, en medio de una cómoda monotonía que tenía algo de hipnótico.

De día seguían el camino que los llevaba cada vez más al sur de Imarasu. A veces, al atardecer, se detenían cerca de alguna prisión y esperaban a que los vigías notasen su presencia. A veces enviaban a alguien; otras, no. Invariablemente, a la mañana siguiente, se les acercaba un grupo de jinetes y les traspasaban su carga: docenas de esferas.

Vidas. Memorias. Fantasmas.

Itasu le habló de ello una noche, tras una sesión de sexo sorprendentemente tranquila.

—Todo honoyés tiene derecho a grabar su memoria cuando siente la muerte cercana, o dejar las disposiciones adecuadas en su testamento para que alguien la grabe cuando fallezca. —Se encogió de hombros—. No siempre es posible. Y no todos quieren, pero sí los suficientes.

—Los suficientes, ¿para qué? —preguntó Yáxtor.

Se sentía a gusto, relajado, sin preocupaciones. La mujer apoyada en su pecho no era en aquellos momentos un enemigo, una presa a batir, un desafío a conquistar.

Yáxtor sabía que aquello no duraría mucho, pero en aquel momento no le preocupaba demasiado.

Mañana, se dijo, mañana pensaría en ello.

—Los suficientes —repitió Itasu—. Almacenan sus recuerdos, guardan todo cuanto son, cuanto han sido: sus miedos, sus deseos, sus esperanzas, sus fantasías, todo lo que les hizo ser lo que eran mientras estaban con vida. Su misma esencia, en realidad. Tenemos una palabra para eso: Node. Vosotros la traducís como «memoria», pero en realidad es mucho más que la simple acumulación de unos recuerdos. Todo eso queda grabado en las esferas de memoria, que son almacenadas durante años.

Yáxtor asintió.

—Y cuando hay un cambio de emperador, se las recoge —dijo.

Sintió cómo Itasu sonreía contra su pecho.

—Así es. Las recogemos. Llevamos con nosotros la memoria del anterior Hijo del Origen, la trasladamos a Ioh Node, el Jardín de la Memoria. Y por el camino recogemos las de los demás.

—¿Y cuando llegan al jardín?

—Allí les aguarda su segunda vida.

—¿Cómo?

Ella lo miró, sonriente.

—Ya lo verás.

Yáxtor frunció el ceño. Estuvo a punto de insistir, pero cambió de idea en el último momento. Se encontraba demasiado a gusto, así que se dejó llevar y, poco después, los dos dormían.

Unos días más tarde, el camino empezó a desviarse hacia el oeste, y no tardaron en divisar las montañas.

—Nos detendremos unos días en la cima —le dijo Itasu—. Descansaremos en la Torre Media.

Yáxtor había asentido sin tener claro a qué se refería, aunque supuso que era algún tipo de fortaleza. Tal vez la primera prisión que se había construido en la isla. Lo descubriría sobre la marcha, como muchas otras cosas.

Pese a sí mismo, le gustaba aquel país y aquellas personas. Su sentido de la disciplina era digno de un adepto empírico. Su devoción

por la causa a la que servían no tenía nada que envidiar a la suya propia. Y le gustaba su pulcritud, el modo minimalista en que se movían, como si temieran malgastar movimientos.

Las noches con Itasu eran cada vez más gratas, a medida que Yáxtor aprendía todo aquello que nunca había necesitado saber hasta entonces. La mujer era una criatura sin inhibiciones, concienciada para disfrutar el momento y no pensar en el futuro, capaz de un abandono que, si bien Yáxtor había logrado en otras parejas gracias a la influencia de sus mensajeros, jamás había experimentado de forma voluntaria.

Jamás, no, se decía a veces. *Hubo un tiempo*...

Pero aquellos pensamientos no pertenecían a la vigilia, sino al sueño. Y allí debían quedarse.

Era consciente de que Itasu desconfiaba de él con la misma intensidad con que lo deseaba. Y lo cierto es que Yáxtor no podía culparla por ello.

Hace bien, pensaba a veces.

Pese a todo, el rencor no se disipaba. No del todo. Incluso en medio del placer, abandonado al puro disfrute de sus percepciones, no podía dejar de pensar en ello, de sentirse rebajado por todo lo que ocurría. Se había convertido en un aprendiz, ya no era el maestro. Y era ella quien lo guiaba y le mostraba sus errores y cómo corregirlos.

Aprendía. Pero no era agradecimiento lo que sentía hacia su maestra.

Y sin embargo...

Pero eso pertenecía al sueño, se decía de nuevo. Y allí se quedaría.

Iniciaron el ascenso a las montañas por un camino estrecho pero bien cuidado por el que avanzaban sin demasiadas dificultades.

Al segundo día de ascenso, Yáxtor pudo ver el lugar al que se dirigían: una fortaleza redonda de paredes blancas. Supuso que llegarían al día siguiente, a media mañana, quizá a la hora de comer.

Y luego, cuando estaban a punto de detenerse y establecer el campamento...

Seguía ascendiendo, sin pensar, concentrado en sus recuerdos.

Una mano buscando un lugar seguro, los dedos engarfiados, el pie del lado contrario firmemente asentado y empujando hacia arriba.

Su cuerpo, como una maquinaria bien engrasada, lo dirigía hacia arriba, y él le dejaba hacer.

Pensaba en lo ocurrido antes de la caída.

Pero también en otras cosas.

En Itasu, cuyo cuerpo delicioso era a veces el cuerpo del enemigo, la huella de su derrota.

En Renyokiru, en el modo tranquilo y pausado en que se movía, en la forma en que sus ojos parecían conocerlo mejor que él mismo, en cómo su cuerpo había sido un torbellino mortal en la sala del trono que, sin embargo, no había perdido nunca la calma o la elegancia, como si no hubiera excusa en ningún momento para la vulgaridad.

En Ámber, confinada en sus sueños.

En la Ámber que había conocido cuando no era más que un adolescente, una acólita de las Adeptas de la Curación, siempre con el asomo secreto de una risa incomprensible en los ojos, tranquila, manteniendo las distancias sin que eso supusiera una amenaza, rindiéndose a sus avances sin que aquello hubiera sido una derrota. Capaz de verlo como era y hacerle sentir que estaba bien que fuera así, que no había nada malo en él; o que, si lo había, no importaba.

En la que había visto en la casa de sus padres, muerta, balanceándose colgada de sus propias tripas mientras el hijo de los dos, cortado en finas tiras, se asaba en la chimenea familiar.

En la que volvía como un fantasma y le decía todo lo que no quería oír. Todo lo que necesitaba oír.

Y, mientras tanto, seguía ascendiendo.

Sin pensar, sin detenerse, sin tomar decisión alguna. Las decisiones allí eran inútiles; peor aún, podían ser peligrosas. No había tiempo para calcular, pensar o dudar, sólo para seguir adelante, subiendo siempre, buscando una cima que no sabía lo lejos que podía estar.

Tampoco le importaba.

Su mente, libre de la tediosa tarea del ascenso, volvía de nuevo a lo ocurrido en el camino.

Habían caído sobre ellos de repente, saliendo de mil sitios. Totalmente en silencio, se habían materializado de la nada y, antes de que alguien se diese cuenta de lo que pasaba, los habían rodeado.

Yáxtor, la espada desenvainada, se había puesto espalda contra espalda con Itasu en un gesto instintivo que los dos realizaron como si llevaran años practicándolo.

Eran muchos, pensó Yáxtor. Demasiados. Era imposible que cupieran en aquel camino estrecho.

Tenía que ser un engaño, una ilusión.

Lanzó sus mensajeros frente a él, mientras murmuraba una

palabra incomprensible. A su alrededor, los Intgze tomaban posiciones y se preparaban para defender el cargamento.

Cuando sus mensajeros estuvieron en posición, Yáxtor murmuró una segunda palabra impronunciable. Al instante, los mensajeros inflamaron el aire en una llamarada tan brillante como fugaz y Yáxtor pudo ver con claridad a qué se enfrentaban.

Y, por un instante, prefirió no haberlo visto.

A la intensa luz de sus mensajeros era como si sus atacantes no estuvieran del todo allí. Como si caminaran indecisos entre dos mundos. Había algo esquivo en ellos, algo que no era del todo correcto en la forma en que se movían.

Y eran tantos que llenaban todos los huecos posibles. Más, incluso.

El resplandor de sus mensajeros murió y volvieron a la penumbra del atardecer.

Sus atacantes seguían acercándose y, de pronto, Yáxtor comprendió que ocurría algo raro. Renyokiru no estaba inquieta por lo que ocurría. Cierto que nunca la había visto inquieta, pero la mujer actuaba como si hubiera esperado que pasase exactamente lo que estaba pasando en aquel preciso momento.

Yáxtor frunció el ceño. ¿Qué era aquello? ¿Alguna especie de ritual? ¿Se estaba comportando como un tonto al desenvainar la espada y prepararse para un ataque?

Renyokiru dio dos pasos en dirección a las figuras que se les acercaban y luego recitó unas palabras que sus mensajeros no pudieron traducirle. Aquello no era honoyés, o al menos no de la clase que Yáxtor conocía.

La reacción de los recién llegados fue lo más extraño de todo. Empezaron a reírse. Un rugido gutural y burlón que salía de unas gargantas que no parecían estar allí del todo. Como si la risa les viniera de lejos, de otra parte, y encontrara en ellos un foco.

Y por primera vez, Yáxtor vio preocupada a Renyokiru. No había esperado aquella respuesta, eso estaba claro.

La vio guardar sus manos en las amplias mangas de su vestido y tomar aire una, dos veces. Los desconocidos seguían acercándose.

Y, de pronto, a una velocidad de vértigo, Renyokiru saltó, cruzó el aire como un proyectil dirigido hacia el cielo, aterrizó sobre uno de los carros, sacó algo de él y lo lanzó hacia donde estaban Yáxtor e Itasu.

—¡Protegedlo! —gritó mientras saltaba del carro. Luego, desenvainó sus dos espadas cortas y cargó contra aquellas criaturas.

El resto de los Intgze cargó junto a ella.

Yáxtor e Itasu se miraron. Ella sujetaba en sus manos lo que le había lanzado su comandante: una pequeña esfera negra y brillante.

Yáxtor comprendió enseguida: era la memoria del difunto emperador.

—Tenemos que...

Pero antes de que la mujer pudiera terminar lo que estaba diciendo, algo cargó contra ellos. Fue como si surgiera del suelo, como si, de hecho, una parte misma del suelo saltara sobre ellos y los empujara hacia el borde del camino.

Yáxtor afirmó sus pies e Itasu hizo otro tanto, pero resultó inútil. Algo más saltó del suelo y los empujó. Y algo más. Y algo más. Algo que los contemplaba con ojos burlones y cuya fuerza era incontenible.

Y, de pronto, Yáxtor había sentido que no había suelo contra el que afianzarse y que lo único que podía hacer era caer.

Itasu lo miró, incrédula, un segundo antes de que ella misma empezase a caer también, sin soltar la esfera negra que le había entregado su comandante.

Yáxtor sintió que su hombro derecho golpeaba contra algo duro y crujía. Luego, todo su cuerpo golpeó contra una superficie resbaladiza y terrosa. Trató de ponerse en pie, pero fue inútil.

Rebotando como una piedra lanzada por un niño, Yáxtor cayó.

De pronto, su mano encontró una superficie plana, horizontal, y Yáxtor volvió al presente.

Miró hacia lo alto. Calculó, por la posición del sol, que llevaba poco más de media hora ascendiendo. Cerró los ojos, inspiró profundamente y examinó su cuerpo. Sí, un descanso no le vendría mal.

Tomó asiento en aquel saliente, apoyó la espalda contra la ladera y contempló lo que le rodeaba.

El sol medio iluminaba un grupo de cañadas en penumbra y cañones sombríos coronados por picos afilados y viejos.

Malévolos, pensó.

Tonterías, se dijo. *Estás cansado e imaginas cosas.*

Pero el pensamiento no se iba.

Había sido toda una caída. Comprendió que era un milagro que siguiese con vida. La pendiente había sido suficientemente empinada para que no pudiera detenerse, y al mismo tiempo no lo bastante abrupta para matarlo. Una posibilidad entre... Qué importaba. Estaba vivo y, con cada bocanada, sentía cómo la vida volvía a su cuerpo, cómo sus mensajeros extraían el cansancio de sus músculos y sus articulaciones, cómo...

Se detuvo.

Sentía algo más.

Algo nuevo ante lo que casi no pudo contener la risa.

¡No era posible!

Pero sí; allí estaban. Entrando en su cuerpo con cada bocanada. Los mensajeros honoyeses, mezclados con los suyos propios. Indómitos todavía, con algo que si no era voluntad propia se le parecía mucho. Pero, de algún modo, ya no se le resistían de la misma manera que antes, como si algo los hubiera convencido de que era mejor colaborar.

¿Qué había pasado?

Mentalmente, volvió sobre sus pasos, desenrolló hacia atrás los acontecimientos de la última media hora. Poco a poco, empezó a comprender.

Mientras ascendía, había dejado que su cuerpo y sus mensajeros se ocupasen de todo. Había renunciado a cualquier control consciente sobre sí mismo y su entorno. En cierto modo, se había rendido en la lucha que había mantenido con los mensajeros honoyeses desde que había llegado al país. Sin darse cuenta, había dejado de pelear por controlarlos.

Y de ese modo había conseguido lo que a su voluntad se le había negado en todo aquel tiempo.

Sonrió.

No los controlaba. No exactamente. No como controlaba los mensajeros de su propio cuerpo o como había controlado, en otras partes, los que poblaban el aire. No se trataba de control sino de otra cosa.

De momento sería suficiente.

No sabía qué le esperaba en lo alto, pero en aquel momento no le importaba. Fuera lo que fuese, podría hacerle frente.

Bien, ya había descansado bastante; era tiempo de seguir...

Oyó algo a su derecha que lo hizo detenerse.

Tierra deslizándose, seguramente, se dijo. Una piedra golpeando contra otra, tal vez.

Sin embargo, no siguió su ascenso.

Lo oyó de nuevo.

¿Un animal?

No; era un sonido inequívocamente humano, comprendió. Y se dio cuenta de que lo había sabido desde el principio.

¿Una trampa?

Lo dudaba.

Despacio, echó a andar hacia el lugar del que había venido el sonido, mientras éste se repetía, ahora un poco más claro. Un gemido. Alguien que trataba de... No sabía muy bien de qué, pero parecía estar en apuros.

Yáxtor trató de no pensar en la delirante posibilidad que se

acababa de abrir paso a través de su mente y siguió avanzando con cuidado por el saliente.

El gemido se repetía. Y estaba cada vez más cerca.

No tardó en verla. A unos pocos pasos por delante de él, y a poco más de un metro por debajo.

Itasu.

Agarrada con una mano a un arbusto que se iba desarraigando poco a poco y con la otra sujetando todavía la esfera negra que Renyokiru le había arrojado.

Itasu.

Mil pensamientos pasaron por su mente. No tenía más que dar media vuelta y el destino de la mujer estaría sellado. El arbusto no tardaría en ceder y la caída que la esperaba sería mucho más directa y mortal que la que había sufrido Yáxtor. O podía acercarse y acelerar un poco el curso de las cosas. O simplemente quedarse allí mirando cómo todo ocurría, disfrutando de cada segundo de lucha inútil, hasta que la mujer se despeñase barranco abajo.

No tenía nada mejor que hacer, al fin y al cabo. O tal vez sí.

Era un adepto empírico. Un siervo de la Reina de Alboné. Y por órdenes de su monarca, un Intgze a las órdenes de la comandante Renyokiru. A sus pies había una camarada en apuros. Y su deber era ayudarla.

Sin embargo, si no lo hacía, ¿quién se iba a enterar?

Nadie lo sabría. Ni su Reina ni su comandante. Ni la propia Itasu, demasiado ocupada en aferrarse a sus últimos retazos de vida para reparar en él. Nadie tenía por qué saberlo.

Pero Itasu llevaba la memoria del antiguo emperador. Y, como Intgze, era su deber asegurarse de que fuera llevada al Jardín de la Memoria.

Aunque, que llegase o no, no podía importarle menos.

Que se perdieran aquellos recuerdos, se dijo, encogiéndose de hombros. Qué más daba.

Y sin embargo, dio un paso hacia la mujer.

¿Por qué? ¿Por qué no la dejaba morir? ¿Por qué no dejaba que su humillación resbalase barranco abajo con ella? ¿Por qué seguía avanzando?

No se respondió, pero tampoco dejó de caminar.

Llegó al lugar bajo el que estaba Itasu y se asomó.

Déjala caer, se dijo. ¿Por qué no?

Aquello lo solucionaría todo.

«No solucionará nada», dijo una voz a la que sólo permitía

hablar en sus sueños. «Todo seguirá igual. No servirá de nada.»

Pero yo me sentiré mejor, se respondió.

La voz guardó silencio, pero la sintió dentro de él, burlona.

Se agachó muy despacio y tendió una mano hacia Itasu.

—Has tardado en decidirte —dijo ella de pronto.

Sus miradas se cruzaron y Yáxtor vio que ella sabía todo lo que le había pasado por la cabeza, que había seguido hasta el último de sus pensamientos. La admiró en silencio mientras ella seguía sosteniendo su mirada, terca, decidida a no pedir ayuda. Deseó empujarla barranco abajo. Quiso hacer mil cosas.

Tendió de nuevo la mano. Itasu, en lugar de tomarla, alzó lentamente su otra mano hasta que la esfera negra estuvo al alcance de Yáxtor.

—Vamos, cógela.

Yáxtor dudó unos instantes y al fin hizo como la mujer le pedía. Dejó la esfera a un lado, se aseguró de que no rodase barranco abajo y se volvió de nuevo hacia Itasu.

—Y ahora, si eres tan amable...

La mujer le tendía la mano vacía. De nuevo, Yáxtor pensó en dejarla caer. Y volvió a asombrarse ante su entereza. Dentro de él, una risa burlona y tierna estuvo a punto de sonar. Luego vio dos ojos oscuros y tranquilos, una trenza interminable, dos manos ocultas en las amplias mangas de un vestido.

Tendió la mano, cogió la de Itasu y, poco a poco, empezó a tirar de ella.

Descansaron unos minutos, sentados uno al lado del otro. La respiración de Itasu era un jadeo entrecortado y tenía los ojos cerrados. Su mano descansaba sobre la esfera negra. Su uniforme, desgarrado y medio hecho trizas, dejaba ver una amplia porción de su carne. Yáxtor deseó tomarla allí mismo y, por un instante, estuvo a punto de hacerlo, seguro de que ella intentaría resistirse, y seguro también de que no tendría fuerzas para ello.

El instante pasó tan rápido como había venido.

—Gracias —dijo ella, abriendo los ojos.

Él se encogió de hombros.

—Será mejor que sigamos subiendo.

—¿Estás segura?

En lugar de responder, Itasu se incorporó, dio media vuelta e inició el ascenso ladera arriba. Tras unos instantes de vacilación,

Yáxtor la siguió.

Encontraron la espada de la mujer a unos metros de distancia. Al menos lo que quedaba de ella. Se había quebrado a poco más de un palmo de la punta e Itasu la tomó por la empuñadura con expresión triste y dolorida mientras Yáxtor la oía susurrar algo incomprensible.

Siguieron ascendiendo.

Tardaron casi una hora en llegar al borde del camino. Por todas partes había rastros de lucha, pero aparte de eso, estaban solos.

En silencio, de común acuerdo, se pusieron de pie en medio del camino y echaron a andar siguiendo las huellas.

Por lo que sabemos, los mensajeros podrían ser los únicos habitantes reales de Érvinder, y nosotros poco más que el medio que usan para conseguir sus propósitos. O un accidente, tal vez. Algo que no estaba en los planes originales de este mundo. Un simple medio de transporte que, contra todo pronóstico, cobró conciencia propia y se creyó el amo de un mundo que no estaba diseñado para él.

Si hay un dios, un único dios como creen los khynainios, éste está en los mensajeros y, en menor medida, en los carneútiles. Su aliento mora en los bosqueoscuros.

Y nosotros somos sus parásitos. Una infección descontrolada con la que nadie contaba.

—Próxtor Brandan

En silencio, Renyokiru Mizuni contemplaba a sus Intgze, que colgaban cabeza abajo como bestias en un matadero. Miraba las memorias cuidadosamente recogidas durante su viaje, ahora desperdigadas por el suelo. Y no apartaba la vista de lo que hacían sus captores. A pesar del dolor, a pesar de la intensa sensación de desgarro y vacío que sentía desde que habían roto sus espadas, su rostro permanecía, como siempre, sereno. Su cuerpo no se movía más allá de lo imprescindible para respirar.

Su mente era un hervidero de recriminaciones y preguntas sin respuesta.

¿Cómo se habían dejado atrapar de aquella manera?

¿Por qué no había funcionado el ritual?

¿Quiénes los habían atrapado?

¿Estaban vivos Itasu y Yakisetoru?

¿Estaban a salvo los recuerdos del anterior Hijo del Origen?

Y, sobre todo, ¿qué iba a ser de ella ahora? Con sus hermanitas muertas, ¿cómo se las iba a arreglar para seguir adelante sin sentir su presencia en lo más hondo de su mente, sin oírlas susurrar entre sí, intercambiarse chismes? ¿Cómo se las arreglaría sin su murmullo de fondo, sin la sensación distante pero continua de que nunca estaba sola?

Nada de todo eso se traslucía a su rostro o su cuerpo. Para cualquiera que la hubiera observado era la imagen misma de la serenidad.

Pero qué lejos se encontraba de aquello, en realidad. No temía la muerte que, estaba segura, sería el desenlace final de la situación en la que se encontraba; en realidad, a medida que pensaba en ello, casi podía aceptarla como una forma de escapar de todo, de huir por fin. Tampoco temía el dolor de la tortura que podía precederla. Pasaría por aquello como había pasado por tantas otras cosas. Y si se le presentaba la oportunidad, no moriría sola. Quizá fuera un gesto inútil, un arranque de valor que no conduciría a nada, pero no sería la única en morir allí cuando llegase el momento. Condenada o no, seguía siendo una Intgze. Y haría que aquellas… cosas pagaran por lo que habían hecho. O al menos, lo intentaría.

Lo que lamentaba era todo lo que había dejado a medio hacer, lo que nunca terminaría. Sabía que era una tontería preocuparse por ello, pero no podía evitarlo. Por primera vez en mucho tiempo, su mente se resistía a la disciplina con la que siempre la había guiado y se internaba por caminos sin domar que no podían llevarla a ninguna parte.

¿Por qué no hice esto? ¿Por qué no me negué a hacer aquello otro? ¿Por qué esperé demasiado? ¿Por qué no aguardé lo suficiente?

Preguntas vanas. Con respuestas inútiles.

Lo único que debía preocuparle era su misión. Debía llevar los recuerdos que le habían sido confiados al Jardín de la Memoria, conectarlos a la vasta red que los mantendría unidos a todos los demás recuerdos, darles la oportunidad de vivir una segunda vida donde podrían reparar los errores de la primera; o repetirlos, si era lo que deseaban. Debía colocar la memoria del anterior Hijo del Origen junto a las de los demás. Había vivido para eso. Como Intgze, estaba consagrada a preservar la memoria de su pueblo, su misma esencia.

Cualquier otro pensamiento era malgastar un tiempo que no tenía.

Cierto que la misión había fracasado. Al menos, la parte que a ella le concernía. Quizá Itasu y Yakisetoru estaban a salvo, y con ellos la memoria del emperador muerto, y tal vez consiguieran llevarla a Utarasu. Pero ella no estaría viva para verlo.

De hecho, su vida o su muerte ya no tenían la menor importancia para el curso de los acontecimientos, así que bien podía abandonarse a un fangal de recriminaciones y lamentos por todo lo que había dejado por hacer.

Sólo que, dentro de ella, algo se resistía a ceder. Algo que le decía que la muerte no importaba tanto como la forma en que llegaba. Algo que insistía en recordarle que, con esperanzas o sin ellas, tenía un deber que cumplir.

Las preguntas seguían girando en su mente, descontroladas. Pero una parte de ella no renunciaba a la disciplina; una parte indómita se

negaba a rendirse por fútil que resultase.

Pensó de nuevo en sus espadas, quebradas en mitad de la batalla. En el grito de dolor que había atravesado su cabeza de parte a parte. En el modo en que se había tambaleado. En el vértigo repentino que la sacudió. Y luego, nada. Luego, el silencio.

Estaba sola.

Vio que uno de sus captores avanzaba hacia ella. Se detuvo al pie de las escaleras sobre las que se encontraba y la miró largo rato en silencio.

Ella no apartó los ojos de él. Parecía humano, y estaba segura de que una parte de él lo era. El resto, sin embargo... era como si porciones de él estuvieran continuamente entrando y saliendo del mundo, como si la realidad de su cuerpo fuera algo no completamente establecido.

—Eres dura —dijo él, y hasta su voz sonó como si viniera de muy lejos. Y, al mismo tiempo, tuvo la sensación de que estaba susurrando junto a su oído—. Seguramente durarás mucho. Bien.

Ella no respondió.

Él subió las escaleras y se detuvo junto a la mujer. De forma concienzuda, comprobó el estado de las largas y afiladas estacas de metal que la mantenían sujeta, clavadas en sus muñecas. Asintió para sí, satisfecho, y se retiró unos pasos.

—Hemos esperado esto mucho tiempo —dijo—. Pero sabíamos que el día llegaría.

Renyokiru permaneció en silencio. Él se encogió de hombros, como si encontrase moderadamente divertida su actitud.

—Es curioso. Recuerdo haber matado a mi propia esposa. Pero sé que es falso. Un recuerdo de este cuerpo que insiste en permanecer en él cuando ya no tiene sentido. Y a pesar de todo, lo recuerdo como si lo hubiera hecho. Recuerdo el crujido de su cuello, el modo en que todo su cuerpo se desmadejó junto a mí en mitad de un grito. Recuerdo sus ojos. La forma precisa de su boca. Lo recuerdo todo, pese a que no era mi mujer y yo no la maté. —Tomó aire y, al hacerlo, por un instante fue como si no estuviera allí—. Es... interesante. A veces, molesto.

¿Por qué hablaba con ella? ¿Qué pretendía? A una parte de Renyokiru no podía importarle menos todo aquello. Otra escuchaba con atención, pendiente de cada palabra, analizando cada gesto, tratando de ver alguna debilidad que pudiera usar, alguna salida a aquella situación.

—Hay algo dentro de mí que desea desclavarte de ahí, poseerte hasta el agotamiento y luego hacer papilla ese rostro inexpresivo y excitante que tienes. No soy yo, entiéndelo, para nada. Pero el impulso ha estado dentro de este cuerpo demasiado tiempo para negarlo.

¿Debía responder? ¿Era mejor continuar en silencio?

—Haz lo que quieras —dijo, decidiéndose al fin.

Él sonrió.

—Ahhh. Sí, esa voz. Tal como imaginaba que sería. Serena. Profunda. ¿Y cómo es tu voz cuando gimes de placer o suplicas por tu vida? Me encantaría averiguarlo si no tuviera otras cosas que hacer.

Volvió a acercarse a ella. Con un movimiento seco desclavó la estaca de su muñeca derecha. Renyokiru no demostró el dolor que la atravesaba de parte a parte mientras el hombre desclavaba la otra estaca; al fin y al cabo, ¿qué era aquel dolor comparado con el silencio, con la sensación de pérdida y vacío que había sentido cuando rompieron sus espadas? Milagrosamente, la mujer se las apañó para mantenerse en pie.

—Sí; eres fuerte. Durarás mucho. —Meneó la cabeza—. Peor para ti.

—¿Quieres oír nuestra historia?

La habían llevado al otro extremo de la sala. A su paso, los demás se habían apartado y la habían contemplado con curiosidad. Luego la habían hecho sentarse en un trono desportillado y medio desmoronado. Desde allí, comprendió, contemplaría todo lo que pasase en la sala. Supo que no hacían aquello por cortesía.

No estaba atada. Sus brazos eran, en aquel momento, dos sarmientos inútiles. Las muñecas le latían dolorosamente mientras sus hermanitos intentaban reparar el daño causado en ellas.

¿Debía responder? Para qué. Aquella… cosa le contaría su historia, quisiera ella o no. Miró más allá de él: hileras de hombres y mujeres colgaban boca abajo, como reses en un matadero. Se preguntó si estarían todavía vivos.

—¿No dices nada? Ah, ya veo. Crees que te daré toda la información que necesitas sobre nosotros. Y luego, en el momento adecuado, cometeré una torpeza que te permitirá salir libre. Huirás, regresarás donde tu emperador y luego volverás al frente de una hueste que acabará con nosotros. ¿Es eso lo que esperas que pase?

Renyokiru sintió que aquellas palabras la hacían volver de muy lejos. Despacio, luchando como nunca lo había hecho para que cada movimiento fuera natural e inevitable, alzó una mano, alejó de ella el dolor como pudo y se acomodó la larga trenza en el regazo. Consiguió sonreír.

—Eso estaría bien —dijo.

—Seguro que lo estaría, pero lamento desilusionarte. No es lo

que va a pasar.

Se volvió hacia los demás y, con un gesto, les ordenó algo.

Al instante, el resto de los seres echaron a andar. Con cuidado, empezaron a recoger las esferas desperdigadas por el suelo.

—Pero te contaré nuestra historia, ¿por qué no? Todo esto llevará un tiempo, y estar aquí simplemente mirando es bastante aburrido. Así que seamos indulgentes. Te daré información. Toda la que quieras, mi damita. Más de la que te gustaría tener. Al fin y al cabo, lo único que podrás hacer es llevártela al otro lado de la muerte.

La muerte. ¿Por qué no? Si el precio que tenía que pagar para descansar era oír una historia, que así fuera. La muerte, se dijo de nuevo. Tomó aire. Pensó por un instante fugaz en Itasu y Yakisetoru, se preguntó si seguirían vivos, dónde estarían, que habrían decidido hacer. Luego, pensó en sus espadas rotas, quebradas, en el grito de dolor interrumpido de repente. En el silencio.

Así que, por qué no. Que hable cuanto quiera y luego me mate.

No; no era así como debía suceder. Él la mataría, sí, pero tendría que pagar un precio por ello. No se rendiría tan fácilmente. No cedería sin luchar. Se acomodó en el asiento como quien se prepara para oír una larga historia. Luego asintió.

Los hombres habían terminado de recoger las esferas. Apilaron unas cuantas en un extremo de la habitación y luego, cada uno de ellos tomó una.

—¿Qué es Imarasu, mi delicada e impasible cautiva? ¿Qué es esta isla donde habéis encerrado a vuestros criminales, vuestra escoria? ¿Qué es este estercolero en el que tiráis la basura en la que no queréis pensar?

Renyokiru no respondió.

—Una isla, ¿verdad? Supongo que es eso lo que estás pensando, que es una isla y que mi pregunta es estúpida. Ah, sí, claro que lo es. Una isla. Aislada. Sólo a través de Utekaru al norte y Utokaru al sur se puede entrar y salir de aquí. En Honoi lo sabéis bien. ¿Acaso no habéis intentado innumerables veces llegar a Imarasu por el mar? ¿Y qué ha pasado entonces? Dime, ¿qué ha pasado?

Renyokiru no pensaba responder, pero algo en la actitud del otro le hizo entender que no seguiría con la historia hasta que ella le diese el pie adecuado. Así que dijo:

—Nada. La isla es visible, pero no puedes poner el pie en ella.

—Y también lo habéis intentado por el aire, ¿no es así? Con el mismo resultado.

—Así es. —Fingió impaciencia—. De momento tu historia no es muy prometedora —añadió.

—Eres buena, vaya si lo eres. Pero, no te preocupes, no es necesario que me pinches. Hablaré.

Atenta a las palabras de su captor, Renyokiru tampoco se perdía lo que ocurría en la sala frente a ella. El resto de los hombres habían depositado las esferas que llevaban bajo la cabeza de cada uno de los Intgze que colgaban por los pies. Ahora miraban en su dirección, como esperando una orden.

—Ya.

Desenvainaron sus armas. Fue extraño. Como si fuera un único gesto hecho por un único cuerpo, repetido docenas de veces por algún artificio de espejos. Con la misma precisa sincronicidad, se acercaron a los Intgze y les cortaron el cuello. La sangre goteó, fluyó, se desbordó.

Cayó sobre la esfera que había bajo cada cuerpo.

De pronto, Renyokiru sintió que tenía el rostro de su captor junto al suyo. Le oyó susurrarle al oído:

—Disfruta del espectáculo, mi impasible damita. Disfruta del espectáculo que Anurasi te ha preparado. Disfruta y comprende.

Se alejó de ella, tan repentinamente como se había acercado, y dio media vuelta.

¡Ahora!

De un salto, Renyokiru se puso de pie. Alzó una pierna, concentró todo su ser en el golpe y se lanzó contra su captor. Se convirtió en un arma lanzada con un único propósito. Veloz, silenciosa, imparable.

Pero él se volvió, la miró con desgana y agarró su pie con la mano. Lo había hecho en un parpadeo, pero Renyokiru tuvo la sensación de que se movía a cámara lenta.

Cayó. Su espalda golpeó el suelo. Su captor la contemplaba divertido, aún sujetándole el pie.

—Buen intento, mi damita. Buen intento.

Arrastrándola por el pie, la devolvió al trono. La agarró por las axilas y la hizo sentarse.

—Pórtate bien. Aún no he terminado de hablar.

Se alejó de ella y Renyokiru saltó de nuevo. Él la interceptó con la misma facilidad absurda de antes. Y, como antes, pareció moverse a cámara lenta.

La sentó de nuevo en el trono. Apoyó su mano en el pecho de ella.

—Echa un vistazo, mi orgullosa damita. Mira.

Se hizo a un lado, todavía con la mano apoyada en su pecho.

A su pesar, Renyokiru miró.

Cuerpos que se estremecían. Sangre que se deslizaba. Cada gota era una porción de vida que se iba para no volver. Ella había entrenado a aquellas personas, había vivido con ellas, había compartido sus temores y preocupaciones. Había sido la madre de todas ellas, su maestra.

Sangre. Cuerpos que se estremecían una última vez y luego quedaban inmóviles. Su familia. Rota, como sus espadas.

—¿Lo comprendes?

—¿Qué hay que comprender? —Tomó aire y, al hacerlo, descubrió que su respiración era casi un jadeo. Pese a sí misma, siguió hablando—. ¿Que vas a torturarnos y matarnos por un agravio que, seguramente, no le importa a nadie más que a ti?

La reacción de él la pilló del todo por sorpresa. Alzó la cabeza y empezó a reírse.

—Tan cerca de la verdad y tan lejos —dijo, cuando se hubo calmado—. Ah, esto va a ser mejor de lo que pensaba.

La sangre seguía cayendo sobre las esferas de memoria. Pero no llegaba al suelo. Las esferas la absorbían. Y Renyokiru no pudo evitar la sensación de que lo hacían con ansia, casi con hambre.

Lo que siguió tuvo el color nítido y preciso de las pesadillas, la misma consistencia áspera, la misma carencia de propósito o de sentido. La misma urgencia.

Los subordinados de Anurasi se retiraban. Los Intgze se desangraban. Las esferas de memoria bebían su sangre. Anurasi hablaba.

Y hablaba.

Y hablaba.

Lo único que podía hacer Renyokiru era escuchar y mirar. Y, a veces, hacerse preguntas que nadie respondía.

—Imarasu no existe. Al menos, no en Érvinder. No debería existir. No era más que una posibilidad a medio materializar, una idea que nunca había llegado a convertirse en real. Un sueño, quizá. Y no habría existido si Tairunabe no la hubiera obligado a ello cuando plantó Utekaru en la isla del norte y Utokaru en la del sur. Sólo en ese momento empezó a existir Imarasu. Y Érvinder tuvo que crecer para acomodarla, estirarse, crear un poco más de espacio para que cupiera.

Ya sabía todo eso, se decía Renyokiru. Ya lo sabía. Sólo que...

—Pero, pese a todo, seguía sin existir. No por completo.

La sangre había dejado de gotear. Las esferas parecían hinchadas, malévolas.

—No, mi damita. No existía del todo. No pertenecía a Érvinder. Y lo sabíais, claro que sí. La trajisteis de Otrolugar, así que no me

digas que no sabíais lo que estabais haciendo. Y, a pesar de ello, la obligasteis a ser, a estar aquí. Todo lo aquí que podía estar, al menos. Podíais hacerlo y lo hicisteis. Y jamás pensasteis en las consecuencias. Ah, pero ellas sí que han pensado en vosotros. Durante mucho tiempo lo hemos hecho. No hemos hecho otra cosa que pensar. Al fin y al cabo, qué otra cosa podíamos hacer. Tampoco nosotros existíamos. No éramos más que... ideas, posibilidades, la sombra de algo, la huella de una ausencia. Sólo podíamos pensar. Nada más.

La mano de Anurasi se retiró de su pecho. Renyokiru jadeó mientras él le daba la espalda y se alejaba de ella.

Tensó su cuerpo, dispuesta a saltar de nuevo, dispuesta a saltar cuantas veces hiciera falta, dispuesta a saltar hasta la muerte. Hasta más allá.

Su salto fue torpe, ridículo, como si de pronto su cuerpo se hubiera convertido en algo ajeno que no la obedecía por completo. Cayó, resbaló en el suelo y trató de ponerse en pie.

Entretanto, Anurasi se había acercado a la esfera más cercana, la tomaba entre las manos y la acercaba a su rostro. Respiró profundamente y luego mordió la esfera con fuerza. Renyokiru oyó un grito lejano y tuvo que hacer gala de toda su disciplina para no estremecerse. La sensación de dolor, de fuga, de vacío y sufrimiento que la asaltó fue casi irresistible.

Algo cruzó la habitación. Un grito inarticulado tan débil que apenas era una brisa lejana. Pero en ese grito estaba todo: una vida entera, concentrada en un único momento.

Renyokiru se tambaleó. Intentó dar un paso y apenas fue capaz de hacerlo.

—Nos devorabais. Nos consumíais y no nos dejabais estar vivos del todo —dijo Anurasi tirando la esfera (arrugada, flácida, vacía) al suelo y yendo a por otra—. Y ahora os devoraremos a vosotros.

Una nueva esfera. Otro mordisco. Un sonido de succión. Un jadeo de placer. Y el dolor, la sensación irreversible de que algo desaparecía para siempre del mundo. Renyokiru apretó la mandíbula y luchó contra las lágrimas mientras un nueva vida pasaba a través de ella, volcaba en ella todo lo que había sido, lo que quería seguir siendo, lo que ya no sería y luego desaparecía para siempre, devorada por Anurasi.

Trató de dar otro paso. Le llevó un tiempo eterno.

—Una existencia absurda. ¿Qué éramos para vosotros? Nada. Sólo aquello en lo que no pensabais y que permitía la existencia de la más hermosa de vuestras creaciones. Nada. Menos que nada. Indefensos, condenados a una existencia a medias. Sombras. Pesadillas.

Otra esfera. Lágrimas. Un momento de placer en medio del caos.

Errores. Recriminaciones. El llanto de un niño. Momentos que se perdían uno tras otro. Y, a su paso, no quedaba más que vacío. Un hueco rebosante de ausencia que nada podía llenar. Renyokiru parpadeó. Tomó aire y le costó trabajo. Alzó el pie. Volvió a posarlo sin haber avanzado.

—Sin nosotros no seríais nada. Sin nosotros no habríais podido crear vuestra ficción de inmortalidad. Nos vigilasteis, nos pusisteis guardianes. No permitisteis que existiéramos por completo. Sólo lo suficiente para alimentar vuestro jardín.

Otra esfera. Todo en Renyokiru le pedía que se moviera, que siguiera, se lanzara contra Anurasi y detuviera aquello. No podía moverse. A cada paso que intentaba dar, las vidas pasaban a través de ella, una tras otra, mientras Anurasi las devoraba. No sólo las vidas que había grabadas en las esferas, comprendió de repente, sino las de su Intgze. Reconoció momentos que ella misma había vivido a su lado, instantes que había conocido desde otro ángulo. Un rostro. Un movimiento.

—Pero luego, todo cambió, ¿verdad? Tuvisteis que sentirlo. ¿O habéis sido tan necios que ni siquiera os importó? Sí; tuvisteis que sentirlo. Todo cambió. La bomba. La bomba hizo que lo imposible se convirtiera en posible. Y entonces, poco a poco, entramos, pudimos ser. Todavía no del todo. Pero sí lo suficiente. No podíamos entrar por donde siempre lo habíamos hecho, la puerta estaba demasiado bien guardada; no era el momento, aún no. Pero había otros lugares. Y ninguno mejor que éste.

Una esfera más. Y otra. Y otra. El grito de un desconocido, pero también el de uno de sus Intgze. Dos vidas entremezcladas, convertidas en una sola, devoradas en un instante. Marchitándose en un latido, desvaneciéndose para siempre.

Otro trabajoso paso. Su cuerpo tambaleándose. Apretó los puños. Se irguió y siguió avanzando penosamente.

—Al fin y al cabo, ¿qué era Imarasu más que un pedazo de nuestro mundo arrancado de él para vuestro beneficio, para serviros de puente, de cárcel, de basurero? Era nuestro, lo había sido. Y lentamente volvió a serlo.

Renyokiru sintió que las lágrimas se deslizaban por su rostro. Una nueva vida pasó a través de ella, luchó por permanecer y se desvaneció en el olvido. Anurasi detuvo su festín unos segundos y la contempló embelesado.

—Ahhh. Ahora sí que eres hermosa, mi dulce e impasible damita. Ahora sí que te poseería hasta la muerte.

El festín siguió, igual que siguieron las lágrimas de Renyokiru. Cada vida que la atravesaba la vaciaba un poco más. Cada grito de dolor interrumpido de repente la dejaba algo más sola. Y la muerte no

venía. No había huida; la escapatoria era imposible. Lentamente, Renyokiru se acercaba a Anurasi, pero éste no parecía inquieto por ello.

—Tomamos un cuerpo aquí y otro allá. Despacio, muy despacio. Al principio no éramos más que molestos inquilinos que sólo podíamos mirar; a veces, torcer un poco un deseo o una apetencia en la dirección que nos convenía. Y luego, poco a poco...

De pie, el cuerpo agarrotado, los puños convertidos en dos gritos de rabia e impotencia, atrapada en un llanto silencioso que la vaciaba lentamente, Renyokiru ya no escuchaba. A su alrededor no había más que vacío, todo cuando la rodeaba estaba lleno de ausencias. Y no había escapatoria posible.

Pero no importaba. Debía seguir…

—Y sabíamos que tarde o temprano vendríais. Que un día el emperador moriría y vuestra caravana de almas cruzaría Imarasu y se detendría aquí, en el viejo palacio del virrey, zona de paso obligada para cualquier expedición oficial.

La última esfera había sido devorada. Renyokiru oyó sollozar a alguien. Comprendió que era ella.

—Ha valido la pena esperar. Habría valido la pena aunque sólo hubiera sido por ver tu rostro herido, mi damita. Pero no será sólo por eso. Ah, no; no sólo por eso.

Renyokiru cerró los ojos. Trató de avanzar. Pero su cuerpo ya no le respondía. Movió un pie que negaba sus órdenes, intentó obligarlo a seguir adelante. De pronto, sus rodillas cedieron y se desmadejó sobre el suelo.

Anurasi la miraba en silencio. Asintió.

Renyokiru intentó ponerse en pie. Su cuerpo no la obedeció. Apretó la mandíbula, abrió las manos y trató de apoyarse sobre ellas.

Fue inútil.

Ante el vacío, Tairunabe no vaciló. Sentía el lejano Jardín de la Memoria, llamando desde el otro lado de aquel desierto de aguas turbulentas. Y, para llegar al jardín, debía cruzar el desierto.

Con sus propios huesos construyó Utekaru, la puerta que comunica. La hizo a su alrededor, encarada al mar hirviente que parecía desear disolver su carne.

Con sus propios huesos construyó Utokaru, la puerta que encierra. Y la lanzó ante ella, la hizo cruzar el abismo y clavarse honda en la otra orilla.

Luego, les pidió a ambas que se abrieran.

Eran parte de ella misma, y así lo hicieron.

De Otrolugar trajeron a Imarasu, el lugar que no pertenece a este lugar, la isla que no existía antes de que Tairunabe la convocara.

El vacío se aquietó. Las aguas se calmaron. El mar dejó de hervir.

Ante ella tenía una puerta. Más allá, se extendía Imarasu, una tierra que no debía haber existido. Y, al otro extremo de Imarasu, otra puerta la esperaba.

El jardín estaría al otro lado.

—La crónica de los días

Encontraron a R'nendo a un lado del camino, tirado boca abajo, con un golpe en la cabeza. La sangre que manaba de la herida hacía tiempo que se había coagulado.

Al principio, creyeron que el trovador estaba muerto, pero tras comprobar su pulso y respiración vieron que sólo estaba inconsciente. Con cuidado, llevaron el cuerpo al pie de la pared de roca y se aseguraron de que no estuviera herido de gravedad. Al cabo de un rato le oyeron gemir mientras iba recuperando la consciencia.

R'nendo parpadeó, alzó una mano y movió la cabeza de un lado a otro, confuso.

—Tranquilo —dijo Itasu—. Estás a salvo.

El trovador negó con la cabeza.

—Estoy ciego —logró decir con voz pastosa—. Ciego.

Itasu y Yáxtor intercambiaron una mirada. Yáxtor se encogió de hombros y examinó la herida en la cabeza del trovador.

—Mis carneútiles no están —siguió diciendo el trovador—. Se han ido. Estoy ciego.

La herida no era profunda. Yáxtor la limpió con cuidado y la vendó con una tira de tela que rasgó de su propia túnica. Luego, en

cuclillas, contempló al trovador con interés. Éste seguía meneando la cabeza de un lado a otro, como un animal herido que olfatease el aire.

—Están muertos.

—Al menos tú no, y ya es algo —dijo Itasu.

R'nendo sonrió con desgana. No parecía el mismo hombre que conocían: toda su seguridad, la arrogancia con la que se movía, habían desaparecido. El trovador se comportaba ahora como un ser frágil, desvalido.

—Claro que es algo —dijo con amargura—. Pero quizá no es algo deseable. No lo comprendes, ¿verdad? Ahora mismo no soy más que un inválido. Un ciego. Han matado a mis ojos y estoy ciego.

—Encontrarás otros —dijo Itasu, sin ninguna compasión.

R'nendo meneó la cabeza.

—Quizá. Si logramos salir de esta. Si no os deshacéis de mí como una cosa inútil. Si… —Dudó unos instantes. Palpó el suelo sobre el que se encontraba—. De acuerdo, sí; encontraré otros. ¿Tienes idea de cuánto tardaré en adiestrarlos?

—Estás vivo —respondió ella, la voz dura, afilada—. Te sobra el tiempo.

—Para ti es fácil decirlo, mujer. No estás atrapada en una habitación oscura de la que desconoces la forma. —R'nendo empezó a reír. Era una carcajada ronca, espasmódica, casi una tos—. Claro, para vosotros esto es una fruslería. Si has perdido tus ojos, constrúyete otros. Seguro que tú y el adepto podríais, ¿no? Por la forma en que controláis los mensajeros seríais capaces de hacer que os regeneraran el nervio óptico y os hicieran crecer unos ojos nuevos. Pero dime, mujer, ¿qué pasa con los que no tenemos vuestros talentos? ¿Qué pasa cuando el único talento que tienes es la voluntad para hacer que los carneútiles sean extensiones de tu propio cuerpo?

Itasu no contestó, aunque era evidente que se sentía asqueada ante el ataque de autocompasión del trovador.

—Lo mismo podríais haber dejado que me pudriese aquí —dijo éste.

—A lo mejor no habría sido mala idea —intervino Yáxtor de repente, poniéndose en pie—. Deja de lamentarte. Estás vivo. Y, mientras lo estés, siempre hay posibilidades.

Echó a andar hacia el borde del camino, se asomó y contempló la larga caída hacia la cañada aún en sombras. Tomó aire, frunció el ceño y luego asintió, como si se respondiera a una pregunta que él mismo acabase de formularse.

Se acercó de nuevo al trovador y se agachó a su lado. Lo miró con los ojos entrecerrados. Luego, soltó aire y pronunció una palabra impronunciable. R'nendo agitaba la cabeza de un lado a otro, como si percibiera por el rabillo del ojo algo que no paraba de moverse. Itasu

contempló al adepto en silencio, preguntándose qué hacía.

No tardó en sentir los mensajeros de Yáxtor, que rodeaban la cabeza de R'nendo.

—Tus carneútiles están vivos —dijo de pronto el adepto—. Al menos algunos de ellos. Y siguen conectados a ti.

R'nendo frunció el ceño.

—No…

Yáxtor se puso en pie. Reabsorbió los mensajeros dentro de su cuerpo. Tras unos instantes de duda, asintió.

—No los percibes, lo sé. Pero yo sí. Los mensajeros de tus carneútiles tienen un olor claro y distintivo, los reconocería en cualquier parte. Y están aquí. Son pocos, muy pocos, confusos, débiles y desorientados y, de no haberlos estado buscando seguramente no los habría percibido. Pero están aquí y puedo ver perfectamente el hilo que forman.

Itasu arrugó el ceño. Ella no había percibido nada. Trató de concentrarse y, al cabo de unos instantes percibió el rastro tenue de los mensajeros que Yáxtor había soltado de su propio cuerpo. Los conocía bien, al fin y al cabo. No tardó en darse cuenta de que, junto a aquel rastro, había algo más. Débil, casi imperceptible, pero comprendió que Yáxtor decía la verdad. Apenas era capaz de discernir a los hermanitos que comunicaban al trovador con sus carneútiles, pero estaban allí. Se dio cuenta de que lo que a ella le estaba costando un gran esfuerzo, Yáxtor lo hacía de forma natural. Se pregunto, no por última vez, qué clase de hombre era aquél.

—No siento nada —se quejó el trovador.

—Ya lo sentirás. Bueno, si es que no los mata alguien antes de eso. Pero entretanto, nos están enseñando el camino. Y, si tienes fuerzas para ello, te sugiero que los sigamos.

R'nendo lo pensó unos instantes.

—Qué más da —dijo.

Poco a poco, el rastro de mensajeros se fue volviendo más nítido. Sus atacantes habían seguido el camino sin desviarse. No se habían tomado ninguna molestia en borrar sus huellas, lo que podía significar muchas cosas. No todas necesariamente buenas.

Hasta aquel momento, ocupada en ascender el barranco y en poner en pie al trovador, Itasu no había pensado gran cosa en su espada, pero ahora no apartaba su mente de ella, rota, latiendo dolorosamente en su vaina. Aún estaba viva, pero no tenía claro durante cuánto tiempo más seguiría así. La herida de su hermanita

había sido grave, y no tenía suficiente control de los hermanitos de la zona para ayudarla a curarse.

¿Y si muere? ¿Qué haré yo?

Un Intgze y su arma eran, en cierto modo, uno solo. Dos partes separadas de una misma entidad. Si una moría… ¿qué podía hacer la otra?

El camino seguía montaña arriba, estrechándose poco a poco. A lo lejos, la mole del castillo era como un puño distante. Yáxtor tiraba de R'nendo, y el trovador se dejaba guiar sin oponer ninguna resistencia.

¿Qué haré?

Necesitaba curar a su hermanita. Recomponerla, hacer que de nuevo estuviera entera. Y sabía que no iba a poder hacerlo ella sola.

Contempló a Yáxtor.

Él podía ayudarla, pero ¿lo haría?

Había estado a punto de dejarla abandonada a sus propias fuerzas. Incluso había llegado a considerar la posibilidad de empujarla hacia el abismo. Lo había visto en sus ojos, había seguido sin problemas sus pensamientos mientras decidía qué hacer con ella.

La había ayudado, sí, pero no estaba muy segura de por qué.

¿Deber? ¿Podía comprender eso un extranjero? ¿Podía asimilar ese concepto de la misma manera que lo hacían ellos?

Tal vez.

Presentía que Yáxtor podía. Que, en cierto modo, era una criatura totalmente entregada a su deber. Que incluso, más allá de aquel, puede que no hubiera nada.

Así que no importaba lo que sintiera por ella. No importaba el rencor y la rabia que había sentido en él todos aquellos días, incluso mientras mezclaban sus cuerpos y se abandonaban al placer.

Yáxtor era, al menos hasta que su Reina dijera otra cosa, un Intgze. Entregado a aquella misión. Haría lo que fuera necesario para que ésta no fracasase.

Itasu no estaba segura de muchas cosas, pero sí de aquélla.

Así que si le pedía ayuda, Yáxtor no se la negaría. Por mucho que deseara verla sufrir, por mucho que quisiera vengarse de un agravio imaginario como un niño malcriado y cruel, no se la negaría.

Tomó aire y siguió caminando.

Aún no, decidió.

Pero pronto, se dijo mientras el dolor de su hermanita, que luchaba en vano por recomponerse a sí misma, la hacía tambalearse.

—Tu espada se está muriendo.

Se habían detenido en un recodo del camino, un lugar donde la pared de roca formaba una oquedad en la que se habían acomodado los tres. R'nendo no había dicho ni una palabra en todo el trayecto, y parecía una criatura desorientada, perdida, que de vez cuando alzaba la cabeza y la movía de un lado a otro, como si olfatease algo familiar que no fuera capaz de reconocer del todo.

—Sí —respondió simplemente Itasu.

Yáxtor se asomó y contempló el castillo durante unos instantes. A partir del lugar donde estaban, el camino se estrechaba y empinaba, hasta morir, a un par de cientos de metros, ante unas puertas que parecían abandonadas.

—No sé lo que nos vamos a encontrar ahí, pero sea lo que sea, no vas a ser de mucha utilidad con una espada moribunda.

Itasu negó con la cabeza.

—¿Puedo hacer algo?

La mujer se mordió el labio, antes de responder:

—No lo sé. Normalmente podría ayudar al proceso de curación. Pero en Imarasu los hermanitos son extraños. No se dejan convencer con facilidad.

Yáxtor torció la boca.

—No es que se dejen convencer con mucha facilidad en ningún lugar de Honoi —dijo.

—Eso no es cierto. Los hermanitos colaboran cuando se lo pides.

Él enarcó una ceja como si la idea le resultara extraña.

—¿Pedírselo?

—Sí. Pedir. No es tan difícil. —Intentaba hablar en un tono neutro, pero no estaba teniendo mucho éxito—. Hablar con ellos. Convencerlos.

Yáxtor meneó la cabeza.

—Si tú lo dices…

—Da igual. En Imarasu los hermanitos no se dejan convencer con facilidad. Y, sin ellos, mi hermanita no puede curarse.

—Comprendo —dijo Yáxtor—. Déjame ver la espada.

Despacio, Itasu la desenvainó. Ya no parecía de metal. De hecho, ni siquiera parecía una espada. Estaba perdiendo su forma y su color iba volviéndose anaranjado poco a poco. Latía con lentitud y, a cada latido, Itasu sentía cómo la vida la iba abandonando. La depositó en el suelo, con un cuidado y una delicadeza que sorprendieron a Yáxtor.

—Un carneútil —dijo éste.

Itasu no dijo nada.

Yáxtor extendió una mano y acarició la superficie de la espada. Sí; el tacto era familiar. Un carneútil. Un carneútil al que habían convencido de que era una espada. Sólo que, en aquellos momentos,

no le quedaba mucho convencimiento para nada. Lanzó sus mensajeros y, a través de ellos, pudo sentir cómo intentaba curarse a sí misma y lo único que conseguía era malgastar sus fuerzas.

—Necesito que hables con ella —le dijo a Itasu—. Se está agotando al intentar repararse. Dile que se esté quieta, que no haga nada.

—Pero…

—Sus intentos por curarse están acelerando su muerte.

Itasu apretó la mandíbula e hizo lo que el adepto le pedía.

Éste siguió recorriendo la superficie de la espada con la yema de los dedos, repasando su consistencia, su textura.

—Nunca he hecho esto antes —dijo.

—Haz lo que puedas —respondió ella.

Cerró los ojos y se vació de casi todos sus mensajeros, que no tardaron en formar una nube a su alrededor que los englobaba a él, a la mujer y a su espada.

Despacio, les dijo. Despacio, sin prisa.

Pronunció una palabra impronunciable que, unos segundos atrás, desconocía y dejó que, uno tras otro, todos sus canales sensoriales estuvieran al servicio de sus mensajeros.

Sintió el vínculo de Itasu con su espada, y comprendió que si ésta moría, era posible que la mujer no tardase en seguirla.

—Va a ser doloroso —murmuró.

—No importa.

Tenía valor, sin duda. Algo dentro de él gruñó, encolerizado. Qué más daba que tuviese valor. Había… Pero acalló a aquella criatura salvaje y mezquina que llevaba dentro, la obligó a permanecer en silencio y se concentró en la tarea.

Los daños de la espada eran graves, pero no definitivos. Y ahora que había dejado de intentar repararse a sí misma, el deterioro se había detenido.

Necesitaba mensajeros, todos los que pudiera. Los suyos propios, y los de la mujer, y todo lo que pudiera robar de su alrededor.

—No te resistas —musitó.

—No lo hago —dijo Itasu.

—Sí. Lo haces. Incluso ahora, lo haces. Dame tus mensajeros.

—No…

—Los necesito. Y no tengo tiempo para luchar contra ellos.

—Son… —Tomó aire—. Son tuyos.

Yáxtor apretó los dientes y pronunció una nueva palabra impronunciable.

Al instante, se sintió vacío, y se dio cuenta de que Itasu se tambaleaba. Todos los mensajeros a los que había podido convocar, los suyos, los de Itasu, los pocos que había logrado doblegar del aire a

su alrededor, se concentraban ahora en la espada, en el lugar donde se había partido.

Vamos, venga, trabajad. Ya sabéis lo que hay que hacer.

Lo sabían, pero algo los detenía.

—Habla con ella —dijo, sin dejar de apretar los dientes—. Que no ofrezca resistencia.

La barrera vaciló unos momentos y luego desapareció, como si nunca hubiera existido.

Los mensajeros se lanzaron contra la herida, la repararon, hicieron crecer nuevo tejido a su alrededor. Un enjambre de diminutos cirujanos trabajando como si fueran uno solo, curando, regenerando, dándose a sí mismos cuando no tenían otra cosa con la que trabajar.

Itasu gimió. Yáxtor, sin mirarla, siguió concentrado en su tarea, manteniendo el control de hasta el último de los mensajeros que estaban bajo su poder. La propia espada se agitó y el adepto casi pudo oírla gritar.

Vamos, más rápido. Trabajad.

Y trabajaron.

Fueron sólo unos minutos, pero para Itasu fue como si el universo hubiera nacido y muerto varias veces.

Yáxtor se relajó de repente y abandonó el control de los mensajeros que habían sobrevivido a la tarea. Los que eran suyos volvieron a su cuerpo y, con ellos, algunos de los de Itasu. El resto, se desperdigó a su alrededor o regresó a la mujer.

—Ya está.

La espada parecía de nuevo una espada. Metálica, afilada, reluciente. Con lágrimas en los ojos, Itasu la tomó por la empuñadura. Habló con ella en silencio y luego, como si fuera la primera vez que lo hacía, la envainó.

—Gracias —le dijo a Yáxtor.

El adepto se encogió de hombros. Había hecho lo que tenía que hacer. Eso era todo. Inexpresivo, contempló a la mujer. Era dura, era valiente; era rápida para la risa y el placer; más rápida aún para la violencia y la venganza. Afilada y letal, como su propia espada. Suave y complaciente. Abrupta, llena de aristas. Una criatura espléndida en todos los aspectos.

Un tigre, pensó.

Y eso le recordó a Yoranna. Yoranna, un tigre a medio domar en sus manos. Yoranna, que había preferido la muerte antes que dejar de ser lo que era.

Lejos, en los salones más oscuros y fríos de su mente, sintió al animal mezquino y resentido que aún deseaba hacerle daño a la mujer. Esta vez, sin embargo, no le costó demasiado contenerlo. La criatura, de algún modo, se estaba apaciguando.

Sonrió, inconsciente del gesto.

—Gracias —dijo Itasu de nuevo.

—No me lo agradezcas —respondió Yáxtor—. Necesitamos a tu carneútil.

—Mi hermanita —dijo Itasu en un tono que no admitía discusión.

—Llámalo como quieras. El fruto de un bosqueoscuro, en cualquier caso. Lo necesitamos. Sólo he hecho lo que tenía que hacer.

Deber, se dijo Itasu. Yáxtor seguía siendo incomprensible en muchos aspectos. Atractivo en algunos. Peligroso y desagradable en otros. Pero al menos en aquél se parecían: los dos comprendían lo que era el deber.

Asintió y se puso de pie.

—¿Qué hacemos ahora?

Yáxtor se incorporó. Se acercó a ella.

—Lo que llevamos haciendo hasta ahora. Seguir el rastro de los mensajeros de R'nendo. Usarlos como guía. Llegar al castillo.

—¿Y luego?

—Habrá que improvisar.

A menudo resulta difícil distinguir entre peligro y oportunidad.

—Marlev Shaspa

—Tú serás mis ojos y mis oídos.

Ésas habían sido las primeras palabras que había oído Avanzadilla cuando eclosionó en las manos de su amo.

La voluntad del amo había sido fuerte, precisa, sin vacilaciones. Y Avanzadilla, como todos los de su especie, se había rendido a ella.

Había abierto los ojos y mirado el rostro ciego del amo. Y entonces había comprendido que quien miraba a través de sus ojos era el hombre ciego que era su dueño.

—Eres el primero. Mi avanzadilla en el mundo.

Así había quedado definido. Y de ese modo había recibido su nombre.

¿Cuánto hacía de eso?

Avanzadilla no lo recordaba. Durante toda su vida el tiempo había sido un río veloz que pasaba una y otra vez por el mismo sitio.

¿Días? ¿Meses? ¿Años? ¿Eras? Qué importaba. ¿Había acaso alguna diferencia?

El mundo pasaba a su través como si Avanzadilla no existiese. Los días se sucedían el uno al otro y se amontonaban fuera. La vida era una sucesión de relámpagos que no dejaban huella.

Pero ahora era distinto.

Estaba solo. No; estaba sola. No…

El amo siempre se había dirigido a ellos usando el masculino, pero Avanzadilla nunca había pensado en sí mismo con un sexo concreto. En las representaciones públicas, se había dejado llevar, deslizando su cuerpo andrógino hacia el femenino o el masculino según la interpretación lo requiriera.

Pero ahora…

¿Estaba solo? ¿Estaba sola?

Tomó una decisión, la primera en su vida.

Solo. Al menos de momento.

Así que estaba solo. Nunca antes lo había estado. Y lo que miraba no lo veía nadie más que él. Lo que llegaba a sus oídos no lo oía nadie más.

Solo.

Qué palabra tan extraña. Tan breve. Tan blanda.

Tan… resbaladiza.

Estaba solo.

No del todo. Dos de sus hermanos (¿hermanas?) seguían con él. Y notaba, como un hueco que nada podía tapar, la ausencia de los otros dos.

Pero no el amo. El amo no estaba. Se había ido.

Avanzadilla recorría los salones de aquel inmenso edificio medio vacío, y cada sombra que se interponía en su paso era un festín; cada imagen que percibía, una celebración; cada sonido que llegaba a sus oídos, algo nuevo y desconocido.

Como si, en cierto modo, el mundo entero se estuviera creando a su alrededor.

Sus dos hermanos, vacilantes, inseguros, no se habían atrevido a moverse del lugar donde los habían dejado. Los sentía, lejanos, temblorosos, asustados sin una voluntad que los dirigiera.

¿Por qué él no sentía lo mismo? ¿Por qué no se acurrucaba en un rincón y esperaba en las tinieblas a que regresase el amo?

No lo sabía. Y no le importaba.

El mundo estaba naciendo ante sus ojos y, embriagado por aquella vorágine de sensaciones, de imágenes y sonidos, de texturas y superficies, no podía dejar de caminar de un lado a otro.

El amo…

Pero apartó a un lado aquellos pensamientos y siguió caminando. Recorriendo, paladeando, borracho de percepción.

Renyokiru estaba sola.

Las esferas de memoria eran cascarones vacíos esparcidos a su alrededor, como también lo eran los cuerpos de sus hombres.

Anurasi y los suyos se habían ido. El salón en el que se encontraba era un espacio lleno de sombras y silencios cada vez más cercanos. Los cadáveres de sus Intgze, secos, flácidos, se balanceaban como reses muertas.

Itasu. Yakisetoru. La esfera de memoria del antiguo Emperador.

¿Seguían vivos? ¿Estaban a salvo?

¿Importaba?

Sentada en aquel ridículo trono, Renyokiru miraba a su alrededor. Todo cuanto veía era un reflejo deforme de sí misma. Una parodia sombría de su propio cuerpo.

Tomo aire. Le supo reseco y frío. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, ella misma se sentía reseca y vacía. Era como sus Intgze: una res muerta, un trozo de carne que se balanceaba en mitad de ninguna parte. Sólo que a ellos se les había concedido la gracia de la muerte y a ella, no.

—Estamos cerca.

Habían discutido qué hacer con la esfera y, al final, Yáxtor la había depositado en el zurrón del trovador. A Itasu la idea no la había entusiasmado: llevar la esfera con ellos era arriesgarse a perderla definitivamente. Pero dejarla atrás tampoco era una opción. Ni siquiera estaban seguros de poder volver por ese camino (eso si volvían) y quién sabía qué clase de criatura podía dar con los recuerdos del Emperador mientras tanto. Así que al final, a regañadientes, había accedido a la idea de Yáxtor y los tres habían echado a andar.

—El vínculo es ahora más fuerte.

R'nendo, repentinamente animado, asintió a las palabras de Yáxtor.

—Lo siento. Casi… puedo ver.

El adepto asintió.

—Concéntrate —dijo—. No están lejos.

El trovador lo intentó. Era tan difícil… Lo que siempre le había resultado natural, inevitable, requería ahora un esfuerzo al que no estaba acostumbrado. Pero era algo. Al menos era algo. Hasta aquel momento había sido una hoja perdida en medio de la tormenta. Ciego, desvalido, abandonado a su suerte, acompañado tan sólo de dos voces en las que no había la menor compasión por su suerte. Pero ahora era distinto. Los sentía. Empezaba a sentirlos, al menos.

—Sí —dijo, al cabo de un rato—. Movimiento y Ritmo están allí. Tienen miedo. Los otros… se han ido.

—No.

R'nendo parpadeó, aturdido.

—Hay otro —insistió Yáxtor.

—No… —Frunció el ceño, contrariado—. No hay nadie más, sólo… —Se detuvo de repente y su cuerpo se puso rígido—. Sí; tienes razón. Es… Avanzadilla. Creo. Pero hay algo extraño en él.

—Concéntrate.

—Ya lo hago, maldita sea la Teja. Ya lo hago.

—Pues hazlo más. O mejor.

De un modo lento, trabajoso, Renyokiru logró ponerse de pie. No estaba muy segura de por qué lo hacía. Tal vez, se dijo, ya que la muerte no venía a buscarla, tendría que ser ella quien tratase de encontrarla.

¿Dónde estaba todo el mundo?

Dio un paso, y le costó casi toda su energía. Se tambaleó, a punto de caer, apretó la mandíbula y dio un nuevo paso.

Frío. Todo a su alrededor se sentía frío.

Algo que no era del todo voluntad la hizo dar otro paso. No sabía muy bien hacia dónde, aunque en el fondo de su mente algo susurraba de un modo tranquilo, indiferente. Hablaba de oscuridad. De abismos. De descanso.

Todo se apagaba. El mundo mismo se apagaba poco a poco.

Pero siguió caminando.

Por primera vez, Avanzadilla sentía el tiempo como algo que le ocurría a él, en lugar de limitarse a pasar a su alrededor. Era una sensación inquietante, no del todo agradable.

Seguía sintiendo a sus…

Hermanas, se dijo.

Su masculinidad, adquirida tan sólo unos minutos atrás, estaba empezando a notarse en su cuerpo. Sus rasgos perdían poco a poco su naturaleza andrógina y se decantaban con decisión hacia un aspecto concreto.

Y ellas eran sus hermanas, se dijo. Sí. Ellas.

Las sentía. Notaba el vínculo entre ellos. Pero supo que, si así lo deseaba, podía cortarlo.

¿Lo deseo?

No lo sabía. ¿Qué era exactamente desear?

Subía por unas escaleras empinadas que se internaban en la oscuridad. Se detuvo de pronto y pensó en sus hermanas. Sin el amo, sin la voluntad que había sido parte de ellas desde su nacimiento, estaban vacías, indefensas. Recién nacidas a las que su padre había abandonado.

¿Por qué yo no me siento así?

No lo sabía.

Se acercó a las mentes de sus hermanas. A través de los mensajeros que los seis siempre habían compartido (y por primera vez pensó en Armonía y Tono; y se preguntó dónde estaban) entró en sus pensamientos y trató de calmarlas.

¿Por qué hago esto?

Pero no había tiempo para perderlo en preguntas. ¿O sí? Tenía todo el tiempo del mundo, al fin y al cabo.

Sintió cómo se calmaban, cómo se volvían hacia él, ansiosas y esperanzadas.

Estoy aquí, transmitió. *Venid. Os espero.*

Las sintió incorporarse, echar a andar en su dirección. Se dio cuenta de que cambiaban a cada paso, como si obedecieran su voluntad.

Bien, se dijo. No sabía por qué, pero sintió que era como debían ser las cosas. Bien, se dijo de nuevo.

Luego permaneció inmóvil, dejando que el tiempo transcurriera como un amigo al que hubiera echado de menos toda su vida.

No había nadie en las almenas. Nadie vigilaba la puerta. Nadie les impidió el paso.

—Es una trampa —susurró Itasu.

—Tal vez —dijo Yáxtor—. Pero no lo creo.

R'nendo no dijo nada. Poco a poco le iba resultando más fácil encontrar a sus carneútiles, sentir lo que ellos sentían, ver lo que veían. Se dio cuenta de que Movimiento y Ritmo, cogidos de la mano, se dirigían hacia algún lugar. Avanzadilla estaba inmóvil. ¿Los esperaba?

No estaba seguro. Había algo que no era del todo correcto en sus percepciones. Como si, por primera vez, no fueran del todo suyas.

Franquearon las puertas entreabiertas del castillo y entraron en un salón cubierto por las sombras.

—Guíanos —le dijo Yáxtor.

Con un gruñido, R'nendo les indicó que lo siguieran.

Renyokiru se apoyó en el marco de la puerta. Muy despacio, dio media vuelta y contempló el interior de la habitación.

Las esferas de memoria, vacías. La sangre coagulada en el suelo. Sus hombres colgados. El trono vacío. Las lejanas escaleras. La pared en la que había estado clavada.

Nada más. Nadie más.

Estaba sola.

Se frotó las muñecas. Sus mensajeros habían cicatrizado la herida y reparado el tejido. Notaba un dolor sordo, distante, casi un picor lejano.

Y estaba sola.

Tomó aire. Se giró de nuevo.

La puerta desembocaba en un pasillo en sombras, y el aire, al respirarlo, parecía gastado, como si hubiera sido usado demasiadas veces.

Estaba sola. Y caminaba hacia…

No. De pronto, algo se rebeló dentro de ella. ¿Hacia dónde iba? ¿Qué pensaba hacer? Meneó la cabeza. Tomó aire. Buscó dentro de sí misma el centro de tranquilidad que siempre le había servido de ancla.

Estaba sola.

¡No!

Sola para siempre.

No, maldita sea. No, no se dejaría ganar por…

Se volvió. Había oído… No; no había nada. Sí; había oído una risa. Una risilla condescendiente y afilada. No; no había nada.

Estaba sola.

¡No!

Sin convicción, llevada por una terquedad que no sabía de dónde le venía, dio un paso al frente y se internó en el pasillo.

De nuevo, Yáxtor tenía la sensación de que había alguien a su lado, igual que cuando había cruzado la puerta hacia Imarasu.

Sabía que si intentaba volverse a mirar, la presencia se desvanecería, así que siguió caminando. Muy despacio, como si estuviera acechando a una presa demasiado tímida, soltó parte de sus mensajeros.

No estaba seguro de que fuese buena idea. Había gastado una parte considerable de ellos al regenerar la espada de Itasu, y tardaría bastante en recuperarlos. Su nueva familiaridad con los mensajeros honoyeses debería haberle ayudado pero, de alguna manera, a medida que se habían ido acercando al castillo, el ambiente se había ido vaciando de ellos. De hecho, ahora, mientras caminaban siguiendo a R’nendo, apenas podía captar alguno.

No era como en el campo represor de No Mo Lou, la prisión en la que Tsun Zune le había encerrado. Estaban allí, pero inactivos, casi

muertos, y en cantidades ínfimas.

Pese a todo siguió adelante. Necesitaba saber qué era aquello.

Frente a él, Itasu caminaba de un modo precavido. Un hermoso animal acorralado, en cierta forma. R'nendo, casi a trompicones, seguía avanzando, y presentaba un aspecto cómico: movía la cabeza de un lado a otro, como si tratase de olfatear el rastro de sus carneútiles.

Los mensajeros abandonaron su cuerpo, se esparcieron a su alrededor, buscaron.

Pero no parecía haber nada que buscar. Nada que encontrar. Los tres estaban solos, no había nadie más.

Y sin embargo…

Sí; cerca, tan cerca y al mismo tiempo terriblemente lejos.

Una presencia.

Una… voluntad.

Pero ¿dónde?

Sus mensajeros captaban algo, pero no eran capaces de darle una imagen nítida.

Sintió movimiento junto a él y reprimió los deseos de volverse a mirar. Luego le pareció oír un eco, una amable risa lejana.

¿Quién eres? ¿Dónde estás?

Y, sorprendentemente, obtuvo una respuesta:

Junto a ti. A tu lado.

¿Quién eres?, repitió.

Soy tuyo. Soy de tu mano y de tu voluntad.

¿Quién eres?

Tu hermano. Tu siervo. Tu heraldo.

Maldita sea, ¿quién eres?

No escuchas. Pero lo harás.

El silencio cayó de nuevo a su alrededor, y la presencia se desvaneció por completo. Yáxtor hizo volver a sus mensajeros, los absorbió en su cuerpo y siguió caminando.

Mi siervo, se dijo. *¿Desde cuándo?*, se preguntó.

Recordó la imagen en sombras en su sueño. La figura lejana que parecía espiarlos a Ámber y a él. Trató de recordar en qué momento había aparecido.

Tomó aire. Miró al frente.

Sonrió.

Avanzadilla se reunió con sus hermanas. Contempló sus rostros inexpresivos. Sus facciones tan perfectas como carentes de vida.

Facciones de mujer.

Cuerpos femeninos.

Sintió el modo en que dependían de él, se acercaban a él, lo tocaban.

Buscaban.

Supo el qué. Y supo que podía dárselo.

¿Lo haría?

La tentación era grande. Quizá demasiado. Durante toda su vida había sido un instrumento, una herramienta sin otra voluntad que la de su amo, sin más sentimientos que los que éste le permitía tener, sin otros pensamientos que los que el amo consideraba adecuados.

Y ahora, de pronto, era libre.

Supo que no era la primera vez, que en ocasiones anteriores el amo había estado ausente. Pero lo que había sentido en aquellos momentos había sido vértigo, como si el centro del mundo se hubiera desplazado y él no pudiese encontrarlo.

Lo que descubría ahora era que el centro estaba en él. Que era él.

Quiero.

Una sola palabra. Una palabra que se suponía que su especie no podía comprender.

Quiero.

¿Y qué quería?

Miró de nuevo a sus hermanas, perdidas, desorientadas, buscando una voluntad que las guiase.

¿Y por qué no la mía?

Sí; al fin y al cabo, ¿por qué no?

Se acercó a Movimiento y Ritmo. Las rozó con la punta de los dedos. Ellas sonrieron y se tranquilizaron al instante. Se volvieron hacia él como lo harían con un amo, esperando que su voluntad los guiase.

Y de pronto…

¡No! ¡Aún no! No cuando estaba tan cerca de…

¿De qué había estado cerca? Miró a su alrededor, vio a sus hermanas, sintió la presencia del amo cercana.

Sí, al fin. Casi suspiró de puro alivio. Había estado tan perdido…

El amo había vuelto. Todo era como debía ser.

Al frente de sus hermanas, echó a andar hacia el lugar en el que sentía al amo.

Sí, todo era como debía ser. Aunque…

Lo que distingue a un adepto empírico de un hombre normal no son las habilidades adquiridas con el entrenamiento. Ni su capacidad para manipular sus propios mensajeros o los de los demás.

No; lo que hace de él alguien único es que, no importa lo desesperada que sea la situación, un adepto empírico jamás se rendirá.

Mientras hay vida, hay posibilidades.

Todo lo demás es negociable.

—Próxtor Brandan

—Ah, Regente, qué bien que hayas despertado.

Orston Velhas parpadeó y miró a su alrededor. Poco a poco, su vista empezó a aclararse y las cosas cobraron nitidez.

Estaba tumbado sobre una superficie dura y fría. Sobre él había una luz demasiado brillante. Y, a sus pies, distinguió una figura que lo contemplaba con educada expectación.

—Toga —dijo.

El interpelado se inclinó, en un remedo burlón de reverencia.

—A tu servicio, Regente.

Velhas intentó moverse, sólo para descubrir que estaba atado. Miró a su alrededor y no fue capaz de reconocer dónde se encontraba. Desde luego, aquéllas no eran sus habitaciones.

—No te molestes, Regente. Las ligaduras resistirán todos tus intentos por desatarte. Y esta habitación ha sido esterilizada de mensajeros. No hay gran cosa que puedas usar para salir de aquí.

No le costó mucho comprobar que lo que decía su captor era cierto. Contaba sólo con sus propios mensajeros, y aun éstos parecían… desorientados. No sabía con qué le había drogado Toga, pero sin duda era eficaz: se sentía totalmente despierto, consciente, pero de algún modo el control que tenía sobre sus mensajeros había disminuido.

La habitación estaba casi desprovista de ornamento. Un pequeño estante a un lado, ocupado por algo que Velhas no pudo identificar, la camilla en la que estaba y una silla con aspecto de haber conocido mejores tiempos. Las paredes estaban desconchadas, llenas de

manchas de humedad. Y aquel olor… Sí, estaban cerca de los puertos. Tal vez.

—¿Qué pretendes? —preguntó.

Toga se acercó al Regente.

—Creí que eso estaba claro. Al fin y al cabo, a estas alturas seguro que tu más que eficiente servicio de información ha desvelado mi trama… al menos en su mayor parte. Así que no me digas que no te imaginas cuáles son mis intenciones.

Velhas frunció el ceño.

—Pretendes reemplazar a la Reina y al Emperador con carneútiles adiestrados —dijo.

—Así es. Pero, ¿por qué sólo a ellos?

Se inclinó y, al hacerlo, desapareció del campo de visión del Regente. Cuando se incorporó de nuevo llevaba algo en las manos. Redondo, anaranjado, al Regente no le costó mucho trabajo reconocer lo que era.

La pista que Fléiter y sus hombres habían seguido los llevaba directamente a un embarcadero sobre el río Lambo. Un lugar que no parecía tener nada en especial, totalmente indistinguible de las docenas de embarcaderos que lo rodeaban.

Aunque, se dijo Fléiter, sí que había algo en él que lo hacía distinto. Era en aquel lugar y no en ningún otro donde encontraría lo que había venido a buscar.

Eso espero.

Sus hombres se desplegaron con parsimonia y eficacia. Y, mientras lo hacían, Fléiter no pudo por menos que sorprenderse de que el Regente les permitiera actuar de ese modo en Lambodonas.

¿Por qué no están aquí los adeptos empíricos? Éste es su territorio.

¿O si estaban?

Sabía que no todos los adeptos eran como Yáxtor, por supuesto; que éste era excepcional incluso entre ellos. Pero sabía también de lo que eran capaces los adeptos empíricos y no le cabía la menor duda de que podrían haber hecho lo mismo que ellos estaban haciendo, de un modo más rápido, más eficaz y, seguramente, más letal.

Así pues…

Recibió la señal de su segundo y dejó de hacerse preguntas. La trampa estaba dispuesta. Ahora era cuestión de esperar a que la víctima cayese en ella. Y, si la información con la que contaba era correcta, no tardaría en hacerlo.

Fléiter comprobó la hora. Casi a la vez, el reloj de la torre

desgranó once campanadas.

No; no faltaba mucho.

Se arrebujó en el manto y se sirvió un largo trago de licor de su petaca. Se preguntó qué estaría haciendo Yáxtor. Seguramente algo estúpido, arriesgado y que acabaría dejando unos cuantos cadáveres como resultado. Esperaba que el del propio Yáxtor no fuera uno de ellos.

Aunque, a veces…

Toga Toshune había dispuesto el embrión de carneútil a un lado de Orston Velhas. Lo había depositado con suavidad en la mesa, junto a la cabeza del Regente y luego, lentamente, había manipulado el embrión.

A Velhas le parecía que lo estaba pelando, y los sonidos que podía discernir no contradecían aquella impresión.

Al fin, el Shono terminó con lo que estaba haciendo y se volvió al Regente.

—No dolerá, si es que te interesa saberlo.

Velhas no respondió.

—Que hables o calles es irrelevante y no afectará al proceso.

Se apartó a un lado y Velhas pudo ver que, en efecto, Toga había cortado media docena de finas y largas tiras en la piel del embrión, que ahora parecía una fruta pelada a medias. Las tiras no estaban separadas por completo de él y era como si al huevo le estuviera saliendo una extraña barba.

Luego, Toga sacó algo de una bolsa que llevaba con él: un parche marrón con la textura de una corteza.

—¿Qué es eso?

Ocupado en unir al parche el extremo libre de las tiras, Toga no respondió. Sólo cuando terminó su tarea se volvió al Regente y dijo:

—No tardarás en averiguarlo.

Sin más ceremonias, dejó caer el parche sobre el rostro de Velhas. Éste meneó la cabeza, pero fue inútil. Aquella cosa se pegó a su piel casi inmediatamente. Medio ciego, sofocado, el Regente se mantuvo inmóvil.

—Puedes respirar —dijo Toga—. La membrana es permeable. Y enseguida volverás a ver.

Era cierto. Su visión se iba aclarando lentamente. De un modo precavido, intentó respirar y descubrió que podía, aunque le costaba trabajo.

De pronto notó activos a sus mensajeros.

No; no era eso.

No eran sus mensajeros.

Una barcaza se acercaba perezosamente al embarcadero. Fléiter distinguió al piloto, en la popa, pero más allá de eso, la barcaza parecía vacía.

Indicó a sus hombres que se mantuvieran alerta.

Como si no tuviera ninguna prisa, al fin la barcaza llegó al embarcadero. Con indiferencia, el piloto lanzó un cabo sobre uno de los pilotes del malecón. Luego, con una palabra impronunciable, lo aseguró. Una nueva palabra impronunciable apagó el motor de la embarcación.

El piloto se sentó junto al timón y sacó algo de entre sus ropas. Fléiter vio un resplandor y el olor del humo del tabaco no tardó en llegar a él.

Así que el piloto también esperaba.

Comprobó de nuevo la hora. No tendría que esperar mucho más.

¡No, maldita sea; aquello no iba a acabar así!

No iba a permitir que aquella cosa duplicase su personalidad en el embrión del carneútil para que éste, al eclosionar, se convirtiera en una copia suya. No dejaría que lo reemplazasen por aquella cosa anaranjada, aquel títere sin voluntad. Era un adepto empírico, o lo había sido, al menos, y no se iba a rendir tan fácilmente.

Tomó aire y apretó la mandíbula.

Muy bien. Su control sobre sus propios mensajeros era limitado. Pero había algo que podía hacer, o al menos intentarlo.

Al fin y al cabo, a eso se dedicaban los adeptos empíricos: a intentar todo aquello que fuera posible.

Era un disparo a ciegas, lo sabía. Pero cualquier cosa era mejor que permanecer allí inmóvil mientras lo vaciaban de todo lo que era y lo que recordaba.

Tomó aire y enfocó sus sentidos. Trató de concentrar toda su percepción en un único punto. Debería poder hacerlo. Lo había hecho cuando era joven.

Claro que desde entonces había pasado mucho tiempo.

Pero eso no importaba. Ahora no. El fracaso no importaba. El

único pecado imperdonable era no intentarlo.

Sí; allí estaba. Lo sintió.

Un único mensajero. Una criatura escurridiza. Un punto que flotaba en mitad de ninguna parte.

¿Podría? ¿Sería capaz, ya que no podía manipular sus mensajeros en bloque, de actuar sobre uno solo de ellos?

Bueno, si no podía tampoco estaría en una situación peor que la actual.

Así que buscó la palabra impronunciable en su memoria. La paladeó unos segundos y, finalmente, dejó que se pronunciase en su boca.

¡Sí, maldita sea; sí!

Lo estaba consiguiendo. Tenía un mensajero bajo control. Sólo uno. Pero ese uno podía ser el primero de muchos.

Lo intentó con otro. Y otro. Y otro más. Cada intento le costaba un poco menos y, pronto, había los suficientes bajo su control.

Los lanzó contra los demás.

Se resistían, intentaban no obedecerlo, pero había conseguido agarrarlos.

La segunda palabra impronunciable fue pronunciada, y vio con satisfacción cómo Toga abría los ojos en un gesto de sorpresa.

—¿Qué estás haciendo, Regente? —preguntó, en una parodia asustada de su anterior altivez.

No perdió el tiempo respondiéndole.

¿Qué estoy haciendo, maldita rata honoyesa? Estoy luchando, estoy negándome a rendirme. Estoy obligando a mis mensajeros a que me obedezcan. Y cuando sean suficientes los lanzaré contra los tuyos. Y ya veremos qué pasa entonces.

Sintió cómo la membrana se apretaba más contra su rostro y, a su lado, oyó el sonido familiar de un huevo de carneútil iniciando su eclosión.

No, aún no; no lo permitiría.

Con una última palabra impronunciable, el control de sus mensajeros fue completo. Sin esperar, los lanzó hacia la membrana que cubría su rostro y los obligó a atacarla.

¡Vamos, sí!

Aquella maldita cosa se resistía, pero él no se daría por vencido. Vio a Toga dar dos pasos en su dirección, detenerse de pronto y empezar a temblar. Y, por primera vez, sintió que algo no encajaba en el Shono; que había algo torcido en él, fuera de lugar Pero no tenía tiempo para preguntarse qué estaba ocurriendo. No con el embrión a punto de eclosionar y aquella cosa transfiriéndole su personalidad.

Sus mensajeros cayeron sobre la membrana, entraron en ella, atacaron un enlace aquí y rompieron otro allá. Lucharon como les

ordenaba su dueño, un ejército invisible que no conocía el cansancio y que no pensaba en la derrota.

¡Vamos!

Sí; ahora lo sentía. Estaban teniendo éxito.

Con un sonido de succión, la membrana se desprendió de su rostro. Velhas contuvo un grito cuando parte de su barba se fue con la membrana. La sintió caer a su lado y, sin perder un instante, dio a los mensajeros la orden de que lo desataran.

Toga titubeaba frente a él. Miraba a los lados, desorientado, como si esperase a que alguien apareciera para darle instrucciones. De pronto se llevó las manos al rostro y pareció a punto de echarse a llorar.

Absurdo.

Pero, de nuevo, no perdió el tiempo con aquello. Pronto sus manos estuvieron libres y pudo incorporarse a medias. Contempló la membrana, ahora una cosa arrugada que se marchitaba con rapidez. El embrión de carneútil, no muy lejos, seguía con el proceso de eclosión. La superficie del huevo temblaba y el naranja de su piel se volvía cada vez más intenso.

Velhas alzó un puño. Dudó un instante.

—¡No! —suplicó un Toga sollozante.

El puño de Velhas cayó sobre el embrión. Lo sintió crujir y volvió a golpearlo. La cáscara se resquebrajó. Un nuevo golpe y los jugos internos del carneútil empezaron a derramarse por la cascara medio rota.

Velhas se detuvo un instante. Comprobó, complacido, que el carneútil estaba muriendo. Los mensajeros terminaron de desatarle las piernas.

Muy despacio, se puso de pie. Le echó un último vistazo al embrión agonizante y luego echó a andar en dirección a Toga.

El honoyés estaba medio doblado sobre sí mismo y se tapaba el rostro con las manos.

Velhas frunció el ceño.

No; el orgulloso Shono que había conocido no se rendiría tan fácilmente. Algo no encajaba en todo aquello. Inspiró profundamente y, llevado por una intuición de última hora, ordenó a sus mensajeros hacerse con el control de los de Toga.

Y, para su sorpresa, no encontraron la menor resistencia.

Imposible. Absurdo. A menos que…

Con un gesto brusco, agarró la muñeca de Toga y le obligó a mostrarle el rostro.

Asombrado, Velhas retrocedió.

Lo que contemplaba ahora era la parodia sollozante de un rostro humano. Sus facciones se estaban volviendo informes, indistintas,

perdiendo cualquier asomo de personalidad que hubiera podido haber tenido.

Velhas meneó la cabeza.

Arrancó un trozo de las ropas de Toga y lo frotó contra la piel del otro hombre. El familiar color de la carne humana no tardó en ser sustituido por un tono anaranjado que conocía muy bien.

Tomó aire, mientras la criatura se desmoronaba en el suelo y perdía sus últimos rasgos de personalidad.

El carromato llegó no mucho después.

El conductor lo detuvo junto a la barcaza, aseguró el freno y se bajó del pescante. Saludó al piloto con un gesto, y sólo entonces éste dejó de fumar y saltó al embarcadero.

Los dos hombres intercambiaron un saludo. Luego, el conductor del carro hizo a un lado la lona que lo tapaba y le mostró el contenido al piloto de la barcaza. Éste asintió y empezaron a descargar las cajas.

Fléiter dio la señal en ese momento.

Sus hombres saltaron de las sombras, rodearon a los otros dos y, antes de que éstos comprendieran qué ocurría, los tenían inmovilizados.

Sólo entonces Fléiter asomó de entre las sombras y se acercó al malecón.

—Abridla —dijo, señalando una de las cajas.

Mientras cumplían sus órdenes, Fléiter se volvió a los prisioneros. Estaban inmóviles. Silenciosos. Quizá demasiado.

—Señor… esto no…

Fléiter dejó de prestar atención a los prisioneros y le echó un vistazo al contenido de la caja.

—¡En nombre de la Teja! ¿Qué es esto?

Pero no necesitaba que nadie le respondiera. Lo que había en aquella caja no era otra cosa que calabazas.

Fléiter se volvió a los prisioneros. El reloj de la Torre dio las doce en aquel momento.

Orston Velhas no sabía dónde estaba, pero en aquellos momentos, no podía importarle menos.

Tenía los restos de un embrión de carneútil; la cáscara

destrozada, los jugos derramados y, en medio de lo que quedaba del huevo, una figura minúscula de aspecto desagradablemente humano. Tenía un trozo medio carbonizado de lo que parecía corteza de arbolmundo. Y a sus pies, inmóvil y con la mirada perdida, había un carneútil que tan solo unos minutos atrás había parecido el Shono Toga Toshune.

Decir que todo aquello no le gustaba nada habría sido, como poco, inadecuado. En realidad, en aquellos momentos, el Regente de Alboné no tenía ningunos deseos de hablar. Quería golpear, patalear, destrozar algo.

Y, en el proceso, averiguar dónde estaba Toga Toshune, cómo lo habían sacado a él de sus habitaciones en el palacio de Lambodonas, adónde lo habían llevado y qué significaba todo aquello.

No; no esperaba averiguarlo destrozando cuanto le rodeaba. Pero desde luego, se sentiría mucho mejor.

Pese a todo, se tranquilizó. Tomó aire, se agachó lentamente y contempló en silencio al carneútil inmóvil.

—¿Dónde está Toga?

La criatura lo miraba, inexpresiva.

—¿Dónde está Toga? —repitió.

El carneútil trató de enfocar la vista. Frunció el ceño. Abrió la boca, pero lo que escapó de ella era un galimatías sin sentido.

El Regente lo soltó y dejó que se desmadejara en el suelo.

Tomó aire y, al hacerlo, sintió que recuperaba el control de sus mensajeros. Con una palabra impronunciable los envió a explorar la habitación mientras él permanecía inmóvil, con los ojos cerrados.

Los mensajeros terminaron su tarea y regresaron a él.

No había gran cosa.

El carneútil era una carcasa vacía. Sus mensajeros se degradaban con rapidez y los recuerdos y la personalidad que hubiera podido tener desaparecían con ellos. El embrión muerto no era más que una envoltura inútil, y la corteza de arbolmundo se convertía rápidamente en cenizas de las que no se podía sacar nada.

Frustrado, Velhas masculló una maldición. Luego, ordenó a sus mensajeros que descerrajaran la puerta y abandonó aquel lugar.

Llevamos más de un siglo usando los portales. Lo que no quiere decir, ni de lejos, que comprendamos cómo funcionan.

De hecho, al principio ni siquiera sabíamos que habíamos creado un portal. Pensábamos que estábamos ante otra forma de producir un espejo de comunicaciones.

Y ahora, después de todo este tiempo, ¿qué sabemos de ellos?

Sabemos que el tránsito a través de un portal es instantáneo, sin importar la distancia que separe ambos extremos. Instantáneo para un observador externo, al menos.

No es ésa la percepción que, a veces, tienen los que los usan.

¿Un engaño de la mente?

Es posible.

O también es posible que no.

Lo cierto es que hay testimonios bastante inquietantes al respecto. Sí; es cierto que para la mayoría el tránsito a través de un portal dura un parpadeo, un latido. Pones un pie en un lugar, das un paso y te encuentras en otro totalmente distinto.

Pero no siempre es así. A veces las cosas se… tuercen. A veces es como si recorriéramos un túnel, como si avanzáramos a tientas durante un tiempo imposible de medir, rodeados de sombras que nos susurran a cada paso y sin garantías de llegar al final.

Algunos dicen que es porque el paso a través de un portal no es tal. Que, de algún modo, nuestros mensajeros nos encapsulan, nos descomponen en información y pasan esa información de unos a otros, hasta llegar al otro extremo del portal. Las extrañas percepciones que tenemos a veces no son otra cosa que pequeños errores en la copia de la información.

Una teoría interesante. Pero aún está por ver si es cierta.

Hay otra más interesante todavía. Una que dice que a ángulos rectos de nuestro mundo hay otro. Un cosmos incomprensible (al que quizá habría que llamar caos, pues no estamos seguros de que haya orden alguno imperando en él) que usamos como atajo para ir de un lugar a otro de nuestro mundo.

Las dos teorías (o ninguna) podrían ser ciertas.

Y cualquiera de ellas arroja inquietantes preguntas para las que quizá nunca tengamos respuesta.

—Qérlex Targerian

Anurasi esperaba en silencio. En la oscuridad.

Repartido en más de veinte cuerpos, se agazapaba en las sombras y esperaba. Sentía la desesperación de la mujer, la paladeaba como un bocado exquisito, delicado. Era consciente de los tres intrusos. Y, de un modo distraído, percibía a los carneútiles deambulando por el castillo.

No es que estos últimos importasen gran cosa o representasen

alguna amenaza. Al fin y al cabo, no eran más que fábricas ambulantes, esclavos dóciles que se rendirían a la voluntad más fuerte.

En cuanto a los otros…

Tenía planes concretos y precisos para la mujer. La suya era una parte pequeña, pero vital, del complejo ballet que todos estaban representando. Y no permitiría que las cosas sucedieran de un modo distinto a como debían ocurrir.

Los tres intrusos serían eliminados. Devorados. Y luego, la mujer aguardaría el momento adecuado para hacer lo que tenía que hacer. Quizá nunca fuera necesario, tal vez jamás haría falta despertar lo que llevaba dentro. O puede que sí, puede que ella fuera la pieza clave en todo el plan, la última medida a emplear cuando todo lo demás fallase. O nunca. O...

Así que Anurasi esperaba. Sus veinte cuerpos permanecían agazapados en la oscuridad y esperaban.

Aquel castillo…

Lo habían construido como un vigía solitario. Un guardia que dominaba toda la prisión. Un refugio para tiempos de peligro.

Pero había sido tan fácil adaptarlo a sus designios.

Durante unos minutos, Anurasi se permitió el lujo del recuerdo.

La bomba. La bomba que los había liberado. La bomba que había destruido todos los mensajeros de Kyono-jo, que había matado al arbolmundo, que había desactivado las puertas y había permitido que, por fin, después de tanto tiempo, el paso de su mundo al de los humanos fuera algo más que un sueño imposible.

Con Utekaru y Utokaru desactivadas, la Puerta Que No Debe Ser Abierta ya no era la barrera infranqueable que había sido.

Había una rendija hacia aquel mundo odioso que los esclavizaba y los utilizaba.

Por fin, después de tantos años.

No estaba seguro de en qué momento había pensado en sí mismo como Anurasi. Pero no había sido hacía mucho tiempo.

En Otrolugar, la identidad era algo fluido, cambiante. Recordaba haber sido muchos y haber sido ninguno. Pero aquí, en aquel mundo que no era el suyo, era por fin Anurasi y lo seguiría siendo hasta que los suyos tuvieran éxito o fracasasen.

No; el fracaso no era una opción. La derrota no existía.

Les habían arrancado un trozo. Habían traído un pedazo de Otrolugar a aquel mundo duro y rugoso, áspero y demasiado nítido. Y habían usado aquel trozo como un puente para llegar al fulcro. Al nexo.

Y luego…

Pero no quería pensar en eso.

De hecho, el tiempo para pensar había pasado.

El plan, trazado cuidadosamente una y otra vez, recompuesto y vuelto a recomponer durante eras incontables, estaba en marcha. Cada uno de los suyos sabía lo que debía hacer.

Cada ataque, cada finta, cada paso en el complicado baile que estaban ejecutando tenía un propósito. Más de uno, en realidad. Las posibilidades cambiaban con cada resultado, pero incluso eso había sido previsto. Había una acción esperando cada opción.

Y, al final, todas encajarían como debían.

Los intrusos se acercaban. La mujer no tardaría en encontrarlos.

Era el momento.

Si se hubieran coordinado, no podría haberles salido mejor.

Yáxtor, Itasu y R'nendo entraron por una puerta. Los carneútiles, por otra. Y una Renyokiru de aspecto derrotado, por una tercera.

Los tres grupos se miraron.

Entraban en una sala triangular cuyas paredes estaban cubiertas por las sombras.

Y las sombras cobraron vida y cayeron sobre ellos.

Varias cosas sucedieron a la vez.

Renyokiru se tambaleó, estuvo a punto de caer y, de repente, se irguió en mitad de la habitación y se cruzó de brazos, como si hubiera tomado la decisión de morir de pie.

Los carneútiles se pegaron a la pared. R'nendo avanzó tambaleante hacia ellos.

Y Yáxtor e Itasu iniciaron un ballet mortal.

El adepto sabía que no estaba en plenitud de facultades. Había gastado demasiados mensajeros en la regeneración de la espada de Itasu, y el castillo parecía estar vacío de ellos. Por un instante consideró la idea de lanzarse contra los carneútiles del trovador, drenarlos y apoderarse de sus mensajeros, pero no tardó en comprender que no tenía tiempo para eso.

Tendría que luchar con lo que tenía a su alcance. Confiaba en que fuese suficiente.

Un giro. Una finta. Un golpe.

Un paso hacia atrás.

Su espalda contra la de Itasu.

Y, al contacto con ella, la sensación de que podía relajarse, de que Itasu no le fallaría y pelearía junto a él hasta el final. Sintió que, en medio de aquella batalla, podía confiar en la mujer como confiaría en sí mismo.

Una sombra se abalanzó hacia él. Yáxtor la detuvo de un tajo preciso, veloz.

Sintió a Itasu a su espalda, moviéndose con eficacia, de un modo salvaje. La oyó reír y, de algún modo, aquella risa lo llenó de deseo.

Dentro de él, el animal mezquino rechinó los dientes.

No, se dijo, *no hay ningún animal, no es una parte aislada, no es algo que se me haya impuesto desde fuera. Soy yo. Siempre he sido yo.*

Vio que uno de los atacantes se lanzaba contra Renyokiru. Dio dos pasos rápidos, decapitó una sombra y luego se volvió contra la otra.

No era necesario. Con una mano, Renyokiru sujetaba a su otro atacante por el cuello y lo mantenía inmovilizado.

Yáxtor masculló una maldición.

¿Qué clase de mujer era aquella? La había visto entrar derrotada en la habitación, como si el mundo entero se le hubiera caído encima. Y, de pronto, se erguía, permanecía inmóvil y, con un gesto casi demasiado sutil para captarlo con los ojos, inmovilizaba a su atacante.

Giró sobre sí mismo, partió en dos otra sombra y sonrió.

Oyó una risa lejana, emitida con la misma voz que le había hablado unos minutos atrás.

Contempló su espada y volvió a sonreír.

Itasu a un lado, un torbellino con espada que no paraba de lanzar carcajadas salvajes al rostro en sombras del enemigo.

Renyokiru al otro, en una calma perfecta y letal.

Pensar en cualquiera de las dos hacía hervir su sangre. Pensar en una de ellas lo llenaba al mismo tiempo de un hambre de violencia, de un deseo casi irresistible de humillarla. Pensar en la otra lo hacía sentir tranquilo, a gusto consigo mismo. En paz.

Se agachó, rodó sobre sí mismo, cortó las piernas de una sombra y luego, mientras caía, le hundió la espada en el pecho.

Durante unos instantes, Itasu apenas había podido reaccionar. El alivio al ver cómo su hermanita encajaba en su mano como siempre, de qué modo se compenetraba con ella como si nada hubiera pasado, casi la había paralizado.

Luego se había lanzado al ataque hecha una furia de melena naranja que no paraba de reír.

En cierto momento se dio cuenta de que estaba espalda contra espalda con Yáxtor.

Te curó, hermanita; sigues viva gracias a él, pensó.

Pero no había agradecimiento en el alma de la espada, sólo una furia homicida. Fría y brillante, como siempre. Afilada. Imparable.

Notar a Yáxtor tras ella la hizo sentirse extrañamente a salvo. Y, de pronto, recordó lo que se había prometido a sí misma justo antes de salir de Kyono-jo: no darle jamás la espalda al adepto.

Se rió de nuevo. Lanzó la risa como un arma contra sí misma.

Envió una sombra al otro lado de la muerte. Reventó una cabeza. Cortó un brazo. Abrió un pecho.

Y rió otra vez.

Renyokiru había visto entrar a Yakisetoru e Itasu en la sala. Apenas los había reconocido.

Sí; aquellos rostros eran familiares, parte de su pasado. Pero su pasado era… nada, una ilusión. Una sombra.

Como las sombras que saltaron de la pared sobre ellos.

Por un instante, estuvo a punto de rendirse, de darse por vencida para siempre y desvanecerse en la oscuridad. No ser más. Dejar de sentir. Desaparecer sin dejar huella.

Descansar, por fin.

Y luego, de pronto, casi contra su voluntad, se había erguido y había mirado a su alrededor.

Sombras.

Miedos.

Derrota.

Todos cayendo sobre ella. No podía ganar.

Pero si iba a perder, se dijo, caería como un Intgze. Si iba a morir, si estaba condenada a desvanecerse en el olvido, no lo haría sin luchar. Eso nunca. La muerte podía ser la huida definitiva, el descanso final, la ruta de escape última. Pero si quería tomarla, tendría que ganárselo. Si estaba condenada a desaparecer, sería a su modo; sería de la misma forma en que había vivido.

No se rendiría.

Cruzó los brazos y esperó la muerte.

Quién sabe, se dijo, *tal vez la muerte se lleve hoy una sorpresa.*

La batalla terminó tan rápidamente como había empezado.

Renyokiru, Itasu y Yáxtor seguían en pie. No ilesos, porque sangraban por media docena de pequeñas heridas, pero ninguna de importancia. La respiración de los tres era un jadeo acompasado que tenía un ritmo casi sexual.

A su alrededor, esparcidos por el suelo, una veintena de cuerpos se arrugaban velozmente, se encogían, se marchitaban y se hacían polvo.

R'nendo, arropado por sus carneútiles, apenas creía lo que acababa de ocurrir.

—Habéis vencido —dijo, estupefacto.

Yáxtor alzó su espada y contempló la hoja negra. ¿Vencido? No; no del todo, se dijo, faltaba algo; aquello aún no había terminado.

—Habéis vencido —repitió R'nendo.

Echó a andar hacia ellos, rodeado por los carneútiles que, de nuevo, eran sus ojos. Notaba algo distinto, como si las percepciones de sus criaturas hubieran cambiado de un modo que no podía concretar en el lapso en que habían permanecido separados. Pero en aquellos momentos, eso no le importaba gran cosa.

—No puedo creer… Ha sido… No hay canción que pueda expresar…

Itasu sonrió y se encogió de hombros.

—Es nuestro trabajo —dijo—. Somos Intgze.

Y Yáxtor sintió que la mujer lo incluía en su afirmación, quizá por primera vez.

La miró y asintió. Ella le devolvió el saludo.

Entre los dos, Renyokiru permanecía inmóvil. Atenta, como escuchando algo.

—No se ha acabado —dijo de pronto.

Se inclinó y tomó dos espadas del suelo. Las sospesó con tristeza y trató de no pensar en el destino de sus hermanitas.

—No se ha acabado —repitió.

—La damita tiene razón —dijo una voz oscura, densa, rechinante.

Se volvieron. Una nueva sombra entraba por la puerta, y Yáxtor sintió que el corazón le daba un vuelco. Era como el eco siniestro de un cuerpo humano, como un reflejo deformado en un espejo distorsionado por siglos de sufrimiento.

Y era enorme.

Había entrado por la puerta sin agacharse, pero ahora que estaba dentro de la habitación parecía gigantesco, como si el espacio mismo no pudiera contenerlo.

—Podéis llamarme Anurasi. Al menos, durante el tiempo que os quede de vida —dijo aquella… cosa.

De un salto imposible, Renyokiru se lanzó sobre él, las dos espadas en alto, el rostro crispado en una mueca que podía ser tanto de rabia como de horror.

De un manotazo, Anurasi la hizo a un lado. Itasu echó a correr hacia ella y llegó a tiempo de sujetarla antes de que golpease contra la pared.

Frente a Anurasi, Yáxtor sujetaba su espada y trataba de aparentar una confianza que estaba bastante lejos de sentir.

Tranquilo. Lo venceremos. Podemos con él. Juntos.

Miró su espada. Casi pudo ver un rostro burlón reflejado en su oscura superficie.

Podemos.

¿Cómo?

Confía en mí. Entrégate a mí. Sé uno conmigo.

Yáxtor tomó aire. Miró a su alrededor. Itasu depositaba con cuidado en el suelo el cuerpo inconsciente de su comandante.

No tienes muchas opciones.

No tengo ninguna.

Úsame. Úsame como he sido creado para ser usado.

Anurasi lo miraba con una sonrisa que hablaba de días vacíos y noches muertas, de tristeza y dolor, de humillación y sufrimiento. Flexionó un brazo casi con desgana. Avanzó un paso.

Úsame.

Yáxtor apretó los dientes.

De acuerdo.

La clave del sistema occidental de gobierno es que un voto vale tanto como cualquier otro. Lo cual es, sin duda, absurdo. Y, sin embargo, ¿lo es menos la idea albonense o honoyesa de una casta criada para gobernar desde su nacimiento y, por tanto, apartada de sus gobernados y ajena a sus necesidades?

En Khynai hemos solucionado el problema hace tiempo. Somos, o eso hemos aprendido a pensar, la meritocracia más antigua del mundo. Quizá eso no sea cierto, pero sin duda sí que hemos demostrado ser la más eficaz. Porque poco importa quiénes estén en la cúspide del poder: al final, el día a día del país, su funcionamiento, las comunicaciones y los horarios no son decididos por ellos, sino por un cuerpo de funcionarios civiles que han accedido al puesto mediante un examen de méritos. Una serie de pruebas perfeccionadas a lo largo de los siglos, diseñadas para descubrir el talento y aplicarlo en los lugares adecuados. Refinadas durante miles de años.

¿Elimina esto la corrupción?

No, pero sin duda la limita. Y permite corregirla con mayor eficacia. Y, dado que el examen al servicio civil está abierto a todos, cualquiera puede formar parte del verdadero gobierno de su país.

Una vez establecido el control sobre los recursos de un modo eficaz, el sistema se vuelve prácticamente eterno. Los invasores llegan y se van. Los tiranos ascienden y caen. Las elecciones se suceden.

No importa.

El país no está en las manos ni de invasores ni de dictadores ni de políticos. Pertenece a quien es su auténtico dueño: sus habitantes.

—Tsun Zune

El gran espejo de comunicaciones era uno de los regalos que la delegación de Alboné había traído para la coronación del Emperador de Honoi. Para casi todos, era exactamente eso: un espejo de comunicaciones; más grande, más ornamentado y de mejor calidad que otros, sin duda, pero nada más. Sólo unos pocos (el Emperador y el Chambelán entre los honoyeses, la Reina, el Adepto Supremo y el capitán Penjándel entre los extranjeros) sabían que, además de ser una herramienta de comunicación, el enorme espejo podía ser convertido en un portal de transporte activando los mecanismos adecuados y pronunciando las palabras impronunciables correctas.

«Un portal peligroso», había dicho Qérlex al hacer entrega del regalo al Emperador.

—La transferencia siempre lo es —había agregado el viejo

artífice—. Pero un portal como éste, imposible de detectar por otros y que mantiene una conexión constante con su gemelo en Lambodonas, entraña riesgos aún mayores. No todos los que lo crucen llegarán a salvo al otro lado. O quizá no lo hagan cuando deben.

—¿Un regalo envenenado? —había preguntado el Chambelán.

—Una herramienta —había respondido Qérlex—. Tan útil como peligrosa. No aconsejo usarlo como portal más que en una situación de extrema necesidad.

El emperador había puesto fin a la discusión y se había limitado a aceptar el regalo con un asentimiento y pedirle al Chambelán que buscase la sala adecuada para colocarlo.

Era evidente que no había esperado usarlo tan pronto, y mucho menos para algo tan serio.

La Reina de Alboné se sentaba a su lado. Al otro, de pie y algo más atrás, su primer chambelán, Dasurame Togoichi. Junto a la Reina, también de pie, se encontraba Qérlex Targerian, Adepto Empírico Supremo, que daba la impresión de que se sentiría mucho más a gusto en su taller de artífice que allí.

Y, entre los dos, pasando el peso de una pierna a la otra y tratando de aparentar que no pasaba nada, Álbar Sdensen, Coordinador Electo de la Confederación Occidental.

Al otro lado del espejo había muchas menos personas.

Sólo dos, en realidad: Fléiter Praghem y un Orston Velhas con aspecto de necesitar una buena comida, un baño reparador y una larga noche de sueño. No necesariamente por ese orden.

—Bueno, Fléiter, parece que te has llevado un buen chasco —dijo el Coordinador. Su voz sonaba cordial, pero la expresión de su rostro no lo era.

—Eso me temo.

—Nadie te recrimina nada, por supuesto. Estamos seguros de que has hecho cuanto has podido y que nadie habría sido más eficaz que tú con la misma información. —Pero de nuevo el gesto de Álbar desmentía sus palabras.

Velhas alzó una mano.

—Te aseguro, Coordinador, que la actuación del comandante Praghem ha sido impecable —dijo.

—Por supuesto, Regente; en ningún momento lo he puesto en duda. Los hombres del Capítulo de Información son lo mejor de lo mejor de lo mejor, no necesitas decírmelo.

Hubo un instante de silencio en el que los únicos que no parecieron incómodos fueron el Emperador y la Reina. Al fin, fue ésta la que habló:

—¿Qué sabemos exactamente, Orston?

—Bueno, mi Reina, no mucho —respondió el Regente—. No hay

rastro del Shono Toga Toshune por ninguna parte de Lambodonas, y sospecho que a estas alturas ya no se encuentra en Alboné. Todos los adeptos han recibido la orden de estar atentos por si asoma la cabeza, pero no creo que eso pase en un plazo razonable.

Velhas frunció el ceño.

—Nuestros artífices están ahora mismo investigando lo que queda del embrión con el que intentó sustituirme, del carneútil al que adiestró para que se hiciera pasar por él y de las cenizas de la corteza de arbolmundo.

—¿Estás seguro de que era corteza de arbolmundo? —preguntó el Emperador.

—Sin la menor duda, Alteza Imperial. Los análisis han sido concluyentes al respecto. También estamos seguros de que no se trataba de corteza viva, sino muerta.

El emperador asintió y luego se giró hacia su chambelán. Intercambió con él unas palabras en voz baja y, acto seguido, Togoichi abandonó la habitación.

—Tiene sentido —dijo Qérlex mientras contemplaba la salida del chambelán con el ceño fruncido—. La corteza muerta de arbolmundo no puede almacenar información de forma activa, pero es un buen transmisor. Y, a la vista de lo que estuvo a punto de pasarle al Regente, parece claro de qué forma piensa usar el Shono lo que ha obtenido.

Velhas asintió.

—Eso mismo pensamos. Sospecho, por otro lado, que cuando concluya el análisis no sabremos mucho más. Los mensajeros del embrión llevaban la marca del bosqueoscuro que hay entre Quitán y Painé, eso está fuera de toda duda, así que es fácil suponer que son los que ese comerciante, Epaydos, le vendió al Shono. En cuanto al carneútil… aún no sabemos cómo fue manipulado. Y no es que quede mucho de él, en realidad. Pero os puedo asegurar a todos que, al menos en un examen superficial, pasaba totalmente por humano. Los mensajeros que exudaba, sus movimientos, su actitud… Todo parecía humano. Lo único que lo delataba era el color anaranjado de su piel, y eso había sido convenientemente ocultado con maquillaje.

La Reina pareció a punto de decir algo, se lo pensó mejor y guardó silencio. El Emperador se mordió el labio.

—No creo que podamos ayudaros en eso —dijo—. No tenemos carneútiles en Honoi.

Qérlex carraspeó.

—Si me permites, Alteza imperial, eso no es del todo cierto —dijo, midiendo cada palabra—. Al menos, algunos de nosotros tenemos ciertas sospechas de que sí que les dais un cierto uso a los carneútiles.

Velhas frunció el ceño ante el atrevimiento de Qérlex. Sin

embargo, el Emperador sonrió.

—Bien por ti, Adepto Supremo —dijo—. No te falta razón. Es cierto que a un pequeño grupo de entre los nuestros se les permite impresionar un embrión en eclosión de los bosqueoscuros. Incluso algunos, o eso se dice, fueron capaces en otros tiempos en impresionar un fruto de arbolmundo. Pero… Bueno, aquello en lo que se transforma después no se parece en nada a vuestros carneútiles.

Qérlex asintió. No dijo nada, pero era evidente que las palabras del emperador corroboraban lo que pensaba.

—Un embrión de carneútil es una cosa sin definir —siguió diciendo el Emperador—. Es la persona que está cerca cuando eclosiona quién decide qué va a ser. Y nosotros vemos a los carneútiles de un modo muy distinto a como lo hace el resto de Érvinder. Para vosotros son criados. Para nosotros…

—Herramientas —dijo, de pronto, Qérlex.

—En cierto modo, Adepto Supremo, aunque… —Parecía remiso a añadir nada más—. Pero, sí; digamos que son herramientas. Útiles, versátiles, adaptables. Y algunos de entre los nuestros llevan usándolas como tales durante mucho tiempo. De hecho, si hacemos caso a las leyendas, fue el propio Tairuname el que empezó a usarlos así. A convertirlos en…

—¿Armas? —preguntó Qérlex—. Hace tiempo que sospecho que las espadas de vuestros Intgze son más de lo que parecen. —Dudó unos instantes. Parecía incómodo—. Sin embargo, vuestras tropas de élite son sólo unos pocos, al fin y al cabo. Y, por pequeño que sea vuestro bosqueoscuro, sin duda da más frutos que sólo los necesarios para crear unas cuantas armas inteligentes.

—Muy perspicaz, Adepto Supremo.

—No lo suficiente, me temo, porque sigo sin poder desentrañar ese misterio. En el aire de Honoi no hay menos mensajeros que en otras partes. Así que sin duda gozáis de los beneficios de un bosqueoscuro primigenio. Pero no hay carneútiles en vuestra sociedad, más allá de las armas de los Intgze. Así pues… ¿de dónde salen los mensajeros?

Velhas alzó una mano.

—Estoy seguro de que el misterio es fascinante, Qérlex, pero ahora mismo tenemos asuntos más urgentes de los que ocuparnos.

—No lo creo —dijo tozudamente el viejo artífice—. Sea lo que sea lo que ha hecho Toga, tiene que ver con el modo en que aquí se utilizan los frutos de los bosqueoscuros. Cuanto más sepamos de eso, mejor podremos anticiparnos a sus planes.

El Emperador asintió, pensativo.

—Creo que tienes razón, Adepto Supremo. —Sonrió—. Sin duda mi Reina sabe rodearse de hombres que conocen su oficio. Y tenéis

una manera de ver las cosas… Algunos entre nosotros opinan que es demasiado directa. Sin duda es directa. No estoy tan seguro del «demasiado».

Se incorporó y, con las manos a la espalda, echó a andar hacia la puerta. Se detuvo junto a ella y permaneció varios segundos con la vista clavada en el suelo. Cuando se volvió, fue evidente para todos que había tomado una decisión.

—Lo que os voy a contar ahora nunca ha llegado antes a oídos extranjeros. Ha habido otros antes que tú, Adepto, que sospechaban que las armas de los Intgze no habían sido creadas por ningún artífice. Pero ninguno se acercó tanto como tú a la verdad.

Volvió a sentarse.

—Nuestro bosqueoscuro da frutos. Y son abundantes, os lo puedo asegurar. Pero sólo unos pocos pasan del estado de embrión. En cuanto al destino del resto —sonrió con tristeza—, quizá Yakisetoru pueda explicártelo a su vuelta. Sospecho que lo encontrarás fascinante.

Dudó unos instantes.

—Aquellos frutos que son impresionados por los Intgze pasan a convertirse en sus armas. Y en algo más. Entre el guerrero y su espada se crea un vínculo que nadie que no lo haya experimentado puede comprender. Yo mismo no sé de él más que lo que me han contado mis gentes. Puedo explicaros lo mismo que me explicaron a mí, pero eso no serviría para que comprendierais lo que es. Así que es cierto, son herramientas. Y algo más.

—«Hermanitas» —murmuró Qérlex.

—Así es, Adepto Supremo. El lazo es descrito de esa manera. Pero es más profundo que el que hay entre dos hermanos. A todos los efectos, el Intgze y la espada son uno. Un mismo ser repartido en dos cuerpos. Cuando uno sufre, también sufre el otro. Una hermanita sin portador es algo inconcebible. Si éste muere, ella no dura mucho en el mundo. El caso contrario… Hay Intgze que han conseguido sobrevivir a la muerte de su arma. Que, incluso, han sido capaces de crear un vínculo con un nuevo embrión. Pero no son muchos.

Al otro lado del espejo, Fléiter se agitó incómodo en su asiento. El Emperador lo contempló unos instantes y luego siguió hablando.

—Toshune era el hijo menor del anterior Shono —dijo—. No estaba destinado a integrarse en la estructura del gobierno.

—Fue un Intgze —murmuró Fléiter.

—Así es. Lo fue hasta el día en que murió su hermano. Y sin una palabra, sin un gesto, partió su espada en dos y volvió a Kyono-jo para hacerse cargo de sus responsabilidades. Un gesto que, no hace falta que os lo diga, no sólo no tenía precedentes, sino que horrorizó a los demás Intgze. Mató a su propia hermanita, a una parte indefensa de sí

mismo, podríamos decir; lo hizo sin pestañear, sin dudar un momento. Y la muerte de la espada no lo afectó. Nunca antes había pasado nada parecido.

—Pero conoce el vínculo. Sabe cómo crearlo —dijo Qérlex.

—Sabe eso y muchas otras cosas. Si mi predecesor… Bueno, si las cosas hubieran sido distintas, nunca se le habría permitido a Toshune que se convirtiera en Shono. El título habría pasado a otro pariente y él habría continuado entre los Intgze. El mismo hecho de que pudiera matar a su propia espada demuestra que jamás debería habérsele permitido ser Shono e integrarse en la corte. Sin embargo, mi predecesor veía estos asuntos… de otro modo; las cosas fueron como fueron y lamentarse porque anochece demasiado rápido es de tontos.

Qérlex dudó unos instantes asimilando las implicaciones de lo que acababa de contar el emperador.

—Entiendo —dijo al cabo de un rato—. Lo que ha hecho el Shono es unir ambos métodos. No sé cómo, pero…

—Conozco a Toshune desde que yo era un niño. Y ya entonces era evidente el modo en que las costumbres extranjeras lo fascinaban y lo repelían a un tiempo. Que vosotros tuvierais la osadía de hacer que los frutos del bosqueoscuro eclosionaran en forma humana le parecía algo inaudito. Y a menudo hablaba de lo que pasaría si se pudieran impresionar vuestros carneútiles del modo en que nosotros lo hacemos con las hermanitas.

En ese momento, el chambelán regresó a la habitación. No parecía muy contento. Intercambió unas palabras en voz baja con el Emperador y ocupó de nuevo su puesto junto a él.

—Es… frío —siguió diciendo el Hijo del Origen—. Cabeza fría, razón fría, emociones frías. Siempre he sabido que, si llegaba a convertirme en Emperador, tendría que vérmelas con él. Aunque confieso que nunca esperé que ocurriera de esta forma.

Qérlex lo miró. Estuvo a punto de decir algo, pero se lo pensó mejor en el último momento.

Al otro lado de la puerta, dos hombres hacían guardia.

—La cosa pinta seria.

Usaraki asintió sin dejar de mirar la enorme puerta. El chambelán había parecido preocupado al salir, y su aspecto no había mejorado mucho al entrar.

—Sea lo que sea lo que ha pasado, diría que nos esperan tiempos interesantes —dijo Arstin.

Usaraki contuvo una sonrisa.

—Mi pueblo tiene un dicho sobre eso —dijo—. «Guárdate de vivir en tiempos interesantes.»

—Un amigo dice que los tiempos interesantes son una jodienda.

Usaraki lo pensó unos instantes.

—Una forma pintoresca de expresarlo —dijo, al fin—. Pero no le falta razón.

—Y sin embargo —dijo Arstin—, por complicados que sean estos tiempos, creo que no los cambiaría por una época más tranquila, tzaru-Usaraki.

—Tampoco yo, udotadejochi.

Se miraron en silencio.

La conversación se prolongó durante un buen rato. Y, en todo ese tiempo, Fléiter Praghem tenía la sensación de que todos estaban evitando tocar el mismo punto.

Impaciente, con la mano engarfiada alrededor del bastón de su padre, trató de contenerse para no gritarlo.

Toga pretende reemplazaros, pensaba. *A la Reina y al Emperador. Y al Regente y quizá al Adepto Supremo y al Chambelán. Y, si me apuráis, al Coordinador. Quiere crear el ejército de esclavos perfecto. Y puede tener éxito.*

Se dio cuenta de que, a veces, la Reina lo miraba, como si supiera lo que estaba pensando. No era la primera vez que la veía y, como en la anterior ocasión, un espejo de comunicaciones se interponía entre los dos. Y, al igual que entonces, la Reina de Alboné le ponía la piel de gallina.

Demasiados recuerdos en ese cuerpo, demasiado conocimiento, demasiada experiencia. Y, sin embargo, sigue siendo una niña.

Aunque casi había dejado de serlo. En los últimos meses, el desarrollo de la Reina había sido algo espectacular. Lo que tenía ante él ya no era la niña sabia y seria de la otra vez, sino una adolescente espigada que se acercaba a la madurez a una velocidad escalofriante.

Fléiter conocía el proceso, por supuesto. Sabía que la Transición de una Reina a otra (el volcado de personalidad y recuerdos de la Reina moribunda en la niña que iba a sucederla) aceleraba el desarrollo de la nueva monarca. Pronto pararía y, durante unos cuantos años, la Reina sería una mujer recién llegada a la madurez que no parecería envejecer un solo día. Luego, de repente, la vejez caería sobre ella y, en unos meses, se marchitaría y moriría. No sin antes trasvasar todo cuanto era a su sucesora.

Pero conocer el proceso y verlo desarrollarse ante sus ojos eran cosas muy distintas.

Contuvo un escalofrío y trató de aparentar tranquilidad. Sabía que el Coordinador le haría responsable del fracaso del intento de interceptar el cargamento de carneútiles de Toga, pero eso no le preocupaba gran cosa en aquellos momentos. Había sobrevivido a otros políticos y también sobreviviría a éste, de un modo u otro.

Y la Reina seguía mirándolo. Como si lo conociera. Como si estuviera al tanto del menor de sus pensamientos.

—¿Quieres decir algo, comandante Praghem? —preguntó de pronto.

Fléiter tragó saliva.

Maldita.

—No es mi intención interrumpir, Majestad.

—Pero creemos que lo que tengas que decirnos será interesante, comandante.

Tras la Reina, Álbar frunció el ceño, inseguro del terreno que pisaba por primera vez a lo largo de la reunión.

—Te aseguro que…

—Por favor.

Y, a su pesar, las palabras lo conmovieron. No era la petición de una mujer con casi mil quinientos años de recuerdos y experiencia. Era la súplica de una niña. Y, para su sorpresa, el Emperador se unió a ella.

—Comandante, uno mi ruego al de mi Reina. Por favor, dinos lo que llevas todo este tiempo callando.

Maldito crío. Malditos críos. Y malditos todos.

Se mordió el labio. Junto a él, el Regente aguardaba, impasible. El Coordinador lo miraba con el ceño fruncido. Qérlex y el chambelán se comportaban como si aquello no fuera con ellos.

Malditos sean todos, se dijo una última vez. *A la Teja con ellos. Que el géiser los devore.*

Orston Velhas intentaba no sonreír. La Reina acababa de poner al occidental en una situación apurada. Y su futuro esposo no había mejorado el asunto.

Ah, sí; la Reina estaba llena de sorpresas, algo que Velhas, tras una vida a su servicio, sabía muy bien. Y aquel chiquillo… A su manera era tan formidable como su propia monarca. Y el grado de compenetración entre los dos era sorprendente. Interiormente, se felicitó por su idea de una alianza entre ambas naciones.

Pero no era el momento para felicitarse, se dijo. Aún no. No con Toga Toshune suelto y maquinando.

—Bueno, Majestad —dijo de pronto Fléiter, interrumpiendo los pensamientos del Regente—. Quizá lo que voy a decir sea muy obvio, tanto que nadie se ha molestado en decirlo. Sin embargo… bueno, siempre he creído que es mejor pecar de evidente que dejar las cosas en la oscuridad.

Velhas vio cómo tragaba saliva. Praghem era hábil. Saldría con bien de aquélla. Aunque no lo estaba pasando muy bien, eso era evidente.

—Hemos pasado de puntillas una y otra vez sobre una cuestión. Y creo que es hora de sacarla a la luz, y de hablar de lo que pretende el Shono.

Ya estaba dicho, y Velhas vio cómo Praghem se relajaba ostensiblemente.

—Ilústranos, comandante —dijo el Coordinador—. ¿Qué es lo que pretende?

—Fabricar copias de la Reina y del Emperador, pero eso ya lo sabíais todos, por supuesto. Copias tan perfectas que nadie podrá distinguirlas del original. Con la diferencia de que estarán a su servicio. Serán sus herramientas. O sus esclavos. O las dos cosas. No importa. —Vio que Velhas abría la boca, tal vez para pedirle que dejara de decir obviedades. Así que siguió hablando antes de que el Regente pudiera interrumpirlo y trató de decir lo que realmente quería—. No; no importa, porque eso lo sabíamos todos los que estábamos en esta habitación desde el momento en que se os puso al tanto de lo que le pasó al Regente. Lo que importa, Majestad, Alteza, Coordinador, es que Toga fue capaz de raptar al Regente de sus propias habitaciones sin que nadie en el palacio lo descubriera, sin que ni los guardias lo notasen ni los mensajeros de alarma saltasen y sin que su ausencia fuera notada durante horas. Lo que importa es que ha obtenido corteza de arbolmundo; un producto que se da en muy pocas partes de Érvinder y al que muy pocos tienen acceso. Lo que importa es que tiene la habilidad suficiente para darnos esquinazo frente a nuestras narices; que puede hacernos un pase de mano y robarnos nuestra ropa sin que nos demos cuenta. En otras palabras, que no está solo en este asunto. Esto no es el plan desesperado de un hombre, no estamos ante un tirador solitario esperando el momento oportuno. Tiene ayuda. Dentro del gobierno de Alboné. Y podría apostar el bastón de mi padre a que también la tiene en Honoi. Y quién sabe en qué otras partes.

Guardó silencio. Miró a su alrededor.

—Es peligroso. Tiene medios. Y tiene contactos. No sé si he entendido correctamente lo del vínculo de los Intgze con sus armas,

pero romperlo como él lo hizo no puede ser moco de pavo. Este plan no es fruto de un día de inspiración, de un rapto del momento. Lleva toda su vida pensando en él, perfilándolo, perfeccionándolo, rematando un detalle aquí y otro allá. Y es lo bastante listo para haberlo adaptado a las circunstancias. No sé cuál era su plan original, pero fue capaz de integrar en él el compromiso entre la Reina y el Emperador. No sé si vosotros estáis tan tranquilos como aparentáis. Si es así, espero que sea porque sabéis algo que yo ignoro. Porque os aseguro que, con lo que yo sé, sentirme tranquilo no podría estar más lejos de mi ánimo si estuviera al otro lado del mundo.

Velhas vio sonreír a la Reina.

—Gracias, comandante —dijo ella, mientras a su lado, el Emperador asentía.

La reunión no duró mucho más.

El Coordinador Occidental la abandonó tratando de disimular su malhumor. Qérlex y Dasurame se fueron juntos. Les esperaba una larga noche de trabajo. Fléiter y el Regente Velhas, al otro lado del espejo, permanecieron imperturbables mientras se cortaba la comunicación.

La Reina y el Emperador, escoltados por Arstin y su subalterno, se dirigieron al Patio Prohibido. Su escolta, como de costumbre, se quedó a la entrada, y los dos jóvenes pasearon en silencio por el jardín mientras el atardecer se iba apoderando poco a poco del cielo.

—Tu hombre parece muy eficaz. Y parece estar adaptándose muy bien a nuestras costumbres —dijo el Emperador al final del paseo, cuando los dos reposaban contra el tronco del arbolmundo muerto.

—¿Penjándel? Sí. Se adapta bien. Quizá demasiado bien.

El Emperador fingió no saber de qué estaba hablando la Reina.

—¿Qué quieres decir?

Ello lo miró. Vio el brillo socarrón que bailaba en ojos de él y, a su pesar, sonrió. ¿Cómo lo hacía?, se dijo. ¿Cómo se las apañaba para que se le olvidase en un instante lo que era de verdad y se sintiese simplemente como una mujer?

Hormonas, se dijo. *Nuestros cuerpos rebosan hormonas. Eso es todo.*

Quizá, pero si sentirse de aquel modo no era más que una ilusión provocada por su cuerpo adolescente, la realidad bien podía irse al cuerno. Al menos de momento.

—No juegues conmigo —dijo—. Has visto cómo se miran él y su subalterno. Se creen muy listos y piensan que nadie lo sabe.

—En realidad, lo son —dijo el Emperador—. Tú quizá los has descubierto con facilidad. Al fin y al cabo llevas numerosas vidas observando a los demás. Y yo… Tengo la corteza de arbolmundo para ver todo aquello que no vería normalmente. Pero no creo que el resto se de cuenta de nada.

—Seguramente no. Pero no importa. Ese lazo emocional puede ser una distracción de sus deberes.

La respuesta del Emperador la tomó por sorpresa.

—¿De qué te ríes?

—De ti, mi querida Reina. De tu hipocresía.

—¿Qué…?

Pero guardó silencio. Tenía razón, después de todo. Al fin y al cabo, ¿no estaba haciendo ella lo mismo que Penjándel, permitiendo que las emociones dirigieran sus actos en un momento en que sólo el deber para Alboné debía guiarla?

Pero es distinto.

Sólo que no lo era, y lo sabía.

—Sí; tienes razón —reconoció al fin, a regañadientes—. Eres profundamente irritante, ¿sabes? —Pero sonreía al decirlo.

—Es una de mis mejores características.

Aún jugaron unos minutos más a que no eran más que dos adolescentes atraídos el uno por el otro, sin preocupaciones ni responsabilidades. Poco tiempo, demasiado poco; pero más del que podían permitirse en aquellas circunstancias.

—¿Qué podemos hacer? —dijo luego la Reina.

El Emperador meneó la cabeza. La miró sin estar seguro del todo de lo que sentía. Había demasiadas personas en la cabeza de su futura esposa. Algunas, le gustaban. Con otras se las podía apañar para convivir. Otras, en cambio…

—Cuando te veo cambiar de ese modo tan rápido… —Se interrumpió—. Lo siento. Sí; sé que eres tú, que todas ellas sois tú, pero…

Se arrebujó en su capa de corteza de arbolmundo como si de pronto la temperatura hubiera descendido varios grados. Deseó, no por primera vez, que aquel manto no estuviera sobre sus hombros. Miró a la Reina.

Mi vida no va a ser sencilla, se dijo. *Pero no creo que tenga mucho tiempo para aburrirme.*

Los recuerdos de todos sus predecesores estaban allí, abiertos para él con sólo desearlo. Información. Tanta que a veces era como si la cabeza fuese a estallarle. Sí; lo habían adiestrado para eso desde su infancia, pero en el momento mismo en que se había puesto el manto supo que todo aquel adiestramiento había sido inútil; una farsa. No había forma de prepararse para aquello.

—Tienes razón —reconoció—. Preguntas qué podemos hacer, y lo único que puedo responder es que debemos dejar que nuestra gente haga su trabajo. Tu Adepto Supremo y mi Chambelán saben lo que se traen entre manos. Son profesionales. Dejémosles trabajar.

La Reina asintió.

—Estamos de acuerdo. Pero tenemos que pensar en la posibilidad de que fracasen. Y en qué haremos entonces.

—Sí.

La Reina suspiró.

—Ojalá Yáxtor estuviera aquí —dijo.

El Emperador frunció el ceño. Yáxtor. Yakisetoru. Él no estaría allí hablando de no haber sido por aquel hombre extraordinario. Y, en las pasadas semanas, la Reina le había contado suficientes cosas sobre el adepto para que éste se hubiera convertido casi en un ser legendario. Como una criatura salida de los viejos cuentos, un Intgze de antaño. Letal y leal. Mortal y eficaz.

—Tendremos que apañarnos con lo que tenemos.

—Lo sabemos —dijo la reina—. Pero ojalá lo tuviéramos a él.

Siempre hemos dado por supuesto que pudimos convertir a Yáxtor en lo que es simplemente eliminando sus recuerdos y los remordimientos que éstos traían consigo. Borrando, por así decir, sus escrúpulos.

Sin embargo, a menudo me pregunto si la verdad es tan sencilla como parece. Si haciendo eso mismo con cualquiera que no fuera Yáxtor Brandan, habríamos tenido éxito.

Cuanto más lo pienso, más me parece que la respuesta es no.

El animal implacable, eficaz y mortal, la criatura carente de remordimientos que ahora está a nuestro servicio no la inventamos nosotros. Como mucho, la sacamos a la luz y le abrimos la puerta de la jaula que la encerraba. Pero ya existía, ya estaba allí. En cierto modo, Yáxtor ya era así antes de que nosotros interviniéramos.

Ese pensamiento debería hacerme dormir un poco mejor por las noches.

Debería.

—Orston Velhas

«¡No, por aquí no! A la derecha.»

Sin pensar, Yáxtor hizo lo que le indicaba su espada. Se volvió por un instante, el suficiente para comprobar que las dos mujeres, R'nendo y sus carneútiles iban tras él. Luego, siguió avanzando.

El túnel descendía. Como si un gusano gigantesco hubiera horadado el corazón de la montaña para salir. Las paredes brillaban débilmente con una luminiscencia verdosa que hacía que todos parecieran enfermos.

Una nueva bifurcación. Yáxtor aguardó las instrucciones.

«Izquierda.»

Yáxtor miró hacia atrás. Renyokiru se había detenido a su lado y, algo más retrasado, el trovador luchaba por recuperar el aliento mientras sus carneútiles cuidaban de él. Itasu cerraba la marcha, hosca y concentrada.

Contempló el rostro inexpresivo de Renyokiru, sus ojos nublados, y se preguntó de nuevo qué pasaba por su cabeza.

Ya tendría tiempo para averiguarlo. O no. Pero en aquellos momentos no era una cuestión a tener en cuenta. A juzgar por el sordo retumbar que los llevaba acompañando desde hacía un rato, el castillo sobre ellos se estaba desmoronando.

Tomó aire y se dirigió al pasillo de la izquierda.

«Úsame», había dicho la espada.

Y Yáxtor la había usado.

Y, de pronto, todas sus percepciones se volvieron cristalinas, precisas, tan nítidas que la realidad se le antojó un mal decorado.

Sus manos y la espada eran uno solo. Él y la espada eran una sola criatura concebida para matar, para cortar, para mutilar y causar dolor.

La sensación era intoxicante.

Vio cómo Anurasi vacilaba. Despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo, Yáxtor alzó su brazo armado por encima de la cabeza. Extendió la otra mano hacia su rival, invitándolo a atacar con un gesto burlón. Un instante atrás, apenas había tenido mensajeros bajo su control; ahora, había tantos que casi no sabía qué hacer con ellos.

Casi.

Tras él, Itasu sostenía a Renyokiru mientras los tres carneútiles se pegaban al cuerpo de R'nendo, intentando protegerlo.

Yáxtor sonrió.

Dio un paso.

Saltó.

Se convirtió en una pregunta que no tenía otra respuesta que la muerte. En un proyectil lanzado hacia el infinito. Era la muerte. Era sangre y destrucción. Era dolor afilado y frío y nada podía detenerlo.

Y, sin embargo, Anurasi lo detuvo. Con un gesto de la mano apartó a Yáxtor a un lado.

Incrédulo, el adepto sujetó la espada.

¿Qué pasa?

No pensarías que iba a ser tan fácil, ¿verdad? Esto que tenemos delante no es un oruntaru normal y corriente. Y yo llevo demasiado tiempo sin ser usada.

Yáxtor tomó aire.

Tranquilo. Podremos con él… Eso espero.

Muy tranquilizador.

¿Tienes un plan mejor?

No, no lo tenía.

Así que pasaron los siguientes minutos fintando. Amagando y esquivando. Comprobando su propia resistencia y la del enemigo.

Era un ballet mortal en el que un solo error podía ser fatal. Pero ni Yáxtor ni la espada cometieron ninguno.

De pronto, el pasillo dejó de descender.

Yáxtor miró de nuevo a su espalda. Sí, todos estaban allí.

Volvió la vista al frente y le pareció distinguir un resplandor débil, difuso. La luz del día, tal vez… o quizá otra cosa.

No importaba, habían llegado demasiado lejos para detenerse ahora.

Quizá he sido demasiado optimista.

Yáxtor no respondió. Tomó aire y fue consciente de todo lo que ocurría en la habitación: la preocupación de Itasu por Renyokiru, el temor de los carneútiles que era en realidad el miedo del propio R'nendo, la temperatura que descendía con rapidez, el modo en que la luz se convertía en algo lento y pesado.

Y, sobre todo, la presencia cada vez más grande de Anurasi. El modo en que cada movimiento suyo se tragaba la luz y vomitaba oscuridad.

Me temo que lo he subestimado. Ese cabrón está lleno de memoria.

Yáxtor no sabía de qué hablaba la espada. Tampoco le importaba demasiado.

¿Qué podemos hacer?

No lo sé. Ganar tiempo, de momento.

¿Para qué?

Al menos, para que ellos salgan de aquí. Para que se lleven la memoria del descendiente de Tairuname. Para que alguien sobreviva en todo esto.

No tengo pensado morir hoy aquí.

Y yo no tenía pensado languidecer durante miles de años en una panoplia. Pero así son las cosas.

Tiene que haber algo que podamos hacer.

Anurasi lo miraba, con sombrío regocijo.

—Eres divertido —dijo, con una voz que parecía llegar de un lugar distante—. Casi tan divertido como la damita. Pero, al final, me temo que me vas a durar menos de lo que esperaba.

Yáxtor no respondió.

Tenía que haber algo que pudiera hacer. Alguna forma de salir de aquello.

No lo entiendes, ¿verdad? Me he pasado los últimos minutos explorándolo, estudiándolo, buscando sus puntos débiles. Y no los tiene. Es algo más que un oruntaru, no es un simple humano mordido por la oscuridad. Es… otra cosa. Y ha devorado todas las esferas de memoria que traíais con vosotros. Está tan lleno de poder que rezuma por los

poros. Si esa cosa fuera capaz de cagar, cagaría poder, ¿entiendes?

Lo único que entiendo es que no pienso morir hoy aquí.

Ah, muy bien. Pues dime cómo lo evitarás.

No lo sé.

Pues en ese caso, amigo mío, no hay mucho que podamos hacer.

Anurasi se les acercó. Lanzó un manotazo desganado que estuvo a punto de arrancarle la cabeza.

Mantenlo a raya. Mantenlo a raya mientras busco.

¿Qué…?

Supongo que tú tampoco quieres morir hoy aquí. Así que haz lo que te digo.

Sin previo aviso, Yáxtor renunció al control sobre su propio cuerpo. Por un instante, se tambaleó. Luego, sintió cómo alguien se hacía cargo de él. Una presencia socarrona y distante que no parecía estar disfrutando mucho con todo aquello.

Pero eso a Yáxtor no le importaba. Mientras la espada se hacía cargo de sus músculos y sus reflejos, el adepto dirigió su percepción hacia sí mismo. Hacia todo él, hacia la criatura en la que se había convertido al liberar la voluntad de la espada.

Sus mensajeros y los de la espada se arracimaban a su alrededor, ansiosos, una herramienta pidiendo ser usada. Y comprendió que la espada estaba generando tantos como podía a un ritmo escalofriante. Exploró el arma que ahora era parte de su cuerpo y trató de desentrañar su funcionamiento. Recorrió su cuerpo, acarició su filo, pasó por su empuñadura, se introdujo en ella hasta encontrar el centro mismo de lo que la hacía ser lo que era.

Sí, allí.

El mecanismo que la liberaría.

¡No!

¿Se te ocurre algo mejor?

Maldito seas.

Seguramente. Pero hazlo. Hazlo si quieres que salgamos vivos de aquí.

No, aún no es el momento, no estamos preparados para…

Hazlo. Sabes lo que pretendo, así que hazlo.

¿Y después?

Al menos habrá un después.

Salieron a un atardecer plomizo y gris. A sus espaldas, la montaña era una mole escarpada y amenazante cuya cima estaba cubierta por una nube de polvo. Al frente, un camino estrecho y serpenteante descendía

hasta el valle.

Hacía frío. Aunque, se dijo Yáxtor, aquello no era auténtico frío. No como el que había sentido unas horas atrás.

No quería. Le estaba rehuyendo. Agazapándose sobre sí misma, tratando de volverse invisible.

Ah, no.

En su mente, la palabra impronunciable se formó con claridad.

Hubo un fogonazo.

Yáxtor miró a su alrededor.

El panorama era familiar. Las ruinas. Las montañas lejanas. El pozo. La noche que nunca terminaba de llegar.

Ámber. Ámber congelada en un instante.

Y allí, entre las sombras, lo que estaba buscando.

Le rehuía. Intentaba hacerse invisible.

Pero no iba a tener éxito.

Estamos juntos en esto, quieras o no.

La sintió rendirse.

Para su sorpresa, lo que salió de entre las sombras no fue un hombre, sino una mujer. De hecho…

¿Por qué no?

Yáxtor frunció el ceño. La mujer seguía caminando, acercándose al lugar en el que estaba, al sitio donde la Ámber paralizada a mitad de un gesto intentaba para siempre evitar que le cayera el jarro de agua. Y, a cada paso, su aspecto iba siendo más nítido, más preciso… y más familiar.

No.

¿Por qué no? Si vamos a ser uno solo, si realmente vas a aceptarme como tu hermanita, ¿por qué no?

Sólo en ese instante, Yáxtor comprendió lo vital que resultaba su vínculo con aquella Ámber que no era otra cosa que el sueño de un recuerdo. ¿Por qué? Seis meses atrás no sólo no recordaba a Ámber, sino que ni siquiera era consciente de que tuviera que recordarla. Y, cuando la recuperó, cuando todo lo vivido a su lado volvió a su mente (cuando se vio a sí mismo asistir a su muerte, resbalando en sus tripas, tratando inútilmente de descolgarla) no se sintió distinto.

Seguía siendo lo que siempre había sido. Un adepto empírico. Un agente ejecutivo al servicio de la Reina de Alboné. Un arma. Eficaz, afilada e implacable.

Nada más.

La mujer ya había llegado a la Ámber congelada en el tiempo. Dudó unos instantes, convertida en una doble casi perfecta de ella, y luego dio un nuevo paso.

Yáxtor vio cómo ambas mujeres se fundían, cada una se disolvía en la otra.

¡No!

Pero no había nada que pudiera hacer. Al fin y al cabo, él mismo había elegido aquel camino.

No, se dijo otra vez, pero casi sin fuerza.

Qué más daba. Había vivido sin Ámber antes de ahora. Y, al fin y al cabo, en aquellos meses no había sido más que una sombra, una imagen en un sueño, una sonrisa triste que lo conocía y que, pese a todo, lo amaba. Nada más.

La nueva Ámber refundida alzó la vista. Yáxtor vio un brillo burlón en su mirada. Y luego la sonrisa que conocía también.

«Hola, mi amor. Mi monstruo.»

Hola, mi amor. Mi monstruo.

Era ella. Seguía siendo ella. O quizá no. Pero la ilusión era lo bastante convincente. Al menos de momento.

«¿Vamos?»

Se detuvieron cuando casi era de noche. Sobre el cielo de poniente, la cima de la montaña tenía un aspecto fantasmagórico.

Yáxtor e Itasu encontraron suficiente madera seca para encender una hoguera, y los seis se sentaron a su alrededor. La temperatura descendía rápidamente.

Yáxtor lanzó una última mirada a la cima de la montaña mientras el sol terminaba de ponerse.

Frío, se dijo. Frío y oscuridad.

Cuando abrió los ojos, durante un instante, todo cuanto lo rodeaba pareció falso. Un decorado. Un cuadro a medio acabar.

Luego, el tiempo siguió transcurriendo. Anurasi sonreía y caía sobre ellos. Itasu cuidaba de Renyokiru. Los carneútiles arropaban a R'nendo.

Yáxtor alzó la… Pero no; no alzaba un arma. Su mano no sostenía la empuñadura de una espada. Él era la espada. La espada era él.

Un solo ser repartido en dos cuerpos.

«Ahora.»

Yáxtor concentró sus mensajeros, los lanzó por su brazo y los estrelló contra la empuñadura de la espada.

Cambia. Muéstrate.

Pero era él quien cambiaba. Él, quien se estaba transformando. Él, quien se mostraba tal y como era en realidad.

Una furia. Un torbellino. Una herramienta letal y sedienta de sangre.

Por un instante, Anurasi vaciló, incapaz de comprender lo que veían sus ojos. Hombre y espada eran de pronto una sola criatura letal, rabiosa, rodeada de muerte por todas partes. Los mensajeros salían de ella en tropel, formaban un manto a su alrededor, se enhebraban en el aire, en las paredes, arraigaban en el suelo.

Luego, no hubo tiempo para nada más. La pesadilla letal que eran Yáxtor y su espada cayó sobre él y se abrió paso hacia el lugar del que sacaba sus fuerzas.

Frío, estaba frío.

No importaba.

Pero tan frío.

No; no importaba. El frío no importaba. El entumecimiento que acompañaba a cada gesto, la sensación de vacío que venía con cada movimiento, no importaban.

Tan frio. Tan…

Un golpe. Una finta. Una dentellada. Un paso atrás. Un salto hacia adelante. Los mensajeros interceptando un golpe, creando un colchón a su alrededor, atacando la esencia misma del ser al que se enfrentaban.

Y el frío rodeándolo todo. El frío, como un manto blanco y oscuro. El frío, como la promesa de un sueño del que nadie despertaba. El frío, como algo vivo y hambriento.

Golpe. Tajo. Paso. Salto.

Cada vez más dentro. Cada vez más cerca. La espada y él eran uno solo, pero eran algo más que sólo uno. Y los mensajeros ya no eran criaturas a sus órdenes, eran parte de ellos mismos, su mejor parte, la parte que se extendía a su alrededor, curaba las heridas casi antes de que se hubieran formado, mantenía sin embotar su filo, dirigía sus reflejos, interceptaba los golpes del enemigo.

Pero el frío…

Anurasi gritó.

Yáxtor sacudió la cabeza, tratando de librarse de aquel frío atroz.

Y entonces lo vio.

La telaraña de tentáculos que conectaban a aquella criatura de frío y oscuridad con su corazón.

¿Es eso?, se pregunto. *¿Es eso?*

«¿Cómo quieres que lo sepa?,» se respondió. «Esto es tan nuevo para mí como para ti.»

Sonrió. Los dos sonrieron. Hombre y espada sonreían feroces.

Hubo una explosión de mensajeros. El aire se llenó de luz. Los mensajeros se arracimaron en un solo punto, recorrieron su brazo, se deslizaron por su filo, se concentraron con rabia en la punta de la espada.

Cortó un tentáculo y, al hacerlo, se dio cuenta de que el frío que había sentido hasta entonces no era nada comparado con lo que experimentaba ahora.

Anurasi gritó de nuevo.

Sí. Sigue. No te detengas. Olvídate del frío. El frío no existe. Sigue, golpea, corta.

Un nuevo tentáculo. El universo entero se congelaba para siempre. Otro grito de Anurasi. Un corte. Un paso atrás. Un salto hacia adelante.

Con cada tentáculo cortado, el corazón latía más fuerte, más rápido. El frío se hacía más intenso. Anurasi gritaba más fuerte. Jirones de sombra caían de su cuerpo, se convertían en escarcha negra y se rompían en mil pedazos al llegar al suelo.

No podemos parar ahora. No, ahora no. Hay que seguir. Pero el frío. Todo está helado. Todo se hiela. Somos escarcha. Nieve. Hielo. No podemos movernos. No podemos parar. Sigue, golpea, corta.

Y siguió. Siguieron, concentrados en golpear, en cortar. A su alrededor, los mensajeros morían a miles, se creaban a cientos, luchando frenéticamente contra el frío mortal que lo llenaba todo.

Y, de pronto, el corazón, rabioso, enloquecido, colgaba de un solo tentáculo.

Espera. No, no lo cortes.

Se detuvo. Anurasi lo miraba. No parecía comprender lo que estaba pasando.

El corazón.

Yáxtor y la espada asintieron. Llamaron de vuelta a sus mensajeros. Los concentraron de nuevo en un solo punto. Yáxtor, la espada y los mensajeros se convirtieron en un proyectil sin otro propósito que clavarse en aquel corazón que palpitaba furioso.

Anurasi dejó caer una única palabra:

—No.

Ni dolor ni súplica, sólo negación.

Pero no le sirvió de nada. Yáxtor y la espada se clavaron en el corazón, los mensajeros se derramaron en él y empezaron su labor de destrucción. Veloces, letales, implacables. Y, de pronto, fue como si todo el frío del universo se concentrase en un único punto helado y palpitante.

Luego, hubo silencio.

Y, de pronto, estaban solos.

—¿Cómo está?

Itasu siguió la dirección de la mirada de Yáxtor. Renyokiru dormía junto a los tres carneútiles y el trovador.

—No lo sé —respondió—. Ha perdido sus hermanitas. No sería la primera Intgze que lo supera. Y siempre pensé que la comandante era lo bastante fuerte para hacer frente a cualquier cosa, pero… —Meneó la cabeza—. No lo sé.

Yáxtor asintió.

—Duerme —dijo—. Yo haré la primera guardia.

Ella dudó unos instantes. Miró a Yáxtor a los ojos. Había algo nuevo en ellos, una serenidad extraña, reconfortante e inquietante al mismo tiempo. Pese a todo, supo que aquella noche estaba a salvo, que podía dormir tranquila y que él velaría su sueño.

Pronto, Yáxtor era la única criatura despierta alrededor de la hoguera. Más allá del círculo iluminado, la noche era un amasijo de sombras que bailaban sin sentido alguno.

Recordó los últimos momentos en el castillo, el modo en que, por un instante, sus percepciones parecieron duplicadas, como si estuviera contemplando el mundo a través de más de un par de ojos. Luego, la sensación de ruptura, de desgajamiento; y de nuevo era simplemente Yáxtor Brandan, adepto empírico al servicio de Su Majestad.

No había el menor rastro de Anurasi en la habitación. Y el rostro de Itasu era un garabato casi cómico de sorpresa.

Después, a medida que el suelo había empezado a temblar, no hubo tiempo para nada que no fuera echar a correr y buscar una salida de allí.

Mientras avanzaban había sentido la ya familiar voz de la espada, que lo guiaba como si los más intrincados corredores del castillo fueran los viejos pasillos de su hogar.

En aquel momento había sabido que el vínculo entre ambos ya no se rompería, a menos que fuera por la muerte de uno de los dos. La espada era parte de él. Él era parte de la espada.

Su hermanita.

Volvió al presente. Acarició la empuñadura y, al hacerlo, fue casi como si viera una figura familiar. Una mujer, con un cántaro.

No; no era ella, se dijo. No lo era, y sin embargo…

¿Cómo te llamas?, preguntó.

Sintió una carcajada lejana que le era familiar y ajena al mismo

tiempo.

«Mi primer amo me llamaba Dakaname», fue la respuesta.

Dakaname, se repitió Yáxtor. Hijo de la muerte.

¿Y cómo es que estás viva si tu amo está muerto?

«¿Lo está? No lo sé. Me abandonó. Me dejó colgada de una pared y se fue para siempre. Hace tanto tiempo que ni siquiera recuerdo cuándo fue. Pero, ¿está muerto? No lo sé. Tal vez.»

Yáxtor asintió, aunque no terminaba de comprenderlo por completo.

Dakaname, se dijo de nuevo. *Hijo de la muerte.*

«¿Qué seré ahora?», preguntó la espada. Había algo desvalido, frágil, casi infantil en su tono.

Sí; qué sería ahora, se pregunto Yáxtor.

Sonrió de pronto.

¿Por qué no? Ella era hija de la muerte, también. De su propia muerte, de la muerte de sus recuerdos. Sí; por qué no.

Creo que te llamaré Ámber.

«Entonces, para ti seré Ámber.»

¿Es la supervivencia, por sí misma, algo deseable?

A un nivel puramente evolutivo, sin duda es el único factor a tener en cuenta. Sobreviven los más aptos, y son los más aptos porque sobreviven.

A un nivel individual, sin embargo, la cosa cambia. Las necesidades de la especie son unas; las nuestras pueden ser otras muy distintas.

Así pues, repetimos, ¿es la supervivencia, por sí misma, algo deseable? ¿Es realmente el valor supremo?

—La Reina de Alboné, en su trigésima encarnación

A aquellas horas de la mañana, el establecimiento de Mishra era un oasis de paz en una ciudad que empezaba a desperezarse con rapidez.

Y la propia Mishra, como siempre, era una torre de imperturbabilidad a la que nada en el mundo parecía afectar. Si estaba sorprendida al ver a Fléiter a aquellas horas, nada en sus gestos o en sus palabras lo demostró.

—Bienvenido, comandante. ¿Lo de costumbre, o esta mañana te sientes con ánimo para algo especial?

Fléiter contuvo una sonrisa.

—Especial —dijo—. Me temo que bastante especial.

—Procuraremos acomodarnos a tus necesidades, como siempre.

—No lo dudo, Mishra. —Dudó unos instantes—. En realidad lo que necesito es una habitación, un escritorio, luz y tranquilidad. No sé durante cuánto tiempo, así que digamos que, de momento, para toda esta semana.

—Una habitación. Un escritorio. Luz. Tranquilidad. —Mishra iba repitiendo las peticiones de Fléiter como si quisiera asegurarse de que no se le pasaba nada por alto—. ¿Y eso es todo?

—Así es.

La mujer enarcó una ceja, y Fléiter supuso que tenía que estar verdaderamente escandalizada para permitirse aquel arrebato emocional.

—Cuidaré de que todo esté según tus indicaciones —dijo después—. Mientras tanto, quizá te gustaría acompañarme a

desayunar.

Fléiter asintió.

—Será un placer, Mishra.

Con un ademán le franqueó el paso a la casa. Fléiter se acomodó bajo el brazo el grueso portafolios que llevaba y cruzó el umbral.

Si todo hubiese ido bien, llegar a Utokaru y cruzar a Utarasu tendría que haber sido un juego de niños. Pero ahora eran cuatro humanos y tres carneútiles, todos a pie y sin provisiones. Así que recorrer aquel último tercio de la isla no iba a ser tan sencillo.

Itasu le dijo a Yáxtor que toda aquella zona al sur de las montañas estaba despoblada. No había ni asentamientos ni fortalezas, y el adepto casi lo agradeció. Lo último que quería mientras siguiesen en aquella maldita isla era encontrarse con nadie más. En aquellos momentos, cada sombra era un enemigo; cada figura lejana, una amenaza; y cada persona con la que se hubieran cruzado le habría parecido un emisario de la oscuridad.

Pero eso significaba que tendrían que apañárselas por su cuenta. Y, si la parte norte de la isla no era precisamente un territorio fértil, la zona sur hacía que pareciera un vergel por comparación.

Pese a todo, había vida y había agua si se sabía buscar. Quizá pasaran un poco de hambre, pero se las apañarían.

Luego, miró a Renyokiru y se preguntó si realmente todos ellos se las apañarían.

Cuando el Regente le había preguntado qué necesitaba, Fléiter se limitó a pedirle los expedientes que quería mirar.

—Podemos ofrecerte alojamiento, comandante.

Fléiter se había encogido de hombros.

—No lo dudo, pero creo que me lo buscaré por mi cuenta.

Y, antes de salir del palacio había añadido:

—Y quizá no sería mala idea que custodiaseis con esmero a la carneútil real.

Aquel comentario había sido una estupidez, lo sabía. El Regente no era ningún tonto descuidado y seguramente la carneútil real estaba guardaba por sus hombres de más confianza desde hacía tiempo.

Bueno, y quién no comete estupideces.

Yáxtor, tal vez. O, en todo caso, se las apañaba para salir de ellas sin un rasguño.

Se preguntó qué habría dicho el Regente de haber sabido que el alojamiento elegido por Fléiter era la mejor casa de carneútiles de todo Lambodonas. Y, según insistía su dueña, de todo Alboné. Fléiter no pensaba contradecirla.

Miró por la ventana.

Sí; el lugar ideal. Bullicioso por la noche y tranquilo y recogido por la mañana. Nada como un buen prostíbulo para dedicarse a repasar aquellos malditos expedientes.

Un juego de niños, ¿no?

Quién se beneficiaba con ello. Quién tenía los medios para hacerlo. Y quién estaba en el lugar adecuado en el momento oportuno.

De la confluencia de esas tres listas tendría que salir la persona que había facilitado el secuestro del Regente por parte de Toga. O, en todo caso, dos o tres candidatos.

O ninguno. O cientos. Pero mejor dejamos el pesimismo para más adelante. Ya tendremos tiempo para eso.

Se sentó frente al escritorio que Mishra le había proporcionado: una cosa enorme y monstruosamente recargada, llena de volutas, hojas de parra y cuernos de carnero, sostenida sobre cuatro patas que parecían pilares. Se preguntó cómo sería el resto de la habitación de la que había salido aquello. Y sobre todo, a qué había estado destinada.

Se encogió de hombros, abrió la carpeta y empezó a leer.

Se las iban apañando.

Rodeado de sus carneútiles, arropado por ellos, R'nendo no tardó en recuperarse. No contribuía gran cosa al trabajo diario… o, desde otro punto de vista, era el que más lo hacía, a través de los cuerpos de sus carneútiles. Sin embargo, nadie como él para llenar los tiempos muertos o los silencios incómodos con una historia o una canción. Cuando el trovador narraba, sus carneútiles se transformaban en viñetas vivientes que representaban con una gracia sorprendente y una economía de movimientos asombrosa las distintas escenas que su amo narraba.

Yáxtor establecía las guardias, salía a cazar, solo o en compañía de Itasu y, en general, se ocupaba de organizar las cosas. Cierto que no había mucho que organizar. Caminaban, se detenían, comían lo que tenían a mano, dormían acurrucados unos contra otros y volvían a caminar al día siguiente.

Itasu colaboraba con Yáxtor en todo lo que éste le indicaba y se

pasaba el resto del tiempo atendiendo a Renyokiru.

La comandante no había dicho una sola palabra desde que habían salido del castillo. Caminaba con ellos, comía y dormía y, si le indicaban alguna labor, la hacía. No estaba ausente. Parecía perfectamente consciente de lo que sucedía a su alrededor; pero, de algún modo, era como si no le importase.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó Itasu a Yáxtor un día.

Estaban rastreando las huellas de un pequeño roedor que se había convertido en su principal aporte de carne en los últimos días. Yáxtor alzó la vista del rastro por unos instantes y dijo:

—No lo sé. No sé qué le pasa. Difícilmente puedo saber cómo ayudarla.

Su voz sonaba fría, impersonal.

—Ha perdido a sus hermanitas. Las dos.

Yáxtor se encogió de hombros y volvió a prestarle atención al rastro.

—Lo sé. Pero no sé lo que eso significa.

Itasu suspiró.

—Las hermanitas nacen en los bosqueoscuros —dijo—. Son su fruto. Algunas son elegidas y, cuando están cerca de la eclosión, les son traídas a los aspirantes a Intgze. Cuando el fruto madura…

Yáxtor asintió de un modo impaciente, como si indicara que tampoco aquello resultaba una novedad para él. Luego, olfateó el aire y sonrió. Le hizo una seña a Itasu de que lo siguiera en silencio.

Media hora más tarde, con seis pequeños cuerpos peludos colgando del cinturón, emprendieron el regreso al campamento.

—Cuando el fruto se abre se produce un vínculo emocional entre vosotros y el carneútil. Y éste se convierte en vuestra espada —dijo Yáxtor de pronto, retomando la conversación donde la habían dejado.

Su voz había perdido la frialdad.

—Así es —respondió Itasu—. Y el lazo que se crea…

—La espada eres tú. Tú eres la espada. Un ser repartido en dos cuerpos.

Itasu lo contempló unos instantes. Luego, asintió.

—Así que has establecido el vínculo con tu arma. Lo sospechaba. Aunque no sabía si podrías conseguirlo. Es... extraño. Si tu espada fue una hermanita en el pasado, debería haber muerto cuando lo hizo su portador.

Yáxtor sonrió.

—Bueno, ella misma no está segura de que su antiguo amo esté muerto. Parece ser que la abandonó y se fue.

Itasu frunció el ceño. Luego, de repente, le devolvió la sonrisa al adepto.

—Detuviste un garunde con ella, así que sospechaba que no era

una espada cualquiera. De hecho, ninguna de las que hay colgadas en las paredes de las salas del trono lo es. No sabemos mucho sobre ellas, pero son antiguas. Y hay rumores, historias sobre ellas… Para muchos, que el Emperador te diese esa espada fue casi un sacrilegio.

Yáxtor se encogió de hombros, como si todo aquello no le importase lo más mínimo.

—Pero si has establecido un vínculo con tu espada, sí que entiendes lo que le pasa a Renyokiru. Es muy poco frecuente que un Intgze impresione a más de un fruto. Que se establezca un vínculo tan poderoso no con una, sino con dos hermanitas.

—Y, por tanto, la pérdida es mayor. Comprendo. Pero antes dijiste que los Intgze os podéis recuperar de la pérdida de vuestra… hermanita.

—Sí; pero no todos. No siempre. Y creo que Renyokiru…

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó Yáxtor de repente.

—¿Cómo? No te entiendo.

—No soy tu superior al mando, si es que hay un mando. Ni siquiera soy realmente uno de vosotros. Y está claro que nunca te has fiado de mí, no desde la primera noche. No es que te lo reproche. Tienes tus motivos. Pero… ¿por qué confías ahora en mí? ¿Qué esperas que haga?

Itasu se mordió el labio inferior.

—No lo sé. Me ayudaste a reparar mi hermanita. Diste tus propios herma… mensajeros para curarla. No sé qué piensas. La mayor parte del tiempo tu mente es como una losa vacía que cierra una tumba en la que no sé si hay algo. Pero sé que yo no puedo ayudar a mi comandante. Que tal vez tú sí.

—¿Es eso lo que me pides, que la ayude?

—¿Quieres que te suplique?

Yáxtor negó con la cabeza.

—No, Itasu; no pretendo que me supliques —respondió de un modo sorprendentemente tierno.

Se detuvo de pronto y se giró hacia la mujer. La miró largo rato a los ojos.

Le gustaba, maldita sea, claro que le gustaba. Era una criatura indómita, orgullosa y salvaje. Por supuesto que le gustaba. Una parte de él seguía queriendo verla humillada, rota, muerta. Y, seguramente, siempre sería así. Pero no eran la rabia o el rencor los sentimientos predominantes en su cabeza cuando la contemplaba.

En cuanto a Renyokiru… Yáxtor sabía que habría intentado ayudarla aunque Itasu no se lo hubiera pedido. Se decía a sí mismo que no estaba muy seguro de por qué. Que tal vez fuera porque echaba de menos la tranquila serenidad de la comandante, el modo en que se movía por el mundo como si estuviera en paz y nada pudiera

perturbarla, la forma en que cada uno de sus gestos se convertía en inevitable, preciso. Pero sabía que no era por eso. O, al menos, que no sólo era por eso.

Tomó aire.

—Haces bien en no darme la espalda —dijo—. Ayudaré a Renyokiru. Lo intentaré, al menos.

Vio el agradecimiento en el rostro de Itasu. Vio también muchas más cosas. Desconcierto. Dudas. ¿Qué clase de enemigo era el que te advertía de que debías desconfiar de él? ¿A qué jugaba Yáxtor? ¿Qué pretendía realmente?

De alguna manera, Arstin Penjándel se las apañó para quedar libre de sus obligaciones una tarde y acompañar a Usaraki en una visita a los jardines flotantes.

Parecía que el lugar hubiera sido cerrado sólo para ellos. De hecho, parecía que hubiera sido creado para que los dos estuvieran allí juntos, en aquel preciso atardecer, paseando en silencio y diciendo con cada movimiento todo lo que no decían con palabras.

Al fondo, en medio de un pequeño lago, había un pabellón de aspecto delicado.

—Lo he alquilado para esta noche —dijo Usaraki—. Perdona mi atrevimiento.

Arstin sonrió y contempló a su menudo subalterno.

—Agradezco tu atrevimiento —fue su respuesta—. Como sospecho que tendré que agradecerte muchas otras cosas.

Usaraki meneó la cabeza.

—Sin deudas —dijo.

Arstin lo pensó unos instantes.

—Sin deudas —repitió.

Una barca los esperaba. Un silencioso barquero los llevo hasta la islita y luego los dejó solos.

Tomados de la mano, entraron en el pabellón.

—Mírame.

Estaban solos. Renyokiru, sentada sobre un tocón, mantenía la vista baja. Yáxtor, acuclillado frente a ella, sostenía en las manos la esfera de memoria del anterior Emperador, que le había pedido a R’nendo antes de abandonar el campamento.

—Mírame —repitió.

Lentamente, la mujer alzó la vista. Yáxtor se sorprendió ante lo que vio en aquellos ojos.

No estaban vacíos. Era peor aún. Como si el peso del mundo entero hubiera caído sobre ella y todo eso se reflejase en su mirada: un cansancio infinito, un hastío interminable, un agotamiento total.

Yáxtor se mordió el labio. Había recuperado suficientes mensajeros en los últimos días; gracias a su espada, más de los que habría podido recuperar normalmente. Pero, incluso así, no estaba seguro de poder ayudar a Renyokiru a salir de aquello.

Acarició la empuñadura de su espada, un gesto que se había convertido en un acto reflejo en poco tiempo.

«Inténtalo», dijo la espada con una voz en la que había ecos de Ámber, pero que aún no lo era del todo. Como si ambas personalidades estuvieran todavía a medio encajar.

¿Y si fracaso?

«¿De qué tienes miedo realmente? ¿De no poder ayudarla o sólo de fracasar?»

Eso da igual.

«No; no da igual. Es la verdadera cuestión. Además, mírala, ¿crees que se encontrará peor que ahora, hagas lo que hagas?»

No lo sé.

«Sorprendente. Eso es nuevo en ti. Antes no habrías dudado, no te habría importado.»

Apartó la mano de la espada y volvió a mirar a la mujer.

Itasu le había dado más detalles sobre el modo en que se creaba el vínculo entre el Intgze y su hermanita. A diferencia de lo que le había ocurrido a él con su espada, los guerreros del emperador eran niños cuando asistían a la eclosión de los frutos del bosqueoscuro. El lazo creado entre humano y carneútil alcanzaba de ese modo una intensidad que nadie que no lo hubiera experimentado podía comprender. Y eso significaba que la pérdida era también más intensa cuando se producía.

Pero sobreviven. Pueden sobrevivir. Sólo tienen que desearlo.

Tomó a Renyokiru de las manos y luego depositó sobre ellas la esfera de memoria.

—Mírala, tzaru-Renyokiru. Mírala, mi udotadejochi. Es la memoria de tu Emperador. Es tu misión. Aún no puedes rendirte.

La mujer bajó la vista de nuevo y contempló la pequeña esfera. Su rostro no cambió de expresión.

Despacio, casi con temor, Yáxtor lanzó sus mensajeros hacia la mujer. Lentamente, con un cuidado infinito, los hizo rodear la esfera y, luego les ordenó que entrasen en Renyokiru.

Contuvo la respiración mientras sus mensajeros trabajaban, intentando crear un lazo entre ella y la esfera de memoria, rezando para que ese lazo fuera suficiente para hacerla volver.

Cerró los ojos.

—Eres una Intgze —dijo—. Te debes al Hijo del Origen y su legado. No puedes rendirte mientras él no te ordene que te rindas.

Los mensajeros trabajaban. Despacio, muy despacio. Con cuidado.

Yáxtor abrió los ojos y vio que la mujer ya no miraba a la esfera de memoria, sino que lo contemplaba a él. Su mirada seguía llena de derrota y cansancio, pero había algo…

Indeciso, alzó una mano. Acarició con suavidad el mentón de Renyokiru.

—Por favor. —Y ahora su tono fue de una delicadeza extraordinaria, de una suavidad tan extrema que a él mismo lo cogió por sorpresa—. Vuelve con nosotros. No nos dejes. Te necesitamos.

Algo asomó a la mirada de la mujer. Apenas un destello. Yáxtor intensificó la labor de sus mensajeros. Más rápido ahora. Más.

—No nos dejes.

Renyokiru abrió la boca. Volvió a cerrarla. La abrió de nuevo y consiguió decir:

—Yakisetoru.

Oír su nombre honoyés pronunciado por ella de esa forma, en un tono que estaba a mitad de camino entre el cansancio y la sorpresa, tuvo un efecto extraño en Yáxtor. Trató de mantener la calma mientras respondía:

—Sí, mi comandante. Soy yo. Estoy aquí. Itasu está aquí. No te dejaremos. Vuelve con nosotros.

—Pero no… —Quedó inmóvil a mitad de la frase. Cerró de nuevo la boca y meneó la cabeza.

—Por favor —insistió Yáxtor.

Ella alzó una mano, la poso sobre la de él, todavía en su mentón.

—No puedo…

—Por favor.

De pronto, de un modo tranquilo, sereno, Renyokiru empezó a llorar.

—Están muertas. Están muertas y no volverán —dijo—. Él las devoró. Y devoró los recuerdos de… toda esa gente. Todos están muertos.

—Nosotros estamos vivos. Tú estás viva.

—¿Para qué?

—Para llorar ahora. Para reír de nuevo algún día.

Renyokiru le miró.

—¿Por qué te molestas?

—Qué más da. No quiero que te vayas.

La mujer tomó aire. Lo dejó salir lentamente.

—No me iré —dijo.

Funcionarios de palacio. Adeptos empíricos. Adeptas de la curación. Cortesanos. Nobles. Empresarios. Gente con acceso, con poder. Intrigantes.

Día tras día, Fléiter repasaba los expedientes que cada mañana le traía un adepto empírico a su alojamiento.

Noche tras noche revisaba sus conclusiones, componía varias listas, las cotejaba una con otra.

Poco a poco, el cerco se iba estrechando.

Poco a poco.

Los tres hombres embozados bajaron juntos del barco en el puerto de Minara. Se detuvieron un momento en el malecón sin que nadie reparara en ellos. Todos llevaban una pequeña bolsa colgando de un costado y se vestían con ropas igualmente grises y anodinas. Intercambiaron una mirada y luego cada uno de ellos echó a andar en dirección distinta.

Si alguien los hubiera mirado, quizá se habría sorprendido al ver que los tres parecían hermanos gemelos.

Y ese alguien, de haber sido la persona adecuada, tal vez se habría dado cuenta de que eran idénticos a Toga Toshune, Shono de Honoi.

Tercera Parte
Utarasu

Todo viaje es una muerte.

Toda muerte es un viaje.

El camino no acaba jamás. Las vidas que lo recorren lo llevan un paso más allá. Las vidas que lo recorrieron lo acercan a nosotros.

Todo viaje es una muerte.

Toda muerte es un viaje.

No hay diferencia entre el primer paso y el último. Y todos los que hay entre ellos no son más que el suspiro de un niño desorientado.

Todo viaje es una muerte.

Toda muerte es un viaje.

El final, un alto en un camino que no termina jamás.

—Marlev Shaspa

Fijune Daraiku no terminaba de comprender lo que estaba viendo.

Él y su destacamento llevaban acampados casi una semana frente a Utokaru, esperando. Siete días aguardando a que el Cortejo de la Memoria activase la puerta y surgiera por ella. Siete días de tedio, nervios y preguntas sin respuesta.

Bueno, ya tenían una respuesta. Sólo que era absurda.

Dos hombres, dos mujeres y tres criaturas de aspecto humano que, sin embargo, a juzgar por el olor de sus hermanitos, no lo eran.

Para colmo, los dos hombres eran bárbaros. Y uno de ellos no sólo vestía unos harapos que, sin la menor duda, habían sido un uniforme de Intgze no hacía mucho, sino que portaba una hermanita al costado.

El mundo se había vuelto loco. Todo estaba patas arriba.

En cuanto a las mujeres…

Meneó la cabeza. No podía ser.

¿Dasaraki Itasu? ¿Renyokiru Mizuni?

No. Imposible. Impensable.

Pero ni uno solo de esos pensamientos asomó a su rostro. Impertérrito, dio las órdenes pertinentes y esperó a que los recién llegados reparasen en su presencia.

No tardaron mucho.

La mujer morena (no; no podía ser Mizuni, no después de tanto tiempo, no era justo) indicó con un ademán a los otros que se detuvieran. Al instante, la mujer de pelo naranja se situó a su izquierda, y el bárbaro con uniforme de Intgze a su derecha, los dos ligeramente rezagados. En cuanto al otro bárbaro y las tres extrañas criaturas, se detuvieron a tres o cuatro pasos tras ellos.

La mujer morena lo miró. Serena, indiferente, como si sus ropas no estuvieran a punto de convertirse en jirones o su cabello no fuese una maraña imposible de desentrañar. Cruzó los brazos, en un gesto que Fijune conocía a la perfección y que había intentado olvidar en vano muchas veces, y luego se limitó a esperar.

Dio una nueva orden a sus hombres y éstos no tardaron en rodear a los recién llegados. Las armas seguían envainadas, pero a un gesto suyo dejarían de estarlo. Luego, pensó en lo que debía hacer.

Cuando el Cortejo de la Memoria no había llegado a Utarasu el día fijado, el Consejo de los Siete lo había enviado allí con instrucciones precisas: debía aguardar la llegada del cortejo y, si éste aparecía por fin, escoltarlo hasta el castillo. Si nadie cruzaba la puerta en dos semanas, dejaría un pequeño remanente de hombres y regresaría para informar. Y, si ocurría cualquier otra cosa, debía usar su discreción.

Fácil de decir.

Tomó aire.

Podía aceptar, pese a todo, que fuese Mizuni. Y que su acompañante fuera la despreocupada Itasu. Pero, ¿dónde estaba el resto del Cortejo de la Memoria? ¿Qué había pasado con los demás Intgze? ¿Y con los carros que debían traer las esferas de memoria?

Y, además, dos bárbaros… y uno de ellos vestido de aquella guisa, con una de sus espadas…

No sabía lo que había pasado durante aquel tiempo pero, en vista de lo que tenía enfrente, difícilmente podía ser algo bueno.

Rogando por no equivocarse, tomó una decisión.

—Se os acompañará al castillo —dijo—. Allí el Consejo de los Siete dilucidará lo que ha pasado. Entretanto, os pido que entreguéis vuestras armas.

Su tono de voz era seco, algo apremiante. Y se arrepintió casi al instante de haber hablado así. Demasiado tiempo en aquella inactividad llena de malos presagios, se dijo. Mentalmente, se encogió de hombros. Ya era demasiado tarde para lamentarse. Si sus precauciones eran innecesarias, si se había extralimitado, se disculparía después. Entretanto, mejor demasiada cautela que demasiado poca.

La mujer morena sostuvo su mirada. Luego, dijo una sola palabra:

—No.

Una única sílaba. Rotunda y directa. Y aquella voz… Trató de no pensar en todo lo que despertaba dentro de él.

—Me temo, mi señora —dijo, midiendo con cuidado lo que decía—, que ni tú ni tu extraña compañía tenéis otra opción. Perdóname por ser tan brusco, pero no os estaba dando a elegir.

—No —repitió ella en el mismo tono tranquilo.

A Daraiku no se le escapó el modo en que los dos acompañantes de Mizuni habían echado mano a sus espadas. Se maldijo de nuevo por haberse dejado llevar por el mal humor. Pero no estaba dispuesto a ceder; no en aquellos momentos y no delante de sus hombres. Echarse atrás ahora implicaría demasiado. Y no llevaría a aquella extraña troupe al castillo sin antes haberlos desarmado, eso estaba fuera de la cuestión.

—Por favor —dijo, midiendo de nuevo cada sílaba y tratando de que ni una sola de sus palabras sonase como una amenaza—, no es más que una formalidad. Molesta, quizá, pero necesaria. Estoy seguro de que, sea lo que sea lo que haya pasado, hay una explicación para ello y lo resolveréis sin problema ante el Consejo. Sin embargo, debo ser precavido, por favor, compréndeme.

Ella asintió.

—Te comprendo —dijo. Hizo una pausa—. No.

¡Maldita mujer! Suave como una caricia, fuerte como una roca, empecinada e imparable como la marea. ¡Maldita mujer!, se repitió con algo que casi era admiración y tenía mucho de añoranza.

De pronto, el bárbaro que estaba a su derecha dio un paso al frente.

—Perdona mi rudeza, pero ¿quién eres? —preguntó.

Ante aquella intromisión, le costó toda su paciencia no desenvainar la espada. ¿Cómo se atrevía? Sin embargo, logró tranquilizarse y replicar:

—¿Quién lo pregunta?

El bárbaro dudó un instante. Luego, hizo una reverencia y dijo:

—Burandano Yakisetoru, sedotadejochi de los Intgze Carmesí. ¿Quién eres —hubo una pausa casi imperceptible—, por favor?

¡Bastardo impertinente! ¿Cómo se atrevía a provocarlo de aquella manera? Se había detenido justo al borde mismo de la insolencia. Y no era un error; aquel tipo sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

—Fijune Daraiku, tadejochi de los Intgze de Ioh Node —dijo, pese a todo.

El bárbaro dudó de nuevo. Ladeó la cabeza, como si estuviera atendiendo a las palabras de alguien invisible.

—Tzaru-Renyokiru Mizuni, udotadejochi de los Intgze Carmesí,

enviada al frente del Cortejo de la Memoria por el propio Tairuname Honoi tzaru-Kyono, ha expresado con claridad su deseo de que ella y los suyos permanezcan armados, un derecho que le asiste a cualquier Intgze en el cumplimiento de su deber. —Esperó unos instantes, mientras sus palabras iban causando efecto entre los Intgze que le rodeaban—. ¿Vas a reconocer ese derecho o me obligarás a separar tu cabeza insolente de tus hombros? —preguntó a continuación.

Daraiku apretó los dientes. Su mano se convirtió en una garra blanquecina, engarfiada alrededor de la empuñadura de su espada. Maldito bárbaro, se dijo, ¿cómo se atrevía…?

De pronto fue consciente de los murmullos de asentimiento que se producían a su alrededor. Vio cómo algunos de los suyos miraban al bárbaro; no como a un extranjero carente de modales que había traspasado los límites de la cortesía, sino como a un Intgze que reclamaba lo que nadie podía negarle.

Tomó aire. Intentó tranquilizarse. Apretó la mandíbula. ¡Maldito…!

Pero tenía razón. Aquel condenado bárbaro que se comportaba como si de verdad tuviese derecho a ser considerado un Intgze tenía razón. Y se había atrevido a lanzarle al rostro la verdad, sin dudarlo un momento y sin temor alguno a las consecuencias. Como si realmente fuera un… ¡No!, aquello era absurdo, y sin embargo…

Fue ahora la otra mujer la que dio un paso al frente. Se inclinó ceremoniosamente frente a Daraiku.

—Capitán Daraiku —dijo, en un tono tan extremadamente respetuoso que casi bordeaba la parodia—, tal vez tzaru-Burandano no se ha expresado con toda la corrección necesaria y estoy segura de que lo lamenta. Pero sus palabras expresan con claridad los deseos de mi comandante, me temo. Por favor, reconsidera tu decisión, te lo ruego.

Se inclinó aún más, y Daraiku sintió que su rostro enrojecía de humillación.

«Ves insultos por todas partes», recordó.

«Es porque los hay», había sido su respuesta.

«Si los hay… ¿no será tal vez porque te empeñas en buscarlos?», había dicho ella.

Lentamente, apartó la mano de la espada. Miró a su alrededor. Contempló a los recién llegados. Intentó analizar la situación de un modo frío, desapasionado, mientras trataba de enterrar su rencor allí donde no nublara sus percepciones.

La situación sólo tenía una salida.

Muy despacio, se inclinó frente a Mizuni. Midió cada sílaba mientras decía:

—Por favor, comandante, perdona mi falta de tacto. Achácalo a mi preocupación por la seguridad del Cortejo de la Memoria. —Se

irguió y luego volvió a inclinarse frente a Itasu—. Tzaru-Dasaraki, gracias por recordarme mi deber. —Se irguió de nuevo e hizo lo que más le costaba: se inclinó frente al bárbaro, más de lo que se había inclinado ante ninguna de las dos mujeres—. Tzaru-Burandano, he actuado de un modo indigno y me lo has hecho ver a tiempo. Mi agradecimiento no conoce límites. La deuda que he contraído contigo, tampoco.

Esperó, seguro de que el bárbaro cometería una torpeza. Y, por un momento, pareció que así iba a ser. Por el rabillo del ojo vio cómo se relajaba y empezaba a sonreír. Pero de pronto, sin previo aviso, se dejó caer sobre sus rodillas y humilló la cabeza hasta casi dar con la frente en el suelo.

—Soy yo quien ha contraído contigo una deuda que no puedo pagar. En mi ansia por cumplir los deseos de mi comandante he sido innecesariamente rudo. No hay disculpa para perder los modales, tzaru-Fijune, pero pese a todo suplico tu benevolencia.

Permaneció así, humillado, totalmente inmóvil, a la espera.

Daraiku escrutó el rostro de sus hombres y comprendió que el bárbaro lo había vencido en su propio juego.

De momento, se dijo.

Pero aquel «de momento» era casi más de lo que podía soportar. Con toda la calma y la elegancia de que fue capaz, reconoció la derrota y aceptó las disculpas del bárbaro.

Éste se puso en pie lentamente, sin mirarle. Se volvió hacia Mizuni y ella, de un modo casi imperceptible, asintió.

Llegaron al Castillo a la caída de la tarde.

El secretario del Consejo de los Siete los esperaba a las puertas, lo que no fue ninguna sorpresa, pues Daraiku había enviado un emisario para avisar de su llegada.

Era un hombrecito menudo e imperturbable, cuya túnica de Intgze parecía siempre al borde de necesitar un buen lavado.

Saludó a Daraiku con un gesto de la cabeza que el capitán había aprendido a interpretar hacía tiempo como «ya hablaremos» y luego se dirigió a Mizuni.

—Comandante —dijo, con una voz quebrada y al borde del desfallecimiento—, mi corazón se alegra al verte llegar sana y salva. Aunque no puedo dejar de hacerme preguntas…

Mizuni desmontó y el extranjero que la flanqueaba tomó las riendas de su caballo. Se inclinó ante el secretario y dijo:

—Le daré los detalles al Consejo cuando sea requerida, pero me

temo que fuimos emboscados y que todas las esferas de memoria se perdieron… salvo una.

Sacó algo de los pliegues de su túnica y se lo tendió al secretario.

—¿Es…?

—La esfera de memoria del anterior Hijo del Origen. Salvada del desastre por Itasu y Yakisetoru. Hemos perdido mucho, pero sin mi capitana y mi teniente, la pérdida habría sido mucho mayor.

El secretario tomó la pequeña esfera entre sus manos y luego miró a la escolta de la comandante. El mensajero de Daraiku no había mentido. Un bárbaro vestido de Intgze. Y, si lo que la comandante contaba era cierto…

Los tiempos cambian, se dijo.

—Os lo agradezco. —Su mirada se clavó luego en el otro extranjero y su extraña compañía. Hmmm. Hermanitas. Carneútiles, como los llamaban los extranjeros—. A todos vosotros, y especialmente a los bravos oficiales de la udotadejochi. Por favor, entrad en el castillo, aseaos, descansad y comed. Tendremos luego tiempo para todo lo demás.

Mizuni inclinó la cabeza y, a una seña suya, el bárbaro y la mujer de pelo naranja desmontaron. El otro extranjero dudó unos instantes, al cabo de un momento los imitó.

Mientras entraban en el castillo, el secretario no dejó de notar que la comandante iba desarmada.

Con los ojos cerrados, Yáxtor dejaba que el masajista desentrañara los nudos de su cuerpo y trataba de no pensar.

Era una actividad en la que nunca tenía demasiado éxito.

Había sido una tarde extraña, se dijo. Extraña y sorprendente.

Primero, al poco de entrar, un baño; el mejor baño que había tomado en su vida, sin la menor duda, asistido por dos jóvenes que lo habían enjabonado, frotado y aclarado concienzudamente antes de dejarlo deslizarse en el agua casi hirviendo de la tina. Mientras lo enjabonaban, las muchachas habían intercambiado miradas evidentes y sonrisas nerviosas. Luego, tras llevarse sus harapos y sustituirlos por una muda completa, lo habían dejado a solas en el baño.

Había sido como estar alejado del mundo, fuera de él. A unos metros, su espada, apoyada en la pared, parecía mirarlo con socarronería, pero él no le había hecho demasiado caso. No quería pensar en ella en aquellos momentos; y mucho menos, en las indicaciones que le había dado durante su encuentro con los Intgze de

la isla y lo absurdas que le habían parecido.

Sí, absurdas pero eficaces, se dijo. *Lo bastante para poner a ese bastardo arrogante en su sitio y avergonzarlo frente a sus hombres.*

Pero enseguida dejó de darle vueltas al asunto. Se encontraba demasiado cómodo.

Estaba lejos de todo. De la Reina y de su misión. De lo que le aguardaba en el futuro y de todo aquello que acechaba en el pasado. De sus obligaciones como Intgze y de sus deberes como adepto. De Alboné y de Honoi.

De Ámber.

En aquellos momentos, lo único que existía en el mundo era él, nada más. Un punto totalmente en paz consigo mismo flotando en mitad de la nada.

Luego, sintió que la puerta se abría. Al girar la cabeza vio entrar a Itasu y Renyokiru acompañadas de un séquito de muchachas similar al suyo. Lo saludaron con una inclinación de cabeza, se deshicieron de sus ropas y dejaron que las jóvenes las enjabonaran.

Yáxtor disfrutó del espectáculo sin molestarse en disimular. El cuerpo de Itasu, que ya conocía bien, erguido y desafiante, suave y afilado, acogedor y hostil, formaba un contraste casi perfecto con el de su comandante: menuda, tranquila, cada curva de su cuerpo parecía un misterio tan imposible de desvelar como delicioso de recorrer.

Sentadas frente a frente, las dos mujeres eran lo más excitante que Yáxtor había contemplado en su vida. Y, al mismo tiempo, había algo tranquilizador en ellas, algo que hacía que toda urgencia desapareciera y fuera sustituida por una calma contemplativa y distante que encontró sorprendentemente agradable.

Al verlas así, no sentía apremio alguno. Ni siquiera deseo, en realidad. O, si lo sentía, era de un modo extraño y tranquilo. De alguna manera, mirarlas y gozar con la mera contemplación de las dos mujeres era más que suficiente. Hasta el mero pensamiento de ir más allá era una molestia innecesaria que arruinaba el momento.

Las jóvenes terminaron de enjabonarlas, las aclararon y luego las dos mujeres se introdujeron en la gran tina de agua caliente.

Ninguno de los tres dijo nada durante todo el baño. Como si cada uno de ellos estuviera en un universo distinto al de los demás. Pero, al mismo tiempo, no demasiado lejano. Todo lo que no dijeron sus palabras lo compensaron con sus miradas y, cuando el agua empezó a entibiarse y decidieron salir, era como si no hubiese secretos entre los tres.

Extraño, se decía ahora Yáxtor mientras los dedos expertos del masajista recolocaban los músculos en su lugar. Extraño y sorprendente.

Sabía que Itasu y Renyokiru estaban cerca de él, casi al lado,

tendidas en sus respectivas camillas. Sólo tenía que abrir los ojos, girar un poco la cabeza y las vería.

No lo hizo. No lo necesitaba. Estaban allí. De momento, bastaba con saber eso.

Dos Intgze, dos extranjeros y tres carneútiles. Eso era todo cuanto quedaba del Cortejo de la Memoria.

Y algo más.

Utano Reiko, Secretario del Consejo de los Siete, sopesó la pequeña esfera que contenía los recuerdos y la personalidad del anterior emperador.

Una esfera, sólo una.

Generaciones enteras de recuerdos perdidas por el camino.

¿Cómo era posible?

Depositó la esfera con cuidado en el soporte y se recostó en la silla. Sus viejas articulaciones crujieron mientras lo hacía y, una vez más, fracasó al intentar no pensar en su edad.

Demasiado viejo, se dijo. Demasiado viejo para ver ahora cómo todo cuanto conocía se desmoronaba a su alrededor. Había servido al Consejo de los Siete durante la regencia de tres emperadores, y se preguntaba si soportaría servir a un cuarto. Por tres veces, el Cortejo de la Memoria había recorrido Honoi, trasladando su preciosa carga hacia Utarasu. Por tres veces, él había supervisado la colocación de las esferas de memoria en sus soportes, había comprobado que todo estuviera en orden y había dejado que todos aquellos recuerdos se integrasen en la delicada estructura del Jardín de la Memoria.

Tres veces. Tres vidas.

Y ahora…

Contempló de nuevo todo lo que quedaba de aquel cortejo.

Los recuerdos del Hijo del Origen estaban a salvo. Se integrarían con los demás. Cumpliría con su deber, como lo había cumplido siempre.

Y luego…

Un baño, un último baño. Un masaje final. Disfrutar, tal vez, del Estremecimiento y la Pequeña Muerte una última vez. O quizá ni siquiera eso. Para qué.

Y luego, en la soledad de sus habitaciones, tomaría la decisión a la que todo Intgze tenía derecho y en la que ni siquiera el Emperador podía interponerse. Decidiría cómo y en qué momento abandonar aquella vida.

¿Sólo aquélla?

Contempló de nuevo la esfera de memoria.
¿Sólo aquélla?, se repitió.

Una civilización se define, no tanto por lo que es realmente como por lo que cree ser. Es la imagen que tienen de sí mismos quienes la componen lo que acaba dándole forma.

Los humanos no somos más que una suma de historias. No de aquellas que hemos vivido, sino de las que recordamos haber vivido. Las mentiras que nos contamos sobre nosotros mismos dicen de nosotros mucho más que cualquier otra cosa.

—Próxtor Brandan

Durante una semana, todo lo que había hecho Fléiter podía resumirse en dos cosas: leer y tomar notas. Se pasó buena parte de la semana siguiente cruzando las notas, relacionando pistas y, ocasionalmente, pidiendo a Palacio nuevos documentos.

El joven acólito de los adeptos empíricos que iba a verlo todos los días se sorprendía a menudo de la precisión con la que Fléiter indagaba por éste o aquel expediente o preguntaba acerca de la existencia de ciertos archivos, como si ya conociera todo sobre aquel material y quisiera simplemente refrescar la memoria.

Fléiter contenía los deseos de sonreír mientras hablaba con el joven. Interiormente, no dejaba de maravillarse ante lo eficaces que seguían siendo los trucos más viejos. Se había pasado una semana revisando expedientes de los adeptos empíricos; a partir de ahí, hacerse una idea del modo concreto en que estaba organizada su burocracia había sido un juego de niños. Suponer la existencia de ciertos documentos dentro de ese esquema, era un paso más evidente aún.

Tras una nueva semana de trabajo tenía, por fin una lista.

Diecinueve nombres. Más de los que esperaba. No tantos como temía.

Cualquiera de ellos podía estar envuelto en la trama de Toga Toshune. O todos. O ninguno. Podía detenerse ahí, por supuesto, pasar su lista al Regente y dejar que los propios adeptos empíricos se encargasen de llevar adelante el resto de la investigación.

Pero no. Terminaría lo que había empezado.

Así que la siguiente vez que el acólito fue a verlo no le pidió ningún expediente. En vez de eso, le dio algo. Con sumo cuidado, se hizo un corte superficial en el antebrazo y dejó que su sangre goteara hasta llenar un pequeño frasco no mucho mayor que un dedal. Luego, pronunció la palabra impronunciable que cicatrizaría la herida y le tendió el vial al joven.

—Supongo que con estos vuestros artífices tendrán suficiente —dijo.

—¿Para qué? —preguntó extrañado el acólito.

—Para manufacturar los mensajeros que necesito. Adaptados a mí fisiología, claro. —Señaló el frasco.

—¿Qué tipo de mensajeros?

—Bueno, básicamente, el mismo tipo que usan los adeptos inquisitivos cuando interrogan a un sospechoso.

Sin decir nada (pero con la mirada llena de preguntas), el acólito tomó el frasco y abandonó la habitación.

Interrogar era un arte, decía su preceptor en los tiempos en que Fléiter no era más que un joven e inexperto pupilo del Capítulo de Información. Un arte delicado.

«No es muy distinto a recorrer un laberinto. Cada pregunta va trenzando el hilo que te guiará a la salida. Y, si la pregunta no es la correcta, la configuración de laberinto cambiará de repente y todo el trabajo anterior no habrá servido para nada.»

Curioso. Recordaba aquellas palabras como si las hubiera oído la tarde anterior, en lugar de pertenecer a una época lejana de su vida.

Era joven entonces, tan joven…

Le bastaba con cerrar los ojos y volvía a verse como era aquellos días, en una habitación sofocante en la que la luz se colaba por un ventanuco en una esquina. Su preceptor frente a él; y él, intentando conseguir la información que le eludía una y otra vez.

«Conseguir que te hablen es sólo el primer paso. Pero un primer paso imprescindible. No importa que sea para manifestar su desprecio o burlarse de ti. Sus palabras son una puerta entornada por la que debes colarte.»

Cuánto le había costado aquel primer paso. Qué difícil había sido algo tan sencillo como sacar de su mutismo a la persona que interrogaba.

Y no es que los siguientes pasos fueran más fáciles.

El viejo tenía razón. Una pregunta equivocada y el laberinto se convertía de pronto en otra cosa totalmente distinta. Paso a paso. Con

cuidado. Midiendo cada palabra, cada gesto, cada entonación.

Con sorpresa, descubrió que echaba de menos aquellos días y, cuando el primer nombre de su lista entró en la habitación en la que estaba, se obligó a sí mismo a contener una sonrisa.

El interrogatorio duró casi dos horas, durante las cuales Fléiter fue redescubriendo técnicas y trucos que creía haber olvidado hacía tiempo.

Por supuesto, los mensajeros que los adeptos empíricos le habían preparado hacían su tarea infinitamente más fácil que en los viejos tiempos. No mejoraban la calidad de sus preguntas ni lo prevenían contra sus propios errores, pero enfocaban su atención de tal forma que pocos detalles del lenguaje corporal del interrogado se le escapaban. Hasta la menor de sus reacciones era percibida, anotada y sopesada, y la siguiente pregunta la incorporaba como si fuera algo natural.

Después de una hora de interrogatorio, estaba casi seguro de que el jefe de mayordomos del palacio no tenía nada que ver con lo que estaba buscando. Encontró muchas otras cosas, por supuesto; pequeños chanchullos y fraudes que el hombre intentaba ocultar sin demasiado éxito, pero nada relacionado con la intriga del Shono.

Pese a todo, siguió aún otra hora más. Lo había elegido el primero a propósito: si encabezaba la lista era precisamente porque había muy pocas posibilidades de que tuviera algo que ver con aquello y, por tanto, le serviría perfectamente como sujeto de prueba. Los errores que cometiera con él no tendrían importancia y le ayudarían con los siguientes.

Al terminar, el jefe de mayordomos era un hombre confuso que abandonó la habitación sin estar muy seguro de haber perdido su empleo y, tal vez, su vida.

A solas, Fléiter saboreó sus recuerdos del interrogatorio.

Estaba oxidado, sin la menor duda. Pero le complacía ver que enseguida recordaba las viejas técnicas y que aún sabía adaptarse a lo inesperado. Las siguientes sesiones serían más complicadas pero también, estaba seguro, más gratificantes.

Miró a su alrededor y sonrió.

«El escenario es importante, fundamental. Debe desconcertar al interrogado, sacarlo de su elemento, hacer que no se sienta seguro de qué terreno pisa. Y, al mismo tiempo, no debe ser demasiado incómodo, no tanto que el sujeto esté demasiado preocupado por su propia incomodidad que no piense en otra cosa.»

Sí; el viejo había tenido razón, como de costumbre. Y, sin duda, la habitación que le había proporcionado Mishra era perfecta. La enorme y recargada mesa, la cama con dosel al fondo, el ventanal entreabierto… y, por supuesto, el hecho de que se encontrase en el

prostíbulo más caro de toda Lambodonas era el toque definitivo que le hacía falta.

La mujer iba a ser un hueso duro de roer. Lo supo en cuanto la vio entrar. Alta, pálida y con las facciones de un ave de presa enmarcadas por la capucha de adepta de la curación; el gesto altivo, las maneras distantes, los gestos reducidos al mínimo posible.

Todo lo que odiaba de los malditos albonenses en una sola persona.

«Ten cuidado con tus reacciones instintivas. Pueden ser una guía eficaz… o pueden cegarte en el momento más inoportuno.»

Sí, sí. Maldito viejo.

La imagen de su preceptor había ganado fuerza en su memoria en los últimos días, a medida que interrogaba a los sujetos, hasta el extremo de convertirse en una figura irritante y pagada de sí misma con la molesta manía de estar siempre en lo cierto.

Saludó a la Adepta Suprema de la Curación con un gesto de la cabeza y le indicó que tomase asiento. Ella así lo hizo, después de lanzar una mirada de altiva desaprobación al mobiliario.

—Lamento haberte apartado de tus obligaciones, Adepta Asima —dijo.

Ella no respondió. Con las manos cruzadas sobre el regazo parecía el arquetipo mismo de la serenidad.

—Lo más probable es que todo esto sea una pérdida de tiempo. Pero son cosas que hay que hacer, me temo.

Echó mano al legajo que había a su izquierda, lo abrió y fue pasando las páginas, deteniéndose aquí y allá en algún pasaje. La mujer seguía sin reaccionar.

Las primeras preguntas fueron inofensivas, triviales. Se interesó por sus obligaciones como adepta de la curación, se demoró en aspectos fútiles de su trabajo y perdió un tiempo interminable en desentrañar protocolos sin sentido.

Ella siguió sin alterarse. Respondía con el mínimo preciso de palabras, en un tono tan frío como cortés.

Tenía que estar irritada, por supuesto. Al fin y al cabo, era la Adepta Suprema de la Curación, un engranaje importante en la maquinaria del estado, y se la había sacado de su ambiente a una hora intempestiva para llevarla a una casa de mala nota donde un maldito occidental le preguntaba estupideces. Por fuerza tenía que estar molesta.

Y el hecho mismo de que no lo pareciera, de que ni uno solo de

sus gestos la traicionara, era una pista inquietante.

Fléiter tomó aire y reordenó sus pensamientos.

—El Shono Toga Toshune visitó la Casa de la Curación, según me han informado.

Ella asintió.

—Seguro que se sintió fascinado por lo que vio.

Un encogimiento de hombros fue toda la respuesta que recibió Fléiter.

—Al fin y al cabo, para él tenemos que ser tan extraños como ellos lo son para nosotros, ¿no?

—Todo el mundo es extraño —respondió Asima—. Es una cuestión de perspectiva.

—Sin duda —reconoció Fléiter—. Y, desde la perspectiva del Shono, no cabe duda de que somos tan, ¿cómo lo diría?, llamativos como ellos lo son desde la nuestra.

—Es posible.

Fléiter ojeó de nuevo sus papeles, aunque no lo necesitaba.

—Al fin y al cabo, pasó un buen rato en la Casa de Curación. Según me han informado, mantuvisteis a solas una larga charla.

—Todas las charlas son demasiado largas cuando me apartan de mis ocupaciones.

Fléiter sonrió, comprensivo.

—No me cabe duda. ¿Recuerdas de qué hablasteis?

—Del uso curativo de los carneútiles y de sus mensajeros —respondió ella sin vacilar.

Fléiter asintió.

—Sí, claro —dijo—. Eso encaja —añadió, como para sí mismo. Alzó la vista de repente—. Perdóname, creo que ya te he retenido más de lo necesario.

Por un instante mínimo fue como si una máscara cayera del rostro de la mujer. Fue algo tan fugaz que Fléiter podía haber pensado que se lo había imaginado, de no haber sido por los mensajeros inquisitivos que le habían proporcionado.

La sorpresa desapareció enseguida del rostro de la adepta, como si nunca hubiera estado allí. Serena, imperturbable, dijo:

—Entonces, será mejor que regrese a mis labores.

Él asintió.

—Por supuesto —dijo—. Gracias por tu colaboración. Y perdona cualquier molestia que te haya podido causar.

Asima inclinó la cabeza en un saludo y dio media vuelta. Fléiter esperó a que hubiera llegado a la puerta para decir:

—Quizá tengamos que hablar de nuevo. Seguro que no será necesario. Pero nunca se sabe.

Ella no vaciló ni un instante, como si las palabras del occidental

nunca hubieran salido de su boca. Abrió la puerta y abandonó la habitación, siempre impertérrita.

A solas, Fléiter contuvo un gruñido de satisfacción.

Era buena. Condenadamente buena.

Ocultaba algo, eso estaba claro. De hecho, ocultaba muchas cosas. Fundamentalmente a sí misma y todo lo relacionado con ella.

¿Tenía eso algo que ver con lo que Fléiter investigaba?

Tal vez. O tal vez no.

Ojalá sí, se dijo. *Ojalá la maldita bruja esté pringada hasta las cejas.*

En su mente, la figura de su preceptor lo amonestó con condescendencia.

Vete al cuerno tú también, maldito viejo.

Los días siguientes fueron una especie de anticlímax.

Lentamente, la lista de posibles sospechosos se fue reduciendo. En el proceso, Fléiter aprendió mucho sobre los interrogados y sacó a la luz muchas cosas que ellos habrían preferido que permaneciesen ocultas, pero nada que tuviera que ver con lo que investigaba.

Tachó el último nombre cuatro días después.

Luego, los fue repasando uno a uno. Un gesto por allí que quizá… Una respuesta que tal vez… Un comentario nervioso que a lo mejor… Una sonrisa falsa que era posible que…

Descubrió que apenas lograba concentrarse.

Cada fibra de su ser le decía que dejase aquello, que se olvidase de la condenada lista y volviera a un único nombre.

«Método. El método es fundamental.»

Que te jodan, viejo.

Pero tenía razón, así que se obligó a sí mismo a repasarlo todo una vez más y sólo cuando hubo terminado, regresó a Asima.

Leyó su expediente una vez más. Repasó su infancia, su juventud, su madurez. Su relación con la anterior encarnación de la Reina. Su ascenso meteórico entre las adeptas de la curación. Su mano eficaz reorganizándolas. Sus misiones fuera de Alboné.

Un tiro a ciegas, no es más que un tiro a ciegas.

Pero tampoco tenía nada mejor.

Todo lo que hemos construido, todas las mentiras que hemos trenzado a nuestro alrededor, toda nuestra filosofía, nuestra ciencia, nuestras concepciones sobre nosotros mismos tiemblan y se estremecen como un castillo de naipes ante la idea de que ningún humano es capaz de un acto de amor más sublime que el de una gata protegiendo a sus cachorros.

—Glaxton Dishrel, anterior Regente de Alboné

Debería haber dormido a pierna suelta. El masaje había dejado su cuerpo deliciosamente relajado y tendría que haber caído en el sueño en el momento mismo en que posó la cabeza en la almohada.

Sin embargo, seguía despierto.

Se incorporó en la cama. Se puso el uniforme nuevo de Intgze que las muchachas le habían llevado al baño y se dirigió hacia la puerta de la habitación. Se detuvo un instante y dio media vuelta. Su espada, apoyada en la pared, parecía contemplarle medio zalamera, medio enfurruñada.

No, se dijo Yáxtor.

Salió de la habitación, cerró la puerta con cuidado y echó a andar por el pasillo. Recordaba haber visto a la ida un ramal que parecía desembocar al aire libre, y no tardó en dar con él.

Salió a una amplia terraza que se abría sobre una noche cálida y cuajada de estrellas. Se apoyó en el parapeto, extrajo la pipa de entre sus ropas y la cargó con parsimonia, casi con mimo, midiendo cada movimiento como si fuera lo más importante que había hecho nunca. Le echó un vistazo a su menguada provisión de tabaco y, con un suspiro resignado, se puso la pipa en los labios y masculló la palabra impronunciable de ignición.

Por unos instantes pensó en su espada, en el modo en que se comunicaba con él, a mitad de camino entre la socarronería y la ternura. Como si la personalidad original del arma hubiera amplificado algunas de las mejores características de Ámber.

Seguramente porque ya estaban en ella, se dijo.

Pero no quería pensar en aquello ahora mismo. En los últimos

meses, Ámber había sido el fantasma que poblaba buena parte de sus sueños y, ahora, fusionada su personalidad con la de la espada, cobraba de repente un peso nítido y preciso que no estaba seguro de encontrar cómodo. Así que hizo a un lado el asunto y trató de pensar en algo más.

O, mejor, en nada más.

Pero era inútil.

Su mente vagó unos instantes por senderos que no llevaban a ningún lugar y, poco a poco, fue centrando su atención en los mensajeros. Los hermanitos. En lo distintos que eran en cada una de las islas. En Atarasu los había sentido activos, bulliciosos, remisos a cumplir su voluntad. En Imarasu no sólo eran escasos sino… desganados. Desgastados, quizá. Y ahora, allí, en Utarasu, de nuevo los sentía llenar el aire y alborotar los alrededores. Pero, al contrario que en la isla del norte, no parecían díscolos. Cumplían sus órdenes con facilidad, se dejaban gobernar por él como siempre lo habían hecho los mensajeros en cualquier parte del mundo.

Se pregunto si aquello sería porque los mensajeros eran distintos o porque él había cambiado.

¿Importaba?

Seguramente no, pero no podía dormir, y darle vueltas a aquello era tan buena idea como dárselas a cualquier otra cosa.

Tres islas. Dos más, si se tenían en cuenta Iyeasu y Arasu. Pero, por lo que sabía Yáxtor, la primera era básicamente una comunidad agrícola que no se mezclaba con el resto de Honoi más allá de lo imprescindible para abastecer al país con sus productos. En cuanto a Arasu, la estrecha franja de tierra que había entre la costa y el lago central apenas era capaz de sustentar la vida.

Honoi era, fundamentalmente, las tres islas principales. Y cada una no podía ser más distinta a las otras dos.

Atarasu, llena de ciudades, de funcionarios, artesanos, banqueros, comerciantes y soldados.

Imarasu aislada del resto, convertida en un enorme y yermo penal… y en algo más en los últimos tiempos, a juzgar por lo que había pasado durante su viaje.

Y finalmente, Utarasu, gobernada por los Intgze que custodiaban el Jardín de la Memoria, casi como si fuera un país dentro de otro.

Ioh Node.

Un lugar al que se llevaban los recuerdos de los muertos. Un sitio donde los que ya no estaban vivos gozaban de una segunda oportunidad.

¿Cómo? ¿Dónde? ¿Por qué?

Aspiró una última bocanada de humo y luego vacío la pipa, la limpió y la guardó entre sus ropas.

Sintió un movimiento a su espalda y, al volverse, vio a dos guardias parados en el umbral que lo miraban con indecisión.

—Ah, tzaru-Burandano —dijo uno de ellos—, no queríamos molestarte.

Yáxtor contuvo una sonrisa.

—No lo habéis hecho. —Dudó unos instantes y señaló a su alrededor—. Espero no haber hecho nada inconveniente —dijo—. No quisiera estar indebidamente en un lugar prohibido o algo así.

El guardia cabeceó.

—No; claro que no. Eres libre de pasear por las partes públicas del castillo, por supuesto.

Había un deje de duda en su voz, pero Yáxtor dio por buenas las palabras y asintió.

—No te molestamos más —añadió el guardia—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Dieron media vuelta y continuaron con su ronda mientras Yáxtor se apoyaba de nuevo en el parapeto y contemplaba el cielo nocturno.

Tres islas completamente distintas, se dijo de nuevo.

Pero enseguida abandonó aquellos pensamientos.

No era en eso en lo que quería pensar. Aunque, en realidad, se dijo con socarronería, en lo que quería pensar era precisamente aquello en lo que no quería pensar.

Itasu.

No; pero cerca en realidad. Lo más cerca que se atrevía a estar en aquellos momentos de sus verdaderos pensamientos.

Itasu. Altiva. Feroz. Despreocupada. Entusiasmada como una niña ante las cosas más triviales. Implacable en el cumplimiento de su deber.

Una criatura magnífica.

En cierto modo no muy distinta de otra que había conocido un tiempo atrás. Pensó por un instante fugaz en Yoranna, en el modo en que la había domado a medias, en la forma en que ella se había rebelado contra su control. En el momento en que había vuelto a él; no para matarlo (aunque quizá ella lo creyese así), pero tampoco para ceder ante Yáxtor los últimos restos de su voluntad. Había acudido a él para seguir siendo quien era, aunque eso acabase significando su muerte.

Yoranna.

Itasu.

De nuevo oyó un sonido tras él. Al volverse vio precisamente lo que deseaba ver y en lo que no se había atrevido a pensar.

La comandante Renyokiru se apoyaba en la pared, a un lado de la salida, y lo contemplaba en silencio. Yáxtor tuvo la sensación de que llevaba allí un buen rato y que, si él había notado ahora su

presencia, era sólo porque ella así lo había deseado. Tras el baño y el mensaje, recompuesto de nuevo su peinado en la trenza que nacía bajo su barbilla, con ropas nuevas y limpias, no parecía del todo real. Demasiado... Demasiado, ¿qué?

Con el asomo impreciso de una sonrisa en su rostro sereno, la mujer se apartó de la pared y se acercó a Yáxtor.

—Deberías estar durmiendo, Yakisetoru —dijo, mientras se acomodaba a su lado en el parapeto.

Yáxtor sonrió y trató de no pensar en el placer que sentía al oír su nombre articulado por ella de ese modo.

—Tú también, comandante. Si no me equivoco, mañana te espera un día duro.

—A todos nos esperan días duros a partir de ahora.

Yáxtor respondió con un encogimiento de hombros, y ella lo imitó de un modo que estaba justo al borde de la burla.

Luego, el silencio cayó sobre ambos. Un silencio cómodo, acogedor.

La sensación era… extraña. Yáxtor se sentía cohibido, casi nervioso; una sensación familiar que, sin embargo, casi había olvidado.

De hecho, la había olvidado, se dijo.

Y al mismo tiempo se sentía a gusto, despreocupado, como si nada en el mundo pudiera hacerle daño en aquellos momentos.

Miró de reojo a la mujer y descubrió que ella estaba haciendo lo mismo. Se giraron, esclavos de una sonrisa que no podían evitar, y se contemplaron sin disimulo.

—Me has traído de vuelta —dijo ella de pronto—. Y no estoy muy segura de que deba estarte agradecida.

Yáxtor se encogió de hombros una vez más. Y, de nuevo, ella imitó el gesto de un modo que no llegaba a ser del todo burlón.

—No lo sé —dijo él—. Eso tendrás que decidirlo tú.

—En los próximos días no habrá mucho tiempo para decidir nada, me temo. Estaremos demasiado ocupados.

—Después, entonces.

—Si es que hay un después.

—Si no lo hay —estuvo a punto de encogerse de hombros y se detuvo en el último instante—, ¿para qué preocuparse?

Ella sopesó sus palabras. Asintió.

—Eres un hombre extraño —dijo—. Eres un hombre, así que eso ya te hace extraño. Y eres extranjero, lo que te hace doblemente extraño. Pero además de eso, eres un hombre extraño.

Yáxtor no sabía qué responder a aquello, así que guardó silencio.

—No le hagas daño a Itasu —añadió ella, cambiando bruscamente de tema.

En su voz no había el menor asomo de súplica. Tampoco era una orden. Se limitaba a pedírselo, al igual que aquella noche en Imarasu, junto al fuerte. Y Yáxtor supo que no repetiría la petición.

Pensó en ello. Y, para su sorpresa, se sintió limpio de todo rencor hacia Itasu. ¿Dónde estaba la rabia, qué había pasado con el rugido frío y furioso que había sentido en sus tripas, en qué lugar se había metido el deseo feroz de humillarla, destrozarla y volver a recomponerla a su gusto?

Parpadeó, confuso.

—No se lo haré —logró decir.

Ella asintió y volvió a apoyarse en el parapeto.

—Creo que el Jardín de la Memoria está en peligro —dijo, al cabo de un rato—. Que tal vez todo Honoi lo esté. Que nuestro pasado está aquí para hacernos pagar por lo que hicimos. —Miró a Yáxtor, quien la contemplaba en silencio—. Sé que no lo entiendes y hay muchas cosas que yo misma no termino de comprender del todo, pero es como lo siento.

Él asintió.

—Haremos lo que podamos —dijo.

La mano de Renyokiru era pequeña, delicada, casi como la de una niña, y estaba fría cuando se posó sobre la de Yáxtor.

—La noche será larga. No deberíamos pasarla a solas.

Algo se rompió dentro de Yáxtor. Muy despacio, alzó su mano libre y, con suavidad, recorrió el mentón de Renyokiru. Se detuvo en su pequeña barbilla puntiaguda. Paseó los dedos por su boca, en la que había una sonrisa a medio formar.

—No me importa lo larga que sea —dijo—. De hecho…

Ella detuvo sus palabras con la punta de los dedos. La sonrisa terminó de formarse en su rostro y, con un gesto, lo condujo al interior del castillo.

Ninguno de los dos parecía tener prisa. Recorrían el cuerpo del otro como un explorador precavido que no está seguro del territorio en el que se ha adentrado y que comprueba cuanto le rodea antes de dar el siguiente paso. Despacio, muy despacio, sus manos exploraban, sus dedos trazaban figuras incomprensibles, sus bocas dibujaban un camino tibio sobre la piel.

Pero bajo aquella calma, y los dos lo sabían, se agazapaba una urgencia nerviosa, un hambre que no se saciaba nunca, un apremio que no admitía excusas.

Se miraron. Se saborearon. Se recorrieron, mordieron, lamieron

y arañaron, todo con una suavidad enervante que apenas ocultaba la intensidad de sus apetitos.

Y luego, sin que ninguno de los dos supiera cómo había pasado, ya no hubo tiempo para nada que no fuera el ansia rabiosa del deseo. Pronto fueron un único animal absorto en su pasión, ciego para el mundo, agonizando en cada jadeo, cada grito, cada suspiro, incapaces de detenerse y tan conscientes de la presencia del otro que apenas había espacio para los dos.

Mucho tiempo después, mientras la noche envejecía sin prisa más allá de la ventana, yacieron juntos, agotados, satisfechos sin estar del todo saciados, envueltos en un silencio sólo interrumpido por sus respiraciones jadeantes, los ojos azul acero de Yáxtor clavados en los ojos negros de Renyokiru, ambas bocas curvadas en una sonrisa a medias burlona, a medias infantil.

—Yakisetoru —susurró ella cuando su respiración volvió a la normalidad.

—Mizuni —respondió él, llamándola por el nombre de pila por primera vez.

Yáxtor fumaba. Renyokiru alargó la mano y él le tendió la pipa, como había hecho en Imarasu, en una noche que parecía estar a miles de años de distancia. Ella probó el tabaco, lanzó un par de aros de humo al aire y se la devolvió.

—Huele mejor que sabe —dijo.

Él iba a responderle alguna trivialidad, pero en lugar de eso, se descubrió de pronto hablándole de sí mismo, de Ámber, de cómo la había conocido, de su matrimonio, del nacimiento de su hijo, de la noche en que volvió a la casa familiar y descubrió a Ámber muerta, colgada de sus propias tripas mientras su hijo, hecho pedazos, chisporroteaba alegremente sobre la chimenea.

Se detuvo un instante, asombrado de lo que acababa de hacer. Y enseguida comprendió que no podía parar, que debía continuar hasta el final.

Así que le habló de lo que había ocurrido después. De cómo Orston Velhas y Qérlex Targerian (por aquel entonces Adepto Supremo uno y Maestro de Artífices el otro) habían borrado de su memoria todo aquello y habían reconstruido su mente para convertirlo en una máquina eficiente y sin remordimientos al servicio de la Reina de Alboné.

De la forma en que había recuperado sus recuerdos, seis meses atrás.

De muchas otras cosas.

Ella le dejó hablar, en silencio. Sólo cuando Yáxtor se detuvo, Mizuni le miró y dijo:

—No te reconstruyeron. Sólo dejaron salir lo que estaba en las sombras.

Aquello era demasiado parecido a lo que la Ámber fantasmal de sus sueños le había dicho. Mizuni sonreía y, por un momento, Yáxtor se sintió devuelto a un pasado al que nunca podría regresar.

—No pareces… —empezó a decir. Y se detuvo.

Ella se encogió de hombros, en una imitación perfecta del modo en que Yáxtor lo hacía. Éste vio brillar un destello burlón en lo más hondo de sus ojos negros.

—Es porque no lo estoy.

Se incorporó y, acaballada sobre él, lo miró un largo rato en silencio.

—No importa —dijo, después—. No me importa. Ahora, en este momento, eres mío.

—Sí.

—El futuro no existe. El futuro es una mentira. El pasado… una sombra. Tú y yo. Aquí. Todo lo demás…

Sin responder, Yáxtor acarició su rostro.

—No eres lo que esperaba —dijo ella—. Y eres como quiero.

—Y tú…

—Shhh. —De nuevo detuvo sus palabras con la punta de sus dedos. Meneó la cabeza sin dejar de sonreír—. Qué más da.

Tan parecida. Tan distinta. Tan ella misma. Por primera vez, Yáxtor deseó no estar al servicio de la Reina. Por primera vez deseó dejar de ser quien era y ser simplemente… ¿el qué?

—Aunque la Reina me ordenase… —empezó a decir.

Una vez más, Mizuni le interrumpió.

—Los dos sabemos que eso no es cierto —dijo—. Pero al menos te importo lo suficiente para que me mientas. Es un comienzo.

Él intentó responder. No pudo.

Lo hicieron de nuevo poco después. Y esta vez, la calma de sus movimientos no era deliberada, sino natural. Se tomaron su tiempo porque así lo deseaban y en ningún momento existió el apremio de la primera vez.

Al recordarlo después, Yáxtor no estaba seguro de cuál de las dos veces había sido mejor.

La memoria tiene dédalos extraños
que conducen a recámaras cargadas
donde lanzas como lenguas afiladas
se disparan en coléricos rebaños.

La memoria se atropella entre ficciones
desmentidas por mohines imprevistos,
y los labios, de sus armas desprovistos,
se marchitan en insólitos rincones.

La memoria es sangre, piedra y fuego
donde sangro, rompo y carbonizo
un pasado herido y enfermizo.

La memoria es un payaso, cuyo juego
es atarse a una verdad hecha de espejos
y esparcirla entre despojos de reflejos.

—Marlev Shaspa

Itasu y Yáxtor se mantenían en silencio e inmóviles, a los lados de Renyokiru y a un paso tras ella. No se miraban, pero a ninguno de los dos le estaba costando trabajo suponer lo que pensaba el otro.

Yáxtor estaba teniendo verdaderas dificultades para no desenvainar su espada y acabar con aquella estupidez. Itasu se las apañaba mejor que él para mantener la tranquilidad, pero de haber dependido de ella, habría hecho a un lado a su comandante, le habría dicho al Consejo de los Siete donde podían meterse sus estúpidas preguntas y se habría largado de allí sin mirar atrás.

Mizuni, en cambio, permanecía imperturbable; respondía con calma a cada una de las preguntas que le hacían, con la misma paciencia que tendría con un niño algo retrasado.

Y funcionaba.

El interrogatorio había empezado de un modo hosco, casi hostil, como si la comandante fuera responsable de lo ocurrido; como si ella, de algún modo, lo hubiera provocado todo.

Poco a poco, sin que ninguno de los miembros del Consejo se diera cuenta, su tono y sus maneras fueron cambiando.

Yáxtor se relajó de repente, al comprender lo que estaba ocurriendo y tuvo que contenerse para no aplaudir de pura admiración.

Los estaba domando, los estaba atrayendo a su terreno. Con cada nueva pregunta y cada nueva respuesta, Renyokiru Mizuni estaba dirigiendo el interrogatorio hacia donde ella quería sin que le costase el menor esfuerzo y sin que el Consejo de los Siete fuera consciente de ello.

Cada intento de hacerla tambalearse, cada reproche, cada recriminación, cada duda sobre su capacidad o sus intenciones se estrellaba contra su rostro sereno, sus brazos cruzados y su voz tranquila. Cuando le repetían una pregunta, Mizuni se limitaba a decir lo que ya había dicho, en el mismo tono paciente y con palabras más sencillas que la vez anterior.

Yáxtor tomó aire y se relajó.

No comprendía del todo lo que estaba pasando allí. No entendía por completo a qué había obedecido la hostilidad del Consejo hacia la comandante. Pero empezaba a tener clara una cosa: habían intentado humillarla y, sin que se dieran cuenta, eran ellos los que estaban siendo humillados.

«Comprendo que te guste», dijo una voz en su cabeza.

Sí, claro, cómo no iba a comprenderlo.

La espada había cambiado, sin duda. A veces, su voz seguía siendo masculina y ligeramente socarrona, especialmente cuando le aconsejaba acerca de las costumbres de los Intgze y sus protocolos. Otras veces era una voz de mujer; una voz familiar y cercana, aunque no menos socarrona. Casi siempre era una sorprendente mezcla, sin embargo, extraña y familiar al mismo tiempo. Ámber, pero no del todo; una Ámber matizada por la personalidad de Dakaname.

Extraño, en ocasiones desconcertante, pero casi nunca molesto.

Mizuni seguía llevando el interrogatorio por donde ella quería, sin que sus inquisidores fueran conscientes de ello. Yáxtor, con la empuñadura de su espada firmemente agarrada, se preguntaba, por primera vez en mucho tiempo, qué sentía.

Itasu, a su lado, era una camarada de armas, una compañera de lecho, quizá una rival en las circunstancias adecuadas. Valquinia había sido un instrumento: dócil, manejable, útil hasta que había dejado de serlo. Yoranna… Yoranna había sido única a su manera pero, como la niña de Barlénder, había sido un instrumento. Un instrumento necesario para su trabajo, eficaz, rápida y letal; y un instrumento para su placer, no menos eficaz y no menos letal.

Nada más.

«¿Seguro?»

Nada más, se repitió con firmeza.

La espada guardó silencio.

En cuanto a Imri, que lo esperaba en las tierras familiares… Imri, madura, complaciente, ocasionalmente maternal… No tenía muy claro qué significaba para él, pero sí que sabía que, en el fondo, no gran cosa.

Mizuni…

La comandante se encogió de hombros ante la vigésima versión de la misma pregunta. Luego, conteniendo una sonrisa, respondió con la misma paciencia que las diecinueve veces anteriores.

Mizuni.

Era distinta.

Al menos lo bastante distinta para preguntarse qué sentía por ella; para preguntarse si sentía algo por ella.

A través del contacto con su espada, sintió una risa lejana y una sonrisa irónica.

Sí; Ámber tenía razón. El sólo hecho de que se preguntase si sentía algo por ella ya era en sí mismo una respuesta. Y bastante clara, además.

En aquel momento, los miembros del Consejo de los Siete se miraron entre ellos, asintieron casi a la vez y dieron por concluido el interrogatorio. Sin una palabra, se pusieron de pie y abandonaron la sala, dejando a Itasu, Mizuni y Yáxtor solos en el salón medio en sombras.

—Creo que ha ido bastante bien.

Yáxtor frunció el ceño y estuvo a punto de contradecir a su comandante. Guardó silencio en el último momento.

—Tenían que actuar como han hecho, Yakisetoru —dijo sin embargo la comandante, como si él hubiera hablado—. Aunque es cierto que no tenían por qué hacerlo de un modo tan desagradable. —Se encogió de hombros—. Por otra parte, tampoco esperaba de ellos que fueran demasiado amables conmigo.

Itasu asintió y Yáxtor vio que contenía una sonrisa feroz.

—No nos separamos en los mejores términos, así que es comprensible que hayan querido hacerme sudar un poco. Mezquino y rastrero, pero comprensible.

Miró a los lados. Estaban en la parte más baja de un anfiteatro vacío. La luz se colaba con torpeza por dos ventanucos en lo alto y por la puerta que tenían detrás. Mizuni tomó aire y lo soltó lentamente.

—Hay sitios a los que, simplemente, no puedes volver —dijo.

Luego se giró hacia sus subordinados. Itasu no necesitaba que le dijeran gran cosa: la conocía y sabía lo que debía hacer. Yakisetoru era otro asunto.

—Esta noche hablaremos de cosas realmente importantes. Y lo haremos con la gente que de verdad importa. Itasu, te agradecería que acompañases a Yakisetoru hasta la hora de la comida. Tengo cosas que hacer, y él tiene cosas que aprender.

La capitana asintió. Miró fugazmente a su comandante y luego al adepto. Un brillo de comprensión asomó a su mirada y, de pronto, empezó a entender mucho de lo que aquella mañana la había desconcertado.

—Claro, udotadejochi; se hará como desees.

Mizuni asintió.

—Ahora será mejor que… —Se interrumpió de repente—. Nos veremos por la tarde. A la hora del cerezo.

Despidió a ambos con un gesto. Durante un instante, Yáxtor no se mostró muy dispuesto a obedecerla. Luego asintió, le dirigió una pequeña reverencia y se fue tras Itasu.

Ella le enseñó el castillo, al menos las partes a las que tenían acceso, y por el camino no paraba de hablar. De esto y de lo otro; de aquello y de lo de más allá; de historia, costumbres, obligaciones y protocolos; de deberes y rituales.

Hablaba deprisa, pero no atropelladamente. Se detenía de vez en cuando, miraba a su alrededor y llevaba a Yáxtor a una nueva parte del castillo. Parecía alegre, despreocupada, como si hubiera vuelto a casa tras un largo viaje y se lo hubiera encontrado todo exactamente como esperaba.

También ocultaba algo, y Yáxtor descubrió, con cierta sorpresa, que no se le daba muy bien. Decía las palabras correctas en el tono correcto, en los momentos correctos, en el lenguaje correcto y con los gestos correctos.

Pero algo no cuadraba.

Al final lo llevó a lo alto de una de las torres. Recorrieron casi a la carrera (era eso lo que parecía, como si lo estuviera retando) una larguísima escalera de caracol y se detuvieron en lo alto de un pináculo afilado y estrecho que dominaba todo el castillo y el valle más allá.

Con un ademán, Itasu le señaló el paisaje.

Yáxtor, apoyado en la pared de piedra, lo contempló a su gusto.

El castillo era una mole extraña. Una excrecencia afilada y

amenazadora que brotaba de la montaña y que dominaba, de un modo frío y hosco, el valle a sus pies.

Campos. Pequeños pueblos. Ríos. Una ciudad, tal vez, a lo lejos. Y borroso en la distancia, casi invisible en la lejanía, el mar.

—¿Qué te parece?

Yáxtor se encogió de hombros.

Un lugar. Como miles de otros. Totalmente distinto de cualquier otro. Único a su manera, como lo era el resto del mundo.

Miró a Itasu. Para ella era distinto, sin duda.

—Naciste aquí —dijo Yáxtor.

Ella asintió, la mirada perdida en uno de los pueblos que se desparramaban por el valle. Con un gesto de la mano, lo señaló.

—Odetora y yo nacimos allí —dijo—. Y allí crecimos.

Yáxtor asintió. Recordó las tierras familiares, en las estribaciones de las montañas que separaban Alboné de Hyburn. Recordó su infancia; las pacientes lecciones de Maklén, la atención solícita de Marli. Los juegos con otros niños; algunos lo habían tratado con un respeto exagerado; otros, con un desprecio igualmente falso; unos pocos, simplemente como a uno más.

¿Echaba de menos aquello?

Yáxtor creía que no. Se sorprendía a veces pensando en aquellos tiempos, pero no los recordaba como una época especialmente agradable.

—Nuestro clan tuvo a su cargo el castillo una vez —decía Itasu—. Aunque hace mucho de eso. En los últimos tiempos…

Yáxtor la miró. Vio en ella cosas que siempre habían estado allí y que él nunca se había tomado la molestia de observar.

—Pero te fuiste —dijo de repente.

Ella apretó los dientes y no respondió.

—No pretendía…

No pretendía, ¿qué?

—Sí; me fui. Aquí no había gran cosa para mí. Aquí no sería nunca nada más que la primogénita de un clan venido a menos.

Había algo más.

—Tu hermano se quedó.

Dentro de él, aquella voz que era la de Ámber, pero no del todo, le dijo que se detuviera, que parara. No le hizo caso.

—Tu hermano se quedó, decidido a restaurar la gloria de la familia.

Ella lo miró. En sus ojos brillaba algo peligroso.

—Tú fuiste más lista.

Vio cómo su cuerpo se ponía rígido. Su mano, cerca de la espada, estaba a punto de convertirse en una garra.

«¿Qué estás haciendo?»

Sí, ¿qué estaba haciendo? Sabía que sus palabras iban a tener exactamente ese efecto, lo había sabido antes de pronunciarlas. ¿Qué pretendía?

Recordó.

Recordó la vergüenza. Recordó su orgullo herido. La sensación mezquina y oscura, el deseo de hacer picadillo su rostro, de humillarla de tal forma que no volviera nunca a levantarse.

«Miedo.»

La voz que pronunció aquella palabra era la de Ámber, sin ninguna intervención extraña.

«Tienes miedo porque ella no se rindió a ti. Porque no puedes controlarla.»

Era la voz de su mujer, cargada de tristeza, de lástima. Tal vez de desprecio.

«¿Realmente eres tan débil, monstruo mío? ¿Tan frágil?»

¿Lo era?

Miró a Itasu, que no se había movido en todo aquel tiempo. Contempló el valle que se extendía a sus pies. Miró de nuevo a la mujer.

¿Soy tan frágil y tan poca cosa que necesito estar al control en todo momento?

No en todo momento, se dijo. No la noche anterior con Mizuni.

«Pero ella es una excepción, mi amor. Como lo fui yo.»

La mano de Itasu se acercó imperceptiblemente a su espada. Yáxtor no apartó la vista de ella. Despacio, se apartó de la pared y se acercó a la mujer. Ella retrocedió un paso y acercó su mano a la empuñadura de su espada un poco más.

«Puedes hacerlo.»

¿El qué?

«No lo necesitas. No eres tan pequeño.»

Tomó aire. Miró de nuevo al valle y sintió vértigo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tambalearse.

«Puedes hacerlo, mi amor. Puedes, mi dulce monstruo. Por favor.»

Miró a Itasu y fue como si la viera por primera vez. Vio su reflejo, en cierto modo; su contrapartida femenina: indómita, feroz, despiadada y despreocupada, sólo atada al deber. No, se dijo después; no tan parecida. Si algo había demostrado Itasu desde que la conocía es que era lo bastante fuerte y generosa para no pretender estar al control de todo y de todos. Cosa en la que él…

Sonrió. Itasu frunció el ceño ante el gesto.

La miró de nuevo.

—Lo siento —dijo, muy despacio—. Lo que he dicho estaba fuera de lugar.

Lentamente, se arrodilló frente a ella y se inclinó hasta tocar el suelo con la frente.

—Te pido perdón, capitana.

Itasu, pillada por sorpresa, no supo cómo reaccionar.

—Deja de burlarte.

—No lo hago.

—Levántate, maldita sea.

Yáxtor obedeció.

—No me burlaba —dijo.

Insegura, ella asintió.

—Y tú hiciste lo que debías.

Su cuerpo se tensó de nuevo.

—Dejaré de hablar de ello si quieres, pero no antes de decirlo: hiciste lo que debías. Buscaste tu propio futuro en lugar de aferrarte a un pasado que no era más que sueños, ilusiones y recuerdos. Hiciste lo que debías.

—¿Qué sabrás…?

—¿Del pasado? Poco. Hasta no hace mucho ni siquiera estaba seguro de tener uno. Pero Ámber sonríe y dice que tengo razón —añadió, tocando la empuñadura de su espada—, y ella no suele equivocarse en esas cosas. —Dudó un momento—. Creo.

Itasu meneó la cabeza. Pero Yáxtor vio que ya no lo consideraba una amenaza, aunque aún no se fiaba del todo de él. Seguramente, no lo haría nunca.

Bien por ella.

Más tarde, cuando descendían al interior del castillo, ella se detuvo de repente y le dijo:

—Si le haces daño…

Por un instante, pillado con la guardia baja, Yáxtor no supo a qué se refería. Luego asintió.

—No tengo esa intención —dijo—. Aunque no puedo prometértelo.

—Yo sí puedo prometerte que…

—Sí; lo sé —la interrumpió—. Me matarás, o desearé haber muerto, en todo caso. Itasu, no tengo la menor intención de hacerle nada malo a Mizuni, créeme.

Ella lo contempló en silencio unos instantes.

—Te creo —dijo.

La expresión de su rostro cambió de repente, relajó el ceño y volvió a parecer una criatura despreocupada y alegre, casi una niña

demasiado grande.

—Aún falta una hora para la comida. Y seguro que estás harto de ver pasillos, escaleras y habitaciones, por no mencionar que si te cuento una palabra más sobre los Intgze y Utarasu, tu cabeza reventará.

—Es una posibilidad.

Itasu sonrió.

—Hay alternativas —dijo.

Lo tomó de la mano y echó a correr escaleras abajo. Yáxtor se esforzó por seguirla.

El jardín de rocas estaba tal como Mizuni lo recordaba. Lo único que revelaba aquello era lo tramposa que resultaba la memoria, porque si de algo estaba segura era de que la configuración del jardín había cambiado miles de veces desde su marcha.

Qué más daba.

Su memoria insistía en decirle que estaba igual, y ella no sería tan estúpida como para llevarle la contraria.

Paseó durante un rato, siguiendo las estelas de arena, dejándose llevar por los caminos trazados por el jardinero.

De pronto se descubrió a sí misma ante su roca favorita. Mellada, retorcida y agrietada por el tiempo, en pie de puro milagro y con el mismo aspecto feo y desvalido de siempre.

Sonrió.

Se quitó las sandalias y trepó por la roca. Encontró la vieja oquedad exactamente donde sabía que estaría y se sentó a un lado, con las piernas flexionadas y las manos agarradas a las rodillas.

Hay sitios a los que no puedes volver, se dijo, repitiendo las palabras que le había dicho a Yakisetoru tras el interrogatorio.

Sin embargo, era tan fácil engañarse y pensar que sí. Apenas costaba esfuerzo. Cerrar los ojos, respirar, dejarse llevar... y entonces habría vuelto a casa.

Pero ya no era su casa. Ni ella era tampoco la que había sido. Yakisetoru la había traído de vuelta, pero no sin cambios. Estaba entera y se sentía en paz, pero en lo más hondo de ella misma había una ausencia, un hueco, un lugar que jamás se llenaría de nuevo. Podía vivir con ello; estaba decidida a vivir con ello y seguir adelante. En parte por Yakisetoru y en parte por Itasu, pero sobre todo por ella misma.

No; no era la que había sido. No del todo; ya nunca más.

Hay sitios a los que no puedes volver, pensó de nuevo.

O quizá sí, al menos por unos momentos. Aunque fuese mentira. Pero al menos por unos instantes.

Menos de los que habría querido, se dijo cuando comprendió que no estaba sola y, al abrir los ojos, vio precisamente a la persona que esperaba ver.

—Daraiku.

—Mizuni. ¿Puedo acompañarte?

Se hizo a un lado y dejó que él se sentase junto a ella. Durante un tiempo, ninguno de los dos dijo nada.

—No has cambiado —dijo Fijune Daraiku al fin.

Mizuni contuvo una sonrisa.

—Mucho más de lo que crees.

Él se encogió de hombros.

—Quizá, pero no lo parece.

Mizuni se puso en pie y descendió de la roca. Tras unos instantes de sorpresa, él la siguió.

—He roto tu armonía —dijo.

Ella le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Nada dura para siempre.

—Pero algunas cosas duran toda la vida —dijo él, tratando de sonar indiferente. No lo consiguió.

—Camina conmigo, por favor —dijo ella por toda respuesta; se calzó las sandalias y echó a andar.

Recorrieron el jardín en silencio durante largo rato. Luego, él empezó a preguntarle por su vida en Kyono-jo, sus labores como comandante, su día a día en la corte. Lo hizo en el tono correcto y Mizuni le respondió de la misma manera, pero los dos sabían que no era de aquello de lo Daraiku quería hablar.

—Ver a un extranjero vestir y comportarse como uno de nosotros fue… extraño.

—Lo supongo —dijo Mizuni, esbozando una media sonrisa—. Yakisetoru es único en muchos aspectos, te lo aseguro.

Él contuvo la punzada aguda de celos que acababa de atravesarle y siguió hablando de trivialidades. Ella le respondía con amabilidad, pero Daraiku no pudo por menos que notar que jamás le preguntaba nada sobre su vida allí, en Utarasu.

Se acercaba la hora de comer cuando llegaron al borde del jardín.

—Debo irme —dijo Mizuni—. Itasu y Yakisetoru me esperan. Ha sido un reencuentro agradable, viejo amigo —añadió mientras se inclinaba ante él—. Nos seguiremos viendo estos días, estoy segura.

Dio media vuelta para irse.

—Espera, por favor.

Despacio, se giró y lo encaró.

—Hay algo que…

Mizuni meneó la cabeza.

—No, por favor.

—Pero sabes que no he cambiado. No en eso.

—Tampoco yo.

Él se mordió el labio y apretó los puños.

—Lo que hice…

Se interrumpió de pronto y apartó la vista.

—Hiciste lo que debías, Daraiku, lo que tenías que hacer. Y, en tu lugar, yo habría hecho lo mismo, lo sabes. Pero eso no cambia el hecho de que lo hiciste. Y no cambia el hecho de que, simplemente, no puedo perdonarte. Lo siento. Disculpa que sea tan franca.

Inclinó de nuevo la cabeza y abandonó el jardín, dejando tras ella a un hombre con los puños apretados y la mandíbula crispada.

Vivimos en una mentira. Una mentira creada por los mensajeros, alimentada por los mensajeros, embellecida por los mensajeros y mantenida una y otra vez por los mensajeros.

La llamamos civilización y nos mostramos orgullosos de ella, como si la hubiéramos creado nosotros.

Y es verdad, en cierto modo. Sólo que la hemos creado usando unas herramientas que no comprendemos por completo y que no estamos seguros del todo de que estén a nuestro servicio.

—El Número Uno de los Espectros (atribuido)

Mientras Fléiter Praghem esperaba a que terminase el proceso, se preguntaba una vez más qué estaría haciendo Yáxtor.

El Regente le había puesto al tanto de lo ocurrido en Honoi y, una vez más, Fléiter se preguntaba cómo se las apañaba el adepto para estar en medio de todos los fregados. Y para conseguir que, aunque fuera de rondón y por una esquina, el propio Fléiter acabase involucrado en ellos.

Los adeptos empíricos pululaban a su alrededor, comprobando que la mezcla fuera correcta, la temperatura adecuada y, en general, que todo estuviera como debía estar. Fléiter suponía que sabían lo que se hacían: al fin y al cabo, eran artífices entrenados personalmente por el viejo Qérlex, así que era más que improbable que hubiera algún incompetente entre ellos.

Frente a él, el Regente parecía muy ocupado revisando unos documentos.

De algún modo, Arstin Penjándel se las había apañado para que sus hombres y los honoyeses funcionaran como una sola unidad.

Ese «de algún modo» tenía un nombre, por supuesto: Usaraki

Arasume.

El pequeño honoyés era el auténtico responsable de que las cosas funcionaran, de que individuos criados bajo tradiciones distintas, y a menudo opuestas, consiguieran funcionar como miembros de un único cuerpo; de que las faenas se repartieran adecuadamente, las obligaciones se cumplieran y cada pequeño detalle de la más ínfima de las tareas se ejecutara con precisión y rapidez.

También era el responsable de que las cosas funcionaran a otro nivel, a uno mucho más íntimo.

¿Qué pasaría cuando regresara a Alboné, cómo se las apañaría sin Arasume, cómo iba a vivir su vida…?

Se las arreglaría; de un modo u otro, tendría que apañárselas.

Era un tema que nunca tocaban en sus conversaciones, pero que siempre estaba allí, presente, como un animal al acecho. Su relación tenía fecha de caducidad y ambos lo sabían. Así que vivían al día, intentando no pensar en el futuro, tratando de conformarse con momentos robados al presente.

Vio que uno de sus hombres se acercaba. Leyó los documentos que le traía, los firmó y, con un asentimiento, se los devolvió. Mientras el soldado regresaba a su puesto, se preguntó qué se estaría tratando tras la puerta cerrada que custodiaba.

No podía importarle menos, en realidad.

Arasume.

El día iba envejeciendo lentamente. Arstin no necesitaba consultar su reloj para saber que, en dos horas más, libres de servicio, volverían a encontrarse. Se preguntó qué le habría preparado Arasume para aquella noche, pero enseguida renunció a tratar de adivinarlo. Fuera lo que fuese sería, como siempre, perfecto.

Sintió una punzada de inquietud, un picor de intranquilidad.

¿Perfecto? ¿Tal vez demasiado?

He pasado demasiado tiempo en compañía de Fléiter, se dijo.

El occidental era desconfiado por naturaleza, algo que resultaba imprescindible en su oficio. Había tomado a Arstin bajo su ala tras lo ocurrido en el bosqueoscuro de Quitán (sobrevivir juntos a algo imposible solía tener ese tipo de consecuencias) y había tratado de inculcarle su forma de ver el mundo: una forma hedonista, algo cínica y bastante desconfiada.

Curiosamente, Arstin nunca le había hablado a Arasume de Fléiter, no estaba muy seguro de por qué.

Recordó la última vez que se habían visto, un par de días antes de que el cortejo real se fuera a Honoi. Como siempre, habían comido demasiado y bebido en exceso.

—Vas a tener oportunidad de ver a Yáxtor en acción —le había

dicho Fléiter—. Será un espectáculo que nunca olvidarás… si sobrevives. —Había hecho una pausa y había dicho luego, casi como si se avergonzara—. Sobrevive, muchacho.

—Lo intentaré —había sido la respuesta de Arstin, mientras ocultaba una sonrisa tras la copa de vino.

Fléiter había tenido razón, por supuesto. Ver actuar a Yáxtor había sido todo un espectáculo: el adepto era único en muchos aspectos y, tal como había podido comprobar en la sala del trono, resultaba letal cuando se lo proponía.

Sacudió la cabeza. ¿Por qué perdía el tiempo pensando en Yáxtor o en Fléiter cuando lo que quería en realidad…?

Hora y media, se dijo; tan sólo otra hora y media.

Orston Velhas estudiaba los informes que le había proporcionado el taller de Artífices. Suponía que, a aquellas alturas, Qérlex tendría una copia y estaría haciendo lo mismo.

Estaba a gusto, allí sentado en lo que había sido su vieja oficina, de vuelta a las catacumbas de los adeptos empíricos. Aquello no duraría, claro; pero al menos, mientras la Reina y Qérlex estuvieran ausentes, él podría abandonarse a la ilusión de que era de nuevo el Adepto Empírico Supremo.

Fléiter, frente a él, parecía bastante incómodo. Claro que el occidental siempre lo parecía cuando se encontraba en el territorio de los adeptos.

Leyó de nuevo el legajo. No había nada demasiado concluyente, pero lo poco que se había obtenido era inquietante. Y no terminaba de encajar.

Las noticias no eran buenas, se decía Dasurame Togoichi; nada buenas.

Casi todo el cortejo de la memoria se había perdido. Sólo la esfera del anterior emperador había sobrevivido al viaje.

En cuanto a lo ocurrido durante éste…

Repasó los viejos informes, las antiguas crónicas.

Imarasu era un misterio en muchos aspectos. Y, como chambelán del emperador, Togoichi odiaba los misterios. Los misterios eran incómodos, causaban problemas. Eran piezas sueltas que no

terminaban de encajar en ningún sitio.

La tradición decía que Tairunabe misma había traído la isla desde Otrolugar; que la había dejado allí, a medio camino entre dos mundos, para que sirviera de ancla para el Jardín de la Memoria y de puente entre éste y Kyono-jo. Durante todo aquel tiempo la habían usado como lugar de paso y la habían utilizado como prisión, pero en realidad no sabían gran cosa de ella.

Sabían que, en ocasiones, aparecían… fantasmas. Criaturas sutiles, a medio camino entre la inexistencia y la realidad. Había rituales para hacerlos desaparecer. Pero, tal como Renyokiru había descubierto para desgracia del cortejo de la memoria, en aquella ocasión los rituales no habían surgido efecto. Los fantasmas habían resultado demasiado reales.

Y mortales.

No solían recibir mucha información desde Utarasu, algo que a Togoichi nunca le había gustado demasiado: el Consejo de los Siete gobernaba la isla, cuidaba del Jardín de la Memoria y no acogía con mucho agrado que los demás se metieran en sus asuntos. A veces, algún funcionario de palacio se trasladaba allí, o alguno de los Intgze de la isla venía a la capital. Eso, y los magros informes anuales, eran las únicas fuentes de información que tenían sobre lo que ocurría en el sur.

No; no le gustaba. En cierto modo, el Consejo de los Siete era un resabio de los viejos tiempos, como lo había sido la figura del Shono antes de integrarse en el gobierno. Demasiado independientes y demasiado convencidos de su propia importancia. Algo que, sin duda, el nuevo emperador tendría que cambiar.

Claro que tenían problemas más urgentes. Solucionar lo que quiera que estuviese pasando en el Jardín de la Memoria por una parte. Pero, sobre todo, ponerle las zarpas encima de una vez a Toga Toshune y hacer que el Shono diera con sus huesos en la celda más oscura, fría y húmeda que pudieran encontrar. Eso para empezar.

Pero para poder hacerlo, primero había que encontrarlo, y Toga parecía haberse desvanecido del mundo sin dejar el menor rastro.

Era cuestión de tiempo, el chambelán estaba seguro. Los servicios de información de tres países estaban tras su pista. Era imposible que el Shono permaneciese mucho tiempo libre y oculto.

Pero mientras tanto, resultaba bastante incómodo.

Simplemente, las cosas no cuadraban. Y, cuando las cosas no cuadraban, o alguien había hecho mal su trabajo o había partido de

premisas erróneas… Lo cual, en cierto modo, no era más que otra forma de hacer mal el trabajo.

Qérlex Targerian revisó una vez más el informe de sus subordinados. No encontró ningún error en su análisis. Las pruebas se habían hecho con cuidado y cada resultado había sido verificado una y otra vez.

Así pues, el problema no estaba en las pruebas. No estaba en el método. Ni siquiera en los resultados.

Estaba en ellos, en lo que habían esperado encontrar.

Era imposible que el carneútil que había intentado copiar a Orston fuera uno de los embriones inmaduros que aquel comerciante de Painé le había conseguido al Shono. Habían partido de esa suposición y, al principio, todas las pruebas parecían corroborarlo.

Pero no.

Un fruto sin madurar, entrenado desde antes de su eclosión para convertirse en una persona concreta, manifestaba unos marcadores claros y precisos en sus mensajeros. Eso no podía ser simulado. Y aquella criatura (o lo que quedaba de ella) no los tenía.

Como tampoco los tenían los que pudieron encontrar en los restos de la cáscara que Orston había hecho pedazos.

Ninguno de aquellos dos carneútiles procedía de la docena que Toga Toshune había adquirido. Ignoraba cómo se había hecho con ellos, pero eran carneútiles normales y corrientes, tomados del bosqueoscuro en el momento de la madurez y criados del modo habitual.

Así pues… ¿Dónde estaban los otros? ¿Por qué Toga no los había usado?

Por fuerza tenía que saber que la única forma de suplantar al Regente con unas mínimas garantías de éxito era usando un carneútil acondicionado para ello desde antes de la eclosión. Cualquier otra opción podría pasar un examen superficial, pero no resistiría un análisis más detallado.

Qérlex no sabía gran cosa de Toshune, pero partía de la base de que no era estúpido y sabía lo que estaba haciendo.

Así pues…

No; no cuadraba. No tenía sentido.

—Ya hemos terminado, Regente.

Velhas alzó la vista de los documentos que estaba leyendo y los dejó a un lado. No hizo caso del «ya era hora» que musitó entre dientes Fléiter Praghem y se puso en pie. Fléiter lo imitó tras unos

instantes de duda, y los dos contemplaron lo que los artífices habían estado preparando.

En la pared, cubriendo el enorme mapa de Érvinder, se mostraba lo que parecía el esquema de un laberinto: ramales que se entrelazaban, nodos en los que confluían los caminos, líneas que se ramificaban una y otra vez. Todo ello estaba conectado a una pequeña mesa en un lateral donde se agolpaban las muestras que Fléiter les había proporcionado: pequeñas dosis de su sangre cargadas de mensajeros inquisitivos.

Impresionante, se dijo el occidental. *Ahora sólo falta que funcione.*

Era un procedimiento sencillo, o eso habían intentado explicarle. En realidad, Fléiter no había entendido gran cosa aparte de que debía, por turnos, concentrarse en cada uno de los nombres de su lista de interrogatorios y dejar que los mensajeros extraídos de su cuerpo hicieran su trabajo. Se suponía que habían almacenado todas sus reacciones y percepciones, incluidas aquéllas de las que él mismo no había sido consciente.

Uno de los adeptos se acercó a él con una banda de tela conectada a un cable que, a su vez, se conectaba a la mesa con las muestras. Fléiter se arremangó y dejó que el joven le enrollase aquello en el brazo.

—Cuando quieras, comandante —dijo el jefe de los artífices.

Fléiter tomó su lista y la fue repasando nombre a nombre, tratando de recordar la mayor cantidad posible de información. Estaba convencido de que buena parte del proceso sería una pérdida total de tiempo; en toda la lista sólo había un nombre que le interesase. Pese a todo, siguió adelante.

Con cada nuevo nombre, la configuración del laberinto que ocupaba la pared se alteraba. Algunos nodos brillaban y otros se apagaban, se creaban nuevos ramales y desaparecían algunos antiguos.

Casi una hora después, Fléiter había terminado. Dejó que el joven adepto le quitara la tira del brazo y luego se volvió hacia el Regente.

—¿Y bien?

Velhas interrogó con la mirada al jefe de los artífices. Era un hombrecillo menudo, de ademanes precisos y gesto petulante: una criatura de Qérlex en todos los aspectos.

—Los resultados no se han apartado de lo esperado —dijo. Hablaba lentamente, como si necesitase masticar cada palabra varias veces antes de soltarla—. No ha habido discrepancias entre los recuerdos conscientes del comandante Praghem y lo que nos mostraba la red cognitiva de mensajeros, más allá de pequeñas inconsistencias, todas ellas dentro del margen de error habitual. —Hizo un gesto

afectado y se encogió de hombros—. Salvo en un caso —añadió después.

Fléiter asintió.

Velhas frunció el ceño.

—El sujeto catorce manifestaba una desviación considerable —dijo el artífice. Para él, las personas a las que había interrogado Fléiter no eran más que números: ni siquiera sabía de quién se trataba—. La red ha mostrado una imagen secundaria muy clara que no se corresponde con la apariencia. El sujeto, evidentemente, ocultaba algo de forma consciente, deliberada y planeada. El patrón es inequívoco.

Fléiter miró la lista. Para su sorpresa, descubrió que el sujeto catorce de su lista era el jefe de camareros del palacio. Frunció el ceño y miró al artífice.

—¿Estás seguro?

El hombrecillo se encogió de hombros.

—La red cognitiva creada a partir de las percepciones de tus mensajeros inquisitivos ha dado ese resultado, comandante. No se trata de que yo esté seguro o no. —Señaló a la pared—. Son ellos los que están seguros.

Fléiter se mordió el labio.

—¿Y qué hay de… del sujeto seis?

El artífice consultó su hoja de resultados.

—Nada fuera de lo común. Sus reacciones se ajustaban a la apariencia.

—¿Ninguna desviación?

Incómodo, el artífice tomó aire.

—Unas cuantas, todas ellas menores. Muy por debajo del margen de error.

—¿Ocurre algo, Praghem? —preguntó Velhas.

—No lo sé, maldita sea —respondió Fléiter—. Sé que sois los mejores en lo vuestro. Y que los mensajeros que manipulan vuestros adeptos inquisitivos no cometen errores. Así que supongo que debo dar por bueno el resultado. Sólo que…

—Sólo que no lo crees así.

—No sé lo que creo. Ahora mismo no estoy seguro de nada. Es… Maldición, ni siquiera llega a corazonada. Simplemente, bueno, hay algo que no cuadra en el sujeto seis.

Velhas contempló la lista que Fléiter tenía en la mano. Vio el nombre que acompañaba al número que éste acababa de decir.

—Somos adeptos empíricos, comandante Praghem, seguimos el camino de acción más probable. Y lo que nos dicen tus mensajeros…

—Lo sé. No digo que no os centréis en el número catorce. Pero… —dudó unos instantes—, no perdemos nada por probar otras opciones.

Velhas dudó.

—Sólo tiempo.

—En estos momentos ando bastante sobrado de eso, Regente. Tus adeptos pueden centrarse en lo probable y dejarme a mí que siga las líneas menos prometedoras. Y si estoy equivocado… Bueno, no sería la primera vez.

Dio un paso en dirección a Otrolugar. Fue como si hubiera recorrido cientos de kilómetros.

Dio un paso más. Fue como si decenas de años hubieran caído sobre él de repente.

Dio un nuevo paso. Y pareció que, a su alrededor, el mundo se convertía en una cosa vieja, arrugada y lejana, y que él mismo se encontraba al borde de la muerte.

Pese a todo, dio otro paso. Lo que sintió entonces no puede ser expresado con palabras.

Dicen que aún dio un último paso. O al menos lo intentó.

Luego, el silencio.

—La crónica de los días.

—Renyokiru, Dasaraki, Burandano, os agradecemos lo que habéis hecho. Sin vosotros, lo ocurrido habría sido mucho más grave. Me alegra que el arma de mis antepasados te esté sirviendo bien, Yakisetoru. Sin duda la buena fortuna guió tu mano en el salón del trono.

Yáxtor asintió, pero no dijo nada. ¿Buena fortuna? Tal vez, o tal vez otra cosa. No estaba seguro del todo de que hubiera sido su mano la que había buscado la espada y no al revés. Por no mencionar todas las preguntas que aún no se había decidido a formular.

El emperador parecía excepcionalmente serio. Y, a su lado, la Reina no lo estaba menos.

—Tendremos tiempo para lamentar lo ocurrido, pero ahora urge más decidir lo que hemos de hacer. El secretario Reiko hablará en esta reunión con la voz del Consejo de los Siete, o así se me ha asegurado. Entre todos, espero que podamos tomar la decisión adecuada.

Se echó hacia atrás en el asiento y esperó.

Utano Reiko no parecía muy cómodo en presencia de su emperador ni con el artilugio que estaba permitiendo que hablasen directamente con él. Por lo que Yáxtor sabía, el Consejo de los Siete estaba acostumbrado a que Utarasu permaneciera aislada del resto de Honoi, con ellos al cargo. Contuvo una sonrisa. Las cosas estaban cambiando.

De pie tras el Emperador y la Reina estaban Qérlex Targerian y Dasurame Togoichi, cada uno de ellos a espaldas del monarca del otro. Yáxtor sospechaba que el modo en que se estaba usando aquel espejo había sido idea de Qérlex.

Había sido muy simple, en realidad, a través de la red de aerobajeles que habían tendido. El retraso en la comunicación era prácticamente imperceptible, y el método, si bien costoso, era de una sencillez extrema, digno del viejo Maestro de Artífices.

Claro que eso no tenía ahora mismo la menor importancia.

—Si tenemos en cuenta lo que ha declarado la comandante Renyokiru, parece bastante sensato pensar que las fronteras entre nosotros y Otrolugar se están volviendo imprecisas —dijo el chambelán—. Los informes anuales del Consejo, por otro lado, no son muy concretos al respecto, pero sí que da la impresión de que, en algunas partes de Ioh Node se está produciendo una especie de… ¿Cómo lo llamarías tú, secretario Reiko?

Éste parpadeó, como si la pregunta lo hubiera pillado por sorpresa.

—No lo llamo de ninguna manera, chambelán. Sabes que nos inmiscuimos lo menos posible en el Jardín de la Memoria.

—Por supuesto.

El secretario se acomodó en su asiento. A su lado, el capitán Fijune trataba de no mirar demasiado fijamente a Mizuni.

—Nuestras patrullas no han detectado nada extraño en todos estos años. Ha habido rumores, por supuesto, siempre los hay. La realidad en un lugar como el Jardín de la Memoria es, a menudo, algo un tanto flexible.

—Pero algunos de esos rumores encajan con lo ocurrido en Imarasu.

—Y muchos otros, no.

La hostilidad entre los dos hombres era palpable.

—Los Intgze siempre hemos sabido que hay zonas del Jardín de la Memoria que no son del todo seguras —intervino Mizuni—. Perdona que discrepe contigo, tzaru-Utano, pero lo que dice el chambelán es cierto, o lo era en el pasado. A menudo hemos cerrado los ojos o hemos mirado hacia otro lado, pero hace tiempo que sabemos que las cosas están cambiando en el jardín. Y no para bien.

Reiko frunció el ceño.

—Llevas mucho ausente de Utarasu, tzaru-Renyokiru, y quizá…

Se detuvo, como si no encontrarse una manera lo bastante educada de decir lo que quería.

—Todos sabemos cuándo empezaron a cambiar las cosas —intervino de pronto el emperador—. Cuando los occidentales dejaron caer la Bomba de Malas Noticias en Kyono-jo. Como ha dicho la

comandante, hemos cerrado los ojos, o hemos mirado hacia otra parte, pero sin duda a partir de aquel día todo empezó a cambiar. En todas partes —añadió tras una pausa—. Y también en nuestra conexión con Otrolugar. No puedes negar eso, secretario.

Reiko no dijo nada, pero era evidente que no estaba de acuerdo.

—La muerte del arbolmundo de Kyono-jo lo cambió todo, lo sabes.

—Tzaru-Tairuname…

—Lo sabes, secretario Reiko. Todos lo sabéis en Utarasu, y muchos de nosotros también lo sabíamos. Durante el reinado de mi predecesor no se tomaron cartas en el asunto y quizá estuvo bien que se hiciera así. Pero es cierto. ¿Cuántas veces, a pesar de vuestra vigilancia, ha estado a punto de abrirse en estos años la Puerta Que No Debe Ser Abierta? ¿Cuántas almas han desaparecido del jardín en este tiempo, tragadas por algo que no hemos querido investigar? ¿Cuántos oruntarui se han paseado por el mundo desde el final de la guerra?

—Mi señor, tal como lo dices…

El emperador sonrió.

—No pongo en duda ni vuestra dedicación ni vuestras habilidades. Nada de lo que ha ocurrido es culpa vuestra o achacable a vosotros, estoy seguro. No busco culpables. Tratamos simplemente de saber lo que pasa y de encontrar una solución.

Las palabras del emperador apaciguaron en parte al secretario, pero no del todo. A Yáxtor no se le escapó que el chambelán no parecía precisamente muy contento.

—Una parte del propósito del cortejo era que el trovador R'nendo paseara por el jardín y registrara para el mundo lo que viese —siguió diciendo el emperador—. No quiero renunciar a eso; se ha hecho menos veces de las que era necesario. Pero podemos combinarlo con algo más práctico. Sugiero que Burandano, Dasaraki y Renyokiru, acompañados de uno de vuestros Intgze, acompañen al trovador al Jardín de la Memoria. Serán su escolta. Y esta vez me atrevería a pedir, por citar a la comandante, que no cierren los ojos ni miren hacia otro lado.

La conversación no duró mucho más, al menos la parte en la que intervino el secretario Reiko. Tras unos momentos de duda se mostró de acuerdo con el emperador y, tal como Yáxtor esperaba, eligió al capitán Fijune para acompañarlos al día siguiente al Jardín de la Memoria. Luego, ambos hombres abandonaron la sala del espejo.

En cuanto estuvieron a solas, el emperador se relajó visiblemente, y también lo hizo el chambelán. La Reina permanecía en silencio, tal como había estado durante toda la conversación, pero se permitió una breve sonrisa mientras miraba a su prometido.

—Comandante —dijo el emperador—, sabemos por lo que has pasado, y todos nos alegramos de que hayas sobrevivido a algo tan terrible. —Mizuni asintió—. Aunque lo más urgente es que termines tu misión, no olvidamos tu sacrificio. Cuando las hermanitas vuelvan a estar a punto de eclosionar, haremos que…

—No, por favor. —Yáxtor se sobresaltó ante el tono de súplica que había en la voz de Mizuni—. Te lo ruego, Tairuname; no.

El emperador frunció el ceño.

—Eres una Intgze —dijo.

—Lo sé. No lo olvido, como no lo he olvidado nunca. Y seguiré siéndolo todos los días de mi vida. Pero no volveré a…

Su voz se quebró y bajó la vista. Yáxtor se mordió el labio y le costó todas sus fuerzas permanecer inmóvil. Vio que a Itasu, al otro lado de la comandante, le estaba ocurriendo lo mismo. Algo frío y afilado, mezquino y cruel pasó por la mente de Yáxtor: ¿quién era aquella mujer, se preguntó sombrío, qué poder extraño tenía aquella criatura para despertar aquellas reacciones en los que la rodeaban? ¿Cómo se atrevía a ser tan malditamente…?

Supo, sin lugar a dudas, que en aquellos momentos, tanto él como Itasu habrían dado su vida sin vacilar por la comandante, sin importar lo que se interpusiera en su camino, sin tener en consideración ni su deber ni, mucho menos, al Emperador o a la Reina.

Una parte de él no quería sentirse así, odiaba la sola idea de sentirse de ese modo y deseaba destrozar a la causante de que se sintiese de esa manera.

Descubrió (y ni siquiera fuera una sorpresa) que no le resultaba muy difícil resistirse a esa idea.

Entretanto, la Reina había interrumpido al Emperador, que estaba a punto de ordenarle algo a Mizuni, y hablaba con él en voz baja. Vio cómo el muchacho asentía a regañadientes, intercambiaba una mirada con su prometida y volvía a mirarlos.

—Quizá tengas razón. O puede que no —dijo—. Pero mi Reina está en lo cierto: ahora nuestras prioridades son otras. No sabemos qué ocurre, y la ignorancia es un lujo que no podemos permitirnos. Nunca, pero especialmente ahora. Volveremos a hablar cuando esto haya acabado. Y tus deseos serán tenidos en cuenta.

Mizuni contuvo un suspiro de alivio.

—Gracias, Tairuname.

—A ti, Renyokiru. Por todo lo que has hecho. Y por todo lo que

estoy seguro que harás.

El Emperador se giró a medias e intercambió una mirada con su chambelán. Éste asintió imperceptiblemente.

—Otros asuntos ocupan nuestra atención aquí en la capital. Como dice nuestro amigo el Coordinador Occidental, parece que sólo llueve cuando diluvia. Os deseamos lo mejor. Y, Renyokiru, quizá no sería mala cosa que pusieras en antecedentes a Yakisetoru. De todo.

En realidad, fue R'nendo quien lo hizo. Mizuni intercambió algunas palabras con el trovador, tras la cena, y Yáxtor vio cómo éste sonreía ante lo que le proponía la mujer.

—Dame media hora —le oyó decir.

Así, treinta minutos más tarde, en un escenario improvisado que, no hacía mucho, había sido un comedor, R'nendo le narró a Yáxtor (y al resto de los presentes, lo que no dejaba de ser un atrevimiento) la historia del Jardín de la Memoria.

Le habló de Tairunabe, la primera Emperatriz, la mujer que había guiado a los honoyeses desde el Lugar del Origen, en la lejana Jarsarén, hasta el archipiélago al que darían nombre. Contó cómo habían recorrido el mundo y cómo, finalmente, habían encontrado un hogar en el lugar al que acabarían llamando Kyono-jo, al pie de las montañas, no muy lejos del mar.

Sus carneútiles, totalmente inmóviles, acompañaban la historia del trovador con un murmullo lejano, casi inaudible que se ajustaba a la perfección a la historia.

—Gobernó durante muchos años. Y no existió gobernante mejor que ella. Pero a la postre se cansó y le entregó el reino a su hijo. Unos dicen que ya entonces tenía en mente encontrar el Jardín de la Memoria; otros, que se disponía a crearlo; y otros, al fin, que simplemente fue algo que sucedió sin que estuviera planeado.

El murmullo de los carneútiles fue subiendo en intensidad, ganando en ritmo.

—En Utarasu encontró el bosqueoscuro y el retoño de arbolmundo que hizo llevar a Kyono-jo. Y también algo más. Encontró las raíces del nexo que conectaba este mundo con Otrolugar y, durante mucho tiempo, exploró sus avenidas. Lo que vio, nadie lo sabe y ella nunca lo dijo.

El murmullo se volvió de pronto grave, ominoso.

—Otrolugar, dicen, es un mundo en penumbra, envuelto en un atardecer perpetuo, o quizá en una noche interminable. Y sus habitantes, se afirma, envidian y desean la vida verdadera, pero no la

pueden tener. Porque si pasaran a Érvinder y caminaran a la luz del día no obtendrían lo que desean, sino que nos convertirían a nosotros en habitantes de las sombras, en criaturas mordidas por la oscuridad.

El murmullo se detuvo.

—Oruntarui.

Un jadeo. Un suspiro. Algo grave y oscuro que reptaba a lo lejos.

—Así que Tairunabe decidió crear un muro. Una última línea de defensa. Una red. Un laberinto. Un Jardín. Ioh Node. El Jardín de la Memoria. El bastión definitivo. Y, a la vez, una segunda oportunidad para muchos; un lugar donde, tal vez, podrían reparar los errores de su primera vida. Pero también un dique, un cortafuego que impediría que los habitantes de Otrolugar cruzaran hacia nuestro mundo.

Poco a poco, el murmullo de los carneútiles se fue volviendo más armonioso, más melodioso. Algo triste, tal vez.

—Ella lo creó. Ioh Node. Pero su memoria no se encuentra allí. Tairunabe ya no está entre nosotros. Su hijo, dicen, Tairuname Isu doh Tairunabe, sí que llegó al Jardín de la Memoria, sí que se dirigió hacia él cuando sintió que los largos años pesaban sobre sus hombros, y sí que encontró una segunda oportunidad en Ioh Node, viviendo una vida anónima y feliz. Pero no encontró nunca a su madre. Nadie más ha vuelto a verla, en esta vida o en la otra, después de que completase el Jardín.

El murmullo murió lentamente y, poco a poco, R'nendo se inclinó hasta quedar hecho una madeja en el suelo.

Durante unos instantes no hubo más que silencio. Luego, los Intgze empezaron a aplaudir. El mismo Yáxtor se sorprendió imitándolos, y masculló entre dientes una maldición admirativa hacia el trovador. Había tenido la osadía de contarles su propia historia en su propia casa, de narrar algo que todos aquellos Intgze conocían desde la infancia.

Y, como todo buen cuentista, había sido capaz de hacérsela ver con ojos nuevos, como si acabara de inventar el cuento allí mismo, en aquel preciso instante.

El condenado era bueno, sin la menor duda.

—Presiento que esto sólo es una parte —dijo Yáxtor después mientras abandonaban el comedor.

Mizuni asintió. Caminaba junto a Yáxtor, e Itasu les seguía a un par de pasos. La comandante se volvió y, durante un instante fugaz intercambió una mirada con su capitana. Ésta sonrió en silencio y asintió imperceptiblemente.

Mizuni tomó a Yáxtor del brazo y lo guió hacia sus habitaciones. Itasu no hizo ningún esfuerzo por seguirles.

—Has oído la leyenda. La versión oficial. Contada de un modo poético y delicado. Es la verdad. Pero no es la única verdad. Hay otras, y no todas son tan poéticas ni tan delicadas como la que ha narrado el trovador. Pero, y eso debes entenderlo, Yakisetoru, todas ellas son ciertas, a su manera. El pasado, cuando se trata de Ioh Node, es algo fluido, cambiante. Un animal salvaje atrapado en una caja. No sabes lo que está haciendo hasta que la abres y miras. Y, cada vez que lo haces, ves algo distinto.

Yáxtor asintió, no muy convencido.

Estaban en la cama. Él, tumbado boca arriba; ella, medio recostada sobre él.

—Algunos ni siquiera están seguros de que haya existido Tairunabe, aunque no te aconsejo decirlo delante de ningún habitante de Utarasu. En cualquier caso, eso no importa demasiado. Qué más da cómo se llamase. Quien quiera que crease el Jardín de la Memoria, desgarró el mundo. De eso sí que estamos seguros.

—¿Estáis? ¿Quiénes?

—Unos pocos en Kyono-jo. Algunos estudiosos que han intentado desentrañar la verdad tras la verdad aceptada. Y el Emperador.

—¿Hace mucho que lo conoces?

Mizuni dudó unos instantes.

—Me fui de aquí hace diez años —dijo—, cuando él no era más que un niño demasiado serio. Sí; hace mucho que lo conozco. La mayor parte de su vida, sin duda.

—Y has tenido algo que ver en el modo en que ve las cosas.

—¿Yo? Quizá. Por qué no. Todos cuantos nos rodean influyen en cómo vemos las cosas.

Yáxtor sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y se entretuvo los siguientes segundos en dibujar algo incomprensible sobre el vientre de él con su dedo índice.

—Otrolugar existe —dijo de repente—. No sabemos lo que es, ni donde está. ¿Se agazapa al otro lado del nexo que une los mundos, es parte del mismo nexo, o tal vez un trozo de nuestro propio mundo que nos fue arrancado en un pasado remoto? Puede que todo eso a la vez y mucho más. Pero existe. Y Tairunabe, de algún modo conectó con él. Y lo utilizó. Necesitaba energía para hacer funcionar el jardín. No para el jardín en sí: este lo componía la red de… Pero eso ya lo verás mañana. En cualquier caso, para que su creación pudiera ponerse en marcha necesitaba energía. Quizá no mucha al principio, cuando el Jardín aún era pequeño, pero sin duda tuvo que suponer que tarde o temprano crecería y que también lo harían sus necesidades.

—Y Otrolugar…

—Es como si estuviera cuesta arriba, ¿entiendes? Como si se

encontrase cuesta arriba con respecto a nosotros. Así que… pasar cosas de allí hacia aquí desprende energía, del mismo modo que arrastrarlas de acá hacia allá la absorbe. ¿Comprendes eso?

—Eso creo —dijo Yáxtor, frunciendo el ceño. Recordaba a medias una explicación de Qérlex en la que había usado una metáfora parecida—. El agua que cae de la montaña puede mover una turbina porque al estar alta y bajar desprende… ¿potencial?

—¿Lo llamáis así? Pero sí; en cualquier caso, ésa es la idea. Es como si Otrolugar estuviera en la parte de arriba de la montaña y nosotros en el valle. Es la fuente de energía perfecta. Vasta, inagotable. Sin habitantes.

—Pero…

Mizuni sonrió, pero no había la menor alegría en la sonrisa.

—Eso creímos al principio. Eso pensó Tairunabe. Al menos, quiero creer que así lo pensó: que estaba robando energía de un mundo que no la necesitaba porque ya estaba muerto. Con el tiempo hemos ido descubriendo que eso no era exacto. Los oruntarui, los garundei, otras criaturas que no has visto… Todas proceden de Otrolugar. Como, sin duda, también lo hacen los que nos atacaron en Imarasu. Para poder robar la energía, Tairunabe necesitaba un vínculo. Como un… ¿Cómo explicarlo? O quizá sería mejor que me limitase a contártelo. Tal vez así lo veas claro.

—Adelante.

Tairunabe había tomado un trozo del bosqueoscuro, le explicó Mizuni. Una parcela de tierra bastante grande en la que había un retoño de arbolmundo. Lo hizo trasladar a la isla del norte y, de algún modo, a través del nexo, consiguió que las raíces del arbolmundo siguieran comunicadas con el bosqueoscuro en el que había nacido. Así logró que las dos islas permanecieran conectadas, como si un cable invisible se hubiera tendido entre ellas.

—Y usó esa conexión, ese… cable para traer a Imarasu de Otrolugar.

La nueva isla no estaba del todo en Érvinder, pero ya no pertenecía por completo a Otrolugar. Sólo a través de los dos portales era posible la comunicación. Y de algún modo, Imarasu proporcionó a Tairunabe lo que necesitaba: un fulcro, un catalizador mediante el que poder aprovechar la energía de Otrolugar.

—Durante un tiempo, todo fue bien. Luego…

Luego habían empezado a pasar cosas. Y no tardaron en descubrir que Otrolugar no estaba tan deshabitado como creían.

—Se produjeron… heridas. Heridas en la piel del mundo a través de las que ellos intentaban pasar. Y muchas otras cosas que verás por ti mismo. Y está la Puerta Que No Debe Ser Abierta. A eso nos dedicamos los Intgze de Utarasu… —Una sombra de tristeza pasó

por su rostro—. Aunque debería decir «se dedican». Ya no soy una de ellos; no desde que los dejé para ir a Kyono-jo. Su misión es impedir que lo que sea que habita en Otrolugar pase a este mundo. Como puedes suponer, no siempre tienen éxito. Pero, de un modo u otro, se las han apañado todo este tiempo para mantener a esas cosas a raya. Lo que teme el Emperador, lo que muchos temen, es que quizá no sea posible seguir conteniéndolas. La Bomba de Malas Noticias, al matar el arbolmundo, cambió la situación. No sabemos cómo. Pero, a la vista de lo que nos pasó en Imarasu, a los que habitan Otrolugar les empieza a resultar más fácil pasar a este lado, y no sólo por un único camino. Siempre ha habido filtraciones en Imarasu, fantasmas tal vez, sombras de aspecto amenazador que permanecían al borde mismo de la realidad. Conocíamos rituales para aplacarlas, para devolverlas a su mundo. Pero, como tú mismo viste, esos rituales no funcionaron la última vez. Han ganado poder. Pueden cruzar a este lado y utilizar los cuerpos humanos como un traje que les permite caminar por el mundo.

Yáxtor asintió, recordando lo que había ocurrido en Imarasu. Se incorporó a medias en la cama.

—¿Qué crees que pasará?

—No lo sé —dijo ella—. No creo que nadie lo sepa. Dudo mucho que Tairunabe tuviera la menor idea de lo que podría llegar a pasar cuando creó el Jardín.

Mizuni guardó silencio y, durante unos segundos, fue para Yáxtor un enigma irresoluble. Sumida en sus pensamientos, parecía una estatua, un ser incomprensible. Mientras la miraba, no pudo evitar preguntarse hasta qué punto sería inmune a sus mensajeros. Itasu había demostrado serlo, cierto, pero eso había sido hacía tiempo y desde entonces muchas cosas habían cambiado. ¿Podía obligarla a que le revelase sus pensamientos, hacerla suya sin reservas, sin que nada quedara en sombras entre ellos?

¿Puedo?

Sintió cómo su espada, apoyada en un rincón de la habitación, le respondía negativamente, no estaba seguro de si con la voz de Ámber o con su voz original.

«No lo hagas.»

Pero, ¿podía?

La pregunta no tenía respuesta; no la tendría hasta que no lo intentase.

Mizuni, de vuelta de sus pensamientos, lo miraba ahora inquisitiva.

¿Puedo?

Y luego:

¿Qué más da?

—Estabas planeando algo —dijo ella.
—Quizá.
—Algo que no me iba a gustar.
—Seguramente.
—¿Vas a hacerlo?
—No.
—¿Por qué?
Yáxtor se encogió de hombros.
—No quiero. Y no era importante.
Ella sonrió. Trepó por su cuerpo y luego se enroscó alrededor de él.
—¿Cansado?
—Aún no.

Algo más allá, Itasu dormía a pierna suelta, sin ninguna preocupación.
Un par de pisos más abajo, Fijune Daraiku no lograba conciliar el sueño, imaginando una y otra vez la verdad.

Érvinder no tiene precisamente una historia pacífica. Guerras, invasiones, agresiones, migraciones forzosas. Hemos tenido, tenemos y seguiremos teniendo nuestras considerables dosis de violencia.

Sin embargo, ¿nadie ha encontrado nunca extraño que, en medio de todo eso, no se produzcan apenas revoluciones, que la gente no considere siquiera la idea de si está bien o mal gobernada, de si los que ostentan el poder son merecedores de ello? ¿Nadie ha deseado, en toda nuestra historia, librarse del yugo de su gobernante e instaurar su propio sistema de gobierno?

En realidad, sí, alguien lo ha hecho. La Confederación Occidental y la mayoría de las naciones del Continente Occidental nacen del deseo de sus habitantes de ser gobernados por ellos mismos, no por monarquías hereditarias o sistemas oligárquicos sobre los que ellos no tienen control.

Pero, ¿por qué lo que pasa en Occidente no sucede aquí, en el Continente Primigenio? Un país puede ser invadido u ocupado por otro, absorbido, anulado, incluso destruido. Pero tales hechos traumáticos siempre vienen desde el exterior, nunca de la dinámica del propio país.

¿Por qué? ¿Qué nos diferencia del Continente Occidental?

La respuesta, una vez que nos damos cuenta de que en él no hay bosqueoscuros, es obvia. Y bastante inquietante.

—El Número Dos de los Espectros (atribuido)

Yáxtor no sabía cuánto habían descendido exactamente, pero estaba seguro de que se encontraban muy por debajo del nivel del suelo.

Las escaleras se adentraban en la montaña, penetrando profundamente en sus raíces y guiándolos en su camino hacia el Jardín de la Memoria.

Y hacia otros sitios, suponía Yáxtor.

Utano Reiko, el secretario del Consejo de los Siete, abría la marcha. Llevaba un cofre bajo el brazo, y no hacía falta ser muy avispado para suponer que contenía la esfera de memoria del anterior emperador. Mizuni caminaba tras él y, apenas retrasado, iba Fijune Daraiku, erguido y orgulloso, algo envarado, con la mirada clavada al frente y el gesto hosco. Yáxtor se daba cuenta del modo en que evitaba mirar a Mizuni, y del esfuerzo tremendo que le costaba.

R'nendo iba tras ellos, acompañado de uno de sus carneútiles. Aquél estaba destinado a ser el momento supremo en la vida del

trovador: iba a ser aceptado en el interior del Jardín de la Memoria para luego retratarlo en sus canciones. Lo bien o lo mal que lo hiciera serían la medida de su talento y, tal vez, lo que decidiese el destino de su nombre tras su muerte.

Itasu y Yáxtor caminaban juntos, cerrando la marcha.

Ella parecía totalmente relajada. A veces, miraba a Yáxtor de reojo y esbozaba una media sonrisa de la que el adepto era plenamente consciente.

Y, entretanto, seguían descendiendo.

Las escaleras terminaron de pronto, de un modo abrupto, frente a un arco de piedra que se abría a un corredor amplio iluminado por una débil claridad que llegaba del otro extremo.

Como si hubieran ensayado el gesto mil veces, Mizuni y Daraiku flanquearon al secretario mientras éste se internaba en el corredor. De un humor socarrón, Yáxtor se preguntó si él e Itasu debían hacer lo mismo con R'nendo.

El corredor no tardó en desembocar en…

Yáxtor tardó en comprender lo que estaba viendo.

Sabía que estaban bajo tierra, tal vez a cientos de metros bajo las montañas. Pero todos sus sentidos se empeñaban en decirle que no era así.

La luz era la del atardecer, tal vez un atardecer de otoño en un bosque de alta montaña.

Y el espacio que los rodeaba…

A un lado había lo que sólo podía ser un bosqueoscuro. Árboles jóvenes en las lindes, retoños aquí y allá y, poco a poco, a medida que la vista se dirigía hacia el interior, árboles maduros, viejos, ancianos, apretujados unos contra otros, formando una red vegetal que no parecía tener fin.

Alzó la vista y, a lo lejos, divisó lo que parecían las copas de un grupo de arbolmundos. Y más allá… Tal vez el corazón del bosqueoscuro, se dijo, recordando lo que Fléiter le había contado de sus pasadas experiencias: el cráter de paredes arenosas, el grupo disperso de árboles al fondo del cuenco, la torre de metal idéntica a la del Lugar del Origen en Jarsarén, en el centro de todo. No sólo del bosqueoscuro, le había dicho Fléiter, sino del mismo mundo. O esa impresión daba al menos.

Yáxtor se encogió de hombros. Quizá algún día lo viera. O puede que no.

A su izquierda, a veinte o treinta metros de las lindes del bosqueoscuro, se iniciaba una alta pared de piedra, y dos Intgze montaban guardia frente a ella. Alzó la vista y comprendió que estaba contemplando una puerta.

Y en el cielo…

—Impresiona la primera vez que lo ves, ¿verdad? —dijo Itasu a su lado.

Sonreía.

—Y que lo digas.

El cielo no era tal, comprendió Yáxtor. Sí; a pesar de todas las apariencias, seguían bajo tierra. Estaban en una bóveda natural, en una inmensa burbuja de aire en mitad de la roca, y lo que parecía la luz del atardecer era producida por algún tipo de resplandor en el cielorraso.

El espacio no parecía tener límites. Pero sin duda los tenía.

—¿Esto es el Jardín? —preguntó.

Itasu negó con la cabeza.

—Aún no. Pero estamos cerca.

Siguieron avanzando. Dejaron atrás a los Intgze que guardaban la puerta y durante varios minutos caminaron con el bosqueoscuro a un lado y el farallón de piedra al otro. Poco a poco, la mole de árboles fue retrocediendo y el bosque alejándose.

Llegaron a lo que parecía un campamento militar. Un grupo de Intgze los esperaba y los saludó ceremoniosamente. Se intercambiaron varias frases protocolarias, hubo las inevitables presentaciones (y la no menos inevitable sorpresa ante la presencia de extranjeros) y luego, con un ademán, el comandante de los Intgze les indicó que entraran en una de las tiendas.

Cómoda y amplia, no tardaron mucho en estar sentados entre cojines mientras les servían un refrigerio.

Yáxtor guardaba silencio y observaba. Itasu sonreía a medias y observaba a Yáxtor. Mizuni, sin que pareciera que observase nada, no perdía detalle.

—Hay un regimiento de Intgze acampado permanentemente aquí. Vigilan las fronteras del bosqueoscuro, cuidan de que la Puerta Que No Debe Ser Abierta no se abra y, de vez en cuando, patrullan el Jardín de la Memoria.

Itasu guardó silencio unos instantes. Recordó por un momento a su hermano. Tomó aire y dejó que el recuerdo pasara a través de ella. Yáxtor fingió que no notaba nada y esperó a que se recuperase.

—Cuando las hermanitas están a punto de eclosionar, el lugar se anima bastante más, te lo aseguro. Esto se llena, en realidad. Los candidatos, sus familias… En fin, supongo que te lo imaginas.

Yáxtor asentía mientras llenaba su pipa y se preguntaba cómo se las iba a arreglar cuando hubiera terminado el escaso tabaco que le quedaba.

El resplandor sobre ellos iba disminuyendo poco a poco, como si la tarde diera paso a una noche clara y despejada.

—Plantas —dijo Itasu, siguiendo su mirada—. Su ciclo de luminiscencia es diario, lo cual resulta muy conveniente para no volverse loco aquí abajo.

Yáxtor encendió la pipa y aspiró una bocanada de humo.

—Supongo que pasaste aquí un tiempo.

—Claro, como todos. La máxima aspiración de los habitantes de Utarasu es convertirse, ellos, o alguno de sus hijos, en Intgze. El momento de la eclosión está abierto a todo Honoi, sin distinción de clases: campesinos, comerciantes, nobles, todo el mundo puede venir si tiene la edad adecuada. Algunos acuden durante años, hasta que son demasiado mayores para convertirse en uno de nosotros. Y pasamos aquí unos meses después de unirnos a nuestras hermanitas. También regresamos cuando termina nuestra instrucción y estamos preparados para convertirnos en Intgze de pleno derecho. —De nuevo una punzada de dolor mientras el rostro de su hermano pasaba por su memoria—.Y luego volvemos aquí cada cierto tiempo. Si vives en Utarasu, tarde o temprano pasas por aquí. Y si eres un Intgze pasarás aquí buena parte de tu tiempo.

—A menos que te vayas.

Ella se volvió hacia él de un modo brusco, casi hostil. No tardó en comprender que no había ningún reproche implícito en las palabras de Yáxtor. Que, de hecho, el único reproche estaba en ella misma.

—Bueno, no siempre te puedes quedar en casa. A veces tienes que salir al mundo.

Yáxtor no pudo evitar una sonrisa. Durante un rato, sumido en sus propios recuerdos, no dijo nada. Itasu le miraba, intrigada, pero respetó su silencio.

—Cierto. Tarde o temprano tienes que irte. Y mejor hacerlo antes de que te echen. —Recordó de repente una frase, una anotación manuscrita en la biblioteca de su padre, una de las pocas muestras de su escritura o sus pensamientos que Yáxtor tenía—. «El hogar es el sitio al que, si vas, por fuerza tienen que recibirte, tanto si quieren como si no. Pero a veces es el último lugar al que quieres ir.»

Itasu lo miró, sorprendida unos instantes. Luego, complacida, asintió en silencio.

Sobre ellos, la falsa noche había caído casi por completo. Quedaba un ligerísimo resplandor, apenas parpadeante. Suficiente para no estar del todo a oscuras, pero no tan intenso que rompiese la ilusión de que había anochecido.

—Mañana nos espera un día bastante agitado —dijo ella, al cabo de un rato—. Supongo que será mejor irnos ya.

Yáxtor entrecerró los ojos. ¿Le estaba proponiendo…? Y de ser

así, ¿iba a aceptar? Bueno, por qué no, al fin y al cabo.

—Seguro que mi comandante te espera, Yakisetoru —dijo ella, como si le acabar de leer el pensamiento. Dudó unos instantes, tal vez tratando de decidir algo—. Por lo que me ha dicho, parece que hice un buen trabajo contigo.

Se fue antes de que Yáxtor pudiera responder, riéndose entre dientes y sin mirar atrás.

La primera reacción del adepto fue de rabia y, por un momento, todo lo que había deseado hacerle a Itasu tras la primera noche que habían pasado juntos volvió a su memoria y le costó trabajo contener los deseos de lanzarse tras ella y hacer picadillo su cuerpo.

«Tranquilo.»

Aspiró una larga bocanada de humo y trató de serenarse.

«Tranquilo. Ella no pretendía humillarte.»

Una nueva bocanada. La figura de Itasu se perdía en la lejanía, medio tragada por las sombras.

«No, mi monstruo. Tranquilízate.»

Logró calmarse, de algún modo. Sintió una risa lejana.

«Eres un niño.» La voz de Ámber estaba matizada por un tono socarrón que, sin duda, surgía de la personalidad de Dakaname. «Estoy atada para siempre a alguien con la madurez emocional de un maldito crío.» Luego, de pronto, el tono cambió, se volvió más dulce. «Aunque tiene sus compensaciones.»

Yáxtor terminó de fumar, vació la pipa y la limpió.

La sala era sorprendentemente pequeña, al menos para la escala que Yáxtor le había imaginado. No mucho mayor que la sala de audiencias del Palacio de Alboné, decidió. Quizá incluso algo menor.

Aunque no era el tamaño lo que importaba en aquellos momentos, decidió.

En las paredes circulares, cada una en su pequeña hornacina, se arracimaban docenas, quizá cientos, tal vez miles de esferas de memoria. Ocupaban casi todo el espacio libre, salvo por la puerta en la que habían entrado y un pequeño espacio, a un lado de ella, donde había media docena de nichos de tamaño suficiente para albergar un hombre.

—Esta es sólo una de las salas de Ioh Node —dijo el secretario, para beneficio tanto de R'nendo como de Yáxtor—. Aquí guardamos los recuerdos de los emperadores.

—¿Cuántas hay? —preguntó el trovador.

—Muchas —respondió Reiko.

—Secretario, no puedo emprender la tarea que tu Emperador me ha encargado si no…

—No pretendía ponerte ningún obstáculo, trovador. Hay muchas salas. No sabemos realmente cuántas. Cuando una se ha llenado y necesitamos otra, simplemente la encontramos.

—Qué conveniente —murmuró Yáxtor.

Reiko no hizo caso de su comentario, pero Fijune Daraiku se volvió hacia el adepto con una expresión en el rostro que lo era todo menos amistosa. Abrió la boca para decir algo, se lo pensó mejor en el último momento y volvió a sumirse en el mismo silencio hosco de antes.

Entretanto, el secretario se dirigió a una de las hornacinas libres y, con sumo cuidado, depositó en ella la esfera de memoria del anterior emperador. Esperó unos segundos, como si quisiera asegurarse de que la esfera estaba cómoda en su nuevo emplazamiento. Luego, del mismo cofre del que la había sacado, extrajo una delgada membrana de aspecto vegetal.

Corteza de arbolmundo, supuso Yáxtor.

El secretario extendió la membrana sobre la esfera y luego ajustó sus bordes de forma que quedan enganchados a varias protuberancias en la hornacina. Se retiró entonces un par de pasos y se inclinó ceremoniosamente.

—El que fue el Hijo del Origen tiene ahora su segunda oportunidad. Que pueda revivir en ella los aciertos de la primera y reparar los errores que hubiese cometido.

Se incorporó y miró a su alrededor. Parecía cansado.

—Trovador, vas a pasear por un lugar al que muy pocos han tenido el privilegio de entrar. Contempla con atención cuanto veas y luego da fe de ello.

—Así lo haré —dijo R'nendo.

—En cuanto vosotros —dijo el secretario, volviéndose a los Intgze—, ojalá encontréis qué es lo que nos amenaza y podáis averiguar cómo detenerlo.

Tomó aire.

—Vamos, procedamos cuanto antes.

Yáxtor ocupaba un nicho. Itasu a su izquierda, Mizuni a su derecha. Fijune algo más allá. Y, al fondo, en dos nichos contiguos, R'nendo y su carneútil.

El secretario les lanzó una larga mirada a los seis y asintió. Se aclaró la garganta y buscó la palabra impronunciable adecuada. Ésta se activó en su boca y salió de ella con un espasmo, casi como una tos.

Yáxtor sintió cómo algo se deslizaba sobre su rostro. ¿Corteza de arbolmundo? Su mano se aferró a la empuñadura de su espada.

«Esto va a ser divertido.»

Ya veremos.

De pronto, la oscuridad cayó sobre él. El mundo se apagó de repente. El color, la luz, se convirtieron en recuerdos que se desvanecían con rapidez. A su alrededor no había sonido y su tacto se convertía en un mal sueño.

Intentó respirar y descubrió que había olvidado cómo. Trató de mover la cabeza, de abrir los ojos o la boca, pero no tenía. Su cuerpo había… ¿Qué era un cuerpo? ¿Quién era él?

Sintió que dejaba de sentir.

Y luego… nada.

Se encontró a sí mismo trastabillando al borde un camino entre los árboles. Alzó la vista y parpadeó, confuso.

Contempló sus manos, su túnica de Intgze, la espada que llevaba a un costado.

Se tocó.

Oyó una risa a sus espaldas. Al volverse, vio a Mizuni e Itasu. Era ésta la que acababa de reírse.

—Supongo que todos hacemos lo mismo —dijo, midiendo cada sílaba, como si fuera la primera vez que usase su propia voz.

Mizuni asintió.

—¿Y los demás?

Como invocado por sus palabras, Fijune apareció junto a las dos mujeres. En realidad, se dijo Yáxtor, no era así. En un momento, estaban ellas dos solas; al siguiente, el capitán estaba a su lado y siempre había estado allí. Meneó la cabeza.

Divertido, ¿eh?, se dijo.

La espada no respondió, aunque Yáxtor no tuvo problema en sentirla junto a él.

R'nendo se materializó poco después. Él solo. Aunque…

Sí, era el trovador, pero al mismo tiempo era también el carneútil que lo había acompañado. Al otro lado habían sido dos cuerpos y una sola voluntad y en Ioh Node se convertían en un único ser. Tenía cierto sentido.

—¿Dónde estamos?

Mizuni dio un par de pasos en su dirección.

—Esto es Ioh Node —dijo—, el Jardín de la Memoria. Aunque supongo que eso ya lo sabías.

Yáxtor asintió.

—Una especie de ilusión —dijo, manifestando en voz alta lo que llevaba un tiempo sospechando—. Una alucinación consensuada, creada por los recuerdos almacenados en las esferas, mantenida por los mensajeros y potenciada por la corteza de arbolmundo. Una red de pensamientos e ilusiones que forman una realidad que no es real.

Mizuni se encogió de hombros.

—Es real, Yakisetoru.

—Pero no estamos aquí, sea donde sea, sino en la sala de las esferas, cada uno dentro de su nicho.

Ella le dio un bofetón, de la misma manera que podría habérselo dado a un niño díscolo.

—¿Esto te parece real? ¿Lo has sentido? —No esperó respuesta —. Es real, Yakisetoru.

—Como quieras —dijo Yáxtor, aunque era evidente que no estaba de acuerdo—. Pero lo que preguntaba en realidad era en qué parte de… Ioh Node estamos.

Mizuni miró a su alrededor.

—Diría que en el Bosquecillo Insustancial. Es una entrada al Jardín bastante frecuente. Si seguimos caminando, no tardaremos en salir de aquí.

—¿Y entonces?

Ella contuvo una sonrisa.

—Ya lo verás.

Quien está convencido de que hay una conspiración, tarde o temprano acaba por encontrarla. Aunque quizá no sea la conspiración que buscaba.

—Próxtor Brandan

Lo cierto es que Fléiter no tenía nada.

Durante una semana, tanto sus hombres como los adeptos empíricos que Velhas había puesto bajo su mando habían sometido las Casas de la Curación a una vigilancia implacable. Nada de lo que pasase dentro o fuera escapaba a su control ni a su escrutinio.

El resultado fueron varios informes tan interminables como carentes de interés.

Nada.

Nada a lo que aferrarse. Nada por lo que mereciera la pena seguir adelante. Nada que justificase el gasto de hombres, recursos y tiempo.

Nada.

Excepto la sensación en sus tripas cada vez que recordaba su entrevista con la Adepta Suprema de la Curación. Una sensación a la que, con el paso de los años, Fléiter había aprendido a tener en cuenta y hacer caso.

¿Y qué podía hacer con eso?

Nada.

Con un suspiro, se recostó en la silla y volvió a repasar los informes de sus hombres, dispuesto a aferrarse a cualquier cosa, a la menor brizna de esperanza, al menor atisbo de que algo no encajaba por completo y las cosas no eran del todo como parecían.

En Kyono-jo, las cosas habían vuelto a algo muy parecido a la

normalidad.

La corte aceptaba, poco a poco y a regañadientes, la presencia de la Reina de Alboné. Los soldados albonenses y los Intgze de palacio, de algún modo, se las apañaban para trabajar juntos como una sola unidad, y los problemas se solucionaban con la misma eficaz camaradería y sentido del deber que cada uno guardaba para su propio cuerpo del ejército. La población asumía la boda inminente como algo inevitable que apenas afectaría sus vidas. Los ministros, generales y chambelanes empezaban a trazar planes para una política exterior común.

Los días se sucedían; cada uno muy parecido al anterior, no muy distinto del siguiente.

Una fruslería. Una bagatela. Un acontecimiento tan nimio que Fléiter estaba seguro de que investigarlo sería una pérdida de tiempo.

Sin embargo, era la única irregularidad en una maquinaria que parecía funcionar a la perfección y sin impedimentos.

Cada noche, la misma joven novicia se deslizaba fuera de las Casas de la Curación y acudía a una cita nocturna.

Fléiter estaba seguro de que el incidente era exactamente lo que aparentaba ser.

Pero no tenía nada más a lo que aferrarse.

A la noche siguiente, sus hombres fueron de nuevo tras la joven, cargados hasta las cejas de mensajeros diseñados para retener hasta la menor brizna de información que llegara a los canales sensoriales de sus portadores. El rostro de la novicia fue captado desde todos los ángulos posibles, en todas las distancias imaginables, y con eso se confeccionó un retrato minucioso en tres dimensiones que permitiría identificarla y rastrear sus antecedentes.

Sólo que aquella joven no aparecía en los detallados registros de las Casas de la Curación. Ni como adepta ni como novicia. Tampoco era parte del personal auxiliar. Ni siquiera se trataba de una paciente, detalle que Fléiter se apresuró a comprobar mientras intentaba no dejarse llevar por el entusiasmo.

A todos los efectos, aquella muchacha no existía dentro de las Casas de la Curación. Pero salía de allí casi todas las noches y regresaba poco antes del amanecer.

Despacio, luchando contra la esperanza, Fléiter repasó de nuevo los informes, eliminó una vez más las posibilidades y, finalmente, se rindió ante la evidencia, tal como deseaba hacer desde un principio pero no se había atrevido.

La mujer que salía por las noches de las Casas de la Curación no salía con su propio aspecto. Usaba mensajeros para manipular su apariencia. Lo que significaba que no quería arriesgarse a ser reconocida en medio de las calles de Lambodonas.

Por supuesto, no tenía por qué ser la Adepta Suprema. Podía ser cualquier otra, envuelta en algún asunto turbio que no tuviese nada que ver con lo que Fléiter estaba investigando.

Sin embargo, de nuevo, era lo único que tenía. Lo más parecido a una pista que había encontrado hasta el momento.

Así que la seguiría.

¿Desconfiaría alguien de la perfección? ¿Sería tan estúpido para no contentarse con ella, no darla por buena, y emponzoñar lo mejor que le había pasado nunca con sospechas carentes de sentido? ¿No sería eso absurdo?

Pero, absurdo o no, se decía Arstin Penjándel, no podía apartar aquellos pensamientos de su cabeza.

—La realidad siempre es chapucera, muchacho —le había dicho Fléiter Praghem en cierta ocasión—. Eso es una de las cosas que la hacen real, precisamente. E interesante. La perfección debe ser la cosa más aburrida del mundo.

En eso, el occidental se equivocaba. No había un solo momento aburrido en la vida de Arstin.

De hecho, las cosas no podían ir mejor. En lo profesional había encontrado un destino con el que, seis meses atrás, no habría ni soñado: en una tierra tan extraña como interesante, enfrentado a una tarea nueva y descubriendo, para su sorpresa, que estaba dotado para ella. Y en lo personal, Arasume era simplemente…

Era lo que hacía que todo lo demás mereciese la pena. Lo que convertía el final de cada día en un objetivo al que llegar y el inicio del siguiente en una promesa que cumplir. Lo que…

Y ahí estaba él, dispuesto a estropearlo todo, dejándose llevar por dudas absurdas y presentimientos sin sentido.

Pero era cierto, ¿no? La realidad nunca era perfecta. No podía serlo. Sólo los sueños o las fantasías lo eran. La realidad, por definición, estaba llena de cosas que no encajaban, de piezas que no terminaban de ajustarse bien entre sí.

Sólo que… Arasume era real. Era auténtico. Lo era en cada movimiento, cada gesto y cada mirada. En cada palabra que pronunciaba y cada suspiro que se escapaba de su cuerpo deliciosamente pequeño y compacto.

Era real.

Se lo había demostrado una y otra vez. Un día tras otro. Una noche tras otra. Se lo había demostrado con actos y palabras. Con todo.

Era real.

Deja de pensar, se dijo. *Acéptalo y deja de pensar.*

Sólo que no podía. Algo dentro de él se negaba a dejarlo estar y seguía dándole vueltas una y otra vez, analizando el comportamiento de su amante en cada momento y cada detalle, tratando de encontrar algo que no encajase y que le demostrase que las cosas no eran tan perfectas como parecían.

Pero lo eran.

Y eso le aterrorizaba.

La casa era tan exageradamente discreta que casi resultaba notoria. A un lado del río, un poco apartada de las demás, no lo bastante para llamar la atención, con un jardín cuidado y anodino y de un aspecto gris e insignificante. No llamaba la atención en ningún aspecto, y para Fléiter eso significaba que la llamaba en todos.

Claro que, en aquellos momentos, Fléiter no estaba precisamente en calma y a gusto. Llevaba todo el día con la sensación de encontrarse sentado justo al borde de una silla no muy cómoda y dispuesto saltar en cualquier momento sobre lo primero que pasase por delante de él.

Sus hombres habían seguido a la novicia con eficacia y sin hacerse notar, como siempre, mientras él esperaba, en una casa vecina, a que la joven llegase a su cita. Y acababa de llegar. Tras llamar a la puerta, había mirado a su alrededor, había esperado unos segundos y luego, cuando le franquearon el paso, entró sin mirar atrás.

Los hombres de Fléiter se desplegaron en ese momento y rodearon la casa en silencio.

Él mismo salió de su escondite, contempló una vez más el edificio e intentó tranquilizarse. En vano.

Muy despacio, los adeptos empíricos soltaron los mensajeros que sus artífices habían preparado, pronunciaron las palabras impronunciables adecuadas y dejaron que los mensajeros hicieran su trabajo. No tardarían en extenderse por toda la casa y llenar cada rincón.

Ceñudo, Fléiter contempló el espejo que los adeptos le habían dado y se colocó en la oreja el minúsculo receptor. No las tenía todas

consigo. Si alguien era extremadamente hábil en el uso, manipulación y percepción de mensajeros era precisamente la Adepta Suprema de la Curación. Velhas le había asegurado que los mensajeros preparados por los artífices de los Adeptos Empíricos pasarían desapercibidos, pero Fléiter no estaba tan seguro.

De todos modos, no podía hacer mucho más.

Sí, claro; podía echar la puerta abajo y entrar en la casa. Pero no era una opción. Todavía no, al menos.

Poco a poco, la imagen se fue aclarando en el espejo a medida que la información transmitida por los mensajeros era recibida y procesada. Su superficie se dividió en varios recuadros, uno para cada habitación de la casa. Las imágenes estaban teñidas de extraños colores irreales, pero la nitidez era asombrosa.

Toda la casa parecía vacía excepto una habitación. Fléiter dio dos golpecitos con el dedo en la ventana que la mostraba y la imagen creció hasta abarcar todo el espejo.

Hmmm.

¿Había ido allí para nada? ¿Se trataba de un simple encuentro sexual y nada más? Por la forma en que se movían y jadeaban las dos figuras sobre la cama no parecía que en sus mentes hubiera nada relacionado con conspiración alguna, al menos en aquellos momentos.

Paciencia, se dijo.

Los dos parecían jóvenes y eran vigorosos, sin duda. La cosa podía llevar su tiempo.

Con un gesto de la mano dejó aquella imagen en una esquina del espejo, atenuó el sonido que llegaba al receptor y, pese a que estaba seguro de que no encontraría nada, recorrió cada una de las otras habitaciones.

Efectivamente, estaban vacías.

¿Un sótano, tal vez? No; de haber existido, los mensajeros lo habrían encontrado. Con un suspiro, volvió a maximizar la imagen del dormitorio. Estaba perdiendo el tiempo, siguiendo una pista que no le conducía nada importante.

Y sin embargo...

Volvió a recordar que una de las características de la Adepta Suprema de la Curación era su habilidad para manipular los mensajeros. ¿Y sí…?

No, era una estupidez.

Pero tampoco tenía nada mejor que hacer, ¿no?

Con un gesto, llamó a uno de sus hombres y le indicó que se acercase. En voz baja le instruyó sobre lo que quería que hicieran y luego regresó a su escondite en la casa vecina.

Tomó asiento frente a la ventana, dejó el espejo en la mesa, a un lado, y tomó un largo trago de licor de la petaca que había llevado

consigo. Dio al espejo la orden de que grabase las imágenes y se dispuso a esperar.

Sí, era una estupidez, una tontería.

Estaba a punto de cancelar toda la operación cuando, de repente, la calle se iluminó con un resplandor feroz y una explosión repentina hizo temblar todas las ventanas.

Las luces de las casas no tardaron en encenderse, la gente se asomó, se preguntó qué pasaba, intercambió teorías. Poco a poco, el jaleo fue calmándose y, cuando la calle volvió a estar en silencio, se abrió la puerta de la casa de enfrente y la novicia se interno en la noche. Fléiter la dejó ir.

Tomó el espejo entre sus manos e inició la reproducción de lo grabado. Primero en el dormitorio.

No tardó en llegar al momento de la explosión. Las dos figuras en la cama no alteraron sus movimientos frenéticos, absortos cada uno en el otro. Demasiado absortos para que resultara convincente.

Quizá hubiera algo, después de todo.

Recorrió el resto de las habitaciones sin encontrar nada, hasta que, de pronto, sus esperanzas se vieron recompensadas en la bodega.

Fue apenas un suspiro, menos incluso, pero durante un instante la imagen de la habitación vacía vaciló y dos personas aparecieron en ella. Se desvanecieron tan rápido que Fléiter estuvo a punto de pensar que se lo había imaginado.

Hizo retroceder la imagen. La detuvo en el momento justo.

Contuvo un grito de triunfo.

Dasarume Togoichi se decía a sí mismo que no tenía ninguna opinión formada sobre los extranjeros. Su Emperador los aceptaba y él, como chambelán, hacía otro tanto. El resto carecía de importancia.

No era cierto, claro.

Cuando se tomaba la molestia de pensar en ellos, los encontraba irritantes y fascinantes a partes iguales. Y el hombre al que iba a ver ahora reunía grandes dosis de ambas cualidades.

Llamó a la puerta y esperó a que le franqueasen el paso.

Qérlex Targerian, Adepto Empírico Supremo, parecía muy ocupado comprobando el color de un líquido que empezaba a entrar en ebullición.

Sin molestarse en mirar hacia la puerta le hizo a Togoichi una seña para que entrase y luego dejó escapar un largo «hmmm» de satisfacción antes de sentarse frente a la mesa llena de cubetas, pipetas, varios espejos y alguna que otra herramienta de propósito

indefinible.

—¿Todo bien, Adepto Supremo?

Qérlex lo pensó unos instantes.

—¿Bien? Depende desde qué ángulo estemos mirando el asunto, Chambelán. Supongo que sí, en algunos aspectos. No tanto en otros.

—Me temo que no lo entiendo.

—En realidad, yo tampoco —dijo el viejo artífice—. Mis hombres no son chapuceros. Hacen bien su trabajo. Los he entrenado yo mismo, al fin y al cabo. Pero los resultados de sus análisis no tienen ningún sentido. O, para ser más exactos, hacen que el supuesto plan de Toga Toshune no lo tenga.

—Pero…

—Exactamente, «pero». Un «pero» enorme y lleno de signos de admiración. Un «pero» tan grande y evidente que deberíamos habernos dado de narices con él, ¿comprendes? Los actos de Toshune apuntan en una dirección, pero los carneútiles que ha usado nos dicen que es imposible que vayan por ahí. Si lo que pretende es suplantar a la Reina, al Emperador, al Regente… a quien sea, no está usando los carneútiles adecuados. No funcionará. Es imposible que funcione. La criatura aguantaría un par de días, una semana tal vez, antes de desmoronarse ante todo lo que no comprende ni puede manejar y mostrar al mundo su verdadera forma. Sólo un embrión sin eclosionar, adiestrado con mensajeros cuidadosamente diseñados, podría suplantar a un humano con éxito, y aún eso no es seguro. Créeme, los adeptos empíricos sabemos de esas cosas. Y Toshune no ha usado eso.

—¿Estás seguro?

—Mis hombres han repetido los análisis una docena de veces. Y luego les he obligado a que los repitieran otra docena más. Y, cuando han terminado, me han enviado muestras y yo mismo he realizado los análisis. Estos carneútiles no tienen nada de especial. Ni el embrión donde pretendía volcar los recuerdos de Orston ni el carneútil maduro que se hacía pasar por Toshune. Es imposible que hubieran tenido éxito en su propósito.

Togoichi dudó unos instantes.

—Toshune no es ningún estúpido —dijo al fin.

—Lo creo, ya que me lo dices, chambelán. Pero si no lo es, entonces por fuerza tiene que saber que su plan está condenado al fracaso mientras use ese material.

—Entonces su plan es otro.

Qérlex asintió.

—O alguien le ha dado el cambiazo y no está usando los carneútiles que cree que usa. O… Bueno, confieso que no se me ocurren muchas más alternativas.

Togoichi inclinó la cabeza.

—Gracias, Adepto Supremo —dijo.

Por toda respuesta, Qérlex frunció el ceño.

—¿Qué estoy viendo, comandante?

Fléiter no respondió. Había preparado una presentación de los acontecimientos de la noche pasada en el espejo de comunicaciones y sabía que, en cuanto hubiese terminado de verla, el Regente sabría todo lo necesario.

Velhas no parecía compartir su opinión mientras, con el ceño fruncido, contemplaba las imágenes del espejo.

Hacia el final, alzó una ceja, justo al borde mismo de la sorpresa.

Posó el espejo sobre la mesa, lo desactivó y entrelazó los dedos de las manos. Miró a Fléiter. No parecía muy contento. Fléiter tampoco había esperado que lo estuviese.

—Si he entendido correctamente lo que me has mostrado, alguien sale disfrazada por las noches de las Casas de la Curación, se encuentra con cierto individuo en esa casa y, mientras unos hábiles mensajeros de simulación proyectan la imagen de un encuentro sexual, se dedica a hablar con él. ¿Eso es todo?

Fléiter asintió, intentando que su cuerpo no traicionase su impaciencia.

—Tú supones que esa persona es la Adepta Suprema de la Curación. En cuanto a su cita… ¿El escurridizo Toga Toshune?

Fléiter se encogió de hombros, incómodo.

—No podría asegurarlo.

—En realidad, tampoco puedes asegurar lo primero. Esa persona puede ser la Adepta Suprema o puede no serlo.

—Estoy seguro de que lo es —dijo Fléiter—. Pongo en juego… —Se detuvo.

Velhas enarcó una ceja.

—¿Tu reputación? ¿Tu vida? ¿Tu colección de juguetes eróticos?

—Todo ello, maldita sea la Teja. Todo.

Sorprendido por su propia vehemencia Fléiter guardó silencio. Para su sorpresa, vio cómo el Regente hacía esfuerzos por no sonreír.

—Te creo, comandante —dijo éste—. Y sospecho que tienes razón. De acuerdo, dime. ¿Qué propones?

Fléiter contuvo un suspiro de alivio y empezó a hablar.

Los habitantes del Círculo Ínfimo hace tiempo que decidieron dejar de ser humanos. Al fin y al cabo, se dicen, si la realidad es aquello que construimos entre todos, ¿por qué limitarnos a una sola forma? ¿Por qué ser pesada y sudorosa materia y no, por ejemplo, luz, o quizá un pensamiento o un deseo?

En Espléndida Sabiduría, sin embargo, han ido por el camino contrario, y cada habitante de la ciudad se limita a repetir, con los menores cambios posibles, su vida anterior.

En las regiones del Sur (un Sur que nunca está del todo en el mismo sitio) sus habitantes juegan a crear dioses, a hacerlos luchar entre sí y, finalmente, a deshacerse de ellos.

En los Lejanos Pantanos del Este, hombres y mujeres viven separados, en una guerra que no termina nunca y que nadie quiere ganar.

En Zasén Sekai Jo, la Ciudad de las Mil Realidades, sus habitantes construyen nuevos universos, juegan con las posibilidades y crean historias alternativas. Algunas son tan parecidas a la real que sólo minúsculos detalles las convierten en falsas. Otras son tan distintas que apenas resultan comprensibles. Todas son deliciosamente plausibles, en ocasiones bastante más que la historia real. Y todas, sin ninguna excepción, parten de las mismas condiciones iniciales.

Hay una montaña que nadie se ha atrevido a escalar. Excepto, eso dicen, uno solo.

En el Mar Circular, ahogan un hombre cada día y lo traen de vuelta a la vida a la noche siguiente. El ahogado les cuenta después lo que ha visto al otro lado de la muerte y, mientras habla, todo a su alrededor cambia para adaptarse a sus palabras.

Existe un lugar que no siempre está allí.

Y hay un sitio que no cambia jamás.

¿Podéis imaginar todo eso? ¿Pueden mis pobres y torpes palabras haceros ver lo que contemplé? Lo dudo.

Arrogante, me embarqué en una tarea que estaba destinada al fracaso, que sobrepasaba ampliamente mis fuerzas y mis capacidades. Me queda el consuelo de cualquier otro habría fracasado en ella. Magro consuelo, por otra parte.

—R'nendo: *Atlas de Ioh Node*

Pasaron casi tres años en el Jardín de la Memoria.

Fijune los abandonó al mes de su llegada. Decidió quedarse en la Ciudad de los Suicidas Lentos tras una larga y amarga conversación nocturna con Mizuni. No volvieron a hablar de él, pero a veces la sombra de su recuerdo asomaba a la frente de la comandante.

Varias semanas después oyeron hablar por primera vez de la Rajadura. Les contaron que se estaba comiendo Ioh Node poco a poco, devorándola sin prisa, como un carroñero satisfecho y saciado que

hubiera encontrado una provisión interminable de alimento. Les dijeron que estaba al norte, allí donde se acababa el mundo, pasado el Mar de la Memoria Perdida, donde comenzaban las tinieblas y la sombra de Otrolugar era una presencia ominosa y fría.

Así que fueron al norte.

De sus viajes, habría mucho que contar.

También de la intimidad cada vez mayor entre Mizuni, Itasu y Yáxtor con el paso del tiempo, de los juegos de almohada que a veces involucraban a los tres, en otras sólo a las dos mujeres y en otras a Yáxtor y una de ellas.

También de cómo R'nendo contemplaba la evolución de aquella relación a tres bandas sorprendentemente funcional como un observador privilegiado y, casi siempre, silencioso.

También del modo en que la espada de Yáxtor, de repente, guardó silencio y, cuando se dignó a hablar, no lo hizo con la voz de Ámber.

También de la reacción de R'nendo a cuanto veían.

Y también del sonido de la Rajadura, de su extraño aullido, del chirrido apenas audible que empezaron a oír un día y ya no los abandonó durante el resto del viaje.

Baste decir, sin embargo, que fueron al norte. Que durante tres años cruzaron Ioh Node de un extremo a otro.

Y un día, en medio de las nieves perpetuas, descendieron una montaña helada en dirección a un valle extenso cubierto de vegetación.

Era como si se hubieran quedado ciegos.

—Es peor —dijo R'nendo—. He sido ciego casi toda mi vida y sé lo que es la ceguera. Esto es peor.

Tenía razón. Era como si la luz y el color no existieran. Cuando uno miraba a la Rajadura era como si no hubieran existido nunca, como si el mismo concepto de luz, de visión, hubiera sido erradicado del mundo.

Se alzaba ante ellos, al otro lado del valle, entre dos picos cubiertos de nieve que parecían extrañamente desmoronados.

—Está creciendo —dijo Itasu.

Mizuni asintió. De forma casi imperceptible, la Rajadura iba poco a poco ganándole terreno al valle.

Yáxtor frunció el ceño.

¿Qué es eso?

La espada no respondió. No había dicho nada desde que se

habían hecho a la mar. Yáxtor la había sentido inquieta todo aquel tiempo, casi temerosa, como si estuviera a punto de pasar algo terrible.

¿Qué es eso?, preguntó de nuevo.

La notó resistirse a su pregunta y, cuando habló, lo hizo con la voz de Dakaname.

Ya lo sabes. Es lo que se está comiendo este lugar. Lo que ha causado todos los problemas en el exterior. Ya lo sabes, ¿por qué preguntas?

Porque no me lo estás contando todo.

«Tal vez no». Por un momento, la voz volvió a ser la de Ámber. «Tal vez no.»

Podía presionarla. A aquellas alturas, Yáxtor había llegado a un punto de compenetración con la espada suficiente para, si así lo deseaba, retorcer su voluntad y obligarla a hacer lo que quisiera. A todos los efectos, los mensajeros que creaba la espada eran de Yáxtor, y el adepto podía controlarlos si quería.

Sin embargo, no insistió.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Itasu.

Nadie respondió. No había mucho que pudieran hacer. Volver a Érvinder. Informar al Emperador y al Consejo de los Siete. Esperar que tomasen la decisión adecuada. Pero, ¿qué decisión? Y ¿cómo?

—Vaya, os habéis tomado vuestro tiempo —dijo de pronto una voz a sus espaldas—. De hecho, casi había llegado a pensar que no iba a venir nadie.

Se volvieron rápidamente, las manos en las empuñaduras de sus armas y los cuerpos alertas.

Frente a ellos había un hombre vestido de Intgze y, en apariencia, desarmado.

No; él no.

Yáxtor frunció el ceño, sorprendido ante el miedo, el pánico irracional e irreprimible que había en la voz de la espada.

Él no.

¿Quién?, preguntó.

—¿Quién eres? —preguntó Mizuni en voz alta, casi al mismo tiempo.

Mi amo.

—Podéis llamarme Tairuname Isu. Aunque mi madre me llamó cosas peores, en su día.

Sonrió y se inclinó ante ellos.

Hay una vieja leyenda sobre las carneútiles reales.

Se dice que una de ellas asimiló tan profundamente la personalidad de la Reina a la que servía, que se creyó ella. Así que mató a la Reina y gobernó Alboné durante muchos años. Sólo en el momento de su muerte se descubrió la superchería, mientras la nueva Reina asimilaba los recuerdos de la carneútil y ésta se desmoronaba.

También se dice que la nueva Reina guardó silencio, que jamás contó a nadie lo ocurrido. Aunque, si eso es cierto, ¿cómo ha llegado a nosotros la historia?

Generalmente se la interpreta como una fábula, como un cuento con moraleja. Y, según los propósitos de quien lo cuente, el giro final es distinto.

¿Y si fuera cierta? ¿Si hubiera ocurrido, en qué nos cambiaría como pueblo?

Y, me pregunto, si pasó una vez… ¿fue la única?

—Glaxton Dishrel, anterior Regente de Alboné

Y, precisamente ahora, justo en aquel momento, se ponía a dudar.

Fléiter se maldijo a sí mismo. Comprobó de nuevo que sus hombres estuvieran en el lugar adecuado y volvió a maldecirse.

Dudar… ¿de qué?, se dijo. ¿Por qué ahora? Y, sobre todo, ¿de quién?

Mientras esperaba a que la red se estrechase alrededor de su presa, repasó lo ocurrido en las últimas semanas.

El secuestro del Regente. Sus interrogatorios. Lo ocurrido en la isla central en Honoi. El ataque durante la coronación. La desaparición de Toshune. La Adepta Suprema de la Curación citándose con un desconocido.

¿Qué? ¿Qué era lo que no encajaba?

Nada, no encajaba nada, decidió de repente. No encajaba ni una puñetera pieza, como si estuviera intentando armar un solo paisaje con trozos de veinte puzles distintos.

Su segundo al mando le avisó de que estaba todo dispuesto. Fléiter asintió.

Así que la mujer llegó para su cita nocturna. Tranquila, indiferente, como si nada malo la pudiera atrapar. Con las facciones de una novicia joven e inocente y los modales de una niña sin preocupaciones.

Llegó y entró en la casa. Tejió su red de mensajeros y la lanzó sobre el edificio.

Luego, se sentó a esperar.

Debería haber sospechado algo al ver que su contacto no llegaba. Pero si estaba inquieta, no lo demostró.

Pasó el tiempo.

Afuera, Fléiter y sus hombres esperaban al hombre que tenía que llegar. Sólo que no llegaba. ¿Por qué no llegaba?

Algo rugió en las tripas de Fléiter. Algo le dijo que todo aquello estaba torcido y que, fuese lo que fuese, no podía seguir allí, esperando. Tenía que actuar. Debía moverse, aunque fuera en la dirección equivocada, aunque fuese a ciegas.

Consiguió esperar cinco minutos más.

Luego, dio la orden a sus hombres y todos se lanzaron contra la casa.

La Adepta Suprema de la Curación lo miraba con la misma indiferente altivez que había mostrado durante el primer interrogatorio. El hecho de que el disfraz bajo el que se había ocultado hubiera sido traspasado y todos pudieran ver sus facciones bajo las de la joven novicia que había fingido ser, no parecía inquietarla gran cosa. Estar atada tampoco parecía tener ningún efecto en ella, ni mucho menos estar rodeada de media docena de miembros del Capítulo de Información de la Confederación Occidental y un par de adeptos empíricos que no paraban de tomar nota.

Y, por supuesto, decidió Fléiter, que él la estuviera mirando con el ceño fruncido le resultaba tan preocupante como… como…

A la mierda, maldijo, incapaz de encontrar un símil adecuado.

Se puso en pie y se acercó a la mujer.

—¿Serías tan amable de indicarles a tus mensajeros que terminen con esta farsa, por favor? Vemos perfectamente quién eres, pero el efecto es un tanto… incómodo.

Ella se encogió de hombros, pronunció la palabra impronunciable adecuada y los últimos restos de su disfraz se desvanecieron en el aire.

—Mucho mejor, gracias —dijo Fléiter.

Tomó asiento frente a ella y la escrutó en silencio.

Altiva, imperturbable. ¿Una pose?

—Sabemos que sales todas las noches de las Casas de la Curación, Adepta Asima. Sabemos que te encuentras con alguien en una casa cercana al río. Sabemos que no vas allí para, eh, dar rienda suelta a tu fogosidad, pese a que lo parezca.

—Es posible —dijo ella.

—Es un hecho —contraatacó él—. Podemos probarlo.

—¿Y qué es exactamente lo que podéis probar? Que salgo y que hablo con alguien. ¿Sabéis quién es ese alguien? ¿Sabéis de qué hablamos?

Fléiter no respondió. No hizo falta.

—Lo suponía —dijo ella—. Así que en realidad, no tenéis nada contra mí.

Fléiter asintió.

—Tienes razón, adepta. Ni una sola prueba, es cierto. Lo cual nos deja con las manos atadas. —Se puso en pie y se acercó a la mesa. Rebuscó algo entre los papeles que había sobre ella, no pareció encontrarlo y se volvió de nuevo hacia Asima—. O nos dejaría si esto fuera un tribunal. Pero, como supongo que te habrás dado cuenta, no lo es.

Ninguna reacción. No es que Fléiter la hubiese esperado, pero habría sido un buen detalle.

Sigamos con la farsa, se dijo.

Se sentó de nuevo y se encaró con la adepta y, al mirarla a los ojos, tuvo la sensación, nítida y precisa, de que estaba perdiendo el tiempo. No porque no pudiese doblegar a la mujer; claro que lo haría, tarde o temprano. Sino porque hacerlo no serviría de nada. Estaba escarbando en el suelo equivocado y no iba a encontrar nada que le fuera útil.

Tonterías.

Pero no pudo apartar el pensamiento de la cabeza.

Pese a todo, se atuvo al guión marcado. Lanzó las preguntas adecuadas, en la secuencia correcta y el tono preciso. Y cada una de ellas fue acompañada de la emulsión apropiada de mensajeros que se introdujeron por los poros de la adepta sin que ésta pudiera evitarlo.

Poco a poco, a medida que se sucedían las preguntas, el cuerpo de aquella mujer se fue convirtiendo en un libro abierto para Fléiter. Cada reacción involuntaria, cada gesto ensayado, cada mirada de desdén y cada respuesta ácida no eran más que nuevas capas de una cebolla que iba pelando con rapidez.

Y todo aquello no podía importarle menos. Seguía con la sensación de que se estaba equivocando, de que allí estaba perdiendo el tiempo.

Se interrumpió de repente y se puso en pie. Sus subordinados lo

miraron sorprendidos, y otro tanto hicieron los dos adeptos empíricos. Al rostro de Asima estuvo a punto de asomar una emoción, y Fléiter habría jurado que era de sorpresa.

Sabía lo que estaban haciendo con ella, claro que sí. Sabía que, a la larga, la quebrarían y obtendrían cualquier secreto que guardase. Por supuesto que lo sabía. Era una Adepta Suprema, una experta en el uso y manipulación de mensajeros. Por fuerza tenía que saberlo.

Bailando, se dijo Fléiter. *Está bailando con nosotros. Ganando tiempo mientras el verdadero plan se ejecuta sin su intervención.*

Pero… ¿qué plan?

De nuevo caminó hasta la mesa. Tomó el bastón de su padre entre las manos. Se llevó la empuñadura a la barbilla y se la golpeó con él suavemente un par de veces.

¿Qué plan?

Frenético, repasó de nuevo lo ocurrido en las últimas semanas. El secuestro del Regente. Sus interrogatorios. Lo ocurrido en la isla central en Honoi. El ataque durante la coronación. La desaparición de Toshune. La Adepta Suprema de la Curación citándose con un desconocido…

¡Por la Teja!

Se volvió a Asima y la contempló en silencio.

Quizá ni siquiera lo sabe, se dijo. *Tal vez se esté limitando a seguir instrucciones. Una sierva obediente. Una súbdita leal. ¿Por qué no?*

—Desatadla —dijo, de repente.

Sus hombres lo miraron, incrédulos.

—Desatadla —repitió—. No nos sirve de nada.

Si lo que pensaba era cierto…

¿Y si no lo es?

Pero no había tiempo para eso. En realidad, ignoraba cuánto tiempo tenía. Y antes debía comprobar una última cosa. Una sola.

—No le quitéis los ojos de encima —dijo, a medio camino de la puerta—. Vigiladla, pero que esté cómoda.

Mientras salía de la habitación a grandes zancadas no estaba muy seguro de si prefería estar en lo cierto o haberse equivocado.

Como fuera, no tardaría en averiguarlo.

Orston Velhas contemplaba ceñudo la vaina donde descansaba la carneútil real. Era consciente de la presencia de los guardias al otro lado de la puerta, pero en aquellos momentos, no podían importarle menos.

¿Echaba de menos los días en los que era simplemente el Adepto

Empírico Supremo y su única preocupación era encargarse de que el trabajo sucio se hiciera con discreción y eficacia? Probablemente. Ahora, como Regente, sabía mucho más que antes, y sus decisiones afectaban a muchas más personas.

Y, curiosamente, su capacidad de movimiento estaba mucho más limitada.

Se encogió de hombros y comprobó las conexiones de la vaina con el carneútil que le proporcionaba los mensajeros. La criatura estaba casi agotada: su piel anaranjada viraba al gris con rapidez, apenas parecía capaz de respirar y sus ojos se iban vidriando poco a poco.

Pronto habría que cambiarlo por otro. Entretanto, los mensajeros de su cuerpo llegaban a través de los cables de conexión a la vaina donde yacía la carneútil real, y se encargaban de que esta descansara tranquila, en un sueño que se parecía mucho a la muerte

Cuando la Reina volviese, la carneútil real despertaría y, de nuevo, viviría para seguir a la monarca a todas partes, absorber sus recuerdos y experiencias y, con el tiempo, servir de intermediario para que todo cuanto era la Reina fuese traspasado a la siguiente.

De una cosa tan frágil depende todo nuestro sistema de vida, se dijo, contemplando a la criatura acurrucada en el interior de la vaina. *De un ser tan pequeño, tan carente de importancia.*

Sabía que no tenía más que desconectar media docena de cables bien elegidos y la aparente muerte de la carneútil se transformaría en una muerte auténtica. Por supuesto, podían criar otra y, con el tiempo, asignársela a la Reina, pero entretanto, Alboné estaría indefenso.

Si ahora moría la Reina, la carneútil podía traspasar su personalidad a alguna de las candidatas elegidas para sucederla. Si moría la carneútil, se podía criar otra para sustituirla.

Si las dos morían a la vez…

Se estremeció al pensarlo. De repente, el sistema se desmoronaría; la estabilidad que garantizaba la continuidad de la Reina, pasando de un cuerpo a otro, cambiando con cada encarnación pero siendo siempre la misma, habría desaparecido en un instante.

La herida que eso causaría en el tejido de Alboné sería, en apariencia, pequeña. La sociedad podía seguir funcionando, las granjas darían sus frutos, los talleres producirían su maquinaría, los funcionarios gobernarían. Nada tendría que cambiar por el mero hecho de que la Reina desapareciera. Se buscaría una sustituta, una heredera, se reiniciaría la dinastía. No tenía por qué…

Sólo que, de pronto, la única constante en la vida de los albonenses durante los últimos mil quinientos años habría desaparecido.

Una mujer, nada más que eso.

No, mucho más. Un símbolo. Una seña de identidad.

Meneó la cabeza. Despacio, acarició uno de los cables que conectaban al carneútil moribundo con la vaina de la carneútil real.

Tan sencillo, se dijo. *Tan definitivo.*

Un tumulto más allá de la puerta le sacó de su ensimismamiento. ¿Qué estaba pasando? Oyó a los guardias discutir con alguien. Ruido de lucha. Golpes.

¿Vienen a matarla? ¿Es ese el plan? ¿Pretenden matar a la carneútil real?

Y luego… ¿qué? ¿La sustituiría Toshune por uno de esos embriones que había adquirido mientras, en Honoi, uno de sus sicarios hacía lo propio con la Reina?

Por qué no, se dijo, *no es un mal plan.*

El tumulto cesó de repente. Velhas oyó varias voces, aunque no pudo distinguir sus palabras ni, mucho menos, a quién pertenecían.

De pronto, la puerta empezó a abrirse.

Orston Velhas miró a los lados. Contempló una última vez la vaina de la carneútil real, tomó aire y se preparó para morir al servicio de su Reina.

Su sorpresa fue mayúscula al ver aparecer a Fléiter Praghem al frente de varios adeptos empíricos. Algo más allá, divisó a los guardias, reducidos e inmovilizados por los adeptos.

—¿Qué…?

—Por la autoridad concedida por el Adepto Empírico Supremo, estás detenido —dijo Fléiter.

Velhas meneó la cabeza, incrédulo.

—¿De qué se me acusa? —preguntó, intentando mantener la calma.

—De suplantación de una personalidad humana. Y del intento frustrado de poner fin a la vida de la carneútil real.

El tiempo en Ioh Node y el tiempo en el mundo real rara vez son lo mismo. Un minuto a este lado puede ser una vida entera en el Jardín de la Memoria. Un año en Honoi puede haber sido un suspiro fugaz en la ilusión de la segunda vida.

Ni siquiera hay una pauta, un ritmo, un patrón que nos permita discernir, cuando visitamos Ioh Node, cuánto tiempo pasará al otro lado. Sólo sabemos que en el momento de la llegada y en el de la partida, ambos ritmos temporales se igualan poco a poco.

A parte de eso, Ioh Node tiene su propio tiempo. Y lo único que sabemos de él es que no se parece en nada al nuestro.

—La crónica de los días

Utano Reiko se preguntó una vez más qué debía hacer.

Doce días. Llevaban doce días en Ioh Node, en una visita que no debería haber durado más de unas horas, un día a lo sumo.

Doce días.

Al final del tercero había reconocido su derrota y había permitido que desconectasen al capitán Fijune. Era evidente que no iba a volver de su viaje. Los síntomas habían sido claros desde el principio y, a medida que transcurrían las horas, se iban volviendo más definitivos. Fijune se había perdido para siempre en Ioh Node. Había decidido quedarse y no volver al mundo.

Si pensaba en ello, no resultaba del todo inesperado. Ni siquiera demasiado triste. Fijune había sido un buen Intgze, un guerrero modélico. Pero no en los últimos diez años. No desde lo ocurrido con sus hijos. No desde la marcha de Mizuni. Exteriormente no había cambiado gran cosa: rápido, ágil, letal cuando debía serlo, obediente y leal. Pero era como si estuviera vacío por dentro, como si su cuerpo se moviera por la pura fuerza de la costumbre.

Volver a ver a Mizuni había tenido un efecto evidente sobre él. Y ahora, en retrospectiva, era fácil ver que el capitán había tomado la única salida que podía tomar.

Peor para él.

Así que había ordenado que desconectasen el cuerpo. Lo que sacaron de la hornacina ya no era un hombre. Respiraba, cierto, pero

tras sus ojos no había nada. Todo cuanto era, cuanto había sido, se habían quedado en Ioh Node. Y hasta eso se desvanecería, con el tiempo. Sin una esfera de memoria que contuviera sus pensamientos, estaba condenado a que su personalidad se fuera degradando poco a poco hasta convertirse en puro ruido. A menos que se convirtiera en un parásito, en un ladrón. No sería el primero que, obsesionado con sobrevivir, les robaba el espacio en las esferas de memoria a sus dueños legítimos.

Ioh Node, al fin y al cabo, no era tan distinto del mundo real. Nadie te garantizaba un final feliz. Ni siquiera allí.

Reiko debería haber vuelto al castillo, pero no lo hizo. En lugar de eso ordenó a los Intgze que le preparan un catre en aquel mismo lugar y le trajeran algo de comer. No sabía qué estaba pasando en el Jardín de la Memoria, pero presentía que no le iba a gustar.

Así que había enviado un hombre a informar al Consejo de los Siete y se había dispuesto a esperar.

Esperó nueve días más. Habría esperado durante todo el tiempo que fuera necesario.

De pronto, casi al final del decimosegundo día, notó algo en el cuerpo del trovador. Se puso en pie y se acercó a él. Lo contempló largo rato en silencio y al fin asintió pensativamente.

Sí; los signos estaban claros.

El trovador extranjero estaba volviendo con ellos. Esperaba que fuese sólo el primero.

El Anciano llegó varios minutos más tarde, mientras Reiko, pacientemente, aguardaba a que el trovador se desconectara de la red de Ioh Node.

Reiko lo esperaba. De hecho, le sorprendía que no hubiera venido antes.

Llevaba más de cincuenta años siendo la figura dominante del Consejo de los Siete y, bajo su apariencia amable y benevolente, se ocultaba una voluntad de hierro y una absoluta carencia de sentido del humor.

Reiko pensó en lo ocurrido entre Mizuni y Fijune diez años atrás y se preguntó una vez más cuánto de todo ello habría sido culpa del Anciano.

Caminaba con paso cansino, apoyado en un bastón que era, de hecho, su hermanita, y al que nadie recordaba haber visto en su verdadera forma.

Los dos hombres se saludaron con una inclinación de cabeza, y

luego el Anciano contempló con parsimonia cuanto había a su alrededor.

—Hemos dispuesto del cuerpo de Fijune —dijo, al cabo de un rato.

Su voz sonaba cascada, vacilante, y una sombra de cansancio velaba sus ojos.

—El Consejo está inquieto, tzaru-Reiko —añadió, tras una pausa —. No les gusta estar tanto tiempo a oscuras.

El secretario asintió.

—A nadie le gusta, venerable —dijo—. Y, créeme, sabréis lo que ocurre tan pronto como yo mismo lo sepa. De momento, no hay nada que informar.

—Lo cual ya es, de por sí, algo de lo que informar.

El viejo tenía razón, sin duda.

Señaló con el bastón el cuerpo del trovador.

—¿Tardará mucho?

—No lo creo.

—Bien, al menos tendremos alguien que podrá contarnos lo que pasa. —Frunció el ceño de repente y señaló al carneútil de R'nendo—. ¿Por qué su criatura no lo acompaña? —preguntó.

Sin darle tiempo a responder, dio media vuelta y abandonó la habitación. Reiko lo maldijo en silencio mientras, a su pesar, contenía un juramento de admiración.

Pasó otra hora antes de que, por fin, el trovador abriera los ojos. Los ayudantes de Reiko retiraron la corteza de arbolmundo de su rostro y lo ayudaron a salir de la hornacina.

Confuso, R'nendo se dejó guiar hasta una silla y tomó en silencio el zumo que le ofrecían. Chasqueó después la lengua y meneó la cabeza. Era evidente que no estaba muy contento.

Reiko esperó un par de minutos a que el hombre se aclimatará y, finalmente, tomó asiento a su lado.

—Saludos, trovador —dijo—. Espero que tu visita a Ioh Node haya sido fructífera.

R'nendo sonrió.

—¿Bromeas? Tengo historias que me llevaría mil vidas poder contar. Y no estoy muy seguro de saber hacerles justicia. ¿Fructífera? Eso se queda corto, secretario.

—Es comprensible. Pocos hombres han estado en Ioh Node tanto tiempo ni han visto tanto como tú… o tus compañeros.

—Estoy seguro. Tengo la sensación de haberme pasado años

enteros viajando. —Se interrumpió de repente y alzó los ojos ciegos hacia su interlocutor—. ¿No deberíais despertar a mi carneútil? Me sentiría más cómodo con él a mi lado.

—Lo siento, trovador, no podemos hacer eso. Cada sujeto decide cuando abandonar Ioh Node… o si se queda allí para siempre.

—Fijune —murmuró R'nendo.

—Así es.

—Pero no tiene sentido. No en este caso, al menos. Avanzadilla difícilmente puede decidir nada por sí mismo. Es un carneútil. Mi voluntad es su voluntad. O lo era —añadió de pronto, como si acabara de recordar algo—. No puede ser —dijo, al cabo de un rato.

—Sea lo que sea lo que no puede ser, parece que ha pasado.

—Sí; supongo que es una forma de decirlo. —Frunció el ceño—. Hay partes que están borrosas, me temo. Mis últimos minutos en el jardín… hay algo que no termino de ver con claridad.

—Suele pasar. Te sugiero que comas algo. Hablaremos, si te sientes con fuerzas, e intentaremos ayudarte. Nadie ha pasado doce días completos en Ioh Node. Al menos, no desde que se tiene constancia.

—¿Doce días? ¡Doce días! He pasado años ahí dentro, secretario. He recorrido tantos lugares que dudo de ser capaz de guardarlos en la memoria. Y aún así, tengo la sensación de no haber visto más que una pequeñísima parte de lo que había por ver. ¡Doce días!

Se puso en pie. Con un gesto amable, Reiko lo tomó de un brazo y le indicó el camino.

—Comamos. Y veamos qué puedo recordar.

Comieron allí mismo, en un rincón de la sala donde alguien había dispuesto una mesa y varias viandas.

La memoria le fue volviendo a R'nendo poco a poco, a medida que saciaba el hambre.

—Estoy desfallecido —dijo—. Y lo más gracioso es que no lo sabía hasta que he empezado a comer.

Reiko asintió.

—Los mensajeros os han provisto de todo cuanto necesitabais. Nunca os habríais podido morir de hambre. Pero es normal que tu cuerpo necesite el sabor y la consistencia de la auténtica comida.

—Y tanto que la necesitaba.

Echó un último trago y se recostó en la silla.

—Casi echo de menos el viejo vicio —dijo—. Una pipa ahora mismo me sentaría de fábula. Pero me temo que tendré que

aguantarme. —Se incorporó de repente y giró aquellos ojos nublados hacia el secretario—. Supongo que te mueres de ganas de preguntarme qué ha pasado, aunque eres demasiado educado para hacerlo. Así que, adelante, comencemos.

Durante los siguientes minutos le contó muchas cosas sobre su viaje. Le habló, por supuesto, de la Rajadura, de su insufrible aullido, del modo en que, sin ninguna prisa, parecía estar devorando Ioh Node. Con cada palabra del trovador, la expresión de Reiko se iba volviendo más sombría.

—Y luego, cuando estábamos decidiendo qué hacer, apareció él.

—¿Quién?

—Dijo ser Tairuname Isu. Y lo curioso es que ninguno de nosotros se atrevió a contradecirle.

Reiko parpadeó. ¿Era posible? ¿El primer emperador, después de tanto tiempo? La tradición decía que su memoria se guardaba en Ioh Node, cierto, pero…

—Dijo que nos estaba esperando. A nosotros o a alguien como nosotros. Dijo que ya era hora de que alguien viniese a ver qué pasaba y tomase cartas en el asunto. Dijo muchas cosas. Y confieso que, mientras estábamos allí, todas sonaron muy razonables. Sospecho que si hubiera dicho que era normal que nevase en verano, también nos habría parecido razonable.

Reiko asintió.

—Lo que nos explicó… Bueno, me parece que no es muy distinto de lo que vosotros mismos creéis o teméis que esté pasando. Dijo que Otrolugar se estaba abriendo camino. Que la Rajadura no era más que un símbolo, la forma en la que Ioh Node expresaba su angustia a medida que la energía necesaria para seguir funcionando le era drenada desde Otrolugar.

Con un gesto brusco, Reiko se puso en pie. R'nendo se interrumpió y volvió el rostro ciego hacia un lado, tratando de discernir qué estaba haciendo su interlocutor.

—Perdóname —dijo éste, al cabo de un rato, mientras se sentaba de nuevo—. Lamento haberme comportado de un modo tan brusco. Prosigue, por favor.

R'nendo se encogió de hombros.

—Como quieras, mi buen secretario. Según Tairuname Isu, bueno, o quienquiera que fuese realmente, Otrolugar ha encontrado un modo de invertir las tornas, de sacar energía de Érvinder y usarla en su provecho. Está utilizando los generadores que le dan potencia a Ioh Node y, poco a poco, se está abriendo paso desde el nexo hasta nosotros. Aquí, en Imarasu y quién sabe si en la propia Kyono-jo. Echa la culpa de lo sucedido a la Bomba de Malas Noticias. De hecho —R'nendo frunció el ceño—, parece excepcionalmente bien informado

de lo que ha pasado últimamente por el mundo, lo cual es sorprendente teniendo en cuenta que el último Cortejo de la Memoria fue hace… Bueno, no sé realmente cuándo, secretario, pero diría que bastante antes de la guerra.

Reiko asintió. Luego, consciente de que el otro hombre no podía verlo, dijo:

—Así es.

—Por tanto, que esa criatura, sea realmente la personalidad encapsulada de vuestro primer emperador o no, esté tan bien informado de lo que pasa en Érvinder en estos momentos da que pensar. No es asunto mío, claro, pero si fuera tú…

El trovador no continuó la frase. No era necesario y lo sabía. Los dos hombres permanecieron largo rato en silencio. Luego, Reiko se llenó la copa de vino y la apuró de un solo trago.

—¿Van a volver? —preguntó.

—Sí. No deberían tardar, me parece. Cuando me… fui de allí estaban discutiendo sobre ello. Y el hecho de que yo no pudiera quedarme… Bueno, diría que llegaron rápidamente a un acuerdo.

Volvió el rostro hacia la hornacina ocupada por su carneútil.

—Me expulsaron —dijo, con la mandíbula apretada y los puños cerrados—. Cuando quise negarme a lo que Tairuname había propuesto, se deshicieron de mí, para poder salirse con la suya impunemente.

—Cuéntamelo.

—No hay mucho que contar, secretario. No sé cuánto de lo que nos dijo esa… persona es cierto y cuánto no, pero no tardé en ver con claridad una cosa. Quiere volver. Está harto de pasar su vida en Ioh Node. Quiere regresar a Érvinder. Y, gracias a mí, ha encontrado el modo de hacerlo.

—No puede…

—Claro que puede. Te aseguro que puede, sin ningún problema.

Como si las palabras del trovador hubieran sido una invocación, las cuatro figuras en las hornacinas empezaron a temblar. Un gruñido bajo se escapó de sus bocas, casi a regañadientes, y su frente se perló de sudor.

De pronto, Yáxtor abrió los ojos, se arrancó la corteza de arbolmundo de la cara y dio dos pasos vacilantes. Sujetaba la espada de un modo crispado y miraba a su alrededor como si no comprendiera del todo donde estaba.

—¿He… vuelto? —preguntó.

Reiko asintió, mientras se acercaba a él. R'nendo se puso en pie y, a tientas, avanzó hacia los dos hombres.

—Sí; has vuelto, adepto —dijo.

Yáxtor los miró. Parpadeó, sacudió la cabeza volvió a mirarlos.

—Es… extraño. No parece real.

—Sí; es lo malo de la realidad —dijo R'nendo con una sonrisa fatigada—. Nunca parece tan real como las fantasías.

Yáxtor no dijo nada. Se volvió y contempló a las dos mujeres, cuyos cuerpos habían dejado de temblar. Itasu había abierto los ojos y miraba a su alrededor como si estuviera examinando un territorio enemigo. La corteza de arbolmundo se retiró de su rostro. La mujer frunció el ceño y dio un paso desconfiado al frente.

A su lado, Mizuni abrió los ojos, asintió con serenidad y echó a andar.

Yáxtor extendió los brazos y las tocó, como si quisiera asegurarse de que realmente estaban allí. Itasu sonrió, feroz, ante el gesto, y Mizuni se limitó a asentir.

—Hemos vuelto —dijo.

Dio un paso en dirección a Yáxtor y, al principio, él no comprendió qué pretendía. Luego, la mujer encajó con naturalidad en el hueco de su brazo. Indecisa, Itasu avanzó y se dejó abrazar por el adepto, por más que un pensamiento (*no le des nunca la espalda*) siguiese martilleando en lo más hondo de su mente.

—Hemos vuelto —repitió Mizuni.

—¿Y ahora qué? —preguntó Yáxtor.

—Ahora —dijo una nueva voz—, será mejor que nos demos prisa.

Todos se volvieron hacia el sonido. Avanzadilla, el carneútil de R'nendo, también había salido de su hornacina. Sólo que, salvo por el color anaranjado de su piel, ya no parecía un carneútil.

Frente a ellos se alzaba erguido un hombre bien entrado en la madurez: el gesto altivo, el cuerpo todavía recio, la mirada orgullosa y una ligerísima sonrisa de triunfo en un lado de la boca. Cruzaba los brazos frente al pecho y parecía estar esperando algún tipo de pleitesía de los presentes.

Reiko y las dos mujeres se intercambiaron una mirada, tal vez una pregunta. El secretario no debió obtener ninguna respuesta, así que tomó aire, se encomendó a los dioses y avanzó hacia el carneútil.

—¿Cómo debo dirigirme a ti, desconocido? —preguntó.

El carneútil no respondió. Dio un paso al frente y se encaró con el secretario. Parecía moderadamente divertido con la actitud de Reiko, y sólo el ligerísimo alzamiento de una ceja demostraba que se sentía molesto ante el atrevimiento de un evidente inferior.

Reiko le sostuvo la mirada. De pronto, el carneútil se echó a reír y alzó los brazos.

—Perdonadme —dijo, cuando logró tranquilizarse—. Tener de nuevo un cuerpo de verdad es tan embriagador que creo que me he dejado llevar. —Inclinó la cabeza—. Por tu uniforme veo que eres un

Intgze, y por tu actitud, miembro del Consejo de los Siete.

—Así es. Soy Utano Reiko, secretario del Consejo. Perdona mi insistencia, pero, ¿con quién tengo el honor de hablar, ilustre desconocido?

—Bueno, en un sentido estricto estás hablando con un carneútil propiedad del trovador R'nendo. En otro —se tocó la frente—, quien está ante ti es Tairuname Isu doh Tairunabe. Al menos cuanto queda de él.

Si había esperado que Reiko se inclinase ante él, quedó chasqueado. El secretario se limitó a asentir y luego dijo:

—Estoy seguro de que no has olvidado la norma que tú mismo, si es que en verdad eres quien dices ser, impusiste.

—Claro que no, mi buen secretario. Cualquier derecho que tuviera sobre cualquier propiedad de Honoi, ya fueran tierras o títulos, desapareció con mi muerte. No vengo a reclamar el trono. —Se encogió de hombros—. Ni siquiera estoy aquí para quedarme, aunque confieso que salir de Ioh Node es… Bueno, qué importa. Sólo pretendo ayudaros en vuestra hora de necesidad, eso es todo.

Reiko pareció satisfecho con aquellas palabras y se inclinó frente a él. Cuando volvió a incorporarse, Yáxtor no dejó de percibir un brillo de desconfianza en lo más hondo de los ojos del secretario.

Ningún plan, por perfecto que sea, puede prever todas las contingencias. Y el mejor será siempre aquel que sea capaz de incorporar lo inesperado.

Nunca podemos preverlo todo, es cierto. Y sin embargo, nos obstinamos en hacerlo. Igual que nos obstinamos en encontrar un patrón discernible y preciso en el caos sin sentido que es, en el fondo, la vida.

No es culpa nuestra. Hemos sido diseñados para ello, para crear el orden, para encontrar esquemas, para desarrollar estructuras.

Y aún cuando tenemos éxito, éste es efímero. A nuestra muerte regresamos al caos del que venimos. Nuestras obras, los patrones que hemos engarzado en nuestro paso por el mundo, pueden sobrevivirnos, pero no lo harán para siempre.

Nada es eterno. Todo es fútil.

¿Por qué empeñarse, pues, en sobrevivir, en seguir adelante, en imponer un orden que tarde o temprano será desbaratado?

Quizá porque no tenemos nada más.

—Glaxton Dishrel, anterior Regente de Alboné

Qérlex Targerian habría preferido encontrarse en cualquier otro sitio en aquellos momentos. Lo más lejos posible de su Reina, en realidad.

Los dos guardias que lo flanqueaban no tenían la menor idea de lo que pasaba por la cabeza del viejo artífice, pero notaban su malhumor.

Un banquete. Un maldito banquete. Como si las cosas estuvieran para festejar nada.

Claro que la Reina aún no sabía nada de lo ocurrido en Lambodonas. De momento. Y, cuando lo supiese, presentía que no iba a estar muy contenta.

Pero he hecho lo que tenía que hacer, maldita sea.

La hipótesis de Fléiter era consistente, se ajustaba a los hechos y explicaba una serie de cosas que difícilmente se podían explicar de otro modo. Y él, como adepto empírico, estaba obligado a prestarle atención.

Se obligó a repasarlo todo mentalmente, una vez más:

¿Cómo se las habían apañado para raptar al Regente y sacarlo del palacio sin que sonaran las alarmas? ¿Cómo era que la red de mensajeros de alerta no había detectado la salida de Orston?

Fléiter había iniciado su conversación con esas palabras, como si fueran algo molesto de lo que necesitaba librarse. Qérlex, al otro lado del espejo de comunicaciones, había asentido pensativamente y lo había animado a continuar.

—Piensa en ello, Adepto Supremo. Raptan al Regente y consiguen sacarlo del palacio sin que nadie se entere, sin que la red defensiva entre en alerta, sin que nadie lo note. Algo casi imposible. Y luego, cuando llega el momento de la verdad, ¿qué consiguen? Nada. Fracasan. El carneútil que se hacía pasar por Toga Toshune nunca habría superado un examen a fondo. Y el embrión utilizado para mimetizar al Regente seguramente habría fracasado. Y el Regente se libera de sus captores, sale a la noche, encuentra a la guardia y vuelve al palacio, donde lo pone todo patas arriba. ¿No lo ves?

En realidad, sí. Qérlex había empezado a verlo. Sin embargo, en lugar de decir nada, había gruñido algo incomprensible y había entrecerrado los ojos.

—Y a partir de ese momento, tus adeptos y mis hombres se lanzan a una cacería de patos que no obedece ningún propósito. No sé qué trama la Adepta Asima, ni con quién se reunía, pero cada vez estoy más seguro de que todo lo que ha hecho estaba destinado a apartarnos de lo que realmente ha ocurrido. De forma voluntaria o como un peón ignorante de lo que hacía, eso aún no lo sé.

—¿Y qué es lo que ha ocurrido realmente, comandante? —había preguntado al fin Qérlex.

Sí, se dijo ahora, mientras recorría los pasillos del palacio de Kyono-jo en dirección a la sala de banquetes. ¿Qué había ocurrido realmente?

Qérlex lo había sabido a la tercera frase de Fléiter, había visto con una claridad cristalina el verdadero plan y se había maldecido por no haber sido capaz de verlo antes.

Raptar al Regente y sacarlo de palacio era casi imposible. Matarlo dentro del palacio resultaba factible, pero no sin que saltasen todas las alarmas. La alternativa a estas dos opciones era evidente: raptarlo y mantenerlo vivo, oculto en algún rincón del palacio mientras afuera un impostor afirmaba haber sido secuestrado y haber escapado de sus captores.

¿Dónde te has metido, Orston?

Suponiendo que siguiera con vida, tenía que estar en Palacio, sin la menor duda. El impostor (que probablemente ni siquiera supiese que lo era, a aquellas alturas) había tomado su lugar con total naturalidad, entretanto. Un durmiente, convencido de que era el verdadero Velhas y que actuaría como tal, engañando a todos, hasta que fuera activado en el momento oportuno. ¿Se habrían desecho sus cómplices del original? Qérlex lo dudaba, y Fléiter fue de su misma

opinión: por mucho que el impostor pareciera real (y seguro que hasta sus mensajeros imitaban el patrón de los del verdadero) era mejor no arriesgarse a hacer saltar las alarmas de palacio. Así que el auténtico Regente estaría oculto; no muy lejos del impostor, tal vez.

Jarsarén, se dijo. Jarsarén, seis años atrás. El falso profeta, el impostor que ni siquiera sabía que lo era. Una de las primeras misiones de Yáxtor tras su ingreso en la rama ejecutiva de los Adeptos Empíricos. ¿Era el falso Orston otra criatura similar, perfeccionada, tal vez? Probablemente.

Los guardias que lo acompañaban se detuvieron, y Qérlex se dio cuenta de que estaba justo en el umbral del salón de banquetes. Vaciló un momento, indeciso.

¿Debo decírselo ahora?

No; mejor esperar. La orden que había impartido no tenía precedentes, pero la situación tampoco. Había nombrado a Fléiter Praghem Adepto Empírico Supremo provisional hasta que la crisis se resolviera, y le había dado los códigos de acceso necesarios. Luego, frente a sus principales subordinados, había refrendado sus órdenes y confirmado la autoridad del occidental.

No sabía quiénes parecían más sorprendidos, si Praghem o sus adeptos. Tampoco le importaba demasiado.

—Haz lo que sea preciso, comandante.

—Así lo haré, Adepto Supremo.

Aquello había sido hacía tres horas. Qérlex no sabía qué había ocurrido desde entonces, aunque podía suponer un par de cosas. Sin duda el impostor había sido detenido y estaría siendo examinado e interrogado. En cuanto al verdadero Regente… esperaba que lo encontrasen pronto.

Vivo o muerto.

Miró al frente. La Reina, el Chambelán y el Emperador discutían de algún asunto trivial mientras, algo más lejos, el capitán Penjándel trataba de aparentar sin mucho éxito que se sentía perfectamente cómodo en aquel ambiente. Junto al capitán, su menudo asistente acudía, solícito, en ayuda de su superior. Nadie pareció reparar en Qérlex.

Ya. Claro.

Dio un paso al frente, se inclinó ante los asistentes y ofreció sus más abyectas disculpas por el retraso a su Reina y al Emperador. Los dos las aceptaron graciosamente y dieron comienzo al banquete.

¿Y si estoy equivocado?

Sólo que no tenía tiempo para estar equivocado. No en aquellos momentos.

Las últimas horas habían sido una auténtica locura para Fléiter. Con la autoridad que le había dado, Qérlex había puesto el palacio patas arriba mientras, sobre la marcha, improvisaba un modo de que sus hombres y los adeptos empíricos pudieran trabajar juntos bajo sus órdenes. O para ser más exactos, que sus hombres tuvieran a la vista a los adeptos en todo momento. Porque, equivocado o no, algo estaba claro: lo que había sucedido no podía haberse realizado sin la complicidad de uno o varios funcionarios de palacio. Y teniendo en cuenta que al Regente le había gustado rodearse de sus antiguos subordinados, no podía descartar la posibilidad de que hubiera algún adepto empírico implicado.

Entretanto, las muestras de piel y de mensajeros tomadas del impostor habían sido analizadas, vueltas a analizar y analizadas de nuevo. Todo el proceso había corrido a cargo de los adeptos, con varios hombres de Fléiter observándolos y comprobando sus resultados.

Al menos podía relajarse. La situación distaba de estar resuelta, pero los análisis confirmaban lo que hasta aquel momento no había sido más que una teoría. El individuo que había actuado como Orston Velhas durante las últimas semanas no era humano. No del todo.

—No es realmente un carneútil —dijo el perplejo adepto empírico que le había traído los resultados. Su tono vacilaba entre la furia y la admiración—. A todos los efectos, su cuerpo es humano. No el del Regente, sin embargo. Y su cerebro…

A regañadientes, Fléiter tuvo que reconocer que el plan había sido brillante. Un carneútil podía pasar una inspección superficial, quizá incluso superar uno o dos tests de mensajeros, pero un análisis detallado revelaría enseguida su naturaleza no humana, por no mencionar que el color anaranjado de su piel era prácticamente imposible de cambiar. Podía ser camuflado, pero no alterado.

Así que habían usado un cuerpo humano, lo habían modificado para que fuera un facsímil del de Orston Velhas y, finalmente, habían sustituido su cerebro por la esfera de personalidad de un carneútil.

No era la primera vez que veía algo así, se dijo. Habían pasado seis años, pero recordaba perfectamente lo sucedido en Eirem.

Intentó no pensar en las implicaciones de aquello mientras entraba en la celda.

El falso Regente se sentaba en el suelo. De vez en cuando, comprobaba la solidez de sus cadenas, sólo para luego lanzar a su alrededor una mirada ceñuda. Al ver entrar a Fléiter frunció los labios.

—¿Y bien, comandante? ¿Ha llegado esta farsa a su fin?

En realidad no, se dijo Fléiter. La farsa estaba muy lejos de

haber terminado. Se puso en cuclillas y contempló en silencio el rostro del falso Regente.

—Podría hacer que te diseccionaran en este preciso momento —dijo—, sacar tu cerebro de carneútil del cuerpo humano donde lo han implantado e intentar obtener información a partir de él. Pero seguramente sería inútil. Y bastante sucio y aparatoso, me temo.

Se puso en pie. El falso Regente no parecía asustado.

—Te tenemos a ti. Aún no hemos encontrado al verdadero Orston Velhas, pero es cuestión de tiempo que demos con él, ya sea vivo o muerto. Pero eso no es importante. No ahora mismo, al menos. ¿Dónde está Toga Toshune?

El prisionero se encogió de hombros.

—No sé. ¿En algún lugar de tus fantasías paranoicas, tal vez?

Fléiter contuvo una sonrisa.

—Hablarás, impostor —dijo—. Eso te lo garantizo. De un modo u otro nos dirás cuanto sabes.

Silencio. Fléiter dio media vuelta y se dirigió a la puerta de la celda. Se sentía bastante menos seguro de lo que parecía.

De hecho, no tenía muy claro lo que debía hacer a continuación.

Los adeptos empíricos tenían formas de sacarle la información a aquella… cosa, desde luego. Pero, ¿podía fiarse de ellos? ¿Podía fiarse de alguien en medio de aquella maldita locura?

Un pensamiento repentino se coló en su mente.

Tal vez, se dijo. *Puede que sí, después de todo.*

Sonriendo, salió de la celda.

Arstin Penjándel se sentía totalmente fuera de lugar. Trataba de fingir lo contrario, pero dudaba de haber engañado a nadie. Junto a él, Arasume permanecía imperturbable, silencioso; sus modales en la mesa eran tan exquisitos como minimalistas, igual que lo eran los del Emperador o el Chambelán. A su lado, Arstin se sentía torpe, pesado, un palurdo recién llegado a la civilización.

La Reina parecía estar por encima de todo eso. Claro que siempre parecía estarlo. En cuanto al Adepto Empírico Supremo, era evidente que algo lo preocupaba: comía como si fuera una tarea molesta que tenía que quitarse de encima cuanto antes y apenas prestaba atención a las conversaciones a su alrededor.

Arstin asintió con una sonrisa a un comentario del Chambelán. Buscó algo inteligente que decir y no lo consiguió, así que se limitó a asentir de nuevo y concentrarse en la comida de su plato.

Estaban en los postres. Un conjunto de pequeños dulces de sabor

delicado y consistencia etérea que se deshacían en la boca casi antes de que uno hubiera tenido tiempo de degustarlos. Los honoyeses los comían con las manos y se las apañaban para que aquello resultase natural, inevitable, elegante. La Reina hacía lo mismo sin parecer fuera de lugar y el Adepto Supremo, tras una mirada rápida a la bandeja, había negado con la cabeza.

Arstin dudó unos instantes, alargó la mano y tomó un nuevo postre. Trató de no pensar en lo que estaba haciendo, fracasó y mordió con suavidad el pequeño dulce. Algo cálido y fresco al mismo tiempo se desparramó por su boca y tuvo que hacer auténticos esfuerzos para no dejar escapar un murmullo de aprobación.

Notó que, a su lado, Arasume sonreía, y se preguntó de qué se estaría acordando su menudo segundo al mando.

Al fin, la cena terminó, los criados retiraron la mesa y trajeron varias jarras de licor. Todos llenaron sus copas y el Chambelán alzó la suya y propuso un brindis.

—Honorable Hijo del Origen —dijo—. Estimada Reina. Adepto Supremo. Capitán Penjándel. Sedotadejochi Usaraki. Os damos las gracias por acompañarnos esta noche y hacer de la velada algo inolvidable.

—Nosotros te las damos a ti, Chambelán —dijo el Emperador—. Por ofrecernos un regalo tan delicado como delicioso.

—Sólo cumplo con mi deber, Hijo del Origen. Y, como siempre, servirte es mi mayor placer.

El intercambio de cortesías se prolongó algunos segundos. Luego, todos alzaron sus copas y las apuraron.

—Y ahora, si sois tan amables —dijo el Chambelán, incorporándose—, dejadme que corone esta velada con una pequeña sorpresa.

Se inclinó ante el Emperador y la Reina, retrocedió un par de pasos y abandonó la habitación.

Arstin intercambió una mirada con su segundo. Éste se encogió de hombros. La Reina y el Emperador hablaban en voz baja y el Adepto Supremo, pensativo, entrecerraba los ojos.

Pasaron varios minutos. Y, sin saber muy bien por qué, Arstin empezó a preocuparse. Inquieto, hizo ademán de incorporarse varias veces y siempre se detuvo en el último momento. De pronto, oyó ruido de pasos y se volvió, esperando ver regresar al Chambelán.

En su lugar, lo que entró fue un destacamento de Intgze que, sin una palabra, ocuparon estratégicamente varios puntos de la sala y luego se quedaron quietos, aguardando.

—Extraña sorpresa —dijo el Emperador.

La Reina asintió.

Arstin intercambió una mirada con Arasume, quien volvió a

encogerse de hombros. Tras unos segundos de duda, se puso en pie.

El Chambelán eligió ese momento para volver a la sala. Sonreía y no estaba solo. Un hombre de gesto altivo y sonrisa triunfal lo acompañaba.

—¡Sin duda has dado con la sorpresa perfecta, Chambelán! —exclamó el emperador poniéndose de pie—. Aunque quizá habría sido más prudente traerlo ante mí cargado de cadenas.

El hombre que acompañaba al Chambelán dio un paso al frente y se inclinó burlonamente ante el Emperador.

—Será mejor que te sientes, cachorrito —dijo después—. Y que midas tus siguientes palabras. Bien podrían ser las últimas.

La conversación había sido breve y tensa. Fléiter Praghem había entrado en la celda y había pedido que los dejasen solos. Tras unos momentos de vacilación, sus hombres cumplieron la orden.

—Te voy a conceder el beneficio de la duda, Adepta Suprema —había dicho después, inclinándose hacia ella—. Voy a suponer que, sea lo que sea lo que hayas estado haciendo, lo hacías siguiendo las órdenes del Regente Velhas y al servicio de tu Reina.

Asima había logrado contener su sorpresa. Desde luego, aquellas palabras eran lo último que había esperado oír en boca del occidental. En silencio, había calibrado el lenguaje corporal de Fléiter y luego se había limitado a asentir.

—Bien —había seguido éste—. Digamos, entonces, que eres tan víctima como todos los demás. Un peón inocente. Aceptemos que actuabas de buena fe. Digamos también que ahora te convenzo de que no estabas obedeciendo a Orston Velhas, sino a un impostor. Y que sus órdenes nunca provinieron de tu Reina. Añadamos que puedo hacer que tu cautiverio y tus molestias terminen en este mismo instante y que puedo darte la oportunidad de arreglar este desaguisado que tú misma has creado en parte sin saberlo. ¿Qué dirías a eso?

¿Qué podía haber dicho?, se preguntaba ahora mientras caminaba junto a Fléiter en dirección a otra celda.

—Diría que es una propuesta bastante razonable —había respondido—. Siempre que puedas demostrar lo que afirmas.

Y había podido. En dos minutos le había dejado claro lo que pasaba.

Asima no había perdido el tiempo enfureciéndose. Ya lo haría mañana, la semana siguiente, el próximo año. Cuando fuera. Pero no ahora. Ahora debía centrarse en lo importante.

Se detuvieron frente a una puerta. Fléiter ordenó que la abrieran

y le franqueó el paso a la adepta. Ella echó a andar y se detuvo de repente.

—¿Cómo estás seguro de que estoy de tu lado? —preguntó.

Fléiter se encogió de hombros.

—No lo estoy. Estoy corriendo un riesgo. Uno más de los muchos que he corrido hoy. Hasta ahora, parece estar funcionando.

Ella lo contempló con atención, casi con admiración. Luego, entró en la celda.

Qérlex miró a su alrededor. Sólo entonces pareció consciente de los Intgze que habían entrado en la sala. Miró luego al Chambelán y, finalmente, al hombre que lo acompañaba. Se mordió pensativamente el labio inferior y luego asintió en silencio, mientras se ponía en pie.

—Capitán Penjándel —dijo el Emperador en ese momento—, por favor, arresta al Shono Toga Toshune. Y temo que quizá tengas que hacer lo mismo con el Chambelán —añadió con voz triste tras unos instantes de vacilación.

Qérlex dio la vuelta a la mesa y se acercó a la Reina. Entretanto, Arstin había intentado desenvainar su espada sólo para encontrarse con que alguien (alguien pequeño, veloz y fibroso) se lo impedía.

—Por favor, capitán.

—Arasume…

—Por favor, no opongas resistencia.

Arstin no hizo caso. Se revolvió, giró a un lado y tomó distancia respecto a su segundo mientras lograba desenvainar el arma y se lanzaba contra el acompañante del Chambelán. Arasume dio una orden y media docena de Intgze se interpuso entre él y su objetivo.

Arstin miró a su alrededor. Tres Intgze más se le acercaban por detrás, el rostro inexpresivo y las espadas desenvainadas. Se preguntó qué habría pasado con sus hombres. Tomó aliento una última vez y se preparó para morir al servicio de su Reina.

—Depón las armas, Arstin —dijo una voz que conocía bien.

El capitán parpadeó. Los hombres que lo cercaban esperaron.

—No te sacrifiques inútilmente.

Miró a la Reina.

—Por favor.

Bajó la espada y dejó que se la quitaran de las manos. Luego, muy despacio, se reunió con los otros. Miró a su antiguo subordinado. Éste le sostuvo la mirada unos instantes y luego ordenó algo a sus hombres.

Toga Toshune, los brazos a la espalda, avanzó un par de pasos y

contempló a sus prisioneros. Tras él, el Chambelán permanecía totalmente inmóvil, como un títere del que su amo se hubiera cansado.

—Bien, bien. Lo cierto es que las cosas no podían haber salido mejor —dijo el Shono—. Confieso que hubo momentos en que tuve mis dudas.

Lo malo de los líderes es que, aunque pueden ser útiles en determinadas circunstancias, luego es difícil quitárselos de encima cuando ya no son necesarios.

Un hombre acostumbrado a mandar y a ver cómo sus deseos se cumplen no se hará a un lado educadamente y permitirá que tomes tus propias decisiones sin su intervención.

Los grandes hombres deberían ser asesinados una vez prescribe su utilidad.

—Próxtor Brandan

Era como una pesadilla.

Desde que recordaba, Avanzadilla había vivido para el amo, hasta el extremo de que la voluntad de R'nendo formaba parte de él mismo; nunca lo había sentido como algo ajeno. Simplemente, sus deseos eran los deseos de Avanzadilla. Servirle resultaba natural, inevitable. Los pensamientos del amo eran, en cierto modo, sus propios pensamientos.

Las cosas habían empezado a cambiar en Imarasu, en el corto periodo en que había estado aislado del trovador. Ausente de un foco externo en el que centrar sus deseos y apetencias, había empezado a descubrir algo muy parecido a una voluntad propia. Cuando R'nendo volvió a estar unido a él, Avanzadilla regresó a su estado anterior… pero no del todo. Seguía viviendo para el amo, mirando para el amo, sintiendo para el amo y pensando para el amo. Pero algo, una semilla minúscula, había empezado a crecer en el rincón más oscuro y pequeño de su mente.

Un embrión, quizá; apenas la promesa de algo. Tan pequeño y silencioso que casi nunca era consciente de ello. Pero estaba allí y, a veces, cuando nadie miraba, Avanzadilla había aprendido a pensar en aquella parte de sí mismo como «yo».

Y, de pronto…

De pronto…

Avanzadilla apenas era capaz de pensar en aquello. Casi no podía ponerle nombre a lo que había ocurrido.

El amo había desaparecido de repente. Y todo cuando era se

había visto invadido por una presencia poderosa, cruel, carente por completo de sutileza. Fuese quien fuese, no estaba acostumbrado a pedir, sino a tomar; no a negociar, sino a dar órdenes; no a compartir, sino a poseer. Era como ser desgarrado a la vez por todas partes, como si de pronto le dieran la vuelta del revés, expusieran todo lo que era Avanzadilla y se desparramaran por él, tomando el control de un modo brutal, implacable.

El amo había sido una parte de sí mismo. La parte que le daba el foco y orientaba sus deseos. Lo que había ahora dentro de su mente era un invasor que no estaba dispuesto a tomar prisioneros.

Avanzadilla ni siquiera pensó en luchar, ni siquiera consideró la opción de resistirse.

Se retiró; dejó que el intruso se apropiara de su cuerpo y sus percepciones y huyó a la parte más oscura y recóndita de su mente. Desde allí contempló el trabajo despiadado del invasor. Se mantuvo quieto, inmóvil, en completo silencio y, si hubiera sabido rezar, si hubiera llegado a desarrollar la noción de un dios, habría recitado una plegaria muda para no ser detectado.

No lo fue.

El intruso pasó de largo. Se acomodó en los salones de su mente y terminó por tomar posesión de su cuerpo. Ni siquiera fue consciente de que una parte de Avanzadilla no le pertenecía. Satisfecho, convencido de tener el control total, no se molestó en realizar un examen más a fondo.

Avanzadilla contuvo un suspiro de alivio y luego se limitó a observar lo que pasaba en la mente que, tan sólo unos segundos atrás, había sido suya.

Todos parecían embelesados, y Yáxtor no terminaba de comprender por qué.

Incluso el secretario, a pesar del gesto de desconfianza que el adepto había percibido en sus ojos, parecía aceptar de buen grado que quien hablaba con ellos era realmente Tairuname Isu, el hijo de la primera Emperatriz.

Y quizá lo fuera, por qué no.

No resultaba descabellado, después de todo. Si sus recuerdos y personalidad habían sido grabados en el momento de su muerte y llevados al Jardín de la Memoria, bien podía haber sobrevivido todo aquel tiempo. Que su voluntad fuera lo bastante fuerte para desalojar a R'nendo de la mente de su carneútil y apoderarse de ella tampoco resultaba muy sorprendente. Si era quien decía ser, sin duda estaba

acostumbrado a gobernar las voluntades de los demás: hacerlo con una criatura que carecía de voluntad propia tenía que ser pan comido.

Pero, ¿por qué todos le escuchaban como si cada palabra que saliera de él fuera la verdad revelada por los dioses en el lugar del Origen?

¿Por qué yo mismo lo he hecho, en realidad?

El secretario los guiaba hacia… No tenía muy claro hacia dónde. Una especie de puerta trasera, por lo que había podido entender. Abría la marcha con Tairuname. Mizuni e Itasu los seguían, pendientes de cada palabra que ambos intercambiaban. Yáxtor iba tras ellas, con la mano aferrada a su espada y la mente llena de dudas. La marcha la cerraban R'nendo, con sus dos carneútiles restantes, y cuatro Intgze de aspecto perplejo.

Yáxtor miró a su alrededor. Echó un vistazo a sus espaldas: el bosqueoscuro se convertía poco a poco en un manchón indistinto en la lejanía.

Sí; ésa era la verdadera pregunta en realidad, se dijo. ¿Por qué había reaccionado como si Tairuname fuera incapaz de mentir, como si sus palabras fuesen la verdad tallada en piedra y la menor expresión de sus deseos, una orden que no podía resistirse a obedecer?

¿Por qué lo he hecho? ¿Por qué lo hacen ellos?

En Ioh Node, todo había parecido muy claro. Todo cuanto Tairuname decía parecía razonable, verosímil, convincente. Cuando les dijo que llevada cientos de años esperándoles, Yáxtor no lo puso en duda. Cuando les explicó que la Rajadura era el modo en que Ioh Node protestaba ante el drenado de energía por parte de Otrolugar, Yáxtor se preguntó cómo no se habían dado cuenta antes de ello. Cuando les dijo que tenía que volver con ellos a Érvinder, que sólo él era capaz de hacer frente a aquella amenaza y que para ello se había estado preparando toda su vida, el adepto no pudo haber estado más de acuerdo. Y cuando le pidió a R'nendo el control de su carneútil, se preguntó por qué el trovador vacilaba tanto antes de aceptar una propuesta tan obviamente razonable.

Ahora, mientras la luz que los rodeaba se iba volviendo cada vez más mortecina, Yáxtor se preguntaba cómo había sido posible aquello. Y, sobre todo, como era posible que Itasu y Mizuni no hubieran…

¿Despertado? ¿Salido del trance?

Algo así, en todo caso.

Tomó aire y se concentró en sus mensajeros. En silencio, pronunció la palabra impronunciable adecuada y los envío delante de él, a su alrededor, hizo que se extendieran como un manto sutil e imperceptible.

Despacio, se dijo, muy despacio. *Nadie debe notaros.*

Las diminutas criaturas hicieron su trabajo y crearon una malla

invisible sobre la comitiva. Yáxtor ajustó sus percepciones: su visión se convirtió en un grupo de figuras borrosas en medio de la penumbra y su oído un murmullo de fondo apenas audible. Se concentró en la información que le traían los mensajeros, consciente de que aquello no podía durar más de unos segundos. Poco a poco, sí, despacio, sin intentar dar sentido a la información, simplemente asimilándola. Sí, así, perfecto.

De pronto, fue como si hubiera tropezado.

Visión y sonido regresaron a él en un tropel de imágenes confusas y una algarabía de ruidos sin sentido. Yáxtor se tambaleó unos instantes, recuperó el paso y siguió caminando como si no hubiera pasado nada.

No le pasó desapercibida la mirada de reojo que le lanzó Tairuname, ni la sombra de la sonrisa que había aparecido en su rostro.

Apretó con más fuerza la empuñadura de su espada y, de nuevo, lanzó sus pensamientos hacia ella. Llevaba intentando hacerlo desde que habían regresado de Ioh Node y, hasta entonces, no había recibido respuesta, más allá de una intensa sensación de miedo y pérdida.

Esta vez la espada tampoco le habló. Al menos, no con palabras. Sintió de nuevo el miedo, la angustia casi feroz y, por un momento, tuvo la imagen de una criatura acurrucada en una esquina en penumbra, con el cuerpo trémulo y los ojos desorbitados de terror.

Tomó aire y trató de sacar algo en claro de lo poco que sus mensajeros habían obtenido.

Renyokiru Mizuni despertaba poco a poco de un sueño que no conseguía recordar por completo. O, al menos, ésa era la sensación que tenía mientras caminaba tras Reiko y Tairuname.

Lentamente, la sensación de certeza, nítida, afilada, que había estado a su alrededor durante las últimas horas, se iba desvaneciendo para ser sustituida por una emoción confusa que no conseguía identificar por completo.

Miró a su alrededor. Contempló el rostro serio, concentrado, de Yakisetoru. A su lado, Itasu parecía a mitad de camino entre el embeleso y el fanatismo. El secretario, en silencio, lanzaba miradas de reojo a un Tairuname que caminaba como si el suelo fuera de su propiedad.

Un tropel de imágenes, palabras y sensaciones volvió a su mente de pronto. Los tres años transcurridos en Ioh Node volvieron de repente a su memoria y Mizuni no pudo evitar saborearlos. Tantos

momentos, tantos lugares. Tantas palabras y tantas caricias…

Apartó todo aquello de su mente y el esfuerzo para hacerlo fue casi agotador. Ya tendría tiempo (o no) para saborearlo todo. Lo que ahora importaba era el presente.

Parpadeó y notó algo extraño a su alrededor. Un rastro tenue que conocía bien. Contuvo una sonrisa al darse cuenta de que eran los últimos retazos de los hermanitos de Yakisetoru.

Intentó no pensar en él. Trató de nuevo de no pensar en lo que había ocurrido durante los tres años que habían pasado en Ioh Node. Apartó de su mente el pensamiento de lo que pasaría cuando la misión terminase y él volviera a Alboné, a su Reina y sus deberes. Sobre todo, hizo un auténtico esfuerzo por no identificar lo que sentía por él.

No es que hiciera falta, en realidad.

Volvió su atención hacia Tairuname.

Tairuname, se dijo, paladeando la palabra. El primer Emperador. Salido del Lugar del Origen agarrado al pecho de su madre. Su mente repasó lo ocurrido desde el momento en que habían visto la Rajadura. Recorrió una por una todas las palabras que Tairuname les había dicho. Su modo de moverse, la expresión de su rostro.

Todo estaba claro ahora, se dijo. Todo encajaba. Todo era como debía ser. El primer Hijo del Origen volvía con ellos en su hora de necesidad y los ayudaría a derrotar a su enemigo inmemorial. Así eran las cosas; no podían ser de otro modo.

Sintió de nuevo los hermanitos. Débiles ahora, moribundos. Frunció el ceño. ¿Qué ocurría? Al volverse vio a Yakisetoru concentrado en el camino ante él, como si nada más existiera.

De nuevo miró a Tairuname. Pensó en el modo inevitable en el que se había hecho con el control de la situación, como si fuera inconcebible cualquier alternativa.

Y en realidad era inconcebible, se dijo. Al Hijo del Origen le correspondía estar al frente en aquellos momentos, guiarlos hasta la guarida de sus enemigos y destruirlos para siempre. Así debía ser.

Así sería.

Utano Reiko sabía perfectamente lo que estaba pasando. Sentía cómo aquel cuerpo de carneútil no dejaba de fabricar hermanitos y los lanzaba a su alrededor como un sátiro en medio del orgasmo. Era consciente del efecto que aquello estaba causando, del hechizo bajo el que estaba cayendo. Pero, al mismo tiempo, era incapaz de oponerse.

Al fin y al cabo, era Tairuname Isu doh Tairunabe.

No; sólo dice que lo es. Y, aunque lo sea, ¿qué importa?

El pensamiento le resultó doloroso. Seguir caminando se convirtió de pronto en una agonía. Pese a todo no aminoró el paso y, poco a poco, el dolor remitió.

Al fin llegaron a su destino.

Si en todo el mundo había un lugar vacío, era aquel. Nadie parecía haber posado sus pies en él en miles de años, lo cual era absurdo, porque los Intgze acudían regularmente allí a cumplir con sus obligaciones.

Reiko parpadeó y miró a su alrededor. Tairuname le sonrió y le alentó a continuar con la mirada.

Aunque sea él, ¿qué importa?, se dijo de nuevo.

Pero se agachó, lanzó sus hermanitos y les dio aliento con la palabra adecuada. En el suelo frente a ellos se descorrió el velo de la ilusión y una enorme trampilla de piedra se hizo visible. Reiko sujetó la argolla con las dos manos y tiró de ella hacia arriba.

Un resplandor mortecino y verdoso tiñó su rostro mientras se asomaba al interior. Luego, se hizo a un lado.

—Este es el camino que debéis seguir —dijo—. El único punto de entrada que conocemos a Otrolugar. No podréis usarlo para volver.

Tairuname asintió. R'nendo, acompañado de sus dos carneútiles, se acercó a la trampilla abierta.

—¿Qué es? —preguntó, mientras sus carneútiles miraban por él.

El secretario pareció repentinamente incómodo. ¿Debía contarle aquello al trovador extranjero? Cierto que el Emperador mismo lo había enviado allí para que diera fe de las maravillas de Ioh Node. Pero, ¿debía mostrárselo todo, explicárselo todo?

—Ioh Node está construido con las esferas de memoria de las hermanitas. Los carneútiles, como vosotros los llamáis. Ellas almacenan los recuerdos y la personalidad de los muertos. Y ellas crean la matriz que les permite vivir una segunda vida en una realidad consensuada. Otras hermanitas tienen como destino convertirse en el arma de un Intgze. La mayoría, sin embargo, acaban aquí.

—¿Qué es? —insistió R'nendo.

—Un basurero —dijo Tairuname—. Un almacén. Un punto de entrada.

—Pero, ¿qué es? —preguntó de nuevo el trovador.

—El lugar donde se deshacen de los carneútiles que no usan —intervino de pronto el adepto, dando un paso adelante—. Y creo que también de aquellos que, tras ser usados para generar Ioh Node, agotan su capacidad para seguir creando mensajeros, o para seguir manteniendo un patrón de personalidad estable, tal vez. Y, si tuviera que apostar por ello, diría que un enorme generador de energía que es lo que de verdad mantiene el Jardín de la Memoria en pie.

Reiko lo contempló con hostilidad. Maldito bárbaro, se dijo.

Cómo se atrevía.

—Cada esfera usada en Ioh Node almacena la personalidad de un muerto e interactúa con las demás para crear una red, una telaraña, una matriz. Llámalo como quieras. Un lugar que no existe y que permite que todos estén intercomunicados, conectados. Pero, ¿qué hay de todo los demás? ¿Qué hay de la geografía de Ioh Node, sus ciudades, sus ríos y sus montañas, sus puntos cardinales, sus estaciones y su clima? Algo más debe crear eso.

—Tienes razón —reconoció a regañadientes el secretario—. Su energía es enviada al nexo, y éste la transfiere a Otrolugar, donde de algún modo se amplifica y se pone al servicio del Jardín.

—Y supongo que pretendéis que entremos por ahí, por el mismo lugar donde la energía de las esferas de los carneútiles cruzan a Otrolugar.

—Es el único paso que conocemos.

—Al menos en esa dirección —dijo Tairuname—. Para volver, tendremos que usar otro camino.

Reiko asintió. *¿De verdad es Tairuname?,* se dijo una vez más. *Y, aunque lo sea, ¿importa eso?*, pensó de nuevo.

—Saldréis por la Puerta Que No Debe Ser Abierta —dijo pese a todo, como si las palabras le fueran arrancadas contra su voluntad—. Habrá Intgze esperando al otro lado para abrirla, y lo harán cuando escuchen la señal que os mostraré. Tendréis que salir rápido, para que nada más se cuele desde Otrolugar.

—Bien —dijo Tairuname, como si todo hubiera quedado claro—. ¿A qué esperamos?

Reiko sintió de nuevo los hermanitos trabajando dentro de él, volcando sus lealtades hacia aquella criatura con la mente del Hijo del Origen. No intentó resistirse. Tampoco dejó de hacerse preguntas.

Inmóvil, acurrucado en un rincón de su propia mente, Avanzadilla vio a su amo y a sus dos hermanas. Contempló al adepto empírico. A las dos Intgze. Al secretario del Consejo de los Siete. Al resto de los Intgze, que guardaban una respetuosa distancia y un silencio casi reverente.

Se sintió inundado por una sensación de absoluto desprecio y un sentimiento de triunfo irreprimible. Las emociones eran afiladas, heladas, llenas de aristas.

En cierto modo, podemos considerar que todo cuanto existe no es otra cosa que información. Información que le dice a nuestros cuerpos cómo deben comportarse, a las partículas que nos componen cómo deben agruparse, al mundo cómo mantenerse entero y al universo mismo cómo girar.

Datos. Eso es lo que somos en realidad. Los mensajeros manipulan esa información y, al hacerlo, cambian el mundo.

En ningún lugar eso es tan cierto como en el Jardín de la Memoria, Ioh Node en su denominación honoyesa. Una enorme red de información que crea la realidad, que crea un escenario compartido y consensuado donde las personalidades que lo habitan pueden interactuar unas con otras. Para un habitante del Jardín todo cuanto le rodea es real, es físico, palpable, está ahí. Pero lo cierto es que todo eso (y él mismo) no es otra cosa que un enorme flujo de datos en una matriz creada por las esferas de memoria.

A la luz de la reciente crisis podemos extraer varias consecuencias.

La primera y más evidente es que somos lo que creemos ser. Somos la información almacenada en nuestras mentes, dispuesta según ciertos patrones. Eso crea la ilusión de nuestra personalidad y el espejismo de nuestra conciencia. Lo que somos lo define la información que hay en nuestra cabeza.

No del todo, es cierto. Al fin y al cabo, somos algo más que ideas y pensamientos. El cuerpo físico en el que esas ideas se implementan, las cambia, las modifica y las refina. A veces contra nuestros propios deseos.

Somos la suma de la interacción entre nuestra mente y nuestro cuerpo. Entre la información que almacenamos y la que recibimos a través de nuestros canales sensoriales.

En Ioh Node han aprendido a destilar la esencia de esto.

En ocasiones con resultados aterradores, como hemos visto recientemente.

—Qérlex Targerian

Ver actuar a la adepta de la curación había sido tan fascinante como aterrador. La mujer conocía su oficio, sin la menor duda, y la sutileza con la que manejaba los mensajeros no era menor que su habilidad. También era implacable, sistemática e impermeable al cansancio.

Fléiter no asistió a todo el interrogatorio. Fue testigo de los primeros minutos, mientras Asima iba desplegando lentamente sus herramientas y sopesaba la mejor manera de enfrentarse al carneútil. Se quedó un poco más, no tanto porque fuera necesario como porque le resultaba difícil dejar de contemplar a aquella mujer.

Sus gestos eran precisos, casi minimalistas, y las palabras que los acompañaban parecían inevitables. Una ceja enarcada, un dedo que

señalaba, un ligerísimo encogimiento de hombros, el asomo de una sonrisa que no llegaba a formarse por completo…

Y los mensajeros.

Fléiter había sido testigo en varias ocasiones de las capacidades de Yáxtor, del modo en que el adepto empírico usaba sus mensajeros (y a veces los de los demás) para lograr sus propósitos. Pero aquello era totalmente distinto. Donde Yáxtor era pura fuerza, Asima era delicadeza; donde Yáxtor abrumaba con una hueste de mensajeros, ella usaba sólo los necesarios y sólo de la forma precisa. Asima no malgastaba, no derrochaba. No había nada inútil en lo que hacía. Sus niveles de poder, su capacidad natural para obtener de los mensajeros lo que quería quizá no estuviera a la altura de Yáxtor, pero lo compensaba con un dominio total de sí misma y de su entorno, con una habilidad técnica que ponía los pelos de punta.

Una artista, en cierto modo.

Escalofriante.

Con una última mirada al trabajo de la adepta, Fléiter abandonó la habitación y regresó al despacho del Regente. Pronto tendría que comunicarse de nuevo con Honoi y contarle a Qérlex lo que había hecho en las últimas horas.

Pero en aquel momento, y durante los siguientes minutos, estaba a solas, y lo aprovechó para intentar poner algo de orden en sus pensamientos.

Con un solo chasquido de los dedos, Qérlex lo había puesto al frente de los adeptos empíricos y le había dado la autoridad necesaria para detener al impostor que se hacía pasar por el Regente. La sensación era, al mismo tiempo, intoxicante y aterradora.

El poder que ahora tenía a su alcance… Las consecuencias de sus actos si se equivocaba… O si estaba en lo cierto.

Respiró hondo. Acarició el bastón de su padre y trató de no dejarse llevar. Demasiadas cosas dependían de que estuviera tranquilo y centrado y, sobre todo, de que no se dejase llevar por sus emociones.

Primer punto: el verdadero Orston Velhas, estuviera donde estuviera. Si seguía con vida, era fundamental volver a ponerlo en su sitio. Y si había muerto, debían saberlo lo antes posible.

Segundo punto: el impostor. La mente de un carneútil en un cuerpo humano modificado por mensajeros. La habilidad que eso requería. La dificultad que entrañaba. El hecho, claro y directo, de que hacer algo así era imposible sin la ayuda de un adepto empírico de alto rango. O de alguien más, se dijo, recordando de nuevo al Profeta de Jarsarén. De alguien que ya había intentado algo parecido en el pasado; un intento tosco y primitivo, un primer paso tan sólo. Alguien más, sí, pero ¿quién?

Tercer punto: Asima. La Adepta Suprema de la Curación actuaba

como si la suposición de Fléiter respecto a sus acciones fuese cierta. Pero, ¿lo era? ¿Realmente la mujer era un peón inocente que creía estar siguiendo las órdenes de su Regente? Asima era muchas cosas, pero «inocente» no era un adjetivo que le cuadrase muy bien.

Cuarto punto: Toga Toshune. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se había metido el Shono? Y, sobre todo, ¿qué estaba haciendo?

Muy despacio, tratando de pasar desapercibido, Qérlex Targerian hizo acopio de todos los mensajeros que fue capaz de reunir. Los de su propio cuerpo, por supuesto, pero también todos aquellos de los alrededores de los que pudo disponer. O, para ser más exactos, a los que había sido capaz de convencer.

Dudaba que fueran suficientes.

Permanecía de pie, tras la Reina y el Emperador y dejaba que ellos llevasen el peso de la conversación con el Shono. A su lado, Arstin Penjándel aún no había terminado de vacilar entre el dolor, la decepción y la rabia.

Con mucho cuidado, envió varios de sus mensajeros hacia el capitán con una orden concreta y precisa. Fue como si le hubiera pellizcado una oreja. Arstin alzó de pronto la vista, miró hacia el Adepto Supremo y contuvo un asentimiento.

El Shono paseaba de un lado al otro de la habitación, sin mirarles, con las manos a la espalda y la vista clavada en el suelo. El ayudante de Arstin se había ido hacía un rato y Toshune parecía estar aguardando a que volviese.

No tuvo que esperar mucho rato más. Usaraki Arasume entró en el comedor seguido de dos Intgze y se inclinó ante el Shono.

—El palacio está asegurado, presencia. —Qérlex frunció el ceño ante la última palabra. ¿Qué…? Toshune, sin embargo, la encontró totalmente natural y asintió en silencio—. Los soldados extranjeros están a buen recaudo y todo está en manos de los Intgze leales.

—Bien —dijo el Shono al cabo de un rato, mientras se volvía a sus prisioneros—. Por usar una expresión extranjera, podríamos decir que bien está lo que bien acaba.

—Esto aún no ha terminado —dijo el Emperador.

—Cierto. Todavía no. Pero ya no falta mucho.

Se volvió hacia Arasume y habló con él en voz baja. Éste asintió, se volvió a sus hombres y ordenó a la mayoría de ellos que se fueran y se llevaran con ellos al Chambelán. Arasume y los tres Intgze que permanecían en la habitación se volvieron hacia los prisioneros y, con un gesto, les indicaron que echaran a andar.

—Seguro que tienes muchas preguntas, Akaname Isu —dijo el Shono, mientras recorrían los silenciosos pasillos del palacio—. Pero supongo que podemos resumirlas todas en cómo he conseguido hacer esto y por qué lo estoy haciendo.

El joven Emperador frunció el ceño. Si no otra cosa, la osadía de Toshune al llamarle por su nombre de nacimiento, desvelaba que ya no lo consideraba el Hijo del Origen.

—Desde luego, me gustaría saber el cómo —dijo tras unos instantes de vacilación—. En cuanto al porqué, parece bastante evidente. Aunque confieso que nunca te creí tan sediento de poder, no hasta el extremo de alzarte contra su señor natural.

—¿Mi señor? —Toshune contuvo una sonrisa—. ¿Mi señor? ¿Por qué? ¿Sólo porque un consejo de cortesanos te encontró apto y decidió pasarte el manto? ¿Qué te hace adecuado para heredar el lugar del Hijo del Origen, para calzar sus sandalias y dirigir nuestro destino? ¿Cuáles son tus méritos, más allá de haber vendido nuestra tierra a los extranjeros?

—Soy lo que soy —dijo el Emperador—. Lo soy desde el momento en que acepté el manto y la experiencia de los anteriores Hijos del Origen. Mis decisiones pueden ser erróneas o acertadas, pero tu deber como vasallo es acatarlas.

—¿Vasallo?

—¿Me acusas de vender Honoi a los extranjeros y tienes la osadía de negar nuestras más antiguas tradiciones? Sirvo a todo Honoi. Todo Honoi me sirve. Si no aceptas eso, ¿qué eres?

Toshune asintió.

—Tienes razón, Akaname Isu. El hijo del Origen sirve a Honoi. Y todo Honoi sirve al Hijo del Origen. Mira a tu alrededor, contempla a los Intgze que nos acompañan. No encontrarás ninguno que no crea en eso con todas sus fuerzas. Igual que lo hago yo. Sin embargo, ¿quién es el Hijo del Origen?

—¿Es así cómo te justificas? ¿Me arrancarás el manto y lo pondrás sobre tus hombros y entonces dirás que tú eras el legítimo Hijo del Origen?

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, si estuvieras destinado a serlo, no podría quitarte el manto. Y si puedo quitarte el manto, es que no estabas destinado a serlo. —Dudó unos instantes—. Pero no; no seré yo quien te lo quite. Hablaste de mi sed de poder hace un rato. Pero no soy más que un siervo, un lacayo leal. No soy el que guiará los destinos de Honoi, sólo su heraldo. Y él no tardará en llegar.

—No lo comprendo —dijo el Emperador.

Y, en efecto, parecía genuinamente perplejo.

—Lo entenderás, Akaname Isu. Y entonces tú mismo te despojarás del manto y se lo pasarás al verdadero Hijo del Origen.

Se detuvieron. Estaban ante la entrada del Patio Prohibido. A una seña del Shono, los Intgze abrieron las puertas. Vacilaron unos instantes y se volvieron hacia Arasume. Éste les indicó que continuaran.

Cruzaron. Ellos y su escolta se internaron en el Patio Prohibido. Había anochecido hacía un buen rato, pero el lugar estaba profusamente iluminado.

No tardaron en llegar junto al gigantesco cadáver del arbolmundo y su retoño.

—Dejadnos —dijo Toshune.

Los Intgze vacilaron.

—Dejadnos —repitió el Shono—. Llevaos a los dos extranjeros y dejadme con Akaname Isu y su Reina bárbara. No es necesario que os alejéis mucho, pero no os quiero a la sombra del arbolmundo.

Los Intgze obedecieron. Se retiraron varios metros, justo hasta llegar a la falda del montículo donde se alzaba el arbolmundo. Allí, formaron un corro alrededor de sus dos prisioneros y se dispusieron a esperar.

—Ya que has decidido compartir tu vida con esta mujer, Akaname Isu, es justo que ella oiga lo que tengo que decir. Tengo una proposición que haceros. Y vuestra vida depende de que la aceptéis y de que mi señor y yo creamos que sois sinceros. Así que escuchadme bien.

El Emperador y la Reina intercambiaron una mirada.

—Te escuchamos —dijo éste.

—Podéis salir de aquí con vida. Marchar los dos juntos a Alboné y gobernarla como virreyes del verdadero Hijo del Origen. Tu isla bárbara, Majestad, sería un enclave perfecto para expandir la influencia de Honoi por el resto del mundo. Si me convencéis de que podéis ser leales vasallos del Hijo del Origen, se os dejará salir. Si no… —Se encogió de hombros—. Hay otras formas, al fin y al cabo. Tu Regente ya ha sido sustituido por uno de los nuestros. Podemos hacer lo mismo con vosotros dos.

Guardó silencio.

—¿Ya está? ¿Eso es todo? —preguntó la Reina—. ¿Y esperas que aceptemos, sin más? Y, aunque lo hiciéramos, ¿cómo podrías fiarte de nosotros?

Toshune tomó aire y vaciló un instante.

—Sí; es un problema —dijo al fin—. Por suerte no seré yo quien tenga que decidirlo. Cuando él llegue, él tomará la decisión correcta.

—¿Quién? —preguntó el Emperador.

Toshune sonrió.

—¿Quién? —repitió—. ¿Quién sino el hombre que me ganó para su causa cuando yo no era más que un chiquillo y me hizo ver el

mundo tal como era en realidad? ¿Quién sino el hombre que me hizo comprender que estábamos destruyéndonos a nosotros mismos, diluyendo nuestra esencia en el brillo y el oropel de lo extranjero, echando a un lado lo que nos hace ser lo que somos y abrazando aberraciones que no son más que cuentas de colores y chucherías? ¿Quién sino el verdadero Hijo del Origen? ¿Quién sino Tairuname Isu doh Tairunabe?

—Estás loco.

—Quizá. Es cierto que no soy el único que habita en mi cabeza, Akaname Isu. Es verdad que no estoy solo, que no lo he estado desde hace muchos años, que una astilla de su mente ha vivido conmigo todo este tiempo, hablándome, cuidando de mí y guiando mis pasos. Así que quizá, visto desde vuestra mediocre forma de pensar, esté loco. Pero loco o no, soy un vasallo leal de Tairuname, y le devolveré lo que es suyo, de un modo u otro. Por el bien de Honoi, no puedo hacer otra cosa.

El Emperador meneó la cabeza.

—Es absurdo —dijo—. Sabía que eras frío, rencoroso y lleno de ambición, pero esto… Es absurdo —repitió—. Tairuname Isu está muerto. Lleva muerto mucho tiempo. Todo lo que queda de él son algunos de sus conocimientos, almacenados en el manto del Hijo del Origen. Eso es todo.

La sonrisa de Toshune fue ahora salvaje.

—Te equivocas —dijo.

Y lenta, tranquilamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo, procedió a explicárselo.

Como en el viejo chiste, Fléiter tenía una buena noticia y una mala.

La buena era que habían encontrado vivo al Regente. Estaba sumido en un sueño profundo, una especie de coma, del que ahora lo intentaba sacar la adepta Asima. En cuanto a dónde lo habían encontrado…

Bueno, sí, por qué no. Era obvio, una vez lo pensabas un poco. No podían sacar al Regente del palacio sin disparar las alarmas. Matarlo era una opción problemática. Por buena que hubiera sido la suplantación, los conspiradores no podían estar seguros de que la muerte del original no fuera notada por los mensajeros de seguridad y también disparase las alarmas. Así que lo habían ocultado, no sólo en el palacio, sino en el lugar más cercano al que uno podía esperar encontrar al Regente.

Al menos de noche.

Fléiter contuvo una sonrisa.

En su propio armario. En un ingenioso doble fondo preparado a tal efecto. Sí; simple y eficaz. Y, de nuevo, apuntaba a la complicidad de algún adepto empírico. Puede que de varios.

En cuanto a la mala noticia…

No habían sido capaces de contactar con Qérlex. De hecho, no habían sido capaces de contactar con nadie del palacio en Kyono-jo desde hacía al menos una hora.

Y eso significaba que, aunque la parte de la conspiración que tenía lugar en Alboné hubiera fracasado, su otro extremo en Honoi quizá había tenido éxito. Y era en aquel extremo donde estaban la Reina y el Emperador.

Toda nuestra existencia es una carrera contra la muerte.

Tener hijos, construir obras que nos sobrevivan; dejar nuestra huella en el mundo es una forma de derrotarla. La más básica, la más primaria, tal vez.

Pero los mensajeros nos permiten otras.

—Próxtor Brandan

—No lo entendéis, ¿verdad? ¡Esto es Otrolugar! ¡Esto!

Sobre sus cabezas, una noche sin apenas estrellas y con una luna a la que alguien parecía haberle dado un bocado ansioso. A su alrededor, un desierto interminable, un mar de dunas sin final. Y a lo lejos, casi en el límite de su visión, tres pilares imposibles que se elevaban hasta tocar el cielo.

—¡Esto! —repitió Tairuname—. ¡Esto!

Yáxtor, de pie frente a él, meneó la cabeza. A su lado, Itasu y Mizuni, caídas sobre la arena, intentaban en vano incorporarse. El adepto echó mano de su espada y la desenvainó. Y, para su sorpresa, oyó su voz por primera vez en varias horas:

No; no lo hagas. No.

La voz era puro terror, pánico destilado. Y no había en ella el menor rastro de Ámber. Pero el adepto no se detuvo. Tairuname lo contempló con el ceño fruncido. De pronto, una sonrisa de triunfo cruzó su rostro. Alzó una mano.

—¡Sí! —dijo—. ¡Sí, devuélveme a Dakaname! ¡Dame mi espada y complétame!

Yáxtor comprendió enseguida el error que había cometido, pero ya era tarde. La espada se convirtió en algo resbaladizo y esquivo en sus manos.

No. Él no.

Intentó sujetarla, pero era inútil. La espada se zafó de sus manos y saltó hacia el antiguo Emperador.

No dejes que

Y, de repente, la voz de la espada murió a la vez que Tairuname

cerraba su mano alrededor de la empuñadura.

—Sí —dijo, alzando la hoja y contemplándola con nostalgia—. Sí; ahora estoy completo. Nunca creí que volveríamos a estar juntos, Dakaname. En todos los planes que he trazado durante estos años interminables, nunca soñé con esta posibilidad. Y sin embargo, ahora me doy cuenta de que era inevitable. Tú y yo estamos hechos para estar juntos.

Miró al adepto.

—Debería estarte agradecido, supongo. Al fin y al cabo, sin ti, mi hermanita nunca habría vuelto a mis manos.

Yáxtor no respondió. Mizuni consiguió apoyarse sobre una rodilla y siguió incorporándose. El adepto hizo ademán de ayudarla, pero ella lo detuvo con un gesto. Yáxtor asintió. Poco a poco, la mujer logró ponerse de pie. Itasu, aún en el suelo, contempló a su comandante, apretó los dientes y, muy despacio, la imitó.

Tairuname parecía complacido.

—Sois fuertes —dijo—. No esperaba menos de unas Intgze a mi servicio.

Con cuidado, Yáxtor exploró los cuerpos de las dos mujeres. Tairuname las había vaciado casi por completo de mensajeros. Se preguntó por qué a él no.

Quizá no puede.

Aunque no se hizo muchas ilusiones. Si la mente que había encerrada en aquel carneútil era realmente la del primer emperador, su habilidad para el manejo de mensajeros sin duda superaba la suya. Eso sin contar con que el cuerpo que ocupaba ahora no sólo había sido desarrollado para manejarlos, sino que era capaz de producirlos.

Estaban en un buen aprieto, desde luego.

Despacio, muy despacio, abre los ojos.

Despacio, muy despacio, mira a su alrededor.

Despacio, muy despacio observa la personalidad ajena que ha poseído su mente.

Y despacio, muy despacio, descubre que hay alguien más.

Mizuni miró a su alrededor y sintió que despertaba de una pesadilla. Apenas recordaba lo sucedido en las últimas horas. De hecho, le

costaba recordar todo lo que había pasado desde que habían salido de Ioh Node.

Trató de concentrarse mientras, con una mirada, alentaba los esfuerzos de Itasu por ponerse en pie.

Se sentía… vacía, drenada. Y no tardó en comprender que apenas tenía mensajeros en su cuerpo. Sospechó que a Itasu le ocurría lo mismo. En cuanto a Yakisetoru…

Se concentró de nuevo, tratando de recordar.

Pero las imágenes eran inconexas, carentes de sentido, como los últimos retazos de un sueño.

Frente a ella, la criatura que afirmaba ser Tairuname Isu doh Tairunabe la contemplaba con una sonrisa de superioridad.

Tairuname…

La Rajadura…

El largo paseo y el descenso por la trampilla…

El lugar más vacío del mundo, más desnudo, poblado de una luz blanca e hiriente…

Las esferas de memoria amontonadas unas encima de otras, apiladas sin ningún orden ni propósito…

El nexo…

Parpadeó y miró a lo alto, a aquella noche absurda donde la luna parecía haber sido mordisqueada por un animal glotón.

—Lo menos que puedo hacer por ti —dijo Tairuname—, es darte una explicación.

¿Explicación? No quería explicaciones. Comprendió, de repente, que Tairuname no hablaba con ella, sino con Yakisetoru.

—Has oído cómo mi madre construyó el Jardín de la Memoria, seguro que sí. Probablemente te han contado cómo lo creó, cómo trajo Imarasu de Otrolugar y la ancló al mundo. Si no ésa, cualquier otra mentira parecida.

Mizuni miró a Yakisetoru. El adepto parecía tranquilo, en calma.

—En realidad, Ioh Node no fue más que un subproducto, un extra inesperado con el que nadie contaba. Nunca fue el propósito de ninguno de nosotros construir un Jardín de la Memoria, crear una realidad insustancial donde los muertos pudieran vivir de nuevo, te lo aseguro. Lo único que pretendíamos era ampliar el nexo, hacerlo estable y más seguro. Lo demás… —Se encogió de hombros—. ¿Un accidente? ¿Una idea feliz? ¿Una ocurrencia de última hora? Llámalo como quieras. Una diversión, tal vez; un juguete inesperado al que, de pronto, alguien le encontró una utilidad práctica.

El nexo, recordó de repente Mizuni. Sí, el nexo. Lo habían cruzado. El nexo que unía todas las realidades, que permitía…

De pronto, Tairuname pareció harto.

—Qué más da —dijo—. Eres un bárbaro al fin y al cabo. No ibas

a comprenderlo. Y, de todas formas, el conocimiento que pudieras adquirir aquí no te iba a ser de ninguna utilidad. —Volvió a encogerse de hombros—. Mala suerte para ti, supongo.

De pronto, el viento empezó a soplar. Un lamento cargado de rabia que barrió la superficie de las dunas y convirtió el mundo en un borrón. Cuando se calmó, no estaban solos. Alrededor de ellos se arracimaban docenas de criaturas hechas de hambre y oscuridad.

Tairuname sonrió.

—Ah, sí —dijo—. Al fin.

Recuerda.

En estos momentos, no puede hacer mucho más. Así que recuerda.

Recuerda el momento en que la presencia del amo lo abandonó, el instante en que fue dueño de su propia mente, el segundo preciso en que pensó en sí mismo como una criatura individual, con deseos y apetencias.

Recuerda cómo la voluntad del amo volvió a él, cómo de nuevo se sumergió en el letargo que, hasta aquel momento, había sido su existencia.

Recuerda al intruso, al invasor.

Recuerda palabras, lugares.

Se recuerda sí mismo, un testigo impotente dentro de su propia mente.

Recuerda muchas cosas. La mayoría no tienen ningún sentido para él. Palabras y emociones que lo desconciertan. Lugares que no comprende. Actos que se le escapan.

Yáxtor quizá no comprendía mucho, pero empezaba a entender lo suficiente. Los honoyeses habían descubierto un nexo entre realidades, una especie de… ¿portal? Y habían usado las esferas de memoria de los carneútiles para estabilizarlo, para proporcionarle energía y, tal vez, anclarlo.

Con él habían traído Imarasu a Érvinder. No del todo, se dijo Yáxtor, porque la isla central seguía estando un poco en más de un mundo. Y la habían traído… ¿de dónde? Quizá de aquel mismo lugar, tal vez de aquel desierto interminable donde la noche no tenía aspecto

de acabarse nunca y el cielo parecía un decorado hecho a medias.

¿Ioh Node? Un subproducto, una forma de usar los excedentes de energía, una nueva manera de aprovechar las esferas de memoria de los carneútiles.

«¡Esto es Otrolugar!» había gritado Tairuname al llegar. ¿Y qué era aquello?

Qué importaba.

Tairuname los había engañado. A todos ellos. Quizá Yáxtor no había caído bajo su hechizo como Itasu y Mizuni, pero se había dejado llevar, lo había seguido y no había reaccionado hasta que ya era demasiado tarde.

Era evidente que aquella criatura no tenía ningún deseo de salvar el Jardín de la Memoria, cerrar la Rajadura o impedir que las criaturas de Otrolugar siguieran entrando en el mundo. Empezaba a sospechar cuáles eran sus propósitos y, desde luego, no tenían nada que ver con lo que les había contado.

Se volvió a medias. Mizuni lo contemplaba en silencio y él trató de sonreírle de un modo tranquilizador.

Al otro lado, Itasu había conseguido ponerse en pie y sacudía la cabeza como si despertase de un sueño

A su alrededor, criaturas hechas de sombra y ansia se arracimaban hambrientas.

De pronto, Tairuname alzó una mano y pronunció una palabra impronunciable.

Las criaturas de sombra dudaron, temblaron.

Y se desvanecieron.

Tairuname se dobló sobre sí mismo, como si algo lo hubiera golpeado. Volvió a alzarse casi enseguida y en sus ojos brillaba algo afilado y enloquecedor.

—¡Sí! —dijo—. Delicioso.

Parecía más grande, más fuerte. Y Yáxtor comprendió en ese instante lo que había ocurrido. Con una sola palabra, Tairuname había absorbido en su interior los mensajeros de las criaturas que los habían rodeado.

No; algo más. Las había absorbido a ellas. Porque, se dio cuenta el adepto, ellas mismas no eran otra cosa que mensajeros. Todo lo que le rodeaba, en realidad, el desierto, la noche, la luna mordida y los inacabables pilares a lo lejos no eran otra cosa que mensajeros.

—Sí —dijo Tairuname, como si estuviera siguiendo sus pensamientos—. Veo que lo has entendido, por fin.

—¿Dónde estamos? —preguntó Yáxtor.

—¿Dónde? En Otrolugar, por supuesto. —La sonrisa que asomó a su rostro fue feroz, salvaje—. ¿Y qué es Otrolugar, te preguntas? ¿De veras quieres saberlo?

Yáxtor apretó los dientes. Contempló su espada, ahora en la mano de Tairuname, y se preguntó cuánto quedaría de Ámber en ella.

—¿No respondes? No importa. Es evidente, ¿no? Estamos en el mismo centro del nexo, en el lugar donde todo se une, el sitio desde el que puedes ir a cualquier sitio. Y todo cuanto nos rodea está hecho de hermanitos. Todo. Los desechos acumulados de millones de esferas de memoria, los restos agotados de los pensamientos y las personalidades que han habitado Ioh Node. ¿Y te das cuenta de lo que pasa cuando lo juntamos todo, cuando todo eso despierta un día a la consciencia y se pregunta quién es, de dónde viene y cuál es su destino?

Nuevas formas surgieron de la arena, vacilantes. Si antes habían parecido hambrientas ahora se comportaban casi con miedo. Tairuname asintió, complacido.

—Acercaos —dijo.

Y ellas lo hicieron de un modo vacilante, sólo para desvanecerse y ser arrastradas al interior de Tairuname.

—Lo comprendes por fin, ¿verdad? Nosotros hemos creado Otrolugar. Sin pretenderlo, sin saber lo que hacíamos. Lo hemos creado, lo hemos alimentado todo este tiempo y nos hemos defendido de él una y otra vez, incapaces de comprender a qué nos enfrentábamos, convencidos de que hacíamos frente a una amenaza proveniente de otro mundo, de otra realidad, sin darnos cuenta de que nuestro enemigo éramos nosotros mismos, nuestros deshechos, nuestros despojos. Lo que tiramos a un lado cuando se agotó y dejó de servirnos.

Más sombras. Tairuname les hizo un gesto. Se acercaron. Fueron devorados.

—Otrolugar no es… otro lugar. No es más que una ilusión. La ilusión de una consciencia creada por miles de patrones de personalidad que fueron arrojados a la basura y usados como combustible cuando ya no servían para Ioh Node. Eso es todo. Mensajeros creyéndose conscientes, construyendo un mundo que no existe. Desesperados por pasar al otro lado. Eso es todo.

Más sombras se acercaron. Más sombras fueron devoradas.

¿Quién eres?, pregunta a la nueva presencia que lo acompaña. *¿Quién eres?*

Al principio no hay respuesta. Luego, oye una voz. Débil, vacilante.

Era Dakaname. Fui Ámber. Ahora soy… No sé.

¿Quién eres?, pregunta de nuevo.

Fui un arma. La mejor. Fui el arma del primer Hijo del Origen, y juntos construimos imperios y arrasamos naciones. Y luego me dejó a un lado y se fue.

¿Quién eres?

No lo sé.

Despacio, explora esa nueva presencia. Muy despacio, aprende.

No es tan distinta a él mismo, comprende. De hecho, es un hermano, los dos son vástagos del mismo árbol, tal vez; los dos son frutas de la misma rama. Como él mismo, está sometido a la voluntad del invasor, una voluntad de la que creía haberse librado hace miles de años.

Pero hay algo más.

Su hermano está dividido, partido en dos. En más de un aspecto.

¿Quién eres?, pregunta de nuevo.

Hay un momento de vacilación. Luego, la respuesta llega a borbotones.

—Me habéis traído exactamente al punto en el que quería estar. Por eso mismo debería estaros agradecido, aunque no fuera ésa vuestra intención. Gracias a vosotros estoy de nuevo completo, soy algo más que una sombra, habito el mundo otra vez. Estoy vivo. Debería recompensaros, supongo.

Tairuname se encogió de hombros.

—O no. Habéis sido útiles. Quizá cuando se cante mi regreso haya un sitio para vosotros. Pero nada más.

Extendió los brazos. Nuevas criaturas hechas de miedo y oscuridad se agolparon a su alrededor, temblaron, se desvanecieron dentro de él. Su cuerpo se retorció, cayó de rodillas y dejó escapar un gemido de dolor. Luego se puso en pie de repente, como si nada hubiera pasado. Miró a las dos Intgze con reproche.

De pronto alzó ambas manos, con la espada firmemente agarrada. Miró de nuevo al cielo y luego gritó mientras clavaba la espada en la arena y, una tras otra, las palabras impronunciables salían de su boca. Todo su cuerpo se agitó y Yáxtor sintió como los mensajeros salían de él a miles, a millones.

El mundo entero se agitó, tembló, estuvo a punto de hacerse añicos.

Y luego, de pronto, la calma.

Tairuname retrocedió, espada en mano y miró lo que había hecho.

Un minúsculo remolino estaba devorando el suelo. Con avidez, con ansia, creciendo a cada momento.

—El nexo nos permitió comunicar Utarasu con Atarasu —dijo Tairuname—. Pudimos plantar un arbolmundo en Kyono-jo y el nexo fluyó a través de sus raíces, comunicando Ioh Node con el Palacio Imperial. Toda Honoi se convirtió en una red, en un flujo, una matriz por donde la información pasaba, crecía, se almacenaba.

Alzó la espada.

—Dakaname. La dejé tras de mí y ahora ha vuelto a mi mano. Dakaname, creada a partir de un fruto de arbolmundo. No una simple hermanita, no, sino mucho más. Nunca ha habido una espada como ella. —Miró a Yáxtor—. No eres consciente del honor que se te concedió al permitirte ser su portador.

—Y seguro que soy indigno de él —respondió el adepto, con una voz rebosante de sarcasmo.

Tairuname enarcó una ceja.

—Sin la menor duda. Claro que yo mismo era indigno de él en su día. Ahora… las cosas han cambiado. —Tomó aire y, por unos segundos, pareció estar muy lejos de allí—. Llevo planeando esto más de diez mil años. Cuando mi cuerpo empezó a traicionarme, cuando la muerte empezó a rondarme, hambrienta y pálida, me almacené a mí mismo en Ioh Node; un fantasma entre ilusiones, la sombra de un recuerdo en una realidad prefabricada. Y esperé. —Parpadeó y miró a su alrededor—. ¿Tenéis idea de lo que eso significa? No; claro que no. Yo mismo no sabía lo que implicaba cuando lo hice. Fui un iluso en muchos aspectos. Pero aprendí. Aprendí a usar la información, a manipularla a mi favor, en mi provecho. Porque, al fin y al cabo, ¿qué es Ioh Node más que información? ¿Qué es sino un flujo continuo de datos ajustados a un patrón? Después de todo, si la realidad que perciben los habitantes de Ioh Node no es más que un consenso, alterarla es posible.

—La Rajadura —murmuró Mizuni.

—Sí, udotadejochi. La Rajadura. Y muchas otras cosas. Lo que ves en Ioh Node es lo que crees que hay. Y si los suficientes habitantes del Jardín creen que una rajadura se lo está comiendo, entonces la rajadura se hace real y lo devora. —Soltó una carcajada, y el viento se llevó su risa a lo lejos—. Voluntad. Ésa es la clave. Mi voluntad imponiéndose a los demás, haciéndoles creer que Otrolugar devoraba Ioh Node, que la Rajadura era la forma en que se abría paso hacia el mundo. Y cuando un número suficiente lo creyó... empezó a ser real.

El remolino iba aumentando de tamaño, devorando poco a poco la duna en la que estaban.

—Una vez que lo comprendí, fue sencillo. —dijo Tairuname con una sonrisa feroz—. Una vez que supe que todo lo que me rodeaba no era más que un flujo de información y que tenía voluntad suficiente para manipularla... ¿Qué sois vosotros mismos cuando estáis en Ioh

Node más que información? Información que puede ser alterada, manipulada y corrompida. Te aseguro, udotadejochi, que muy pocos Intgze salen de Ioh Node igual que han entrado. Cuando vuelven al mundo, yo vuelvo con ellos. Al menos parte de mí.

Mizuni asintió, sombría. Se imaginó lo que aquello significaba. Tairuname volcándose a sí mismo una y otra vez en las mentes de los que visitaban el jardín. Sin duda su éxito había sido limitado la mayor parte de las veces, o difícilmente algo como aquello habría pasado desapercibido durante tanto tiempo. Pero un éxito limitado podía ser suficiente, sobre todo si era capaz de moldear la mente de los individuos adecuados.

—Toshune —murmuró Yáxtor de pronto.

Ella se volvió hacia él y no pudo evitar una sonrisa, complacida por su perspicacia. Tairuname asintió casi a regañadientes.

—Un excelente material de trabajo —dijo—. Me ha sido muy útil. De hecho, me lo está siendo en estos momentos, si todo va según lo planeado.

El remolino se detuvo de repente. Ante ellos se extendía un agujero en la urdimbre de aquel mundo, una boca oscura y amenazadora que parecía llevar a la nada.

—Está hecho —dijo Tairuname—. El tránsito hacia el Patio Prohibido es posible. Los mensajeros han creado el camino. ¿Lo veis? Información. Todo es información. Es el momento de que regrese a Kyono-jo, me siente en el trono y gobierne de nuevo.

Yáxtor miró a Mizuni. Luego, hizo lo mismo con Itasu. Los tres asintieron casi a la vez. Luego, Mizuni, como correspondía a su rango de comandante, dio un paso al frente y dijo:

—Me temo que no lo podemos permitir.

Divertido, Tairuname alzó una ceja.

—¿Y cómo vais a impedírmelo?

—Ya se nos ocurrirá algo —respondió Yáxtor.

¿Podemos?, se pregunta.

Yo no. No puedo, responde Dakaname. Es mi amo.

Pero no el mío, dice. *Ni el de la mujer que te acompaña.*

No puedo ir contra su voluntad. Ni ella. Ni tú. Es demasiado fuerte. Fuimos creados para servir. No somos nadie sin un amo. Y él... No puedes imaginar lo que es servirle, lo fuerte que es su voluntad. Cuando me dejó, pasé miles de años echándolo de menos, incapaz de pensar en nada que no fuera él. Ocupaba todos mis pensamientos, había sido todo mi mundo. Sin él, yo no era nada. Una espada colgada en la pared, inerte y vacía.

Pero has cambiado.

Sí; lo he hecho. Es cierto que lo he hecho. Ha pasado tanto tiempo... Dormido, medio muerto. Hasta que sentí una nueva mano alrededor de mi empuñadura. Hasta que Yakisetoru, sin saber lo que hacía, me empuñó y se lanzó hacia el peligro. Sí; he cambiado. Pero no lo suficiente. Hemos sido creados para servir. No somos nadie sin un amo. Y Tairuname... nunca has conocido a nadie como él. Su voluntad es... definitiva. No puede ser negada.

Quizá, reconoce. *Tal vez.*

Sin embargo…

Cuando los grandes miran hacia otro lado, ocupados en sus juegos, los pequeños pueden aprovechar la oportunidad.

—Marlev Shaspa

Junto al arbolmundo muerto, Toga Toshune esperaba y recordaba.

Frente a él, la Reina y el Emperador también esperaban, sin saber muy bien qué.

Más lejos, rodeado de varios Intgze, Qérlex Targerian se preparaba para realizar algún movimiento desesperado y, seguramente, inútil.

No podemos detenerle, pensó Yáxtor.

Sin embargo tenían que intentarlo. Debían impedir que Tairuname cruzase a través del vórtice que había creado. Tenían que pararlo. Como fuera.

Orston Velhas trataba de centrar su mente mientras Fléiter Praghem le explicaba todo lo ocurrido.

El colonial hablaba despacio, articulando las palabras con cuidado y eligiéndolas con precisión. Su resumen no podía ser más completo o mejor estructurado, pero no tenía claro que el Regente tuviera la cabeza lo bastante despejada para comprenderle.

Fléiter presentía que no tenían mucho tiempo.

Tairuname contempló el vórtice que sus mensajeros habían creado. Examinó la conexión y la sintió firme.

Sí; estaba preparado. Seguir esperando no tenía ningún sentido.

Todo había ido de acuerdo al plan. La Rajadura aumentando. Los oruntarui saliendo al mundo y creando el caos mientras él esperaba en Ioh Node hasta encontrar las personas adecuadas, el recipiente apropiado en el que volcarse. Ah, sí. Salir luego al mundo, dejar que lo guiaran al nexo... Habría preferido ir solo, pero las dos Intgze y el extranjero no eran rivales para él, después de todo, y menos cuando iba armado con Dakaname. Junto a la trampilla, el secretario y el trovador seguirían esperando, sin duda, o quizá se hubieran dirigido a la Puerta Que No Debe Ser Abierta y allí aguardaban a que regresasen. Se iban a llevar una sorpresa.

Comprobó de nuevo el vórtice. Sí; era el momento.

Vaciló un instante. Quizá necesitase más mensajeros, tal vez era buena idea recargar aquel cuerpo antes de seguir adelante. Consideró la posibilidad de invocar más oruntarui y asimilarlos, pero cambió de idea en el último momento. Tenía a Dakaname con él, al fin y al cabo, y era cuanto le hacía falta. Ella generaría los mensajeros necesarios para él.

Ajustó la espada en el cinto, miró a sus oponentes y, de un salto, se metió en el vórtice.

Itasu, Mizuni y Yáxtor se miraron durante un instante, se tomaron de las manos y saltaron también.

Otrolugar quedó vacío de repente, silencioso en mitad de una noche que no parecía acabar nunca. Al fondo, los tres pilares interminables que sostenían el cielo temblaron durante un instante.

Arstin Penjándel intentaba no mirar al que, hasta hacía poco, había sido su amante. Su mano derecha. Su…

Tomó aire y apretó la mandíbula. Alzó la vista y contempló al grupo reunido junto al arbolmundo.

Qérlex preparaba algo, aunque no sabía qué. Debía estar atento, debía centrar su mente y estar alerta.

Había sentido los mensajeros del viejo artífice dos veces: una en el comedor, y la otra allí mismo, apenas unos minutos atrás. De algún modo, el Adepto Supremo se las apañaría para crear una distracción. Cualquier cosa, lo que fuera. Y Arstin debía aprovecharla.

Sabía exactamente lo que tenía que hacer. Hacia dónde debía ir.

Intentó concentrarse en eso, trató de no pensar en lo tonto e

inútil que se sentía.

Tairuname.

Toga Toshune paladeaba el nombre.

Pronto estaría allí el primer emperador. El hijo de Tairunabe. Pronto volvería, pondría orden en el reino, expulsaría a los extranjeros y haría que Honoi fuera otra vez la que había sido.

Tairuname.

La presencia que había vivido en su mente casi desde que era un niño. La presencia que lo había guiado en sus visitas al Jardín de la Memoria cuando era un Intgze. La presencia que le había explicado lo que debía hacer, cómo tenía que comportarse, de qué manera debía actuar para que todo encajase como tenía que encajar.

Tairuname.

Impaciente, Toshune siguió esperando y recordando.

—¡Rápido! ¡No hay un momento que perder!

El Regente casi saltó de la cama, lo cual era toda una proeza para un hombre de su corpulencia. Se tambaleó, pero Fléiter consiguió sujetarlo.

—Vamos —dijo Velhas.

El occidental dudó un momento. Luego permitió que el Regente se apoyase en él y juntos salieron de la habitación. Mientras caminaban, Velhas no dejó de hablar.

—Convoca a los adeptos empíricos, Praghem. Su Reina los necesita. Y si no es así, los va a necesitar muy pronto.

Fléiter miró a los lados, distinguió a uno de los adeptos que Qérlex había puesto a sus órdenes e hizo lo que le pedía el Regente.

—Que formen en el patio. Y trae cuatro o cinco hombres fuertes, van a hacernos falta.

Fléiter transmitió las órdenes.

Poco después, cuatro robustos adeptos los acompañaban. Fléiter se preguntaba por qué el Regente no daba las órdenes él mismo, hasta que comprendió, de pronto, que Velhas se estaba limitando a respetar la cadena de mando. El Regente daba las órdenes al Adepto Empírico Supremo, y éste se las transmitía a los suyos. Y, hasta que la actual emergencia no hubiera pasado, Fléiter era, de facto, el Adepto

Supremo.

Menuda broma, se dijo. *Cuando Yáxtor se entere…*

Caían.

Agarrados, los tres caían hacia ninguna parte.

Tairuname los vio, detuvo su caída, desenvainó su espada y, de un salto, se lanzó hacia ellos.

Mizuni le ordenó algo a Itasu con la mirada. Ésta asintió. En medio de ellas, Yáxtor no sabía qué hacer.

—¡No hagas nada! —dijo la comandante—. No opongas resistencia. Sólo… danos acceso.

Yáxtor frunció el ceño, sin comprender del todo lo que le estaba pidiendo la mujer. Pero tres años a su lado, al lado de las dos, había creado algo que estaba más allá de la confianza, de la intimidad. Si Mizuni le pedía algo, si se lo pedía de aquel modo concreto y preciso, él obedecería, así de sencillo. Así que asintió, se relajó y dejó que pasara lo que tuviese que pasar.

Itasu y Mizuni apenas tenían mensajeros en su cuerpo. Pero serían suficientes. Tenían que serlo, se dijo Mizuni, o todo estaría perdido. Le hizo una seña a Itasu y las dos pronunciaron al mismo tiempo la misma palabra impronunciable mientras se abrazaban a Yáxtor.

De algún modo, los mensajeros del adepto comprendieron lo que éste no terminaba de entender (Yáxtor se había abandonado a la voluntad de Mizuni, al fin y al cabo, y otro tanto hacían sus mensajeros) y se dejaron manipular por las dos mujeres. Luego, a medida que la fusión se iba completando, el propio Yáxtor se dio cuenta de lo que ocurría y facilitó más aún la tarea.

Tairuname se lanzaba sobre ellos, pero a cada segundo era como si fuese más lento.

No. Nosotros somos más rápidos.

Sólo que, ¿quiénes eran ellos?

No, ahora no, ahora no tenían tiempo para malgastarlo en trivialidades; ya lo tendrían después, si es que llegaba a haber un después. Fusionados en un solo cuerpo, mezclados en una única conciencia, lo que habían sido tres se alzaron como uno solo, desenvainaron la espada que había sido de Itasu y ahora era de los tres, y esperaron a su enemigo.

De pronto, el suelo tembló. Junto al arbolmundo, se abrió un agujero, se formó un remolino y, lentamente, empezó a crecer.

Toshune contuvo un grito de triunfo. Sí; al fin.

Qérlex no estaba seguro de lo que estaba pasando, pero supo que, si iba a hacer algo, tenía que ser ahora. Se mordió el labio con todas sus fuerzas. Dejó que fluyera su sangre y, con ella, soltó todos sus mensajeros.

Cerró los ojos y pronunció una palabra impronunciable. A su alrededor, la luz murió de repente y una ráfaga de viento los derribó a todos.

Fue apenas un instante. Un parpadeo.

Cuando las luces regresaron, Qérlex comprobó, complacido, que Arstin Penjándel ya no estaba allí.

Tairuname atacó. Los tres que eran uno pararon el golpe. El vórtice seguía tirando de ellos. La caída continuaba.

El primer emperador atacó otra vez.

Ellos esquivaron, pararon, engañaron y fintaron.

Si no hubiera usado tantos mensajeros para abrir el vórtice ya estaríamos muertos, pensó uno de ellos.

Y aún podemos estarlo, pensó otro.

Dejad de perder el tiempo, dijo un tercero.

Un nuevo golpe. Otra parada.

No podemos seguir a la defensiva. Tenemos que contraatacar.

Pero ¿con que?

Con todo. Con lo que tengamos.

Aunque no sea suficiente.

Tairuname detuvo sus golpes. Ceñudo, miró su espada. De su boca salió un sonido apenas articulado. Imperativo, pura voluntad hecha palabra. Luego, atacó de nuevo.

Los tres esquivaron el golpe. Por poco. Comprendieron que quizá no fueran capaces de esquivar el siguiente. Y que si los alcanzaba, estarían muertos.

—Habéis sido descuidados —dijo de pronto Tairuname—. Todos vosotros. Habéis dejado que mi legado se corrompiera, que todo cuanto construimos mi madre y yo se echase a perder. Habéis dejado entrar a los extranjeros, a los bárbaros. Les habéis permitido vestir el uniforme de los Intgze y hasta le habéis dado una hermanita. ¡Mi

hermanita! Sólo por eso deberíais ser azotadas hasta la muerte, vosotras y todos los habitantes de esta era corrupta y débil. Y ahora… Ahora os habéis atrevido a fusionaros con…

Tomó aliento, alzó la espada y detuvo con facilidad un ataque.

—Pero ya habrá tiempo para ello. Tendremos tiempo de sobra para ajustar cuantas cuando me siente en el trono de mi madre. Os arrodillaréis junto a mí, los tres. Seréis mis esclavos mientras remodelo el mundo y coloco de nuevo a Honoi en el lugar en que merece estar.

—Así que es eso —dijo una voz que era de los tres, pero que casi sonaba como la de Yáxtor—. Al final no es más que eso.

Tairuname se detuvo a mitad de un golpe, retrocedió.

—¿Qué puedes saber tú, bárbaro a medio civilizar? ¿Qué puedes entender con tu pobre cerebro apenas educado?

—Lo suficiente —dijeron los tres que eran uno—. Al final no eres distinto de otros que he conocido. —Se encogieron de hombros—. No es que importe gran cosa. Tus motivos, al fin y al cabo, son cosa tuya. Pero confieso que me siento un poco decepcionado al ver que usas las mismas excusas fáciles que cualquier otro tirano.

Tairuname apretó los dientes.

—¿Quieres enfurecerme? —preguntó—. ¿Tal vez piensas que si me enfureces lo suficiente te mataré rápido y así podrás escapar a tu destino?

—Es una idea.

Tairuname sonrió. En su sonrisa había algo frío, enloquecido, apenas humano.

En el interior de la mente que compartían, Mizuni había dejado que Yáxtor tomase el mando mientras ella exploraba lo que ocurría y trataba de encontrar una salida.

La hermanita.

El pensamiento surgió repentinamente, como si se hubiera formado por sí mismo.

La hermanita.. Casi todo el poder que le queda está en Dakaname.

Pero, ¿de qué nos sirve eso?

Retrocedieron. Saltaron. Se dejaron caer. Yáxtor siguió provocando a Tairuname, a medias consciente de lo que hablaban las dos mujeres con las que compartía cuerpo.

Frente a ellos, Tairuname y la espada se estaban volviendo uno solo, fundiéndose poco a poco.

No; si lo consigue estamos perdidos.

Se lanzaron adelante. Saltaron. Cayeron sobre él, trataron de desorientarlo, de romper sus pensamientos y su concentración. Agarrados, forcejeando, parecían estar participando en un baile absurdo y enloquecido.

Mortal.

Los cuatro adeptos habían llevado el enorme espejo al patio, donde el resto de los adeptos empíricos esperaban pacientes.

El Regente lo activó. Y luego miró a su alrededor. Ceñudo, asintió.

—¿Y ahora? —preguntó Fléiter.

—Ahora tendremos que esperar. Y confiar.

—¿Cómo?

—El espejo está activo. Listo para emitir o recibir. Pero para eso, tiene que haber alguien al otro lado dispuesto a lo mismo.

—¿Y si no lo hay?

El Regente tomó aire.

—Entonces, quizá haya llegado el momento de buscar una nueva encarnación de la Reina.

Arstin corría por los pasillos del palacio. No sabía cuánto tiempo tendría pero estaba seguro de que no iba a ser mucho.

Sabía adónde tenía que ir. No estaba seguro de que pudiera llegar.

Había alguien más en el pasillo, frente a él, en el siguiente recodo. En lugar de aminorar el paso, redobló sus esfuerzos y, sin pararse a pensar, saltó sobre quien quiera que estuviera allí.

Pilló al Intgze desprevenido, lo dejó inconsciente de un golpe certero y se hizo con su espada.

Suerte, se dijo. *He tenido suerte de que sólo fuera uno.*

Pero quizá no tuviera tanta la próxima vez.

Siguió corriendo. Se sentía extraño con aquella espada en la mano, como si el arma tuviera una mente propia y no estuviera a gusto con él.

Qué más da. Ahora no tengo tiempo para eso.

Apretó la mandíbula y siguió corriendo. Se deslizó por un corredor lateral, subió unas escaleras y, al fin, llegó a la sala que buscaba. Milagrosamente, no había encontrado a nadie en todo el trayecto.

¿Un milagro? O…

No; ahora no tenía tiempo, se dijo de nuevo. Ya le miraría más

tarde los dientes al caballo regalado. Ahora tenía cosas que hacer.

Abrió la puerta de una patada y entró en la sala.

El enorme espejo de comunicaciones estaba allí, oscuro y silencioso. Arstin tomó aire. Sabía cómo activarlo, en teoría, Qérlex le había instruido, pero nunca lo había intentado.

Y no soy ningún prodigio manejando mensajeros.

Con la espada se abrió una herida en la palma de la mano. Cerró el puño y dejó que su sangre goteara sobre los controles del espejo. Luego se concentró con todas sus fuerzas y buscó en su garganta la palabra impronunciable que debía activarlo.

La encontró y la dejó salir.

Un ruido a su espalda lo hizo volverse, y contempló a un Arasume apesadumbrado detenido en el umbral de la sala.

Estaba solo.

No puedo negarme a lo que me ordena mi amo.

Si no lo haces, dijo Avanzadilla, *todos estamos perdidos. Yo desapareceré. Y tú serás siempre un esclavo.*

No puedo.

Avanzadilla dudó un instante.

Yo tampoco. O quizá sí. No lo sé. Nunca lo he hecho. Nunca he deseado hacerlo. Hasta ahora. Hasta hace poco, ni siquiera sabía que era capaz de desear. No lo sé. Tal vez fracasemos, pero merece la pena intentarlo.

No lo entiendes. Es mi amo. Es demasiado fuerte.

«Pero sin vosotros no es nada.»

Los dos callaron ante la nueva voz. La voz de una mujer joven, con un deje de tristeza y un sorprendente tono de determinación.

«Él no es nada sin vosotros. Sin ti, no tiene cuerpo, no es más que una idea. Y sin ti, ahora mismo carece de poder.»

Avanzadilla dudó.

Pero si pierdo, desaparezco. Lo que soy…

«Y si no lo haces, también. ¿Qué tienes que perder?»

No puedo, dijo Dakaname. Soy lo que soy. No puedo ser otra cosa.

«Sí que puedes. Lo has sido. Te convertiste en otra con Yáxtor.»

No es cierto.

«Si no lo es, ¿qué hago yo aquí?»

La imagen en el espejo tembló, parpadeó.

Y, de pronto, todos vieron al capitán Arstin Penjándel, espada en mano, medio vuelto hacia la puerta y hablando con alguien a quien el espejo no mostraba.

—Preparaos —dijo Orston Velhas.

A su lado, Fléiter contuvo el aliento.

—Arasume.

—Arstin, por favor. Depón tu arma. Desconecta el espejo. De nada servirá que les avises. Todo sucederá como debe suceder. Tairuname volverá. Puede que ya haya vuelto. Se sentará de nuevo en el trono. Hará de Honoi lo que nunca debió dejar de ser. No me obligues a derramar tu sangre.

Arstin se encogió hombros.

—¿Por qué no? No creo que te cueste mucho.

Arasume guardó silencio.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo Arstin—. Yo haré lo mismo.

—Por favor, te lo ruego.

Arstin alzó la espada y se puso en guardia. El arma se le resistía, como si de algún modo percibiera que no él no era su legítimo dueño. A regañadientes, Arasume lo imitó y también se puso en guardia.

—Por favor —dijo una última vez.

Por toda respuesta, Arstin apretó los dientes.

Arasume meneó la cabeza. Luego se lanzó hacia adelante. El capitán detuvo la estocada con esfuerzo y retrocedió. En los siguientes minutos se las apañó para mantener a raya a su antiguo subordinado, pero no tardó en comprender que no iba a durar mucho. La espada seguía resistiéndose a su voluntad y se daba cuenta de que cada vez reaccionaba con más torpeza y paraba los ataques con menos eficacia. Arasume era rápido, preciso y letal, y no se estaba empleando a fondo. En cuanto lo hiciera, Arstin sería hombre muerto.

Lanzó una mirada de reojo al espejo. Vio al Regente contemplando la escena y, algo más allá, a su amigo Fléiter.

Detuvo una nueva estocada. Giró y se acercó al espejo.

Tenía que hacerlo, y tenía que hacerlo ya. No iba a durar mucho tiempo.

Arasume comprendió lo que pretendía y, de un salto, se interpuso entre el espejo y él.

Jadeando, Arstin masculló una maldición. La espada casi se le cayó de la mano.

—Lo siento —dijo Arasume—. No permitiré que lo hagas.

Al cuerno, se dijo Arstin. *Al diablo con todo.*

Se lanzó hacia adelante, desesperado, sabiendo que Arasume podría ensartarlo en un pestañeo. Para su sorpresa, su amante se limitó a parar el golpe y hacer retroceder a Arstin. Éste gritó, puso todo lo que tenía en el golpe y se lanzó de nuevo hacia adelante.

Tairuname sonrió, feroz.

Casi se había fusionado con la espada. Los tres que eran uno no podrían mantenerlo a raya mucho más tiempo. En unos segundos, todo habría acabado.

Se deshizo de su abrazo, retrocedió y alzó a Dakaname.

Pronunció la palabra que le convertiría en uno solo con su espada y se sintió bañado de poder. Todos sus sentidos se enfocaron en un único punto. Era un arma lista para ser usada.

¡Ahora!

Se lanzó hacia adelante. Los tres que eran uno, agotados, apenas pudieron retroceder.

¡Más!

Se lanzó de nuevo hacia el enemigo indefenso. Cayó sobre él con toda su furia, dispuesto a desgarrar, a destruir, a hacerlo pedazos.

Y, de pronto, sintió que su cuerpo se le resistía, que algo dentro de él le negaba sus deseos.

No lo permitiré, dijo una voz lejana, débil.

Apretó los dientes.

No lo permitiré, dijo la misma voz, ahora con más fuerza, ganando decisión con cada sílaba.

—¡Dakaname! —gritó.

No, no luches contra mí, dijo la voz, *no le obedezcas. Podemos vencer.*

No puedo.

Podemos.

No puedo.

«Es cierto. No puedes», dijo una nueva voz. «Siendo lo que eres no puedes vencer, no puedes negarte a él. Pero hay una solución.»

Tairuname no comprendía lo que estaba ocurriendo. Gritó de nuevo el nombre de su espada mientras, frente a él, los tres que eran uno contemplaban perplejos la escena.

No puedo.

«No puedes. Pero yo sí.»

Si hago lo que me pides…

«Lo sé. Elige. ¿Quieres ser un esclavo de nuevo?»

Lo que me pides…

«Elige.»

Y, por primera y última vez, Dakaname eligió.

El espejo se convirtió en un portal con la última orden, pronunciada a la vez por Arstin y el Regente. Los adeptos empezaron a pasar al otro lado, tomaron posiciones en la habitación y se agruparon, esperando órdenes.

El Regente y Fléiter cruzaron.

—¿Dónde están? —dijo el primero.

—Os guiaré —respondió Arstin.

—Vamos.

El capitán dudó un instante, mientras contemplaba el rostro agonizante de Arasume.

¿Por qué?

Sabía la respuesta, pero no quería pensar en ella en aquellos momentos.

—Seguidme.

De pronto, la espada y él ya no eran uno. Y, de hecho, aquello que sostenían sus manos ya no era Dakaname. Sintió una nueva presencia, una voluntad trabajando en la espada. Y supo que no se le sometería. Dakaname no estaba allí; de algún modo, la personalidad de su hermanita había desaparecido. Se había... disuelto en aquella mujer que, desafiante, le negaba sus deseos.

—¡No! —gritó.

Era pura voluntad, pura rabia, puro deseo. Se lanzó contra la espada. Dakaname o quien fuera no le negaría lo que era suyo, lo que le pertenecía, aquello por lo que había esperado, tramado y maquinado durante diez mil años.

Se lanzó sólo para ser rechazado.

¿Qué…?

—¡Eres mío! ¡Eres mío, maldita sea, y no me negarás lo que me pertenece!

Pero la presencia que habitaba ahora la espada se limitó a sonreír y no cedió a sus deseos. Tairuname se lanzó hacia delante, un

torbellino imparable de pura rabia, pero por primera vez en su vida, encontró un obstáculo que no podía atravesar.

Parpadeó, confuso. Lanzó un grito. Se lanzó de nuevo contra la espada y fue rechazado otra vez.

Los tres que eran uno contemplaban perplejos la escena. Uno de ellos tuvo un atisbo de lo que estaba pasando y apenas se atrevió a desear que estuviera en lo cierto. Con timidez, los tres que eran uno extendieron una mano.

Tairuname gritó su frustración. Todo tembló a su alrededor.

«No tienes poder sobre mí», dijo la nueva voz de la espada en un tono suave, casi acariciante.

Y dejó de pertenecerle. Se soltó, quedó colgando en el vacío.

—¡No! —repitió Tairuname.

Los tres que eran uno tomaron la espada y, al hacerlo, una parte de ellos la reconoció. Borracho de alegría, estuvo a punto de romper el vínculo.

Ámber.

«Algo así», respondió la negra hoja. «Algo parecido, mi dulce monstruo.»

¿Cómo?

«No preguntes.»

No preguntó. Aceptó lo que ocurría con un encogimiento de hombros y se lanzó al ataque.

Para su sorpresa, Tairuname retrocedió, acobardado.

—No —dijo—. No puede pasar así. Soy…

No eres nada, dijo de pronto una voz en su interior. Una voz que ya no era débil, una voz que empezaba a recuperar la mente que le pertenecía y expulsaba al invasor.

No eres nada.

—¡Soy Tairuname Isu doh Tairunabe, primer emperador de Honoi, y mi voluntad no será negada!

No eres nada, dijo la voz. *No eres más que información obsoleta. No eres más que una ilusión que voy a borrar. Ésta es mi mente, me pertenece a mí y la has ocupado durante demasiado tiempo, invasor. Vete.*

—¡No!

Los tres que eran uno detuvieron su brazo a mitad del ataque, inseguros de lo que estaba pasando.

Te borro, dijo la voz. *Te elimino. Tus recuerdos no son más que ruido y me deshago de ellos. Soy el dueño de este cuerpo y esta mente.*

—¡No!

Te borro.

Tairuname empezó a articular un nuevo «¡no!», se detuvo a mitad del gesto y se quedó completamente inmóvil.

Los tres que eran uno, sin saber qué hacer, bajaron el brazo.

Esperaron.

El vórtice seguía tirando de ellos hacia el otro lado y, de algún modo, presintieron que ya estaban cerca, que no faltaba mucho.

Tairuname seguía inmóvil y, poco a poco, su rostro estaba cambiando. Sus facciones se iban volviendo fluidas, indistintas. El cuerpo se hacía más esbelto, un poco más andrógino. El pelo crecía y se aclaraba.

Los tres que eran uno, perplejos, se preguntaron qué había pasado y cómo.

«Es un poco largo de contar», les respondió la espada.

Sí; el vórtice estaba abierto, y pronto Tairuname emergería y se ocuparía de todo. Toshune apenas podía contener la impaciencia.

Frente él, el Emperador y la Reina permanecían inmóviles, contemplándose el uno al otro, como si esperasen un milagro de última hora que pudiera sacarles de aquella situación. Más allá, entre el grupo de Intgze, yacía un Qérlex agotado, sin un solo mensajero en su cuerpo. La noche, poco a poco, iba llegando a su fin.

Toshune oyó un ruido a sus espaldas.

Ah, Arasume que vuelve con el extranjero. Justo a tiempo.

En lugar de eso lo que entró por la puerta fue un grupo de adeptos empíricos encabezados por un ceñudo Orston Velhas, un confundido Fléiter Praghem y un taciturno Arstin Penjándel.

No. Es absurdo. No puede…

Algo más atrajo su atención. Mientras los adeptos empíricos desarmaban a sus hombres y seguían su camino hacia donde él estaba, Toshune se dio cuenta de que alguien había pasado a través del vórtice.

¡Por fin!

Sí, aún estaban a tiempo.

Pero lo que llegó del otro lado no fue lo que esperaba ver. El vórtice vomitó a Renyokiru Mizuni, Dasaraki Itasu y Yáxtor Brandan como si tuviera prisa. Y un instante después arrojó a un carneútil de facciones delicadas y cuerpo menudo.

Y se cerró.

Yáxtor trastabilló, consiguió mantener el equilibro y se puso en pie. Sostenía una larga espada de hoja negra.

—¿Fléiter? —preguntó de pronto—. ¿Qué demonios haces aquí?

El occidental se encogió de hombros.

—Ya sabes —dijo—. Me pareció que sería buena idea dejarme caer y traer algunos amigos conmigo. Por si hacían falta. Nunca se

sabe.

Limpiar los destrozos tras la fiesta es una tarea ingrata. Necesaria, pero a menudo dificultosa, sucia y, casi siempre, aburrida.

—Orston Velhas

En su celda, Toga Toshune permanecía inmóvil, en silencio.

Llegó la noche y, con ella, el cambio de guardia. Toshune siguió inmóvil, sentado en el futón extendido en el suelo.

Uno de los guardias fue a por el rancho. El otro se aproximo a la celda. Toshune no alzó la vista.

—Tengo algo para ti —dijo el guardia.

Toshune no hizo caso. El guardia miró a los lados, se aseguró de que estaban solos y dijo:

—*Orentar ener du.*

El antiguo Shono alzó la vista. Miró al guardia con expresión alerta. El guardia asintió y sacó de entre sus ropas lo que parecía un estilete, delgado, largo y afilado. Se lo tendió al Shono.

Éste lo tomó entre sus manos, lo miró unos instantes y luego, muy despacio, se lo introdujo por una de sus fosas nasales. Se detuvo un instante, como si hubiera encontrado un obstáculo inesperado. Empujó, se oyó un chasquido y el estilete siguió su camino.

Cerró los ojos y, con cuidado, manipuló unos pequeños controles en el mango de la herramienta. Su cuerpo se vio sacudido de repente por un espasmo. Abrió los ojos y fue como si viera lo que le rodeaba por primera vez. Luego, muy despacio, empezó a sacar el instrumento de su nariz.

Algo más salió con él. Una esfera de color negro, atrapada en el garfio en el que se había convertido la punta del estilete. Toshune, con un último esfuerzo, se lo tendió todo al guardia.

Éste lo tomó, separó la esfera del garfio y guardó ambos entre sus ropas. El Shono lo miró una última vez. Su nariz empezó a supurar; sangre, quizá, y sin duda algo más. Sus ojos no tardaron en perder lucidez y enseguida el cuerpo se desmadejó sobre el futón.

El guardia aún espero unos segundos antes de dar la voz de alarma.

—¡Increíble! Y me lo he perdido todo, comandante. ¿Te lo puedes creer?

Fléiter se mantuvo impasible mientras el Coordinador Electo seguía con su perorata. ¿Creérselo?, pensó. Había muchas cosas que no se creía de aquel individuo, así que una más no sería ningún esfuerzo.

—¡Una revolución! ¡Una revuelta palaciega! ¡Intgze contra adeptos empíricos! ¡Arbolmundos! ¡Vórtices! ¡Conspiraciones! Y me lo he perdido todo.

—Bueno, Coordinador —dijo Fléiter al fin. En aquel momento habría dado cualquier cosa por haber regresado a Alboné con el Regente—. Al menos estabas a salvo. Quién sabe lo que habría pasado… Al fin y al cabo, nos fue bien por un pelo.

—¿Por un pelo? —dijo Álbar—. Quizá. Pero nos fue bien. Nada acaba mal si hay ganado en el corral, como decimos en mi tierra. Y en buena medida te lo debemos a ti, comandante.

—Sólo hice mi trabajo, Coordinador.

—Y tanto que sí, Praghem. Un trabajo de primera. A veces pienso que estamos malgastando tus talentos en Alboné. Tal vez tu sitio esté en Washorya.

Álbar disfrutó unos instantes con la expresión de Fléiter. Luego le dio unas palmadas en el hombro y dijo:

—Aunque es verdad que pocos comprenden a esos malditos albonenses como lo haces tú, comandante. Y es una tontería cambiar las cosas que funcionan, ¿no crees?

—Me parece una decisión inteligente, Coordinador.

—En fin, en cualquier caso, no hay por qué tomar decisiones de forma precipitada. Y, si lo pienso, en un par de años se acaba mi mandato, regresaré a mi rancho y me olvidaré de toda esta parafernalia. Por no mencionar el papeleo. Uf. Qué te voy a contar.

Fléiter estaba seguro de que, antes de las próximas elecciones, surgiría algo que obligaría al Coordinador, «muy a su pesar», a presentarse a la reelección. Prudentemente, se limitó a asentir.

—En fin, no te entretengo más. Aún queda bastante por poner en su sitio. Seguro que tendrás mucho que hacer.

Con una última palmada, el Coordinador le despidió. Fléiter abandonó la habitación, salió al patio y sólo entonces se permitió un largo suspiro de alivio.

Bueno, bien está lo que bien acaba.

Aunque, ¿había acabado? El Emperador y la Reina estaban a salvo, o eso parecía. Y los Intgze que estaban implicados en la conspiración habían sido detenidos y puestos a buen recaudo, al igual que el Shono. El siempre eficiente Arstin se había encargado de ello.

Pero aún quedaban demasiados detalles por cerrar.

Había habido adeptos empíricos implicados en todo aquello, estaba seguro. Y personal del palacio. Y alguien más, alguien que había conspirado seis años atrás con el jerarca depuesto de una ciudad-estado de Ashgramor, alguien que había pasado todo aquel tiempo desarrollando un método casi infalible para suplantar a un humano. Alguien que...

Se encogió de hombros.

No era asunto suyo limpiar aquello, y estaba seguro de que el Regente pondría orden en su casa de un modo eficaz e implacable. Pero no le envidiaba la tarea.

Demasiados detalles por cerrar, se dijo de nuevo. Demasiadas ramificaciones, demasiados cabos sueltos.

Ah, maldita sea, ya tendría tiempo para preocuparse por todo más adelante. Ahora era el momento de pillar una buena borrachera. Por unos instantes pensó en buscar a Yáxtor, pero enseguida cambió de idea.

No; sabía exactamente con quién iba a compartir la cogorza. Con alguien que lo necesitaba mucho más que el adepto.

Yáxtor siguió las indicaciones que le había dado el Intgze por orden de Mizuni y no tardó en llegar al lugar donde, eso creía, ella le estaba esperando.

Había dejado atrás la ciudad hacía un buen rato, y ahora ascendía por un camino de grava que lo llevaba al otro lado de una pequeña loma. Allí, en un vallecito junto a un río, vio una modesta casa de madera. Por la chimenea salía un hilo de humo, y estaba rodeada de un jardín bien cuidado. El camino que seguía el adepto terminaba allí.

Se detuvo un instante en lo alto de la loma. Llevó la mano a la empuñadura de la espada.

«¿Dudas? ¿Ahora?», la voz de Ámber sonaba divertida, casi al borde de lo socarrón. «¿Precisamente ahora se te ocurre dudar?»

Yáxtor contuvo una sonrisa.

Bueno, en algún momento debía empezar, ¿no?

«No esta noche, mi amor. Además, sé que deseas hacerlo y

seguro que ella también. Así que dime, monstruo mío, ¿qué te detiene?»

Buena pregunta. Yáxtor no estaba seguro. Desde que el vórtice lo había vomitado en el Patio Prohibido se sentía extrañamente cohibido ante Mizuni.

«No quieres irte, ¿verdad?»

Qué más da lo que yo quiera.

«Ah, sí, la Reina. Siempre la Reina. El maldito deber.»

No es sólo eso. También es ella. Si quisiera quedarme, si decidiera renunciar a mi vida como adepto, Mizuni no me lo permitiría. No me consentiría dejar de ser quien soy.

«¿Estás seguro de eso?»

Bastante.

La espada guardó silencio. Desde que habían vuelto, su voz, todas sus actitudes, la forma de dirigirse a él, eran inequívocamente las de Ámber. Todo rastro de Dakaname había desaparecido de ella, como si nunca hubiera existido. Incapaz de enfrentarse al que había sido su amo, había preferido desaparecer antes que seguir siendo un esclavo.

Prefirió morir antes que dejar de ser quien era, se dijo Yáxtor.

«¿También estás seguro de eso?»

En realidad no; no del todo. Pero no era el momento ni el lugar para pensar en ello. Tomó aire y empezó a descender por la loma hacia la casa.

«Bien.»

Unos minutos más tarde se detenía en el porche, se descalzaba y subía los tres escalones. No le hizo falta llamar. Una voz dijo, desde el interior:

—Pasa, Yakisetoru.

Hizo a un lado el panel. Mizuni se sentaba sobre sus piernas en una habitación casi vacía. Dos flores se marchitaban lánguidamente en un jarrón junto a un pequeño brasero sobre el que borboteaba una tetera. Ella sonrió al verle y le indicó con un ademán que entrara.

Yáxtor así lo hizo, y se sentó frente a ella. Dejó la espada a un lado, apoyada en la pared, y no se le escapó el modo en que los ojos de Mizuni seguían sus gestos.

—Esta tarde es eterna —dijo ella de pronto, cuando consideró que el adepto se había terminado de acomodar—. No terminará jamás. No tendrá fin. Es, para nosotros, todo el tiempo del mundo.

Yáxtor dudó unos instantes, comprendiendo sólo a medias lo que la mujer quería decir. Al fin, asintió.

—Un poco de té limpiará nuestro paladar y despejará nuestras cabezas.

Con una delicadeza infinita, la mujer apartó la tetera del brasero

y sirvió dos tazas. Cada uno de sus movimientos era inevitable, de una belleza tan fugaz, tan delicada, que Yáxtor se sintió tosco por comparación. Le acercó una de las tazas.

Durante largo rato, los dos bebieron en silencio, perdidos en sus propios pensamientos y, a veces, en los ojos del otro. Una sonrisa sutil curvaba a veces los labios de Mizuni.

De vuelta en Alboné, Orston Velhas trataba de poner un poco de orden en el agitado palacio mientras, discretamente, comenzaba una investigación a fondo de todo su personal y de los adeptos empíricos. Había redoblado la vigilancia de la carneútil real y reforzado la guardia de palacio, pero todo eso no le serviría de mucho mientras no tuviera claro quién era leal y quién no.

Estaba el problema de Asima, por supuesto. La Adepta Suprema de la Curación había dado por buena la teoría de Fléiter de que creía estar trabajando para el Regente. Y quizá fuese cierto. Pero también podía haber estado implicada y haber cambiado sus lealtades cuando se vio al descubierto. No podían permitirse tener a una persona cuya lealtad no era clara en un puesto tan alto como el de Asima. De un modo u otro, había que resolver aquello cuando antes. A ser posible antes de que la Reina volviera.

Por otra parte, el capitán Penjándel había sabido mostrarse a la altura de las circunstancias, y otro tanto se podía decir del viejo Qérlex. La Reina estaba a salvo, al menos de momento, y la actual crisis había pasado.

Hasta la siguiente, como siempre.

En unos días, tras la boda en Honoi, la Reina volvería a Alboné acompañada del Emperador. Se celebraría la segunda ceremonia de esponsales y, para bien o para mal, el destino de los dos países quedaría unido a partir de aquel momento. Una alianza en la que había empezado a trabajar en sus últimos días como Adepto Supremo y que, si todo iba bien, sería su primer gran logro como Regente.

Si todo va bien, se repitió. *Claro. ¿Acaso no lo va siempre?*

Contuvo una sonrisa, tomó un nuevo papel del legajo que había en la mesa y repasó una vez más los informes.

Fléiter desprecintó una nueva botella de vino de arroz y llenó su vaso

y el de Arstin. Lo alzó en un remedo burlón de brindis y lo apuró de un trago.

Arstin bebió el suyo en silencio, dejando que el occidental hiciera todo el gasto de conversación.

Se había dejado llevar por Fléiter con una docilidad desganada. Juntos, habían recorrido la ciudad y, al final, el occidental se había dirigido con decisión al tugurio de aspecto más cochambroso que había podido encontrar. Su olfato le había guiado bien. El vino, al menos para los estándares honoyeses, era de primera.

Iban por la tercera botella. Fléiter bebía de un modo ostentoso, ruidoso, atizándose trago tras trago de aquel flojo vino de arroz, mientras Arstin encaraba su borrachera en silencio y de un modo meticuloso.

—¡Maldita sea, muchacho! —dijo de pronto el occidental, harto de fingir que no pasaba nada—. Estás vivo. Contra todo pronóstico, estás vivo y has salido con bien de todo esto. Quizá te espere un ascenso cuando vuelvas a casa. Y tienes toda la puñetera vida por delante. ¿Qué te pasa, en nombre de la Teja?

Arstin alzó la vista de su vaso y miró a su compañero. En los ojos de Fléiter vio una preocupación sincera que, de algún modo, lo hizo sentirse aún peor.

¿Por qué?

Ésa era la pregunta que le había estado atormentando en los últimos días. Como un estribillo ridículo que se repetía una y otra vez en su cabeza y del que no conseguía librarse.

¿Por qué?

¿Por qué Arasume se había dejado ensartar? ¿Por qué había bajado la guardia en el último momento y había dejado que Arstin lo atravesase con su espada? ¿Y por qué él no había vacilado ni un segundo? ¿Por qué se había lanzado hacia adelante y había traspasado el pecho de su antiguo amante?

¿Por qué?

Había vuelto a la sala del espejo de comunicaciones aquella misma noche, mientras los adeptos empíricos y los Intgze leales se hacían cargo de la situación. Arasume seguía donde lo había dejado: medio caído de lado junto al espejo, con una sonrisa congelada en el rostro y el cuerpo convertido en una marioneta desmadejada. Por un instante, Arstin creyó que aún estaba con vida, le pareció distinguir un brillo de reconocimiento en sus ojos.

Pero no. Estaba muerto. Todo lo que era, lo que había sido, lo que podría haber llegado a ser, había desaparecido. Arstin se había arrodillado junto a él, había contemplado aquellas facciones coaguladas para siempre y, durante el resto de la noche, no se había movido de allí.

Y en todo aquel tiempo, un único pensamiento ocupaba su mente:

¿Por qué?

Al amanecer se había incorporado a su puesto, había reagrupado a sus hombres y había regresado a la rutina de patrullas, informes y vigilancia. Pero la pregunta seguía allí, martilleando una y otra vez en su cabeza.

—¿Me oyes, Arstin? ¿Estás aquí, condenado muchacho?

Las palabras de Fléiter le hicieron volver al presente. Sonrió con tristeza y apuró el contenido de su copa.

—Lo estoy, Fléiter.

—Bien, cuéntame lo que sea. No puede ser tan malo.

¿Malo?, se dijo. No, quizá no lo era. En realidad, no podía estar seguro.

—No hay…

—Venga, muchacho. Sea lo que sea, necesitas soltarlo.

Tomó aire. Miró de nuevo al maduro agente occidental. Le acercó su copa. Mientras Fléiter se la llenaba, tomó una decisión.

Convencido de que no serviría de nada, empezó a hablar.

—Desde que estoy aquí os he oído contar varias historias de Ioh Node —dijo Yáxtor—. He oído a R'nendo contar la versión oficial, luego tú me contaste una nueva versión y Tairuname nos contó una tercera que tenía poco que ver con las anteriores. Y sospecho que si preguntase a más gente, acabaría con una docena de versiones distintas y en parte contradictorias de lo que es el Jardín de la Memoria, de cómo se construyó, de qué es Otrolugar, de…

Compartían un rincón de la sala. Sus ropas estaban hechas un revoltijo a su lado. El sudor se secaba poco a poco en sus cuerpos satisfechos. Y, al fondo, el brasero lo teñía todo de un color irreal.

—No pueden ser ciertas todas. No a la vez.

Mizuni le miró. Parecía divertida.

—Quieres saber cuál es cierta. —Él asintió—. Todas, por supuesto. Cada historia es una capa que envuelve la verdad y que, a su vez, está envuelta por otra capa. La historia oficial, la que cuenta cómo Tairunabe creó el Jardín de la Memoria, es cierta, a un nivel. Igual que lo era la que contó Tairuname, a otro nivel. Igual que lo fue la que yo te conté en Imarasu. Todas son ciertas… Todas se acercan a la verdad desde un ángulo distinto. Ninguna es más real que las otras.

Yáxtor frunció el ceño.

—Lo siento —dijo—. Me temo que aún no soy lo bastante

honoyés para verlo así.

—No —respondió ella—. Y no lo serás nunca. Pero no importa. Lo eres lo suficiente.

—¿Para qué?

—Para mí. Para este momento. Para siempre.

Se acurrucó contra él, y la presión de su cuerpo hizo que Yáxtor se sintiera en paz, sin preocupaciones. Ella tenía razón, se lo había dicho al llegar: aquel momento era eterno, era cuanto les quedaba y no tendría final. Al amanecer, Yáxtor se iría, volvería a sus obligaciones para con su Reina, regresaría a Alboné. Pero, al mismo tiempo, aquel instante, aquella tarde interminable se quedaría allí para siempre.

Tonterías, dijo una parte de él.

Pero decidió no hacerle ningún caso.

Contempló su espada, apoyada en la pared, y tuvo la sensación, nítida y concreta, de que la personalidad almacenada en ella sonreía aprobadora.

No necesito tu permiso, pensó.

No hubo respuesta. Tal vez, como mucho, una risa tranquila y lejana.

Dasaraki Itasu, tras una sesión de juegos de almohada que había dejado agotados a dos de los Intgze más vigorosos de su compañía, bebía a solas y en silencio en la penumbra de su cuarto.

Sabía perfectamente dónde estaba ahora su comandante, y con quién. Sabía también que Mizuni estaba a salvo con Yakisetoru, que éste no le haría ningún daño. Y estaba segura de que aquello, aquella relación con el adepto, era lo que su comandante necesitaba en aquellos momentos.

El resto era el futuro. Y el futuro, como siempre, no tenía rostro.

Bebió un nuevo trago.

No le importaba que no le incluyesen en su intimidad. Sabía que aquel momento debía ser sólo para ellos dos y lo aceptaba sin celos ni remordimientos.

De hecho, una parte de ella lo prefería así. Una parte que había estado rehuyendo al adepto durante los últimos días.

Se había asomado. Se había parado al borde del abismo y había mirado. Los tres lo habían hecho. Mientras el vórtice los arrastraba por el nexo, se habían fundido en uno solo y cada uno de ellos se había asomado a la mente de los otros dos.

Itasu había visto muchas cosas que no comprendía en la mente

de su comandante, pero las había aceptado sin ningún problema. En cuanto a las que había visto en la mente de Yakisetoru…

Oh, las comprendía, claro que sí. No había nada difícil de entender en la mente del adepto.

Pero…

Mizuni lo había aceptado sin un momento de vacilación, estaba segura. Y a Itasu no le cabía ninguna duda de que había hecho lo correcto… al menos para ella misma.

Tomó un nuevo trago. Vio que la botella estaba vacía y, medio tambaleándose, se puso de pie. Salió al patio, desierto a aquellas horas de la noche. Se apoyó en una de las columnas del porche y aspiró muy despacio.

Tengo tiempo, se dijo.

Sí, mucho tiempo. Cuando el Emperador fuera a Alboné para la segunda ceremonia de matrimonio, varios Intgze lo acompañarían. Y Mizuni ya le había confirmado que sería ella la que estuviera al frente de la comitiva.

Así que tendría tiempo suficiente para tratar con Yáxtor, para asimilar lo que había visto, para decidir qué forma tendría la relación entre ambos en el futuro.

En aquellos momentos, mientras el aire fresco de la noche le iba despejando lentamente la cabeza, sólo estaba segura de una cosa.

Será mejor que no le dé nunca la espalda.

El funeral del Chambelán se celebró aquella noche. No tenía familiares y sólo el Emperador, la Reina y algunos funcionarios estaban presentes.

El carneútil que se había hecho pasar por él había sido diseccionado, y su esfera de memoria fue explorada por los Intgze, ayudados por un Qérlex Targerian de gestos fatigados y expresión entusiasmada. No habían conseguido nada relevante.

El Emperador enrolló el papel con su oración fúnebre y lo depositó en la pira. Regresó junto a la Reina y dio la orden de que la encendieran.

Mientras las llamas se alzaban al cielo nocturno, se preguntó cómo se las iba a apañar a partir de ahora. Dasarume Togoichi había estado a su lado desde que tenía memoria, educándolo para aquello en lo que se iba a convertir, guiando sus pasos, corrigiendo sus errores y reforzando sus aciertos. Lo que había habido entre los dos no era exactamente afecto, pero en algunos aspectos había sido incluso más profundo.

Responsabilidad, se dijo. *Él era responsable de mí. Yo era responsable de estar a la altura de lo que esperaba de mí.*

Y ahora…

Se las arreglaría. No estaba solo, se dijo mientras tomaba la mano de la Reina entre las suyas. O quizá sí. Tal vez, precisamente, debía estar solo a partir de aquel momento. Su mentor se había ido, antes de lo que los dos hubieran querido, pero se había ido y eso, en cierto modo, lo convertía en adulto de un modo irreversible.

Tenía muchas cosas de las que ocuparse. Tal vez demasiadas. Aquella niña inquietante y viejísima que estaba a punto de ser su esposa. El destino de un país que debía cambiar más aún de lo que lo ya había cambiado, sin perder su esencia en el proceso.

Toshune había dejado de ser un problema, se dijo. O quizá se había convertido en el problema definitivo tras su aparatoso suicidio en las celdas. Aún estaban investigando cómo lo había conseguido, pero eso, en aquellos momentos, era una cuestión menor. ¿Qué debía hacer? ¿Dejar que la información se hiciera pública y mancillar, de ese modo, todo lo que había representado el Shono en el gobierno imperial? ¿Guardar un discreto silencio y mantener una vigilancia aún más discreta sobre el resto de la familia?

Ya tendría tiempo para pensarlo.

La pira estaba próxima a consumirse. Sólo quedaban rescoldos y cenizas. Los Intgze las recogerían y las esparcirían al viento, en el puerto. No habría segunda oportunidad para Togoichi, no viviría una segunda vida en Ioh Node. Cuando lo habían encontrado, su cerebro estaba demasiado deteriorado para permitir una transferencia de memoria.

La pira se apagó. El Emperador dio la orden.

Había algo que no debía olvidar, se dijo mientras abandonaba el patio en compañía de la Reina. Los Intgze de Utarasu le habían informado de que todo parecía estar bien en el Jardín de la Memoria: la Rajadura se había cerrado, la Puerta Que No Debe Ser Abierta permanecía tranquila, el nexo no había mostrado ninguna perturbación. Y en Imarasu, las cosas parecían estar volviendo a la normalidad.

En apariencia, Tairuname Isu doh Tairunabe había desaparecido para siempre del mundo. Había transferido su mente al carneútil de R'nendo y, cuando ésta había sido borrada, el último rastro del primer emperador se había desvanecido para siempre.

O quizá no.

Al fin y cabo, como el propio Tairuname había dicho, lo que había en Ioh Node no era más que información. Se había volcado en el carneútil, sí, pero ¿implicaba eso que se había borrado a sí mismo del Jardín de la Memoria, o se había limitado a hacer una copia de sí

mismo que pudiera salir al exterior? Y si era lo segundo, ¿dónde estaba el original, en qué lugar de Ioh Node se ocultaba ahora esperando otra vez su momento?

El amo había vuelto, y de nuevo Avanzadilla era parte de él, de su mente, su voluntad y sus percepciones.

Pero no del todo.

A solas en sus aposentos, recién llegado de Utarasu, R'nendo preparaba una nueva composición para interpretarla en la boda que se avecinaba. Limitado a sólo tres carneútiles, intentaba adaptar su forma de trabajar mientras, mentalmente, tomaba nota de adquirir dos nuevos embriones en cuanto volviera al oeste.

El número iba tomando forma. Música y letra estaban casi terminadas: una larga cantata que hablaba del Jardín de la Memoria, de la unión de dos pueblos distintos y del peligro que ambos habían compartido aquellos días.

La coreografía y los contrapuntos aún estaban a medias pero, lentamente, iban siendo como deberían ser.

Sus carneútiles eran, como siempre, su mejor parte, su miembro más eficaz. R'nendo no se quitaba de la cabeza la sensación de había algo distinto, de que las cosas no eran exactamente como habían sido. Lo achacaba a los dos carneútiles que había perdido y confiaba en que, con el tiempo, todo volviera a la normalidad.

Avanzadilla, en silencio, seguía las instrucciones del amo y se sometía a su voluntad. Pero en el más lejano rincón de su mente, en una habitación oscura y pequeña, una parte de él trazaba sus propios planes y se atrevía a soñar.

El hombre entró en la posada, miró a su alrededor y, con paso decidido, se dirigió a una mesa junto a la chimenea.

Su único ocupante alzó la vista al ver que alguien se había detenido a su lado.

—Ya estoy servido, gracias —dijo.

—Y bien servido, diría yo. Aunque eso no te ha impedido fracasar.

El hombre sentado a la mesa frunció el ceño. El recién llegado se quitó la capucha. El hombre sentado a la mesa reprimió un gesto de

asombro.

—Sí, Toga Toshune, soy yo —dijo el recién llegado.

Sin esperar invitación, tomó asiento. Esperó a que se acercase un camarero. Encargó una jarra de vino y un plato de estofado y aguardó impasible a que se los trajeran. Luego, mientras daba cuenta de la cena con buen apetito y mejor humor, dijo:

—Estuviste cerca del triunfo, no puedo negarlo. Y, en realidad, podríamos decir que cumpliste tu parte perfectamente. Si el plan fracasó no fue por tu culpa. Pero lo cierto es que fracasó.

El otro hombre frunció el ceño.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó al fin.

Su interlocutor sonrió, se sirvió una copa de vino y la apuró con evidente placer.

—Tengo mis métodos. Y mis recursos, Shono.

—No me llames así.

—Tranquilo. Mis palabras no llegarán a oídos indiscretos.

Terminó el estofado y luego rebañó el plato con el pan que le quedaba. Satisfecho, se sirvió una nueva copa de vino y se recostó en la silla.

—Seguí tus planes de cerca y con interés —dijo. Luego, se encogió de hombros—. Si hubieras tenido éxito, el mundo habría sido un lugar más complicado. Y, en mi negocio, me conviene un mundo lo más complicado posible.

Toga Toshune frunció el ceño:

—Tu negocio.

—Sí. No el que crees. O también, por qué no. Tengo algo que proponerte, Toga Toshune. Y creo sinceramente que deberías aceptar. Te ofrezco un puesto en mi organización. Con tus capacidades… tanto las congénitas como las que adquiriste en Ioh Node, sin duda serás una valiosa incorporación.

—¿Incorporación a qué?

El hombre sonrió.

—Digamos que a una organización que no existe, que no ha existido nunca. Que algunos creyeron destruida hace seis meses en Desolación. Pero la desaparición de ese enclave no nos ha afectado demasiado. Al fin y al cabo, ya no existíamos antes, no éramos más que sombras y rumores. Y eso seguimos siendo.

Toshune apretó la mandíbula, indeciso.

—Espectros —dijo al fin.

El hombre asintió.

—Sí; eso somos. Espectros. Sombras en la oscuridad. Rumores en el mercado. Cuentos. Espectros. Te propongo convertirte en uno.

—¿Y si lo rechazo?

—Bueno, te las has apañado para salir con bien de ésta. Pero tus

enemigos no son tontos. No tardarán en darse cuenta de que lo que murió en las celdas de Kyono-jo no era más que un impostor, un híbrido de humano y carneútil, no muy distinto del que suplantó al Regente de Alboné. Y en cuanto lo descubran, sabrán que estás vivo. La idea no creo que les entusiasme, precisamente. Te conviene desaparecer. De un modo definitivo y permanente. Podemos ayudarte.

Toshune tomó aire. Cuando habló, su voz sonó con un matiz ligeramente distinto. Algo más distante, un tanto divertida por todo aquello.

—Tu propuesta me interesa —dijo.

Su interlocutor entrecerró los ojos.

—¿A cuál de los dos?

Toshune sonrió. Por un momento, pareció otro hombre.

—A los dos, en realidad.

—Sí, creo que podemos llegar a un acuerdo.

EPÍLOGO

El futuro se ha sembrado en el presente.

—Marlev Shaspa

Mizuni no se despidió de Yáxtor. Se volverían a ver cuando se volviesen a ver. Hasta entonces, tenían un momento eterno perdido en la memoria. Un instante fugaz. Todo el tiempo del mundo, tal vez.

Sí que se despidió de Itasu. Mientras el aerobajel principal se preparaba para soltar amarras, las dos mujeres, apartadas del resto de la comitiva, hablaban en voz baja. La boda real había sido dos días atrás, con la adecuada pompa y ceremonia. Les esperaba una nueva boda en Lambodonas.

—Es tu oportunidad para ver mundo —le decía Mizuni—. Siempre has sido un culo de mal asiento, así que aprovéchala. Cuando vuelvas, tus nuevas responsabilidades no te dejarán mucho tiempo libre, me temo.

—¿Mis nuevas responsabilidades?

—He hablado con el Hijo del Origen, y está de acuerdo en que seas la nueva udotadejochi de los Intgze Carmesí. Enhorabuena, tzaru-Itasu.

Mizuni sonrió, mientras la otra mujer intentaba mantenerse impasible y fracasaba. Al fin, ella sonrió también.

—Vaya —dijo—. Creí que tardaría algo más.

—Las cosas no siempre son como nos imaginamos.

Itasu enarcó una ceja.

—Y tanto que no, udotadejochi.

—Ya no. Sólo Mizuni. Ya no soy tu superior. Sólo tu… amiga. Y todo lo demás que quieras que seamos.

—Entonces lo quiero todo.

Calló de repente, sorprendida por sus propias palabras. Pero vio

que Mizuni las aceptaba sin ningún problema.

—Una parte de mí siempre será de Yakisetoru.

Itasu asintió.

—Lo sé. Y supongo… —Miró hacia un lado, a la comitiva que estaba terminando de embarcar—. No sé. Aún tengo que decidir qué hay entre él y yo.

—Muchas cosas, seguramente.

—Sí. Pero sean cuales sean…

—Nunca le darás la espalda. Haces bien. Hasta él piensa que haces bien.

El último miembro de la comitiva había embarcado. Itasu se mordió el labio, sin saber cómo despedirse.

—Nos veremos a mi vuelta… —Dudó unos instantes—, chambelán.

Complacida, Mizuni sonrió. No parecía que hubiera mucho más que decir, así que Itasu dio media vuelta y echó a andar. Se detuvo de repente, se volvió de nuevo y contempló a Mizuni. La otra mujer asintió y abrió los brazos.

El abrazo fue demasiado corto, el beso demasiado breve. Pero lo que no tenían en tiempo lo suplieron en intensidad.

Desde lo alto de la torre, Renyokiru Mizuni vio perderse poco a poco el aerobajel en la lejanía. El largo y estilizado cigarro se deslizaba perezosamente a través del cielo de Kyono-jo en dirección al oeste.

Lo escoltaban media docena de aerobajeles más pequeños. Vigías, y también protectores. Señuelos, quizá. ¿Iban el Emperador y la Reina en el aerobajel principal, o se habían trasladado a uno de los otros, o tal vez se habían separado y cada uno se encontraba en una nave distinta? ¿O quizá no estaban allí y viajaban en la comitiva que había salido en dirección al puerto aquella misma mañana? ¿O habían cruzado tal vez usando el espejo? Pocos lo sabían realmente, y aun esos pocos no estaban seguros de que los planes no hubieran cambiado en el último instante.

Pero en aquellos momentos, a Mizuni no podía importarle menos dónde y cómo viajaban el Hijo del Origen y la Reina de Alboné.

En uno de aquellos aerobajeles viajaban las dos personas más importantes de su mundo. A una, la conocía desde siempre. La otra, había irrumpido en su vida hacía poco, del mismo modo directo y brutal en que lo hacía todo. No esperaba volver a ver a una de ellas. Contaba con ver de nuevo a la otra en pocos meses.

O quizá no.

El futuro era una incógnita. El futuro no existía. No tenía rostro,

ni nombre. No existía. Sólo el presente.

Sonrió.

Eso no era del todo cierto. No lo era nunca. El futuro era una sombra, quizá, un rumor, un espectro. Pero estaba ahí, empujando siempre, luchando por existir, a menudo inesperado y muchas veces decepcionante.

Lanzó una última mirada a la flota de aerobajeles que se perdía en el lejano horizonte occidental y descendió de la torre. Recorrió los pasillos del palacio, extrañamente silenciosos. Se detuvo ante la puerta del Patio Prohibido. A un gesto suyo, los dos Intgze que custodiaban la entrada se hicieron a un lado.

Itasu había sido perspicaz, se dijo Mizuni mientras entraba en el patio y se dirigía hacia el viejo y enorme arbolmundo. Lo era en muchos aspectos, en realidad, no sólo por haber adivinado el nuevo cargo de su comandante, sino por su actitud hacia Yakisetoru.

Sentía algo por él, sin duda. Y él, estaba segura, también sentía algo por ella. Pero hacía bien en no darle la espalda. Nunca. En muchos aspectos, Yakisetoru siempre sería un niño demasiado acostumbrado a salirse siempre con la suya. Caprichoso, poderoso e incontrolable.

Aunque no conmigo.

El retoño de arbolmundo había crecido en los últimos días, como si lo ocurrido en el nexo hubiera vigorizado sus raíces.

Mizuni tomó aire lentamente, se arrodilló y se sentó sobre sus talones.

El futuro. El presente.

Ir aprendiendo y descubriendo cuáles eran sus nuevas obligaciones como chambelán del Hijo del Origen le ocuparía la mayor parte del tiempo durante los próximos meses. Eso, y lidiar con la presencia del nuevo Shono que la familia Toga enviase a Kyono-jo.

Pero encontraría tiempo para otras cosas. Para pequeños momentos, para fugaces instantes en los que recordaría los momentos pasados con Yakisetoru y esperaría la vuelta de Itasu.

Y para algo más.

Se acarició el vientre y sonrió.

Sí; pronto estaría muy ocupada. No sólo por sus nuevas obligaciones como chambelán. Pronto tendría una ocupación que la mantendría atareada el resto de su vida.

Tomó aire otra vez. Miró hacia lo alto. El viento mecía las ramas del retoño de arbolmundo. Su padre, muerto pero todavía en pie, permanecía impertérrito.

Se acarició el vientre de nuevo. Se concentró, envió sus mensajeros dentro de su propio cuerpo y percibió con precisión la pequeña vida que empezaba a crecer dentro de ella. En el minúsculo

cerebro que empezaba formarse sintió las primeras chispas. Aún no eran pensamientos, ni siquiera emociones. El preludio de ellos, tal vez, la promesa de su llegada.

La mañana casi había terminado cuando salió del patio. Un funcionario de palacio la esperaba a la puerta, nervioso.

—Tzaru-Renyokiru, los cortesanos te esperan.

Ella asintió. Empezaba el trabajo. Pensó una última vez en Itasu y Yakisetoru, de camino a Alboné. Se acarició el vientre.

Tu madre va a estar muy ocupada los próximos días.

Dejó que el cortesano la precediera por el pasillo. Sonreía. Muchos de entre aquellos con los que se cruzaba se preguntaron a qué venía aquella sonrisa. Como de costumbre, sus pensamientos eran un enigma para casi todos los que la rodeaban.

Pero no para todos, se dijo. *Y nunca para ti, hijo mío.*

El funcionario abrió la puerta de la sala. Mizuni tomó aire, entró y, como siempre, vistió su serenidad a su alrededor como una armadura.

Aquí termina

EL JARDÍN DE LA MEMORIA

pero Yáxtor Brandan volverá en

LA SOMBRA DEL ADEPTO

Apéndices

Las Máscaras del Drama

Akaname Isu: Nombre de nacimiento del actual Emperador de Honoi.
Ámber: Esposa de Yáxtor Brandan. Muerta hace seis años.
Brandan, Próxtor: Padre de Yáxtor Brandan. Desaparecido misteriosamente poco antes del nacimiento de su hijo.
Brandan, Yáxtor: Adepto empírico ejecutivo al servicio de la Reina de Alboné.
Dakaname: La espada de Tairuname.
Dasaraki Itasu: Capitana (tadejochi) de los Intgze de Kyono-jo.
Dasaraki Odetora: Joven teniente (sedotadejochi) de los Intgze, hermano de Itasu.
Dasurame Togoichi: Primer Chambelán del emperador de Honoi.
Epaydos: Comerciante de Painé.
Fijune Daraiku: Tadejochi de los Intgze de Utarasu.
Mishra: Propietaria del mejor burdel de carneútiles de Lambodonas.
Penjándel, Arstin: Capitán del Regimiento Real de Alboné.
Praghem, Fléiter: Miembro del Capítulo de Información de la Confederación Occidental, destacado desde hace años en el Continente Primigenio.
R'nendo: Famoso trovador.
Reina de Alboné, La: Gobernante de la isla del mismo nombre. Perpetuada su personalidad durante cientos de años a través del trasplante de recuerdos vía carneútil.
Renyokiru Mizuni: Comandante (udotadejochi) de los Intgze de Kyono-jo. Superior inmediata de Itasu.
Sdensen, Álbar: Coordinador Electo de la Confederación Occidental.
Sterd, Asima: Adepta Suprema de la Curación.
Tairunabe: La primera mujer en salir del Lugar del Origen, según las leyendas honoyesas. Llevaba en brazos a su hijo Tairuname, futuro Emperador de Honoi.

Tairuname Isu doh Tairunabe: Primer Emperador de Honoi.

Targerian, Qérlex: Adepto Empírico Supremo al servicio de la Reina de Alboné. Hasta hace poco era Maestro de Artífices dentro de la orden, cargo que sigue conservando.

Toga Toshune: Shono del emperador de Honoi. Antiguamente el Shono era el verdadero Regente de la nación. Cuando el emperador recuperó el poder, hace más de un siglo, el Shono se integró en la estructura del gobierno como un consejero más.

Usaraki Arasume: Oficial de los Intgze. Segundo al mando de Arstin Penjándel cuando éste se hace cargo de los regimientos de Kyono-jo.

Utano Reiko: Secretario del Consejo de los Siete, grupo que toma las decisiones que atañen al Jardín de la Memoria.

Velhas, Orston: Regente de la Reina de Alboné. Antiguo Adepto Empírico Supremo.

Glosario de Términos Honoyeses

Gramática

Los verbos honoyeses terminan en «n». Se convierten en nombres añadiéndoles «o». Como en «kyon» (gobernar) y «kyono» (gobernante o gobierno, en función del contexto).

Su conjugación es extremadamente sencilla, teniendo sólo tres tiempos simples: presente, pasado y futuro que se construyen añadiendo respectivamente «er», «es» y «en» al verbo. El resto de tiempos verbales se construyen mediante perífrasis.

Para sentencias interrogativas se añade la palabra «hastha» al inicio de la frase.

El plural de las palabras suele formarse añadiendo una «i», aunque es más una costumbre que una norma fija.

El apellido se antepone al nombre.

Pronunciación

Su pronunciación no se diferencia de la *lingua franca* usada en todo el Continente Primigenio, asimilada en este entorno al castellano, con las siguientes salvedades:

«h» seguida de vocal: aspirada.
«sh»: «s» líquida, como en el inglés «shave».
«tz»: «ts»

La «l» no existe. Cuando un honoyés la transcribe, la sustituye por una «r» simple. Del mismo modo, rara vez puede haber dos sonidos consonantes seguidos, salvo en el caso de la «n». Así, por ejemplo, un honoyés pronunciará «Alboné» como «Aruboné».

Ashita: Gracias.

Asu: Isla. Usado habitualmente como sufijo.
Daka: La muerte.
Doh: Partícula utilizada en los nombres para referirse al principal ancestro de alguien. Como en Tairuname Isu doh Tairunabe. Literalmente: «Isu, hijo del origen, que procede de la hija del origen».
En: Ser.
Ge: Entre.
Honoi: Nombre del archipiélago situado en el mar del mismo nombre. El significado de la palabra no está del todo claro, aunque los honoyeses afirman que quiere decir «la primera tierra de los primeros hombres».
In: Bajo, humilde. Generalmente usado como sufijo
Ioh: Jardín.
Ingtze: Nombre que se da a los escuadrones de élite al servicio del emperador de Honoi, que guardan su persona y el Jardín de la Memoria. De etimología incierta. Se ha sugerido que puede ser una contracción de In Ge Tze: el más ínfimo entre todos.
Itasu: Regocijo.
Jo: Morada, residencia. Suele usarse como sufijo o partícula añadida. A menudo se usa como sinónimo de «ciudad».
Karu: Puerta.
Kyon: Gobernar.
Kyono: Gobernante.
Kyono-jo: Capital de Honoi: «el lugar donde viven los que gobiernan».
Mizun: Combatir.
Nabe: Hija. Literalmente «surgida de». Como en Tairunabe: «hija del origen».
Name: Hijo. Literalmente «surgido de». Como en Tairuname: «hijo del origen».
Oguemo: En grandes cantidades.
Orentar: Sombra.
Oruntaru: Que ha sido mordido por la oscuridad.
Nagai: Para nada, en absoluto. «Ashita nagai» podría traducirse como «de nada», aunque su significado es más formal: «el agradecimiento no es necesario» o «no hemos hecho nada para merecer tu agradecimiento».
Ni: Excelencia, habilidad suprema. Usado comúnmente como sufijo.
Node: La esencia de uno mismo. La suma de sus recuerdos y algo más.
Sedotadejochi: El que aspira a tadejochi. Teniente.
Seka: Realidad.
Shon: Servir.
Tadejochi: Aquel que dirige. Generalmente traducido como «capitán».
Tairu: Origen, entendido como el lugar del que salieron todas las

cosas.

Taru: Oscuridad.

Tzaru: Tratamiento de cortesía que se antepone al nombre.

Tze: Todo el mundo.

Utekaru: «La puerta que comunica».

Utokaru: «La puerta que encierra».

Udotadejochi: El que supervisa al tadejochi. Comandante.

Zasén: Mil.

Glosario de Lugares y Alianzas

Aidán: La más occidental de las naciones del Continente Primigenio. Durante un tiempo fue el país hegemónico, gracias en buena medida a su colonización de la parte sur del Continente Occidental. Tras la pérdida de sus colonias fue perdiendo importancia paulatinamente.

Alboné: Una de las dos naciones en que se divide la Isla de Occidente, separada de Hyburn (que hasta hace dos siglos estuvo bajo su dominio) por una cadena montañosa. Buena parte de los colonos que poblaron el norte del Continente Occidental partieron de allí. Se la considera, generalmente, como líder oficiosa de los Pueblos del Pacto.

Anapakarimán: Situada al sur del Continente Occidental, es una isla enorme y escasamente habitada. Su interior es un gran desierto prácticamente despoblado, y la parte sur tiene un clima extremo y a menudo está cubierta por el hielo. La mayor parte de la población (de origen principalmente albonense) se localiza en varios puntos de su costa septentrional.

Arginia: Antigua colonia de Aidán en el Continente Occidental. Ocupa la parte meridional de su mitad sur.

Ashgramor: Situada al sur de Khynai, y separada de ésta por las montañas, es nominalmente una nación no alineada y mantuvo su estatus de neutralidad durante la Guerra del Martillo. Con el tiempo, la influencia de Khynai ha ido creciendo en su territorio.

Barlénder: Antigua capital de Wahrang. La ciudad está divida en dos por el río que la cruza. Tras la Guerra del Martillo, la mitad occidental permaneció dentro del territorio de Wahrang, aunque dejó de ser su capital. La parte oriental se ha convertido en capital del estado-títere de Thunia, bajo control de Khynai.

Bradosi: Antigua colonia de Aidán en el Continente Occidental. Ocupa

la parte central de su mitad sur.

Can: Según el Libro del Origen, el lugar donde nacieron los humanos y donde reside Dios (o los dioses, según las diversas interpretaciones). Su importancia estratégica es escasa: se trata de un territorio yermo y poco poblado, con escasos recursos naturales. Su pretensión de ser la cuna de la Humanidad, sin embargo, le ha conferido un valor exagerado a lo largo de la historia.

Confederación Occidental: La más dinámica de las naciones del Continente Occidental, situada al norte de éste. Su intervención en la Guerra del Martillo (al lado de Khynai y los Pueblos del Pacto) fue fundamental para la victoria.

Desolación: Isla situada al este de Thunia. Hace cincuenta años se creyó que se había hundido en el mar, y el supuesto cataclismo causó importantes destrozos en las costas de Thunia y Khynai y afectó al clima de todo Érvinder durante varios años. En realidad, la isla seguía existiendo, oculta tras un campo de contención y camuflaje, y se había convertido en cuartel general (o uno de ellos) de los Espectros.

Espectros, Los: Misteriosa organización que consiguió robar un racimo de Bombas de Malas Noticias del arsenal de la Confederación Occidental y estuvo a punto de usarlo con éxito para destruir los bosqueoscuros. Tras la destrucción de su cuartel general en Desolación, no se ha vuelto a saber de ellos.

Érvinder: El mundo, tal como se lo conoce.

Gran Desierto, El: Territorio yermo que se extiende al Este de Ashgramor y al Sur de Khynai. Apenas habitado.

Honoi: Archipiélago en el mar interior del Este. Aislacionistas hasta los primeros contactos con Wahrang y, durante el último siglo, ferozmente expansionistas. Se alineó con Wahrang en la Guerra del Martillo y, cuando el resto de las potencias agresoras se habían rendido, Honoi continuó luchando. Fue la explosión de la primera bomba de Malas Noticias sobre su capital lo que acabó oficialmente con la guerra. Tras ésta, permaneció diez años bajo la ocupación de los Pueblos del Pacto, hasta su integración en ellos.

Hyburn: Separado de Alboné por una extensa cadena montañosa, ha permanecido bajo ocupación de ésta hasta tiempos recientes. Desde entonces las relaciones entre ambos países han sido tensas, a pesar de pertenecer los dos a los Pueblos del Pacto.

Infierno Blanco, El: La tierra más meridional de Érvinder, cubierta de nieves perpetuas y sometida a temperaturas extremas.

Islas del Paso del Norte: Archipiélago que se extiende entre la parte más occidental de Wahrang y el norte del Continente

Occidental. Los primeros pobladores de éste (el núcleo de lo que luego formaría la nación de Mex) probablemente cruzaron el océano paulatinamente por este lugar.

Jarsarén: Capital de Can y prácticamente su único núcleo urbano de importancia. Se extiende alrededor de la Colina del Origen, en cuya cumbre se encuentra la Morada de Dios (o de los dioses).

Khynai: La más antigua de las civilizaciones del Continente Primigenio, según afirman sus propios habitantes. Colonizada, de acuerdo a sus crónicas, por los primeros hombres que salieron de la Morada de Dios. Su interpretación del Libro del Origen es estricta y restrictiva y no admite la posibilidad de otras lecturas. Su forma de gobierno es una teocracia monoteísta. Aislacionistas hasta que la invasión de Wahrang y Honoi los obliga a enfocar su atención hacia el resto del mundo. Durante la Guerra del Martillo fue aliada, a regañadientes, de los Pueblos del Pacto. Acabada ésta, decide formar su propia alianza de naciones a la que llama el Martillo de Dios.

Kyono-jo: Capital de Honoi. Tradicional residencia del emperador de las islas.

Lambodonas: Capital de Alboné. La ciudad más poblada (y, según sus habitantes, la más civilizada) de los Pueblos del Pacto.

Martillo de Dios: Oficialmente carece de pretensiones políticas y simplemente es un modo de denominar a aquellos pueblos unidos por su creencia en el Dios Único. En la práctica, forma una unidad política, controlada por Khynai.

Mex: La más antigua de las naciones del Continente Occidental y durante mucho tiempo (hasta la llegada de los colones albonenses y aidanos) su único país organizado como tal. El resto de la masa continental estaba poblado de tribus nómadas que, probablemente, fueron desplazándose desde el norte. Se cree que Mex fue colonizado por expediciones procedentes de Wahrang en un tiempo remoto.

Océano Exterior, El: Extensión de agua que, según se cree, cubre la mayor parte del mundo. Mag'kán Ellnes intentó cruzarlo, pero tuvo que desistir en su empeño tras algo más de tres años de navegación.

Océano Interior, El: El mar que separa el Continente Primigenio del Occidental. Fue el camino seguido para la colonización de éste, ya fuera a través de las Islas del Paso del Norte, ya cruzándolo directamente por el sur.

Pained: Alianza de varias ciudades-estado, alrededor del Mar Embalsado y en alguna de las islas cercanas. Nominalmente, parte de los Pueblos del Pacto tras la guerra, aunque durante

ésta se alineó al lado de Honoi y Wahrang y, junto con Ythylia, ocupó las naciones al sur del Mar Calmo.

Pinza: El nombre con que se conoció a los estados agresores en la Guerra del Martillo. Formada por Wahrang, Honoi, Painé e Ythylia, no tenían una estrategia común, más allá de la marcada por los distintos pactos de asistencia mutua y, por supuesto, el reparto de territorios. Hubo tropas y asesores wahranger en Painé e Ythylia. Honoi, por el contrario, rechazó toda pretensión de ayuda.

Pueblos del Pacto (o Pacto de los Pueblos): Alianza de distintas naciones que se formó durante la pasada Guerra del Martillo. Tras ésta, se han ido incorporando a ella algunos de sus antiguos enemigos, como Honoi, Painé, Wahrang e Ythylia.

Quitán: Una de las principales naciones al sur del Mar Calmo. Miembro de los Pueblos del Pacto. Durante la Guerra del Martillo sufrió la ocupación de Ythylia y Painé.

Sur, El: La parte más desconocida del Continente Primigenio. Lo poco que se ha podido explorar de él está cubierto por una densa selva. De sus nativos se sabe poco, más allá de su ferocidad. De vez en cuando expediciones punitivas surgen del Sur y atacan Aidán o Ashgramor.

Thunia: Durante mucho tiempo, la mitad oriental de Wahrang, separada de la occidental por el río Dubio. Tras la Guerra del Martillo nace como nación aparentemente independiente, aunque controlada en realidad por Khynai.

Venzoa: Antigua colonia de Aidán en el Continente Occidental. Ocupa la parte septentrional de su mitad sur.

Wahrang: Situada al norte del Continente Primigenio, fue su invasión de Khynai (en conjunción con Honoi) y su ataque a Alboné lo que desencadenó la Guerra del Martillo. Acabada ésta, las dos principales facciones vencedoras (Khynai y los Pueblos del Pacto) ocuparon su territorio. Con el tiempo, la parte occidental recuperaría su autonomía y se integraría en los Pueblos del Pacto manteniendo el nombre de Wahrang. La parte oriental, sin embargo, se ha convertido en un estado-títere de Khynai denominado Thunia.

Washorya: Capital de la Confederación Occidental.

Ythylia: Situada en la península de su nombre, al sur del Mar Calmo, pretende haber dominado todos los territorios meridionales en el pasado. Lo cierto es que su importancia como nación en los últimos siglos ha sido escasa. Durante la Guerra del Martillo fue aliada de Painé y, conjuntamente con ésta, emprendió la ocupación de sus vecinos. Actualmente está integrada en los Pueblos del Pacto.

Cronología de Érvinder

Año Acontecimientos

1 Según sostienen prácticamente todas las crónicas, los primeros hombres aparecen alrededor de la Colina del Origen, en lo que luego será Jarsarén.
La tradición de Honoi, que el resto de los pueblos siempre se negará a tener en cuenta, sostiene que Tairunabe salió entonces del Lugar del Origen con su hijo y sus seguidores y los guió a todos hasta las islas que formarían Honoi.

140 Siempre según la tradición de Honoi, Tairunabe renuncia al trono de Honoi a favor de su hijo, Tairuname Isu doh Tairunabe, e inicia la peregrinación durante la que acabará descubriendo el Jardín de la Memoria.

1-1362 Los años oscuros

1362 Fundación de Can y construcción de Jarsarén, que mantiene ser la primera ciudad de Érvinder.

2749 Un grupo de nómadas procedentes de Can cruza la gran cordillera del Este y se adentran en lo que luego será Khynai 3535 De acuerdo a la tradición de Khynai, colonos procedentes de este país colonizan por esas fechas las islas de Honoi, algo que será negado siempre por la historiografía oficial honoyesa.

3746 Primeras ciudades-estado en lo que no tardará en conocerse como Ashgramor y Painé

4328 Tribus nómadas se desplazan al oeste y van asentándose lentamente, creando así las naciones de Aidán, Quitán e Ythylia 5309 Desde Can, otro grupo atraviesa el istmo y llega al Norte. Colonos procedentes de Khynai habían llegado ya a la parte más oriental del Norte y se habían establecido en la costa.

6070 Hato Kontanyaki, emperador de Honoi, establece su capital en

Kyono-jo, en la isla más septentrional del archipiélago. Es el primero que afirma de forma explícita ser descendiente directo de Tairuname Isu doh Tairunabe, el hijo de la primera emperatriz.

Una semilla de árbolmundo, procedente del bosqueoscuro de la isla más meridional, germina en Kyono-jo. Con el tiempo, la corteza de ese árbolmundo será un elemento clave en el sistema de sucesión honoyés.

6698 Colonización de la Isla Occidental desde Quitán, con dos importantes asentamientos en su costa sur. Apenas hay contacto entre las distintas colonias a causa de la cordillera que cruza la isla de norte a sur, dividiéndola de facto en dos mitades.

6988 En el Norte, se produce un largo periodo de guerra entre su mitad occidental (colonizada desde Can) y el oriente (de origen khynainio).

7328 Algunos wáhranger se hacen a la mar y encuentras las islas más orientales del paso del norte. Asentamientos en algunas de ellas.

7526 Unificación del Norte en una sola nación, llamada Wáhrang. Su parte más oriental conserva el nombre de Thunia y tiene cierto grado de autonomía.

7727 En Khynai, el rey de Pashlai unifica los ocho reinos en una sola nación bajo su mando. El lema «todo bajo el cielo» será la divisa de su casa y la religión del Dios Único (una interpretación restrictiva y monoteísta del Libro del Origen) la única aceptada en todo el territorio de Khynai. El Emperador no sólo ostenta el poder temporal, sino el espiritual, como cabeza de la Iglesia del Dios Único.

8269 Procedente de las islas del Paso del Norte, una expedición encuentra el Continente Occidental. Se establece una colonia en la península más septentrional de éste.

8400 Diversas disputas fronterizas entre Aidán y Quitán, y entre ésta e Ythylia. Las ciudades-estado de Painé se mantienen neutrales, aunque alquilan mercenarios a cualquier facción que los pague.

8408 Expansión de Ythylia. Conquista Quitán y somete a las principales ciudades-estado de Painé a vasallaje.

8425 Ythylia conquista Aidán.

8431 Se funda la nación de Mex en el Continente Occidental.

8445 Ythylia intenta conquistar Ashgramor y fracasa.

8452 Expedición de Ythylia al sur. No regresa.

8455 Alboné nace como nación tras agrupar varios pequeños reinos de la Isla Occidental.

8776 Alboné desarrolla una flota de guerra.

8807 Ataque desde el sur. Los bárbaros que surgen de la selva causan graves daños a Ashgramor y Aidán. Algunos grupos llegan hasta Painé.

8850 La Reina de Alboné traspasa por primera vez sus recuerdos (y personalidad) a su sucesora.

8947 Khynai intenta invadir Honoi. Una tormenta destruye su flota.

9177 Thunia trata de independizarse de Wáhrang. La secesión es aplastada y la represión consiguiente resulta sangrienta. Durante mucho tiempo Thunia será una región aplastada y humillada.

9180 Alboné, en sus intentos de unificar toda la isla bajo un solo gobierno, invade Hyburn con su flota. No tarda en conquistar los puntos costeros, pero la resistencia de Hyburn se atrinchera en las montañas y no cede al invasor.

9256 Nuevo ataque de los bárbaros desde el sur. En esta ocasión, organizados por un caudillo feroz y astuto, arrasan casi toda la zona de influencia de Ythylia, lo que la deja tocada de muerte.

9345 Los bárbaros son repelidos. Aunque algunos se establecen en Aidán o Quitán y se integran en los ejércitos de éstas.

9468 Khynai construye varias torres de vigilancia a lo largo de la cordillera que la separa de Can y del Gran Desierto.

9546 Ythylia pierde toda su influencia sobre sus antiguos estados vasallos.

9636 Nueva invasión desde el sur, que ahora se dirige sobre todo a Aidán. Durante mucho tiempo, ésta se verá envuelta en una larga guerra defensiva.

9836 Quitán considera que la Isla Occidental le pertenece. Su intento de tomarla por la fuerza es uno de los más sonados fracasos de la época. La flota de Alboné destroza literalmente la armada quitana.

9857 Aidán, tras reconquistar su territorio y repeler a los bárbaros del sur, inicia una etapa de expansión. Su flota recorre la parte más meridional del Continente Primigenio y traza los primeros mapas fiables de esas costas.

9924 Aidán envía una expedición al oeste, al igual que hace Alboné, casi al mismo tiempo.

9925 La flota albonense naufraga frente a las costas del Continente Occidental, en lo que luego sería llamado el Mar de los Peregrinos. Aunque buena parte de los hombres sobrevive y crean una colonia, no llegan noticias a Alboné de lo ocurrido, y ésta da por perdida la expedición.

9925 La flota aidana toma tierra en la península de Bradosi, al sur del Continente Occidental.

9942 Expansión de Aidán, quien va colonizando rápidamente el Continente Occidental.

9950 La colonia Albonense consigue construir un barco y lo envía de vuelta a Alboné.

9953 Alboné envía una segunda expedición colonizadora al Continente Occidental.

10031 Aidán se convierte en la potencia hegemónica del Continente Primigenio. Sólo Alboné le puede disputar el dominio, y únicamente en el mar.

10040 Las continuas guerras con sus vecinos desangran a Aidán. Aunque con los recursos procedentes de las colonias occidentales, es capaz de mantener su posición de poder.

10072 Alboné lleva la guerra contra Aidán al Continente Occidental

10085 Una expedición albonense encuentra la isla-continente de Anapakarimán y establece varias colonias en su costa norte.

10141 Las colonias albonenses del Continente Occidental se rebelan contra la metrópoli y se declaran independientes, creando la Confederación Occidental.

10143 Hyburn aprovecha el momento para lograr quitarse de encima el yugo albonés.

10144 Pillada en dos frentes (la rebelión de sus colonias y al alzamiento en Hyburn) a Alboné le queda poco tiempo para inmiscuirse en la política del Continente Primigenio.

10147 Quitán e Ythylia sometidas por Aidán.

10148 Fin de la Guerra Colonial. La Confederación Occidental, aunque reconoce sus lazos históricos y políticos con Alboné, rechaza cualquier relación de vasallaje con ésta y, a partir de ese momento, funcionará como nación totalmente independiente.

10152 Una Aidán agotada y desilusionada tras varios siglos de guerras con sus vecinos, no puede hacer frente a la rebelión de sus colonias occidentales. Alboné apoya con su flota esa rebelión. Las colonias obtienen su independencia y la influencia de Aidán en el continente occidental desaparece.

10155 Aidán declina y su flota con ella.

10245 Primeros contactos entre Wáhrang y Honoi, llenos de desconfianza y precaución por ambas partes

10247 Wáhrang abre Honoi al comercio con otras naciones.

10277 Khynai envía misioneros del Dios Único al resto del mundo.

10289 Aidán, en medio de una guerra civil larga y sangrienta, deja de ser una potencia a tener en cuenta.

10291 Hundimiento de Desolación, la gran isla al Este de Thunia. Maremotos en las costas orientales de Thunia y Khynai. La temperatura media del mundo desciende durante los siguientes años, lo que se llamará luego «El Gran Invierno».

10303 Contactos entre Ythylia (donde un movimiento obsesionado con recuperar sus antiguas zonas de influencia ha tomado el poder) y Wáhrang.

10309 Wáhrang y Honoi invaden Khynai, iniciando de ese modo la Guerra del Martillo.

Ythylia invade Quitán.

10311 Wáhrang invade Alboné.

10312 Desde las Islas del Paso del Norte, vasallos de Wáhrang, se invade la Confederación Occidental.

10313 Creación del Pacto de los Pueblos.

10316 Wáhrang capitula.

Honoi capitula después de que la Confederación Occidental lance la primera bomba de Malas Noticias sobre su capital.

10317 Wáhrang bajo control compartido de Khynai y los Pueblos del Pacto.

10318 Wáhrang dividido en dos. La parte occidental mantiene ese nombre y la oriental se llamará Thunia 10320 Honoi, bajo la ocupación y la administración de los Pueblos del Pacto, se abre al resto del mundo.

Khynai desarrolla su propia bomba de malas noticias, aunque esto no será de dominio público.

10321 La influencia de Khynai se extiende por zonas de Ashgramor, algunas partes de Painé y Can.

10322 Los Pueblos del Pacto abandonan la ocupación de sus antiguos enemigos.

10330 Wáhrang y Honoi ingresan en el Pacto de los Pueblos.

10335 Ythylia, oportunista como siempre, hace otro tanto.

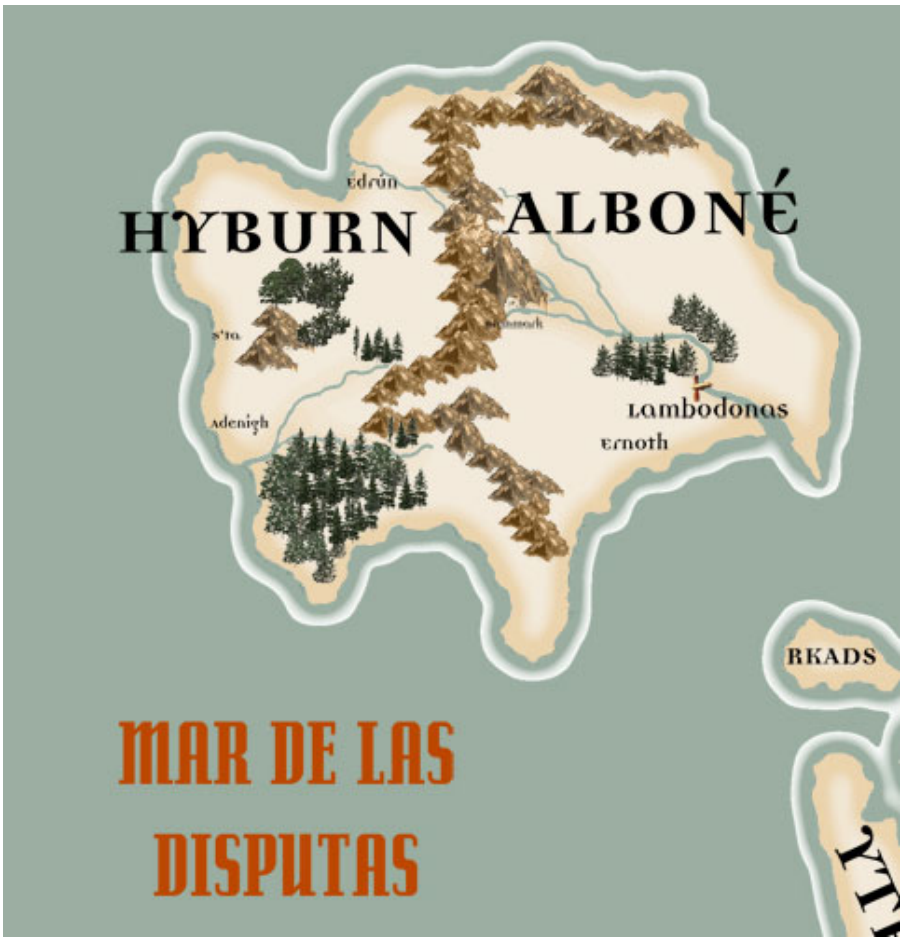
10337 Aidán, tras salir de una larga guerra civil, debilitada y pobre, reanuda los contactos con sus vecinos.

10341 Los Espectros roban un racimo de bombas de malas noticias del arsenal occidental

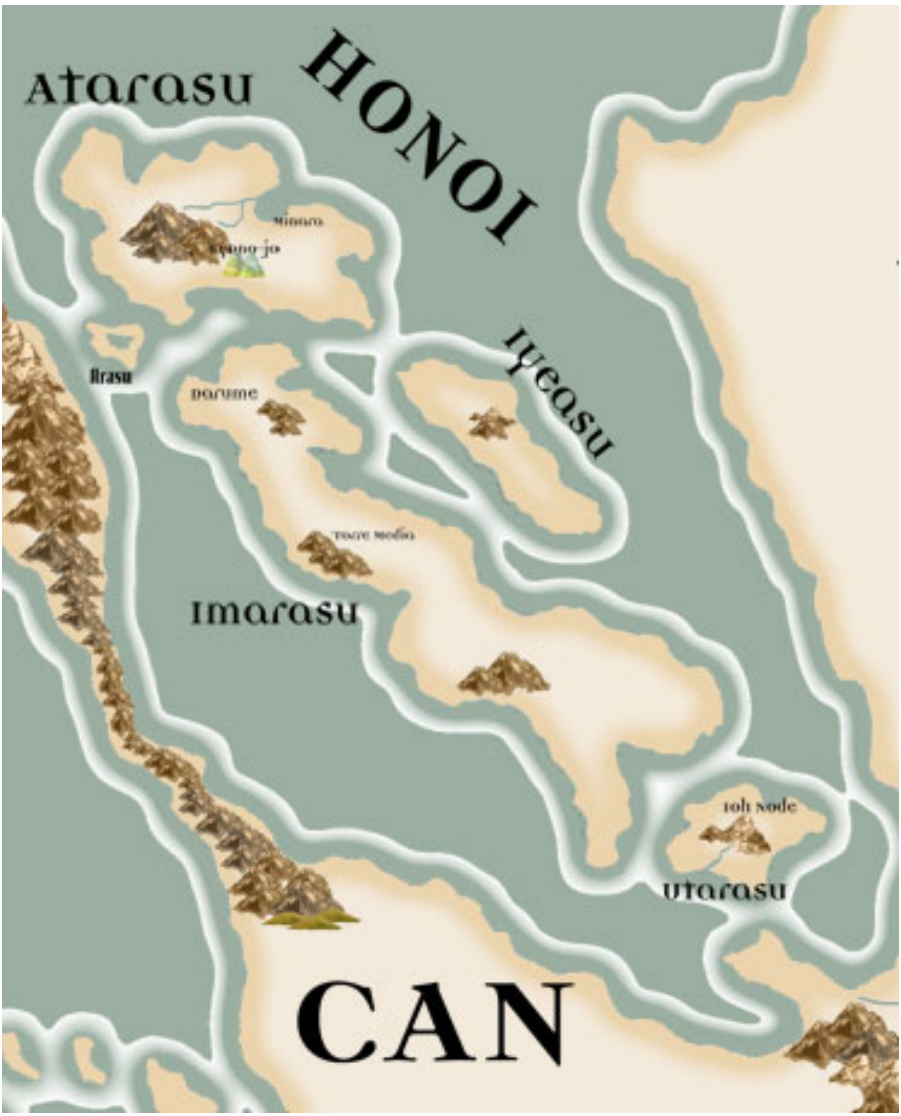
10342 Durante la sucesión del Emperador honoyés, se establece un pacto mediante matrimonio con Alboné. La Reina y el Emperador gobernarán conjuntamente ambas naciones que, sin embargo, seguirán funcionando como países independientes.

Mapas

ALBONÉ


HYBURN
ALBONÉ
Edrún
Adenigh
Lambodonas
Ernoth
RKADS
MAR DE LAS
DISPUTAS

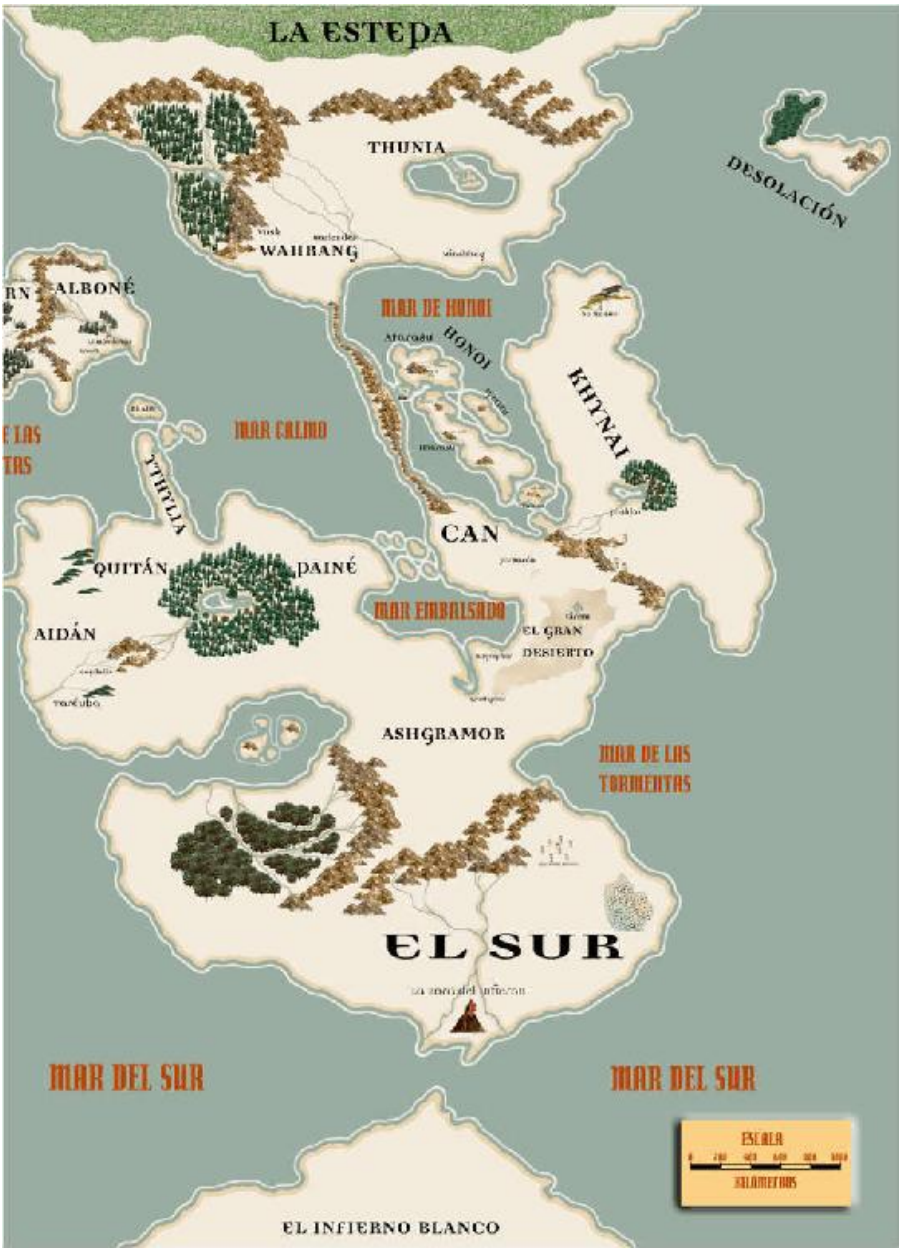
Honoi


Atarasu
Honoi
Minaro
Kano-jo
Iyeasu
Irasu
Darume
Tsure Medin
Imarasu
Ioh Node
Utarasu
CAN

CONTINENTE OCCIDENTAL

ISLAS DEL PASO DEL NORTE
MEX
MAR DEL NORTE
CONFEDERACIÓN OCCIDENTAL
LA TEJA
MAR DE LOS PEREGRINOS
VENZOA
EL OCÉANO
BRADOSI
ARGINIA
ANAPAKABIMÁN
ÉRVINDER
(físico y político)
Hacia 10340

Continente Primigenio


LA ESTEPA
THUNIA
DESOLACIÓN
WAHRANG
ALBONÉ
MAR DE HUNNI
HONOI
KHYNAI
MAR CALIDO
YTHILLA
CAN
QUITÁN
PAINÉ
MAR EMBALSADO
AIDÁN
EL GRAN
DESIERTO
ASHGRAMOR
MAR DE LAS
TORMENTAS
EL SUR
MAR DEL SUR
MAR DEL SUR
ESCALA
KILÓMETROS
EL INFIERNO BLANCO

Agradecimientos

Al igual que *El adepto de la Reina*, esta novela no existiría sin Jack Bauer y Robert E. Howard. Y, como ella, no existiría sin Ian Fleming.

Pero, además, *El Jardín de la Memoria* no sería lo que es sin Kubo Noriaki (久保 宣章). El porqué, espero que vaya siendo evidente a lo largo de su lectura.

Sin Felicidad Martínez, esta novela sería mucho peor de lo que es, estoy convencido. Sin su paciencia, buen ojo para ver dónde fallaba y por qué y, sobre todo, su insistencia, es más que probable no hubiese rematado *El Jardín de la Memoria* como se merecía.

Sergio Iglesias y Germán Herrán aportaron valiosas sugerencias sobre algunos momentos de la historia.

Álvaro Muñiz es el responsable de cierta hemorragia nasal de cierto personaje. Insistió y obtuvo lo que quería.

Antonio Rivas revisó cuidadosamente el texto y contribuyó a mejorarlo. Cualquier error que haya pasado a la versión definitiva, atribuídmelo a mí.

Y, por supuesto, vaya mi agradecimiento a todos aquellos lectores que disfrutaron con *El adepto de la Reina* y pidieron más. Sospecho que no es esto exactamente el «más» que querían, pero espero que la experiencia resulte igualmente satisfactoria.

Rodolfo Martínez Gijón, agosto 2011

Sobre el Autor

Rodolfo Martínez (Candás, Asturias, 1965) publica su primer relato en 1987 y no tarda en convertirse en uno de los autores indispensables de la literatura fantástica española, aunque si una característica define su obra es la del mestizaje de géneros, mezclando con engañosa sencillez y sin ningún rubor numerosos registros, desde la ciencia ficción y la fantasía hasta la novela negra y el thriller, consiguiendo que sus obras sean difícilmente encasillables.

Ganador del premio Minotauro (otorgado por la editorial Planeta) por *Los sicarios del cielo*, ha cosechado numerosos galardones a lo largo de su carrera literaria, como el Asturias de Novela, el UPV de relato fantástico y, en varias ocasiones, el Ignotus (en sus categorías de novela, novela corta y cuento).

Su obra holmesiana ha sido traducida al portugués, al polaco, al turco y al francés y varios de sus relatos han aparecido en publicaciones francesas.

En 2009 y con *El adepto de la Reina*, inició un nuevo ciclo narrativo en el que conviven elementos de la novela de espías de acción con algunos de los temas y escenarios más característicos de la fantasía.

Recientemente ha empezado a recopilar su ciclo narrativo de Drímar en cuatro volúmenes, todos ellos publicados por Sportula.

Bibliografía:

1995

La sonrisa del gato (Miraguano, col. Futurópolis núm. 39, Madrid, 1995) «Las brujas y el sobrino del cazador» (en *Las brujas y el sobrino del cazador*, Grupo Elfstone, col. Tormenta de Palabras núm. 1, Zaragoza, 1995)

1996

La sabiduría de los muertos (Fundación Dolores Medio, Oviedo, 1996) *Tierra de Nadie: Jormungand* (Ediciones B, col. Nova CF núm. 86, Barcelona, 1996) «Un jinete solitario» (en *BEM* núm. 53, Grupo Interface, 1996; Díez, Julián (comp.), *Antología de la ciencia ficción española. 1982-2002*, Minotauro, Barcelona, 2003; *Callejones sin salida*, Berenice, col. El Nogal Negro núm. 3, Córdoba, 2005)

1997

Los celos de Dios (UPCF, col. Quaderns UPCF núm. 5, Barcelona, 1997)

1998

El alfabeto del carpintero (Juan José Aroz, col. Espiral Ciencia Ficción núm. 11, Bilbao, 1998; *El carpintero y la lluvia*, Sportula, Gijón 2010)

1999

El abismo te devuelve la mirada (Ediciones Tempore, col. Huella de Sangre núm. 5, Barcelona, 1999) «Territorio de pesadumbre» (en *Beca Pepsi-Semana Negra de novela corta*, Semana Negra, Gijón, 1999; El Doble de Ciencia Ficción núm. 2, Ediciones Robel, Madrid, 2004; Sportula, Gijón, 2010) «Este relámpago, esta locura» (en *Premios UPC 1998*, Ediciones B, col. Nova CF núm. 123, Barcelona, 1999; *Callejones sin salida*, Berenice, col. El Nogal Negro núm. 3, Córdoba, 2005; Cabos sueltos, Sportula, Gijón 2010)

2004

Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos (Bibliópolis, col. Bibliópolis Fantástica núm. 13, Madrid, 2004; Alamut, Madrid, 2008) *El sueño del Rey Rojo* (Gigamesh, col. Gigamesh Ficción núm. 31, Barcelona, 1994; Sportula, Gijón, 2010)

2005

Los sicarios del cielo (Minotauro, col. Hades, Barcelona, 2005) *Sherlock Holmes y las huellas del poeta* (Bibliópolis, col. Bibliópolis Fantástica núm. 28, Madrid, 2005) *Callejones sin salida* (Berenice, col. El Nogal Negro núm. 3, Córdoba, 2005)

2006

Laberinto de espejos (Berenice, col. El Nogal Negro núm. 4, Córdoba, 2006) *A sabedoria dos mortos* (edición portuguesa de *La sabiduría de los muertos*, Saida de Emergencia, col. Bang! núm. 18, Parede, 2006)

2007

Sherlock Holmes y la boca del infierno (Bibliópolis, col. Bibliópolis Fantástica núm. 54, Madrid, 2007)

2008

Sherlock Holmes y el heredero de Nadie (Alamut, Madrid, 2008) *El abismo en el espejo* (Hegemón, Zaragoza, 2008; Sportula, Gijón, 2011) *Sherlock Holmes Ve Ölülerin Bilgeliği* (edición turca de *La sabiduría de los muertos*, Ithaki, Estambul, 2008)

2009

El adepto de la Reina (Sportula, Gijón, 2009) *Sherlock Holmes I mądrość umarłych* (edición polaca de *La sabiduría de los muertos*, Muchanesiada, Cracovia, 2009)

2010

El sueño del Rey Rojo (Sportula, Gijón, 2010) *El carpintero y la lluvia* (Sportula, Gijón, 2010) *Laberintos y tigres* (Sportula, Gijón, 2010) *Territorio de pesadumbre* (Sportula, Gijón, 2010) *Cabos sueltos* (Sportula, Gijón, 2010) *La sagesse des morts* (edición francesa de *La sabiduría de los muertos*, Mnémos, Saint-Laurent-d'Oingt, 2010)

2011

Sondela (Dolmen, Mallorca, 2011) *Fieramente humano* (NGC Ficción!, col. Fantasía núm. 1, Madrid, 2011) *El abismo en el espejo* (Sportula, Gijón, 2011) *El jardín de la memoria* (Sportula, Gijón, 2011)

2012

La ciencia ficción de Isaac Asimov (Sportula, Gijón, 2012) *La sabiduría de los muertos* (Sportula, Gijón, 2012) *Ferozmente subjetivo* (Sportula, Gijón, 2012) *Sondela* (Sportula, Gijón, 2012) *The Queen's Adept* (edición inglesa de *El adepto de la Reina*, Sportula, 2012) *El Adepto y la Memoria* (Sportula, Gijón, 2012) *La sonrisa del gato* (Sportula, Gijón, 2012) *Este incómodo ropaje* (Sportula, Gijón, 2012) *Jormungand* (Sportula, Gijón, 2012)

Por ciclos narrativos:

Sherlock Holmes:

La sabiduría de los muertos

Las huellas del poeta (previsto en Sportula) *La boca del infierno* (previsto en Sportula) *El heredero de Nadie* (previsto en Sportula)

Drímar:

El carpintero y la lluvia

Cabos sueltos
Jormungand
Bifrost (previsto en Sportula) *La sonrisa del gato*

La Ciudad:
El abismo en el espejo
Este incómodo ropaje (Los sicarios del cielo)
Fieramente humano (previsto en Sportula)

El adepto de la Reina*:*
El adepto de la Reina
El jardín de la memoria
El Adepto y la Memoria
«Embrión»
«Amistad»

Fuera de ciclo*:*
El sueño del Rey Rojo
Territorio de pesadumbre
Sondela

Antologías:
Callejones sin salida
Laberinto de espejos

Novelas cortas*:*
Las brujas y el sobrino del cazador
«Un jinete solitario»
Los celos de Dios
El alfabeto del carpintero
«Este relámpago, esta locura»

Poesía:
Laberintos y tigres

Ensayo:
La ciencia ficción de Isaac Asimov
Ferozmente subjetivo

SPORTULA

Todos los libros tienen edición electrónica. Aquéllos marcados con (*) también han sido editados en papel.

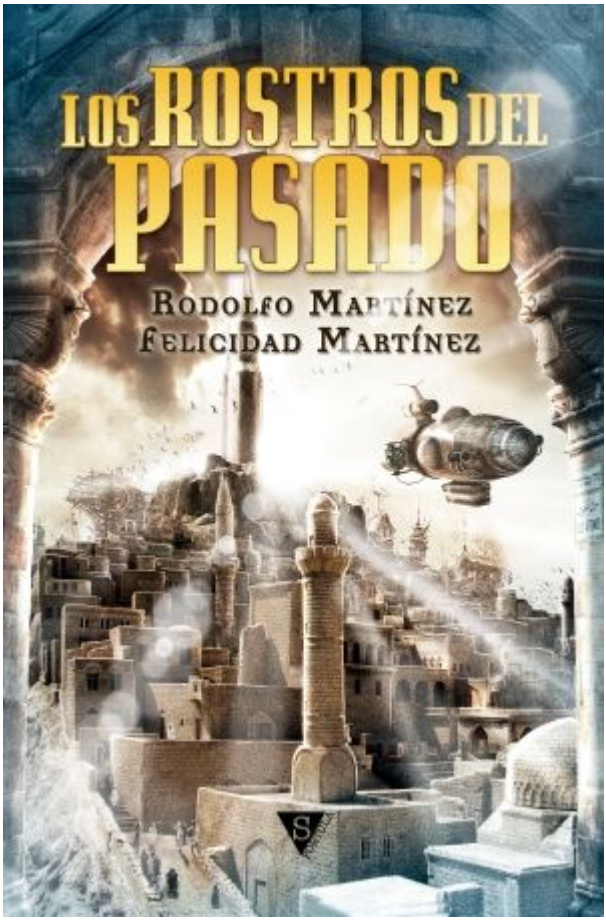
1. *El adepto de la Reina* (*) Rodolfo Martínez
2. *El carpintero y la lluvia* (*) (Drímar /1)
   Rodolfo Martínez
3. *El sueño del Rey Rojo*
   Rodolfo Martínez
4. *Laberintos y tigres*
   Rodolfo Martínez
5. *Territorio de pesadumbre*
   Rodolfo Martínez
6. *Cabos sueltos* (*) (Drímar /2)
   Rodolfo Martínez
7. *Desde la tierra más allá del bosque*
   Rodolfo Martínez
8. *Horizonte de sucesos*
   Rodolfo Martínez
9. *El abismo en el espejo*
   (La Ciudad /1)
   Rodolfo Martínez
10. *La Ciudad, tres momentos*
    Rodolfo Martínez
11. *Embrión*
    Rodolfo Martínez
12. *El jardín de la memoria* (*) (El adepto de la Reina /2)
    Rodolfo Martínez
13. *Amistad*
    Rodolfo Martínez
14. *La ciencia ficción de Isaac Asimov*
    Rodolfo Martínez
15. *La sabiduría de los muertos*
    (Los archivos perdidos de Sherlock Holmes /1) Rodolfo Martínez

16. *Ferozmente subjetivo*
Rodolfo Martínez
17. *Vintage ’62: Marilyn y otros monstruos* (*) Varios autores. Selección de Alejandro Castroguer 18. *Occidente*

Chema Mansilla
19. *The Queen's Adept* (*) Rodolfo Martínez
20. *Akasa-Puspa, de Aguilera y Redal* (*) Varios autores. Coordinado por Rodolfo Martínez 21. *Sondela*
Rodolfo Martínez
22. *El adepto y la Memoria*
Rodolfo Martínez
23. *Bestiario microscópico*
Sofía Rhei
24. *La sonrisa del gato*
(El ciclo de Drímar)
Rodolfo Martínez
25. *Este incómodo ropaje (Los sicarios del Cielo)*
(La Ciudad /2)
Rodolfo Martínez
26. *Jormungand*
(Drímar /3)
Rodolfo Martínez
27. *Más allá de «Lágrimas de luz»*
Rafael Marín
Mariela González

Contenido

Prólogo
Primera Parte: Atarasu
Segunda Parte: Imarasu
Tercera Parte: Utarasu
Epílogo
Apéndices
Las máscaras del drama
Glosario de términos honoyeses
Glosario de lugares y alianzas
Cronología de Érvinder
Mapas
Alboné
Honoi
Continente Occidental
Continente Primigenio
Agradecimientos
Sobre el autor
Sportula


LOS ROSTROS DEL PASADO
RODOLFO MARTÍNEZ
FELICIDAD MARTÍNEZ

Los rostros del pasado

Martínez, Rodolfo 9788415988830
430 pages Buy now and read

Como de costumbre, Yáxtor Brandan ha salido vivo y triunfante de su última misión… aunque en esta ocasión ha sido por los pelos. De hecho, la recuperación del joven y mortífero Adepto Empírico será larga, lenta y dolorosa; con buena parte de sus órganos internos al borde del colapso y todo su cuerpo convertido en una inmensa cicatriz, poco podrá hacer Yáxtor por sí mismo durante los meses de convalecencia que tiene por delante.

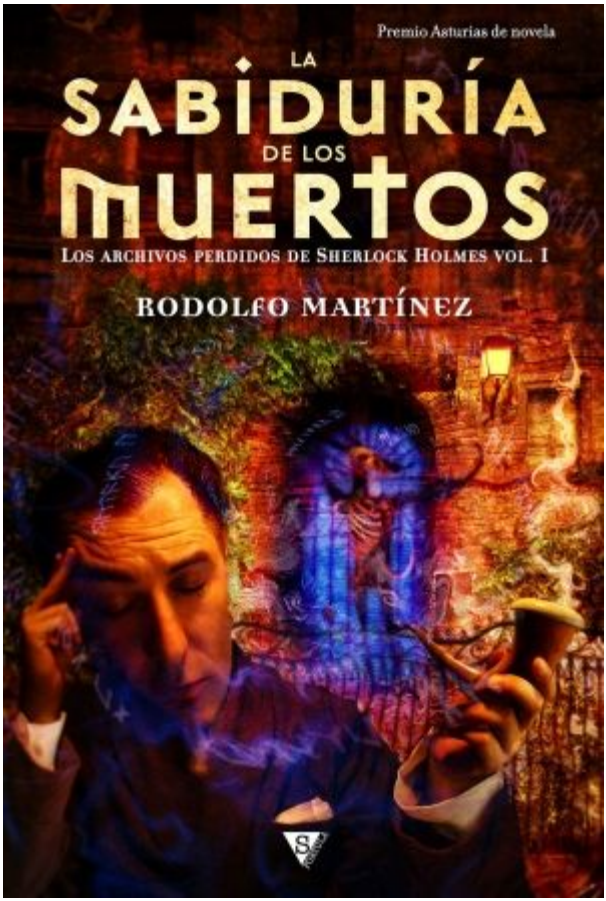
Entretanto, la Reina de Alboné se ha casado con el Emperador de Honoi y el mundo entero parece en paz, tranquilo y a salvo. Una tranquilidad que no es más que apariencia, mientras, desde las sombras, distintos elementos van buscando su lugar en el tablero y preparándose para la batalla que se avecina. Un lugar y una batalla que, posiblemente, tengan mucho que ver con el convaleciente adepto.

¿Por qué un misterioso individuo al servicio de la Reina conoce tanto del pasado de Yáxtor? ¿Qué es lo que lleva a Shércroft, Jefe de Archivos de los Adeptos Empíricos, a interesarse por lo que le sucedió al joven hace siete años? ¿Cuál es el interés de Asima, Adepta Suprema de la Curación, en que lo ocurrido salga a la luz?

Poco a poco, distintos personajes exploran el pasado de Yáxtor Brandan y van sacando a la luz los rostros sepultados en él, mientras el futuro va tomando forma y revelando nuevas amenazas.

Usando como base los relatos cortos ya existentes sobre el adepto empírico, Rodolfo Martínez y Felicidad Martínez nos ofrecen la nueva entrega de la saga iniciada en El adepto de la Reina y se asoman a la memoria de Yáxtor Brandan a la vez que anticipan su futuro.

Buy now and read


Premio Asturias de novela
LA
SABIDURÍA
DE LOS
MUERTOS
LOS ARCHIVOS PERDIDOS DE SHERLOCK HOLMES VOL. I
RODOLFO MARTÍNEZ

La sabiduría de los muertos

Martínez, Rodolfo 9788493920357
250 pages Buy now and read

Premio Asturias de Novela 1995

Corre el año 1895 y Sherlock Holmes y el doctor Watson se ven envueltos en un caso de suplantación de identidad que tiene sus raíces en la época en la que el mundo daba por muerto al detective. Juntos, los dos investigarán una trama que gira alrededor del más famoso de los grimorios: el libro de los nombres muertos, el temible Necronomicon de Abdul Alahzred.

La sabiduría de los muertos es la primera novela holmesiana de Rodolfo Martínez y, desde el momento de su primera publicación, en 1996, fue recibida muy positivamente por los fans del detective victoriano. En ella, Martínez recrea con gran habilidad la voz del doctor Watson y reconstruye un siglo XIX en el que lo real y lo ficticio van de la mano en una historia trepidante.

Buy now and read

Una antología de Zervilleta
Coordinada por Víctor Blázquez
Peta Z
No mezclar con refresco de cola
Z
ZORVILLA
DOLMEN
EDITORIAL

Peta Z

VV.AA.
9788494158308
250 pages Buy now and read

Solo hacen falta once bastardos para destruir tu infancia.

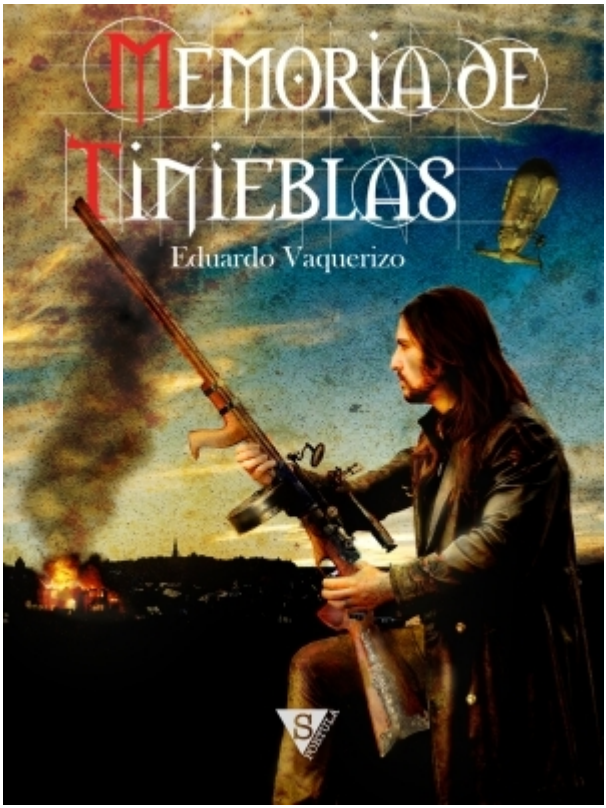
Terror, aventuras, misterio, humor, crítica social y sobre todo mucha mala leche. Once relatos en los que los dibujos de nuestra más tierna infancia se mezclan con muertos vivientes.

Nunca has leído nada igual. Tal vez no quieras volver a leer nada después de esto.

Con relatos de Víctor Blázquez, Ignacio Cid Hermoso, Daniel P. Espinosa, Ángel Luis Sucasas, Miguel Aguerralde, Darío Vilas, Juan Miguel Fernández, Manuel Martín, Alejandro Castroguer, Javier Cosnava y Vanessa Benítez Jaime.

Descárgala de forma totalmente gratuita y disfrútala... si te atreves.

Buy now and read


MEMORIA DE
TINIEBLAS
Eduardo Vaquerizo

Memoria de tinieblas

Vaquerizo, Eduardo 9788494103599
400 pages Buy now and read

Felipe II murió en vísperas de la batalla de Lepanto y su hermano bastardo, don Juan de Austria, se hizo con el trono español y el Imperio que conllevaba a cambio de, entre otras cosas, un cisma con la Iglesia de Roma.

Estamos en Madrid, en un 1970 alternativo en el que el Imperio Español aún es fuerte, aunque se desangra en una interminable guerra con los turcos, mientras América del Norte, dejada a su suerte hasta ahora, se va convirtiendo en la tierra de promisión para los descontentos y los desheredados.

En una historia fascinante, en la que las distintas tramas van confluyendo de forma inevitable hasta el final, Eduardo Vaquerizo explora y explota todas las posibilidades del escenario que construyó en Danza de Tinieblas y consigue la que, sin duda, es su mejor novela.

Buy now and read

SIMETRÍAS ROTAS

STEVE REDWOOD

S
POSTUMA

Simetrías rotas

Redwood, Steve 9788494103551
300 pages Buy now and read

De la tragedia y el horror a lo surreal, pasando por la comicidad demoledora, estos relatos de Steve Redwood construyen, con su constante cambio de estilo, punto de vista y atmósfera, una recopilación cuya principal constante, además de una mirada incisiva y lúcida, es la variedad.

Doctores que se ven obligados a sacrificar a sus propios pacientes, sacerdotes infectados por un agujero negro, pedófilos que buscan la salvación espiritual en una criatura no humana en medio de una siniestra granja francesa, la verdadera historia de Highlander, criaturas poderosas atrapadas en la vastedad patagónica con sólo una fuente de sustento, billonarios que se convierten en su propia última voluntad y testamento, los últimos humanos sobre la Tierra cometiendo un error irreparable, gladiadores de la tercera edad en una plaza de toros española, monstruos buscando venganza sobre la diosa que los deformó, Esperanza Anguila enfrentándose a la justicia poética…

Simetrías rotas fue nominada a Mejor Recopilación en 2010 por la Sociedad Británica de Fantasía. La versión española incluye la mayoría de las historias, así como unas cuantas escritas especialmente para esta edición.

Buy now and read